AMÉLIE KUHRT

El Oriente Próximo en la Antigüedad

c. 3.000-330 a.C.

1

CRÍTICA

LIBROS CON HISTORIA

AMÉLIE KUHRT

EL ORIENTE PRÓXIMO EN LA ANTIGÜEDAD (*c.* 3000-330 a.C.)

Volumen 1

Traducción castellana de
TEÓFILO DE LOZOYA

CRÍTICA
BARCELONA

Creative Commons

Título original:
THE ANCIENT NEAR EAST *c.* 3000-330 BC
Volume One

Cubierta: Enric Satué
Fotocomposición: Fotocomp/4, S.A.
© 1995: Amélie Kuhrt
© 2000 de la presente edición para España y América:
EDITORIAL CRÍTICA, S.L., Còrsega, 270, 08008 Barcelona
ISBN: 84-8432-050-2
Depósito legal: B. 7.109-2000
Impreso en España
2000. — HUROPE, S.L., Lima, 3, bis, 08030 Barcelona

PRÓLOGO

La presente obra pretende ser una introducción a la historia del Oriente Próximo antiguo, a las principales fuentes utilizadas para reconstruir su sociedad y sus sistemas políticos, así como a determinados problemas históricos y debates eruditos. Decididamente no es una historia en el sentido convencional del término, y ello por dos razones: en primer lugar, como ya he subrayado en varios momentos, resulta imposible escribir una historia narrativa de los hechos, y en segundo lugar, yo no estoy especializada en todas las áreas ni en todos los períodos de la compleja región que constituye el Oriente Próximo. He intentado tocar las áreas y los períodos que habitualmente se estudian en las universidades, lo cual implica necesariamente que el alcance de la obra sea selectivo. El espacio que dedico a Egipto es deliberadamente breve, debido al gran número de buenos estudios que existen sobre la historia de Egipto a todos los niveles.

La Introducción (citada a lo largo de la obra como capítulo 0) va acompañada de una bibliografía general y he decidido organizarla por temas, de modo que sirva a modo de orientación general. Cada sección temática va encabezada por una letra del alfabeto (por ejemplo, 0A, 0B, etc.), dentro de la cual las diversas obras son registradas alfabéticamente. Cuando es preciso (a lo largo del texto o en las referencias más detalladas a cada capítulo), hago alusión a las obras inventariadas en la bibliografía introductoria entre corchetes (por ejemplo, Bottéro et al., *1967a [0B]). Del mismo modo, las citas efectuadas en las bibliografías de cada capítulo las realizamos por tanto de la siguiente manera: Powell, 1978 [capítulo 1]. Todas las fechas, a menos que se indique lo contrario, son a.C. No he pretendido imponer un único sistema coherente de pronunciar los nombres originales, sino que he utilizado las formas más habituales. Cuando transcribimos palabras acadias, hititas y egipcias, š = «sh». En acadio, sumerio e hitita, todas las «h» suenan fuerte (como, por ejemplo, la «ch» en la palabra escocesa* loch, *esto es, más o menos como la «j» española); no ocurre lo mismo con el árabe moderno, el hebreo clásico o el egipcio, lenguas en las que la «h» fuerte aparece representada como «kh». La convención utilizada para transcribir el sumerio (diferenciándolo del acadio) es escribir las letras «espaciadas», por ejemplo,* l u g a l; *cuando se desconoce la lectura de una determinada palabra, el nombre aparece en mayúsculas (por ejemplo, UruKAgina); cuando*

el hitita utiliza una palabra acadia, lo habitual es transcribirla en cursivas mayúsculas, por ejemplo, HAZANNU. Algunos términos del antiguo persa se han reconstruido a partir de préstamos atestiguados en arameo, elamita y griego; como no tenemos atestiguado ningún texto en antiguo persa, la palabra así reconstruida aparece marcada por un asterisco, por ejemplo, *ganzabara-.

Terminé el primer borrador del libro en el verano de 1992, y creo estar segura de haber consultado la mayoría de las publicaciones importantes hasta esa fecha. La revisión, la redacción definitiva y la corrección del manuscrito me llevaron otros dos años. Durante ese tiempo, han aparecido muchas más publicaciones; todavía he logrado incorporar una parte de ese material adicional, pero sé que he omitido otra (por ejemplo, la publicación por D. Frayne de las inscripciones de los reyes protoacadios —parte del proyecto titulado Royal Inscriptions of Mesopotamia (RIM)— apareció a comienzos de este mismo año, pero, al no llegar a ninguna de las bibliotecas a las que yo tenía acceso en Inglaterra, no he podido incluirla). Un libro como éste está condenado a quedar desfasado en muchos aspectos en el momento mismo de su publicación; espero, no obstante, que siga resultando útil a los estudiantes y a los especialistas en la historia antigua clásica (a quienes en principio va destinado).

Por último, me gustaría expresar mi gratitud a las personas que me ayudaron a leer el manuscrito, o determinados capítulos del mismo, en las diversas fases de su redacción, ofreciéndome sus consejos impagables y su constante apoyo. Doy las gracias a Pierre Briant, Margaret Drower, David Hawkins, Alan Lloyd, Fergus Millar, Alan Millard, Richard Stoneman y Susan Sherwin-White. Quiero asimismo agradecer a David Saxon que realizara los dibujos que aparecen en muchas láminas. Agradezco a Routledge la labor de montaje que realizó con un texto tan difícil como éste y la ayuda que me prestó en la preparación de los mapas.

AMÉLIE KUHRT

University College de Londres
Septiembre de 1994

ABREVIATURAS

AA	*Archäologischer Anzeiger*
AAAS	*Annales Archéologiques Arabes de Syrie*
AAASH	*Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae*
AASOR	Annual of the American School of Oriental Research
ABAW	*Abhandlungen der bayerischen Akademie der Wissenschaften*
ABC	A. K. Grayson, *Assyrian and Babylonian Chronicles* (TCS, 5), Locust Valley, Nueva York, 1975
ABL	R. F. Harper (1892-1914), *Assyrian and Babylonian Letters belonging to the Kouyounjik Collection of the British Museum* (14 vols.), Londres, Chicago
ac.	Acadio
AchHist 1	*Achaemenid History* 1: *Sources, Structures, Synthesis* (H. Sancisi-Weerdenburg, ed.), Leyden, 1987
AchHist 2	*Achaemenid History* 2: *The Greek Sources* (H. Sancisi-Weerdenburg, A. Kuhrt, eds.), Leyden, 1987
AchHist 3	*Achaemenid History* 3: *Method and Theory* (A. Kuhrt, H. Sancisi-Weerdenburg, eds.), Leyden, 1988
AchHist 4	*Achaemenid History* 4: *Centre and Periphery* (H. Sancisi-Weerdenburg, A. Kuhrt, eds.), Leyden, 1990
AchHist 5	*Achaemenid History* 5: *The Roots of the European Tradition* (H. Sancisi-Weerdenburg, J.-W. Drijvers, eds.), Leyden, 1990
AchHist 6	*Achaemenid History* 6: *Asia Minor and Egypt: Old Cultures in a New Empire* (H. Sancisi-Weerdenburg, A. Kuhrt, eds.), Leyden, 1991
AchHist 7	*Achaemenid History* 7: *Through Travellers' Eyes* (H. Sancisi-Weerdenburg, J.-W. Drijvers, eds.), Leyden, 1991
AchHist 8	*Achaemenid History* 8: *Continuity and Change* (H. Sancisi-Weerdenburg, A. Kuhrt, M. C. Root, eds.), Leyden, 1994
ActSum	*Acta Sumerologica*
ADFU	Ausgrabungen der deutschen Forschungsgemeinschaft in Uruk-Warka
ADOG	Abhandlungen der deutschen Orient Gesellschaft
AfO	*Archiv für Orientforschung*
Äg. Abh.	Ägyptologische Abhandlungen
Ägyptische	*Ägyptische Inschriften aus den königlichen Museen zu Inschriften Berlin* (2 vols.), Leipzig, 1913-1924
AION	*Annali dell' Istituto universitario Orientale di Napoli*
AJA	*American Journal of Archaeology*
AJAH	*American Journal of Ancient History*

AMI	*Archäologische Mitteilungen aus Iran*
ANET	*Ancient Near Eastern Texts relating to the Old Testament*, J. B. Pritchard, ed. (3.ª ed. rev.), Princeton, Nueva York, 1969
AnOr	Analecta Orientalia
AnSt	*Anatolian Studies*
AOAT	Alter Orient und Altes Testament
AOF	*Altorientalische Forschungen*
AOS	American Oriental Society
a.p.	Antiguo persa
APAW	Abhandlungen der preussischen Akademie der Wissenschaften
ar.	Arameo
ARAB	D. D. Luckenbill, *Ancient Records of Assyria and Babylonia* (2 vols.), Chicago, 1926-1927
ARCE	American Research Center in Egypt
ARE	J. H. Breasted, *Ancient Records of Egypt*, Chicago, 1906
ARM	Archives Royales de Mari
ArOr	*Archiv Orientalni*
AS	Assyriological Studies
ASAE	*Annales du Service des Antiquités de l'Égypte*
ASNP	*Annali della Scuola Normale di Pisa*
BaF	*Baghdader Forschungen*
BaM	*Baghdader Mitteilungen*
BAR	British Archaeological Reports
BAR	*Biblical Archaeological Review*
BASOR	*Bulletin of the American Schools of Oriental Research*
BibArch	*Biblical Archaeologist*
BiOr	*Bibliotheca Orientalis*
BMFA	*Bulletin of the Museum of Fine Arts*, Boston
Bo.	Símbolo para los Boghazköy-Texte
BSAG 4 y 5	*Bulletin of Sumerian Agriculture*, vols. 4 y 5: *Irrigation and Cultivation in Mesopotamia* (partes I y II), Cambridge, 1988-1990
BSFE	*Bulletin de la Société Française d'Égyptologie*
BSOAS	*Bulletin of the School of Oriental and African Studies*
CAD	*The Assyrian Dictionary of the University of Chicago*, Chicago, 1956
CAH	*Cambridge Ancient History*
Camb.	*Inschriften von Cambyses, König von Babylon (529-521 v. Chr.)* (Babylonische Texte 8-9), J. N. Strassmaier, Leipzig, 1890
CBQ	*Catholic Bible Quarterly*
CDAFI	*Cahiers de la Délégation Archéologique Française en Iran*
CH	Código de Hammurabi
CHI	*Cambridge History of Iran*
CRAIBL	*Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*
CT	Cuneiform Texts from Babylonian Tablets in the British Museum
CTH	E. Laroche, *Catalogue des textes hittites* (Études et Commentaires, 75), París, 1971
CTN	Cuneiform Texts from Nimrud
DHA	*Dialogues d'histoire ancienne*
D. S.	Diodoro Sículo, Biblioteca de Historia

EA	J. A. Knudtzon, *Die El-Amarna Tafeln* (Vorderasiatische Bibliothek, 2), Leipizig, 1907-1915. Para unas traducciones completamente nuevas (con notas, comentario e introducción), véase últimamente W. Moran, 1987, *Les Lettres d'el-Amarna: correspondance diplomatique du pharaon* (LAPO, 13), París (versión inglesa con algunas revisiones y actualizaciones, Baltimore, MD, 1992)
EES	Egypt Exploration Society
EI	*Eretz Israel*
el.	Elamita
Encyclopedia	*Encyclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land* (eds. M. Avi-Yonah y E. Stern), Oxford, 1975-1978
Enclr	*Encyclopaedia Iranica* (ed. E. Yarshater), Londres, Boston, 1985
EpAn	*Epigraphica Anatolica*
FAOS	Freiburger altorientalische Studien
FGrH	F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, Berlín, 1923
GM	*Göttinger Miszellen*
HdO	Handbuch der Orientalistik
Hdt.	Heródoto, *Historias*
HUCA	*Hebrew University College Annual*
IEJ	*Israel Exploration Journal*
IOS	*Israel Oriental Series*
IrAnt	*Iranica Antiqua*
IsMEO	Istituto per il Medio e Estremo Oriente
JA	*Journal Asiatique*
JANES	*Journal of the Ancient Near Eastern Society*
JAOS	*Journal of the American Oriental Society*
JARCE	*Journal of the American Research Center in Egypt*
JCS	*Journal of Cuneiform Studies*
JEA	*Journal of Egyptian Archaeology*
Jen.	Jenofonte
JEOL	*Jaarbericht van het Vooraziatisch-Egyptisch Genootschap «Ex Oriente Lux»*
JESHO	*Journal of the Economic and Social History of the Orient*
JHS	*Journal of Hellenic Studies*
JNES	*Journal of Near Eastern Studies*
JSOT	*Journal for the Study of the Old Testament*
JTS	*Journal for Theological Studies*
JTVI	*Journal of the Transactions of the Victoria Institute*
K	Símbolo para los textos de la Kouyunjik Collection del Museo Británico
KAH II	O. Schroeder, *Keilschrifttexte aus Assur historischen Inhalts, Zweites Heft* (WVDOG, 37), Leipzig, 1922
KAI	H. Donner, W. Röllig, *Kanaanäische und aramäische Inschriften* (3 vols.), Wiesbaden, 1973-1979
KBo	Keilschrifttexte aus Boghazköy
KTU	M. Dietrich, O. Loretz, J. Sanmartin, *Die keilalphabetischen Texte aus Ugarit einschliesslich der keilalphabetischen Texte ausserhalb Ugarits* I (AOAT, 2, 4), Kevelaer, Neukirchen-Vluyn, 1976
KUB	Keilschrifturkunden aus Boghazköy

LAPO	Littératures Anciennes du Proche-Orient
LÄ	*Lexikon der Ägyptologie*, Wiesbaden, 1975-1986
LKA	E. Ebeling, K. Köcher, *Literarische Keilschrifttexte aus Assur*, Berlín, 1953
MAD	Materials for the Assyrian Dictionary
MAOG	*Mitteilungen der altorientalischen Gesellschaft*
MARI	*Mari: Annales de Recherches Interdisciplinaires*
MCS	*Manchester Cuneiform Studies*
MDAIK	*Mitteilungen des deutschen archäologischen Instituts in Kairo*
MDP II	V. Scheil, *Textes élamites-sémitiques, première série* (Mémoires de la Délégation en Perse, II), París, 1900
MDP IX	V. Scheil, *Textes élamites-anzanites, troisième série* (Mémoires de la Délégation en Perse, IX), París, 1907
MDP XI	V. Scheil, *Textes élamites-anzanites, quatrième série* (Mémoires de la Délégation en Perse, XI), París, 1911
MIO	*Mitteilungen des Instituts für Orientforschung*
MVAeG	Mitteilungen der vorderasiatisch-aegyptischen Gesellschaft
NABU	*Notes Assyriologiques Brèves et Utiles*
NAPR	*Northern Akkad Project Reports*
NEB	New English Bible
NL	Nimrud Letters
OA	*Oriens Antiquus*
OBO	Orbis Biblicus et Orientalis
OIP	Oriental Institute Publications
OLA	Orientalia Lovaniensia Analecta
OLZ	*Orientalische Literaturzeitschrift*
Or.	*Orientalia*
PAPhS	*Proceedings of the American Philosophical Society*
PBS 5	A. Poebel, *Historical and Grammatical Texts* (University of Pennsylvania Museum, Babylonian Section 5), Filadelfia, 1914
PBS 13	L. Legrain, *Historical Fragments* (University of Pennsylvania Museum, Babylonian Section 13), Filadelfia, 1922
PBS 15	L. Legrain, *Royal Inscriptions and Fragments from Nippur and Babylon* (University of Pennsylvania Museum, Babylonian Section 15), Filadelfia, 1926
PCPS	*Proceedings of the Cambridge Philological Society*
PEQ	*Palestine Exploration Quarterly*
PRU	Palais Royal d'Ugarit (París)
RA	*Revue d'Assyriologie*
REA	*Revue des Études Anciennes*
RIM	Royal Inscriptions of Mesopotamia
RIDA	*Revue Internationale des droits de l'antiquité*
RLA	*Reallexikon der Assyriologie, Berlín, 1928-*
RSO	*Rivista degli studi orientali*
SAA 1	S. Parpola, *The Correspondence of Sargon II* Part I: *Letters from Assyria and the West* (State Archives of Assyria 1), Helsinki, 1987
SAA 2	S. Parpola, K. Watanabe, *Neo-Assyrian Treaties and Loyalty Oaths* (State Archives of Assyria 2), Helsinki, 1988

SAA 3	A. Livingstone, *Court Poetry and Literary Miscellanea* (State Archives of Assyria 3), Helsinki, 1989
SAA 4	I. Starr, *Queries to the Sungod: divination and politics in Sargonid Assyria* (State Archives of Assyria 4), Helsinki, 1990
SAA 5	G. B. Lanfranchi, S. Parpola, *The Correspondence of Sargon* Part II: *Letters from the Northern and Northeastern Provinces* (State Archives of Assyria 5), Helsinki, 1990
SAA 6	T. Kwasman, S. Parpola, *Legal Transactions of the Royal Court of Nineveh* Part I: *Tiglath-pileser III through Esarhaddon* (State Archives of Assyria 6), Helsinki, 1991
SAA 7	F. M. Fales, J. N. Postgate, *Imperial Administrative Records* Part I: *Palace and Temple Administration* (State Archives of Assyria 7), Helsinki, 1992
SAA 8	H. Hunger, *Astrological Reports to Assyrian Kings* (State Archives of Assyria 8), Helsinki, 1992
SAA 10	S. Parpola, *Letters from Assyrian and Babylonian Scholars* (State Archives of Assyria 10), Helsinki, 1993
SAAB	*State Archives of Assyria Bulletin*
SAOC	Studies in Ancient Oriental Civilization
SBT	Studies in Biblical Theology
SDB	*Dictionnaire du Bible: supplément*
SCO	*Studi classici e orientali*
SSEA Journal	*Society for the Study of Egyptian Antiquities Journal*
StBoT	Studien zu den Boghazköy Texten
StIr	*Studia Iranica*
StOr	*Studia Orientalia*
sum.	Sumerio
TAPhA	*Transactions of the American Philosophical Society*
TCL	Textes cunéiformes du Louvre
TCS	Texts from Cuneiform Sources
Theban Tombs	The Theban Tombs Series (Londres, 1915-)
TIM 1	*Old Babylonian Letters, part I* (Texts from the Iraq Museum)
TMO	Travaux de la Maison de l'Orient
TTAED	*Türk Tarih Arkeloji ve Etnografya Dergisi*
TUAT	*Texte aus der Umwelt des Alten Testaments* (O. Kaiser *et al.* Hsg.), Gütersloh, 1982
Tuc.	Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
UET 1	C. J. Gadd, L. Legrain, S. Smith, Royal Inscriptions (Ur Excavation Texts 1), Londres, 1928
UET 3	L. Legrain, *Business Documents of the Third Dynasty of Ur* (Ur Excavation Texts 3), Londres, 1947
UET 5	H. H. Figulla, *Letters and Documents of the Old Babylonian period* (Ur Excavation Texts 5), Londres, 1953
UET 8	E. Sollberger, *Royal Texts* part II (Ur Excavation Texts 8), Londres, 1965
UF	*Ugarit Forschungen*
Urk. I	K. Sethe, *Urkunden des alten Reiches*, Leipzig, 1933[2]
Urk. III	*Urkunden des ägyptischen Altertums, Abt. III: Urkunden der älteren Äthiopenkönige* (H. Schäfer, ed.), Leipzig, 1905

Urk. IV	*Urkunden des ägyptischen Altertums, Abt. IV: Urkunden der 18. Dynastie* (K. Sethe, W. Helck, eds.), Leipzig, Berlín, 1906-1958
UVB	*Vorläufige Berichte über die von der Notgemeinschaft der deutschen Wissenschaft in Uruk-Warka unternommenen Ausgrabungen*
VAB	Vorderasiatische Bibliothek
VAT	Vorderasiatische Abteilung Tontafeln, Berlín
WO	*Welt des Orients*
WVDOG	Wissenschaftliche Veröffentlichungen der deutschen Orient Gesellschaft
WZKM	*Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes*
YNER	Yale Near Eastern Researches
YOS I	Clay, A. T., *Miscellaneous Inscriptions in the Yale Babylonian Collection*, New Haven, 1915
YOS X	Goetze, A., *Old Babylonian Omen Texts*, New Haven, 1947
YOSR	Yale Oriental Series: Researches
ZA	*Zeitschrift für Assyriologie und verwandte Gebiete*
ZÄS	*Zeitscrift für ägyptische Sprache und Altertumskunde*
ZAW	*Zeitschrift für alttestamentliche Wissenschaft*
ZDPV	*Zeitschrift des deutschen Palästina-Vereins*
ZSS	*Zeitschrift der Savigny-Stiftung*

INTRODUCCIÓN

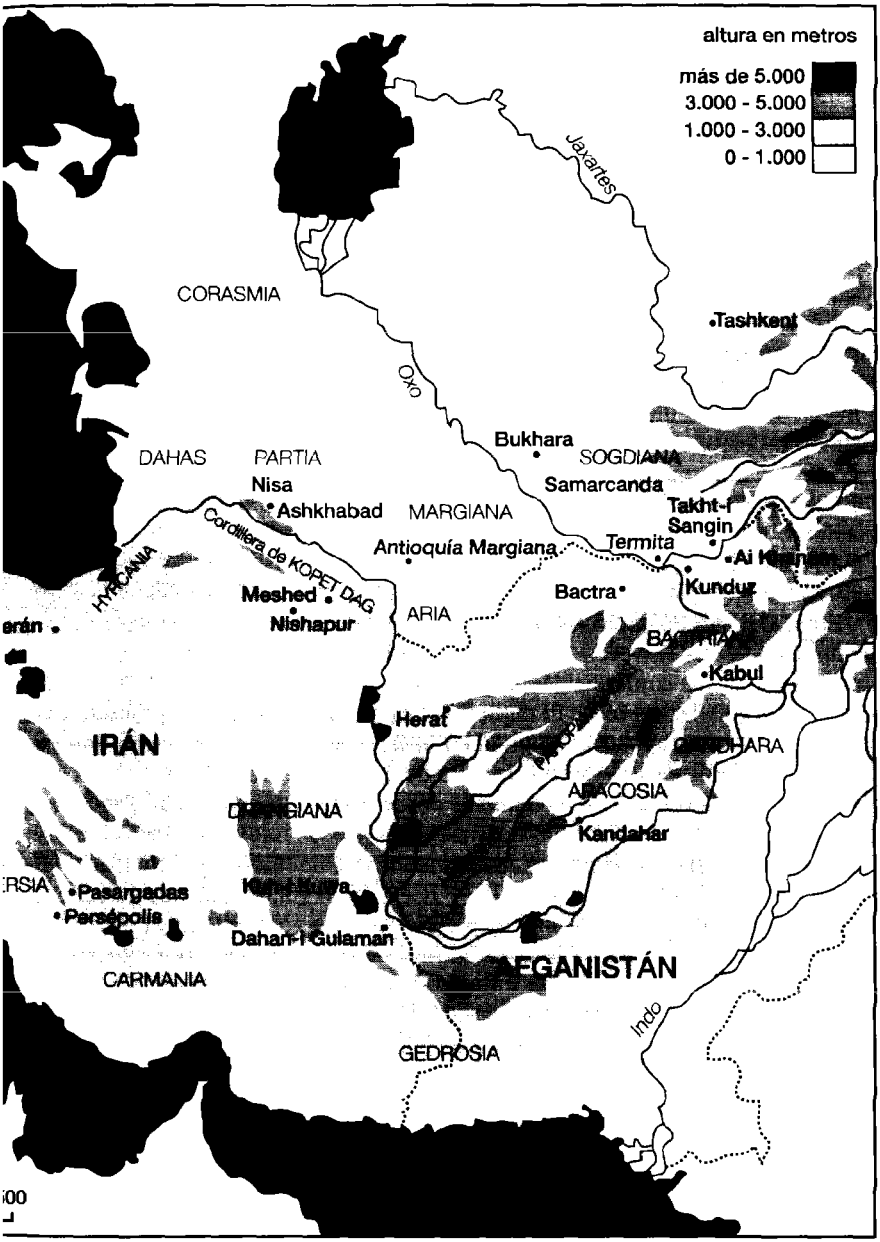
La región

El área que abarca el «Oriente Próximo» en esta obra se extiende por el oeste desde Turquía (Anatolia) y Egipto pasando por el Levante (término que incluye los modernos estados de Israel, Líbano, Jordania y la parte de Siria situada en la margen occidental del Éufrates) hasta Mesopotamia (la parte septentrional de Siria que queda al este del Éufrates e Irak) e Irán. Este último país está separado de las tierras bajas que forman Mesopotamia por los montes Zagros, donde el terreno se eleva en una serie de sierras escarpadas que bajan suavemente por la otra vertiente formando la meseta de Irán. Desde aquí parten las rutas que conducen por el norte hasta el Asia central, por el este hacia Afganistán, y por el sureste a la India. Últimamente se ha producido un importante desarrollo de las investigaciones arqueológicas en el golfo Pérsico y la península Arábiga, de modo que también esta región debería incluirse en el concepto de Oriente Próximo. En un sentido más general, la región del Oriente Próximo se corresponde con lo que actualmente entendemos por «Oriente Medio». La divergencia existente entre los actuales usos académico y político es fruto del apego de los estudiosos a la vieja terminología europea, desarrollada durante el siglo XV, para definir las tierras situadas al este de Europa empezando por el imperio otomano. El término «Oriente Medio» fue acuñado por los británicos y viene a ser un reflejo de los intereses estratégicos de las primeras décadas del siglo XX, pero los estudiosos no lo adoptaron porque apenas tiene nada que ver con sus intereses históricos y culturales.[1] La terminología académica no es muy precisa: a medida que han ido incrementándose las investigaciones, el concepto «Oriente Próximo» ha pasado tácitamente a incluir también a Irán, pese a los estrechos lazos que tiene este país con esferas culturales mucho más lejanas; y desde luego excluye a Grecia que, lógicamente, formaría parte de él. Pero un hecho es cierto: el Oriente Próximo antiguo constituye un territorio vastísimo que reduce enormemente las dimensiones de Europa y que, como es natural, se caracteriza por una infinita variedad tanto geográfica como cultural.

La zona queda así definida a grandes rasgos. Pero desde luego resultaría muy difícil —además de engañoso— establecer unas fronteras demasiado gruesas y precipitadas del «Oriente Próximo», pues siempre hubo contactos



MAPA 1. Mapa general del Oriente Próximo.


altura en metros
más de 5.000
3.000 - 5.000
1.000 - 3.000
0 - 1.000
Jaxartes
CORASMIA
Tashkent
Oxo
DAHAS
PARTIA
Nisa
Ashkhabad
MARGIANA
Bukhara
SOGDIANA
Samarcanda
Takht-i Sangin
Termita
Antioquía Margiana
Cordillera de KOPET DAG
HYRCANIA
Meshed
Nishapur
ARIA
Bactra
Kunduz
Kabul
Herat
IRÁN
ARACOSIA
Kandahar
Pasargadas
Persépolis
Dahan-i Gulaman
CARMANIA
GEDROSIA
Indo

muy importantes en una dirección y en otra. Anatolia, Levante y Egipto estuvieron a menudo en contacto directo con el Egeo, y por su parte Egipto mantuvo durante largos períodos estrechas relaciones con la zona del mar Rojo y el Cuerno de África, y también, aunque en menor medida y de forma un tanto distante e indirecta, con el África subsahariana a través de Sudán (la antigua Nubia, véase Adams, 1975 [0Gg]). En cuanto a Mesopotamia, y especialmente su parte meridional, tuvo vínculos comerciales regulares con el golfo Pérsico y la zona oriental de la península Arábiga, particularmente con Bahrain y Omán. Era ésta además la principal ruta de comunicación entre Mesopotamia y la India (Potts, 1990 [0Gf]). De Oriente importaba Mesopotamia la preciada piedra semipreciosa azul, el lapislázuli, que se produce en el noreste de Afganistán (Badakhshan, véase Herrmann, 1968 [0Gk]), así como vasos de esteatita de Kirman, en la zona oriental de Irán (Tepe Yahya, véase Kohl, 1975 [0Gk]). En esta región situada ya en el Lejano Oriente florecieron unas culturas urbanas muy desarrolladas durante el tercer y el segundo milenio, centradas en la parte meridional del Asia central (en el territorio de las antiguas repúblicas soviéticas de Turkmenistán y Uzbequistán), Seistán y la región del Indo, que mantenían estrechas comunicaciones directas unas con otras, como se ha sabido muy recientemente (Masson y Sarianidi, 1972 [0Gh]; Kohl, en Rowlands *et al.*, 1987 [0E]; Tucci, 1978 [0Gi]; Lamberg-Karlovsky, 1972 [0Gk]).

En el Oriente Próximo las distintas regiones mantenían estrechos contactos unas con otras, a veces de manera imprevisible. Por ejemplo, los asirios utilizaban una red comercial de larga distancia para llegar hasta la Anatolia central (*c.* 1900-1830; véase el capítulo 2, apartado 2), y hacia 1450 una comunidad de hititas expatriados vivía en el norte de Siria bajo el dominio de los egipcios. La impronta del típico sello del golfo Pérsico presente en la bula que marcaba una remesa de mercancías descubierta en Acemhüyük, cerca del Gran Lago Salado, en Turquía, nos habla de los vínculos comerciales existentes entre la Anatolia central y las comunidades del Golfo a comienzos del segundo milenio (Potts en al-Khalifa y Rice, 1986 [0Gf], pp. 389-390). Estos ejemplos vienen a darnos una idea de lo amplias y complejas que eran las interrelaciones existentes en la zona. Conviene tener presente que el Oriente Próximo no ha sido nunca una entidad coherente ni claramente definible, sino que más bien representa una serie de sistemas económicos, políticos y culturales que se solapan.

Lenguas y escritura

Entre los múltiples aspectos de esa diversidad debemos subrayar dos: la gran cantidad de lenguas (unas quince) que sabemos que se utilizaron en las distintas épocas, y la gran cantidad de sistemas de escritura empleados (aproximadamente siete: *World Archaeology*, 1986 [0H]; Hooker, 1991 [0H]). Naturalmente algunas lenguas y algunos sistemas de escritura dominan el

panorama histórico: el uso del egipcio se hallaba limitado en buena parte a su país de origen, pero tanto la lengua como su escritura fueron adoptadas por los soberanos nubios de la dinastía XXV (véase, en el segundo volumen [en prensa], el capítulo 12, apartado 1) para grabar sus inscripciones muy lejos de Egipto. Algunos han defendido la tesis de que una variedad del sistema jeroglífico egipcio fue adaptada para representar gráficamente un dialecto de la península del Sinaí y quizá también la lengua semítica hablada en Biblos (Diringer, 1948 [0H]), aunque esto último parece más dudoso (*World Archaeology*, 1986 [0H]). El acadio, lengua semítica hablada en Mesopotamia y que utilizaba la escritura cuneiforme, fue muy empleado durante el segundo milenio, llegando a alcanzar la consideración de lengua franca: los reyes de los egipcios y los hititas se comunicaban entre sí habitualmente en acadio, y los egipcios llevaban a cabo en esa lengua algunas de sus actividades imperiales en Levante (véanse los capítulos 4-7). La escritura cuneiforme fue adaptada también para representar gráficamente la lengua indoeuropea hablada por los hititas en Turquía (véase el capítulo 5). Una importancia semejante, si no superior, tuvo el arameo, perteneciente también a la familia de las lenguas semíticas, pero que utilizaba una escritura alfabética. El arameo se propagó rápidamente durante el primer milenio y, tras ser adoptado por los persas aqueménidas (550-330, véase, en el segundo volumen, el capítulo 13) como lengua administrativa de su inmenso imperio, sería utilizado desde la parte occidental de Turquía (Daskyleion, Licia) hasta el Afganistán (Ai Khanoum Kandahar); acabó ejerciendo un profundo influjo sobre la forma escrita del iranio medio (Naveh, 1982 [0H]). El arameo es una de las pocas lenguas del antiguo Oriente Próximo (las otras son la variedad copta del egipcio y el persa moderno) que han seguido utilizándose hasta la actualidad en una serie de comunidades restringidas. El hebreo, por supuesto, es otra. Se trata también de una lengua semítica estrechamente emparentada con el arameo; de hecho el arameo escrito influyó mucho en la forma de las letras del hebreo clásico. Aunque el hebreo bíblico es importantísimo culturalmente para el mundo moderno, dada la enorme influencia ejercida por la Biblia y las creencias judías sobre el cristianismo y el islam, su uso como lengua hablada se hallaba restringido a los diminutos reinos de Israel y Judá. Aunque el hebreo siguió escribiéndose y los textos clásicos continuaron estudiándose, parece que los judíos utilizaron cada vez más el arameo en la vida cotidiana a partir del período aqueménida.

Los sistemas de escritura empleados predominantemente durante el tercer y el segundo milenio (el cuneiforme mesopotámico y el jeroglífico egipcio) constituían una compleja mezcla de ideogramas y signos silábicos. A lo largo del segundo milenio tenemos indicios de que en Levante se desarrolló una escritura local que utilizaba un solo signo para representar cada sonido (véase el capítulo 6, apartado 2). Este sistema mucho más sencillo es el precursor de la escritura alfabética, cuyo uso se generalizó a lo largo del primer milenio. Pero el sistema claramente alfabético más antiguo, que enlazaría con el alfabeto griego y en último término con el latino, no aparece hasta aproximadamente mediados del siglo XI en una inscripción fenicia de Tiro (véase,

en el segundo volumen, el capítulo 8, apartado 3.1). Todavía sigue abierto en buena parte entre los especialistas el debate en torno a la forma y la fecha en las que se introdujo o se adoptó en la región del Egeo este sistema de escritura fenicia (para un análisis general, véase Healey, en Hooker, 1991 [0H]; para un reciente planteamiento extremo de la cuestión, véase M. Bernal, *Cadmean Letters*, Winona Lake, IND, 1990).

La difusión de la escritura en la mayoría de las regiones del Oriente Próximo supone que podemos recuperar —y de hecho estamos recuperando constantemente— grandes cantidades —aunque por supuesto no la totalidad— de la rica literatura y la mitología de los pueblos de la zona. Han salido a la luz las amplísimas interrelaciones literarias existentes dentro y fuera de la región, circunstancia que ha modificado la concepción que se tenía del carácter singular de algunos textos clásicos. Por ejemplo, se suscitó un gran revuelo entre el público cuando en 1872 George Smith identificó la existencia de un mito mesopotámico del diluvio, en muchos sentidos comparable directamente con el del Antiguo Testamento, entre las tablillas cuneiformes descubiertas en la capital de los asirios, Nínive. Un texto babilónico que relata el nacimiento secreto y la posterior exposición en una canastilla de juncos del niño Sargón de Agade, destinado a convertirse en uno de los «conquistadores del mundo» más famosos (véase el capítulo 1, apartado 3), recuerda muchísimo a la leyenda de Moisés; Freud (*Moses and Monotheism*, Amsterdam, 1939; trad. ing. Londres, 1939) utilizaba este descubrimiento para sugerir que esos temas eran universales y no típicos del judaísmo. Cuando se descifró la lengua hitita, se descubrió que la literatura escrita en ella contenía una serie de leyendas (como, por ejemplo, el mito de Kumarbi, en realidad de origen hurrita) que, al parecer, habían influido en la imagen que ofrece Hesíodo de las sucesivas generaciones de los dioses en la *Teogonía* (véase Walcot, *Hesiod and the Near East*, Cardiff, 1966). Recientemente, un estudioso ha sostenido la tesis de que los antecedentes de la aparición de la *historia* griega en el siglo V podrían encontrarse en una tradición historiográfica anatólica perfectamente desarrollada, cuyos rastros podrían seguirse ininterrumpidamente desde el siglo XIII hasta finales del V (Uchitel, *SCO*, 10 [1989/1990]). Por el contrario, los detalles del mito egipcio de Isis y Osiris, que a todas luces circulaba por Egipto en fecha muy temprana y que se hallaba estrechamente vinculado con la mismísima monarquía egipcia, sólo se conocen a través de versiones griegas muy posteriores (Plutarco). Muchos textos egipcios sólo aluden a los mitos o seleccionan episodios de los mismos, quizá porque fueron compuestos para ser utilizados en contextos cultuales (para el gran Himno a Osiris, que es la versión egipcia de este mito más larga que se ha conservado, véase Erman, 1927 [0I]; Lichtheim, 1973-1980 [0I], vol. 2). Los complicados géneros de los textos literarios del Oriente Próximo, con sus refinadas formas poéticas y métricas, empiezan ahora a ser definidos poco a poco, y el análisis literario de los mismos todavía está en mantillas (en general, véanse Röllig, 1978 [0J]; Vogelzang y Vanstiphout, 1992 [0J]).

El medio ambiente

Antes de analizar algunos de los problemas que plantea escribir una historia del Oriente Próximo, debemos establecer una serie de principios generales relacionados con las condiciones físicas del país, en la medida en que las restricciones impuestas por el clima y el terreno han influido en los tipos de vida. Importancia crucial tienen los niveles de pluviosidad de la zona: en el norte y en el oeste (Turquía, Levante, Mesopotamia septentrional y norte de Irán), cae lluvia suficiente para que crezcan las cosechas sin necesidad de implantar un sistema regular de regadío, pero en el sur de Mesopotamia y en Egipto la pluviosidad anual es muy escasa, de modo que la agricultura depende por completo del regadío que permiten los grandes ríos (para la meseta del Irán, véase Beaumont, Blake *et al.*, 1976 [0N], pp. 88-92). Pero ahí se acaban las semejanzas entre estos dos países: antes de la construcción de la gran presa de Asuán, el Nilo inundaba el valle desde mediados de julio hasta septiembre, esto es, después de la cosecha, y volvía a su cauce para la época de la siembra; en cambio, en la Mesopotamia meridional el Tigris y el Éufrates inundan la región en primavera, justo en la época en que los campos están a punto de cosecharse. Por consiguiente, hay que gastar muchísima energía en limpiar y construir las acequias destinadas a controlar la inundación.

Los cultivos más importantes para el consumo humano en toda la región son el trigo y la cebada, sembrándose también habas y trébol como forraje para el ganado mayor y las bestias de tiro y carga, esenciales para la agricultura y en el terreno militar (bueyes, asnos y, cada vez en mayor proporción a partir de *c.* 2000, caballos). La estación en que maduran todos estos cultivos, sin embargo, va de abril a julio en las mesetas de Irán y Turquía, y de febrero a mayo en la zona denominada habitualmente «Creciente fértil», esto es, Mesopotamia, Levante y Egipto. Debemos tener presente en este último caso que la recolección ya ha concluido cuando llega el verano. Aparte de los animales criados con fines especiales, se cría sobre todo ganado menor (ovejas y cabras). Como las tierras apropiadas para el cultivo son limitadas, la ganadería ha solido mantenerse siempre en los márgenes de las zonas agrícolas, y la cantidad de pastos disponibles varía en función de la pluviosidad de cada estación. En consecuencia, buena parte de la ganadería del Oriente Próximo ha tenido tradicionalmente un carácter en su totalidad o en parte trashumante, es decir, los pastores se ven obligados a trasladar sus rebaños cada temporada a los lugares en los que hay agua y pastos disponibles. Otro animal que fue adquiriendo cada vez más importancia en la región fue el camello, que se cría perfectamente en el desierto y permite cruzar grandes extensiones de tierra árida. Todavía se discute la fecha de su domesticación (Ripinsky, JEA, 71 [1985], defiende una fecha muy temprana, frente a Bulliet, 1990 [0N] y RLA, 5, pp. 330-332), pero de lo que no cabe duda es de que su potencial militar y económico era insignificante antes de comienzos del primer milenio.

Cómo entender la historia del Oriente Próximo

La mayor parte de la historia, la literatura, la sociedad y la cultura del Próximo Oriente antiguo debemos reconstruirla a partir de los materiales excavados, entre los que se encuentran grandes cantidades —aunque en número muy variable— de textos (tablillas de arcilla en el caso de Mesopotamia y la Anatolia hitita, y papiros en el de Egipto). Así pues, los testimonios de los que disponemos son incompletos y existen grandes lagunas en nuestro conocimiento, en parte porque la excavación total constituye un imposible, y en parte porque los textos desenterrados a menudo son fragmentarios. Tenemos listas de reyes, crónicas, anales y textos (auto)biográficos (véase la bibliografía [0K]), que nos permiten reconstruir la historia y la cronología de algunas regiones durante determinados períodos. Pero este tipo de materiales es muy desigual, de ahí que también lo sea nuestro conocimiento de la historia del Oriente Próximo. Otro problema es que la mayoría de los documentos son notas administrativas y transacciones legales, esto es, se hallan incardinados en un ambiente histórico y cultural concreto que, por su propia naturaleza, no necesitan explicar. Algo parecido sería pretender escribir la historia de la Gran Bretaña utilizando los documentos apolillados descubiertos en un monasterio (tal es el caso, por ejemplo, de los papiros que contienen las donaciones fúnebres de Neferirkare, *c.* 2400), en una oficina pública (cf. los archivos de Drehem que hablan del aprovisionamiento de corrales para el ganado, *c.* 2100), en el despacho particular de un caballero (cf. los textos de la casa del «purificador» y administrador de Ur, *c. 1800*), o incluso en una sección de la Biblioteca Británica (cf. los ingentes archivos del gran templo de Boğazköy, *c.* 1400-*c.* 1200), separados unos de otros por varios siglos. Las dificultades que entraña ponerse a escribir cualquier tipo de historia partiendo de esa base son evidentes: un erudito (Powell, 1978 [capítulo 1]) ha señalado atinadamente que se necesitan años y años de penoso estudio de semejantes documentos para establecer un solo detalle relativo a la conducta social, oculto tras un comentario fortuito de Heródoto, si dispusiéramos de una obra análoga. Y por desgracia no es así. El Antiguo Testamento nos compensa hasta cierto punto de la falta de una historia narrativa semejante, pero debemos recordar que sus intereses son muy limitados y su punto de vista muy sesgado, debido a que estaba destinado a transmitir un mensaje teológico determinado a una pequeña comunidad del Oriente Próximo.

Las complejidades mismas que comporta el estudio de los documentos, desperdigados (a raíz de las excavaciones y de su adquisición fortuita en el mercado de antigüedades) por los grandes museos del mundo (así como en colecciones particulares),[2] hacen que los volúmenes de textos publicados, por no hablar de las traducciones y comentarios, aparezcan con cuentagotas, aunque de forma continuada.[3] Buena parte de los textos han sido publicados originalmente en forma de artículos en las numerosas revistas académicas existentes[4] o en colecciones de artículos,[5] que además son el principal foro

para el análisis detallado de los materiales. Existen o están en preparación algunas valiosas selecciones de textos traducidos, dirigidas al público en general ([0I]), pero representan sólo la punta del iceberg comparadas con la cantidad de materiales disponibles. Esto impide en gran medida al principiante hacerse una idea de la cantidad y envergadura de los documentos existentes; pero para el especialista informado la situación no resulta mucho más fácil. Por ejemplo, el descubrimiento en 1975 de ingentes cantidades de tablillas (más de 8.000) en Tell Mardikh (la antigua Ebla) en el norte de Siria, que datarían de mediados del tercer milenio, cambió por completo la idea que generalmente se tenía de los pueblos de esta región, considerados amorreos todavía analfabetos en esa época (véase Liverani en Wiseman, 1973 [0A]): los textos de Ebla demuestran que su lengua no era el amorreo y que sus habitantes serían cualquier cosa menos analfabetos. Un estudioso (Veenhof, 1985 [capítulo 2]) presentó un importante análisis de la secuencia cronológica —por lo demás enrevesadísima— de acontecimientos políticos del gran estado de Mari hacia 1800, que inmediatamente se reveló en parte insostenible a raíz de la publicación ese mismo año de un texto desconocido hasta entonces. Análogamente, a comienzos de 1989 fue identificada sobre el terreno (véase *The Times*, 21 de marzo de 1989; Stone y Zimansky, 1992 [capítulo 2]) una importante ciudad de la Mesopotamia meridional conocida hasta entonces sólo por los textos (Mashkan-Shapir). Por desgracia, los editores del principal manual de asiriología, todavía en proceso de compilación (*Reallexikon der Assyriologie* [0Q]), acababan de terminar las pruebas definitivas del volumen que contenía el artículo relativo a Mashkan-Shapir y no pudieron incluir ni siquiera una alusión a este importante descubrimiento: hasta que no se publique el volumen de *addenda*, que probablemente no aparezca en este siglo, los profanos no tendrán noticia de este importante hallazgo.

Otro factor cuya importancia no nos cansaremos de repetir es el enorme lapso de tiempo que ocupa la historia conocida en algunas zonas del Oriente Próximo. En la época de la conquista del imperio persa por Alejandro Magno de Macedonia (334-324), los habitantes de Egipto y Mesopotamia tenían a sus espaldas una historia de casi 3.000 años, esto es, el tiempo que nos separa a nosotros de la caída de Troya. Conservaban tradiciones y leyendas de su historia más primitiva, de sus reyes y sabios más antiguos, así como de los acontecimientos posteriores más importantes, como demuestran las obras históricas de Beroso de Babilonia, escritas en griego (véanse P. Schnabel, *Berossus und die babylonisch-hellenistische Literatur*, Leipzig, 1923; S. Burstein, *The Babyloniaca of Berossus*, Malibu, Cal., 1978), y de Manetón de Sebennito en Egipto (Loeb, ed., 1940), autores ambos de comienzos del siglo III, de cuyas obras conservamos sólo unos pocos fragmentos. Aunque la mayor parte de las obras generales concluyen sus relaciones de la historia del Oriente Próximo con las conquistas persas o con las macedónicas, no existe razón alguna para dar por supuesto que los habitantes de la región pensaran que ninguno de estos acontecimientos representara un cambio político más significativo que cualquiera de las invasiones anteriores. Estudios recientes

han subrayado atinadamente los elementos que demuestran la continuidad cultural e institucional que caracterizó al período helenístico en toda la región.[6] Así pues, el único motivo para acabar esta introducción a la historia del Oriente Próximo con Alejandro Magno es la estructura de la serie de libros en la que se incluye, que viene a reflejar la perspectiva de la historia antigua que se tiene desde Europa.

Uno de los problemas más importantes que acarrean la enorme extensión de tiempo que abarca una obra de introducción como ésta y la dificultad que comporta la necesidad de reconstruir las secuencias históricas, es la tendencia a comprimir los hechos: el estudioso acostumbrado a tratar de milenios corre el riego de pasar por alto un período de cien años por considerarlo insignificante. Pero naturalmente el hecho de que no sepamos mucho de lo que sucedió en un determinado momento no es más que el reflejo de la desigualdad que caracteriza la distribución de los testimonios. Con frecuencia es durante los períodos para los cuales los expertos carecen de materiales cuando se produjeron los cambios más importantes (por ejemplo, durante el período comprendido entre 1600 y 1500, cuando los casitas se establecieron en Babilonia [véase el capítulo 7, apartado 1] y cuando nació el estado de Mitanni [véase el capítulo 6, apartado 1]). La tendencia a comprimir los acontecimientos puede dar la impresión de que hubo una sucesión confusa de pueblos no identificados que dominaron la región de un modo fortuito y trivial. Nuestro libro quiere contribuir a acabar con la sensación de que la historia del Oriente Próximo constituye un ciclo inabarcable de acontecimientos ocurridos al margen del mundo que nosotros conocemos.

Las historias del Oriente Próximo suelen dar comienzo en torno al año 3000: esta fecha coincide, según la periodización arqueológica convencional, con el inicio de la «Edad del Bronce» en el Oriente Próximo, que se prolongaría hasta *c.* 1200, cuando empieza la «Edad del Hierro» arqueológica. La terminología deriva del denominado «sistema de las tres edades» —de piedra, de bronce y de hierro— inventado a comienzos del siglo XIX por el sabio danés Thomsen con el fin de clasificar la colección de objetos prehistóricos de su museo. Refleja la tecnología cada vez más avanzada perceptible en la producción de armas y objetos cortantes, pero hoy día casi nadie admite ya la idea de evolución lineal de las sociedades que se oculta tras ella. En la actualidad el sistema de las tres edades tiene un valor práctico limitado, pero la terminología está tan arraigada que ha seguido utilizándose, aunque con numerosas modificaciones y precisiones. En nuestro libro no la utilizaremos demasiado, por cuanto casi todos los materiales permiten definiciones cronológicas más exactas. No obstante, regiones cuyas culturas sólo pueden definirse en términos arqueológicos estuvieron en contacto con otras en las que los desarrollos pueden seguirse con más precisión, de modo que de vez en cuando aparecerán expresiones como «Edad del Bronce Medio» u otras por el estilo.

Aunque debamos rechazar el marco evolutivo implícito en el sistema de las tres edades, sigue siendo válido el hecho de que el comienzo de la «Edad del Bronce» en el Oriente Próximo en *c.* 3000 coincide aproximadamente

con el establecimiento de unas sociedades urbanas plenamente desarrolladas y relativamente estables no sólo en Mesopotamia y Egipto, sino también, durante el tercer milenio, en Levante, Irán, el Asia Central, el valle del Indo y Anatolia (Troya, Alaca Hüyük), con desarrollos paralelos en el golfo Pérsico. La aparición de la escritura en algunas regiones por esta misma época reviste una importancia especial para el historiador. Donde con más constancia y continuidad se observa la actividad escrita, es en Egipto y la Mesopotamia meridional, aunque en la actualidad es seguro que ya en el cuarto milenio se utilizaban formas de notación sobre arcilla en una zona que se extiende desde el norte de Siria al este de Irán (véase Walker, en Hooker, 1991 [0H]). La existencia de documentos escritos, junto con los testimonios documentales de época posterior, como, por ejemplo, las listas de reyes, permiten ir delineando poco a poco los procesos históricos por medio de una cronología más precisa de los acontecimientos, de los nombres de pueblos e individuos, de las lenguas, de las estructuras políticas, sociales y económicas de estas sociedades complejas, y también, en parte, de sus conceptos culturales concretos: en otras palabras, cada vez resulta más fácil identificar a los actores y empezar a distinguir cuáles son los rasgos distintivos de las diversas regiones, cosa que no nos permite la simple descripción de los niveles o los hallazgos arqueológicos. Como acertadamente ha resumido la cuestión Mortimer Wheeler, «puede que el arqueólogo encuentre el tonel, pero de Diógenes no queda ni rastro» (citado por Allchin y Allchin, 1982, p. 299 [0Gj]).

El problema de los testimonios

Pese a la documentación casi continuada que poseemos acerca de la Mesopotamia meridional y Egipto desde aproximadamente el año 3000, no todos los períodos se hallan igual de bien representados por los testimonios, ni se comprenden igual de bien. Este problema tiene que ver con el tipo de fuentes de que dispongamos y con las circunstancias particulares de su recuperación. Así, por ejemplo, en muchos lugares del Oriente Próximo los yacimientos se encuentran en «montículos» (llamados *tell, tepe, hüyük*, o *kom*), formados por la acumulación de escombros de un asentamiento. En el sur de Mesopotamia los montículos más notables corresponden con frecuencia a restos de templos, que solían ser reconstruidos en el lugar de su primitivo emplazamiento. Como estos montículos prometen una rica recompensa al arqueólogo, una cantidad desproporcionada de los hallazgos procede de grandes santuarios, mientras que se sabe relativamente poco del resto de las ciudades. Así ocurre, por ejemplo, con las excavaciones de Ur realizadas por Woolley, de las cuales decía un erudito francés:

> El arqueólogo dejó al margen una zona ocupada por casas que le parecieron demasiado «pobres» para llamar su atención. De ese modo falsificó por completo el panorama urbano de la Ur habitada dentro de sus murallas, y negó

a sus sucesores la posibilidad de realizar un estudio sociológico y económico de la población de Ur que utilizó aquellas construcciones (M. T. Barrelet, *BiOr*, 35 [1978], p. 274).

Otro de los factores que limitan nuestros conocimientos es el hecho de que algunas zonas resultan muy difíciles de excavar por muy diversas razones. Una es que el lugar siga habitado, como ocurre en el caso de Alepo (norte de Siria), capital de un importante reino durante la primera mitad del segundo milenio; Erbil (la antigua Arbelas), una de las ciudades más grandes del imperio asirio; y Ecbatana (la moderna Hamadan), capital de los medos. Otra es que una ciudad antigua esté situada en ricos campos de cultivo todavía aprovechados: así ocurre sobre todo en Egipto, cuya primitiva vida urbana conocemos bastante mal, debido a que la mayor parte de los materiales proceden de tumbas situadas en las cercanías del desierto, en las zonas marginales desde el punto de vista agrícola. Sólo últimamente se ha iniciado un proyecto de reconocimiento del territorio de la antigua capital de Egipto, Menfis, y de excavación de algunos montículos dispersos por las aldeas y los campos de cultivo.[7] También pueden plantear dificultades los rasgos topográficos locales: la ciudad de Babilonia, por ejemplo, ha proporcionado pocos materiales anteriores al período neobabilónico (626-539), debido al elevado nivel de la capa freática de la zona; las zanjas de las excavaciones se llenan de agua cuando alcanzan una determinada profundidad; así que el pico y la pala sólo han sacado a la luz una pequeña fracción de la ciudad —unos mil años más antigua— de los tiempos de Hammurabi. Otro factor importante son las limitaciones presupuestarias, que hacen que sólo muy pocos sitios hayan podido ser excavados plenamente. La gran ciudad de Uruk (la actual Warka), que ocupaba un área de más de 9 km^2 a finales del cuarto milenio, ha sido estudiada activamente por varios equipos alemanes desde antes de la primera guerra mundial, pero hasta ahora en ningún barrio de la ciudad se han concluido completamente las exploraciones. Conviene recordar, por tanto, cuán parcial tiene que ser irremediablemente nuestra imagen de la mayoría de los yacimientos.

Un problema algo distinto a la hora de reconstruir la imagen del pasado es el que plantea la identificación de los lugares. Por ejemplo, se sabía por las inscripciones que Anshan era un importante centro del estado elamita, cuya principal ciudad identificada era Susa, en la parte suroccidental de Irán (Khuzistán), no lejos del sur de Mesopotamia; se suponía, por tanto, que Anshan debía de estar situada un poco más al este de Susa (véase el mapa en Hinz, 1972 [capítulo 7]). La identificación en 1972 de Tall-i Malyan, en la región de Fars, como Anshan (véase Lambert, 1972 [capítulo 7]) obligó a una revisión fundamental de la idea que se tenía de las dimensiones y el poderío de Elam, pues Malyan se encuentra casi 320 km más al este, cerca de la que después sería Persépolis (véase Vallat, 1980 [capítulo 7]). Este ejemplo ilustra las graves repercusiones que tiene la localización exacta de los lugares: en este sentido una laguna importante es la que representa la ciudad, todavía no identificada, de Agade, capital del primer imperio mesopotámico

(véase el capítulo 1, apartado 1), aunque en la actualidad existe algún acuerdo respecto a su probable emplazamiento, basado en las deducciones realizadas a partir de los textos (G. McEwan, *AfO*, Beiheft 19, pp. 8-15). Un caso todavía más debatido es la localización de Washshukanni, capital del importante estado de Mitanni, que floreció en el norte de Siria entre 1550 y 1350 (capítulo 6, apartado 1).

El marco cronológico

El empleo de los términos *circa* y «aproximadamente», así como los cuadros cronológicos alternativos y las diversas fechas atribuidas a los reinados de los distintos reyes, aparecerán una y otra vez a lo largo de la obra. Podemos reconstruir un marco cronológico relativamente exacto para Egipto, utilizando observaciones astronómicas y listas de reyes, hasta la dinastía I. Existen, sin embargo, discrepancias respecto a la interpretación exacta de los datos astronómicos, la duración de algunos reinados, y en qué medida se superponen las fechas de los diversos monarcas rivales durante los períodos de desunión política. En consecuencia, existen cuadros cronológicos contradictorios: en los últimos años, la mayoría de los egiptólogos suelen preferir una cronología un poco más baja que la utilizada en la edición revisada de la *Cambridge Ancient History*, vols. I y II [0B].[8] Generalmente he utilizado esa datación baja, pero también he indicado la cronología alternativa cuando me ha parecido conveniente.

También puede reconstruirse una cronología más o menos exacta para Mesopotamia, utilizando las nóminas asirias de los magistrados epónimos (los funcionarios que daban su nombre al año) y la Lista de los Reyes de Asiria. A partir de las sincronías con los monarcas babilonios del sur, podemos reconstruir una cronología basada en una serie de listas de reyes que se remontan al año 2400. Antes de esa fecha, la cronología mesopotámica es imprecisa, y suele ser habitual apelar a las secuencias arqueológicas relativas: así, por ejemplo, la escritura adquirió suma importancia durante la fase Uruk 3 (*c.* 3100-2900), y los períodos sucesivos se llaman Protodinástico I (2900-2700), II (2700-2600), y III (2600-2300). Evidentemente esas fases sólo nos proporcionan un criterio muy vago. Existen entre los especialistas considerables discrepancias y diferencias a la hora de datarlas, e incluso en la terminología empleada. Yo me he limitado a indicar las convenciones más utilizadas.

La datación de los acontecimientos en otros puntos del Oriente Próximo (Anatolia, Levante, o Irán) depende de la correlación con la cronología mesopotámica y/o egipcia. Un punto crucial y sumamente debatido entre los especialistas es el de la datación de Hammurabi de Babilonia, de la cual depende toda la cronología del Oriente Próximo durante el segundo milenio. La denominada «cronología media», utilizada por la mayor parte de los manuales (por ejemplo, *CAH.*, ed. rev. [0B]), sitúa a Hammurabi en 1792-1750, pero existen argumentos bastante atractivos a favor de otras cronologías más

altas y más bajas. Se han propuesto fechas más altas (Hammurabi = 1848-1806, véase Huber, 1982 [0O]) y más bajas (fecha supuesta para Hammurabi = 1728-1686, véase Gates, 1981 [0O]), que siguen debatiéndose y modificándose (véase Na'aman, 1984 [0O]). En general, he seguido la cronología media por conveniencia, indicando otras fechas cuando me ha parecido relevante; en cada capítulo se analiza más a fondo la cronología. Por regla general cabe afirmar que cuanto más atrás nos remontamos en el tiempo, menos precisa es la cronología y mayores son las divergencias entre las distintas fechas propuestas.[9]

Antecedentes neolíticos

Los precursores inmediatos de los complejos estados de Egipto y la Mesopotamia meridional se remontarían a *c.* 4500 en el caso de Egipto y a *c.* 6000 en el de Mesopotamia, pero en otros rincones del Oriente Próximo encontramos restos de poblados sedentarios que en algunos lugares se remontan casi a las postrimerías de la última glaciación (*c.* 10000). Esta época se subdivide a grandes rasgos en Neolítico (hasta 5000 aproximadamente) y Calcolítico (*c.* 5000-3000). Fue durante estas fases cuando se produjeron una serie de innovaciones trascendentales: el desarrollo de las técnicas agrícolas (que según defienden ahora algunos autores habría dado comienzo antes del año 10000, véase Unger-Hamilton, 1985 [0P]), de las arquitectónicas, de algunas tradiciones artesanales como la cerámica, y de las redes comerciales; también datarían de estas épocas el establecimiento de aldeas y de la vida urbana (Çatal Hüyük, Jericó) y la explotación rudimentaria de los metales (cobre). Fue para definir este proceso, que evidentemente fue largo y complejo, para lo que Gordon Childe acuñó el término «revolución neolítica» (véase McNairn, 1980 [0P], pp. 78-80), mediante el cual pretendía designar los cambios trascendentales producidos en la organización socioeconómica y en el desarrollo político derivado del asentamiento de la población en comunidades *permanentes*, capaces de controlar su aprovisionamiento de comida gracias a la domesticación de animales y plantas. A la vista de los testimonios existentes, parece que donde primero se produjo este fenómeno fue en el Oriente Próximo, aunque la gran cantidad de datos disponibles en la actualidad viene a subrayar cuán prolongado y complicado fue el proceso, por lo que el término «revolución» no se considera ya demasiado apropiado (véase Oates y Oates, 1976 [0P]). Por su propia naturaleza las causas que motivaron esos cambios están condenadas a permanecer en el terreno de las hipótesis (para un panorama general de las teorías en este sentido, véanse Redman, 1978; Maisels, 1990 [capítulo 1]); más fácil resulta responder a la cuestión de por qué se produjeron precisamente en ese momento y en ese rincón del mundo. El Oriente Próximo era una región que se había visto menos drásticamente afectada que muchas otras por los cambios climáticos producidos al final de la última glaciación, de suerte que las bases ecológicas para la subsistencia no se vieron radicalmente

destruidas. Las variedades silvestres de cebada y trigo, así como los antepasados salvajes de ovejas, cabras, vacas, cerdos y camellos, eran naturales de la región. Son éstas las especies que lograron ser domesticadas y que desde entonces han constituido los productos agrícolas y ganaderos básicos de la zona, con el añadido reciente de unos cuantos más, como por ejemplo el arroz, la caña de azúcar y, entre los animales domésticos, el caballo. El hecho de que pudiera practicarse la agricultura de secano en las laderas de las grandes cadenas montañosas y en el litoral mediterráneo quizá fomentara la realización de los primeros experimentos agrícolas; no obstante la existencia de un poblado bastante extenso (*c.* 4,5 ha) en Jericó, que floreció entre *c.* 8000 y 6000, situado en un lugar extremadamente seco y árido, en las cercanías del mar Muerto, indica que ya se practicaba algún tipo de regadío, favorecido por la presencia de un manantial perpetuo (Kenyon, 1972 [0P]; Oates y Oates, 1976 [0P]).

Aunque la mayoría de los yacimientos arqueológicos de esta época son aldeas, una serie de factores nos aconsejan prudencia a la hora de deducir que la principal modalidad de vida colectiva era la de los simples poblados aislados: las dimensiones (*c.* 15 ha) de Çatal Hüyük, en Turquía, que data del año 6000 aproximadamente, su apretado conglomerado de viviendas, su elaborada decoración (pinturas murales) y sus objetos de artesanía (por ejemplo, un espectacular cuchillo de piedra con el mango tallado), nos hablan de un refinamiento hasta entonces desconocido en las esferas política, socioeconómica, artística e intelectual. Jericó constituye un yacimiento urbano igualmente complejo, quizá incluso más antiguo, protegido por un foso y una robusta muralla de piedra, de la que forma parte una gran torre circular también de piedra, provista de una escalera interior. La organización sociopolítica del poblado sólo puede ser objeto de conjeturas, pero desde luego no debía de ser demasiado «simple». El análisis de la obsidiana (Dixon *et al.*, 1972 [0P]) ha proporcionado la prueba de que en esta época ya existían relaciones de algún tipo entre países lejanos. La obsidiana es una piedra vítrea negra de origen volcánico, que tiene las virtudes del sílex de la mejor calidad y que sólo se encuentra en un número restringido de lugares; el análisis de las fuentes de la obsidiana empleada en la producción de utensilios de esta época nos muestra así la complejidad de las redes de comunicación. Por ejemplo, la obsidiana empleada en algunos utensilios de Jericó procede, al parecer, de la zona de Kayseri, en la Turquía central.

Así pues, ya existían todos los requisitos para el desarrollo a gran escala cuando se produjeron en la Mesopotamia meridional y en Egipto las importantes innovaciones que condujeron finalmente al establecimiento en estas zonas de unos estados bastante refinados desde el punto de vista político. De momento da la impresión de que estas dos regiones adaptaron unas técnicas perfeccionadas ya en otros rincones del Oriente Próximo y que, probablemente debido a la existencia de determinadas limitaciones y ventajas físicas (Maisels, 1990 [capítulo 1]), acabaron superando a esas otras zonas habitadas tanto en dimensiones como en complejidad.

Primera parte

EL DESARROLLO DE ESTADOS Y CIUDADES (*c.* 3000-*c.* 1600)

1. MESOPOTAMIA DURANTE EL TERCER MILENIO A.C.

1. ANTECEDENTES (*c.* 6000-*c.* 2900)

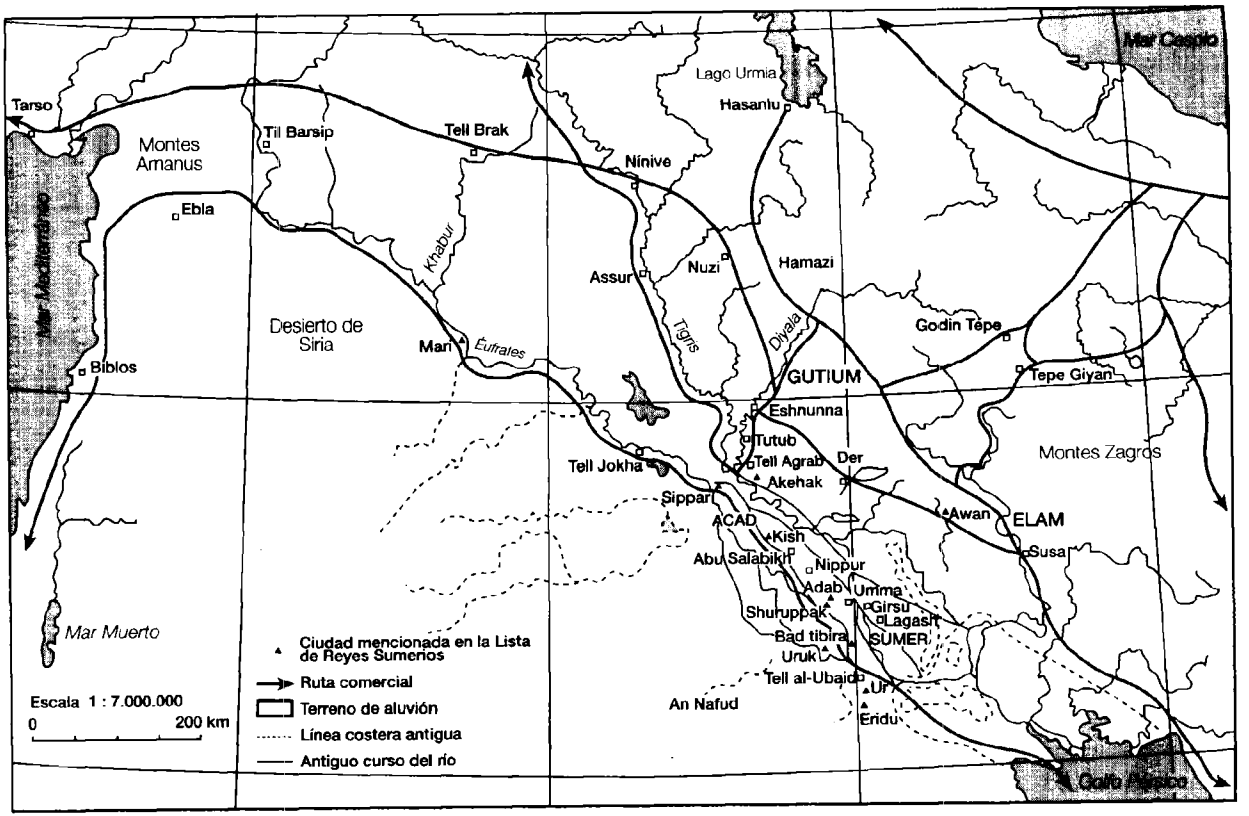
Medio ambiente

Por la época en la que los primeros documentos escritos empiezan a tener algún sentido coherente para nosotros (*c.* 3200, véase Green, 1980), Mesopotamia llevaba más de 2.000 años habitada. Por esa época (*c.* 5000) la línea costera en la cabecera del golfo Pérsico llegaba más al sur, aunque una elevación del nivel del mar la desvió hacia el norte cuando menos hacia el año 4000, si no antes. Diversos libros demuestran que la costa del Golfo se extendía en la Antigüedad mucho más al norte de lo que lo hace hoy día, reflejando con ello una teoría propuesta a principios del presente siglo. Pero a comienzos de los años cincuenta otros autores (Lees y Falcon, 1952) defendieron la tesis de que no era así. Los ríos Tigris y Éufrates depositan la mayor parte de sus sedimentos antes de llegar al mar, hecho que causa serios problemas a los regadíos y que puede hacer que centros habitados de la Antigüedad queden enterrados completamente bajo el lodo (como ocurrió en el caso del importante poblado prehistórico de Ras al-'Amiya, al norte de Babilonia), pero que prácticamente habría dejado intacta la línea costera durante los últimos seis mil años o más. Más recientemente, sin embargo, han vuelto a oírse voces que ponen en duda la hipótesis de Lees y Falcon (Adams, 1981; Sanlaville, 1989), y una vez más numerosos especialistas admiten que la costa del Golfo se situaba en la Antigüedad más al norte que hoy en día. Independientemente de la teoría que se prefiera seguir, parece que Ur y Eridu fueron siempre las ciudades mesopotámicas más meridionales, pues entre ellas y el mar se extienden las marismas de Irak, que no pueden soportar la existencia de grandes comunidades.

Los pantanos han constituido siempre un factor importante en la historia de Mesopotamia, pues debido a lo difícil que resulta su control, han proporcionado con frecuencia refugio a los rebeldes. Representan además una importante fuente de recursos, al proveer de cañas y juncos largos aptos para la fabricación de techumbres y de productos de mimbre, como cestas y esteras,

además de productos alimenticios, como, por ejemplo, pescados, aves acuáticas y jabalíes. Algunos de los motivos iconográficos más antiguos que aparecen en objetos como, por ejemplo, los sellos cilíndricos,[1] son complicadas cabañas de junco, comparables con las espléndidas casas de huéspedes construidas hoy día por los árabes de las marismas (W. Thesiger, *The Marsh Arabs*, Londres, 1964), y lo que parecen ser haces de juncos relacionados con la diosa sumeria Inanna. Otro producto importante que se cría en las zonas inferiores de los dos ríos es la palmera datilera, cuyas hojas pueden ser utilizadas para construir techumbres, mientras que el tronco fibroso permite fabricar cuerdas y edificaciones ligeras. Pero lo más valioso es su fruto, que madura en otoño y viene a complementar las cosechas de la primavera, pudiéndose almacenar fácilmente y proporcionando un alimento excelente. Para que den una buena cosecha, estos árboles tienen que ser cultivados cuidadosamente y entre otras cosas requieren una polinización artificial. El importante papel que desempeñaban en la economía de la Mesopotamia meridional se ve reflejado en los textos asirios que hablan de la tala de las palmeras datileras como medida estratégica utilizada por los ejércitos invasores. Tan importante, cuando menos, como estos recursos naturales es la falta de otras materias primas necesarias, que tenían que ser importadas. En el sur de Mesopotamia no hay metales ni árboles que produzcan madera apta para la construcción de grandes edificios, y la piedra existe sólo en cantidades insignificantes. El principal objeto de las actividades comerciales e imperialistas documentadas en Mesopotamia es la adquisición de estos materiales.

El curso de los dos ríos que bañan la llanura baja de la Mesopotamia meridional no es siempre estable y ha cambiado en varias ocasiones. Este hecho, junto con las inundaciones primaverales (en la época de maduración o recolección de las cosechas) y el depósito de grandes cantidades de lodos, hace que su aprovechamiento para el regadío se convierta en una tarea especialmente difícil (véase *BSAG*, 4 y 5). Otro peligro es el que representa la rápida evaporación de las aguas superficiales, que causa la salinización del suelo, fenómeno que, según la tesis expuesta en un influyente artículo aparecido en 1958 (Jacobsen, *Science*, 128, pp. 1.251-1.258; véase Jacobsen, 1982), puede producir una disminución de las cosechas, y que se vio exacerbado por el regadío, provocando de paso crisis políticas. Aunque es indudable el problema de la salinización de la zona, hoy día se ha demostrado, de manera bastante concluyente, que las autoridades de las ciudades mesopotámicas siempre reconocieron el problema de la salinidad del suelo y que desarrollaron técnicas para atajarlo (Powell, 1985). El Éufrates y el Tigris fluyen a velocidades muy distintas (el Tigris corre mucho más deprisa): el primero resulta mucho más fácil de aprovechar para el regadío, y así lo pone de manifiesto el modelo de ocupación de la zona. Ciudades y aldeas se hallan situadas por lo general en canales abiertos en la margen izquierda del Éufrates, mientras que existen muy pocos asentamientos urbanos a orillas del Tigris al sur de Bagdad.



MAPA 2. La Mesopotamia primitiva.

CUADRO 1. *Mesopotamia primitiva: cronología de las principales fases arqueológicas*

	Norte	Sur
6000	Hassuna	
		Samarra
5500	Halaf	'Oueili
5000		'Ubaid 1 (Eridu)
		'Ubaid 2 (Hajji Mohammed)
4500		'Ubaid 3 («'Ubaid 1»)
		'Ubaid 4 («'Ubaid 2»)
4000	Tepe Gawra	
		Uruk Antiguo
3500		Uruk Tardío/Uruk IV
		Uruk III/Jemdet Nasr
3000		
2900		Período Protodinástico (PD I)
2700		PD II
2600		PD III

Desarrollo de la vida sedentaria

La «cultura» (en la medida en que refleja un conjunto de artefactos claramente definidos) más antigua relacionada con la Mesopotamia meridional es la de Samarra, que data del sexto milenio, identificada en lugares situados principalmente al este de Irak, cerca de la frontera iraní, y ligeramente al norte de Bagdad (véase el cuadro 1). En estos lugares no es posible la agricultura de secano y en dos yacimientos (Choga Mami y Tell es-Sawwam; véanse Oates y Oates, 1976 [0P]; y Helbaek, 1972) se han descubierto restos de sistemas artificiales de regadío. Se piensa que estaban organizados colectivamente o posiblemente a escala familiar, pues los yacimientos son muy pequeños y no conocieron una expansión muy significativa.

Aproximadamente por esa misma época estaba produciéndose un desarrollo análogo más al sur, según han demostrado las excavaciones francesas realizadas en un floreciente poblado agrícola en Tell 'Oueili (cerca del posterior emplazamiento de Larsa, véase Huot, 1991; 1992), que constituye un precursor de la cultura agrícola bien atestiguada del sur, llamada de 'Ubaid (*c.* 5000-4000). La cultura de 'Ubaid recibe su nombre del primer yacimiento, cerca de Ur, en el que fue identificada por Woolley allá por los años veinte. Sus secuencias culturales fueron especificadas después por Oates (1960), que estableció cuatro grandes fases bien definidas. Los elementos distintivos de 'Ubaid 3 se han encontrado mucho más allá de los confines del sur de Irak, en el norte de este país, en Siria, Irán, muchos lugares (unos cuarenta)

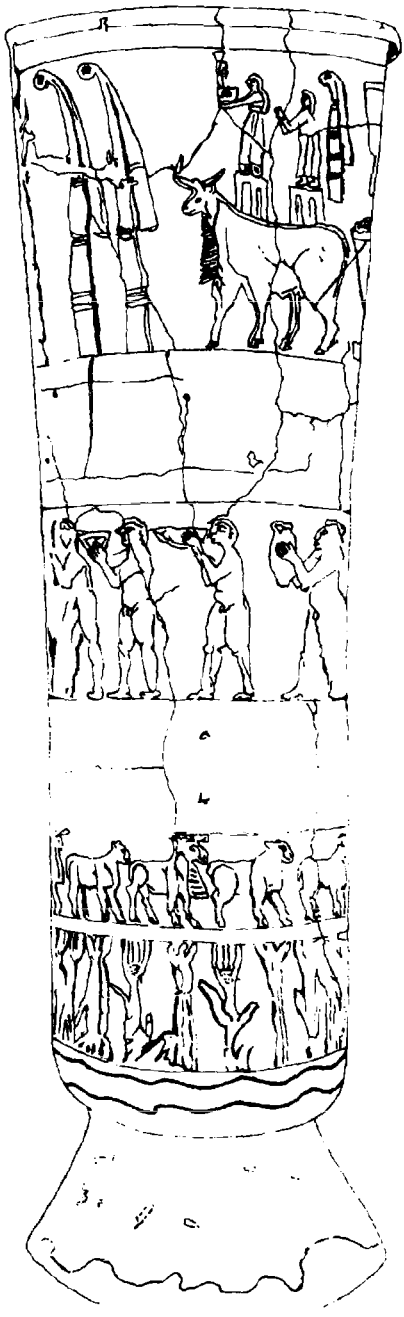
de la Arabia Saudí, donde constituye un elemento intruso, y en el golfo Pérsico. ¿Cómo deben interpretarse estos testimonios? Oates ha sugerido que quizá reflejen el intento de los habitantes de la Mesopotamia meridional de controlar y explotar las rutas comerciales con el fin de conseguir los productos más señalados de los que carece la zona. Quizá venga a respaldar esta tesis el hecho de que algunos de los yacimientos más septentrionales de 'Ubaid se hallan diseminados por la ruta que conduce a las minas de cobre de Ergani Maden, en el sur de Turquía. Pero no se sabe cómo se ejercería ese control. Deberíamos subrayar otro hallazgo significativo: en Eridu hay una serie de santuarios situados debajo del gran recinto sagrado de 2100-2000, que demuestran la existencia de una continuidad de los edificios templarios en el mismo sitio desde el período 'Ubaid 1 hasta la época histórica. Se trata de una importante prueba de la existencia de una continuidad cultural a pesar de los cambios tecnológicos y políticos producidos a lo largo de más de 3.000 años.

La fase cultural que sucede a la de 'Ubaid, la de Uruk (*c.* 4000-2900) viene marcada por un cambio en la cerámica: los recipientes sin adornos fabricados al torno sustituyen a la cerámica pintada de 'Ubaid. Esta cultura recibe su nombre del yacimiento de Uruk/Warka, que es el que ha proporcionado los principales testimonios —y casi los únicos— en todas sus fases, aunque las secuencias más antiguas todavía son escasamente conocidas. El cambio de nombre no implica que la fase de Uruk (durante cuyos últimos períodos se desarrollaron los grandes centros urbanos que empleaban la escritura) represente un cambio fundamental de cultura que refleje la existencia de una nueva población. Los cambios que señalan su aparición vienen determinados más bien por la presencia de nuevas tecnologías y nuevos materiales, como por ejemplo el uso del torno, el incremento de los productos de metal, y el desarrollo de los recipientes de piedra tallada. Es esta una cuestión muy importante, pues muchos autores han querido poner en relación la fase de Uruk con la llegada de los sumerios, cuya lengua (que no puede relacionarse con ninguna de las familias lingüísticas conocidas) es la más antigua y plenamente legible de las que se han identificado en las tablillas de Uruk (Jones, 1969; Oates, 1960). De momento no existe prueba concluyente alguna de que los sumerios llegaran a la zona del sur de Irak en ningún momento concreto ni tampoco de que fueran el único grupo étnico existente en la región (Oates, 1960). Hasta donde llegan de momento los materiales evidentemente limitados de que disponemos para responder a esta cuestión, sólo podemos decir que los sumerios probablemente habitaban la región junto con otros pueblos (por lo menos un grupo tiene que estar emparentado con los futuros hablantes de acadio, lengua de raigambre semítica) desde los primeros tiempos.

El período Uruk Tardío

Hacia finales de la fase Uruk (Uruk IV, *c.* 3500-3200) aparecen los primeros documentos escritos, en forma de pictogramas, que representan habitualmente, aunque no de manera exclusiva (Gelb, 1969), cuentas (Green y Nissen, 1987). El cuneiforme que se interpreta como sumerio se desarrolló a partir de estos primeros pictogramas durante el período sucesivo, el Uruk III (*c.* 3200-2900), también llamado Jemdet Nasr.[2] Al mismo tiempo aparecen enormes estructuras rituales en los santuarios de Eanna y Anu en Uruk: se levantan sobre grandes plataformas, caracterizadas por la complejidad de su disposición y accesos, algunas de las cuales están construidas en piedra. Las paredes tienen profundos nichos y en el interior de los edificios hay columnas enormes (de 2 m de diámetro), unas exentas y otras empotradas («acopladas»). Los tambores de las columnas, al igual que las paredes, están decorados con piezas de mosaico en forma de pequeños conos. Los vértices de esos conos están incrustados en la pared, y el extremo plano y visible está coloreado de amarillo, negro o rojo. Este fenómeno no es exclusivo de Uruk: se ha descubierto una estructura igualmente complicada y provista de pinturas más al norte, en 'Uqair (cerca de Kish), y restos de otra en Ur; existen asimismo desarrollos análogos en Susa, en la parte occidental de Elam. Asociados con estas estructuras tenemos una serie de objetos caracterizados por una decoración peculiar, como, por ejemplo, vasos de piedra con incrustaciones o relieves, o con finos grabados en toda su superficie. Los excavadores han encontrado también algunos objetos bellamente esculpidos, tales como una máscara de mármol cuyos ojos y cejas llevaban incrustaciones de materiales preciosos y cuya cabellera llevaba también aplicados otra serie de adornos (Strommenger y Hirmer, 1965 [0M], láminas 30-31). Puede que originalmente formara parte de una estatua o de un relieve, en cuyo caso la figura entera habría sido casi de tamaño natural. Un hallazgo significativo de este período es una estela de basalto con un relieve en el que aparecen dos personajes cazando leones: uno lleva una lanza y el otro está disparando un arco. Como las dos figuras van vestidas de la misma manera y llevan la misma barba y el mismo peinado, es posible que se trate de la misma persona utilizando dos tipos distintos de armas. Podemos ver a un personaje vestido de modo parecido representado en una serie de objetos diversos procedentes de Uruk: aparece repetidamente en los grandes sellos cilíndricos, finamente trabajados, de este período, en los que constituye el personaje central de complicadas escenas, y, lo que resulta aún más curioso, es casi seguro que se trata del mismo personaje que aparece en la escena final del complejo de actividades representadas en el gran vaso de Uruk (véase la figura 1).

¿Qué es lo que vienen a decirnos estos testimonios? La aparición de la escritura, las complicadas edificaciones, el empleo de materiales de importación, las refinadas obras de arte y el incremento de la población reflejado en las dimensiones de los poblados constituyen señales inequívocas del surgi-



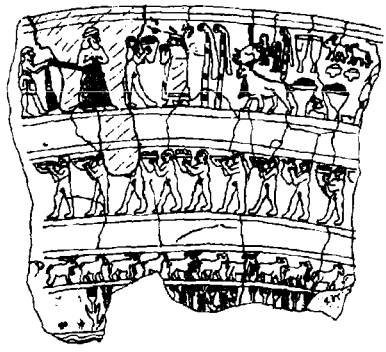


FIGURA 1a. Vaso de Uruk (Museo de Irak; dibujo de D. Saxon, según Strommenger y Hirmer, 1965 [OM]).

FIGURA 1b. Escena de un vaso de Uruk (dibujo de D. Saxon).

miento de comunidades urbanas importantes provistas de estructuras socioeconómicas bien desarrolladas. Ninguna otra circunstancia puede explicar los materiales, las técnicas o la escala de las construcciones. Pero sus orígenes concretos, lo mismo que su carácter específico, siguen siendo objeto de especulación. Los testimonios indican la existencia de un sistema político sumamente evolucionado: la figura que domina en muchas de las escenas representadas probablemente es quien está a la cabeza de esta sociedad, y presumiblemente se trata de su gobernante; el hecho de que aparezca una y otra vez como el principal actor en contextos ceremoniales indica que las actividades ideológicas y religiosas más importantes del estado están a su cargo y son controladas por él. Los materiales raros (piedra en gran cantidad, o los materiales preciosos de las incrustaciones) utilizados para construir esos grandes complejos y sus ajuares complementarios eran importados de tierras lejanas; por lo tanto cabe presumir la existencia de actividades comerciales prósperas, así como un alto grado de conocimientos técnicos. Esta circunstancia implica a su vez una gran capacidad de movilizar mano de obra y la existencia de una base agrícola amplia y estable. La importancia de esta última se ve reflejada en la representación habitual de espigas de trigo y cabezas de ganado, que aparecen en los sellos cilíndricos, en los recipientes de piedra y en el vaso de Uruk (figuras 1a y 1b). Una hipótesis muy generalizada es la de que los complejos ceremoniales o templos fueron en cierto modo la institución socioeconómica primaria, que estimuló el desarrolló urbano, y que la figura del soberano representa a un «rey-sacerdote». Como explicación, sin embargo, deja demasiadas preguntas sin respuesta. Por ejemplo: ¿qué clase de comunidad construyó los templos y cómo se desarrolló? ¿De dónde procedían sus recursos? ¿Cómo alcanzó el «clero» el poder suficiente para que su jefe se hiciera con la supremacía política? En su estudio de las prácticas funerarias de la Mesopotamia primitiva (*c.* 5000-2900), Forest (1983) enfocaba la cuestión del desarrollo social y político de la Mesopotamia primitiva de otra manera: definía la presencia de grupos gentilicios rivales, cuyo poder se cimentaba en la construcción de grandes edificios tales como los templos que dieron a las ciudades de la Baja Mesopotamia su forma característica. Según la tesis de Forest, el desarrollo del estado tuvo lugar dentro de una sociedad que no tenía ni templos ni clero, sino que estaba dominada por la rivalidad de los distintos clanes. El incremento de la población, el desarrollo de una religión organizada, la diferenciación social, el control de los recursos escasos, los desarrollos técnicos y la expansión de los sistemas de regadío deben considerarse una de las consecuencias del intento de los distintos grupos políticos por deshacerse de sus rivales. La construcción de complicadas edificaciones templarias y los objetos de prestigio finamente trabajados no serían más que algunos de los múltiples elementos utilizados por los grupos de poder emergentes para apuntalar su predominio.

Desde los años sesenta han ido acumulándose importantes testimonios de los contactos externos que implican los materiales utilizados en Uruk (Algaze, 1993). Es probable que esos contactos fueran organizados directamente

por alguna de las grandes ciudades-estado surgidas en la Baja Mesopotamia y en Elam. Algunos yacimientos del norte de Irak y del norte de Siria, principalmente en Habuba Kabira, a orillas del Éufrates (Strommenger, 1980), y quizá en Tell Brak (D. Oates, en Curtis, 1982 [0Gb], pp. 63-64), y también de Turquía, nos hablarían de la presencia en estos lugares de una especie de asentamientos comerciales que habrían coexistido con las culturas indígenas (Weiss, 1985 [0Gc], pp. 77-82). Podemos observar la instauración de un tipo similar de establecimiento comercial por parte de Susa en Irán, a lo largo de las rutas que conducían al norte y al este (Weiss y Young, 1975; Carter y Stolper, 1984, pp. 126-131). El descubrimiento en toda esta región de algunos signos pictográficos comunes utilizados en *bullae* y pequeñas tablillas de arcilla para llevar las cuentas, viene a respaldar la teoría de que todos estos lugares mantenían relaciones unos con otros (véanse Schmandt-Besserat, 1977, 1983 y 1992 [0H]).

En el caso de Irán, los textos están escritos en el sistema llamado «protoelamita», que en gran medida sigue sin descifrar (Carter y Stolper, 1984, pp. 5-9). Pero en la Baja Mesopotamia, durante la fase Uruk III (*c.* 3200-2900), podemos comprobar que las tablillas están escritas en sumerio, como ya hemos dicho. Este sistema de escritura, pues, se desarrolló rápidamente hasta convertirse en un medio bastante eficaz de guardar memoria de lo dicho. Se denomina cuneiforme (en forma de cuña) debido a la típica figura que adoptaría más tarde. Aunque la lengua de la mayoría de estos primeros textos es la sumeria, conviene tener presente que desde la época más temprana aparecen en ellos algunas palabras semíticas; de momento existe una hipótesis de trabajo, según la cual, aunque el sumerio fuera la lengua hablada predominantemente en la zona situada al sur de la antigua Nippur, en la parte situada más al norte predominaba la lengua semítica que conocemos con el nombre de acadio. Así pues, el hecho de que no exista un uso importante del acadio antes de *c.* 2300 quizá sea en parte un reflejo de la relativa pobreza de los textos encontrados en la zona más septentrional, y en parte acaso también del uso menos generalizado de la escritura en esta región. Una de las dificultades de esta teoría ha sido el descubrimiento de textos sumerios del período Uruk III en Jemdet Nasr, cerca de Kish. Al margen de la interpretación que se dé a este hecho, prácticamente no se tiene en pie la tesis según la cual los hablantes de acadio (lengua semítica) representarían una especie de movimiento de población que habría llegado posteriormente a la zona, hacia mediados del tercer milenio (Gelb, 1977), y desde luego resulta impensable la idea de que en ningún momento se hubiera producido un «conflicto racial» entre «semitas» (hablantes de acadio) y «sumerios» (Jacobsen, 1939a).

En resumen, hacia 2900 las técnicas de la agricultura de regadío y la explotación de fuentes suplementarias de alimento (dátiles, pescados, aves acuáticas) fueron aprovechadas por los grupos de poder surgidos en unas cuantas ciudades para obtener una fuente de alimentos lo bastante segura como para asegurarse un excedente importante. Este larguísimo proceso dio

lugar a una estructura social articulada, en la cual cada ciudad contaba con una autoridad suprema que probablemente controlaba la mayor parte de los recursos, como, por ejemplo, la tierra, la producción de la artesanía especializada, los productos exóticos y los materiales preciosos obtenidos a través del comercio, y al mismo tiempo unas instituciones colectivas tan importantes desde el punto de vista simbólico e ideológico como los templos. La complejidad cada vez mayor de esta organización urbana se ve reflejada en el desarrollo de la escritura, aplicada a una gran cantidad de actividades diversas, y en la existencia de establecimientos comerciales atestiguados en las rutas por las que llegaban a Mesopotamia los materiales escasos en la región. Siguen sin estar claros muchos detalles importantes de la sociedad. Enumeremos unos cuantos: ¿Qué extensión tenía la tierra que era propiedad directa del soberano y su familia, en comparación con la que pertenecía al resto de la comunidad? ¿Hasta qué punto llevaba el soberano la iniciativa de las actividades mercantiles en el extranjero? ¿En qué medida se limitaba a hacer uso de las redes mercantiles y de los hombres de negocios ya existentes? ¿Cómo mantenía el control de la ciudad? ¿Cuáles eran las principales bases simbólicas de su poder? ¿Qué importancia tenía el papel desempeñado por otras familias ricas y cómo se relacionaban éstas con la familia gobernante? ¿Cómo se reclutaba al personal administrativo? ¿Eran funcionarios permanentes o sólo se solicitaban sus servicios para cuestiones específicas cuando la ocasión lo requería? La respuesta a todas estas preguntas trascendentales, que a su vez nos llevan a plantearnos muchas más, se desconoce de momento. Aunque esta época y el futuro período Protodinástico III (PD III, *c.* 2600-2300) tienen en común algunos elementos iconográficos y culturales, la cantidad de años que los separa excluye por completo la posibilidad de atribuir a la primera las interpretaciones dadas al segundo: aunque existe un marco cultural perfectamente reconocible, los detalles de la organización socioeconómica y política estarían sujetos a importantes variaciones temporales y regionales.

2. Las ciudades (*c.* 2900-2340)

Las fuentes y el problema de su uso

Mucho más variada y amplia es la documentación que poseemos para el período siguiente al de Uruk Reciente, llamado por lo general «protodinástico» (PD), «presargónico» o «sumerio antiguo» (véase el cuadro 2). La denominación PD, con sus tres grandes subdivisiones (PD I, II, y III), se basa en una secuencia arqueológica establecida por el Instituto Oriental de Chicago en la comarca del Diyala, al este de Bagdad. Aunque durante algún tiempo se afirmó que esta región muestra diversos rasgos que no son típicos de la zona situada más al sur, entre ellos la existencia de material escrito disperso, la terminología continúa en uso. No obstante se han hecho precisas al-

CUADRO 2. *Las ciudades de Mesopotamia c. 2900-c. 2340*

2900	Protodinástico I	
2800		
2700	Protodinástico II	
2600	Protodinástico III	Enmebaragesi de Kish
2500	Lagash: Ur-Nanshe	Mesalim, «rey de Kish»
	Akurgal	
2450	Eanatum	
	Enanatum I	
2400	Enmetena	
	Enanatum II	
	Enentarzi	
	Lugalanda	
2350	Uruinimgina	
	(= UruKAgina	
	Lugalzagesi de Umma y Uruk	

gunas modificaciones: una de las más recientes e importantes es el reconocimiento, a partir de las excavaciones realizadas en Nippur, de que el PD I, al que el equipo del Diyala atribuía a regañadientes una duración de apenas un siglo y al que se consideraba escasamente definible (Strommenger, 1960; Hansen, 1963), constituye una fase bastante larga e importante de quizá doscientos años de duración (2900-2700), mal representada en la región del Diyala. Los testimonios todavía no han sido publicados, pero sus resultados van incorporándose poco a poco a los estudios más modernos y están afectando profundamente a la imagen de este período (véase Winter, *JCS*, 36 [1984]).

Disponemos de una gran riqueza de materiales procedentes de diversos centros urbanos en forma de restos de edificios, grandes planchas talladas, encantadoras figurillas representadas a menudo en actitud orante, sellos cilíndricos, cerámica, inscripciones en piedra y documentos en tablillas de arcilla. Sin duda alguna lo más curioso son los ricos restos excavados en las tumbas de Ur (Woolley, 1934), que datan del PD III (*c.* 2600-2340), formados por numerosos objetos finamente labrados en materiales preciosos, como por ejemplo oro, plata y lapislázuli. Existen también en la zona testimonios de enterramientos de servidores de esta misma época, pero resulta muy difícil interpretar el significado histórico de esos hallazgos (Moorey, 1977; Pollock, 1991).

El material escrito se halla distribuido de forma desigual a lo largo de todo el período, y está formado por grupos de tablillas procedentes de varios yacimientos y correspondientes a períodos distintos. Los principales lugares a los que pertenecen las colecciones de textos son Ur para el PD II (*c.* 2700-2600); Shuruppak (la actual Fara) y Abu Salabikh (cuyo nombre antiguo se desconoce) para el período PD IIIA (*c.* 2600-2500; véanse Pomponio, 1983; Martin, 1988; Biggs, 1974); y Girsu (la moderna Tello, uno de los centros del

estado de Lagash), cuyos archivos datan de finales de este período (2430-2340). Fuera de esta región, disponemos desde hace poco de los grandes archivos de Ebla, que datan de *c.* 2450-2350, y que nos proporcionan valiosa información acerca de una de las ciudades que se desarrollaron al noroeste de la «cuna de la civilización», situada tradicionalmente al sur del Irak.[3] Se conocen otras colecciones menos numerosas de textos procedentes de otros lugares, pero su datación resulta más problemática (véase Alberti y Pomponio, 1986, p. 11, para una lista completa). Los textos nos ilustran respecto a la administración de las grandes fincas (Girsu), la organización militar y laboral del palacio (Shuruppak; Ur), y las actividades de literatos y escribas (Shuruppak; Abu Salabikh).

Debemos dejar descansar al fin a uno de los fantasmas que ha venido obsesionando a la historia de Mesopotamia durante demasiado tiempo. La primera gran obra (en muchos sentidos todavía valiosísima) dedicada al estudio de los archivos de Girsu fue realizada por el pionero de la sumerología, Deimel (1931). Según este autor, las frecuentes alusiones a las propiedades y fincas de la diosa Baba (o Bau) que aparecen en los textos indicarían que éstos formaban parte del archivo de un templo. Partiendo de esa base, el panorama de la sociedad que reconstruía el autor nos mostraba un mundo en el que los templos eran los propietarios de todas las tierras del estado de Lagash (del que formaba parte Girsu). Todos los habitantes eran de hecho servidores del templo de diversa categoría. El soberano era simplemente el vicario de la principal divinidad protectora de Lagash, Ningirsu, mientras que la esposa de aquél ocupaba una situación análoga con respecto a la diosa consorte de Ningirsu, Baba (Bau). La propiedad privada, y concretamente la de la tierra, no existía en absoluto. Esta reconstrucción dio nombre al llamado «estado-templo teocrático». Durante mucho tiempo ejerció una influencia extraordinaria, sobre todo entre los teóricos de la formación del estado (por ejemplo, Wittfogel, *Oriental Despotism*, New Haven, Conn., 1957), y fue asumida con muy pocas modificaciones por los asiriólogos (Adams, en Kraeling y Adams, *1960 [0E]; Falkenstein, 1954*). Ya en 1959 la puso en tela de juicio el erudito soviético Diakonoff (1959/1974), quien demostró que el área ocupada por el estado de Lagash era mucho más grande de lo que sostenía Deimel, y que el territorio no incluido en este «archivo del templo» era propiedad independiente de diversos grupos familiares. Mucho más recientemente, los sumeriólogos que han estudiado la terminología fundamental de estos documentos han llegado a unas conclusiones todavía más radicales y sostienen de manera bastante convincente que las fincas de los diversos dioses eran en realidad propiedad del soberano de la ciudad y de su familia, y no haciendas del templo (Foster, 1981; Pomponio, 1984; Tunca, 1986; Van de Mierop, 1989).

Existen dos clases totalmente distintas de material escrito que se han considerado de utilidad para reconstruir en parte el esquema histórico del período Protodinástico. La primera —y la más importante— corresponde a la «Lista de Reyes Sumerios», compilada, en la forma que posee en la actualidad, no antes de finales del siglo XIX, aunque lo que pretende es incluir a los

monarcas de las distintas ciudades desde el comienzo de los tiempos. Su sistema consiste en presentar una serie de reyes de una ciudad, seguida de otro grupo de monarcas de otra ciudad diferente. La duración de los reinados de los primeros monarcas es enorme, y responde a todas luces a unos tiempos puramente legendarios, hipótesis confirmada por el hecho de que, según se dice, gobernaron «antes del diluvio». La lista continúa después del diluvio, atribuyéndose por fin a los distintos soberanos unos reinados aparentemente reales. Se presenta a los reyes como soberanos de una determinada ciudad que ejerce una especie de hegemonía sobre las demás, heredada de otra ciudad distinta, circunstancia que da comienzo a un nuevo período de supremacía (sum. b a l a), durante el cual él y sus sucesores ostentan el poder hasta que a su vez lo pierden en favor de una nueva dinastía. Así, por ejemplo:

Después que el diluvio asoló aquella zona, cuando el reino bajó de los cielos, el reino estuvo en Kish.
En Kish, Ga...ur(?) fue rey y reinó 1.200 años.
(Le suceden 20 reyes de Kish cuyos reinados tuvieron distinta duración; y a continuación:)
Enmebaragesi, el que se llevó como despojos las armas del país de Elam, fue rey y reinó 900 años;
Aka, hijo de Enmebaragesi, reinó 625 años.
23 reyes reinaron durante 24.510 años, 3 meses y 3 1/2 días. Kish fue aplastada por las armas; su reino fue llevado a Eanna (Uruk).
En Uruk, Mes-kiag-gasher, hijo de Utu (dios del sol), fue en («señor») y rey, y reinó 324 años. Mes-kiag-gasher se adentró en el mar y salió de él para ir a las montañas.
Enmerkar, hijo de Mes-kiag-gasher, rey de Uruk, el que construyó Uruk, fue rey y reinó 420 años;
el divino Lugalbanda, pastor, reinó 1.200 años;
el divino Dumuzi, pescador (?) —su ciudad (era) Ku'a(ra)— reinó 100 años;
el divino Gilgamesh —su padre era un demonio *lillû*— e n de Kullab (Uruk), reinó 126 años;
Urnungal, hijo del divino Gilgamesh, reinó 30 años;
Utu-kalamma, hijo de Urnungal, reinó 15 años;
Laba...ir reinó 9 años;
En-nun-dara-Anna reinó 8 años;
MES(?)-HE, herrero, reinó 36 años;
Melam-Anna reinó 6 años;
Lugal-ki-tun(?) reinó 36 años.
12 reyes reinaron durante 2.310 años. Uruk fue aplastada por las armas; su reino fue llevado a Ur.
En Ur, Mes-Anne-pada fue rey y reinó 80 años (etc.)

(Jacobsen, 1939b, pp. 76-93, I,40-III,40.)

Para las dinastías de Agade y Ur III (véase el capítulo 1, apartados 3 y 4), esto es, a partir del PD III, la lista de reyes parece bastante fiable por lo que respecta a los nombres de los monarcas y a la duración de sus reinados.

Por consiguiente, ¿podemos decir que la lista constituye también una guía de la realidad histórica durante el período Protodinástico? Jacobsen (1939b) invirtió una considerable dosis de esfuerzo y energía en demostrar que podía convertirse en un instrumento útil para el historiador de esta época, al menos a partir del PD II. Asoció los nombres de los monarcas atestiguados en las inscripciones PD a los de la lista de los reyes, estableciendo de ese modo algunos sincronismos, y defendió la tesis de que hubo una serie de dinastías que coincidieron parcialmente, pero que luego fueron presentadas como períodos de gobiernos sucesivos. La mejor forma de explicar su planteamiento quizá sea poner un ejemplo: existen dos breves inscripciones de (En)-me-barage-si de Kish, padre de Aka; un breve poema épico de época posterior nos habla de una batalla entre Aka de Kish y Gilgamesh de Uruk, en la que venció Gilgamesh; así pues, cabe suponer que efectivamente Aka fue el último rey de la dinastía de Kish que ostentó la hegemonía sobre la Baja Mesopotamia (véase la cita, p. 45), y que lo sucedió Gilgamesh de Uruk. Los antecesores de Gilgamesh fueron incluidos en la lista sencillamente porque su compilador tenía a mano todos los materiales necesarios; en realidad sólo habrían sido reyes locales. Basándonos en la dinastía de Agade, cronológicamente mucho más segura, podríamos utilizar la lista para reconstruir un panorama esquemático de los reyes sumerios.

Hay una serie de factores que echan por tierra la validez de semejante método. En primer lugar, el material manejado es extraordinariamente heterogéneo, y a menudo da la impresión de haber sido entresacado de mitos habituales, presumiblemente en la época de su compilación, no de fuentes neutrales como, por ejemplo, las cronologías locales. En segundo lugar, los reyes que aparecen mencionados en las inscripciones y en las listas son de momento sólo seis, una proporción minúscula comparada con el gran número de monarcas citados en las listas. Esta circunstancia nos lleva a preguntarnos cuántos son reyes de verdad y cuántos personajes mitológicos asociados con una determinada ciudad. En tercer lugar, es evidente que el interés fundamental de la obra no era cronológico ni estrictamente histórico; parece más bien que tenía por objeto ofrecer una imagen de continuidad de la hegemonía de de la Baja Mesopotamia por parte de una sola ciudad en cada momento, en una especie de rotación bendecida por los dioses, desde tiempo inmemorial. Así pues, es mucho más verosímil que la ideología específica que dio lugar a esta compilación refleje la necesidad de legitimación de los soberanos bajo cuyo mandato fue llevada a cabo, que no un interés por la precisión estricta de un pasado para entonces ya muy remoto. Como dice un especialista en la materia, «puesto que la lista de reyes no constituye un reflejo de los acontecimientos reales, sino más bien la plasmación de una determinada *idea* de la realidad, deberíamos descartar definitivamente este texto a la hora de reconstruir la historia de la Mesopotamia primitiva» (Michalowski, 1983, pp. 243).

Otro tipo de materiales que los estudiosos han intentado aprovechar con la esperanza de que pudieran iluminarnos sobre la realidad de los aconteci-

mientos, las estructuras y las instituciones del período Protodinástico, son las epopeyas de época posterior cuyo argumento se centra en los primeros reyes de Uruk, como, por ejemplo, Gilgamesh. La lectura del ciclo de leyendas relacionadas con estos reyes es apasionante: se ha pensado que la disputa entre Enmerkar y el rey de Aratta, en Irán (Cohen, 1973), refleja un modelo de actividad comercial habitual en el PD II (según Jacobsen, 1957); la leyenda del conflicto entre Gilgamesh y Aka de Kish, en la cual el impetuoso Gilgamesh consulta cómo debe actuar primero a un consejo de ancianos que le recomienda prudencia, y luego a un consejo de guerreros jóvenes que desean entablar batalla inmediatamente, se ha pensado que constituye una prueba de la existencia de asambleas ciudadanas y de la obligación del rey de pedirles consejo antes de tomar ninguna determinación (Jacobsen, 1943; Römer, 1980). Pero la pretensión de leer unos textos de ese tipo con la esperanza de obtener unos testimonios precisos está condenada al fracaso. Aunque no cabe duda de que las ciudades de Mesopotamia mantenían unas relaciones comerciales con países lejanos destinadas a la adquisición de materiales exóticos, el modo concreto en que éstas estaban organizadas no nos lo va a explicar el mito de Enmerkar, que se fija más que nada en el motivo de la superioridad moral de Enmerkar, rey de Uruk. Esta ciudad cambiaba grano por piedras preciosas, entre ellas el lapislázuli, productos habituales en los inventarios mercantiles que no arrojan luz sobre ningún sistema histórico de intercambios comerciales en particular. Del mismo modo, resulta evidente por otros documentos que los consejos de ancianos constituían uno de los órganos de gobierno de las ciudades mesopotámicas, y de un modo u otro los encontramos a lo largo de toda su historia. Pero el recurso de su equiparación con el consejo de guerreros, cuyas recomendaciones se contraponen a las de los ancianos, tiene un carácter exclusivamente literario (véase Roboam: 1 Reyes 12,6-11), que permite llevar a cabo la acción más temeraria propuesta por Gilgamesh (Berlin, 1983; Katz, 1987), sin poner en claro ningún rasgo institucional específico de la sociedad de la Mesopotamia primitiva.

Organización política y social

¿Qué imagen podemos hacernos de este período de formación tan importante y dilatado, a pesar de tantas incertidumbres? En primer lugar, tenemos el sistema de asentamientos urbanos, cuya densidad y dimensiones se incrementan desde el período Uruk Reciente hasta el PD III, de suerte que hacia 2500 el 80 por 100 de la población residía, al parecer, en ciudades bastante grandes de más de 40 ha de extensión. Buen ejemplo de ello sería la antigua Shuruppak (la actual Fara), excavada a comienzos del presente siglo, pero analizada sólo recientemente en un estudio muy minucioso (Martin, 1988). No tenemos indicios de que existiera en ella ningún asentamiento antes de *c.* 3000 (Uruk 3 = Jemdet Nasr). A finales del PD I, el poblado ocupa 70 ha y sus dimensiones van aumentando constantemente hasta

alcanzar un máximo de 100 ha en la fase PD IIIA, cuando cuenta con un recinto amurallado y una población estimada de 15.000-30.000 habitantes. Los sellos y las tablillas indican que poseía una organización militar agrícola bastante buena, capaz de cubrir las necesidades guerreras, alimentarias e industriales de un estado complejo. La ciudad era gobernada por un rey (aunque no conocemos el nombre de ningún monarca), y se alude a diversos oficiales cuyas funciones no están muy claras; no tenemos testimonio de la existencia de ningún gran complejo templario, aunque este hecho quizá sea un reflejo más del método de excavación empleado que de su inexistencia real. El hallazgo de tablillas en una casa de grandes dimensiones indica que la familia llevaba un control sustancial de casi 120 ha de tierras de labor, repartidas para su cultivo entre veintiséis individuos. La datación de los textos no se basa en el nombre del rey, sino en «períodos» (sum. b a l a), cuyo significado no está claro.

Otro grupo de tablillas de Shuruppak contiene textos literarios y ejercicios de escritura, que nos muestran los grandes logros alcanzados por una sociedad que no sólo conocía el uso de la escritura, sino que valoraba sus tradiciones poéticas y concedía gran importancia al aprendizaje por medio de la lectura y la escritura. Esta imagen se ve corroborada por el sorprendente hallazgo de tablillas literarias realizado en Abu Salabikh, que datan aproximadamente de la misma época (2600-2500), algunas de las cuales constituyen un doblete de los materiales de Shuruppak. Entre los documentos hallados en Abu Salabikh están una versión muy antigua de un himno templario, conocido también por textos de época posterior (Biggs, 1974; Sjöberg y Bergman, 1969), y una colección de proverbios (Alster, 1974), de los cuales se conocen también versiones posteriores. Este pequeño extracto permitirá al lector apreciar mínimamente este género de literatura popular arcaica:

> El inteligente, que conocía las palabras (adecuadas) y vivía en Sumer,
> Shuruppak, el ...,
> el inteligente, que conocía las palabras (adecuadas) y vivía en Sumer,
> Shuruppak dio estas instrucciones a su hijo:
> «Hijo mío, voy a darte instrucciones.
> Préstales atención.
> (el verso siguiente es fragmentario)
> No pagues a una prostituta, es horrible (?),
> No hagas un pozo en un campo, el agua causará daños a ti (?)
> No prestes testimonio contra (?) un hombre, la ciudad...
> No salgas fiador (de nadie), ese individuo influirá sobre ti...
>
> (Alster, 1974, pp. 11 y ss.)

Resulta interesante constatar que, mientras que todas las composiciones literarias están en sumerio, casi la mitad de los nombres de los escribas de Abu Salabikh que copiaron los textos son semitas.

Reyes y ciudades

Los numerosos documentos procedentes de Girsu (la actual Tello) demuestran que una parte de las tierras del estado pertenecían al rey, otras estaban asignadas a los templos, y otras eran de propiedad privada. Pero la relación exacta existente entre estos tres sectores de la sociedad todavía no está muy clara, como tampoco lo está el estatus económico de la población que no poseía tierras. Una clave para empezar a entender la estructura político-social sería ver en el monarca al protector de la comunidad que actuaba en nombre de la divinidad tutelar de la ciudad, de la construcción y mantenimiento de cuyos templos debía a su vez ocuparse. La privilegiada relación que el rey mantenía con la divinidad aseguraba la ayuda de ésta, la prosperidad y bienestar de la ciudad a cambio de la atención constante del soberano a las necesidades del dios o de la diosa en cuestión. Así lo pone de manifiesto un fragmento de una inscripción procedente de la ciudad-estado de Lagash, que data de *c.* 2450, en la que se dice que el rey ha sido engendrado y criado por los dioses:

> Ningirsu (el dios patrono de Lagash) plantó la semilla de Eanatum (rey de Lagash) en el seno [...] y se regocijó en Eanatum. Inanna (nombre de una diosa) lo acompañó, lo llamó Eana-Inanna-Ibgalakakatum (nombre completo del soberano: «digno en el (templo) Eana de Inanna de Ibgal»), y lo depositó en el regazo singular de Ninhursag (diosa madre). Ninhursag [le ofreció] su pecho singular. Ningirsu se regocijó en Eanatum, la semilla plantada en el seno por Ningirsu. Ningirsu puso sobre él la extensión (de su brazo), por (valor de) cinco codos tendió su brazo sobre él: ¡(medía) cinco codos, un brazo (del dios)! Con gran alegría, Ningirsu [le dio] el re[ino de Lagash] (E. Sollberger, *Corpus des inscriptions «royales» présargoniques*, Ean. 1, pp. IV-V; Sollberger y Kupper, 1971, 1C5acf; Cooper, 1983, p. 45).

La mayoría de los habitantes de la ciudad, incluido el propio rey, desempeñaban algún papel con respecto al culto divino, ya fuera en calidad de cantor ritual, tejedor, panadero, pastor o pequeño labrador cuyos productos básicos eran utilizados para las ofrendas. El desempeño de cualquiera de las funciones necesarias para el dios o la diosa y para su casa comportaba la percepción de unos emolumentos, ya fuera en forma de parcelas o de raciones de comida, de suerte que todo trabajo llevaba aparejada una remuneración. Probablemente la mayoría de los ciudadanos (varones) estaban obligados a realizar alguna de esas labores, que, casi con toda seguridad, eran el origen del estatus social. No parece muy probable que el personal del templo se encargara únicamente de los deberes del culto ni que se diferenciara del resto de los ciudadanos; parece más bien que el servicio religioso era sólo una faceta más de una vida dedicada por lo demás al comercio, la producción textil o la labranza, tareas mediante las cuales se aseguraban la supervivencia y el lucro personales. Conviene recordar que el rey era el responsable de velar

por que todo lo relacionado con el culto divino fuera ejecutado satisfactoriamente: él era el único que podía incrementar o reducir las fincas de los templos, nombrar a las personas encargadas de las funciones cultuales más prestigiosas, embellecer un templo con materiales exóticos, y organizar la mano de obra necesaria para construir los edificios sagrados. Así lo pone de manifiesto en parte una inscripción procedente una vez más del estado de Lagash (*c.* 2500):

> Ur-nanshe, rey de Lagash, hijo de Gunidu, «hijo» de (la ciudad de) Gursar, edificó el templo de Nanshe (una diosa), esculpió (la estatua de) Nanshe, abrió el canal ..., para Nanshe hizo que el agua llenara (el canal) ..., hizo (una estatua) de Esir.
>
> Escogió a Ur-nimin por medio de presagios a través del reconocimiento del hígado (como) esposo (esto es, sumo funcionario del culto) de Nanshe.
>
> Construyó el A-edin («casa del desierto»), construyó el Nin-gar, construyó el E-gidri (se trata de sendos santuarios), construyó las murallas de Lagash, esculpió (la estatua de) Lugal-uru.
>
> Los barcos de Dilmun (la región de Bahrein), desde esta tierra (tan lejana) trajeron la madera (para él) (Steible y Behrens, 1982: Urn. 24; Cooper, 1986, La 1.17).

Vemos aquí claramente que el rey edifica templos, fabrica las estatuas divinas, nombra a un alto funcionario del culto, emprende obras de regadío, fortifica su reino, e importa madera a través del Golfo. Otro texto de Ur-nanshe habla del festín organizado por el rey para celebrar la finalización de las obras del templo: «Cuando construyó el templo de Ningirsu, repartió 70 gur (30.800 kg) de cebada para que fueran consumidos en el templo» (Cooper, 1986: La 1.20). Así pues, estas obras piadosas formaban parte simplemente de las actividades del soberano que afectaban a todos los aspectos de la vida de la ciudad. No podemos olvidar en ningún momento que el personal del culto no tenía mejor acceso al conocimiento divino que el rey. Por consiguiente no estaba en situación de reclamar una autoridad concedida por gracia divina superior a la del monarca. No existían dos esferas distintas con intereses enfrentados, una religiosa y otra profana. Todos los aspectos de la vida estaban entrelazados y a la cabeza del ordenamiento político-religioso estaba el propio rey, criado y formado físicamente por los dioses.

Un aspecto del gobierno de la ciudad durante esta época que sigue planteando dificultades es la variedad de términos empleados para designar al jefe del estado, circunstancia que acaso indique que los orígenes de este cargo eran distintos en cada lugar. Los dos títulos más habituales son «l u g a l» (literalmente 'hombre grande'), y «e n s i» ('gobernador'); en Uruk se utiliza un tercer término, «e n», que suele traducirse por 'señor', pero que en determinados contextos sirve para designar una función desempeñada en el templo. No obstante, debemos tener la cautela necesaria antes de concluir que esta circunstancia indica que los orígenes del cargo de gobernante en Uruk

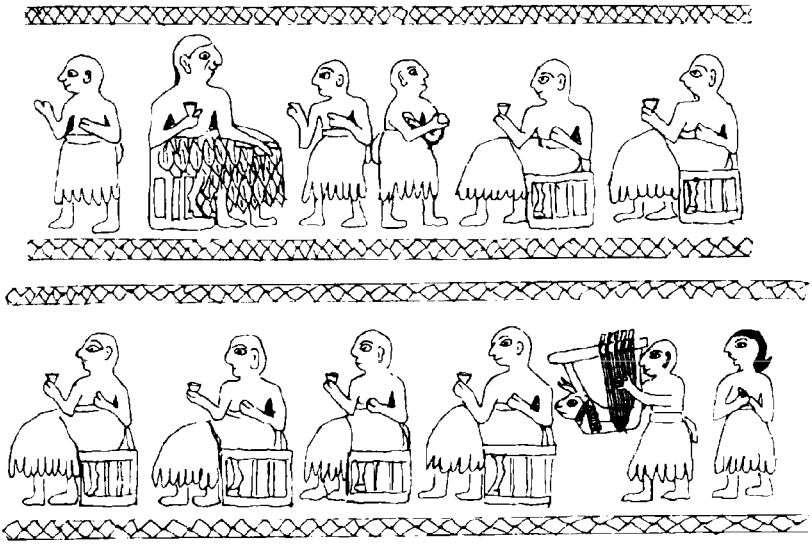


FIGURA 2. Escena de banquete perteneciente al estandarte de Ur (Museo Británico; dibujo de D. Saxon).

hay que buscarlos en el templo. En realidad, las pocas inscripciones de esta época descubiertas en Uruk indican que también se empleaba el término «l u g a l», apareciendo «e n» sólo en el abstracto 'señoría'. El único contexto en el que se llama regularmente «e n» a los reyes de Uruk es el de los mitos épicos de época posterior protagonizados por ellos, y no constituyen una prueba admisible de cara a la reconstrucción de la realidad histórica.

Cortes reales

La definición de la familia real, de la corte y de su estructura administrativa resulta problemática. Algunos objetos correspondientes al período PD III ilustran determinados aspectos de esos ámbitos, como por ejemplo el «estandarte de Ur», objeto de madera con incrustaciones de lapislázuli y nácar (conservado actualmente en el Museo Británico), de función incierta, en el que se muestran complicadas escenas (Strommenger y Hirmer, 1965 [0M], lám. 72). En un lado aparecen unos hombres cargados con lo que probablemente sea el botín de la guerra representada en lado opuesto: grupos de asnos, sacos llenos, ovejas y bueyes conducidos por pastores, y un hombre que lleva un pez en cada mano. En la banda superior (véase la figura 2), en el punto culminante de la escena, podemos ver la celebración de un banquete, con un personaje que probablemente representa al rey sentado en un sillón labrado.

Es ligeramente más alto que los demás, lleva una copa en la mano y mira de frente a un grupo de cortesanos, sentados como él y también con sendas copas en la mano, que mantienen levantada. Aparecen asimismo unos servidores que atienden a los asistentes al banquete, mientras los entretiene un cantante acompañado de un tañedor de lira. En Ur se han encontrado ejemplos reales de liras con cabeza de toro como la que toca el músico, realizadas en oro y plata con incrustaciones decorativas. Los toros tienen el pelo, la barba y los ojos de lapislázuli. Por las dimensiones de la caja de resonancia y la reconstrucción que se ha hecho de las cuerdas, es evidente que el sonido producido por la lira tenía el tono y la tesitura del violoncelo. Evidentemente la vida cortesana de las ciudades mesopotámicas comportaba placeres muy refinados y sofisticados.

El estandarte de Ur constituye la representación más elaborada de este tipo de objeto, pero las llamadas «planchas votivas» (probablemente utilizadas como refinados cierres; Hansen, 1963) muestran escenas análogas. Particularmente interesante resulta una plancha con una inscripción de Ur-nanshe de Lagash (Strommenger y Hirmer, 1965 [0M], lám. 73; Steible y Behrens, 1982: Urn. 20; Cooper, 1986: La 1.20). El texto, en el que se conmemora la edificación de un templo y el transporte de la madera necesaria, es bastante breve, pero las escenas esculpidas son muy reveladoras. En la de más arriba, aparece Ur-nanshe, muy alto y con la regia cesta de ladrillos a la cabeza, frente al cual se sitúa una fila de personajes identificados por sendos carteles como miembros de su familia: su esposa (¿o su hija?), ÁB-da, y cuatro hijos, entre ellos el heredero al trono, Akurgal; detrás de él podemos ver a su copero, Anita. En la escena inferior aparece Ur-nanshe sentado, con una copa en la mano; detrás de él se sitúa otro copero, y frente a él, de pie, está un funcionario que ostenta el título de «encantador de serpientes en jefe», seguido de otros tres hijos del rey. El «encantador de serpientes» aparece en las listas de músicos y quizá fuera ésa su función titular en la corte; pero lo que resulta enigmático es por qué la tenía. La existencia de coperos en calidad de consejeros y confidentes reales es bastante común en muchas sociedades y épocas distintas, aunque no queda claro por qué en la plancha de Ur-nanshe aparecen dos. También resulta sorprendente que la (supuesta) esposa y los hijos de Ur-nanshe lleven nombre. Sabemos por otros materiales de época posterior procedentes asimismo de Lagash que la esposa del soberano controlaba grandes fincas, dirigía su explotación, emprendía actividades comerciales y mantenía una correspondencia personal con las esposas de los mandatarios de otras ciudades (Lambert, 1953; Asher-Grève, 1985; Van de Mierop, 1989); también existían fincas reservadas para los hijos del rey. Así pues, el rey, su esposa y sus hijos eran los principales terratenientes del estado, circunstancia que les permitía premiar a sus partidarios más fieles o contratar sus servicios por medio de la concesión de tierras (Charvát, 1978). Estos hijos del rey que no le sucedían en el trono probablemente fueran destinados a su vez a ocupar cargos lucrativos y prestigiosos en la ciudad, entre ellos los oficios de los templos (Cooper, 1983b, pp. 10 y 30-33). Existen, por consi-

guiente, buenas razones para suponer que la mayoría de las funciones importantes del estado eran desempeñadas por miembros de la familia real y por sus allegados.

La guerra

Un factor decisivo de la preeminencia de que gozaba el rey era indudablemente el destacado papel que desempeñaba en el terreno militar. El conflicto entre las ciudades mejor conocido es el que se desencadenó entre Umma y Lagash, que nos proporciona la información textual y plástica más completa que existe en torno a la manera de hacer la guerra. La hipótesis de que en las demás ciudades la actividad bélica se organizaba de modo parecido se ve confirmada por los objetos descubiertos en otros yacimientos, especialmente en Ur (véase el «lado bélico» del estandarte de Ur) y Mari, situadas más al noroeste. Pero ningún testimonio puede compararse con la detallada información (en una mezcla de representación narrativa y figurativa, véase la figura 3) que nos proporciona la «estela de los buitres» de Eanatum de Lagash (*c.* 2450).[4] En este caso la disputa se vio motivada por la ruptura por parte de Umma de un antiguo tratado de fronteras. Tras establecer el *casus belli*, lo primero que hizo Eanatum fue ponerlo en conocimiento de Ningirsu (el dios protector de Lagash) y pedirle que aplastara a sus enemigos. En respuesta a su súplica, Ningirsu se le presentó en sueños, prometiéndole la victoria en la batalla que se avecinaba. A continuación tuvo lugar la batalla propiamente dicha, dirigida por el rey en persona, que aparece en su carro a la cabeza de su ejército, y en otra ocasión a pie, conduciendo a la batalla una apretada falange de soldados de infantería, que pisotean al enemigo caído. La victoria sobre Umma se simboliza en los buitres representados en la parte superior de la estela con las cabezas de los muertos entre sus garras (Winter, 1985), y en el texto es expresada mediante la descripción de los veinte túmulos funerarios erigidos por Eanatum para los enemigos muertos. La parte más larga del texto se reserva a los juramentos que se vio obligado a prestar el rey de Umma por las redes guerreras de las principales divinidades. Esas redes no aparecen representadas en manos del rey ni de sus soldados, y quizá fueran un arma específicamente divina (Cassin, 1987 [0E], p. 229); aparece representada una en el reverso de la estela, y quien la sostiene es el dios Ningirsu, que golpea al enemigo que ha caído en su red. Los soldados que aparecen en la estela, tocados con unos típicos cascos (¿de cuero?) rematados en punta y portando lanzas, muestran al espectador una muralla impenetrable formada por sus gigantescos escudos rectangulares.

En Ur y en Mari el equipo de los soldados era similar, excepto que, al término de la batalla, los soldados aparecen llevando largos mantos sobre la túnica y, a veces, hachas de guerra. No se alude a la captura de prisioneros por Eanatum, aunque es prácticamente seguro que casi siempre se tomaban (Gelb, 1965), y de hecho en el estandarte de Ur aparecen presumiblemente

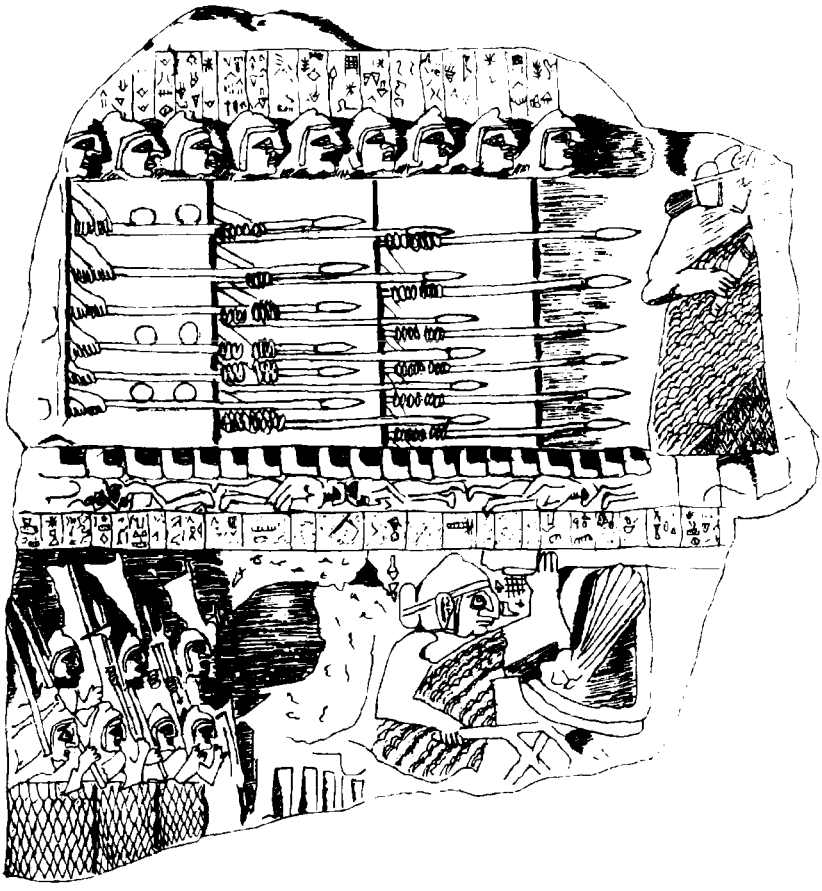


FIGURA 3. Estela de los buitres de Girsu (Louvre; dibujo de D. Saxon).

unos hombres atados y maltratados, aunque la escena no está muy clara. Mejores son los testimonios procedentes de Mari, en los que aparece un hombre con los brazos dolorosamente atados a la espalda y amarrados a la altura de los codos al modo en que se representa habitualmente a los cautivos en los períodos sucesivos (Strommenger y Hirmer, 1965 [0M], lám. 75). Los carros tirados por asnos, sobre los que montaban un auriga y un lancero, tenían cuatro ruedas muy sólidas y los flancos de cuero (véase la figura 4). Constituyen un magnífico hallazgo técnico y nos ilustran acerca del nivel de riquezas que poseía el rey. Los asnos, que requieren una alimentación suplementaria y un entrenamiento especial, representan otro de los importantes recursos concentrados en manos del monarca. Conviene señalar a este respecto que

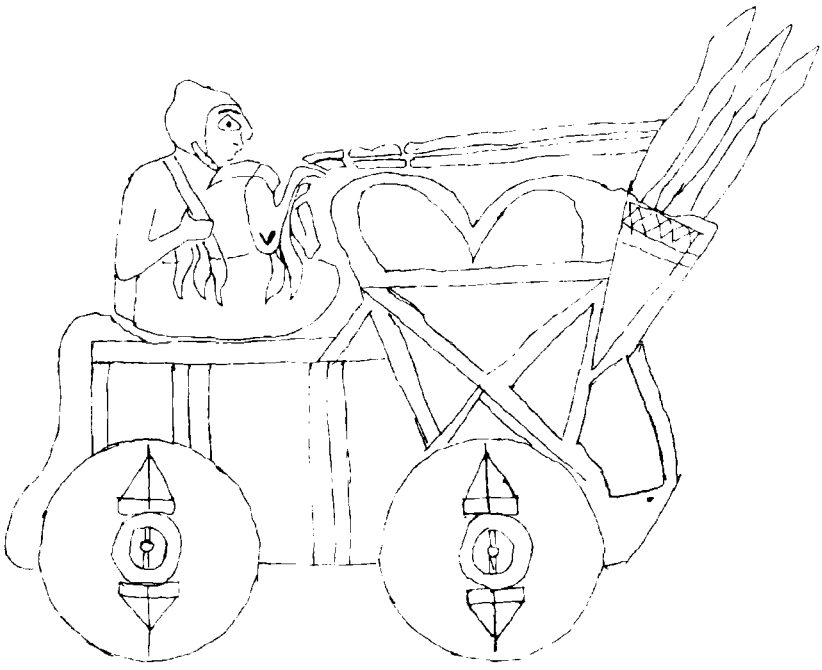


FIGURA 4. Carro de guerra sumerio (perteneciente al estandarte de Ur, Museo Británico; dibujo de D. Saxon).

muchos de los textos de Shuruppak hablan de las actividades de lo que probablemente fuera una dependencia del palacio especializada en el cuidado de los asnos. El arco compuesto tenía gran importancia, y era extraordinariamente preciso y potente a la hora de disparar flechas: se cuenta que durante la batalla contra Umma, a Eanatum le alcanzó una flecha en un ojo; el personaje real que aparece en una estela de Uruk más antigua (véase la p. 38) utiliza el arco para cazar a un león, y en épocas sucesivas se convertiría en uno de los atributos habituales de los reyes victoriosos (véase la estela de Naram-Sin, *infra*, p. 70, figura 5). La complejidad de su construcción (por lo que tardaba en hacerse y por los materiales específicos que requería) ha sido estudiada recientemente con sumo detalle (Miller *et al.*, *World Archaeology*, 18 [1986]; Haas, *Nikephoros*, 2 [1989]), por lo que podemos hacernos una idea de la cuidadosa planificación y de los inmensos recursos que debía exigir la preparación de la guerra.

La sociedad

En los textos aparecen citadas numerosas agrupaciones sociales y profesionales distintas, y se discute cómo debemos interpretarlas exactamente. Algunos términos se refieren a todas luces a cuadrillas de operarios (g u r u š), pero, al margen de esta definición general, no está muy claro cuál era su estatus: ¿se encontraba definido legalmente y era distinto del de otros individuos? (Gelb, 1965). ¿O simplemente designaba a todos los que constituían una mano de obra especial que podía ser reclutada por un espacio de tiempo determinado? De momento estamos ante un problema insoluble, y desde luego no está ni mucho menos claro que estos hombres fueran siervos sometidos, como a menudo se supone. Otros términos aparecen utilizados en un famoso documento encontrado en Tello (la antigua Girsu), que resulta muy difícil de interpretar, las llamadas «reformas de Uruinimgina»,[5] que data de finales del PD III. El texto describe una situación reinante en el estado de Lagash «en tiempos pasados», cuando las cosas iban mal, de suerte que los cambios introducidos por Uruinimgina pretendían arreglarlas. Se trata del primer ejemplo de la que se convertiría en una de las actividades habituales del rey en su papel de enderezador de entuertos sociales y de defensor de los débiles:

> Uruinimgina prometió solemnemente a Ningirsu que nunca permitiría que el huérfano ni la viuda quedaran sometidos al poderoso (Steible y Behrens, 1982, Ukg. 1, 4-5, 6; Cooper, 1986, 9.1-3).

En el texto de la reforma se define a dos tipos de personas menos privilegiadas: uno es el š u-b l u g a l, el cultivador de una parcela que a todas luces podía ser sometido por un individuo de categoría superior como el «capataz» (u g u l á) o el aristócrata (l ú-g u-l a-b i); las reformas lo protegían de la violencia física ejercida por esos individuos de categoría superior. A su vez el š u-b l u g a l estaba en una situación mejor que el i g i n u d u (literalmente, el 'ciego'), cuyo trabajo podía utilizar el š u-b l u g a l, por ejemplo para las labores de regadío. Estos dos grupos sociales se diferencian a su vez del «pobre» y de los deudores, situación en la que se podía incurrir a resultas del incumplimiento de las obligaciones pendientes, o como castigo por robo o por asesinato. El texto de la reforma regulaba asimismo cuál era el pago debido a una serie de servicios, como la adivinación, el entierro o las ceremonias fúnebres; abolía además determinados impuestos, como el que había que pagar por el divorcio y los esponsales (o el matrimonio). La preeminencia del hombre sobre la mujer estaba garantizada por el rey, que ordenaba que a la culpable de dirigirse irrespetuosamente a un hombre se le rompiera la boca con un ladrillo; el ladrillo debía ser exhibido luego a la puerta de la ciudad. Un pasaje muy interesante y particularmente espinoso dice así:

> En tiempos pasados cada mujer tenía dos hombres, pero las mujeres de hoy día han sido obligadas a abandonar esa costumbre perversa (Steible y Behrens, 1982, Ukg. 6; Cooper, 1986, La 9.3).

Las interpretaciones propuestas van desde las que sugieren que las mujeres tenían por costumbre casarse con dos hermanos (Edzard, *Genava*, 8, pp. 256 y ss.) a los argumentos más persuasivos según los cuales el texto alude a la costumbre del *ius primae noctis* (Glassner, en Lesko, 1989 [0E]), abolido por la reforma.

El texto de Uruinimgina no menciona en ningún momento a los esclavos. Es evidente que existían, pero en esta época posiblemente no en una cantidad significativa desde el punto de vista económico. Muchos más son los testimonios que poseemos del período aproximadamente 300 años posterior (es decir, el de la dinastía III de Ur, véase el capítulo 1, apartado 4), cuando dos quintas partes de los esclavos que aparecen en las listas de ventas corresponden a la población local (por ejemplo, padres que venden a sus hijos). El origen que tenían los esclavos durante el período Protodinástico es incierto. ¿Eran cautivos de guerra? ¿O quizá niños abandonados?

Los esclavos constituían uno de los muchos artículos cuya adquisición era registrada en los documentos de compraventa de la época (Edzard, 1968). Pero no todas las ventas eran registradas por escrito. Los documentos de compraventa eran utilizados tanto en este período como en los posteriores para respaldar la palabra de un testigo, pero no constituían una prueba de la venta propiamente dicha (Steinkeller, 1989). Una característica interesante de los trámites de venta de los bienes inmuebles (huertos, casas, campos), bien atestiguada en este período, era la costumbre de solemnizar la transacción mediante regalos y pagos adicionales, aparte del precio de compra acordado, al vendedor, sus parientes, los testigos y los funcionarios presentes. A continuación el comprador ofrecía un banquete en su casa a todos los participantes en la transacción, en el transcurso del cual comían, bebían y se ungían con aceite (Steinkeller, 1989, pp. 142-144; Glassner, 1985, pp. 39-48; Cassin, 1987 [0E]; Foxvog, 1980). La venta de una finca, por la que generalmente tienen interés todos los miembros de la familia, comporta una decisión trascendental que no resulta fácil de tomar, especialmente en aquellas sociedades en las que la tierra constituye la principal riqueza. En la Mesopotamia primitiva, esta complicada ceremonia de compraventa venía a subrayar la importancia del acto. Además, las analogías etnográficas sugieren que quizá tuviera también por objeto crear un vínculo simbólico entre el comprador por un lado y el vendedor y sus parientes por otro. La costumbre no se encuentra limitada a este período ni a esta zona, sino que también está atestiguada más tarde en regiones situadas más al norte y al oeste (*c.* 1800: Eshnunna, Mari; *c.* 1350-1200: Emar).

Relaciones entre los estados

¿Qué interacción existía entre las complejas sociedades urbanas del período PD y cómo se relacionaban éstas con el mundo circundante? Existen algunos testimonios sugestivos, ninguno de los cuales es particularmente fácil de interpretar. Del período PD datan una serie de improntas de sellos que llevan nombres de ciudades, reflejo, según algunos, de la institucionalización de las relaciones comerciales entre las ciudades, aunque no se sabe exactamente cómo funcionaban (Nissen, 1988). De finales del PD III datan ciertos testimonios del intercambio de regalos entre la esposa del rey de Lagash y la mujer del rey de Adab, ciudad situada más al noreste, así como pruebas del intercambio de productos de importación provenientes en último término de Irán y de la zona del Golfo. Fuera de las fronteras inmediatas de la Baja Mesopotamia, los testimonios de la existencia de contactos son impresionantes, y los trabajos realizados últimamente, en especial en Siria, han ampliado en gran medida el panorama. Ya hemos mencionado los documentos de Mari, que demuestran que el equipo militar de esta ciudad era prácticamente idéntico al de la Mesopotamia meridional; y las analogías estilísticas entre la escultura de Mari y Assur por un lado y la de la Baja Mesopotamia por otro son sorprendentes. En Mari se descubrió un tesoro escondido en una tinaja formado por objetos preciosos finamente trabajados: figurillas de piedra primorosamente talladas, y cuentas de collar de oro y lapislázuli. Algunos proceden indudablemente de talleres del sur de Mesopotamia, como, por ejemplo, la cuenta de lapislázuli alargada que lleva una inscripción de Mesanepada, rey de Ur. Sin embargo, no tenemos por qué pensar que la totalidad del tesoro fuera un regalo del rey de esta ciudad, pues tenemos bien documentada en Mari la existencia de tradiciones artesanales y artísticas similares (Kohlmeyer en Weiss, 1985 [0Gc], pp. 133).

Es evidente que hacia 2500 diversas ciudades de la Alta Mesopotamia y de Siria experimentaron una expansión muy rápida. Además de Assur y Mari, conocemos los yacimientos de Tell Taya (al norte de Assur), Tell Leilan (a orillas del río Khabur), Tell Khuera (en el extremo occidental de la llanura del Khabur), y Ebla (la actual Tell Mardikh, al suroeste de Aleppo). Algunas de las ciudades que se desarrollaron en esta zona tienen una extensión de más de 100 ha, rivalizando perfectamente con los centros de la Mesopotamia meridional, e incluso superándolos en algunos casos. No está muy claro a qué se debió ese desarrollo, pero el descubrimiento de más de 8.000 tablillas en Ebla ha demostrado que esta ciudad estaba en estrecha relación con Mari (que, al parecer, había obtenido un gran poder político; Michalowski, 1985), con Kish y quizá con otras ciudades de la Baja Mesopotamia. De esta región tomó prestado Ebla el sistema de escritura para reproducir su propia lengua semítica; de momento desconocemos cuántas ciudades más hicieron lo mismo (véase *supra*, p. 44, nota 3). Todo este vasto material está empezando a ser publicado ahora, pero ya han surgido algunos

indicios que nos hablan del tipo de ciudad que era Ebla. A la cabeza de la comunidad estaban un *malikum* (príncipe/rey) y un consejo de ancianos (las referencias a los estados vecinos indican que también éstos eran gobernados de un modo semejante). Ebla poseía unos recursos enormes en forma de productos agrícolas (lana y tejidos, aceite de oliva, vino, cebada y lino para tejer) y una gran prosperidad comercial: parece que disponía de oro y plata en grandes cantidades, utilizados como medio para efectuar intercambios comerciales no sólo por el palacio; además Ebla tenía acceso al valioso bronce-estaño (Muhly, 1983), debido al control que ejercía sobre las rutas provenientes de Anatolia. El reino en sí no era excesivamente grande, pero incluía a Carchemish, a orillas del Éufrates, y por el norte la llanura de Antioquía, manteniendo estrechos contactos no sólo con Mari, sino también con muchos otros puntos de la Alta Mesopotamia, hasta la altura del Tigris.

En la Baja Mesopotamia, parece que las ciudades mantenían entre sí unas relaciones distintas, que no acabamos de entender muy bien. Según algunas inscripciones del período PD III, los reyes de diversas ciudades incluían ocasionalmente entre sus títulos el de «rey de Kish». Según parece, este título implicaba que quien lo ostentaba poseía una especie de hegemonía no muy bien definida sobre otros centros políticos. Así, por ejemplo, Mesanepada, rey de Ur, se denomina a sí mismo «rey de Kish». Pero el mejor testimonio del modo en que probablemente funcionaba esta institución es el que habla del rey Mesalim, cuya ciudad de origen desconocemos (¿Der?), y que ostentó el título en cuestión hacia 2600. En primer lugar, un caldero de Adab conmemora la realización de un rito en el templo de esta ciudad por «Mesalim, rey de Kish ... siendo Nin-kisal-si príncipe de Adab» (Sollberger y Kupper, 1971, IA3b); en segundo lugar, una inscripción en una maza de piedra dice que «Mesalim, rey de Kish, constructor del templo de Ningirsu, trajo (esta maza) para Ningirsu, (siendo) Lugal-sha-engur soberano de Lagash» (Sollberger y Kupper, 1971, IA3a). Evidentemente, pues, Mesalim ejecutaba actos regios en estas dos ciudades, aunque cada una tenía su propio rey. Algunas inscripciones de los soberanos de Lagash de época posterior resultan particularmente esclarecedoras en este sentido: durante casi ciento cincuenta años, desde *c.* 2500, Lagash se vio envuelta casi constantemente en un conflicto territorial con el estado vecino de Umma. Una y otra vez, los reyes de Lagash, al conmemorar sus victorias sobre Umma, se remontaban a los orígenes de la disputa y aducían para justificar su postura un fallo arbitral de Mesalim, «rey de Kish», que había actuado como juez en la disputa entre las dos ciudades y había establecido de una vez por todas la línea fronteriza entre ambas. Uno de los delitos de los que se acusaba a Umma era que no había respetado esta decisión. De esa forma:

> Enlil (dios supremo del panteón sumerio), rey de todas las tierras, padre de los dioses, por su soberana autoridad, trazó la frontera entre Ningirsu (dios patrono de Lagash) y Shara (dios patrono de Umma). Mesalim, rey de Kish, por orden de Ishtaran (dios de Mesalim, asociado con la ciudad de Der, al este

> del Tigris), la midió y erigió un monumento en ella. Ush, soberano de Umma, se comportó con soberbia: destrozó el monumento y marchó sobre la llanura de Lagash (E. Sollberger, *Corpus des inscriptions «royales» présargoniques de Lagash*, Ent. 28-29; Sollberger y Kupper, 1971, IC7i; Cooper, 1983b, VI.6 [49]).

Esta circunstancia indica que una de las formas en que actuaba la persona que se proclamaba rey de Kish era como árbitro de los conflictos planteados entre las ciudades. ¿Pero qué requisitos debía tener un soberano para alcanzar esa posición? A este respecto otra inscripción de Lagash nos proporciona una pista interesante. En ella el rey, Eanatum, se jacta de haber conquistado Elam, Urua (probablemente en las cercanías de Elam), Umma, Uruk, Ur y Ki-Utu (ciudad del sur); de haber saqueado victoriosamente otras tres ciudades fronterizas de Elam, matando al príncipe de una de ellas; y de haber sofocado una sublevación del rey de Akshak (ciudad del norte). A continuación Eanatum afirma:

> A Eanatum, que ocupa los pensamientos de Ningirsu, a Eanatum, soberano de Lagash, Inanna (importante diosa asociada especialmente con Uruk), debido al amor que le profesa, le entregó además de la soberanía de Lagash, el reino de Kish (E. Sollberger, *Corpus des inscriptions «royales» présargoniques de Lagash*, Ean. 2; Sollberger y Kupper, 1971, Ic5b).

Así pues, según este texto, Eanatum consolidó y extendió su victoria militar, de suerte que las regiones situadas al este, al norte y al oeste (Mari, a orillas del Éufrates) quedaron sometidas a su poder de un modo que no se especifica claramente. Estamos, pues, ante uno de los indicios más claros de que, si bien existían entre las ciudades fuertes lazos culturales, religiosos, artísticos y comerciales, las rivalidades políticas podían dar lugar a conflictos serios. Probablemente fuera esa lucha por el predominio la que provocara la formación de entidades políticas mayores a finales del PD III: el estado de Lagash constaba, además de la ciudad epónima, de los centros de Girsu y Nina (Hensen, 1992); el de Umma, su vecina y enemiga, incluía además la importante ciudad de Zabala; al oeste y al sur de Lagash, Uruk y Ur se unieron bajo el cetro de Lugalkiginedudu poco antes de 2400, y luego se extendieron hasta absorber todo el estado de Umma. Este hecho supuso efectivamente el aislamiento de Lagash, y quizá contribuyera a su derrota final (Cooper, 1983b, pp. 8-9). Es posible, aunque no tenemos tantos testimonios de ello, que, más al norte, Kish y Akshak constituyeran también una coalición política poco antes de que se formara la de Ur y Uruk. La lucha llegó a su punto culminante cuando Lugalzagesi, soberano de la unidad formada por Uruk-Ur-Umma, acabó declarándose señor de toda la región. Mediante largas frases y complicados epítetos, se presentaba a sí mismo como soberano elegido por las divinidades patronas de las diversas ciudades conquistadas para regir el país, puesto al frente del mismo por el dios supremo del panteón sumerio, Enlil de Nippur, jactándose además de controlar la ruta que va

«desde el mar de Arriba (el Mediterráneo) hasta el mar de Abajo (el Golfo)». También conservamos los amargos sentimientos manifestados por Uruinimgina, el rey vencido de Lagash, reducida ahora a un simple estado de segunda en Girsu:

> El hombre de Umma (Lugalzagesi), al destruir a Lagash, ha pecado contra Ningirsu. ¡Ojalá le corten la mano que utilizó contra él (esto es, contra el dios)! Uruinimgina, rey de Girsu, no ha cometido pecado alguno. Que Nidaba, la diosa de Lugalzagesi, soberano de Umma, lleve este pecado sobre su cuello (E. Sollberger, *Corpus des inscriptions «royales» présargoniques de Lagash*, Ukg. 16; Sollberger y Kupper, 1971, IC11m; Steible y Behrens, 1982, Ukg. 16; Cooper, 1986, La 9.5).

Los 500-600 años de la historia de Mesopotamia comprendidos entre 2900 y 2340 sólo pueden reconstruirse de un modo bastante imperfecto: el período correspondiente a *c.* 2900-2600 (PD I y II) se encuentra representado principalmente por materiales arqueológicos; la presencia de documentos escritos insinúa la existencia de una complejidad en la organización social, pero son demasiado dispersos y oscuros para completar la imagen sugerida por la arqueología. Durante el período siguiente (PD III), época en la que las ciudades aumentaron extraordinariamente de dimensiones, la documentación va haciéndose mucho más variada y densa. Aunque la información textual sigue siendo bastante fragmentaria y la traducción de la palabra escrita constituye un proceso erizado de problemas, podemos hacernos una ligera idea de cuál era la configuración que tenía el poder, así como de los sistemas ideológicos, económicos y sociales. Pero la distancia que todavía separa a los especialistas del pleno conocimiento de esta fase histórica tan importante y tan rica desde el punto de vista cultural, en la que surgieron muchos de los modelos básicos de la vida urbana, se pone de manifiesto principalmente en la enorme masa de materiales descubiertos en las tumbas de Ur (Woolley, 1934 y 1982): algunos objetos en particular arrojan bastante luz sobre lo que era la sociedad mesopotámica, y la acumulación de pura riqueza y de obras de artesanía fina indica claramente que disponía de enormes recursos; pero los motivos que determinaron el enterramiento de personajes importantes, al parecer en compañía de sus servidores, sus muebles y sus tesoros, permanecen todavía en el terreno de la especulación (Moorey, 1977; Pollock, 1991). ¿Eran reyes y reinas? ¿Eran gentes que habían participado en algún tipo especial de rito? ¿Eran sacerdotisas de alto rango? ¿Era exclusivamente propia de Ur la costumbre de los enterramientos colectivos o estaba más extendida? Una prueba de cuán grande es todavía nuestra ignorancia la tenemos en que el significado del descubrimiento más rico de este período sigue siendo completamente indescifrable.

3. El imperio de Agade

Introducción a las fuentes y cronología

En la historia de Mesopotamia el período que sigue al Protodinástico recibe el nombre correspondiente al primer intento de crear un poder centralizado a través del control permanente ejercido por una misma dinastía de soberanos sobre varias ciudades mesopotámicas. En muchos aspectos podemos considerar este intento la culminación del proceso de constante rivalidad entre las ciudades, característico de los cien años anteriores en el sur de la región. Lugalzagesi logró por fin hacerse con un control político bastante amplio y empezó a consolidarlo mediante concesiones de tierras efectuadas a los soberanos locales (Charvát, 1978), convirtiéndolos de paso en gobernadores-vasallos y de ese modo echando los cimientos de un sistema administrativo para sus nuevos dominios.

Las fechas exactas del período de Agade son muy discutidas: la cronología estándar lo sitúa entre 2340 y 2159 (fechas de la *CAH*: 2370-2189), pero recientemente Glassner (1986) ha propuesto otra más baja, que lo situaría entre 2296 y 2105 (véanse los cuadros 3.1-3.2). Dada la poca precisión de las fechas correspondientes al PD, no existe ningún obstáculo decisivo que impida admitir una fecha más tardía al establecimiento de la dinastía de Agade; la fecha de su finalización tiene unas implicaciones más interesantes. Existen varios términos para designar a este período, que son «imperio Acadio Antiguo», «período Acadio» y «período Sargónico». Este último procede del nombre del fundador de la dinastía, Sargón; los otros tienen que ver con las diversas transcripciones del nombre de la capital de Sargón, Agade/Acade, cuyo emplazamiento exacto todavía no ha sido localizado con seguridad, aunque se sabe que estaba situada en el extremo norte de la Baja Mesopotamia. Una teoría dice que probablemente estuviera en Ishan Mizyad, a pocos kilómetros de Kish, donde existe un gran montículo sin explorar (Weiss, 1985 [0Gc], p. 125); testimonios textuales de época posterior indican que se encontraba cerca de la confluencia del Tigris y el Diyala (McEwan, *AfO*, Beiheft 9). Una puntualización importante que debemos hacer con respecto a Agade es que era esencialmente una fundación reciente: no había sido un centro urbano importante durante el período PD (época en la que probablemente no fuera más que un pequeño poblado), y todas las fuentes coinciden en afirmar que fue fundada por Sargón. Continuó existiendo como ciudad con toda certeza hasta comienzos del período helenístico (siglo III), aunque nunca volvió a desempeñar un papel político destacado. Suele darse por supuesto que en época posterior el territorio del actual estado de Irak que se extiende más o menos desde Bagdad a Nippur se llamaba «Acad» por el nombre de su capital, mientras que el área situada entre Nippur y el Golfo se denominaba «Sumer». Los testimonios que respaldan esta hipótesis son bastante frágiles, y no existe ningún indicio de que la expresión «Sumer y

CUADRO 3.1. *Cronología de los reyes de Agade y sus sucesores*

Agade	Uruk	Lagash	Guti	Kish
	Lugalzagesi	(¿Uruinimgina?)		Urzababa
Sargón (2340-2284)				
				(¿5 reyes más?)
Rimush (2284-2275)				
Manishtushu (2275-2260)				
Naram-Sin (2260-2223)				
Sharkalisharri (2223-2198)			Sarlagab	
Igigi Nanum Imi Elulu (2198-2195)	Ur-nigin	Lugal-ushumgal		
Dudu (2195-2174)	Ur-gigit		(Total = 21 reyes)	
Shu-durul (2174-2159)		Ur-Baba Gudea Ur-Ningirsu Pirigme Ur-ni		
	Utu-hegal	Nammahani	Tirigan	
2113 = comienzo de la Dinastía III de Ur (Ur III)				

NOTA: Véase el cuadro 3.2, *infra*, p. 64, para una cronología alternativa.

Acad», utilizada habitualmente para designar a la llanura de la Baja Mesopotamia durante los siglos siguientes, haga alusión a sendas entidades geopolíticas claramente definidas, aunque los mapas esquemáticos hagan que esta hipótesis parezca una realidad. Igualmente plausible sería pensar que la expresión se refiere a la diversidad lingüística, cultural y política de la zona.

Con la creación y el desarrollo del imperio de Agade, la lengua semítica hablada en la zona, llamada acadio por el nombre de la ciudad, empezó a escribirse mucho más. Esta es la lengua que domina la historia de Mesopotamia durante los casi mil años siguientes: la forma especial de lengua propia

CUADRO 3.2. *Cronología alternativa de los reyes de Agade (según Glassner, 1986)*

Agade	Uruk	Lagash	Guti	Kish
	Lugalzagesi	Uruinimgina		Urzababa
Sargón (2296-2240)				
				(¿5 reyes más?)
Rimush (2239-2230)				
Manishtushu (2229-2214)				
Naram-Sin (2213-2176)		Lugal-ushumgal		
		Puzur-Mama	Erriduwazir	
Sharkalisharri		Ur-Utu	Sarlagab	Sar-addi-
(2175-2150)	Ur-nigin	Ur-Mama		qubbishin
Igigi		Lu-Baba	Elulmesh	
Nanum	Ur-gigir	Lu-gula		
Imi		Inim-ku	La-'arab	Beli-ishar
	Kuda	Ur-Baba		
Elulu		Gudea	Puzur-Sin	
	Puzur-ili			
Dudu	Ur-Utu	Ur-Ningirsu	Iarlakam	
		Pirigme	Si'Um	
Shu-durul	Utu-hegal	Ur-ni	Tirigan	
		Nammahani		

NOTA: Según esta cronología, todavía había reyes en Agade cuando Ur-nammu (fundador de Ur III) se hizo con el poder.

de esta época recibe el nombre de «acadio antiguo». Aunque el sumerio siguió empleándose hasta cierto punto en los textos administrativos, legales y sobre todo literarios durante al menos otros seiscientos años —determinadas jaculatorias y oraciones sumerias siguieron recitándose en algunos rituales hasta el período helenístico; véase Kuhrt y Sherwin-White, *JHS*, 11 (1991)—, su empleo probablemente decayera como lengua hablada mayoritariamente desde esta época (Cooper, 1973).

El motivo de que los especialistas estén tan bien informados acerca del período de Agade y de algunas de las grandes acciones de sus cinco primeros reyes, por lo menos, es la relativa riqueza de la documentación (de la cual forman parte varias inscripciones reales; véanse Gelb, 1961; Hirsch, 1963; Michalowski, 1980b; Kutscher, 1989; Gelb y Kienast, 1990), en la que pode-

mos incluir desde textos votivos escritos sobre vasos, pedestales de estatuas y planchas de piedra, hasta las breves leyendas grabadas en los sellos. En esos textos se menciona a todos los soberanos de Agade, excepto a cuatro, cuyos reinados fueron efímeros, y la mayor cantidad de ellos, y también los más extensos, son los de Naram-Sin, el nieto de Sargón. La mayoría de las inscripciones reales existen sólo en copias de época posterior; fueron copiadas durante el período Paleobabilónico (*c.* 2000-1595) a partir de monumentos dedicados en los templos, sobre todo en el de Enlil de Nippur (el «Ekur»), que, en su calidad de morada de la principal divinidad del panteón sumerio, ocupaba una posición especialmente importante. Se han recuperado colecciones de documentos de primera mano relacionadas con cuestiones administrativas y transacciones económicas, procedentes sobre todo, aunque no exclusivamente, de la Baja Mesopotamia (Umma, Lagash), y en la zona del Diyala se han encontrado textos eruditos que nos iluminan acerca del desarrollo de la lengua.

La organización de una entidad política de grandes dimensiones requería un sistema uniforme de datación, y en esta época fue cuando se introdujo la costumbre de dar nombre a los años a partir de algún acontecimiento especial; continuó siendo el sistema habitual de datación durante más o menos los setecientos años siguientes. Los escribas hacían colecciones de ese tipo de «nombres de años» para su propio uso, con lo cual nos proporcionan una valiosa información histórica así como un importante marco cronológico. Casi con toda seguridad las colecciones de nombres de años fueron una de las fuentes utilizadas por los compiladores de la Lista de Reyes Sumerios (véase *supra*, pp. 44-47) para esta época; así se explica la mayor fiabilidad de la lista para la dinastía de Agade.

Consecuencia del enorme impacto que tuvo la dinastía sobre la historia de Mesopotamia es la composición, en época posterior, de leyendas acerca de algunos reyes de Agade, que pretenden ser copias de inscripciones votivas de los monarcas, pero que a todas luces son composiciones posteriores cuya finalidad es eminentemente didáctica. Se aplica a este género específico el término «literatura *narû*» porque imita la forma de las inscripciones (Güterbock, 1934/1938; Goodnick-Westenholz, 1983; Galter, 1986); *narû* es la palabra que en acadio significa 'estela', esto es, el monumento de piedra erigido por un rey. El ejemplo más famoso de este género es la «leyenda del nacimiento» de Sargón, las copias conservadas de la cual no son anteriores a la última fase del período Neoasirio (720-610; véanse Lewis, 1980; Glassner, 1988). La ascensión aparentemente repentina de la dinastía de Agade, sus conquistas y expediciones por tierras lejanas, y su caída también aparentemente repentina provocaron la rápida creación de una gran cantidad de materiales legendarios y épicos, tanto en sumerio como en acadio. Las leyendas se centran principalmente en el fundador del imperio, Sargón, y en su famoso nieto, Naram-Sin, al que a veces se presenta equivocadamente como si hubiera sido el último rey, responsable de precipitar a la catástrofe al imperio creado por su abuelo (Cooper, 1983).[6] Estas leyendas continuaron circulando

y siendo copiadas, retocadas y leídas hasta la época helenística. Aunque nos informan dramáticamente sobre la importancia ideológica y simbólica de los reyes de Agade, no podemos considerarlas una fuente histórica fiable para este período; pero no siempre se ha resistido a la tentación de tenerlas por tal. La duradera fama de esta dinastía se ve confirmada además por la existencia de los llamados «auspicios históricos» del período Paleobabilónico. En Mesopotamia se creía que el dios del sol «escribió» el futuro en las entrañas de las ovejas. Las vísceras eran examinadas y estudiadas, y a las que presentaban determinadas formas se les atribuía un significado especial (el proceso en cuestión se denomina extispicia). En varias colecciones de formas y significado de las vísceras, se afirma que determinados rasgos significan las hazañas de los reyes de Agade. Por ejemplo: «Si la "puerta del palacio" (parte del hígado) está doblada, el riñón dividido en tres partes, y a la derecha de la vesícula biliar hay dos hendiduras, se trata del auspicio del rey de Apishal, al que Naram-Sin cogió prisionero tras hacer una hendidura en la muralla de la ciudad» (YOS X, 24, p. 9). Finkelstein (1963) sostenía que, dada la naturaleza de la adivinación, semejantes correlaciones tenían que derivar de observaciones de hechos reales acontecidos en la época y que, por consiguiente, los auspicios constituían una valiosa fuente histórica de primera mano. No podemos aceptar semejante teoría; tanto el tipo de información que aparece en el contexto de los auspicios, como el conocimiento mucho más claro que se tiene hoy día de la forma en que se compilaron y transmitieron esas colecciones de auspicios, indican que se trata de un material meramente anecdótico que refleja la popularidad de las leyendas que corrían acerca de los reyes de Agade y nada más (Cooper, 1980).

Ascensión y caída de Agade

Los orígenes de Sargón y su ascensión al poder se hallan totalmente oscurecidos por los diversos mitos asociados posteriormente con su persona. Según la «leyenda del nacimiento», de época muy tardía, que utiliza el motivo popular, conocido en todo el mundo, del héroe cultural abandonado al nacer, el suyo fue un típico caso de paso de la miseria a la riqueza (el texto más antiguo que se conserva proviene de la Nínive del siglo VIII):

> Sargón, rey poderoso, rey de Agade, yo soy;
> mi madre fue una *ēntum* (ministro del culto de rango muy elevado); a mi padre no lo conocí;
> el hermano de mi padre habita(?) en las montañas;
> mi ciudad es Azupiranu, situada a orillas del Éufrates;
> mi madre, la *ēntum*, me concibió, y en secreto me parió;
> me colocó en una canastilla de juncos, selló «mi puerta» (es decir, la tapa) con betún;
> me arrojó al río que no se levantó sobre mí;

el río me mantuvo a flote y me llevó hasta Aqqi, el aguador.
Aqqi, el aguador, me sacó, cuando metió su jarra;
Aqqi, el aguador, me adoptó, me crió;
Aqqi, el aguador, me hizo su hortelano.
Como hortelano, Ishtar (diosa acadia del sexo y de la guerra) me amó;
durante [56] años ejercí el poder real.

(King, 1907, apéndice I; *ANET*, 119; Lewis, 1980.)

Otros materiales más antiguos (de la primera mitad del segundo milenio), derivados presumiblemente de cuentos populares,[7] atribuyen a Sargón unos orígenes distintos: el fundador de la dinastía era de humilde cuna; su padre tal vez fuera un cultivador de dátiles (no se indica para nada, como en la versión tardía, que su madre fuera una mujer de alto rango); llegó no se sabe cómo a la corte de Urzababa, rey de Kish, y fue ascendiendo a su servicio hasta convertirse en copero real. Por motivos desconocidos, los dioses decretaron la ruina de su amo y, pese a las maquinaciones de Urzababa, Sargón se convirtió en rey, fundó una ciudad y gobernó «el mundo» (Cooper y Heimpel, 1983).

Los únicos elementos de la historia primitiva de Sargón que parecen bien fundados es que Agade era una advenediza en la escena política y que Urzababa y Lugalzagesi fueron contemporáneos y, al menos en el caso de este último, enemigos suyos. Todo lo demás es inseguro; incluso el nombre de Sargón, que significa literalmente «el rey legítimo/auténtico», despierta sospechas. Lo que parece posible es que, tras erigirse en soberano independiente, Sargón realizó expediciones a la parte occidental de Irán, emprendió campañas en el norte y —lo que quizá resulte más significativo desde el punto de vista económico y político— dirigió varias campañas victoriosas contra los poderosos estados de Mari, Ebla e incluso más al oeste, «hasta el Bosque de Cedros y la Montaña de Plata» (Sollberger y Kupper, 1971, IIA1b; para el problema de la localización de Iarmuti, véase *RLA*, 5, pp. 266-267). Hasta qué punto y de qué manera fueron incorporadas estas regiones al reino de Sargón en esta fase resulta difícil de determinar. Un problema es el de la fecha de la conquista de las ciudades de la Baja Mesopotamia por Sargón. Aunque pueden esgrimirse algunos argumentos en favor de una fecha relativamente tardía de su reinado (Jacobsen, 1957), lo más prudente es reconocer que los testimonios son insuficientes y no permiten resolver el enigma ni en un sentido ni en otro. Todo lo que sabemos procede de una inscripción copiada durante el período Paleobabilónico en Nippur:

[Sargón, rey de Agade, el ... de Inanna, rey de Kish, ungido de Anu (dios del cielo), rey] de las tierras, gobernador de Enlil, conquistó la ciudad de Uruk y asoló sus murallas. Desafió (al hombre de) Uruk en la batalla y capturó a Lugalzagesi, rey de Uruk, en el transcurso de la batalla; lo condujo en un collar de madera hasta la puerta de Enlil.

Sargón, rey de Agade, desafió (al hombre de) Ur en una batalla y derrotó

a la ciudad y asoló sus murallas. Derrotó a E-Nin-kimara (ciudad situada probablemente entre Ur y Lagash) y asoló sus murallas y conquistó sus tierras, desde Lagash hasta el mar. Lavó sus armas en el mar. Desafió a Umma en una batalla [y derrotó a la ciudad y asoló sus murallas].

Como Sargón, rey de tierras, Enlil no creó rival alguno; Enlil le dio el Mar de Arriba y el Mar de Abajo. Desde el Mar de Abajo, los ciudadanos de Agade tenían el gobierno. Mari y Elam quedaron sometidas a Sargón, rey de las tierras. Sargón, rey de las tierras, restauró Kish e hizo (que sus habitantes huidos volvieran a) ocupar la ciudad (PBS 5, pp. 34 y 41, y PBS 15, p. 41; Sollberger y Kupper, 1971, IIA1a).

El final desgraciadamente destruido de la tablilla pone de manifiesto que el monumento original presentaba a Sargón junto a sus enemigos vencidos, con Lugalzagesi a la cabeza. La alusión al control que ejercían los gobernadores de Agade, presumiblemente en sustitución de los reyes apresados, es bastante clara, aunque existen ciertos testimonios que indican que, en determinados casos, algunos príncipes locales siguieron en su puesto sin ser molestados. La referencia a la reconstrucción y a la recolonización de Kish resulta tentadora, por cuanto da a entender que la ciudad había sido cruelmente derrotada en época anterior. Los 56 años de reinado de Sargón (aunque véase Foster, 1982a) debió éste de dedicarlos por completo a sus innumerables campañas y a la reestructuración administrativa que comportaran. Los numerosos himnos de los templos de época posterior nos ofrecen intrigantes atisbos de una de las medidas adoptadas por Sargón para consolidar su dominio. La composición de los himnos se atribuye a Enheduanna, hija de Sargón, en particular los poemas cultuales en honor de Inanna (Hallo y Van Dijk, 1968). Una inscripción sobre un disco de piedra caliza (Winter, 1987b) y los materiales literarios ponen de manifiesto que Enheduanna fue nombrada «esposa» ritual (*ēntum*) del dios de la Luna, Nanna, en Ur. Es probable que el cargo existiera ya, pero desde luego su importancia se incrementó, pues desde ese momento y durante los 500-600 años siguientes, su ocupante fue siempre la hija de cualquier rey mesopotámico que ostentara (o se jactara de ostentar) un poder muy superior al del simple príncipe de una ciudad. Las obligaciones primordiales de Enheduanna consistían en orar por el bienestar del rey, su padre. Menos claras están las ulteriores repercusiones políticas de su nombramiento. Se ha sugerido que Enheduanna no sólo actuaba como «esposa» de Nanna en Ur, sino que quizá también desempeñara un papel destacado en ciertos rituales en Uruk (Hallo y Van Dijk, 1968). En tal caso, la presencia constante de un pariente tan próximo del rey, en compañía de su séquito, en dos ciudades situadas en el corazón de la base del poder del principal enemigo de Sargón, Lugalzagesi, debió de contribuir a reforzar el dominio de Agade sobre la Mesopotamia meridional.

A Sargón le sucedieron dos hijos suyos, Rimush y Manishtushu. Pese a los problemas evidentes que comportaba mantener el control de un imperio recién creado, parece que lograron conservar intactas las conquistas de su pa-

dre y consolidar el poder de la dinastía. Así lo indican no sólo las inscripciones y la distribución de los testimonios descubiertos (Nissen, 1988), sino también las concesiones que hicieron a sus seguidores de las tierras conquistadas (Rimush) (véase Foster, 1985), u obtenidas directamente por compra (Manishtushu) (véase MDP II, pp. 1 y ss.). Su dominio de la zona septentrional de Irak (Assur, Nínive) y del Khabur (Tell Brak) está particularmente bien atestiguado.

Este imperio llegó a su apogeo en tiempos de Naram-Sin. Disponemos de muchos más materiales escritos de su reinado, incluidas varias inscripciones reales bastante largas (muchas de ellas en copias de época posterior). Podemos perfilar bastante bien cuál era su organización en esta época: sabemos que había guarniciones establecidas desde el norte de Siria hasta la parte occidental de Irán; existen testimonios de que continuó la política de Sargón de nombrar a una hija del rey para el cargo de *ēntum* de Ur; otros miembros de la familia real fueron destinados a ocupar oficios rituales en otros lugares (por ejemplo, en Mari); el rey se dedicó a la construcción de numerosos templos; y otros parientes fueron nombrados gobernadores. Fuera de los límites de este imperio tan férreamente controlado, los relieves en la roca de Pir Huseyn (al noreste de Diyarbakir, en Turquía) y Darband-i-Gaur en los montes Zagros (sureste del Kurdistán), conmemoran las hazañas de Naram-Sin en lugares más apartados. Tres inscripciones aluden a campañas en occidente contra Ebla, circunstancia que plantea la cuestión de aclarar hasta qué punto se hallaba integrada en el reino esta región.

La innovación más llamativa del reinado de Naram-Sin fue el cambio que se introdujo en los títulos del rey, como podemos apreciar en algunos objetos pertenecientes a sus servidores o dedicados por ellos. La leyenda que lleva el sello de un funcionario de Agade impreso en dos tablillas descubiertas en Tello (la antigua Girsu) reza así:

> Naram-Sin, el varón fuerte, dios de Agade, rey de los cuatro cuartos (es decir, del universo): Lugal-ushumgal, escriba, gobernador de Lagash (F. Thureau-Dangin, *Recueil des tablettes chaldéennes*, 1903, pp. 165 y 166; Sollberger y Kupper, 1971, IIA4p).

La faceta divina se ve reflejada también en la forma en que aparece representado Naram-Sin en las conmemoraciones contemporáneas de sus victorias: es mucho más alto que el resto de los humanos (a diferencia de las representaciones de época anterior) y sobre su cabeza lleva un casco con cuernos, atributo exclusivo de los dioses (véase la figura 5). La cuestión de la divinización de Naram-Sin se ha visto iluminada de un modo sorprendente por la inscripción grabada en una estatua de cobre fundido descubierta cerca de Dohuk, al norte de Irak (Al-Fouadi, 1976), que viene a añadirse al repertorio ya de por sí rico de obras de arte pertenecientes al período de Agade (Amiet, 1976):



FIGURA 5. Estela conmemorativa de una victoria de Naram-Sin procedente de Susa (Louvre; dibujo de D. Saxon).

Naram-Sin, el poderoso rey de Agade: cuando los cuatro rincones del mundo se le opusieron de forma hostil, salió victorioso en nueve batallas debido al amor de Ishtar e incluso apresó a los reyes que habían marchado contra él. Por lograr mantener fuerte a su ciudad cuando más agobiada se sentía, su ciudad (es decir, sus habitantes) imploraron a Ishtar de Eanna, a Enlil de Nippur, a Dagan de Tuttul (cerca de la confluencia del Balikh y el Éufrates), a Ninhursanga de Kesh, a Enki de Eridu, a Sin de Ur, a Shamash de Sippar, y a Nergal de Kutha, que lo tuvieran por dios de su ciudad de Agade, y le edificaron un templo en medio de Agade (Farber, 1983).

Muchas leyendas tardías acerca de Naram-Sin hablan de una gran sublevación contra él, así como de invasiones, dirigidas en algunos casos por fuerzas demoníacas, sobre las que acabó triunfando. Así pues, tenemos aquí un indicio de que los éxitos obtenidos en último término frente a la amenaza que se cernía sobre su reino fueron acogidos, al menos según el texto, con tanto alivio y alegría por sus súbditos, que suplicaron que se les permitiera honrarlo públicamente como a un dios, práctica sin precedentes conocidos en Mesopotamia, pero que continuaría esporádicamente hasta el período Paleobabilónico.

No es sorprendente que la cohesión del imperio se viera amenazada de vez en cuando, aunque no está muy claro que fueran las presiones externas las que condujeran definitivamente a su ruina. La explicación tradicional de la caída de la dinastía de Agade —la destrucción de la ciudad a manos de los guti, oriundos de la región de los Zagros— se ha demostrado que en buena medida es un espejismo forjado *post eventum* a partir de especulaciones que pretendían justificar la repentina desaparición de una dinastía tan gloriosa después del reinado de Naram-Sin (Hallo, 1971; Michalowski, 1983; Glassner, 1986). En realidad, la dinastía mantuvo el control del imperio durante el reinado del sucesor de Naram-Sin, Shar-kali-sharri, que ocupó el trono durante sus buenos veinticinco años, aunque hay indicios de la existencia de tensiones (Glassner, 1986), y probablemente tuviera que frenar los ataques lanzados contra sus fronteras. Que las cosas no iban demasiado bien nos lo hace suponer el hecho de que su reinado vino seguido de un breve período de anarquía, que interrumpió la sucesión regular de la familia real de Agade. Al mismo tiempo, unos cuantos príncipes locales restablecieron su independencia en las ciudades de la Baja Mesopotamia (Lagash, Kish, Uruk), y los guti construyeron una pequeña base de poder en la región del Diyala. Así pues, cuando se resolvió la lucha por el poder dentro de Agade, el territorio que les quedó a sus dos últimos soberanos (Dudu y Shudurul, cuyos reinados duraron en total cuarenta y seis años) había quedado reducido a las inmediaciones más próximas de la ciudad.

El rey y el país

Como las fuentes son tan fragmentarias y nuestro conocimiento del imperio necesariamente limitado, resulta demasiado fácil pensar que se trató sólo de un breve y repentino estallido de gloria, sin que los reyes se esforzaran demasiado por crear ningún tipo de estructura imperial. Pero se trata de una impresión distorsionada: desde la ascensión al trono de Sargón hasta la muerte de Shar-kali-sharri transcurrieron 140 años; de ellos durante por lo menos cien los reyes de Agade mantuvieron bajo su control directo un territorio muy grande (formado por la mayor parte de Mesopotamia y algunas zonas del oeste de Irán y Elam). Además, pese al carácter a menudo frustrante de los testimonios, es evidente que se llevó a cabo una política delibe-

rada de centralización. De ese modo, Agade se convirtió en «la ciudad» por excelencia (véase la inscripción de Naram-Sin, *supra*, p. 70), en la residencia del rey, que simbolizaba el imperio y era enaltecida por encima de todas las demás ciudades («Agade es rey»; «divina Agade»). Los archivos que se nos han conservado indican que se producían excedentes agrícolas para Agade, adonde eran enviados; asimismo, la capital requería y absorbía la actividad de numerosos artesanos; como el rey, la familia real y los grandes dignatarios residían allí, Agade se convirtió en el principal centro de consumo. Las inscripciones destacan también su papel como el gran centro hacia el que se dirigía el comercio con tierras lejanas:

> Sargón ... hizo que los barcos de Meluhha (= India), los barcos de Magan (Omán) y los barcos de Dilmun (Bahrein/el Golfo) atracaran en los muelles de Agade (PBS 15, pp. 41 y 34; Sollberger y Kupper, 1971, IIA1b).

Los estrechos lazos comerciales existentes durante este período con el valle del Indo están bien atestiguados, entre otras cosas por la presencia en Mesopotamia de un intérprete de la lengua de la India (Meluhha; véase Edzard, 1968-1969, n.° 33). Agade era asimismo la principal receptora de botines exóticos:

> Manishtushu, rey de Kish, cuando conquistó Anshan y Sherihum, hizo que el Mar de Abajo fuera cruzado en barcos ... Las ciudades de uno y otro extremo del mar, en número de 32, se aliaron para la batalla. Pero él salió victorioso y conquistó sus ciudades, mató a sus príncipes [y] eliminó ... De las montañas situadas más allá del Mar de Abajo extrajo piedras negras; (las) cargó en barcos y los hizo atracar en los muelles de Agade (MDP XV, pp. 1-3; Sollberger y Kupper, 1971, IIA3b).

La instauración de una maquinaria administrativa centralizada se ve reflejada en la tipificación cada vez mayor, a lo largo de todo el período, de la escritura, los sistemas de peso, el calendario (para los nombres de los años, véase *supra*, p. 65), y los registros y archivos (Foster, 1986). El gobierno de las regiones conquistadas estaba en manos de gobernadores nombrados por el rey (e n s i), mientras que algunos lugares contaban además con un jefe militar al mando de una pequeña guarnición. Aunque en ocasiones quien recibía el nombramiento de gobernador o quien era confirmado en el cargo era un príncipe local (por ejemplo, Susa, Carter y Stolper, 1984, pp. 14-15), el hecho de que sólo gobernara con el permiso de los reyes de Agade o con su consentimiento es una prueba de la firmeza de su dominación. La alusión que hace Sargón al control que ejercen los ciudadanos de Agade sobre toda la tierra desde el Mar de Abajo (véase *supra*, p. 68), junto con los testimonios del reinado de Naram-Sin, demuestra que los integrantes del gobierno imperial procedían de la corte de Agade o pertenecían a la familia real; análogamente, existía un férreo control de las instituciones de los

templos considerados centros clave fundamentalmente a través de los parientes del rey (véase *supra*, pp. 68-69). Tanto los testimonios arqueológicos (Tell Brak: Nissen, 1988; Jidle: Mallowan, *Iraq*, 8 [1946]) como las referencias textuales (Sikamanum, Hirsch, 1963; Naram-Sin b5, IV 20-V 16) demuestran que en muchos lugares se establecieron fortalezas y ciudadelas destinadas a la defensa y el control militar; la participación de los reyes en su fundación queda reflejada en el hecho de que varias de ellas recibieran el nombre de los reyes de la dinastía o de su fundador, por ejemplo, «Dur-Rimush» = 'Fortaleza de Rimush', «Dur-Akkade» = 'Alcázar de Agade'.

La posición del rey es un reflejo de la centralización política. Su importancia como protagonista y unificador queda ilustrada por la existencia de nombres propios que son una alabanza de su persona, por ejemplo «El-Rey-es-mi-Fortaleza» (Westenholz, 1979, p. 111); por el hecho de que a veces se hagan juramentos por él y no por los dioses (Edzard, 1974); y por su papel de árbitro decisivo (Glassner, 1986, p. 13). Su supremacía sin rival se ve reflejada en los títulos que ostenta: a veces es llamado simplemente «rey», sin más calificativos. Como la ideología dominante le atribuía el poder definitivo, su presencia en todo el reino resultaba física y simbólicamente fundamental: así, el rey viajaba por todo su reino acompañado de su séquito (Foster, 1980), y su presencia simbólica quedaba plasmada a lo largo y ancho del imperio en las estatuas de tamaño natural erigidas en los santuarios de las ciudades. Por último, el rey acabaría siendo enaltecido por encima de la esfera puramente humana, convirtiéndose en mediador entre el mundo de los dioses y el de sus súbditos: para éstos era el proveedor de riqueza, categoría social y seguridad, semejante a los dioses que le habían permitido unirse a ellos (véase el texto de Naram-Sin, *supra*, p. 70).

Durante el reinado de los cuatro primeros soberanos de Agade se hace constantemente hincapié en el papel del rey como guerrero y conquistador victorioso. Los epítetos subrayan el carácter universal de su dominio, y las inscripciones aluden sin cesar a campañas en lugares cada vez más lejanos y exóticos:

> Nunca desde que el hombre existe, ningún rey entre los reyes asoló Armanum y Ebla (UET 1, 24A; Sollberger y Kupper, 1971, IIA4e).

> Naram-Sin, rey de Agade, que ... todas las tierras de Elam hasta Barahshi y las tierras de Subartu (el norte) hasta el Bosque de los Cedros; además, cuando fue a Talhatum, aquel camino no había sido tomado nunca por ningún rey entre los reyes: Naram-Sin, rey de Agade lo tomó, e Inanna hizo que no tuviera rival. Los gobernantes de Subartu y los señores de los países altos llevaron su tributo ante él (UET 1, p. 274; Sollberger y Kupper, 1971, IIA4d).

La organización militar incrementó su volumen y su complejidad: se realizaban levas de soldados en las ciudades, y algunos grupos de pastores que vivían en los márgenes, como los amorreos o los guti, eran reclutados para

formar contingentes especiales. A los soldados se les suministraban raciones de alimentos, lana y armas, y a algunos se les entregaban parcelas de tierra con las que sobrevivir. La responsabilidad personal del rey en todos estos terrenos queda ilustrada en una afirmación de Sargón:

> 5.400 fueron los hombres (de armas) a los que hice comer ante mí cada día (PBS 15, pp. 34 y 41; Sollberger y Kupper, 1971, IIA1b).

El botín procedente de estas campañas en tierras lejanas afluía al tesoro real y era redistribuido en forma de magníficos presentes a los templos, a los súbditos favoritos del rey y a los miembros de la familia real, con una prodigalidad que servía para subrayar la destacada posición del soberano, pues era él quien creaba y controlaba esa riqueza a través de sus hazañas militares. Otra modalidad de riqueza obtenida a través de las campañas emprendidas por el monarca eran las tierras, que éste podía utilizar para aumentar su propia hacienda y las de sus parientes, o para conceder parcelas a sus oficiales y soldados (Foster, 1985). Sus grandes riquezas le permitían asimismo comprar tierras a los labradores pobres y redistribuirlas como le pareciera conveniente (obelisco de Manishtushu, MDP II, pp. 1 y ss.). Los inventarios de fincas rústicas, habitualmente explotadas por arrendatarios, demuestran que el rey, los miembros de la familia real y los altos funcionarios de la corte poseían tierras en toda la región de la Baja Mesopotamia (Foster, 1982a).

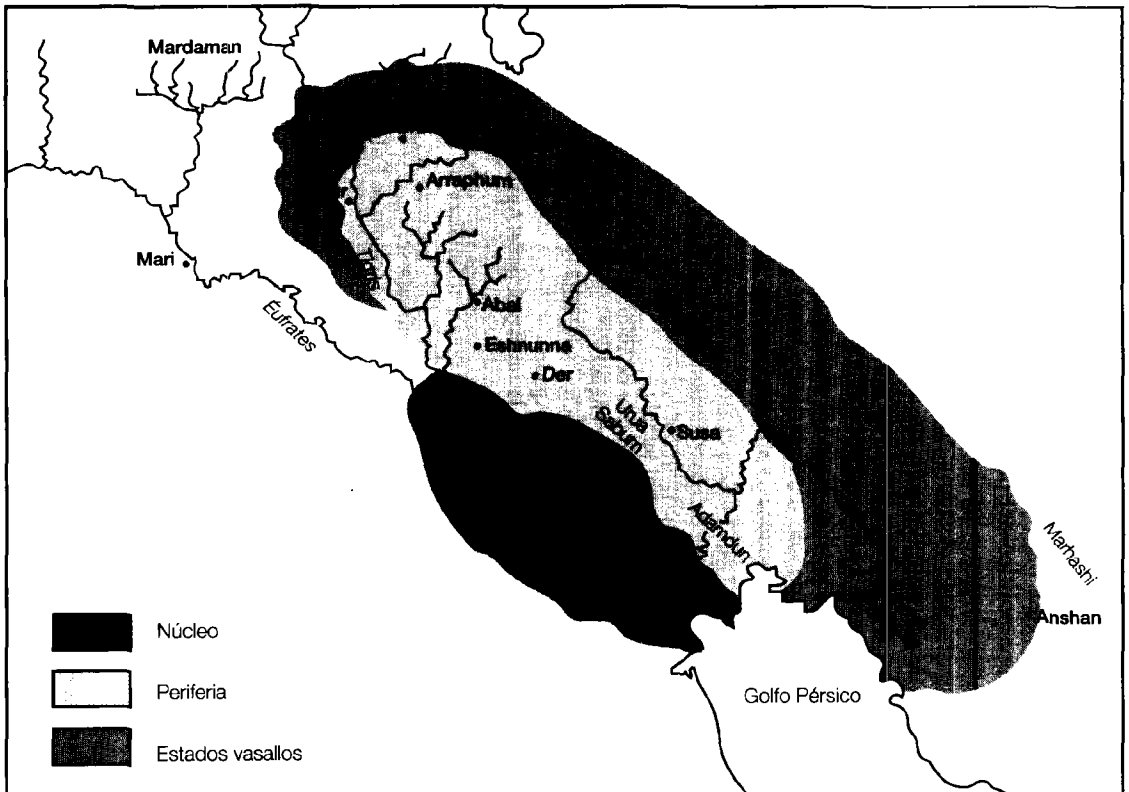
En conjunto, los testimonios apuntan hacia una serie de nuevos e importantes desarrollos en la posición del soberano, directamente relacionados con su riqueza, el centralismo político y su condición de caudillo militar. La importancia de su esplendor físico es muy marcada: utilizaba vestidos especiales, llevaba un peinado especial, tenía una serie de atributos reales, se sentaba en un trono ricamente labrado, y utilizaba armas caracterizadas por la superioridad de su fábrica. Aunque algunos elementos de ese equipo y de la correspondiente ideología existían ya con anterioridad, no eran tan complejos como llegarían a serlo en esta época, reflejando directamente el poderío y el éxito obtenido por los reyes de Agade. Al mismo tiempo, conviene subrayar la existencia de un fuerte elemento de continuidad tras las principales transformaciones realizadas por la dinastía de Agade: la esencia de la cultura y la ideología políticas seguía centrada en el concepto de una sola ciudad dominadora de las demás; no se desarrolló ninguna idea nueva de identidad «nacional», aparte de la filiación de la propia ciudad, como pone de manifiesto el hecho de que el rey de este conglomerado político tan extenso fuera ante todo y sobre todo «rey de Agade», y sólo después «rey de tierras» o «de los cuatro rincones del mundo, al tiempo que se mantuvo el título tradicional hegemónico de «rey de Kish», existente ya en el período anterior. Este es el modelo político que dominó la historia de Mesopotamia durante más o menos los quinientos años siguientes; los reyes de épocas posteriores considerarían el imperio de Agade el principal ejemplo de los logros que podía obtener una ciudad imponiendo su control sobre las demás.

4. La III dinastía de Ur (2112-2004)

De la caída de Agade a la ascensión de Ur

La imagen de la Baja Mesopotamia en tiempos de los últimos reyes de Agade y una generación más tarde (aunque véase *supra*, cuadro 3.2) nos recuerda el panorama político del período PD III, cuando el poder estaba dividido entre varios dinastas locales distintos; los principales centros eran ahora Uruk, Lagash, Kish, Agade y el pueblo de los gutì, en la zona del río Diyala. Menos de un siglo después, un texto literario de la época nos presenta toda la zona dominada —una vez producido el hundimiento de Agade— por unos invasores bárbaros procedentes de las montañas del este, los guti. Según el texto en cuestión, Enlil, el dios supremo del panteón sumerio, los lanzó contra el país debido a un sacrilegio cometido por Naram-Sin, acusado de llevarse algunas riquezas y estatuas divinas de Nippur, la ciudad de Enlil:

> Aunque no eran los bienes de una ciudad saqueada,
> grandes naves atracaron junto al templo,
> grandes naves atracaron junto al templo de Enlil, y
> los bienes le fueron arrebatados a la ciudad.
> Del mismo modo que los bienes le fueron arrebatados a la ciudad,
> así le fue arrebatado el buen juicio a Agade,
> las naves chirriaron en los muelles y la inteligencia de Agade quedó desplazada.
>
> La estruendosa tempestad que somete a toda la tierra,
> el creciente diluvio al que no hay forma de enfrentarse,
> Enlil, al ver destruido a su amado Ekur (es decir, el templo de Enlil en Nippur),
> ¿qué destruirá (en venganza) por ello?
> Miró hacia las montañas de los guti;
> escudriñó todas las anchurosas cordilleras:
> No contado entre los hombres, no considerado parte de la tierra,
> (descubrió) a Gutium, pueblo que no conocía freno alguno,
> con instintos humanos, pero inteligencia de perro y rasgos de mono.
> Enlil los sacó de las montañas.
> Como plaga de langosta se extienden sobre la tierra,
> sus brazos oprimen las llanuras en su nombre (*sc.* el de Enlil) como un lazo para sujetar animales,
> nada escapa de sus brazos,
> nadie se libra de sus brazos.
> Los mensajeros ya no recorren los caminos,
> el barco de los correos ya no surca los ríos.
>
> (Cooper, 1983a, II.142-163.)



MAPA 3. El estado de la III dinastía de Ur.

Aunque tenemos algunos testimonios de que los guti, que habían servido en los ejércitos de Agade, dominaban una parte de la región oriental, esta circunstancia no habría sido tanto la causa cuanto el efecto del hundimiento del poderío de Agade. Su transformación en el instrumento divino que causó la destrucción de Agade probablemente refleje los intereses ideológicos de los reyes de la dinastía III de Ur (2112-2004), esto es, la época en la que fue compuesto el texto. Según su explicación de la caída del imperio acadio, los guti se convertirían en sus herederos: los reyes de Agade habían abusado de su poder y la culpa de la destrucción física de su capital se echaba a un grupo periférico desde el punto de vista cultural. Lo que es evidente es que el texto constituye una distorsión de los acontecimientos históricos (Cooper, 1983a).

La historia del período que separa el final del reinado de Shar-kali-sharri del establecimiento de la dinastía III de Ur no es muy conocida, pero está claro que se produjo una lucha por la supremacía entre los poderosos reyes de las ciudades rivales. Gudea de Lagash es el más famoso, al menos de momento: se conoce un gran número de estatuas suyas de diorita negra bellamente esculpidas, tan admiradas que existen varias falsas (Johansen, 1978; véase F. Tallon, *Asian Art*, 5/1 [1992]). Además de estas figuras y de una serie de vasos de piedra finamente labrados, durante el reinado de Gudea fueron escritos algunos de los textos literarios sumerios más antiguos y extensos. En ellos se habla de sus numerosas fundaciones de templos y pueden considerarse uno de los ejemplos más hermosos de poesía sumeria; alaban la importación de materiales exóticos para las obras de los templos desde tierras lejanas y el favor especial que los dioses dispensan a Gudea (Falkenstein, 1966). Pero a pesar de su riqueza y de jactarse de haber traído madera del remoto alto valle del Éufrates, el reino de Gudea se limitaba a la comarca de su ciudad y nada más.

Desarrollo del estado de Ur III

La mayor parte de los testimonios correspondientes al último siglo del tercer milenio proceden de la Baja Mesopotamia, donde surgió una nueva entidad política que había salido victoriosa de las rivalidades entre las diversas ciudades, sustituyendo a Agade y aprovechando sus grandes logros, y reafirmando vigorosamente el concepto de unidad política bajo la égida de un solo rey. Esta nueva formación política sumamente centralizada recibe el nombre, según la Lista de Reyes Sumerios, de «III dinastía de Ur» o simplemente «Ur III». Se trata del período designado también como «neosumerio» o «renacimiento sumerio».

Los orígenes de la dinastía son muy oscuros. Las inscripciones indican que Utuhegal de Uruk intentó atribuirse la hegemonía sobre las ciudades de la Baja Mesopotamia; la Lista de Reyes Sumerios le atribuye un reinado de siete años, inmediatamente anterior al establecimiento de Ur III. Figura además como protagonista de un espléndido poema de época posterior que

trata de la expulsión de los guti de Mesopotamia (véanse Kupper y Sollberger, 1971, IIIK3a; *TUAT*, I/4, pp. 316-319). Dos estelas procedentes de Ur indican que Ur-Nammu/a, primer rey de la dinastía de Ur III, había sido gobernador de Utuhegal en la ciudad. Resulta difícil deducir a partir de esta noticia cómo lograría Ur-Nammu erigirse en rey independiente. Cabe postular una situación en la que se sublevara contra su señor de Uruk y acabara arrebatándole el control de la zona (*CAH*, I, capítulo 22). Pero se ha propuesto una explicación distinta (Hallo, 1966; Sollberger, 1954-1956), según la cual Ur-Nammu habría sido en realidad un pariente cercano de Utuhegal, que gobernaba Ur en su nombre. Cuando el dominio que ejercía Ur-Nammu sobre la región se vio amenazado por Nammahani, rey de Lagash, lo venció y lo mató. Fue esta hazaña la que lo llevó a adoptar el título de «rey de Sumer y Agade» en el cuarto año de su reinado. Desconocemos los detalles de lo que le sucedió a Utuhegal, pero los reyes de Ur III crearon unos lazos político-culturales muy estrechos entre Ur y Uruk, que desempeñó un papel simbólico importantísimo en el reino de Ur. De ese modo, nunca se manifestó una hostilidad abierta hacia Utuhegal, y la estrecha relación cultual existente entre las dos ciudades se vio fortalecida cuando Ur-Nammu realizó una compleja reconstrucción del principal santuario de Uruk y le proveyó de un magnífico zigurat de gran altura. Parece también plausible que fuera en esta época cuando las epopeyas protagonizadas por Gilgamesh y otros reyes antiguos de Uruk recibieran su forma sumeria clásica (una ha quedado definitivamente atestiguada: Hallo, 1974, p. 189; Michalowski, 1987, p. 52). La forma en que los diferentes reyes de la dinastía repiten una y otra vez su parentesco con los antiguos príncipes de Uruk a través de lazos familiares míticos probablemente esté relacionada con su interés por la poesía épica: así, Ninsun y Lugalbanda, madre y padre respectivamente de Gilgamesh, eran reverenciados como los progenitores divinos de los reyes de Ur III, atribuyendo a Ninsun un papel particularmente destacado (véase Klein, 1981a y 1981b), y se presentaba al propio Gilgamesh como hermano de los reyes de Ur. El texto llamado «Muerte de Urnammu» (Kramer, 1967) así lo manifiesta claramente: presenta a Ur-Nammu ofreciendo regalos en el infierno a «su hermano, Gilgamesh».

Se ha utilizado el término «renacimiento sumerio» para designar a este período, en el sentido de que en él se produjo un resurgimiento cultural específicamente sumerio. Y es comprensible, habida cuenta del notable florecimiento experimentado por la literatura y la lengua sumerias. Prácticamente todos los textos administrativos conservados de esta época están escritos en sumerio; se produjeron grandes cantidades de textos literarios sumerios en las escuelas en las que los futuros funcionarios aprendían a escribir (e d u b - b a; Michalowski, 1987, pp. 51-54; Sjöberg, 1974); y también de esta época data la creación de un género literario sumerio completamente nuevo, el himno real (Klein, 1981a; 1981b). ¿Representa, pues, toda esta actividad en lengua sumeria el resurgir de una identidad político-cultural concreta, sofocada anteriormente y que requería por tanto ser reafirmada y fomentada? Estamos

ante una postura muy difícil de sostener, pues no existen pruebas de una «decadencia» del sumerio durante la etapa anterior. Los testimonios indican, más bien, que el sumerio se desarrolló como una lengua muerta específicamente literaria, y por lo tanto «culta», patrocinada por los reyes de Ur III (Michalowski, 1987, p. 52), quizá porque había sido la lengua tradicional del extremo sur de Mesopotamia, donde se encontraba el nuevo centro del poder. Si se hubiera producido un retorno deliberado a un primitivo pasado «sumerio», habría cabido esperar que se vieran signos de rechazo del período de Agade. Pero no hay nada de eso: los testimonios conservados muestran que el período que se consideraba desastroso fue el del presunto dominio de los guti. Los reyes de Ur no se presentan en ningún momento como la encarnación de la antítesis o contraposición de la dinastía de Agade (Cooper, 1983a); antes bien, sus ambiciones políticas se inspiraban en las de los reyes acadios (Oates, 1986 [0Gb]), y de hecho durante esta época perduró en Nippur el culto de Naram-Sin. Por último, no sólo existe una enorme cantidad de palabras acadias en los textos sumerios, sino que además la mayoría de los nombres propios de persona y los de las ciudades recién fundadas son acadios (por ejemplo, Ishbi-Erra, Puzrish-Dagan); y lo que es más significativo todavía, todos los nombres de reyes y reinas, de príncipes y princesas de la familia real, excepto los dos primeros, son puramente acadios. El hecho de que el sumerio fuera la lengua de la educación y de las aspiraciones burocráticas habría supuesto, al parecer, un medio utilizado para definir y distinguir a la minoría culta; y precisamente podía ser así porque el sumerio ya no era hablado corrientemente (Cooper, 1973; Michalowski, 1987, p. 53; para un estudio exhaustivo de la cuestión del «renacimiento sumerio», véase Becker, 1985).

Reconstrucción del estado de Ur III

Las fuentes de este período llegan a ser miríadas, siendo en su inmensa mayoría documentos administrativos que constituyen un reflejo de las industrias estatales y del control ejercido en general por el estado que caracterizan a esta época (Steinkeller, 1987a). Muchos están todavía a la espera de un análisis exhaustivo, aunque existe ya un gran número de estudios. Nos ofrecen una visión singularísima de los pequeños detalles de la vida cotidiana, como la dieta alimentaria o el vestido, y sobre todo de la planificación y organización de las industrias manufactureras y de la agricultura. Nos iluminan respecto a la enorme cantidad de mano de obra y las complicadas construcciones que requería el eficacísimo sistema de regadío, con sus compuertas, sus labores de lixiviación de los terrenos salinos, y su método de períodos de siembra, recolección y barbecho (Kang, 1973; Powell, 1985; Civil, 1987), que permitían la obtención de cosechas fabulosas.[8] Otro rasgo curioso de esta época sobre el que disponemos de una documentación bastante rica es el de los centros de producción estatales. Ha sido estudiada intensamente (Waet-

zold, 1972) la importante industria textil de la propia Ur, que daba empleo a numerosas mujeres y niños y que producía ropas de lana y lino, algunas extraordinariamente elaboradas; testimonios análogos existen de la industria metalúrgica (Limet, 1960). Sorprende sobre todo la documentación que existe acerca de la detallada planificación central que exigía la organización de todo esto, y que funcionó con bastante eficacia durante casi cien años, aunque el delicado equilibrio que requería el sistema lo hacía vulnerable a las crisis. Fue un intento único en la historia de Mesopotamia por parte del estado de organizar y controlar la producción: «la centralización no alcanzaría nunca más un nivel tan alto» (Steinkeller, 1987a, p. 22).

Muchas de las tablillas de Ur III fueron encontradas en excavaciones clandestinas y vendidas en el mercado de antigüedades, de suerte que los archivos están muy desperdigados, el lugar exacto de su descubrimiento se desconoce y resulta laboriosísimo ordenar los textos en grupos coherentes (Jones, 1974). El hecho de que la mayoría de los textos procedan de despachos gubernamentales o tengan que ver con el cuidado de las haciendas de los templos por parte del estado plantea otro problema, por cuanto las transacciones privadas están muy mal representadas. Por consiguiente resulta muy difícil apreciar la interacción de las familias particulares con la economía del estado y su contribución a la misma. Hasta hace realmente muy poco tiempo no se ha visto con claridad que, si bien el volumen y la significación relativos de la propiedad privada siguen siendo objeto de discusión (Gelb, 1969; Steinkeller, 1989), la propiedad privada de la tierra constituye un factor (como había ocurrido anteriormente) con el que a todas luces hay que contar (Diakonoff, 1971; Waetzold, 1987). El nivel de la producción alcanzado por la economía privada resulta también muy difícil de cuantificar (Gelb, 1965 y 1979b). Más seguros son los testimonios acerca de los negocios realizados por mercaderes independientes, que organizaban actividades comerciales para el estado actuando en calidad de acreedores de las instituciones gubernamentales (Powell, 1977). Para que pudieran funcionar unas transacciones tan complejas como estas, parece bastante inadecuado el sistema de trueque (que es el que, aunque sea vagamente, se supone por lo general que regía el comercio mesopotámico). Se ha sostenido de forma harto convincente la tesis (Powell, 1978) de que se producían rollos de metal (de oro, plata, bronce y cobre) que tenían un peso estándar con el fin de disponer de una reserva de metales; cuando fuera necesario, se habrían ido cortando y pesando trozos de los mismos, que permitieran su uso como moneda de cambio en las transacciones comerciales; o bien habrían podido fabricarse mediante fundición fragmentos más pequeños de ese tipo de objetos. Este sistema de moneda estandarizada está particularmente bien indicado en los materiales de Ur III, pero la terminología aparece ya en el período de Agade y parece plausible suponer que ya se utilizaba antes.

El panorama administrativo de Ur III que nos ofrece este material tan rico nos muestra a la Baja Mesopotamia dividida en varias provincias, cada una con su correspondiente capital, gobernadas por un e n s i (gobernador), pro-

bablemente reclutado entre los miembros de la aristocracia local. Las familias que alcanzaban de este modo una relevancia oficial transmitían normalmente su posición a sus descendientes, al tiempo que podían tener acceso a otros puestos importantes (Zettler, 1984). Por debajo del gobernador estaba el jefe militar (s a g i n), quien, en algunos casos, estaba al mando de unidades militares reclutadas entre grupos periféricos (como en la época de Agade), que formaban determinadas secciones del ejército permanente. Los altos cargos de la milicia pertenecían o bien directamente a la familia real o bien eran hombres que habían entrado a formar parte de ella por matrimonio. Es posible que existiera una cuidadosa separación entre los poderes civil y militar dentro de las provincias centrales de la Baja Mesopotamia (Steinkeller, 1987a; véase *supra*, mapa 3), pero desde luego no siempre era así en las regiones del norte (Assur) y del este (Zagros, Elam), que fueron incorporadas al estado tras ser conquistadas. El control de esta zona fronteriza, del que dependía la salvaguardia del estado de Ur III, recaía fundamentalmente en el s u k k a l - m a h; su condición en la práctica de auténtico virrey queda demostrada por el hecho de que en Elam, tras la desaparición de la dinastía de Ur III, los príncipes locales adoptaron el título de «s u k k a l m a h», como si fuera el equivalente del de rey (Carter y Stolper, 1984). Los ricos materiales provenientes de la nueva fundación real establecida cerca de Nippur, Puzrish-Dagan (la actual Drehem: Hallo, 1960; Keiser, 1971; Kang, 1972; Steinkeller, 1987a; Sigrist, 1993), han demostrado que durante el período Ur III funcionaba una compleja estructura tributaria. Había un sistema de centros de redistribución centralizados, en los cuales cada provincia depositaba su contribución (b a l a), y a los que recurría el gobierno central para cuestiones como el aprovisionamiento de los templos o la paga de quienes eran acreedores a la generosidad real o dependían de una ración, como hacía cada provincia en la esfera de sus competencias. El sistema se basaba en un grado muy elevado de planificación y contabilidad centrales, y tenía por objeto integrar a los distintos centros provinciales en un todo unificado. Una de las fuentes de aprovisionamiento de ganado del centro de Puzrish-Dagan era el g ú n m a-d a («impuesto de las provincias»), que pagaba en forma de cabezas de ganado el personal militar establecido en las zonas fronterizas.

Bastante menos claro está cómo reclutaba el estado la mano de obra de la que dependía, del mismo modo que tampoco están claros los detalles del sistema social. Existen muchas zonas de discrepancia entre los especialistas. Los documentos legales y de compraventa demuestran de manera inequívoca la existencia de la propiedad privada. La población vendía huertas, casas y esclavos. La venta de una casa se daba a conocer clavando un clavo en la propiedad que iba a venderse (Malul, 1987). Menos seguro es si se podían enajenar o no las tierras de labor. Es posible que las tierras que aparecen mencionadas en los documentos fueran tenidas en arriendo a cambio de determinados servicios, es decir, formaran parte esencialmente de las propiedades de la corona. Sigue abierto al debate sobre si esos campos representan todas las tierras que existían o si el carácter desigual de la documentación

oculta la existencia de otras de propiedad privada (Gelb, 1969; Steinkeller, 1989). En los documentos mercantiles aparecen mencionados habitualmente los esclavos de compraventa; se calcula que alrededor de dos quintas partes de ellos eran indígenas: familias pobres que vendían a sus hijos, grupos familiares indigentes (como las madres con niños de pecho a su cargo), o incluso hijos que vendían a sus madres en épocas de necesidad. Los esclavos podían amasar su propia fortuna y eventualmente redimirse a sí mismos, como demuestra el siguiente documento proveniente de Ur:

> Am[mazaza], esclava de A['aduga] se ha rescatado a sí misma de A['aduga]. Le ha entregado 6 1/2 minas de plata y una vaca adulta en concepto de precio total de compra. Mientras vivan A'aduga y Ninabbana (su esposa), prestará servicios a sus hijos y a las esposas de éstos. Después (de la muerte de) A'aduga y Ninabbana, Ammazaza podrá irse donde quiera. Nadie se lo impedirá. (Entre los testigos hay un alfarero y varios funcionarios del culto.) (UET 3, p. 51; *TUAT*, I/3, pp. 201-202.)

Con respecto a la mano de obra de condición no servil, podemos distinguir entre las personas que se veían obligadas a realizar determinadas prestaciones de trabajo a cambio de las tierras que les eran concedidas o de las raciones que recibían, y los que formaban parte de cuadrillas de operarios en calidad de asalariados y no trabajaban bajo ningún tipo de compulsión (Waetzold, 1987). Ha llegado a pensarse que el estado de Ur III se caracterizaba por una rígida estratificación social y por la existencia de una mano de obra subordinada formada por «siervos» (g u r u š, por ejemplo, Diakonoff, 1974; Gelb, 1979a). Pero recientemente se han presentado serios argumentos en contra de esta tesis, basados en un análisis de los documentos relacionados con un grupo de leñadores de Umma (Steinkeller, 1987b): estos individuos eran empleados en cortar, procesar, plantar y mantener diversos árboles de poca alzada, como sauces, chopos de río y posiblemente regaliz silvestre. Resulta, pues, que existía cierto grado de movilidad social entre los que formaban cuadrillas de trabajadores y los que realizaban las funciones directivas. Además, los trabajadores podían poseer —y de hecho poseían— parcelas, y precisamente era a cambio de la concesión de esas tierras por parte del estado por lo que trabajaban una parte del año en los proyectos del gobierno (véase asimismo para este sistema de trabajo a tiempo parcial, Uchitel, 1984). La documentación pone asimismo de manifiesto que vivían y trabajaban en grupos familiares. En este caso desde luego no cabe hablar de trabajadores sin tierras, de «siervos» o «ilotas» sin derechos de propiedad ni de familia.

Monarquía e ideología del poder real

Otras fuentes de esta misma época nos ofrecen información sobre algunas facetas de la ideología y la política real, y demuestran que, en muchos aspectos, existen fuertes analogías con el período de Agade. Así, por ejem-

CUADRO 4. *Cronología de la III dinastía de Ur*

Convencional	Baja
Utuhegal: 2119-2113	Utuhegal: 2055-2048
Ur-Nammu: 2112-*c.* 2095	Ur-Nammu: 2047-2030
Shulgi (nombre en otro tiempo leído «Dungi»): 2094-2047	Shulgi: 2029-1982
Amar-Sin (leído en otro tiempo «Bur-Sin»): 2046-2038	Amar-Sin: 1981-1973
Shu-Sin: 2037-2027	Shu-Sin: 1972-1964
Ibbi-Sin: 2026-2004?	Ibbi-Sin: 1963-1940

plo, se utilizaba en todo el reino el sistema de nombres de los años, que proporcionaba de paso un calendario uniforme para todo el mundo. Así, por ejemplo, es en buena parte de esos nombres de los años de donde procede la información en torno a las principales campañas. Pero en su mayoría aluden a la ejecución de los proyectos arquitectónicos del rey o a acontecimientos rituales importantes, por ejemplo, la inveterada costumbre de nombrar a las hijas de los reyes para el cargo de sacerdotisa e n del dios de la luna en Ur. Las relaciones con los estados-clientes y con las potencias vecinas se ven iluminadas por los nombres de años que hacen alusión a las bodas de miembros de la familia real —por lo general de las hijas del rey— con reyes de países fronterizos con el fin de evitar conflictos bélicos y/o fortalecer las alianzas. La documentación habla sobre todo de princesas casadas con reyes de países del este o del noreste, que mantenían una relación de dependencia respecto del estado de Ur III. Conocemos el caso de un príncipe (hijo de Ur-Nammu) casado con la hija del rey de Mari, estado que sabemos positivamente que no estaba sometido a Ur. Esta circunstancia no puede reflejar más que el deseo de cimentar las relaciones amistosas entre estados vecinos (Hallo, 1976, p. 31; Michalowski, 1975; *RLA* 4, p. 283, n.^{os} 6-10). El hecho de que algunos de esos casamientos políticos se conozcan a través de los nombres de años es un indicio de su importancia eminentemente política; es de suponer que las bodas fueran anunciadas públicamente y que los grandes séquitos que acompañaban a la princesa y su ajuar nupcial hasta el país de su marido se convirtieran en centro de la atención popular.

Al margen del testimonio de los nombres de los años, nuestro conocimiento de la «historia» de Ur III es muy escaso, si exceptuamos su nacimiento y su caída; e incluso estos acontecimientos están erizados de problemas y sus detalles siguen siendo oscuros. Los nombres de los años constituyen un valioso testimonio de la importancia concedida a las gestas militares de la familia real. Entre las pocas cosas que sabemos de los reyes de Ur III está que uno de ellos (Ur-Nammu) fue muerto en una batalla (Kramer, 1967) —hecho bastante raro en cualquier época, que en todo caso nos demuestra el importante papel desempeñado por el rey como guerrero—; y que otro (Ibbi-Sin)

fue hecho prisionero en el curso de un ataque de los elamitas, que fue llevado a Elam y que murió en cautividad (Jacobsen, 1953). Otros nombres de años aluden curiosamente a continuas victorias en los montes Zagros, situados al oeste de Irán, a acciones militares contra diversos pueblos pastores, por desgracia bastante mal definidos, del noroeste («amorreos»), y a intentos de regular y controlar las relaciones con ciertos grupos de amorreos mediante la construcción de una muralla; no obstante, los detalles concretos de todas estas actividades se nos escapan.

Las inscripciones reales conservadas no nos suministran ni mucho menos tanta información como las del período de Agade; muchas son breves textos votivos que conmemoran la dedicación de una estatua o de algún objeto (Steible, 1991). Existen muchas «estatuillas de los cimientos», con su correspondiente inscripción, en las que generalmente aparece el soberano llevando a la cabeza la real cesta de ladrillos (véase Ur-nanshe de Lagash, *supra*, p. 52), y que formaban parte de los depósitos colocados en los cimientos de los edificios (R. S. Ellis, *Foundation Deposits in Ancient Mesopotamia*, New Haven, Conn., 1967), y grandes cantidades de ladrillos que llevan estampados nombres de reyes y fueron utilizados en los proyectos de construcciones reales. Constituyen un indicador muy útil de la envergadura de las obras emprendidas por los diversos monarcas. Ponen de manifiesto que Ur-Nammu emprendió un gran programa de construcciones en Ur, especialmente en la principal zona de los templos, cuyo magnífico zigurat data del período Ur III (véase la figura 6). La reconstrucción que hace Woolley de las últimas fases del zigurat es puramente hipotética; no existen pruebas de las puertas abovedadas que le atribuye (Woolley, 1954, figura 16). Sin embargo, la existencia de «mausoleos» abovedados de esta época (relacionados quizá con algún culto funerario, aunque probablemente no fueran el lugar en el que eran enterrados los reyes de Ur; véase Moorey, 1984), así como la de una bóveda de ladrillos derruida en el yacimiento de Rimah, al norte de Irak (Oates, 1986 [0Gb], p. 48, figura 28), indican que, si bien la visualización que hacía Woolley de la parte superior del zigurat debe seguir considerándose especulativa, no era técnicamente imposible. Se tiene conocimiento de la construcción de otros santuarios en Uruk, Nippur, Eridu, Larsa, Kish, Lagash, Adab y Eshnunna, a orillas del Diyala. Muchas de esas obras son edificaciones templarias, pero en la última de estas ciudades se ha localizado la residencia del gobernador, con un santuario anexo dedicado al culto del rey. Se desconoce el emplazamiento exacto del palacio y de la residencia principal del soberano. Lo que las fuentes dan a entender es que, si bien Ur constituía indudablemente el principal centro dinástico, Uruk y Nippur desempeñaban también un papel muy destacado; y parece que también Eridu tenía alguna significación simbólica para los reyes. Presumiblemente esta situación tuviera que ver con los dioses tradicionalmente asociados con estas ciudades y con los papeles que desempeñaban dentro del panteón sumerio.

Una importante guía de las actividades y de la forma de presentarse a sí mismos propias de los reyes es el «código de leyes» más antiguo que se con-

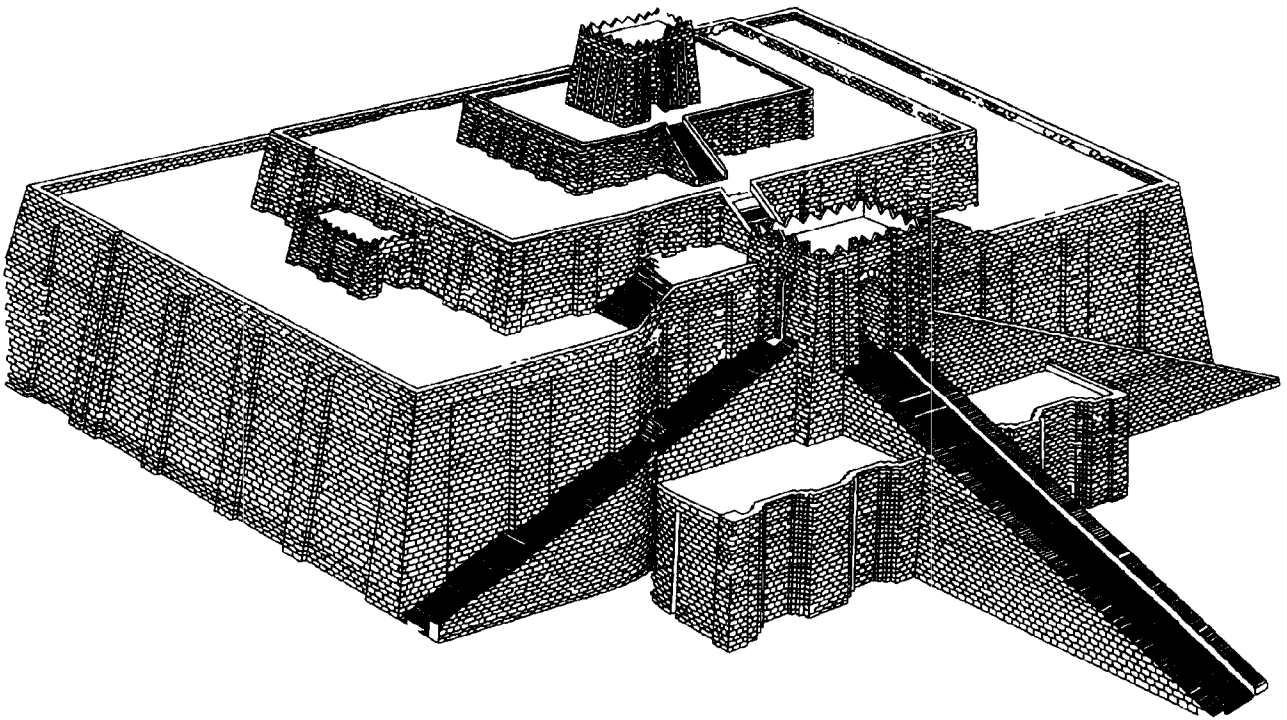


FIGURA 6. Zigurat de Ur (reconstrucción, según Roaf, 1990 [OA]).

serva, comparable directamente por su disposición —un prólogo seguido de una serie de preceptos legales— con el más famoso conjunto de leyes de Mesopotamia, el Código de Hammurabi, de época posterior. Se nos ha conservado en varias copias paleobabilónicas procedentes de Nippur, Ur y Sippar. Habitualmente se piensa que el que promulgó este código fue el segundo soberano de la dinastía, Shulgi, durante cuyo largo reinado se produjo la consolidación del imperio de Ur (Kramer, 1983b; Steinkeller, 1987a). Durante su mandato se normalizaron los registros escritos y los procedimientos administrativos, el gobierno fue reorganizado y centralizado, se creó un ejército permanente, se introdujeron los sistemas tributarios y de aprovisionamiento, el rey fue divinizado en vida, y se inventó el calendario oficial. El prólogo de las leyes menciona asimismo la institución de nuevas ofrendas divinas, la revitalización de las actividades agrícolas, la reapertura del comercio con el Golfo, el establecimiento de la «libertad» (a m a-a r-g i_4-b i) para algunas ciudades (probablemente quedaran exentas de alguna prestación de trabajo obligatoria, véase Yıldız, 1981, p. 93, n. 20a), y la creación de un nuevo sistema real de pesos patrones. La imagen del rey como garante de la justicia para su pueblo se recalca una y otra vez en el prólogo:

> Al huérfano desde luego no se lo entregué al rico; a la viuda desde luego no se la entregué al poderoso; al «hombre de un siclo» desde luego no se lo entregué al «hombre de una mina»; al «hombre de una oveja» desde luego no se lo entregué al «hombre de un buey» ... La hostilidad, la violencia (y) la lamentación ante Utu (dios del sol y de la justicia) hice que desaparecieran definitivamente; establecí la justicia en el país de Sumer (Finkelstein, 1968-1969; Yıldız, 1981; *ANET*, pp. 523 y ss.; *TUAT*, I/1, pp. 18 y ss.).

No está claro cómo se administraban las previsiones legales, ni cuál era el papel del rey en el proceso judicial. A juzgar por los documentos legales conservados, parece que los casos eran vistos normalmente a nivel local por el *hazannum* (término traducido habitualmente por 'alcalde'), aunque el gobernador provincial podía derogar sus sentencias. Los documentos de compraventa demuestran que en esta época —al igual que en épocas anteriores y posteriores— se realizaban actos simbólicos delante de testigos a la puerta de un barrio de la ciudad o de cualquier recinto sagrado, mediante los cuales se pretendía solemnizar la transacción (Malul, 1985). Un indicio de que las puertas de los templos solían relacionarse con las transacciones legales es un pasaje del «Lamento por la caída de Sumer y Ur», en el que se describe el quebrantamiento de la ley y el orden:

> No se pronunciaban veredictos en el Dublamah (puerta del templo del dios de la luna en Ur), sitio en el que solían prestarse los juramentos.
>
> El trono no fue colocado en el lugar del juicio que le corresponde, no se administraba justicia ... (Michalowski, 1989, líneas 438-439).

¿Funcionaba verdaderamente el rey como máxima autoridad legal? Existen alusiones al rey concebido como juez en algunos textos literarios (por ejemplo, en los himnos reales, véase *infra*, pp. 88-89), que sugieren que, al menos en teoría, el rey era considerado fuente de toda justicia y árbitro definitivo.

Bastante distinta es la información que nos suministran los sellos cilíndricos y las leyendas que los acompañan, en los que se conservan los nombres propios de los altos funcionarios. Dichos nombres solían estar compuestos por el nombre del rey, que funcionaba como elemento teofórico. Un ejemplo sería el nombre «Simat-Shulgi» = 'Perteneciente al (rey-dios) Shulgi' (cf. «Simat-Ishtar» = 'Perteneciente a (la diosa) Ishtar'). Las leyendas de la glíptica podemos agruparlas en dos categorías: un tipo más breve, que da el nombre, el cargo y el linaje del poseedor del sello (noticia valiosísima para estudiar las familias de los oficiales públicos). Y otro, mucho más largo, del siguiente tenor:

> Shu-Sin, poderoso rey, rey de Ur, rey de los cuatro cuartos (del mundo): Sur-ku-nunna, escriba, hijo de Lu-Ningirsu, el ganadero, es tu servidor (tablilla del Petrie Museum, UC 36134).

Se trata de expresiones de lealtad al rey, relacionadas quizá con una de las imágenes más frecuentes que aparecen en la glíptica de Ur III, la «escena de la presentación». En ella aparecen el rey sentado, a menudo con un pequeño vaso en la mano, y una divinidad menor que se le acerca llevando ante su presencia a un personaje (véase la figura 7). La persona que es introducida ante el rey probablemente represente al dueño del sello, mientras que la figura real ocupa el espacio que en otras escenas del mismo tipo de épocas anteriores correspondía a una divinidad. Este hecho refleja, al parecer, una faceta del aspecto divino del rey, aunque se ha señalado (Winter, 1986 y 1987a) que, aparte de la posición que ocupa, la figura del monarca no lleva ningún atributo divino evidente. El monarca aparece representado como gobernante justo, emparentado con los reyes divinos anteriores o legendarios, mientras que la persona que es llevada ante su presencia aparece en la postura del individuo que encarece su lealtad al trono. La posesión misma del sello es la prueba de que el rey ha reaccionado favorablemente a sus explicaciones y le ha correspondido depositando su confianza en él. Las escenas de la glíptica ilustran, por tanto, la complejísima y delicada interacción existente entre el divino soberano y los niveles superiores de la estructura burocrática: el rey, como vértice de la misma, hace de puente entre las esferas humana y divina.

La naturaleza divina del soberano se ve reflejada asimismo en algunas «oraciones epistolares». Se trata de peticiones dirigidas por un individuo a una divinidad o rey divinizado. Tenemos un ejemplo muy curioso, hermosamente redactado en forma poética y conservado en una versión paleobabilónica. Probablemente la súplica va dirigida a la estatua de un rey difunto en su templo:

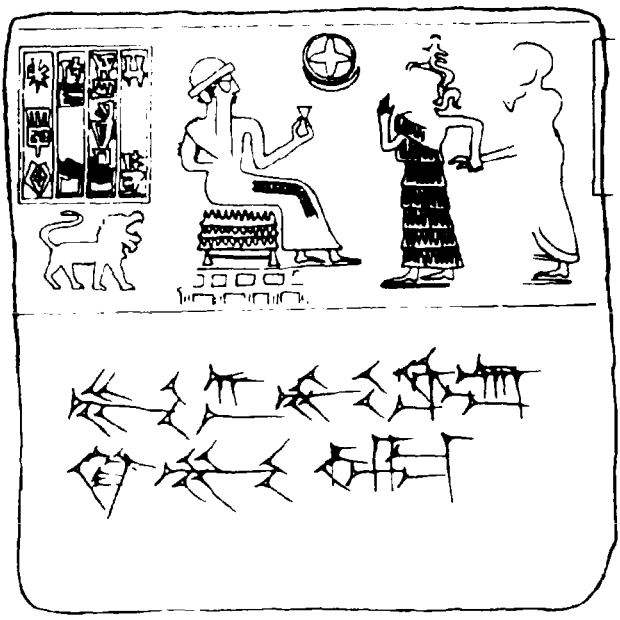


FIGURA 7. Impronta de un sello correspondiente a una tablilla de Ur III (Petrie Museum, UC 36134).

A mi rey con ojos multicolores, que lleva una barba de lapislázuli, háblale;
a la áurea estatua esculpida en un buen día
al ... criado en un purísimo aprisco, llamado al purísimo seno de Inanna,
al señor, héroe de Inanna, dile:
«Tú (en) tu juicio, eres hijo de Anu.
Tus órdenes, como las palabras de un dios, no pueden ser revocadas;
tus palabras, como la lluvia que cae de los cielos, son innumerables.
Así habla Urshagga, tu servidor:
"Mi rey se ha ocupado de mí, que soy un 'hijo' de Ur.
Si (verdaderamente) mi rey es de Anu,
que la casa de mi padre no sea arrasada,
que los cimientos de la casa de mi padre no se desmoronen.
Que mi rey lo sepa"» (*sc.* «Eso es lo que pido»).

(A. Falkenstein, *ZA*, 44 [1934], pp. 1-25; *ANET*, p. 382.)

Aunque no podemos afirmar que esta era la forma en la que los solicitantes se dirigían realmente a los reyes de Ur, puede ofrecernos un eco lejano de lo que eran esas peticiones.

El testimonio más notable del desarrollo de una ideología del poderío real y de sus aspectos divinos durante esta época son los himnos reales. Existen

varios tipos de himnos; unos eran oraciones por el rey y se cantaban en contextos cultuales; otros, en cambio, parece que habrían sido compuestos para ocasiones especiales y estaban destinados a ser ejecutados en el transcurso de ceremonias cortesanas. Algunas secciones parecen estribillos cantados por un coro, mientras que otras están en primera persona y representan las palabras del propio rey. Como en su inmensa mayoría se han conservado sólo en su forma paleobabilónica, se ha puesto en duda que su composición date del período Ur III, pero en la actualidad parece que efectivamente se trata de poemas ceremoniales sumamente elaborados, que se cantaban en las cortes de los reyes de Ur III.[9] Aunque cada himno es distinto, todos contienen los mismos elementos básicos (Hallo, 1963), que subrayan la legitimidad del monarca ensalzando su linaje real, y el hecho de ser hijo de los dioses y de haber sido nombrado por las divinidades supremas. También se destacan su fuerza y su belleza física: es el soldado y el jefe militar perfecto, excepcionalmente fuerte y valeroso, experto en el manejo de todas las armas. Siempre está a la cabeza de sus tropas en la batalla; la fama de sus victorias militares es conocida en todo el mundo e inspira terror a sus enemigos. Ocasionalmente se hace una descripción de sus hazañas como cazador de animales peligrosos: no se esconde en una trampa para capturar leones con una red, sino que lucha frente a frente con ellos, y hace que el país resulte seguro para los pastores. Otros temas son el desvelo con el que el rey se ocupa de los templos, la prosperidad del país, la justicia y la protección que ofrece a los débiles. Todos estos temas son tratados asimismo en el prólogo del código de leyes (véase *supra*, pp. 84-86); otro texto alude a la provisión de un gran canal por parte de Ur-Nammu (Hallo, 1966). En uno de los himnos de Shulgi aparece también una interesante descripción de la construcción de calzadas, equipadas con posadas, que permiten unas comunicaciones más rápidas y seguras a la vez:

> Yo (*sc.* Shulgi) ensanché las sendas, allané los caminos del país,
> hice seguros los viajes, construí «casas grandes»,
> planté jardines a lo largo de la ruta, establecí posadas,
> instalé en ellas a gentes amables,
> (para que) quien viene de abajo y quien viene de arriba
> se solace en su frescura,
> y el caminante que viaja por los caminos de noche
> pueda encontrar en ellas refugio como en una ciudad bien construida.
>
> (*ANET*, p. 585; Klein, 1981b, Shulgi, A 26-35.)

La sabiduría y erudición del rey son debidamente ensalzadas: es tan sabio que todos buscan su consejo en la asamblea; cuando sentencia un caso, es capaz de hablar las cinco lenguas empleadas por sus súbditos sin necesidad de intérpretes (las lenguas en cuestión eran probablemente el acadio, el sumerio, el amorreo, el elamita y quizá el guti). Es también el adivino más experto y conoce los textos de la extispicia mejor que nadie, de suerte que

cuando examina los hígados de las ovejas sacrificadas, los arúspices se asombran de su pericia.

Se destaca su buena educación:

> De joven, estudié las artes de la escritura en la casa de las tablillas (es decir, la escuela), con las tablillas de Sumer y Acad;
> de los nobles, ninguno era capaz de escribir una *tablilla* como yo,
> en el lugar en el que la gente aprende las artes de la escritura,
> sumando, restando, contando y haciendo cuentas; terminé todos (los cursos);
> la hermosa Nisaba (diosa protectora de las artes de la escritura),
> me dotó generosamente con sabiduría e inteligencia.
>
> (G. R. Castellino, *Two Shulgi Hymns* (B, C), Roma: ŠB 196 ss.; *cf. Klein, 1981a, p. 16 y n. 64.*)

El rey destaca también en la música. Conoce todos los himnos y melodías; posee una voz pura y dulce; es capaz de afinar y tocar todos los instrumentos (incluidos los antiguos); cuando ejecuta alguna obra musical lo hace tan bien que sus súbditos y los dioses se sienten extraordinariamente complacidos. La adoración que siente por los dioses y lo bien que sabe aplacarlos y suplicarles que concedan su ayuda a sus súbditos no tienen igual. Debido a las numerosas virtudes y talentos del rey, sus súbditos lo respetan, como se exhorta a que lo hagan las generaciones futuras. Los himnos suelen acabar ensalzando la unidad y armonía del país a las órdenes de un único mandatario supremo.

La especial relación que el rey mantiene con los dioses se ponía además de relieve cuando celebraba la fiesta de su «boda sagrada» (*RLA*, 4, pp. 251-259; Kramer, 1983a; Frymer-Kensky, 1992 [0L], pp. 55-59). Aunque los detalles de esta ceremonia proceden de fuentes ligeramente posteriores, en los himnos reales aparecen alusiones a ella, y no tenemos por qué suponer que no se celebrara en esta época. Algunos elementos del rito siguen estando oscuros, pero es probable que el rey adoptara el papel de Dumuzi, el esposo mortal de la diosa Inanna de Uruk; es posible que el papel de la propia Inanna lo desempeñara alguna sacerdotisa. El rey se presentaba ante la diosa como si fuera su amante y «dormía» con ella. A través de este acto sexual, se acercaba al mundo de los dioses más que cualquier otro mortal y aseguraba la continuidad de la benéfica sociedad existente entre la humanidad y la esfera divina. La ceremonia probablemente tuviera lugar con ocasión de la ascensión al trono del rey. Culminaba con la entrega de las insignias reales y con la declaración de su «destino» por parte de la diosa; en otras palabras, Inanna manifestaba públicamente su apoyo al soberano, para que su reinado fuera largo y próspero.

La caída de Ur III

Ya hemos aludido a la vulnerabilidad propia del sistema sobre el que descansaba la complicada estructura del estado de Ur. Se basaba en mantener unidos unos territorios muy extensos, en la capacidad de promover unas comunicaciones regulares entre ellos, recaudar impuestos y tributos, proteger unas fronteras muy lejanas, y producir riqueza en forma de productos manufacturados y de excedentes agrícolas regulares. No está muy clara la configuración de los acontecimientos que precipitaron el dramático y definitivo hundimiento de Ur, pero durante el reinado de Shun-Sin empezaron a aparecer señales de problemas en los territorios conquistados, que quizá indiquen una pérdida de control en ellos por parte del poder central (Steinkeller, 1987a, p. 36, n. 55), y que enseguida alcanzaron las proporciones de una crisis durante el de Ibbi-Sin. Las cartas entre Ibbi-Sin y dos de sus gobernadores provinciales[10] nos ofrecen una imagen muy vívida de las dificultades del último soberano de Ur III: ante la escasez de un producto tan esencial como el grano, con una subida de precios que alcanzó cotas realmente fantásticas, las vías de comunicación —y por lo tanto el aprovisionamiento— rotas por grupos marginales de pastores («amorreos»), y las ciudades de la Baja Mesopotamia abandonadas a su suerte debido a la incapacidad de protegerlas y suministrarles lo necesario por parte del poder central, Ibbi-Sin tuvo que hacer frente a un grave ataque de las fuerzas aliadas de Elam y Shimashki (en la parte noreste del Khuzistán) con unas fuerzas muy disminuidas y probablemente mal abastecidas (véase Steinkeller, 1988). El rápido empeoramiento de la situación queda reflejado en la siguiente carta:

> Así has hablado a Ibbi-Sin, mi rey: «Esto es lo que Ishbi-Erra, tu siervo, dice: "Se me ordenó viajar a Isin (y) Kazallu para comprar cebada. La cebada está a 1 (siclo de plata) el kor de cebada (y) se me han entregado 20 talentos de plata para la compra de la cebada. Se recibieron informes de que unos m a r t u (amorreos) hostiles han penetrado en tu territorio y se han llevado 72.000 kor de cebada, la totalidad de la cebada, a Isin. Ahora los m a r t u han invadido el país de Sumer (y) han tomado todas sus fortalezas. Por culpa de los m a r t u no puedo entregar la cebada para que la trillen. Son más fuertes que yo. Podrían quitármela. Tenga a bien mi rey preparar 600 barcos de transporte con una capacidad para 120 kor cada uno ... Me haré cargo (de la protección) del lugar en el que atraquen los barcos, y de ese modo toda (?) la cebada será almacenada (y) trasladada en su totalidad. En el caso de que hubieras permitido que la cebada disminuyera demasiado, habré sido yo quien te llevara la cebada. Rey, el elamita se ha vuelto indolente en la batalla, sus raciones de cebada se acabarán pronto; no permitas que (la fuerza de) tu brazo flojee, no te precipites a entablar una relación de servidor con él, no corras tras él. Cebada para quince años: tus provisiones del palacio y de la ciudad están todas en mis manos. ¡Yo me encargo de guardar a Isin y Nibru, rey! ¡Sépalo mi rey!"» (PBS 13, n.º 9; *TUAT*, I/4, pp. 344-346).

Pero a pesar de unas informaciones tan detalladas como estas la complicada secuencia de los acontecimientos sigue estando oscura. Una hipótesis sería pensar que los amorreos «nómadas» presionaran desde el desierto de Siria, rompieran la muralla de la frontera (véase *supra*, p. 84) y bajaran asolando las ricas ciudades de la llanura de la Baja Mesopotamia (Jacobsen, 1953). Pero la existencia de testimonios que demuestran que numerosos grupos de amorreos formaban parte del estado de Ur III (Buccellati, 1966), mientras que otros llevaban otros tipos de existencia y constituían pequeños enclaves dentro y fuera de las fronteras del estado, indica que nunca pudo haber unas «hordas» de amorreos «bárbaros» unificados, capaces de causar estragos de un modo concertado. Debemos suponer un modelo más sutil de interacción: las bandas de merodeadores mencionadas en las cartas habrían sido grupos diferentes (calificados todos de «amorreos» por el gobierno de Ur III), que aprovecharon el hundimiento de la estructura imperial y probablemente contribuyeran a empeorar una situación ya de por sí crítica (Michalowski, 1983). Desde luego la tremenda embestida final sobre Ur vendría de Elam y Shimashki, como ponen de manifiesto las famosas «lamentaciones» por la destrucción de Ur, compuestas poco después del desastre (Kramer, 1940; Michalowski, 1989). Aunque no son versiones de testigos oculares, ofrecen una viva imagen de la ruina de la ciudad:

> El hambre llenó la ciudad, como si fuera agua, no cesará;
> (esa) hambre desencaja las caras (de la gente), retuerce sus músculos.
> Sus habitantes están (como) rodeados por el agua, respiran jadeantes,
> su rey respiraba pesadamente en su palacio, solo;
> sus habitantes soltaron las armas, (sus) armas golpearon el suelo,
> (mientras ellos) golpeaban su cuello con las manos y gritaban.
> Se pedían consejo unos a otros, buscaban una explicación:
> «¡Ay! ¿Qué podemos decir ante esto? ¿Qué más podemos añadir?
> ¿Cuánto tiempo más va a durar esta calamidad, hasta que acabe con nosotros?
> Ur: dentro hay muerte, fuera hay muerte;
> Dentro el hambre está acabando con nosotros.
> Fuera, las armas de los elamitas están acabando con nosotros.
> En Ur el enemigo nos tiene agobiados. ¡Ay, están acabando con nosotros!»
> Se refugian (?) tras ella (es decir, tras los muros de la ciudad), estaban unidos (en el terror).
> El palacio que fue destruido por (la avalancha de) las aguas ha sido profanado, sus cerrojos fueron arrancados;
> Elam, como el oleaje hinchado de un diluvio, no dejó más que los espíritus de los muertos (?).
> En Ur (las gentes) fueron aplastadas como cacharros de barro,
> los refugiados no (pudieron) escapar, quedaron atrapados dentro de las murallas;
> como un pez en un estanque, buscan cobijo.
> Los enemigos se apoderaron del Ekishnugal de Nanna;
> las estatuas que había en el tesoro fueron rotas,
> la gran camarera, Niniagara, abandonó (?) el almacén.

Su trono (es decir, de la ciudad) fue abatido ante sus ojos, y ella (es decir, Niniagara) se arrojó al polvo.

(*ANET*, pp. 611 y ss.; Michalowski, 1989, líneas 390-412.)

Es curioso que las lamentaciones no presenten la caída de la poderosa dinastía de Ur como si hubiera sido producida por un sacrilegio de sus reyes, como sucede en el caso de la caída de la dinastía de Agade (Cooper, 1983a, pp. 29-30). Se admite sencillamente que le ha tocado la hora y que los dioses han decidido poner fin a su primacía:

¿Quién ha visto el reinado de una monarquía que tuviera un señorío (eterno)?
El reinado de su (*sc.* de Ur) monarquía ha sido realmente largo, pero se ha agotado.
¡Oh Nanna (dios de la luna y patrono de Ur), señor mío, no te esfuerces (en vano), abandona tu ciudad!

(*ANET*, pp. 611 y ss.; Michalowski, 1989, líneas 368-370.)

2. MESOPOTAMIA *c.* 2000-*c.* 1600: LOS PERÍODOS PALEOBABILÓNICO Y PALEOASIRIO

INTRODUCCIÓN

El período comprendido entre el final de Ur III y la caída de la primera dinastía de Babilonia (1595 según la cronología convencional o «media») recibe comúnmente el nombre de «paleobabilónico». En realidad se trata de una denominación lingüística, con la que se designa la modalidad de acadio que se desarrolló por esta época en la Baja Mesopotamia. En el norte, por el contrario, los primeros documentos en dialecto asirio —otra variedad del acadio— pertenecen también a este período («paleoasirio»). El acadio no era la única lengua que se escribía: lo mismo que durante el período anterior, siguieron redactándose muchísimos documentos en sumerio, especialmente textos literarios, y de hecho una buena parte de la rica cosecha de literatura sumeria que se nos ha conservado ha llegado a nuestras manos en copias de esta época; los documentos legales hacían también un uso muy amplio de fórmulas sumerias. Evidentemente, la educación en las escuelas y en el seno de las familias letradas (Sjöberg, 1974; Charpin, 1986) seguía subrayando el valor cultural que tenía el saber leer y escribir en sumerio. Pero a finales de este período se produce un notable incremento de los textos literarios y las inscripciones en acadio.

Es esta una época rica en documentación muy diversa procedente de numerosas ciudades y pequeñas poblaciones. Todo este material ilumina brillantemente la enorme variedad de actividades realizadas en los numerosos estados de Mesopotamia, algunas comarcas del Levante e incluso de Anatolia. Los testimonios más ricos y variados proceden indudablemente de los enormes archivos de Mari (la actual Tell Hariri; *c.* 1800-1760). Pero los importantes archivos de Kültepe (la antigua Kanesh), en Anatolia, que nos ofrecen un cuadro muy detallado de lo que era el comercio asirio con países lejanos (véase el capítulo 2, apartado 3), y los más pequeños de Shemshara (en la zona de Rowanduz, al noreste de Irak) y Rimah (en la región de Sinjar), arrojan también bastante luz sobre el comercio, la política y las relaciones internacionales durante esta época. Las amplísimas comunicaciones entre las

distintas regiones sobre las que nos informan estos materiales sabemos que ya existían con anterioridad, pero sólo en este momento podemos definirlas con más precisión.

El sistema político dominante en esta época es el de una multitud de ciudades-estado independientes que forman alianzas, intentan atraer a su órbita a otras más pequeñas, y compiten entre sí por la hegemonía. Algunos de esos estados surgen como entidades ya bastante grandes y poderosas, por ejemplo Eshnunna, Mari, Isin, Larsa y Babilonia. El modelo político que varias de ellas pretendían emular era el de Agade y Ur III. En varios lugares, desde Levante hasta la Mesopotamia meridional, ostentaban el poder dinastías cuyos reyes llevan nombres amorreos. El amorreo era una lengua semita, estrechamente emparentada con el grupo semítico occidental al que pertenece también el hebreo (de época posterior). Por desgracia, casi los únicos testimonios de lengua amorrea que conocemos corresponden a nombres propios, lo cual indica que no llegó a escribirse nunca. Se desconoce cómo es que las dinastías y el pueblo de los amorreos llegaron a formar un elemento tan significativo de la población de la zona. En cualquier caso, su constante presencia en el ejército y entre la mano de obra de los imperios de Agade y Ur III está bien atestiguada (véase *supra*, pp. 73 y 92), por lo que podemos concluir que no se trataba de un grupo de población nuevo. Estos amorreos que vivían en las zonas fronterizas del estado de Ur III aprovecharon la oportunidad, cuando éste se vino abajo, y se trasladaron a las regiones que formaban el corazón mismo del imperio, donde probablemente se multiplicó su número (véase el capítulo 1, apartado 4; para la documentación básica, Anbar, 1991). Algunas de las nuevas dinastías utilizaban títulos reales que definían al soberano como miembro de una determinada tribu amorrea —como, por ejemplo, «Sin-kashid, rey de la (tribu) Amnanum»—, o simplemente como perteneciente al pueblo amorreo, por ejemplo, «Zabaya, caudillo de los amorreos (sum. m a r t u = ac. *amurru*)». Parece que este tipo de afirmación de la propia alcurnia desempeñó un papel determinante, aunque no lo entendamos muy bien, en la ideología monárquica de esta época. La «genealogía real» amorrea, relacionada con el culto a un antepasado regio, nos proporciona otra muestra de su importancia (véanse Finkelstein, 1966; Michalowski, 1983; Yuhong y Dalley, 1990).

Por ahora no es posible ofrecer una historia política coherente de este período.[1] Los archivos existentes nos permiten atisbar un sistema de centros de poder en constante cambio dentro de Mesopotamia. Así, por ejemplo, podemos observar que en la Baja Mesopotamia la hegemonía de la dinastía de Isin (la sucesora de Ur III) fue desafiada y derrotada por la ciudad de Larsa, que a su vez fue vencida por la política expansionista de Hammurabi de Babilonia. También podemos seguir la pista de la creación por parte de Shamshi-Adad I de un «imperio» extenso, aunque efímero, en la Alta Mesopotamia, que comprendía varias ciudades importantes, como Mari, Assur, Nínive y Shubat-Enlil (posiblemente, aunque no es seguro, Tell Leilan, en la cabecera del río Khabur) (Weiss, 1985 [0Gc]; 1985; *MARI*, 4 [1985]). Otras po-

Liber

tencias políticas importantes, cuyas historias siguen resultándonos por desgracia bastante oscuras, son Eshnunna, en el valle del Diyala, y Aleppo y Qatna, en el norte de Siria. De todas ellas, la historia del poderoso reino de Aleppo quizá sea una de las mejor ilustradas gracias a una documentación muy diversa. Pero ninguno de esos testimonios procede de la propia Aleppo, y de hecho a menudo sólo sirven para hacernos comprender la profundidad de nuestra ignorancia. Ebla (Tell Mardikh III A y B) nos ha proporcionado un material arqueológico muy rico (palacios, templos, una muralla bien fortificada, e hipogeos análogos a los descubiertos en Ugarit en una época ligeramente posterior), prueba de su resurgimiento como centro urbano importante. Pero es muy escasa la documentación textual procedente de Ebla para este período y sus relaciones políticas con las potencias más importantes siguen, por consiguiente, en la oscuridad. No obstante, el testimonio de una estatua real provista de una inscripción indica que también allí el poder estaba en manos de una dinastía amorrea (Matthiae, 1984; Weiss y Kohlmeyer en Weiss, 1985 [0Gc]).

1. La Baja Mesopotamia *c.* 2000-*c.* 1800

La Lista de Reyes Sumerios y la «correspondencia real de Ur» (véase *supra*, p. 91) demuestran que los menguados restos del estado de Ur III se mantuvieron unidos al mando de Ishbi-Erra, oficial de Ibbi-Sin, que se estableció en la ciudad fortificada de Isin. En el vigésimo segundo año de su reinado consiguió expulsar a la guarnición elamita de Ur y hacerse hasta cierto punto con el control del primitivo corazón del imperio. Pero ciudades como Eshnunna (en el valle del Diyala) y Der (al este del Tigris) continuaron siendo independientes, aunque sus príncipes no tardaron en reclamar el título de rey (Edzard, 1957). Assur y Elam (con Susa) se mantuvieron también firmes fuera del reino de Ishbi-Erra. No obstante, el nuevo soberano fue adoptando poco a poco parte de los títulos de Ur III, como el de «rey de los cuatro cuartos», y fue, al menos en algunos contextos, divinizado. De hecho poseemos bastantes testimonios de la continuidad de las tradiciones monárquicas y gubernamentales, pese a los notables cambios políticos producidos (Stone, 1987). La hija de Ibbi-Sin, por ejemplo, conservó su puesto de *ēntum* del dios de la luna en Ur hasta su muerte, siendo sucedida por la hija de Ishbi-Erra; en realidad, buena parte de los testimonios acerca de este cargo proceden de esta época (Weadock, 1975). Algunos de los himnos reales más grandiosos, en los que se desarrollan y elaboran los temas que aparecen en los del período Ur III (véase *supra*, pp. 88-90), fueron compuestos para los reyes de Isin (Römer, 1965). Los testimonios más completos acerca de la celebración del rito de las bodas sagradas, con la típica preeminencia que dan a la bendición divina del eventual ocupante del trono, datan también de este período (véase *supra*, p. 90). Ya en un ámbito muy distinto, resulta sorprendente la notable semejanza de las prácticas administrativas, aunque este tema no ha

empezado a recibir la atención de los estudiosos hasta hace poco (Van de Mierop, 1987). La estructura burocrática básica siguió siendo la misma y los funcionarios adoptaron, por ejemplo, nombres que llevan el de Ishbi-Erra como elemento teofórico. La base política y económica del poder de Ishbi-Erra (aunque muy menguado en comparación con el de Ur III) era fundamentalmente su dominio de ciudades tan importantes ideológicamente como Ur, Uruk y Nippur, y su control de las rutas que conducían a la costa del golfo Pérsico, circunstancia que le permitía aprovecharse plenamente del rico comercio con Arabia y la India (Oppenheim, 1954; Potts, 1990 [0Gf], I, capítulos 6 y 7).

Muchos elementos de las ceremonias y ritos reales, que constituyen un rasgo muy destacado de la dinastía de Isin, por lo menos hasta 1932, podemos interpretarlos como una imitación deliberada de los aires imperiales de Ur III por parte de los reyes de Isin, emulación que resultaba imprescindible si querían cimentar su posición como legítimos herederos de los príncipes de Ur III. La promulgación de códigos de leyes constituía otra actividad que podemos considerar un capítulo importante de la ideología monárquica, heredada por los reyes de Isin de los de Ur III. Sólo se nos han conservado fragmentos de copias de uno de esos códigos (Steele, 1948), pero bastan para demostrar que su forma era muy semejante a la del código de Ur. Originalmente estaba escrito en una estela, erigida tal vez en un templo, y presentaba al rey en su nuevo papel, ya habitual, de gobernante justo. Este tipo de normativas legales no constituían más que una parte de la enorme masa de disposiciones jurídicas y gubernamentales dictadas por el rey que no aparecerán con relativa claridad hasta dos o tres siglos después. Podemos demostrar que se trataba de una de las actividades regulares del rey en toda Mesopotamia, en algunas partes de Levante (norte de Siria) y Elam. Era frecuente que un monarca, en el momento de su ascensión al trono o poco después, afirmara públicamente su preocupación por la justicia social a través de un edicto. Su principal interés en esa ocasión se centraba en corregir los desequilibrios, en especial aquellos ocasionados por las deudas. Un minucioso estudio ha permitido reconstruir parcialmente cómo se desarrollaba todo el proceso (Kraus, 1984; Charpin, 1986, pp. 70 y ss.; Greengus, 1988): se encendían antorchas para avisar a la población de que iba a efectuarse la proclamación de un rey; se convocaba en la capital a los funcionarios locales para que recibieran instrucciones, y se repartían copias escritas de los decretos. Las tablillas que atestiguaban las obligaciones de los deudores para con sus acreedores eran reunidas y destruidas, quedando así cancelada la deuda. En los casos en los que las partes contratantes desearan que un determinado compromiso siguiera vigente, tenía que ser confirmado formalmente ante los servidores y jueces del rey (Kraus, 1958; Charpin, 1986, pp. 169-173). Algunos elementos de estos pronunciamientos reales aparecen también en los códigos de leyes. Ello indica que códigos y edictos formaban parte de una serie de decisiones jurídicas del rey, que eran reafirmadas (o quizá simplemente ratificadas) con ocasión de la ascensión al trono del

Liber

soberano y a veces incluso eran repetidas formalmente con posterioridad a lo largo de su reinado (Kraus, 1984).

La compilación definitiva de la Lista de Reyes Sumerios (véase *supra*, pp. 44-46) durante esta época desempeñó un papel trascendental a la hora de demostrar que el gobierno de la dinastía de Isin respondía a la voluntad de los dioses, según la cual las dinastías debían ir ascendiendo y cayendo sucesivamente, y que sus titulares eran buenos herederos de los reyes de Ur III. La lista presentaba a los príncipes de Isin como parte integrante de un panorama caleidoscópico de poderes reales desde el comienzo de los tiempos: reyes famosos, como Sargón de Agade o Shulgi de Ur, formaban parte de esta lotería divina, que ahora les tocaba a los soberanos de Isin (Michalowski, 1983). La reconstrucción de los templos destruidos por los elamitas y sus aliados de Shimashki (véase *supra*, pp. 91-92) constituye un elemento importante que ilustraría la armonía divina alcanzada en tiempos de los reyes de Isin: las dos famosas lamentaciones por la ruina de Ur fueron compuestas poco después de su caída y conmemoraban la restauración de sus edificios sagrados más famosos (Kramer, 1940; Michalowski, 1989). Estos lamentos «históricos», al igual que otros similares, describen la destrucción y el colapso de la vida civilizada a raíz de una decisión divina que desencadenaba invasiones hostiles, y permitía que los ejércitos enemigos vencieran y provocaran el abandono de la ciudad por su divinidad patrona. Por consiguiente, la restauración de una ciudad arrasada por orden divina sólo podía llevarse a cabo tras obtener permiso de los propios dioses para ser reconstruida; la divina concesión de ese permiso a un determinado rey venía a confirmar que gozaba del favor especial de los dioses. El «*Lamento de Nippur*», que conmemora la reconstrucción de la ciudad por Ishme-Dagan, rey de Isin (1953-1935), ilustra perfectamente este importante aspecto:

> Él (Enlil) escuchó su súplica y lo miró con benevolencia.
> Las palabras de Ishme-Dagan (rey de Isin) fueron de su agrado.
> Su humildad y sometimiento lo conmovieron.
>
> (Vanstiphout, 1983, p. 336.)

El orgullo que sentían los reyes de Isin ante esta prueba evidente de bendición divina sería subrayado, a partir del reinado de Ishme-Dagan (1953-1935), por la introducción de toda una nueva serie de títulos. A partir de este momento los reyes son calificados de «los que se cuidan de Ur, Nippur, Eridu, Uruk e Isin», las principales ciudades con importancia ideológica que ellos habían reconstruido. Los arqueólogos han descubierto algunos edificios en Isin, entre ellos el templo de Gula, diosa de las curaciones y patrona de la ciudad. Sin embargo, todavía deben clarificarse las secuencias cronológicas para que podamos hacernos una idea completa de lo que era la ciudad en esta época; a medida que vayan progresando las excavaciones alemanas que se están realizando en ella, lo conseguiremos (*RLA*, 5, pp. 189-192; Hrouda, 1977-1987).

Liber

CUADRO 5. *Cronología de la Baja Mesopotamia* c. *2000-1750*

Isin	Larsa	Babilonia
Ishbi-Erra	[Naplanum 2025]	
(2017-1985)	[Emisum 2004]	
Shu-ilishu		
(1984-1975)	[Samium 1976]	
Iddin-Dagan		
(1974-1954)		
Ishme-Dagan	[Zabaya 1941]	
(1953-1935)		
Lipit-Ishtar	Gungunum 1932-1906	
(1934-1924)		
Ur-Ninurta		
(1923-1896)	Abisare 1905	
Bur-Sin		
(1895-1874)	Sumu-el 1894	Sumuabum (1894-1881)
Lipit Enlil		
(1873-1869)		Sumulael (1880-1845)
Erra-imitti		
(1868-1861)	Nur-Adad 1865	
Enlil-bani*		
(1860-1837)	Sin-iddinam 1849	Sabium (1844-1831)
	Sin-eribam 1842	
	Sin-iqisham 1840	
Zambiya		
(1836-1834)	Silli-Adad 1835	
Iter-pisha		
(1833-1831)	Warad-Sin 1834	
Ur-dukuga		
(1830-1828)		Apil-Sin (1830-1813)
Sin-magir		
(1827-1817)	Rim-Sin I 1822-1763	
Damiq-ilishu		
(1816-1794)		Sin-muballit (1812-1793)
		Hammurabi (1790-1750)

* Contemporáneo de Sinkashid de Uruk.

NOTA: Esta es la «cronología media» convencional utilizada, por ejemplo, en la *CASH*; según la «cronología baja» habría que *rebajar 64 años* todas las fechas, de suerte que la datación de Hammurabi sería 1728-1686; véase la Introducción, pp. 27-28.

A pesar de su complicada ideología, la fragilidad intrínseca del poder de los reyes de Isin se ve subrayada por la aparición de una dinastía rival en Larsa, a unos 100 km más al sur (1932; véase el cuadro 5). Se trataba de una dinastía amorrea, como ponen de manifiesto los nombres de sus reyes y el empleo ocasional de un título que indica su filiación tribal (véase *supra*, p. 95).

Liber

Gungunum (el primer príncipe de la dinastía independiente de Larsa, 1932-1906) y su padre habían sido, casi con toda seguridad, gobernadores de la provincia de Lagash (de la que formaba parte Larsa) a las órdenes de los reyes de Isin, circunstancia que demuestra el nivel de integración alcanzado por muchos amorreos dentro de la estructura política. La ruptura de Larsa con el reino de Isin vino marcada por la conquista de Ur por parte de Gungunum, hecho importante no sólo desde el punto de vista ideológico, sino sobre todo porque la ciudad era el principal puerto del lucrativo comercio con el Golfo; su pérdida arrebató a los reyes de Isin una importante fuente de ingresos.

Los motivos que se ocultan tras la secesión de Larsa son completamente oscuros. Un interesante grupo de textos (Walters, 1970) indican que un factor (probablemente uno entre muchos) fuera la insuficiente atención prestada por los reyes de Isin a los sistemas de regadío de los campos situados más allá de su entorno inmediato. No está claro si este descuido se debió o no a la menor escala de la economía y de la mano de obra estatales; pero parece seguro que las disputas originadas por el agua constituyeron durante bastante tiempo (casi sesenta años) un factor recurrente que determinó el curso de los acontecimientos políticos de la Baja Mesopotamia. La disputa concluyó cuando los reyes Abisare (1905-1895) y Sumu-el (1894-1866) de Larsa efectuaron un movimiento de pinza en torno a Isin, privándole casi por completo de agua al desviar los canales hacia el sur, la región de Larsa. El impacto de este hecho sobre la economía de Isin, junto con la pérdida de Ur, el comercio con el Golfo relacionado con esta ciudad, y la definitiva pérdida del control sobre Nippur, fue, al parecer, tremendo, e Isin empezó a decaer rápidamente. Podemos ver ciertos indicios de la catástrofe política que sufrió Isin en la crisis dinástica culminada en la subida al trono de un usurpador (Enlil-bani 1860-1837), que puso fin a la sólida sucesión padre-hijo vigente hasta entonces. Aunque los reyes siguieron gobernando en Isin, su verdadero poder político se redujo enormemente. Pero en el terreno ideológico sus pretensiones de ser los legítimos soberanos de la región debieron de seguir teniendo cierta fuerza: la ciudad de Isin no fue conquistada e integrada en el reino de Larsa hasta la época del último rey de esta dinastía, Rim-Sin (1822-1763); y tan importante fue el acontecimiento, que los treinta y un años restantes del reinado de Rim-Sin recibieron su nombre a partir de este hecho:

> (Año 30 de Rim-Sin): «Con la excelsa arma de Anu, Enlil y Enki, el verdadero pastor, Rim-Sin, conquistó la ciudad real de Isin y a todos sus habitantes, cuantos había en ella; hizo que todos sus habitantes conservaran la vida, e hizo su nombre famoso por todos los tiempos».
>
> (Año 31): «Al año siguiente (a aquel en que) con la excelsa arma de Anu, Enlil y Enki, etc.».
>
> (Año 32): «Un año después del año siguiente... etc.».
>
> (Año 33): «Al cuarto año después de que...».
>
> (Y así hasta el 60.º año del reinado de Rim-Sin)
>
> (*RLA*, 2, s.v. «Datenlisten», pp. 152-153 y 163-164.)

La dinastía de Larsa no se vio libre ni mucho menos de desafíos políticos, como demuestra un insólito texto compuesto por un rey de la ciudad de época posterior, Sin-iddinam (1849-1843). Según este testimonio, el territorio de Larsa fue invadido por los enemigos a finales del reinado de Sumu-el (1866) (el responsable de la construcción de una presa y del desvío de las aguas de Isin [véase *supra*, p. 100]). La invasión amenazaba al país con perecer víctima del hambre, de modo que, presa de la desesperación, la población se sublevó contra el rey de Larsa y se pasó al enemigo. En ese momento, cuando todo parecía perdido, Utu (dios sumerio del sol, patrono de Larsa) eligió a un hombre para que corrigiera la situación y nombró a Nur-Adad, padre de Sin-iddinam (1865-1850), al cual enseñó la forma de restaurar el orden en el reino de Larsa (Van Dijk, 1965). Se trata de un cuento instructivo, compuesto a todas luces con el fin de reafirmar la posesión del trono por parte de un rey que no tenía ningún derecho genealógico sobre el mismo, y constituye la única pista —por lo demás bastante resbaladiza— que tenemos para entender los problemas políticos a los que hubo de hacer frente Larsa en su intento de erigirse en estado secesionista independiente. Da la sensación de que Nur-Adad y Sin-iddinam lograron dar mayor solidez al nuevo reino: Nur-Adad construyó un palacio impresionante en la propia Larsa (*RLA*, 6, pp. 500-503; Margueron, 1982). El reciente descubrimiento de Mashkan-Shapir (cerca de Abu Duwari, véase *supra*, p. 23; Stone y Zimansky, 1992), segunda capital del reino, demuestra que Larsa controlaba territorios a orillas del Tigris e incluso más hacia el este. Sin-iddinam levantó una muralla en torno a esta importante ciudad, que estaba cruzada por cuatro canales y albergaba un palacio.

Pues bien, aunque Larsa se convirtió en una potencia con la que era preciso contar, parece que nunca logró ser un estado grande y bien integrado. Un texto de época posterior procedente de Mari califica al gran Rim-Sin de Larsa (1822-1763)[2] de rey de la ciudad y jefe de una coalición de diez o quince ciudades más (véase *infra*, p. 122). Ello supone la existencia de una fragmentación política considerable en la región, en virtud de la cual los estados más pequeños eran atraídos a la órbita de los más poderosos. Los disturbios atestiguados en Larsa a mediados del siglo XIX probablemente no fueran un caso aislado. Aproximadamente por esa misma época, Uruk se independizó bajo el poder de Sinkashid, «rey de Uruk, rey de Amnanum (tribu amorrea)». El nuevo príncipe de Uruk estableció una dinastía y emparentó con los nuevos reyes de Babilonia (también amorreos), jactándose de poseer el título de rey con pleno derecho. También por esta época Eshnunna, en el valle del Diyala, extendió su poder, hasta el punto de ejercer un breve dominio sobre Assur hacia 1830. A finales del siglo XIX el gran estado centralizado de Ur III vivía únicamente como un recuerdo remoto del pasado.

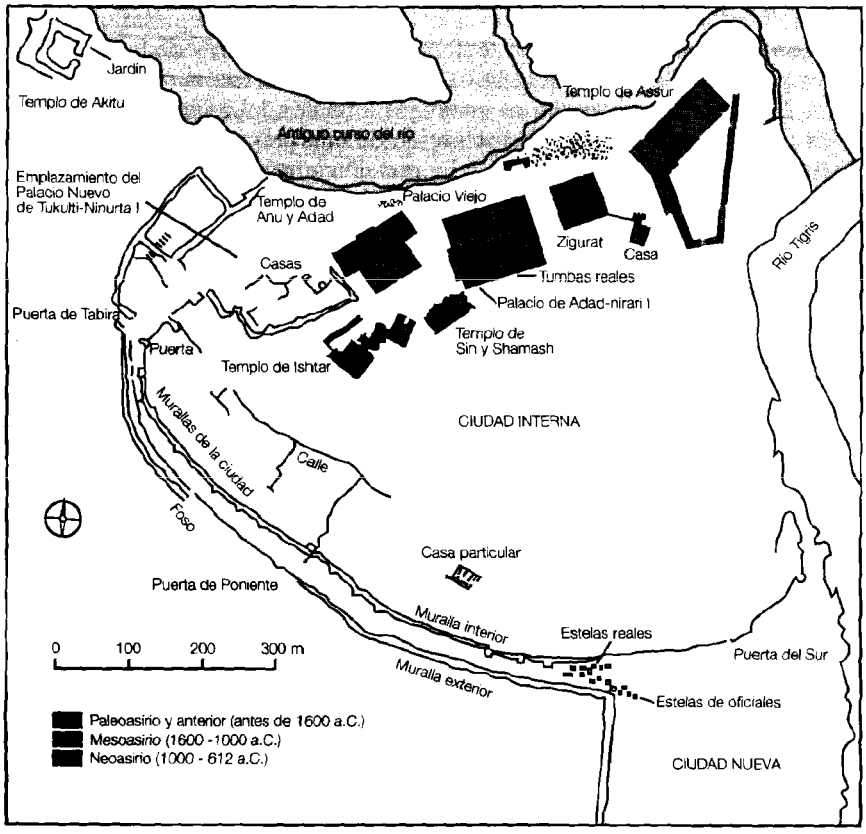


FIGURA 8. Plano de Assur (según Roaf, 1990 [OA]).

2. ASSUR DURANTE EL PERÍODO PALEOASIRIO (*c.* 2000-*c.* 1800)

Emplazamiento y nombre

Assur se encuentra situada a unos 100 km al sur de Mosul, en la margen izquierda del Tigris, y ocupa el extremo norte de Jebel Hamrin. En su parte septentrional y oriental, el lugar estaba bañado originalmente por las aguas del Tigris, al este por las del río propiamente dicho y al norte por un canal (véase la figura 8). Assur se encuentra situada en el extremo de la zona lluviosa, lo que significa que la agricultura de la región no depende por completo del regadío; se encuentra además en una posición ventajosa para aprovechar las importantes rutas de las caravanas que iban de norte a sur y de este a oeste. El sultán otomano regaló el yacimiento al emperador de Alemania,

Liber

CUADRO 6. *Cronología de los reyes paleoasirios*

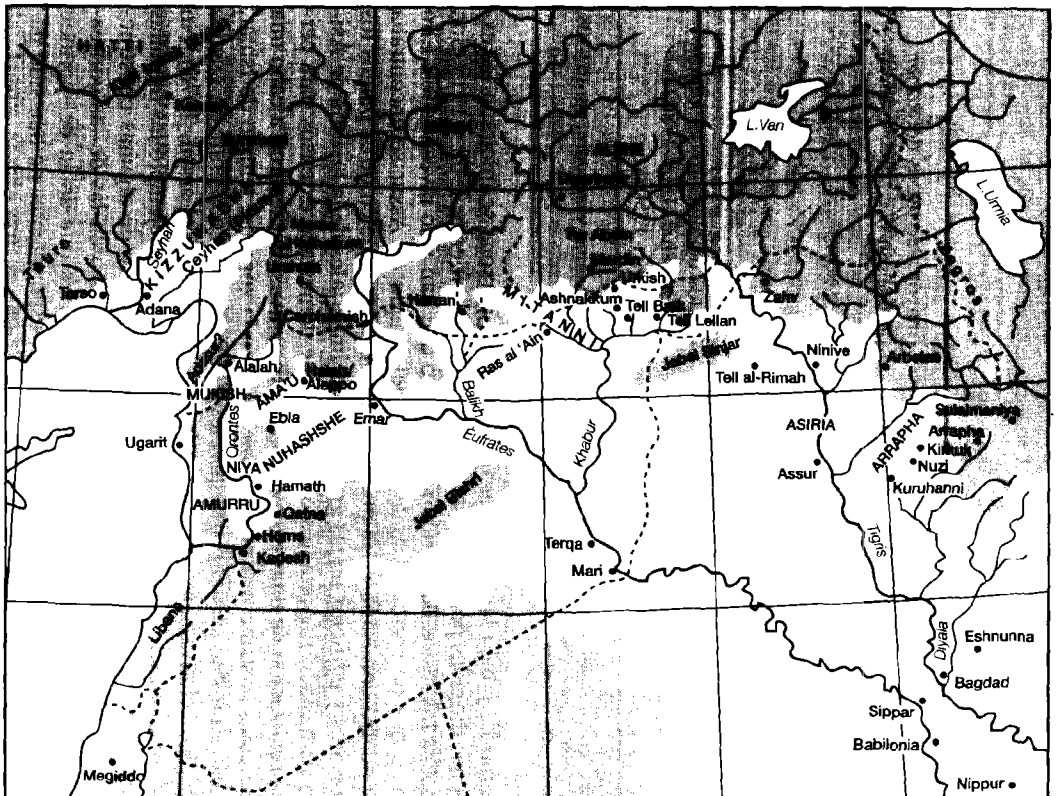
	27 [Sulili	
	28 Kikkiya	(no atestiguados en las
c. 2015-*c.* 1939	29 Akiya]	inscripciones)
	30 Puzur-Ashur I	
	31 Shallim-Ahhe	
	32 Ilushuma	
1939-1900	33 Erishum I	
	34 Ikunum	(mayoría de textos del *kārum*
	35 Sargón I	de Kanesh II *c.* 1900-*c.*1830)
	36 Puzur-Ashur II	
1900-1814	37 Naram-Sin	
	(4 años de reinado)	
	38 Erishum II	
	(¿1 año de reinado?)	
1813-1781	39 Shamshi-Adad I	(textos del nivel Ib del *kārum* de Kanesh *c.* 1800-1780? o *c.* 1820-*c.* 1750?)

NOTA: Los números arábigos se refieren a la Lista de Reyes Asirios, véase *infra*, pp. 107-108.

Guillermo II, y bajo los auspicios de su augusta persona se iniciaron las excavaciones dirigidas por la Deutsche Orientgesellschaft entre 1903 y 1913. Son muy pocos los restos del período paleoasirio que han sido investigados. Ello se debe a que un sector bastante amplio del templo de Assur se encontraba debajo de una comisaría de la policía turca, mientras que en otros puntos los monumentos y edificios de las grandes fases imperiales de la historia de Asiria son demasiado importantes o simplemente demasiado extensos para permitir la realización de unas excavaciones exhaustivas. Se llevaron a cabo una serie de catas bastante profundas sobre todo en la zona del templo de Ishtar, que mostraron una secuencia de niveles que permite reconstruir un cuadro cronológico relativamente coherente (véase el cuadro 6; Larsen, 1976). No siempre resulta fácil atribuir otras estructuras, como por ejemplo las murallas de la ciudad, a un período en concreto. El testimonio de algunas construcciones se basa en las inscripciones de los ladrillos o en las de las edificaciones regias. Se han encontrado casas particulares que datan del período paleoasirio, pero por desgracia los estudios correspondientes no han sido publicados en su integridad (véase, en general, Andrae, 1938).

El nombre de Assur constituye otro problema (véase Lambert en Wiseman, 1973 [0A]), pues el nombre del principal dios de la ciudad y el de la ciudad misma son idénticos. El nombre de la ciudad, Assur, aparece ya en textos del período de Agade (pero no en los de Ebla, véase Geller, *RA*, 77 [1983]), pero como nombre divino no hace su aparición hasta la fase Ur III.

Liber



MAPA 4. La Alta Mesopotamia y el norte de Siria.

Liber

Los especialistas han sostenido, por tanto, la tesis de que lo primitivo era el topónimo y que el nombre del dios derivaría de él, esto es, se trataría de una encarnación divina de la ciudad. En épocas muy posteriores el nombre de la ciudad se escribía a veces BAL.TIL, que, según J. y H. Lewy, sería el nombre original del lugar y demostraría que en realidad era hurrita (*CAH*, I, capítulo 25); pero en la actualidad casi todo el mundo reconoce que la forma BAL.TIL no es más que un arcaísmo erudito de los escribas. El nombre de lo que luego sería el país llamado Asiria deriva de la ciudad de Assur; pero durante el período paleoasirio y anteriormente el estado de Assur estaba formado sólo por la ciudad y su entorno más inmediato. Ésta ocupó siempre un lugar especial dentro de Asiria hasta su destrucción en 614, incluso cuando otras poblaciones asirias se convirtieron en centros políticos importantes, por ser el núcleo original del país y el corazón del culto de Assur. Su territorio sería denominado siempre simplemente «el país» (*mātum*) en épocas posteriores.

Fuentes de la historia de Assur

Las principales fuentes contemporáneas de la historia de la ciudad son las inscripciones reales de los edificios de Assur que, salvo raras excepciones, son breves y se limitan a dar cuenta de las reparaciones y obras de embellecimiento de los principales monumentos. Están escritas en paleoasirio, dialecto del acadio (bastante distinto del paleobabilónico) y dan al rey un título muy sencillo: *«išš'iak (dingir) Aššur»* = «vicegerente (o gobernador) del dios Assur». Un ejemplo típico es el siguiente texto de Erishum I (1939-1900), descubierto en los ladrillos y en la escalera del templo de Assur:

> Erishum, vicegerente del dios Assur, hijo de Ilushuma, vicegerente del dios Assur, edificó toda la zona del templo del dios Assur y la Puerta del Paso, el patio, (y) la capilla del dios Assur para el dios Assur, su señor, por su vida propia y la vida de su ciudad (B. Meissner, *Die Inschriften der altassyrischen Könige*, 1926, V, 8a-e; Grayson, 1972, XXXIII, n.º 8; Grayson, 1987, A.0.33.4).

Los textos reales de esta época se ven complementados por las inscripciones de otros monarcas asirios muy posteriores (de los períodos medio y neoasirio; véanse los capítulos 7, apartado 2, y 9), que aluden a las edificaciones realizadas por reyes anteriores. Un aspecto importante —aunque problemático— de estos textos es que datan esas obras primitivas en relación con los reyes de época posterior, circunstancia que nos suministra una información cronológica potencialmente valiosa (denominada técnicamente «Distanzangaben»; Na'aman, 1984 [0O]). He aquí, por ejemplo, cómo el rey medioasirio Tiglath-pileser I (1114-1076) recuerda las obras realizadas por sus predecesores:

> En esa época el templo de los dioses An y Adad, los grandes dioses, mis señores, que Shamshi-Adad, vicegerente de Assur, hijo de Ishme-Dagan, también vicegerente del dios Assur, había construido en otro tiempo —*habían* pasado 641 años— se había desmoronado, y Ashur-dan, rey de Asiria, hijo de Ninurta-apil-Ekur, también rey de Asiria, había derribado el templo y no (lo) había reconstruido, y durante 60 años nadie había vuelto a echar sus cimientos (L.W. King, *Annals of the Kings of Assyria*, 1 [1902], cyl. A, VII, 60-70; Grayson, 1976, LXXXVII, 1 [§ 54]; Grayson, 1987, A.0.87.1).

El único rey (anterior a la dinastía XIV) que se aparta de la tradición de la titulación más simple y del empleo del dialecto asirio en las inscripciones es Shamshi-Adad I (1813-1781). Introdujo el uso de epítetos reales larguísimos y complejos, basados en modelos de la Baja Mesopotamia, y al mismo tiempo inauguró el empleo del dialecto paleobabilónico en sus inscripciones (Grayson, 1971).

La situación política, económica y social de Assur la conocemos sobre todo por los numerosos textos en paleoasirio procedentes de los establecimientos comerciales asirios de Kanesh, cerca de Kayseri, en la Anatolia central, que datan de *c.* 1900-1830 (*kārum* de Kanesh II: Özgüç, 1963; *RLA*, 5, pp. 378-382; véase el capítulo 2, apartado 3). El único edicto real conservado en su integridad procede precisamente de allí; quizá fuera leído en público con ocasión de alguna ceremonia de juramento formal (Landsberger y Balkan, 1950; Kraus, 1984). El texto resulta bastante oscuro en algunos pasajes, pero refleja el papel del rey de Assur como paladín de la justicia:

> (El dios) Assur (es) rey. Erishum (es) vicegerente. Assur (es cual) los pantanos cubiertos de juncos que no pueden atravesarse, cual las comarcas que no pueden ser holladas, cual los canales que no pueden ser cruzados.
>
> El que habla demasiado (es decir, el que dice mentiras) en la Puerta del Paso, el demonio de las ruinas se apoderará de su boca y de sus cuartos traseros; aplastará su cabeza como un cántaro hecho añicos; caerá como un junco roto y el agua manará de su boca. El que dice mentiras en la Puerta del Paso, su casa se convertirá en casa de la ruina. El que se levanta para dar falso testimonio, que los [Siete] Jueces que dictan sentencia en [la Puerta del Paso dicten una] sentencia [falsa contra él; que Assur], Adad y Bel, [mi dios, arranquen su semilla]; un lugar [...] que no le den.
>
> [El que...] ... me obedece, [cuando va] a la Puerta del Paso, [que] el ministro del palacio [le asista]; [que envíe] a los testigos y al demandante (al tribunal); [que] los jueces [se sienten en el tribunal] y dicten una sentencia apropiada [en Ass]ur (Landsberger y Balkan, 1950; Grayson, 1972, XXXIII, 9 [§§ 74-76]; Grayson, 1987, A.0.33.1).

Otros testimonios del comercio asirio y de la situación reinante durante la época de Shamshi-Adad I (1813-1781) proceden de los archivos de Mari (véase el capítulo 2, apartado 4), de las tablillas de Shemshara (Laessøe, 1959 y 1965; Eidem, 1985 y 1992), de los textos de Rimah (Dalley *et al.*, 1976), y últimamente de los materiales descubiertos en Tell Leilan (Weiss, 1985), ciu-

dades todas que formaban parte del gran reino creado por Shamshi-Adad I.

El testimonio más importante —y también el más complicado— de esta época es la Lista de Reyes Asirios, de la cual existen varias copias de comienzos del primer milenio. La parte del texto relevante para esta época es el comienzo:

1) Tudiya; 2) Adamu; 3) Yangi; 4) Kitlamu; 5) Harharu; 6) Mandaru; 7) Imsu; 8) Harsu; 9) Didanu; 10) Hanu; 11) Zuabu; 12) Nuabu; 13) Abazu; 14) Belu; 15) Azarah; 16) Ushpia; 17) Apiashal.

(Probablemente deban descartarse los doce primeros nombres, pues aparecen también en la genealogía de Hammurabi; véase Finkelstein, 1966.)

Total: 17 reyes «que habitaban en tiendas».

26) Aminu, hijo de Ilu-kabkabi; 25) Ilu-kabkabi, hijo de Yazkur-ilu; 24) Yazkur-ilu, hijo de Yakmeni; 23) Yakmeni, hijo de Yakmesi; 22) Yakmesi, hijo de Ilu-Mer; 21) Ilu-Mer, hijo de Hayani; 20) Hayani, hijo de Samanu; 19) Samanu, hijo de Hale; 18) Hale, hijo de Apiashal; 17) Apiashal, hijo de Ushpia (= *supra*, n.° 16).

Total: 10 reyes «que eran sus antepasados».

(La lista de reyes va hacia atrás hasta este punto; de hecho estos personajes son los antepasados de Shamshi-Adad I. Parece que la intención era establecer los lazos que unían a su padre [n.° 25 = Ilu-kabkabi] y a su hermano [n.° 26 = Aminu] con Apiashal [= n.° 17], hijo de Ushpia [véase Landsberger, 1954].)

27) Sulili, hijo de Aminu; 28) Kikkiya; 29) Akiya; 30) Puzur-Ashur (I); 31) Shallim-Ahhe; 32) Ilushuma.

Total: 6 reyes «cuyos epónimos (*limmu*; véase *infra*, p. 111) han sido destruidos».

33) Erishum (I), hijo de Ilushuma, cuyo [...]; reinó durante 40 años.

34) Ikunum, hijo de Erishum; reinó durante [*x* años].

35) Sargón (I), hijo de Ikunum; reinó durante [*x* años].

36) Puzur-Ashur (II), hijo de Sargón; reinó durante [*x*] años.

37) Naram-Sin, hijo de Puzur-Ashur; reinó durante [*x*] años.

38) Erishum (II), hijo de Naram-Sin; reinó durante [*x*] años.

(Para los n.os 33-38, véase *supra*, cuadro 6.)

39) Shamshi-Adad (I), hijo de Ilu-kabkabi. En tiempos de Naram-Sin fue a Kar-Duniash (es decir, Babilonia, en la parte norte). Siendo epónimo Ibni-Adad, Shamshi-Adad volvió de Kar-Duniash. Se apoderó de la ciudad de Ekallate (cerca de Assur). Permaneció en Ekallate por espacio de tres años. Siendo epónimo Atamar-Ishtar, volvió de Ekallate. Derrocó a Erishum (= n.° 38), hijo de Naram-Sin (= n.° 37). Se apoderó del trono. Reinó durante treinta y tres años.

(N. B.: Los números han sido añadidos por conveniencia; véase *supra*, cuadro 6; I. J. Gelb, *JNES*, 13 [1954], pp. 209 y ss.; *ANET*, pp. 564-566; Larsen, 1976, pp. 34-40; *RLA*, 6, pp. 101-115; Landsberger, 1954.)

Liber

Evidentemente la lista ha sido manipulada en una medida considerable con el fin de hacer encajar a Shamshi-Adad I —que en realidad era un conquistador amorreo y no tenía nada que ver con Assur— en una lista de reyes naturales del país (para un análisis más completo, véase Larsen, 1976). La cronología de los reyes asirios desde más o menos el año 2000 hasta Shamshi-Adad (o, más exactamente, Shamshi-Addu) que podemos establecer de forma aproximada aparece en el cuadro 6.

¿Cuáles son las principales características de la historia de Assur durante este período que podemos deducir de estos materiales? En primer lugar, que consiguió su independencia poco después de *c.* 2000 y que fue gobernada por príncipes locales. En segundo lugar, que hacia 1900 había desarrollado ya una red comercial importante, como demuestran los testimonios de los mercaderes asirios establecidos en la Anatolia central entre *c.* 1900 y *c.* 1830. Y en tercer lugar, que el caudillo amorreo Shamshi-Adad I (1813-1781) conquistó Assur a finales del siglo XIX.

La entrada de Assur en la escena internacional

Las posibilidades de reconstruir más detalladamente la historia de la ciudad de Assur a partir de los materiales analizados más arriba son muy escasas. Especialmente enigmática es la cuestión de cómo llegó Assur a desempeñar el papel de protagonista en la red de relaciones comerciales con países lejanos. Los textos del rey Ilushuma y su hijo, Erishum I (1939-1900), nos ofrecen una pista de cómo logró ocupar esa posición. El más largo (el de Ilushuma) se conserva en numerosas copias sobre ladrillo (además de un fragmento en piedra), y reza así:

> Ilushuma, vicegerente de Assur, amado por el dios Assur y la diosa Ishtar, hijo de Shallim-ahhe, vicegerente de Assur, hijo de Puzur-Ashur, vicegerente de Assur:
>
> Ilushuma, vicegerente de Assur, construyó el templo para la diosa Ishtar, su señora, por su vida. Una nueva muralla ... construí y la subdividí para las manzanas de casas de mi ciudad. El dios Assur abrió para mí dos manantiales en el monte Ebih y fabriqué ladrillos para la muralla junto a los dos manantiales. El agua de un manantial bajaba hasta la Puerta de Aushum, el agua del otro manantial bajaba hasta la Puerta de Wertum.
>
> La «libertad» (*addurāru*) de los acadios y sus hijos instauré. «Purifiqué» su cobre. Instauré su «libertad» desde los confines de los pantanos y Ur y Nippur, Awal y Kismar, Der del dios Ishtaran, hasta la Ciudad (es decir, Assur) (B. Meissner, *Die Inschriften der altassyrischen Könige*, 1926, IV, 2; Grayson, 1972, XXXII, 2 [$$ 40-42]; Grayson, 1987, A.0.32.2).

En contra de otra tesis más vieja, según la cual este pasaje se referiría a una campaña de conquistas de Ilushuma en el sur (*CAH*, I, capítulo 25), Larsen (1976) ha postulado de modo bastante convincente que el texto refleja el

intento de Ilushuma de atraer a los mercaderes de la Baja Mesopotamia hacia el mercado de Assur a cambio de otorgarles ciertos privilegios. Assur había logrado ocupar una posición de dominio en el comercio de estaño con el este, y por lo tanto servía de centro de distribución, al que podían acudir los mercaderes de la Baja Mesopotamia a comprar estaño y probablemente también a vender parte de su cobre (originario principalmente de la zona del Golfo). Según el decreto de Ilushuma, prefirieron hacerlo así, toda vez que ahora podían hacer mejor negocio en Assur que en otros lugares. Se ha dicho que las ciudades mencionadas en el texto quizá sean una alusión a las tres principales rutas de las caravanas procedentes del sur: una iba desde Ur (punto de entrada del cobre procedente del Golfo) a Nippur, desde donde subía hasta Assur; la segunda quizá fuera bordeando el Tigris; y la tercera iba desde Elam a Der, al este del Tigris, y desde allí, cruzando el río, hasta Assur. Si aceptamos esta propuesta y a ella le añadimos la frase de Erishum, hijo y sucesor de Ilushuma (1939-1900), cuando dice que «convirtió en artículos libres de impuestos la plata, el oro, el cobre, el estaño, la cebada, la lana...» (Grayson, 1972, § 62), podemos apreciar que los reyes asirios introdujeron deliberadamente una política tendente a aprovechar al máximo las ventajas de su posición crucial en las actividades comerciales.

En resumen, aunque las fuentes son muy escasas, parece que Assur fue desarrollándose hasta convertirse en una ciudad-estado importante poco después del año 2000; contaba con importantes santuarios; estaba protegida por una muralla y bien abastecida de agua; y estuvo gobernada por una dinastía de reyes locales desde Puzur-Ashur I (poco antes de 1939) hasta *c.* 1830. Assur se hizo con el control de una floreciente red comercial en la Anatolia central entre *c.* 1900 y 1830, gestionada por una serie de centros mercantiles asirios basados en los lazos familiares (véase el capítulo 2, apartado 3). La importancia de Assur en este comercio probablemente se debiera a su estratégica posición en el cruce de las vías de comunicación, que sus reyes aprovecharon astutamente ofreciendo ciertas ventajas a sus socios comerciales, especialmente a los de la Baja Mesopotamia (véase Leemans, 1968). Las colonias de Assur en Anatolia contribuyeron a extender el mercado asirio y a estimular la economía del país.

La ventajosa posición que había alcanzado Assur y que se consolidó entre 1939 y 1830, hizo que se convirtiera en el blanco de Shamshi-Adad I (1813-1781, véanse pp. 108 y 110), originario de la región situada al oeste de Assur. La historia de sus ambiciones y de su victoriosa expansión puede reconstruirse en parte a partir de los archivos de Mari y de la Lista de Reyes Asirios (véase *supra*, p. 107). Según estos testimonios, se apoderó del trono de su hermano en su país, y luego atacó la zona situada alrededor de Babilonia y Sippar; por último se dirigió al norte para tomar Ekallate (probablemente al norte de Assur) y la propia Assur, donde derrocó al rey local. Conquistó también otros lugares, como por ejemplo Mari, en una fecha indeterminada; es posible que no se apoderara de esta última ciudad hasta mediados de su largo reinado (Veenhof, 1985, especialmente el *addendum*, p. 207). Al final

Liber

el reino de Shamshi-Adad I incluía la zona de la cabecera del Khabur, emplazamiento de una de sus capitales, Shubat-Enlil; las recientes excavaciones del yacimiento de Tell Leilan (probablemente la propia Shubat-Enlil) han puesto de manifiesto el aspecto que debía de tener una ciudad rica de esta época en esta zona (Weiss, 1985). Desde allí su reino se extendía por el sur hasta incluir las localidades de Terqa y Mari, a orillas del Éufrates, y luego, cruzando la llanura hacia el este, hasta Ekallate y la por entonces ya gran ciudad de Assur. Comprendía además el pequeño, aunque próspero, estado de Karana (incluida la ciudad de Tell Rimah), en el Jebel Sinjar, la gran ciudad de Nínive, situada más al norte que Assur, y algunas zonas de los Zagros por el este, como por ejemplo Shemshara (cerca de Rowanduz) y Tukrish, en el norte de Elam. El reinado de Shamshi-Adad I duró treinta y tres años. Durante este tiempo logró mantener unido todo este territorio estableciendo a sus hijos como reyes dependientes en Mari (gobernada por el menor, Yasmah-Addu) y en Ekallate (gobernada por su heredero, Ishme-Dagan); otros centros menores, como Karana, permanecieron al mando de sus reyes autóctonos, ahora sometidos a Shamshi-Adad, mientras que Assur, Nínive y Shubat-Enlil quedaron directamente en poder del propio Shamshi-Adad.

La ciudad-estado de Assur

¿Es posible definir mejor alguna de las instituciones de la ciudad de Assur? El material suministrado por los centros comerciales paleoasirios de Kanesh (la actual Kültepe, véase el capítulo 2, apartado 3) nos ofrece algunos atisbos. El rey llevaba simplemente el título de «vicegerente del dios Assur» (p. 105), que probablemente alude al papel desempeñado por él en su culto, en el que se suponía que actuaba en nombre de la divinidad, como demuestra la frase atestiguada en varias inscripciones (p. 106), «el dios Assur es rey, X es su vicegerente». El título es utilizado únicamente en las inscripciones reales solemnes, lo cual demuestra su carácter puramente ceremonial. El uso en los documentos cotidianos es muy distinto: en ellos el soberano recibe sencillamente el nombre de *rubā'um* o *bēlum*, que significan respectivamente 'príncipe' y 'señor'.[3] Al parecer, estos términos definen su posición dentro de la comunidad como cabeza de la familia real, y por lo tanto como individuo que ocupa una posición de preeminencia con respecto a otras familias. No describen al rey como a un monarca autocrático. La conquista de Assur por Shamshi-Adad I cambió radicalmente esta situación: ahora en las inscripciones el rey de Assur recibe el nombre de *šarrum* ('rey'), como en el sur, y adopta largos epítetos laudatorios, lo cual es una muestra de la profunda dislocación interna que sufrió Assur antes de que Shamshi-Adad se apoderara del trono.

Los documentos del período paleoasirio nos revelan asimismo el funcionamiento en Assur de 'la Ciudad' (*ālum*), término con el que, al parecer, se designaba a una especie de asamblea de ciudadanos, probablemente consti-

Libel

tuida por los jefes de las grandes familias de mercaderes establecidas en ella (Larsen, 1976). Según parece, todas las grandes cuestiones políticas estaban en manos de «la Ciudad»: era la ciudad la que tomaba decisiones vinculantes para el conjunto de la comunidad (*awat ālim* = 'palabra/orden del pueblo'), y aprobaba las resoluciones jurídicas (*dīn ālim* = 'juicio de la ciudad'). Controlaba las relaciones diplomáticas con los principados anatólicos en cuyos territorios —o en la cercanía de los cuales— se hallaban situadas las colonias mercantiles asirias. A través del heraldo de la ciudad (*šipru ša ālim*), ponía en vigor la política comercial colectiva; probablemente fijaba los impuestos a las exportaciones cobrados a todas las caravanas de carácter comercial, en cuyas mercancías se ponía el sello de la ciudad. Es posible, aunque no seguro, que este organismo tan importante se reuniera en un edificio que recibía específicamente el título de «casa de la ciudad» (*bīt ālim*). Otra institución política extraordinariamente importante (en realidad para toda la historia de Asiria) era el *limmum*. Era este el título de un funcionario, elegido anualmente por sorteo, que determinaba el nombre del año y en esta época, según parece, el cargo no recayó nunca en el rey (en contraste con los períodos siguientes, medio y neoasirio, véanse los capítulos 7, apartado 2, y 9). Las personas que podían ser nombradas *limmu* probablemente pertenecían a un grupo selecto, constituido acaso por los jefes de las grandes familias de Assur. Es posible que el presidente de la asamblea de la ciudad fuera el *limmum* de cada año; por consiguiente, el cargo habría ido rotando anualmente entre un pequeño grupo de ciudadanos poderosos que de hecho hacían de contrapeso al poder del rey (Larsen, 1976). La imagen que obtenemos de la comunidad de Assur (antes de Shamshi-Adad) a partir de estos testimonios fragmentarios es la de una estructura cívica bastante compleja, administrada en buena parte por un poderoso grupo de hombres de negocios que representaban sus propios intereses familiares. El papel del rey se hallaba sumamente restringido al de representante de la comunidad en los ámbitos cultual y ceremonial, emprendiendo proyectos de obras públicas e inspeccionando el ejercicio de la justicia.

3. Los mercaderes paleoasirios en Anatolia (*c.* 1900-*c.* 1830)

Introducción

La mayor parte de nuestra información para conocer la ciudad de Assur y su base económica procede de los documentos encontrados 1.200 km al noroeste de ella, en el *kārum* de Kanesh, en la Anatolia central. Está situado cerca del río Halis (el actual Kızıl Irmak), más o menos a unos 20 km al noreste de la moderna ciudad de Kayseri, en la meseta de Anatolia, cerca del gran montículo circular de Kültepe, que se levanta a unos 20 m de altura por encima de la llanura circundante. A finales del siglo pasado, los investigadores reconocieron que Kültepe era un yacimiento importante y que probablemen-

Liber

te fuera la fuente de numerosos textos insólitos que aparecían en los mercados de antigüedades, llamados a menudo «tablillas capadocias». Los intentos de localizar el lugar exacto de la fuente de los hallazgos fueron vanos hasta que el estudioso checo Hrozny descubrió en 1926 que las tablillas eran desenterradas en realidad en un yacimiento mucho más pequeño, a unos 90 m al noreste del montículo principal. Resultó que este pequeño yacimiento correspondía a la colonia de mercaderes de Assur, el *kārum*, de suerte que ahora esas mismas tablillas reciben el nombre de «paleoasirias». Desde 1948 el yacimiento ha sido excavado rigurosamente por Tahsin Özgüç, eminente arqueólogo turco, de suerte que casi otras 12.000 tablillas han venido a sumarse a las 3.000 ya existentes, y se ha clarificado la estratigrafía del lugar. Ahora se sabe que el principal yacimiento de Kültepe está formado por una gran área urbana circular con un palacio en la ciudadela, centro del importante principado anatólico de Kanesh, mientras que los barrios comerciales del *kārum* estaban formados por casas bastante grandes, aunque no en exceso, típicamente anatólicas, a las afueras de la ciudad de Kanesh.

La mayoría de los textos conservados en los museos antes de que se llevaran a cabo las excavaciones emprendidas con seriedad por los turcos ya han sido publicados (para una lista de los mismos, véase Orlin, 1970), pero sólo están al alcance de los especialistas una pequeña parte de los muchos descubiertos más recientemente. Ello significa que las deducciones basadas en el material publicado, que probablemente representa menos de un cuarto de la totalidad de la documentación, no se verán corroboradas hasta que se estudien las tablillas descubiertas más recientemente. Aparte de esta dificultad, por el momento insalvable, el panorama se ve complicado por otros factores. Uno es que son dos los niveles del *kārum* de Kanesh que han producido tablillas: el nivel II, fechado convencionalmente entre 1900 y 1830, y el Ib, contemporáneo de Shamshi-Adad I (1813-1781) y su sucesor. La datación del nivel Ib sigue siendo dudosa: al principio se creyó que representaba un lapso de tiempo relativamente corto, pero últimamente el descubrimiento de más textos hace pensar que probablemente abarque también un período bastante largo. No obstante, teniendo en cuenta el estado actual de las publicaciones, la mayoría de los materiales escritos proceden del nivel más antiguo, el II, mientras que la fase más reciente de la colonia se encuentra muy mal representada. Subsisten además las dificultades de comprensión del dialecto paleoasirio y de la terminología específica que desarrolló para uso de esas empresas mercantiles dedicadas al comercio por tierra con países lejanos, cuya documentación es tan buena, pero tan singular. Otro problema es el que plantea la situación política de Anatolia, que sólo podemos deducir por las alusiones diseminadas en los propios documentos mercantiles asirios (véase *infra*, p. 115, y el capítulo 5, apartado 1). Los príncipes anatolios de esta época utilizaban, al parecer, el paleoasirio y la escritura cuneiforme para comunicarse entre sí, pero los textos descubiertos en el yacimiento de la ciudad propiamente dicha son todavía muy escasos.

La cronología del *kārum* de Kanesh ha dado lugar a bastante discusión.

CUADRO 7. *Secuencia arqueológica de Kültepe durante el período correspondiente al* kārum *paleoasirio*

kārum de Kanesh	yacimiento de la ciudad de Kanesh
suelo virgen	nivel de construcciones
kārum IV (¿40-50 años?)	nivel de construcciones del Bronce Medio I
kārum III (¿40-50 años?)	?
kārum II (62-80 años; destruido por un incendio; tablillas del reinado de Erishum I-Puzur-Ashur II)	nivel de ocupación contemporáneo
kārum Ic (no ocupado) (¿10-20 años?)	edificio público (Warshama, rey de Kanesh)
kārum Ib (¿30, 50 o 70/80 años?; destruido por un incendio)	edificio público con la punta de lanza de Anitta
kārum Ia (abandonado)	?
	Edificios del Antiguo Reino hitita (*c.* 1650-)

Los niveles del yacimiento de la ciudad propiamente dicha se extienden desde comienzos del tercer milenio hasta *c.* 1200, mientras que generalmente se cree que los cuatro niveles del *kārum* florecieron sobre todo en el período comprendido entre *c.* 2000 y 1600. Esta cronología ha sido puesta en tela de juicio por algunos especialistas (por ejemplo, Mellaart, 1957), según los cuales el *kārum* ya había sido establecido en el último cuarto del tercer milenio, y quizá fuera contemporáneo del estado de Ur III. Pero frente a esta tesis debemos tener en cuenta el hecho de que las intensivas excavaciones llevadas a cabo por los turcos no han encontrado ningún material de esta época en el *kārum* de Kanesh (T. Özgüç, 1959; 1986), y que los textos de Ur III no hacen alusión a ninguna ciudad de Anatolia (Larsen, 1976). Parece, por consiguiente, más lógico suponer que el barrio del *kārum* no surgió hasta más o menos el año 2000 (véase el cuadro 7). No obstante, debemos tener en cuenta que el barrio existía ya antes de que los asirios —por lo que sabemos— se convirtieran en un colectivo de mercaderes tan importante. Es posible, pues, que ya existiera con anterioridad un establecimiento comercial anatólico, del que los asirios, gracias a sus amplias relaciones y a sus ventajosas tarifas comerciales, acabarían convirtiéndose en los miembros más destacados y poderosos. Pero incluso en la fase del *kārum* II la colonia no estaba habitada ni muchos menos exclusivamente por asirios, y los materiales arqueológicos son completamente de tipo anatólico. De no ser por los textos, a nadie se le habría ocurrido pensar que en él estuvieron presentes los asirios.

Liber

Aunque el *kārum* de Kanesh es el yacimiento más rico y el que más información nos proporciona en torno al comercio asirio, constituye un caso aislado sólo durante los años correspondientes a su fase II. En diversos lugares de Anatolia han salido a la luz restos análogos y ocasionalmente incluso textos, contemporáneos de la fase Ib, como, por ejemplo, en Alishar (nivel 10, probablemente la antigua Amkuwa) (Gelb, 1935), Boğazköy IVd (la antigua Hattusa) (Bittel, 1970), Karahüyük, en la llanura de Konya (Alp, 1968), y Acemhüyük, cerca del Gran Lago Salado (N. Özgüç, 1980). En este último yacimiento se ha descubierto una enorme cantidad de sellos de arcilla, algunos provistos de inscripciones, acumulados en los almacenes del palacio, hecho que revela el gran volumen de las actividades comerciales y sus amplias relaciones con Siria, Mesopotamia e incluso el golfo Pérsico (Potts en al-Khalifa y Rice, 1986 [0Gf]). Se ha sostenido que este yacimiento tan grande y tan rico debería identificarse con la importante ciudad de Purushhattum (la Purushanda hitita), mencionada en los documentos paleoasirios. Pero ahora se considera más probable que Purushhattum sea Karahüyük, en Konya.

Organización del comercio asirio

Los documentos demuestran que en Anatolia existían dos tipos de establecimientos. El más importante y el mejor conocido era el *kārum*, término que originalmente significaba sólo 'atracadero', pero que, habida cuenta de que en Mesopotamia el comercio se efectuaba sobre todo por vía fluvial, pasó a significar por extensión 'puerto' y 'barrio comercial' de una ciudad, en el que los mercaderes se reunían para llevar a cabo sus negocios. Cuando los asirios establecieron barrios comerciales permanentes lejos de su país, les aplicaron sin más el término utilizado habitualmente para designar ese tipo de asentamientos, aunque ahora ya no estuvieran situados necesariamente a orillas de un río. El otro tipo de centro comercial se denominaba *wabartum*, término exclusivo de los mercaderes paleoasirios de Anatolia. La palabra se relaciona, al parecer, con la raíz que significa 'huésped'; se ha sugerido, por tanto, que quizá designara originalmente un caravasar, que habría acabado expandiéndose y convirtiéndose en un centro residencial y comercial de carácter más permanente, aunque de menores dimensiones y con menos autonomía que un *kārum*. Existen algunos testimonios que indican que los *wabartum* se hallaban situados por lo general en las inmediaciones de ciudades económicamente menos importantes o de acceso más dificultoso, y por tanto a trasmano de las comunicaciones. Los residentes en los *wabartum* se hallaban, al parecer, administrativamente bajo la autoridad del *kārum* más cercano. Aunque debemos admitir que existe cierta inseguridad a la hora de interpretar exactamente lo que era este tipo de colonia comercial.

El número y la densidad de los centros comerciales puede reconstruirse más o menos a partir de los documentos. La situación existente en tiempos de la fase II es más segura que la correspondiente al período Ib. En tiempos de

la primera probablemente hubiera un total de once *kārum* y diez *wabartum*; en el nivel Ib el número de *kārum* ascendía ya a catorce, y existen pruebas de que algunas de las colonias que antes no eran más que simples *wabartum* se habían convertido para entonces en *kārum* plenamente desarrollados. El *kārum* más importante era el de Kanesh (al menos en el nivel II), que constituía el centro de la red de colonias comerciales, del que partían rutas que conducían por el norte hasta la desembocadura del Halis, en el mar Negro, por el noreste hasta la región de la actual Sivas, y por el suroeste hasta los importantes centros políticos anatólicos de Purushhattum y Wahshushana. Otro grupo de colonias estaban situadas en la zona del sureste, a lo largo de las rutas que conducían al norte de Siria y Mesopotamia, y algunas otras en los vados septentrionales del Éufrates. Estas eran las rutas a través de las cuales los productos procedentes del golfo Pérsico, Carchemish y Mari llegaban hasta Acemhüyük (nivel Ib).

¿Qué relación mantenían las colonias asirias con los principados anatólicos en los que estaban situadas y cuyo permiso necesitaban para llevar a cabo sus lucrativos negocios? Para responder a esta cuestión trascendental debemos intentar reconstruir un cuadro de la estructura política de Anatolia (Liverani, 1988 [0C]), labor que sólo puede realizarse utilizando las referencias incidentales existentes en los textos paleoasirios. Parece que la norma habitual eran las ciudades-estado independientes. Controlaban las zonas rurales circundantes y, en algunos casos, pequeños centros urbanos. La mayoría de la población eran, al parecer, «hattitas» (término utilizado para designar a la población indígena no indoeuropea de Anatolia). Utilizo la expresión «al parecer» deliberadamente, pues los testimonios se limitan a nombres propios de persona: la mayoría son hattitas, pero unos pocos son indoeuropeos, amorreos y hurritas, lo cual indica que no cabe extraer ninguna conclusión definitiva respecto a la composición étnica de Anatolia (Garelli, 1963). Había tres estados —Purushhattum, Kanesh y Wahshushana— que dominaban políticamente y que controlaban zonas bastante extensas, calificadas en cada caso como «país» (*mātum*). El soberano tanto de los pequeños estados como de los «países» se denominaba (por lo que los testimonios nos permiten apreciar) *rubā'um* = 'príncipe', excepto el de Purushhattum, que se llamaba «gran príncipe». Ello indica que a este estado occidental se le reconocía una especie de poder superior al de los otros.

Hasta hace poco se aseguraba (J. Lewy, *HUCA*, 27 [1956]; *CAH*, I, capítulo 24) que toda la región en la que existen colonias asirias estaba sometida a Assur. Semejante tesis se basaba en el hecho de que unos cuantos textos demuestran que los estados de Anatolia estaban unidos a Assur por una serie de juramentos que se encargaban de tomar los legados de esta ciudad. Pero los replanteamientos más recientes de esta hipótesis inducen a pensar que lo más probable es que la ciudad de Assur regulaba sus relaciones diplomáticas con los príncipes anatolios a través de los legados de la ciudad, y que los juramentos tienen que ver casi con toda seguridad con los términos exactos de los acuerdos en virtud de los cuales los mercaderes asirios podían

Liber

operar en el territorio de los estados anatólicos. Esta conclusión se ha visto corroborada por otro testimonio, que demuestra que los asirios acusados de hacer contrabando con determinados productos podían ser encarcelados por los príncipes anatolios, que todas las caravanas asirias estaban sometidas al pago de un tributo al soberano local, y que éste tenía derecho a escoger el primero las mercaderías. La idea de que Assur ejercía un control político sobre Anatolia resulta hoy día insostenible y debe ser rechazada (Orlin, 1970; Larsen, 1976).

La organización de este sistema comercial asirio tan sorprendentemente complejo y vasto ha sido reconstruida con mucho esfuerzo a partir de los textos (al menos para el nivel II) (Larsen, 1976), aunque todavía subsisten algunas dudas. Parece que los pequeños *wabartum* se encontraban bajo la autoridad del *kārum* más próximo, que a su vez estaba sometido al *kārum* de Kanesh, que por su parte dependía directamente de la supervisión de Assur y su asamblea de ciudadanos.[4] Así pues, Kanesh tenía una importancia capital en este sistema y algunos documentos demuestran que sus instituciones seguían el modelo de Assur, con una asamblea y unos funcionarios que eran un mero reflejo de los de «la Ciudad» (véase el capítulo 2, apartado 1).

La característica más curiosa del comercio asirio en Anatolia es el hecho de su permanencia: las familias de mercaderes (*bītum*, literalmente 'casa' y de ahí 'familia') de Assur enviaban a algunos de sus miembros varones a establecerse en alguna de las colonias de Anatolia, donde dirigían y promocionaban los negocios de la familia vendiendo remesas de productos, enviando las ganancias a la casa central e incrementándolas a través de la participación en el negocio del transporte interno en Anatolia. En ocasiones un mercader de Assur podía recurrir durante algún tiempo a alguna persona que no perteneciera a la familia con el fin de rematar alguna transacción concreta. Aunque es innegable que el comercio constituía un asunto básicamente familiar, parte del capital con el que se financiaba procedía de inversiones participadas a largo plazo que proporcionaban a determinados mercaderes los fondos necesarios durante un período de varios años; al término del plazo fijado, los inversores recibían partes alícuotas de las ganancias obtenidas; el mercader tenía también su parte y se efectuaban previsiones en caso de retirada antes del cumplimiento del plazo pactado. Estos contratos recibían el nombre de «sacos» (*naruqqu*), que deriva de la primitiva costumbre de colocar los productos comerciales en el saco del mercader (Veenhof, 1987). Hasta la fecha sólo se ha publicado uno de estos importantes contratos (Landsberger, 1940, pp. 20-26; véase Larsen, 1976), pero parece lógico que represente una práctica frecuente, que rebasaba los vínculos familiares habituales y unía los intereses de las grandes casas de mercaderes de Assur.

Las caravanas de asnos a lomos de los cuales se transportaban los productos durante unos viajes que solían durar de cinco a seis semanas (Hecker, 1980) solían ser bastante pequeñas. Cada jumento llevaba una carga de tejidos y una pequeña cantidad de lo que, casi con toda seguridad, debemos interpretar como estaño (Landsberger 1965; Larsen, 1976, 1987). En esta

época Assur desempeñaba un papel determinante en la adquisición y distribución de este metal procedente del este.[5] En cuanto llegaban a Anatolia, se vendía todo, incluidos los asnos, y la mercancía que se importaba a Assur a la vuelta era sobre todo plata y pequeñas cantidades de oro. En la propia Anatolia, los asirios, dado su complejo y desarrollado sistema de colonias mercantiles, podían incrementar las ganancias desempeñando un papel primordial en el transporte interno. Probablemente organizaran también el comercio de cobre entre los distintos estados anatólicos (Larsen, 1967), metal obtenido probablemente en los ricos depósitos de Ergani Maden (cerca de Elaziğ, Turquía). El estaño era, en términos generales, más valioso que los productos textiles, pero eran éstos los que constituían el mayor volumen de la actividad mercantil (Veenhof, 1972; Larsen, 1987), y los documentos demuestran que tenían una importancia trascendental para el comercio asirio y que eran muy apreciados en Anatolia. Los textos hacen alusión a diversos tipos de telas y demuestran que unas prendas eran más populares en un momento que en otro, y que los mercaderes estudiaban el mercado y actuaban allí donde se encontraban las mejores oportunidades de obtener beneficio. Algunos tejidos, aunque no todos, eran producidos en Assur por las mujeres de la familia de los propios mercaderes, como demuestra esta carta escrita a una mujer de Assur por su marido, comerciante en Kanesh:

> Así (dice) Puzur-Ashur. Dile a Waqqurtum:
> Llevándote una libra de plata —descontada la tasa, una vez pagada— con mi sello, Ashur-idi está ya de camino hacia donde tú estás. (Con respecto al) hermoso paño que me enviaste: tienes que hacer paños como ése y enviármelos a través de Ashur-idi; luego te mandaré yo (en pago) 1/2 libra de plata (por pieza). Que una cara de la tela esté cardada, pero no completamente cepillada: el tejido debe estar bien tupido. En comparación con las telas que me enviaste anteriormente, tienes que poner 1 libra más de lana por lienzo, pero que el paño siga siendo fino. El otro lado (de la tela) debe estar ligeramente cardado: si te sigue pareciendo que tiene demasiado pelo, tendrás que apretar más el tejido, como el *kutānu* (tela muy corriente, posiblemente una especie de lienzo). En cuanto al *abarnê* (tejido que deriva su nombre de un topónimo, Abarne, cf. el término ya internacional «tweed») que me enviaste, no vuelvas a mandarme nada parecido. Si quieres hacerlo, hazlo como el que solía llevar yo. Pero si no quieres fabricar telas finas —según tengo entendido, pueden comprarse en grandes cantidades ahí (es decir, donde tú vives)—, cómpra(las) y mándamelas. Una (pieza de) tela, cuando la hagas, debe medir 9 ell de longitud por 8 de anchura (4,5 m por 4 m) (TCL 19, 17; cf. Veenhof, 1972, 103v; 1983 [01], 84).

Los ricos testimonios procedentes del *kārum* de Kanesh ponen de manifiesto los detalles de los mecanismos comerciales sólo por lo que se refiere a las actividades mercantiles de los asirios en Anatolia. En otros documentos de la época existen indicios de que existían sistemas comerciales igualmente complicados en otros lugares del Oriente Próximo. El sistema asirio no cons-

Libel

tituye más que un aspecto de las estructuras comerciales existentes en esta época, que hemos tenido la suerte de que se nos haya conservado. Nos ofrece un espléndido panorama del modelo de complejísima interacción regional y de su organización en este período (Larsen, 1987).

4. Mari y su mundo (*c.* 1810-*c.* 1760)

Introducción

La ciudad de Mari se encuentra situada a orillas del Éufrates, a poca distancia río abajo de su confluencia con el Khabur (no muy lejos de la actual frontera entre Siria e Irak), donde ahora se levanta la moderna Tell Hariri. Las excavaciones, las referencias en las inscripciones protodinásticas, y últimamente también los archivos de Ebla, demuestran que se trataba de una importante potencia política entre 2600 y 2300. Algunos nombres inscritos en estatuillas indican que la lengua hablada y escrita en la zona por aquella época era sin duda alguna semítica, probablemente emparentada con el acadio (Gelb, 1977). Las excavaciones francesas, iniciadas durante los años treinta y todavía en curso, sacaron a la luz en 1934 la estatua de un rey protodinástico con una inscripción que establecía de una vez por todas la ecuación Tell Hariri = Mari. A pesar de la importancia de Mari a mediados del tercer milenio, el término «época de Mari», utilizado de vez en cuando en los manuales, se aplica al período comprendido entre *c.* 1810 y 1760, es decir, aproximadamente la fecha y el lapso de tiempo cubierto por los archivos justamente famosos encontrados en ella. Estos materiales nos presentan a Mari en la última fase de su existencia como un estado típico del período paleobabilónico clásico, antes de ser destruido y absorbido, al menos temporalmente, por Hammurabi de Babilonia (1792-1750). Mari constituye un ejemplo que ilustra con enorme detalle la estructura interna y las amplias relaciones exteriores de uno de los múltiples principados gobernados por una dinastía amorrea, semejante a tantos otros de esta misma época. Las tablillas de Mari arrojan además bastante luz sobre el panorama político de la mayor parte del Asia occidental, la que va desde Levante (Líbano, Siria, e incluso brevemente la parte norte de Palestina [Malamat, 1983]), por el oeste, hasta la zona de Mesopotamia (Alta y Baja) y el oeste de Irán por oriente.

Los restos físicos de Mari, como sus templos, su magnífico palacio (Margueron, 1982) y los hallazgos asociados a estas estructuras (complicados frescos de brillantes colores, y esculturas, véase la figura 9), así como el trazado de la ciudad, que está siendo investigado últimamente (véase, en general, Aynard y Spycket, 1989; para los informes regulares de las excavaciones, *MARI*, 1 ss.), nos ofrecen una información valiosísima acerca de la cultura y la arquitectura de la época, escasamente atestiguada todavía en la Baja Mesopotamia y en la zona de Asiria (norte de Irak). Otros dos yacimientos, diferentes de Mari y distintos entre sí, han producido materiales arqueológicos



FIGURA 9. Fresco con la escena de la investidura de un rey, Mari (según A. Parrot, *Mari* II, París, 1958).

más o menos de la misma época, circunstancia que demuestra la prevalencia de una unidad cultural básica entre los reinos rivales. Uno de ellos es Tell Harmal (la antigua Shaduppum, en un barrio de la actual Bagdad), pequeño centro provincial que formaba parte del reino de Eshnunna (Baqir, 1959). Aunque sus dimensiones son menores y la tecnología y los materiales empleados son más sencillos, el trazado de su templo y el estilo de su escultura son similares a los de Mari (véase la figura 10). La colección de tablillas de Harmal —en su mayoría ejercicios y ensayos de escritura— incluye un amplio grupo de textos matemáticos absolutamente únicos (para las correspondientes publicaciones, véase *RLA*, 7, p. 533). Otro descubrimiento importante aparecido en las tablillas de Harmal es una copia del código de Eshnunna, en el que se demuestra que los reyes de esta ciudad, como tantos otros príncipes de esta época, se presentaban a sí mismos como protectores de los débiles y enderezadores de entuertos (*ANET*, pp. 161-163; *TUAT*, pp. 32-38; Yaron,

Liber

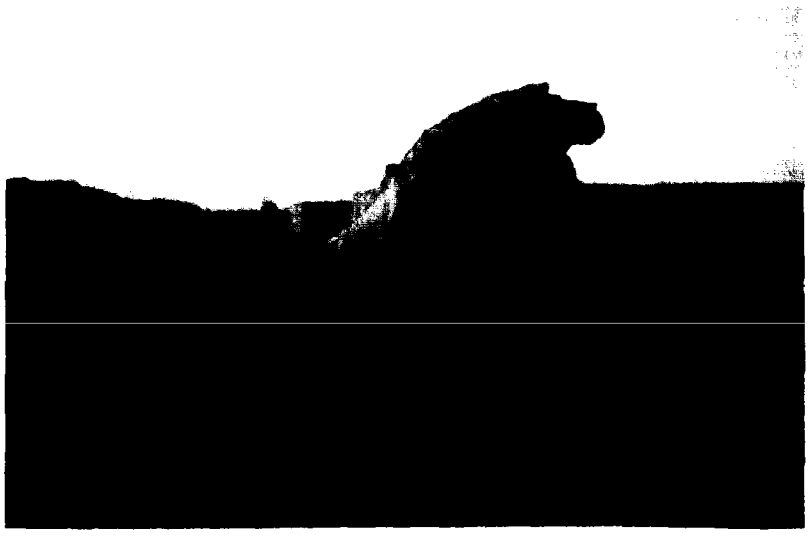


FIGURA 10. León de terracota, parte de una pareja, procedente de Tell Harmal (por cortesía de M. S. Drower).

1969). El otro yacimiento al que aludíamos es Tell Rimah, en la región de Sinjar, al norte de Irak, excavado por los británicos durante los años sesenta. Su nombre antiguo no es del todo seguro (*RLA*, 5, pp. 405-407), pero los análisis más recientes de la cuestión dejan prácticamente sentado que debemos identificarlo con Qatara, importante ciudad del pequeño reino de Karana (Eidem, 1985). Independientemente de la identificación que se le quiera dar, no cabe duda de que Tell Rimah representa los restos de una ciudad importante de este estado autónomo, aunque pequeño, que cayó durante algún tiempo bajo el dominio de Shamshi-Adad I (1813-1781, véase el capítulo 2, apartado 2) y que, poco después, pasó a formar parte de los dominios de Hammurabi de Babilonia (1792-1750, véase el capítulo 2, apartado 5). El palacio de Rimah ha sacado a la luz un buen número de textos interesantes, entre ellos el archivo de su última reina conocida, Iltani (Dalley *et al.*, 1976). Su edificio más notable es el gran templo, con su fachada ricamente decorada con ladrillos de adobe cortados en forma de espiral engranada y columnas o troncos de palmera en forma de losange. Otros yacimientos han producido restos de este tipo de decoración, aunque no tan impresionantes (Larsa, Ur, Shemshara). Las excavaciones que están llevándose a cabo en la actualidad en Tell Leilan han sacado a la luz últimamente algunos edificios bastante grandes con el mismo estilo de decoración (Weiss, 1985). Las pruebas de homogeneidad cultural, a pesar de la fragmentación política, son cada vez más numerosas.

Liber

CUADRO 8. *Primera dinastía de Babilonia y los reyes contemporáneos (cronología «media» convencional)*

Babilonia	Larsa	País del Mar	Mari
Sumuabum (1894)	Sumu-el (1894		
Sumulael (1880)			
	Nur-Adad (1865)		
	Sin-iddinam (1849)		
Sabium (1844)			
	Sin-eribam (1842)		
	Sin-iqisham (1840)		
	Silli-Adad (1835)		
	Warad-Sin (1834)		
Apil-Sin (1830)			
	Rim-Sin (1822)		
			Yaggid-Lim (1820)
Sin-muballit (1812)			
			Yahdun-Lim (1810)
			Sumu Yaman (1794)
Hammurabi (1792)			
			Yasmah-Addu (1790)
			Zimi-Lim (1775)
Samsu-iluna (1749)			
	Sim-Sin (1741)		
Abi-eshuh (1711)			
Ammi-ditana (1683)			
		Damiq-ilishu (1677)	
Ammi-saduqa (1647)			
		Ishki-bal (1641)	
Samsu-ditana			
(1625-1595)		Shushi (1616)	
		Gulkishar (1589)	

NOTA: Según la cronología «baja», las fechas correspondientes a Hammurabi de Babilonia serían 1728-1686; el final de la primera dinastía de Babilonia caería en 1531.

El escenario político

La historia de Mari antes de la época representada por los archivos es bastante compleja, y la cronología de sus soberanos (véase el cuadro 8) resulta sumamente difícil de establecer (Veenhof, 1985; Kupper, 1989). Un texto del reinado de Yasmah-Addu (*c.* 1782-1776) nos habla de cierto Yaggid-Lim, rey de Mari, y de Ila-kabkabu, rey de un país desconocido al oeste de Asiria y padre de Shamshi-Adad I, y del tratado que firmaron. Yaggid-Lim fue sucedido a su debido tiempo por su hijo, Yahdun-Lim, que intentó extender la autoridad política de Mari por la zona situada al oeste del Éufra-

Liber

tes y el norte de Siria. La expansión de Mari por occidente condujo a una estrecha alianza con el reino de Yamhad, centrado en Aleppo, que se selló con unas bodas reales: el hijo y heredero de Yahdun-Lim, Zimri-Lim, se casó con Shibtu, hija del rey de Yamhad, Yarim-Lim. Esta nueva coalición probablemente supusiera una amenaza para el equilibrio de poder alcanzado a través del pacto firmado con Ila-kabkabu, fallecido ya, al que había sucedido su hijo Shamshi-Adad I (pero véase Charpin y Durand, 1984). Éste, utilizando tal vez como pretexto la ruptura de dicho pacto, atacó y derrotó a Yahdun-Lim y, a consecuencia del caos producido, se apoderó del trono un usurpador (Shumuyamanum). Éste debió de ser eliminado al poco tiempo por Shamshi-Adad I, que añadió de ese modo Mari a su reino, a la sazón bastante extenso ya, en calidad de estado autónomo, aunque subordinado, gobernado por su hijo menor, Yasmah-Addu. El edificio político construido personalmente por Shamshi-Adad I se vino prácticamente abajo cuando él murió y fue sucedido por su hijo, Ishme-Dagan. A continuación, Zimri-Lim, que había pasado todo este tiempo en el destierro en la corte de su suegro, en Aleppo, logró recuperar el trono de Mari, gracias en buena parte al apoyo de sus parientes por alianza. Este esquema muestra bastantes elementos de inseguridad, aunque nos deja entrever los constantes cambios de alianzas, las expansiones repentinas, las intrigas y los conflictos que podían producirse —y que de hecho se produjeron— en esta época. Sin embargo, sólo el archivo de Mari proporciona a los especialistas los detalles suficientes para intentar hacer una reconstrucción de los hechos.[6]

Un informe enviado al soberano de Mari por uno de sus oficiales —por lo demás citado en multitud de ocasiones— refleja lo grande que era el escenario político internacional en tiempos de Zimri-Lim (*c.* 1775-1761). Ilustra perfectamente el delicado equilibrio de alianzas que podía dar lugar a expansiones tan repentinas como precarias:

> No hay rey que sea fuerte por sí solo: 10 o 15 reyes siguen a Hammurabi de Babilonia; otros tantos siguen a Rim-Sin de Larsa, Ibalpiel de Eshnunna, y Amutpiel de Qatna; mientras que 20 reyes siguen a Yarim-Lim de Yamhad (Dossin, 1938, p. 117).

Esta carta es trascendental porque nos ofrece una lista de los estados que eran considerados las principales potencias de la época en el Oriente Próximo. Revela, curiosamente para nosotros, que el más poderoso con mucho era el de Yamhad, con capital en Aleppo, hecho que no se habría sospechado nunca, por cuanto la ciudad de Aleppo ha seguido habitada hasta la actualidad, de suerte que resulta dificilísimo hacer excavaciones en ella. Así pues, no se ha recuperado prácticamente ningún material de este importante reino y dependemos por completo de alusiones ocasionales como ésta para hacernos una ligera idea de su papel (Abdallah, 1985). La carta revela asimismo que en esta época sólo dos reinos del sur de Irak se consideraban importantes: Larsa y Babilonia; mientras que, más al este, Eshnunna, que controlaba

la principal ruta que conducía de Mesopotamia a Irán, era considerada una potencia respetable. Assur es omitida de la lista de grandes potencias; había dejado de desempeñar un papel importante en el juego de la política internacional a la muerte de Shamshi-Adad I.

Otro estado cuya importancia política se destaca es Qatna (la actual Tell Mishrife, excavada sólo en parte), situada a orillas del Orontes, en la moderna república de Siria. Las relaciones con Yamhad/Aleppo y Qatna revestían un interés trascendental para el reino de Mari, pues los territorios de ambos estados lindaban uno con otro y con el de Mari (Klengel, 1965-1970, III, pp. 146-147). La importante ruta caravanera que desde Mari llegaba a Qatna pasando por el oasis de Tadmor (la Palmira de época clásica) era controlada en su extremo oriental por Mari, y en su extremo occidental por Qatna. Desde esta ciudad partían rutas en dirección al sur, hacia Damasco, y en dirección al oeste, a través del desfiladero de Homs-Trípoli, hacia la costa del Mediterráneo y el gran puerto de Biblos. La ruta del Éufrates —importante por cuanto eran muchos, como demuestran los archivos, los productos que eran transportados por vía fluvial— conducía desde Mari a Emar (la actual Tell Meskene) y desde allí por tierra hasta Aleppo. Emar era además el término de una larga ruta terrestre que pasaba por la Jezira[7] (en parte, pues, bajo el control de Mari) y que cruzaba el Éufrates a la altura de Carchemish (Hallo, 1964). Aleppo controlaba otras rutas occidentales que se dirigían hacia el litoral, y así vemos que la ciudad costera de Ugarit enviaba peticiones al rey de Mari a través del de Yamhad. Dada la situación, tanto Yamhad como Qatna estaban ansiosas por mantener buenas relaciones con Mari, aunque rivalizaban una con otra por la hegemonía política: las consiguientes tensiones entre ambos vecinos podían ser manipuladas a su antojo por el rey de Mari. Así podemos verlo si examinamos las relaciones de este último estado con los otros dos mientras estuvo gobernado sucesivamente por la familia de Shamshi-Adad y por Zimri-Lim. Cuando Shamshi-Adad tuvo el control sobre Mari y emprendió una marcha ceremonial hacia el litoral mediterráneo para conmemorar su victoria, decidió seguir la ruta del desierto, a través de Tadmor, hasta Qatna, con cuyo rey había establecido una alianza (sellada una vez más por un casamiento), porque Yamhad estaba unida a la antigua familia real de Mari, que vivía desterrada precisamente allí. Pero cuando, a la muerte de Shamshi-Adad, Zimri-Lim recuperó el trono de sus antepasados con la ayuda de Yamhad, fueron los lazos con este reino los que se vieron favorecidos por Mari; Qatna, antigua aliada de Shamshi-Adad, tuvo que negociar un acuerdo con Yamhad, actuando Mari como intermediaria entre las dos ciudades rivales.

Uno de los factores de la importancia trascendental de Mari era que, debido a su situación estratégica en el paso de importantes rutas, desempeñaba un papel fundamental como centro de distribución del comercio internacional. Los archivos revelan que para los estados situados más al oeste (incluida Creta, véase Morris, 1992, p. 102; y últimamente también M. Guichard, *NABU*, 1993, n. 53) Mari constituía el principal proveedor de estaño

Liber

—esencial para la fabricación del bronce—, que procedía de oriente (Dossin, 1970). El valor atribuido a este metal, y el papel determinante de Mari en su distribución, se ven reflejados en una carta dirigida por el rey de Qatna a Ishme-Dagan, rey de Ekallate, situada un poco más al este, y hermano de Yasmah-Addu. El texto fue encontrado en los archivos de Mari, donde probablemente lo había remitido Ishme-Dagan para que su hermano se ocupara del asunto, debido al papel que desempeñaba Mari como proveedora de este material para los estados occidentales:

> Este asunto es indecible, pero tengo que plantearlo y aliviar mi ánimo: eres un gran rey; me pediste cuatro caballos y te los envié. Y ahora tú me envías (sólo) 20 minas (*c.* 10 kg) de estaño. ¿Acaso no recibiste de mí (lo que querías) *sin ambages en su totalidad*? ¡*Y ahora te atreves a mandarme esta miserable cantidad de estaño*! ¡Si no me hubieras mandado nada, no estaría tan furioso, por los dioses de mi padre! (ARM, 5.20; *ANET*, pp. 628 y ss.).

Los vínculos diplomáticos que mantenían entre sí las cortes de los diversos reyes es otra de las facetas iluminadas por los textos de Mari. A primera vista, los reyes cultivaban unas relaciones formales y amistosas, enviándose valiosos regalos que unían al donante y al receptor con los mutuos lazos del intercambio de regalos, y casando a los hijos de unos con las hijas de otros a fin de consolidar esos lazos (Zaccagnini, 1983). Al mismo tiempo, sin embargo, existía una gran desconfianza, y los embajadores enviados a las cortes vecinas regresaban para informar a sus señores de lo que sucedía realmente:

> Dile a mi señor lo siguiente: así habla Yarim-Addu, tu servidor. Tab-elimatim y Sin-bel-aplim, servidores de Hammurabi (de Babilonia), que han estado varios días en Mashkan-Shapir (lugar del reino rival de Larsa), han llegado a Babilonia. Por los cuatro individuos de Larsa que los acompañaban montados en asnos, recibí su mensaje. Son portadores del siguiente mensaje (para Hammurabi): «Con respecto a las tropas sobre las cuales no dejas de escribirme, *he oído decir (que) el enemigo dirige sus esfuerzos hacia otro país*. Por eso no te he enviado mis tropas; (pero) mis tropas están listas. Si el enemigo se volviera contra ti, mis tropas acudirían en tu ayuda; [y] si el enemigo se volviera contra mí, que tus tropas vengan en mi ayuda». Esto es lo que Rim-Sin ha escrito a Hammurabi acerca del pueblo de Mutiabal (ARM, 2.72; Oppenheim, 1967 [0I], p. 46).

Vemos aquí, pues, cómo el rey de Mari era puesto en antecedentes de una alianza entre dos importantes potencias vecinas y rivales.

El reino de Mari

El gran palacio real constituye uno de los hallazgos más importantes realizados en Mari. Hasta el descubrimiento del palacio de Sinkashid de Uruk (*UVB*, 22 [1966]; véase *supra*, p. 101) y las excavaciones de Rimah, este

era el único palacio del período paleobabilónico excavado de un modo más o menos exhaustivo; el palacio situado en el pequeño centro de Alalah VII (la actual Tell Atchana), a poca distancia de la desembocadura del Orontes, es casi un siglo posterior y muestra una serie de elementos arquitectónicos distintos, quizá más propios de la zona levantina. El palacio de Mari era desde luego una estructura más grande y más compleja. Las diversas salas se agrupaban en torno a una serie de patios, con indicios en algunos lugares de la existencia de un segundo piso: se han descubierto más de 260 salas, patios y pasillos, que corresponden a una buena parte de las 2,5 ha que ocupaba originalmente el edificio. Las excavaciones francesas todavía en curso están contribuyendo año tras año a aclarar el trazado y el funcionamiento de este magnífico palacio (al-Khalesi, 1978; Margueron, 1982; Gates, 1984; Durand, 1987). Gran sorpresa produjo, dadas las condiciones por lo general poco propicias para la conservación de las decoraciones pictóricas, el descubrimiento de unos frescos de brillantes colores, en particular una composición bastante compleja (en la actualidad en el Museo del Louvre, véase *supra*, figura 9), que muestra en su parte central la «investidura de Zimri-Lim» por una diosa-guerrera, probablemente Ishtar. La iconografía de la escena es comparable directamente a la que aparece en la parte superior de la estela de Hammurabi (véase la figura 11) y demuestra que, pese a la cautela que debemos tener a la hora de concluir automáticamente que los testimonios de Mari nos ofrecen una muestra de las condiciones reinantes en otros estados, durante este período existía una cultura común. Estos palacios eran centros de ostentación impresionantes y a los distintos reyes les interesaba mucho saber qué aspecto tenían las mansiones de sus vecinos: un funcionario de Mari comunicaba a su señor la impresión que le había producido el palacio de Karana; otra carta de Mari procede del rey de Yamhad y en ella alude a una petición del príncipe de Ugarit, que había oído hablar de las maravillas del palacio de Mari y le expresaba sus deseos de visitarlo personalmente.

Siguen sin estar claros los detalles de la base económica del estado de Mari, que permitió la construcción de un edificio tan opulento, aunque el equipo de investigadores de París que trabaja en el estudio de los textos descubiertos en él y de los restos arqueológicos en general, así como en la interpretación más precisa de los numerosos materiales encontrados, arroja cada día más luz sobre este y otros problemas. Se sabe que los reyes de Mari, como los de muchos otros lugares, emprendieron la construcción de sistemas de regadío para incrementar la producción agrícola, y que una de las industrias palaciegas más importantes, dirigida con la participación activa de las reinas, era la producción de tejidos. El archivo de Iltani, en Rimah, ilustra especialmente bien esta faceta (Dalley *et al.*, 1976; Dalley, 1984; para las mujeres de la familia real y aquellas relacionadas con las actividades del culto, véase Batto, 1974). El hecho de que muchos textos procedan del palacio hace que por lo general tengamos la impresión de que la economía del país se centraba exclusivamente en la casa del rey, pero es evidente por diversas alusiones que no era así: al igual que en los estados vecinos, había terratenientes

Liber



FIGURA 11. Escena representada en la parte superior de la estela de Hammurabi (procedente de Susa; Louvre). Liber

ricos, mercaderes, pequeños labradores y colonos y aparceros pobres. Funcionaba un sistema de raciones y dádivas mediante el cual se remuneraba a los oficiales reales, y que probablemente constituía una fuente de ingresos adicional a sus recursos personales. No tenemos completa seguridad sobre cómo funcionaba el sistema tributario, pero la riqueza del estado procedía sin duda alguna de las tasas impuestas al tráfico comercial, de los aranceles y peajes, de los derechos de paso y de los gravámenes que comportaban las concesiones de tierras. Teniendo en cuenta el control que ejercía Mari sobre algunas rutas comerciales importantísimas, el volumen de los ingresos reales procedentes de la actividad mercantil debía de ser considerable. Los regalos diplomáticos constituían otra de las fuentes de la riqueza del rey (Zaccagnini, 1983). En vista del destacado lugar que ocupan en la correspondencia real de Mari, algunos han sostenido que en esta época no existía un mercado internacional de productos exóticos propiamente dicho, sino que se limitaba más bien al intercambio de pequeñas cantidades de artículos de lujo o de prestigio entre las distintas cortes reales (K. Polanyi *et al.*, *Trade and Markets in Early Empires*, Glencoe, Ill., 1957, pp. 257 y ss.). Deberíamos rechazar semejante tesis (Silver, 1985 [0N], capítulo 5). Gracias a los avances alcanzados en el estudio de los mecanismos comerciales paleoasirios (véase el capítulo 2, apartado 2), las pruebas de la existencia de actividades comerciales privadas durante el período Ur III (Powell, 1977), durante la fase de Isin-Larsa (Oppenheim, 1954), y durante el período paleobabilónico (Leemans, 1950, 1960 y 1968), cada vez ha ido quedando más claro que, pese al indudable papel —a veces dominante— desempeñado por el palacio en todo lo relacionado con el comercio, florecieron también grandes redes comerciales privadas, que constituían evidentemente un sector fundamental de la economía mesopotámica (véase, en general, Archi, 1984 [0E]).[8]

La estrecha interacción existente entre los pastores que vivían en las zonas marginales de las tierras de labor por un lado y las comunidades urbanas y el gobierno central por otro, constituía una característica importante de la vida sociopolítica de todos los estados de esta época; pero sólo la conocemos con cierto detalle gracias a los documentos de Mari. Existían distintos grupos dedicados al pastoreo que vivían en determinadas regiones, dentro de las cuales se movían normalmente con sus rebaños en un régimen de trashumancia. Así lo demuestran los distintos nombres de clanes que aparecen en los textos, por ejemplo «haneos», que indica que el emplazamiento de este grupo en particular era la zona del antiguo territorio de Hana, en la Alta Mesopotamia. La terminología empleada para designar su organización social parece que era por lo general amorrea y no acadia, circunstancia que probablemente refleje su composición étnica. Algunos pastores desempeñaban tareas como por ejemplo la de guías de caravanas a través de las estepas. También el estado los empleaba como temporeros, los reclutaba para el ejército (Sasson, 1969), regulaba su acceso a las fuentes de aprovisionamiento de agua, y les proporcionaba los productos manufacturados básicos y a veces incluso tierras. Los pactos alcanzados entre el gobierno y los grupos de pasto-

Liber

res eran formalizados a través de actos rituales (tales como «la matanza de un asno»), a diferencia de lo que ocurría en las relaciones habituales interestatales (Muun-Rankin, 1956; Luke, 1965; Matthews, 1978).

Un viejo error, que podemos dar definitivamente por solucionado gracias a la rica documentación de Mari, es la idea de que el carro de dos ruedas tirado por caballos fue introducido en el Oriente Próximo por los conquistadores indoeuropeos, que hicieron su aparición en la zona poco después de 1600. El papel exacto desempeñado en la guerra por el carro de dos ruedas (mucho más rápido y flexible que el de cuatro, tirado por asnos) en esta época sigue sin estar claro, pero es evidente que tanto el carro como los caballos entrenados para tirar de él se utilizaban ya (Moorey, 1986). Las cartas que hacen alusión a los regalos especiales que se hacían los reyes, consistentes en buenos caballos, demuestran claramente su existencia (véase *supra*, p. 124). La petición presentada al rey de Mari nos ofrece algún atisbo de cómo se entendía en esta época la utilidad del caballo, cuya velocidad se contraponía al paso más parsimonioso de mulas y asnos:

> ¡Que mi rey honre su posición de rey!
> Como eres rey de los haneos y, en segundo lugar, rey también de los acadios, no se le ocurra a mi señor montar a caballo; (antes bien) tenga a bien mi señor montar en una carreta de mulas y honrar así su posición de rey (ARM, 6.76).

Aunque son muchas las cosas que quedan por aclarar (y de hecho casi cada año se publican nuevos textos y correcciones de tesis superadas), la riqueza de la documentación procedente de Mari para casi todos los aspectos de la vida imaginables resulta verdaderamente asombrosa. La existencia de la práctica de la profecía por revelación divina, análoga a la que conocemos en época posterior en Israel, ha sido uno de los descubrimientos más sorprendentes. Los videntes —hombres y mujeres— no tenían por qué estar relacionados necesariamente con un centro de culto, circunstancia que a primera vista quizá resulte extraña. La voluntad divina podía manifestarse de formas muy diversas. Una de las más importantes en todas las épocas en Mesopotamia era la adivinación por el examen del hígado, para lo cual era preciso matar una oveja y estudiar e interpretar las diversas partes de su hígado, pues se creía que el dios del Sol «escribía» signos en él. Se trataba de una ciencia muy desarrollada (Jeyes, 1980, 1989), que exigía un grado considerable de destreza, y en Mari (y también en otros lugares y en otras épocas) se han descubierto modelos de hígados de barro, usados probablemente para el aprendizaje. Pero también se observaban los fenómenos naturales y se tomaba nota de todas las circunstancias insólitas, pues también ellos podían ser expresión de los designios divinos: las condiciones atmosféricas anómalas, los partos anormales, el encuentro con animales en lugares insólitos, o el movimiento de los planetas constituyen otros tantos ejemplos. Era importante poner al soberano en conocimiento de estos sucesos, pues podían

afectar al resultado de los acontecimientos políticos y al bienestar y estabilidad del reino. Otra importante vía a través de la cual podían manifestarse los mensajes divinos eran los sueños, o la pronunciación de palabras inspiradas por la divinidad. Propio de la revelación divina es que cualquier cosa y cualquier persona pueden ser los canales a través de los cuales se produce, de manera que, como los agentes de la revelación son imprevisibles y, por consiguiente, no hay costumbre de consultarlos, es perfectamente posible que pasen inadvertidos. Convenía, pues, que los oficiales reales tomaran nota de cualquiera de esos hechos insólitos en cuanto tuvieran conocimiento de ellos y que se los comunicaran al monarca (véase, últimamente, Durand, 1988). El siguiente texto nos dará una idea de cómo se realizaban esos informes, aunque en este caso los «mensajeros divinos» estaban relacionados con sendos cultos:

> Habla a mi estrella (es decir, a mi señor, el rey): así (habla) Inib-shina. Hace poco Shelebum, el *assinnum*,[9] me ha dado un mensaje y yo te lo he escrito. Hoy una *qammatum*[10] de Dagan de Terqa vino a buscarme y habló conmigo.
>
> He aquí lo que dijo:
>
> «Las insinuaciones de paz del hombre (es decir, el rey) de Eshnunna son una trampa. Por debajo de la paja corre agua, y con la red que está tramando lo congregaré (es decir, lo cogeré en la trampa que él mismo está urdiendo). Destruiré su ciudad y confiscaré su tesoro, que data de tiempos remotos».
>
> Eso fue lo que me dijo. Ten cuidado. No entres en la ciudad sin contar con algún vaticinio. He aquí otra cosa que he oído decir: «Intenta a todas horas hacerse famoso». No pretendas hacerte famoso (es decir, más o menos: no actúes sin contar con las directrices divinas; no confíes excesivamente en ti mismo) (ARM, 10.80; Durand, 1988, n.º 197).

Un aspecto de la vida de Mesopotamia que ha quedado mucho más claro gracias a los materiales de Mari es la naturaleza del proceso jurídico denominado «ordalía del río» (Bottéro, 1981). Se trataba de un método utilizado para determinar la culpabilidad en casos en los que no había pruebas de lo que había ocurrido realmente aparte de la palabra del acusador contra el acusado (como por ejemplo en los casos de adulterio, hechicería, traición, y ciertos pleitos sobre derechos de propiedad). El rey participaba en él, al menos en la medida en que se le daba un informe de la ordalía; parece que a menudo era él también quien ordenaba la realización de este procedimiento solemne y peligroso. El acusado tenía que pasar la noche anterior a la ordalía en un lugar determinado, tras haberse lavado los pies y las manos, y al amanecer tenía que recitar unas palabras ordenadas por el rey. Esta circunstancia subrayaba la seriedad de la acusación. En Mari, el lugar previsto para la realización de la ordalía probablemente fuera el Éufrates, no lejos de Hit, donde la fuente de betún existente hacía quizá parecer al río (concebido como un dios) especialmente fuerte y misterioso. Hit se encontraba en esta

Liber

época en el reino de Babilonia, y quizá así se explique la alusión que hace un texto a la presencia de «servidores babilonios» en la ordalía (véase *infra*). El proceso daba comienzo con la exposición del caso y el rechazo de la acusación respectivamente:

> Antes de que Sin-iddinam se casara conmigo, dije que sí al padre y al hijo (es decir, la acusada, casada en la actualidad con Sin-iddinam, trabajaba anteriormente como prostituta). En una ocasión en que Sin-iddinam estaba ausente, me envió noticias a través de su hijo Asqudum. Éste me dijo: «Deseo acostarme contigo». Me besó en los labios, tocó mis genitales, (pero) su miembro no penetró mi órgano. Yo le dije: «No es posible que peque contra Sin-iddinam». En la casa en la que estaba no hice lo que no debía hacer a mi señor (Charpin *et al.*, 1988, n.° 488).

La peligrosa ordalía era ejecutada con frecuencia por un sustituto en lugar del acusado: en el caso de los nobles, los habitantes de sus ciudades o aldeas actuaban en su lugar; si la acusada era una reina, era una de sus damas de honor las que sufrían la ordalía por ella; el marido podía utilizar a su mujer, y en un caso, en el que la acusada era una niña, fue su madre la que se arrojó al río en vez de la pequeña. Un extenso documento demuestra que el acusado o su sustituto tenía que tirarse al río y después recorrer a nado un trecho considerable antes de salir a la superficie y demostrar así su inocencia.[11] La prueba requería bastante resistencia y así, a veces, eran verdaderos equipos los que participaban en ella, metiéndose primero en el agua los más fuertes y después los más débiles:

> Habla a mi señor: así (habla) Meptûm, tu servidor.
>
> En cuanto al equipo de personas que deben tirarse al río en nombre de Shubram y Haya-Sumu enviado por mi señor, incluí en él a personas íntegras y leales. Para empezar, hicieron que se tirara una mujer y salió a flote. Después hicieron que se tirara un anciano. (Nadando) una distancia de 80 (medidas) hasta llegar en medio del dios (es decir, el río), lo consiguió y alcanzó la orilla. Después hicieron que se tirara otra mujer y también ella salió fuera. Después le tocó a una tercera mujer; el río (la) «desposó» (es decir, la desgraciada se ahogó). Como el viejo sólo dio testimonio del caso por un trecho de 80 (medidas) y como el río «desposó» a la tercera mujer, el pueblo de Haya-Sum no permitió que las otras tres mujeres que quedaban se tiraran al agua. Reconocieron: «La ciudad y el país no son nuestros». El anciano cayendo a los pies del pueblo de Shubram, dijo: «¡No dejéis que las demás mujeres se tiren (al río), no sea que mueran! Nos avenimos a firmar una tablilla abandonando nuestras pretensiones sobre la ciudad y el país, de modo que nunca más vuelvan a plantearse reclamaciones y que la ciudad y el país pertenezcan a Shubram». Entonces, ante los hombres íntegros, los servidores babilonios y los ancianos de la ciudad, se les hizo escribir una tablilla de renuncia a las reclamaciones. Ahora envío ante mi señor a las personas que tenían que tirarse al agua para que las interrogue (Bottéro, 1981; Durand, 1988, n.° 249).

Los testimonios de Mari que hablan de la ordalía del río son muy importantes, pues algunos códigos mesopotámicos, como el de Hammurabi, aluden a ella como si se tratara de un método de resolver determinados pleitos, sin especificar, naturalmente, en qué consistía. Al parecer se trataba de una costumbre tradicional firmemente arraigada, como demuestra el hecho de que existan alusiones a la ordalía del río desde el tercer milenio hasta el siglo VI.

La información que todavía deben suministrarnos los materiales de Mari promete hacernos saber casi el doble de lo que ya sabemos, y aquí sólo hemos mencionado una mínima parte de los numerosos aspectos de la vida sobre los que nos ilustran (para una amena introducción a otros muchos, véase Dalley, 1984). La inmensa riqueza de detalles que contienen los archivos ha revolucionado nuestros conocimientos acerca del Oriente Próximo durante este período. Pero quizá lo más interesante sea que estos documentos nos permiten contemplar directamente algunas peculiaridades de los grandes personajes políticos de la época. Particularmente cómico resulta el tono quejumbroso y ñoño adoptado por Yasmah-Addu, quien a menudo recibía severas reprimendas de su padre, Shamshi-Adad, por no ser tan vigoroso como su hermano, Ishme-Dagan de Ekallate:[12]

> Habla a Papá: así (habla) Yasmah-Addu, tu hijo. Escuché la tablilla que Papá me envió, que dice lo siguiente: «¿Por cuánto tiempo tendremos que seguir teniéndote sujeto de la rienda? ¡Eres un niño, no un hombre; no tienes barba en las mejillas! ¿Cuánto tiempo más vas a seguir sin administrar tu casa como es debido? ¿No te das cuenta de que tu hermano está al mando de ejércitos enormes? ¡Pues a ver si tú diriges tu palacio y tu casa como es debido!». Esto es lo que Papá me escribía. Pues bien, ¿cómo voy a ser un niño y un incapaz de dirigir mis asuntos si fue Papá quien me nombró? ¿Cómo es posible, después que me crié con Papá desde que era una criatura, que algún criado o cualquier otra persona haya conseguido arrebatarme el cariño de Papá? Voy de camino para reunirme con Papá, para hablar con Papá de mi infelicidad (ARM, 1.108; Dalley, 1984, p. 34).

5. Hammurabi y la primera dinastía de Babilonia (1894-1595)

Ascensión de Babilonia

Babilonia constituye otro ejemplo de ciudad regida por una dinastía amorrea que de repente alcanzó un gran apogeo: empeñándose por un lado en emular a los grandes imperios anteriores e intentando, por otro, sobrevivir gracias al establecimiento de una hegemonía política general y mediante la eliminación de sus competidores, como, por ejemplo, Larsa, Eshnunna, Asiria y Mari.

Existen algunas dificultades a la hora de rastrear la ascensión de la primera dinastía de Babilonia, que dio comienzo con Sumuabum en 1894 y todavía seguía en tiempos del padre de Hammurabi, Sin-muballit (1812-

Liber

1793, véase *supra*, cuadro 8). El emplazamiento de Babilonia plantea un grave problema: ha producido muy pocos testimonios del período anterior a su fase más gloriosa como capital del imperio neobabilónico (626-539, véase, en el segundo volumen, el capítulo 11, apartado 4), debido a la considerable altura que tiene allí la capa freática. Así pues, el núcleo político del reino de Hammurabi prácticamente no nos ha proporcionado ningún material. Para reconstruir su historia dependemos, por consiguiente, de los nombres de los años que se nos han conservado y de los archivos de otros lugares. Algunos de éstos son bastante grandes y nos suministran mucha información, especialmente con respecto a las cuestiones económicas, pero también acerca de las condiciones y las prácticas sociales (véanse, por ejemplo, Stone, 1977; Yoffee, 1977; Kraus, 1979; Jeyes, 1983; Charpin, 1986). Existen también alusiones ocasionales a Babilonia en los archivos de Mari, y buen número de inscripciones, en su mayoría bastante lacónicas, de los reyes de la dinastía (Kärki, 1984; Frayne, 1990). Un yacimiento importante que ha producido gran cantidad de material es Sippar, no lejos de Babilonia, que cayó bastante pronto bajo el dominio de los reyes de esta ciudad (Harris, 1975). Pero la expansión propiciada por los reyes del estado hasta entonces insignificante de Babilonia fue bastante limitada antes de Hammurabi: cuando éste subió al trono (1792), Babilonia controlaba Dilbat, Sippar, Kish y Borsippa, ciudades todas situadas en sus inmediaciones.

Un hecho bastante seguro es que las victorias que dieron nombre a los años 7-11 del reinado de Hammurabi, fueron fruto de guerras desencadenadas por él no como soberano independiente, sino como aliado de otros reyes, por entonces más poderosos, Shamshi-Adad I de Asiria y Rim-Sin de Larsa. En otras palabras, el propio Hammurabi no era al principio más que uno de los numerosos reyes que «seguían» a otro señor más fuerte, gráficamente descritos en la carta de Itur-Asdu descubierta en Mari (véase *supra*, p. 122). Su expansión política no puede datar de antes del trigésimo año de su reinado (1763), pero a partir de ese momento su poderío se extendió rápidamente. Tras una campaña victoriosa en la región situada al este del Tigris, vino la derrota del gran Rim-Sin de Larsa, que permitió a Hammurabi hacerse de un golpe con el control de Isin, Uruk, Ur y Nippur, así como con los extensos dominios de Larsa. De ese modo, en poco tiempo, las principales ciudades de la Baja Mesopotamia, importantes desde el punto de vista de la ideología real y de su riqueza agrícola y comercial, pasaron a manos de Hammurabi. En 1761, se apoderó también de Eshnunna, que le daba acceso directo a la ruta del Diyala, que unía la meseta de Irán con la llanura de Mesopotamia y su rico comercio; también fueron conquistadas Asiria, con su importante red comercial, y parte de la región de los Zagros. En 1760 esta serie de rápidas y grandes conquistas se vio coronada con la captura de Mari, cuyas murallas fueron destruidas dos años más tarde. Esta circunstancia supuso el fin de Mari como centro político de primera magnitud y permitió a Hammurabi extender su poderío por el oeste a lo largo del Éufrates, incluida la importante ruta terrestre que atravesaba la Jezira (véase *supra*, p. 123). Quedaba así en

contacto directo y compartía sus fronteras con el reino de Yamhad/Aleppo, que tan importante papel desempeñaba por entonces en el Oriente Próximo (véase *supra*, pp. 122-123). En 1755 Eshnunna fue completamente arrasada por una inundación. Hammurabi era ya el único señor, directo e indiscutible, de un enorme territorio que podría compararse fácilmente con el del imperio de Ur III, y controlaba las rutas a través de las cuales llegaban hasta Mesopotamia numerosos artículos y materiales preciosos a la vez que esenciales (plata, oro, lapislázuli, cornalina, maderas exóticas, estaño, cobre, y caballos).

El rey, el país y los súbditos

La inmensa mayoría de las fuentes que nos permiten conocer la estructura política del reino de Hammurabi proceden de Sippar (al norte de Babilonia) y de la zona de Larsa, al sur. Estas últimas son parciales, por cuanto representan los archivos de los funcionarios reales encargados de las tierras pertenecientes a la corona. El estilo de ejercer el poder que tenía Hammurabi, según estos materiales, ha sido calificado como un programa de «secularización» deliberada (Harris, 1975) y de restablecimiento del control centralizado de la producción y del comercio por parte del rey (Yoffee, 1977). Semejante tesis requiere ser modificada, pues se basa, por una parte, en falsas apreciaciones respecto al papel desempeñado por el templo en épocas anteriores y, por otra, como ya señalábamos, en unos materiales producidos por la administración de las tierras del rey (Kraus, 1979; Charpin, 1987). A raíz de las conquistas de Hammurabi, el control político fue naturalmente capitalizado en gran medida por Babilonia, y grandes extensiones de tierras que habían pertenecido en otro tiempo a los reyes vencidos pasaron ahora a ser propiedad del rey de esta ciudad. Esos bienes de la corona fueron ampliados por las reclamaciones de tierras y los sistemas de regadío, circunstancia que, como cabría esperar, trajo consigo un incremento de la producción de lana, tejidos, pescado, dátiles y cereales, de la que era propietario el monarca. A consecuencia de todo ello la corona pasó a desempeñar un papel más importante en el comercio exterior; pero, como ha demostrado Kraus (1979), ese papel, aunque importante, no llegaba a ser un monopolio y equivalía sólo a la mitad del volumen global de la actividad mercantil, quedando el resto del capital comercial en manos de mercaderes particulares. Del mismo modo, la idea de que las personas relacionadas con las actividades del culto pasaron a convertirse en oficiales del rey, en vez de servidores de unos templos supuestamente «autónomos», parece muy poco convincente: cuando las ciudades como Sippar pasaron a manos de Babilonia, recayó en el rey de esta última capital la responsabilidad de efectuar los nombramientos de los centros de culto existentes en ellas y de autorizar su remuneración. Ver en ello un programa deliberado de secularización constituye una petición de principio en torno a las relaciones existentes entre esos cargos y la estructura política anterior, y allí donde contamos con algún testimonio (la Lagash del

Liber

PD III, Agade, Ur III, Isin, Mari), todo parece indicar efectivamente que era el rey quien efectuaba siempre los nombramientos de los grandes cargos religiosos.

Los materiales procedentes de la época de Hammurabi y, en menor grado, los de los reinados de sus sucesores nos permiten atisbar hasta cierto punto cuál era la estructura social de Mesopotamia y qué vínculos mantenía el pueblo con el rey. Los funcionarios y servidores reales recibían parcelas como parte de sus emolumentos, mientras que a militares de diversa graduación se les entregaban haciendas que comportaban la obligación de cumplir con ciertos deberes exigidos por el gobierno. El término con el que se designa a este complejo de obligaciones es *ilkum*, y entre ellas estaba desde luego el servicio militar, aunque no era la única (otras eran el trabajo en los planes de obras públicas del rey y la producción de determinados artículos para el palacio). Este tipo de concesiones de tierras eran estrechamente vigiladas: existían normas muy estrictas que regulaban su transmisión a los herederos y restringían su venta. Quien se hiciera con una parcela de esas características y no fuera el beneficiario original de la concesión, tenía el deber de hacerse cargo de las obligaciones que comportaba la tierra. Se ha postulado que semejantes restricciones a la enajenación de las tierras habría traído consigo un incremento de los arrendamientos, y que los arrendatarios, al endeudarse cada vez más debido a las malas cosechas, se habrían visto reducidos a la condición de esclavos por deudas. Una vez más este sistema no debería considerarse una característica propia del reinado de Hammurabi ni de su dinastía; se trataría más bien de un rasgo constante de la vida de Mesopotamia que simplemente está mejor atestiguado en esta época. La promulgación de «leyes» (*mīšarum*), acto que se repetía una y otra vez siempre que se producía la ascensión al trono de un rey, entendida precisamente como una liberación de las obligaciones y de la servidumbre por deudas que oprimían al pueblo, se encuentra atestiguada en épocas anteriores y en otros lugares (véase *supra*, p. 97). El ejemplo mejor conservado de un acto de este tipo es el edicto de *mīšarum* de Ammi-saduqa (1647-1626), penúltimo titular de la primera dinastía de Babilonia (Kraus, 1958 y 1984); pero las prácticas y relaciones económicas de las que habla existían ya mucho antes. Las tierras del rey eran cultivadas por gentes que pagaban un tributo anual (*biltum*), parte en productos agrícolas y parte en plata. El palacio, a su vez, proporcionaba a los cultivadores bueyes, aperos de labranza y agua para el regadío siempre necesario. Análogamente los rebaños del rey eran apacentados por pastores particulares que eran contratados para ello, y entre cuyas obligaciones estaba velar por su multiplicación anual, pagando una cantidad de plata por el beneficio que les produjera el tener a los animales a su disposición. Se llevaba la cuenta de las reses muertas, cuyos cadáveres eran entregados a los mataríes; éstos a cambio tenían que pagar por cada cadáver una cantidad previamente estipulada de materiales, tales como lana o piel, y también cierta cantidad de plata. En todos los casos, tanto el palacio como las personas que se comprometían a trabajar para él sacaban provecho y beneficio del acuerdo,

que por lo general proporcionaba unos ingresos adicionales a los contratantes (Charpin, 1987).

Hammurabi es célebre sobre todo por su código, copiado en una gran estela de piedra (2,25 m de altura), descubierta a comienzos del presente siglo por arqueólogos franceses en Susa; había sido robada por los reyes de Elam en el siglo XIII, probablemente en el templo de Shamash en Sippar (para las traducciones del código véanse *ANET*, pp. 163-180; *TUAT*, I/1, pp. 39-80). El texto fue borrado en parte para dejar sitio a una inscripción del rey de Elam, pero fuera de eso se ha conservado extraordinariamente bien. Los especialistas han hecho correr ríos de tinta en su deseo de interpretar su función, y el debate dista mucho de haber sido resuelto. La parte superior de la estela, de forma redondeada (poco menos de un tercio de la altura total), muestra una escena de «investidura real» análoga a la que aparece en el fresco del palacio de Mari (véase la figura 9): Hammurabi está de pie, en actitud reverente, ante el trono de Shamash (dios del Sol y por ende protector de la justicia, pues el sol todo lo ilumina), de cuyos hombros salen rayos; el dios lleva una altísima tiara de cuernos y ofrece a Hammurabi la vara de medir y una cuerda enrollada, símbolos de su función de rey justiciero y conquistador (véase *supra*, figura 11). Debajo del relieve están las leyes, escritas con bellos trazos, y enmarcadas por un prólogo y un epílogo bastante extensos redactados en tono encomiástico: la forma literaria de estas secciones del «código» es una reminiscencia de los himnos reales de época anterior, y constituye uno de los ejemplos más hermosos de la literatura acadia arcaica. El prólogo y el epílogo ponen de manifiesto que la estela fue erigida a finales del reinado de Hammurabi, pues al describir sus posesiones dice que abarcan regiones y ciudades que no conquistó hasta el trigésimo año de su reinado. De hecho, la estela dataría, como muy pronto, aproximadamente del cuadragésimo año de su reinado (que se prolongó en total por espacio de cuarenta y dos).

Resulta difícil saber qué tipo de edicto real representa el código de Hammurabi: no es uno de los decretos de condonación de deudas y, aunque contiene una alusión a una estatua de Hammurabi en su calidad de «rey de justicia», ésta probablemente fuera erigida en el vigésimo primer año de su reinado y por lo tanto no permite identificarla fácilmente con la estela. La colección de leyes y prescripciones que contiene es una muestra bastante ecléctica, y los precios que recomienda poner a los diversos productos parecen un tanto idealizados, sin que guarden apenas relación con los reales, por lo demás bastante bien atestiguados en otros textos de carácter mercantil. Por último, se ha señalado que en los documentos jurídicos conservados son muy escasas las alusiones que pudieran hacer referencia al código de Hammurabi. Todas estas consideraciones han dado lugar a una teoría muy influyente (Finkelstein, 1961, 1965), según la cual el código debería considerarse un ejemplo de autoalabanza real, mediante la cual el soberano, al final de su reinado, daba cuenta a los dioses de sus hazañas, entre las cuales ocupaba un lugar destacado su papel de defensor de la justicia (Westbrook, 1989). Se-

mejante teoría reduciría el famoso código a una elaborada manifestación de la ideología monárquica, que no habría afectado a la vida de los súbditos de Hammurabi de un modo demasiado tangible. Aunque es indudable que desempeñó ese papel, no está excluida necesariamente la posibilidad de que tuviera una función más práctica. Semejantes observaciones deberían, por consiguiente, modificarse y en una carta traducida en parte parece que se hace referencia a la cuantía de los salarios fijada por Hammurabi en su estela:

> la (cuantía de los) salarios de un operario está escrita en la estela, (por consiguiente) según lo que os han dicho, no retengáis su salario, ya sea en cebada o en plata (Chicago A 3.529, 12; *CAD*, N/1, pp. 364-365).

Si efectivamente se trata de una alusión a las leyes de Hammurabi, como parece más que probable, reflejaría claramente el importante papel desempeñado por el rey como fuente de equidad y de autoridad jurídica, encargado de proteger activa y eficazmente a sus súbditos de la explotación, en consonancia con lo que afirma en el prólogo a sus leyes:

> Yo, el rey que está cabeza y hombros por encima de los reyes: mis palabras son decisión, mi diligencia no tiene igual. Por orden del dios del Sol, gran juez del cielo y de la tierra, que mi justicia sea visible en el país; por orden de Marduk (dios patrono de Babilonia), que lo que yo he escrito no haya quien lo borre; en Esagila (el santuario de Marduk en Babilonia), al que tanto amor profeso, que mi nombre sea pronunciado con gratitud eternamente.
>
> Que el ciudadano que haya sufrido daño y se vea metido en un pleito llegue ante mi estatua (llamada) «rey de justicia», y lea la inscripción de mi estela; que mi estela dilucide cuál es su situación legal; que vea su sentencia jurídica y ojalá pueda su corazón alentar sin fatiga (y diga): «Hammurabi, nuestro señor, que existe para el pueblo como un verdadero padre, se ha preocupado por orden de su señor, Marduk, ha ganado el deseo de Marduk por encima y por debajo, ha agradado al corazón de su señor, Marduk, y determinado el bienestar del pueblo para siempre y ha ayudado al país a alcanzar su justicia». Hable así y que ante mi señor, Marduk, y mi señora, Sarpanitum (la consorte de Marduk), me bendiga con todo su corazón (CH, XLVII, 80-XLVIII, 47).

Al margen de lo que cada uno quiera pensar respecto a la función del código (¿un intento de resolver los conflictos entre la corona y los organismos locales? [Diakonoff, 1971], ¿una colección de decisiones concretas del rey en casos específicos? [Petschow, 1984]), es indudable que nos ofrece una enorme cantidad de información sobre muchos aspectos de la sociedad paleobabilónica. A pesar de los constantes problemas que plantea la comprensión de una parte de su terminología, en particular por lo que respecta a los distintos grupos sociales (Diakonoff, 1971), nos muestra cuán ajetreada era la vida de esta época, y concuerda con el vívido material descubierto en los numerosos pequeños archivos privados en los que se conservan cartas familiares y do-

Liber

cumentos de negocios. En un texto procedente de Ur vemos, por ejemplo, cómo unos vecinos resuelven un pleito relacionado con los linderos de sus respectivas fincas:

> Longitud: 1 1/2 perch y 2 ell (*c.* 10 m); anchura: 1 ell y 6 dedos (0,60 m): la pared medianera pertenece a Lu-Nanna y a Ela. Ela la reparará a sus expensas: por los gastos de la pared, por 6 m. Lu-Nanna indemnizará a Ela. Ela pondrá el cerrojo (de la puerta) de Lu-Nanna (UET 5, p. 25; cf. Charpin, 1986, pp. 100-102).

Aunque se recurría a la ordalía del río (véase *supra*, pp. 129-131) para resolver las acusaciones de determinados delitos (por ejemplo, los de brujería, CH, § 2), en otros casos se recurría al juramento solemne por los atributos divinos (Ries, 1989), como en este texto de Ur:

> En el patio del templo de Ningublaga, fueron examinados Uselli y Enamtisud. Se acercaron; fue extraída el arma de Ningublaga y Uselli declaró bajo juramento: «Juro que no conozco, ni he escondido, ni poseo el grano, la plata, los vestidos ni el turbante propiedad de Enamtisud». (A continuación viene una lista con los nombres de siete testigos.) (UET 5, p. 254; Charpin, 1986, pp. 88-89.)

Muchas leyes tienen que ver con el matrimonio y las herencias. Los complicados ritos relacionados con el matrimonio han sido reconstruidos con todo detalle gracias a un documento de esta época (Greengus, 1966). La boda constituía una ceremonia muy larga. Primero, el padre de la novia enviaba una serie de regalos (vestidos, plata y un anillo) al novio; a continuación se realizaban ofrendas en los templos de las ciudades natales de la novia y del novio; los regalos de boda, consistentes en comida y otros objetos, eran presentados en casa de la novia en una bandeja, y el padre de la muchacha correspondía con más comida que entregaba al hermano del novio, de modo que la familia de éste participara comiendo los alimentos preparados por la familia con la que iba a emparentar. Entonces los parientes del novio visitaban la casa de la novia, donde se les ofrecía un banquete, y se realizaba algún tipo de rito, tras lo cual llegaba la madre del novio (en este caso puede que actuara en nombre del padre difunto) y también se le daba de comer. Ésta realizaba entonces una ceremonia en el templo y asistía al baño ritual de la novia, cuya cabeza era ungida con aceite. Después volvía a casa, acompañada por algunos parientes, y recibía más regalos en forma de comida. Por fin el novio entraba en casa de la novia (Malul, 1989) y se quedaba a vivir en ella cuatro meses junto con cuatro compañeros, pasados los cuales la recién casada se trasladaba a su nuevo hogar con su marido y sus cuñados y suegros.

Como en muchas sociedades patrilocales, las esposas solían convertirse en blanco de la hostilidad de sus parientes por alianza y en chivo expiatorio de las disputas familiares (en definitiva son intrusas, cuya lealtad no se localiza sólo en la familia del marido). Un interesante grupo de textos (Walters,

Liber

1970-1971) muestra a un padre y a un hijo enzarzados en un pleito público ante el alcalde de su aldea. Es evidente que el hijo se ha comportado indebidamente en un asunto relacionado con un campo de la familia, pero el padre, interesadamente, no lo identifica como el verdadero responsable, sino que echa la culpa a su nuera y a la madre de ésta que, según dice, han hechizado a su hijo. El hijo replica a su vez diciendo que el padre ha sido hechizado por «su bruja», cuya identidad (y por consiguiente cuya relación exacta con la familia) desgraciadamente no conocemos. Lo curioso del caso, sin embargo, es que los dos parientes consanguíneos varones atribuyen la responsabilidad del conflicto desencadenado entre el padre y el hijo a sendas intrusas en el seno de la familia, esto es, a las mujeres, mucho más vulnerables.

En el código de Hammurabi se distinguen en varias ocasiones tres grupos sociales diferentes: *awīlum* ('varón'), *muškēnum* ('¿servidor?'), y *wardum* ('esclavo'). Esta última categoría no plantea discusión, pero las dos primeras resultan muy difíciles de definir con precisión. Es posible que el término *awīlum* designara al ciudadano libre, en contraposición con el *muškēnum*, el 'servidor real/criado de palacio' (Diakonoff, 1971), pero la cuestión sigue abierta. Ambos términos indicaban desde luego diferentes categorías jurídicas, pues los castigos variaban en función del grupo al que pertenecieran la víctima y el criminal. Pero lo que no está ni mucho menos claro es si las tres categorías reflejan o no una jerarquía social descendente, pues no es seguro que el *muškēnum* se encontrara siempre necesariamente por debajo del *awīlum* en la escala social (Postgate, 1992, pp. 239-240). Los esclavos de compraventa, en cambio, no plantean ningún problema de definición: se les reconocía o bien por su peinado especial o por algún tipo de tatuaje, cuyo cambio o cuya supresión constituía un delito. Muchas leyes tratan del problema de los esclavos fugitivos y de su regreso. Dos leyes prevén lo que se debe hacer en el caso de que un hombre tenga hijos con su esposa y con su esclava. Cabe imaginar el tipo de problemas emocionales y sociales que podían suscitar situaciones como ésta. La norma de Hammurabi es bien clara:

> § 170: Si la esposa de un hombre le da hijos y su esclava también le da hijos, y si el padre reconoce en vida como hijos suyos a los hijos que le hubiera dado su esclava, y los pone en pie de igualdad con los hijos de su esposa, entonces, cuando muera el padre, los hijos de la esposa y los hijos de la esclava se repartirán a partes iguales la propiedad de la casa del padre; el heredero, el hijo de la esposa, sea el primero en escoger su parte y llevársela.
>
> § 171: Sin embargo, si el padre no reconoce en vida como hijos suyos a los hijos que le hubiera dado la esclava, entonces, cuando el padre muera, los hijos de la esclava no se repartirán a partes iguales la propiedad de la casa del padre; la esclava y sus hijos quedarán libres, y los hijos de la esposa no reclamarán a los hijos de la esclava como esclavos suyos (CH, §§ 170-171).

Curiosamente en el código figuran también una serie de mujeres dedicadas a las tareas del culto, cuyas relaciones con el resto de la sociedad son debidamente reguladas. Algunas podían casarse, pero no se les permitía

tener hijos, en cuyo caso debían proporcionar al marido una esclava que tuviera hijos por ellas. Uno de esos grupos (aunque no es el mismo que aparece mencionado en el código de Hammurabi), el de las *nadītu* de Sippar, lo conocemos especialmente bien por los archivos recuperados en el monasterio en el que vivían (Jeyes, 1983; Harris, 1989). Eran hijas de familias de alto rango, entre las cuales había incluso princesas de los estados vecinos. Las muchachas eran dedicadas al dios Shamash de Sippar en calidad de «esposas/prometidas», y desarrollaban unos lazos particularmente estrechos con la consorte del dios, Aya. Se llevaban consigo al monasterio su dote, y es posible que, al entrar en él, cambiaran de nombre (Dalley, 1984, p. 105). Vivían con sus servidores en una casa dentro del recinto del convento, donde permanecían enclaustradas y solteras. Uno de sus principales deberes era, al perecer, rezar por la prosperidad de su familia. Intervenían también activamente en los negocios, utilizando agentes externos y, aunque la dote así aumentada era devuelta a la familia de las *nadītum* cuando morían, podían legar libremente parte de sus propiedades personales. Podían adoptar una hija y legarle sus propiedades, aunque su familia podía impugnar el testamento. Aunque se les negaba el aspecto doméstico de la vida de las familias normales, las *nadītum* seguían manteniendo estrechas relaciones y lazos afectivos con sus familias, de las que seguían dependiendo. Eran conscientes del honor que su posición confería a sus parientes y solían aprovecharla para obtener de ellos favores extraordinarios, como vemos en esta carta de Erishti-Aya, hija del rey Zimri-Lim de Mari:

> ¡Estoy siempre rezando, siempre, siempre! ... Cuando te escribí el año pasado, me mandaste dos criadas, pero una de ellas murió y ahora me han traído otras dos, aunque una de ellas también ha muerto. Si soy el símbolo de la casa de tu padre, ¿por qué no me proporcionas lo necesario? (ARM, X, 39; Dalley, 1984, pp. 105-106).

Esto no son más que unas cuantas muestras de las numerosas actividades cotidianas que aparecen reflejadas en el código y en los documentos de carácter personal de esta época. Aunque la historia política resulte difícil de reconstruir, la documentación relativa a la vida cotidiana constituye un verdadero tesoro de información.

Decadencia de Babilonia

Suele afirmarse que el reino de Hammurabi se vino abajo casi inmediatamente después de su muerte, y que sus logros fueron tan efímeros como los de Shamshi-Adad I. En realidad es una exageración. Es cierto que sus sucesores no mantuvieron el control de todas las regiones conquistadas por él, y que la zona de Mari se perdió para Babilonia unos veinte años después de

Liber

su muerte, con el desarrollo del nuevo reino de Hana (probablemente con capital en Terqa), que debió de ocupar prácticamente el mismo territorio que en su momento ocupara Mari (G. y M. Buccellati, en Weiss, 1985 [0Gc]; Rouault, 1984). Del mismo modo, los disturbios desencadenados al sur de Babilonia, entre ellos la sublevación de Larsa, acabaron finalmente (unos ochenta años después) con la pérdida de control directo del lucrativo comercio del Golfo y de algunas de las comarcas más ricas del extremo sur, en particular los bosques de palmeras datileras y las importantes zonas pesqueras de los pantanos, tras el establecimiento de la «dinastía del País del Mar», todavía poco conocida, en esta región (*RLA*, 8, pp. 6-10). Así pues, es innegable que la extensión del reino gobernado por los descendientes de Hammurabi se redujo con el paso del tiempo, pero el proceso fue bastante paulatino y el reino de Babilonia siguió siendo una entidad política bastante importante, lo mismo que Yamhad y Hana, hasta que la ciudad fue saqueada durante una incursión del rey hitita Mursili I en 1595 a.C. (véase el capítulo 5, apartado 3): es decir, durante un período de más de 150 años. Es precisamente este éxito relativo de la dinastía, y no sus problemas y en último término su fracaso, lo que requiere ser estudiado con más profundidad.

Liber

3. EGIPTO DESDE LA DINASTÍA I HASTA LA DINASTÍA XVII (*c.* 3100/3000-1552)

El país y el medio ambiente

La famosa frase de Heródoto «Egipto es un don del Nilo» (2.5) no es ninguna exageración. El país es el oasis más grande y más fértil por naturaleza de todo el norte de África, pues el Nilo ha creado una llanura de aluvión relativamente ancha gracias a la cal y la arenisca. La situación es completamente distinta en la región que se extiende más al sur, desde las inmediaciones de Asuán hasta Sudán. Aquí el terreno de aluvión es sumamente estrecho, la corriente del río se ve a menudo interrumpida por grandes rocas que imposibilitan la navegación, y el suelo es con frecuencia pedregoso. Esta zona rocosa se llama Nubia, pero en los libros más antiguos se denomina a menudo (equivocadamente) «Etiopía». Además el valle del Nilo separa Egipto de los desiertos situados al este y al oeste. El contraste resulta sorprendente no sólo desde el aire, sino incluso a nivel del suelo: allá hasta donde llegan las tierras de regadío y los campos cultivados, el terreno es de un color marrón oscuro; inmediatamente después, comienzan los arenales amarillos del desierto. En algunos lugares podemos tener un pie en una tierra perfectamente cultivada y otro en las arenas hostiles del desierto. Dado que la zona apta para la agricultura es tan limitada, los poblados y los campos solían estar situados (aunque no siempre fuera así) en esta zona apta para el regadío, mientras que las necrópolis se hallaban relegadas al desierto.

Asuán y la primera catarata marcaban tradicionalmente la frontera meridional de Egipto ya desde comienzos de la I dinastía. De allí hacia el norte, a lo largo del Nilo hasta Menfis, se extendía la zona denominada convencionalmente «Alto Egipto», dividido en tiempos históricos en veinte distritos administrativos «canónicos» (véase *infra*, p. 184, mapa 7). Al norte de Menfis se encuentra el delta del Nilo, donde el río se divide en diversos ramales. Gran parte de esta región era pantanosa. El terreno es amplio y potencialmente muy rico, pero su carácter pantanoso hace que su explotación resulte muy difícil. Esta parte norte del país se llama tradicionalmente «Bajo Egipto», y también estaba dividido en una serie de distritos administrativos. A menudo los espe-

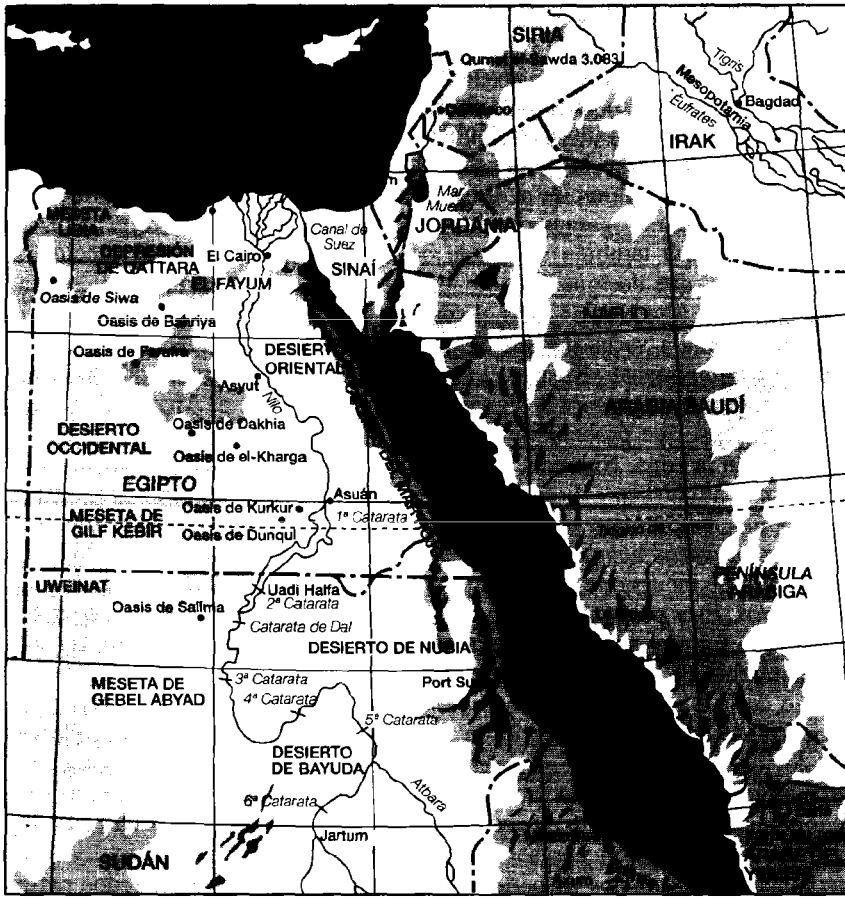
Liber

cialistas modernos llaman a la región situada entre Menfis y Ábidos «Egipto Medio». Con este término se designa la parte del país en la que el terreno de aluvión es considerablemente más ancho que en la zona situada más al sur. Pero los egipcios no la consideraban una región distinta: cuando en época histórica aluden a los «dos países», se refieren inevitablemente al Alto y al Bajo Egipto, tal como los hemos definido más arriba.

El Nilo constituía la arteria vital de Egipto, que unía las comunidades diseminadas a lo largo de sus riberas, y las comunicaciones se llevaban a cabo fundamentalmente por medio de barcazas. El protagonismo del Nilo en todos los aspectos de la vida del país se ve ilustrado perfectamente por los términos empleados en egipcio para designar las direcciones: el norte se llama «río abajo» y el sur «río arriba». En un texto de Tutmosis III (siglo XV) se nos ha conservado una explicación graciosísima (para nosotros) en la que, al describir para el público egipcio el curso del Éufrates en la Siria septentrional (que fluye de norte a sur), se afirma que el río «al correr hacia arriba, corre hacia abajo».

Pero Egipto no es sólo la estrecha franja de tierra cultivada situada a una y otra orilla del río. Los desiertos vecinos contenían también importantes recursos. Al oeste se encuentra el desierto de Libia, habitado por pastores, y salpicado aquí y allá de diversos oasis, los más grandes de los cuales son los de Bhariya, Siwa, Farafra, Dakhla, y Kharga. Durante los períodos de mayor poder político, Egipto intentó dominarlos, llegando a convertirse en destino para los desterrados. Cuando el dominio de Egipto sobre ellos era menos seguro, podían servir como refugio para los rebeldes. Estos oasis eran lugares bastante fértiles, situados a lo largo de la ruta que unía unos con otros y con Nubia, más al sur. Desde ellos partían asimismo rutas hacia el valle del Nilo (Giddy, 1987). Lo que no es tan seguro es que las grandes rutas del desierto pudieran utilizarse regularmente antes de que el uso del camello se hiciera habitual en Egipto (no antes de los siglo VI o V). También al oeste de Egipto, pero más cerca del valle del Nilo, está la depresión de El Fayum, provista de un lago alimentado por un brazo del Nilo (Bahr-Yusuf), al suroeste de Menfis. Para que la comarca pudiera ser utilizada para la agricultura, las aguas que alimentaban el lago tuvieron que ser desviadas. Fue una obra inmensa: durante la época ptolemaica (siglos III-I) se realizó un gran esfuerzo y se puso en explotación una enorme superficie de tierra en esta zona. Pero anteriormente, los faraones de la dinastía XII, que fueron los que desarrollaron fundamentalmente la región, ya habían realizado labores de entarquinamiento. Se ha llegado a pensar que hicieron útiles para el cultivo unos 450 km^2 de terreno, aunque las dimensiones exactas del mismo se desconocen. Llevando un régimen esmerado de cultivos, podían obtenerse dos cosechas al año. Otra región situada lejos del Nilo por el oeste era la de Uadi el-Natrun, cerca de la zona occidental del delta, con su gran lago de agua salada, fuente de la sosa utilizada para la limpieza, la fabricación de vidrio y la momificación.

Por el este, la península del Sinaí unía Egipto con el Asia occidental. El control de sus vías terrestres y de la ruta costera era importante para la



MAPA 5. Egipto: mapa físico.

seguridad del país y para las actividades comerciales. En el propio Sinaí se encontraban valiosas minas de turquesas y cobre (Serabit el-Khadim, Uadi Maghara). Las turquesas eran explotadas indudablemente por los egipcios desde las primeras épocas de su historia, pero la existencia de la minería del cobre no suele relacionarse con los restos egipcios. A finales del Imperio Nuevo se explotaba en beneficio de los egipcios una rica fuente de cobre mucho más al este, en Timna, cerca de la actual Elat (Rothenberg, 1972). Más al sur, directamente al este del valle del Nilo, el desierto oriental era muy rico en recursos minerales, en particular alabastro (Hatnub), cuarcita (Gebel Ahmar), grauvaca y oro (Uadi Hammamat). En diversos puntos podía enlazarse con las rutas que, cruzando las colinas del Mar Rojo, llegaban hasta la

Liber

costa, donde se encontraba un pequeño número de puertos egipcios. Desde ellos partían las expediciones por vía marítima hacia el maravilloso país de Punt, fuente del incienso, situado probablemente en la actual Eritrea.

Uno de los vecinos más ricos de Egipto y foco de atención constante de los faraones más ambiciosos era Nubia. En su parte más meridional, en la región correspondiente a la quinta y sexta catarata, Nubia es potencialmente muy fértil, y en ella florecieron al mismo tiempo que Egipto varias entidades políticas importantes, caracterizadas por una cultura propia (Trigger, 1976). El país de Nubia también se divide convencionalmente en dos secciones, «Baja Nubia», que designa la zona comprendida entre la primera y la segunda catarata, y «Alta Nubia», más al sur, que llega hasta Sudán. La Baja Nubia era denominada a veces por los egipcios «Wawat», mientras que la Alta se llamaba habitualmente «Kush». El término Kush, sin embargo, podía utilizarse de forma más vaga para designar la totalidad de Nubia. Aparecen además otros términos, que probablemente sean un reflejo de los cambios políticos ocurridos en la zona. Nubia es una región especialmente rica en depósitos de cobre, oro, amatistas y diorita. Pero además un sector bastante importante de la población, aunque bastante diseminado, se dedicaba a la agricultura, y desde los primeros tiempos de la historia de Egipto tenemos noticias de la organización de incursiones contra sus vecinos del sur en busca de ganado y de prisioneros. Esta población constituía una de las principales fuentes de mano de obra de Egipto, sobre todo para el ejército; al parecer había una especie de regimiento de policía formado casi exclusivamente por cierto pueblo originario de la Baja Nubia, los medjay. Nubia significaba además para Egipto la puerta de acceso a una serie de productos raros y exóticos procedentes del África subsahariana —pigmeos, huevos de avestruz, ébano y muchos otros artículos—, muy apreciados por los faraones. No en vano Nubia ha sido denominada el «pasillo de África» (Adams, 1975 [0Gg]). Una y otra vez, los egipcios se esforzaron por hacerse con el control de Nubia o incluso por anexionársela, al menos su parte norte, y los conflictos entre los dos países fueron endémicos.

En la medida en que podemos estudiarlo, el clima de Egipto durante la mayor parte de su historia ha sido siempre muy seco, de suerte que depende por completo del riego del Nilo para su supervivencia. El país se ha visto sometido a cambios climáticos a largo plazo, como por ejemplo, la «fase húmeda del Neolítico» (Butzer, 1976), comprendida aproximadamente entre 10000 y 5000, durante la cual los desiertos situados al este y al oeste probablemente estuvieran más poblados. Este período vino seguido de una sequía progresiva, que, al parecer, se dejó notar especialmente a finales del cuarto milenio y que provocó el gradual asentamiento de la población en el valle del Nilo. Pero aparte de esos cambios profundos y lentos, Egipto se encuentra sometido a fluctuaciones constantes del nivel de las crecidas del río, de las que dependen las cosechas. Los monzones de Etiopía hacen crecer el Nilo Azul; la pluviosidad anual y el deshielo hacen subir el nivel de las aguas del Nilo Blanco. La crecida de estos afluentes solía provocar la crecida de las

Liber

aguas del Nilo y la inundación de Sudán y Egipto cada año. La inundación anual es controlada en la actualidad por una serie de presas y esclusas, cuyas obras comenzaron en el siglo pasado (1830) y finalizaron en los años sesenta con la construcción de la gran presa de Asuán, que ha inundado permanentemente la mayor parte de la Baja Nubia formando el lago Nasser. Pero antes la crecida anual daba comienzo en Egipto hacia el mes de julio, alcanzaba su cota más alta en agosto y septiembre, y las aguas empezaban a bajar en octubre. Normalmente este régimen suministraba agua suficiente para la producción de una cosecha. El río no sólo se desbordaba, sino que además se extendía a través de una serie de canales de desagüe por las tierras bajas situadas detrás de los diques que bordean las márgenes del río, donde estaban situados los poblados. La mayor parte de los esfuerzos debían dirigirse a controlar la crecida y a utilizarla del modo más eficaz posible, labor que se realizaba a nivel de los distritos administrativos en los que estaba dividido el país (Butzer, 1976). Una vez empezaban a bajar las aguas, dejando tras de sí una rica capa de aluvión negro, se efectuaba la siembra (espelta, cebada, legumbres, verduras, sésamo y lino para tejer), y la cosecha tenía lugar entre enero y marzo. Después de la cosecha las aguas del Nilo alcanzaban su cota mínima. La crecida y la bajada del río marcaban para los egipcios el esquema de las estaciones, que no eran cuatro, como estamos acostumbrados a pensar en la Europa templada, sino tres, con arreglo a un ciclo agrícola bien definido: «inundación», «bajada de las aguas» (época de cultivo), y «sequía» (cosecha/verano). El pueblo esperaba ansiosamente cada año buenos (es decir, altos) Nilos, y se apostaban hombres al sur encargados de observar la crecida de las aguas, que enviaban mensajes al norte para que la administración central supiera de antemano si la inundación iba a ser generosa, y por lo tanto iba a haber buena cosecha, o no. Los faraones esperaban que hubiera buenos nilos como señal de que su reinado iba a ser bendecido por los dioses, como demuestra este pasaje perteneciente a un himno en honor de la ascensión al trono de Ramsés IV (dinastía XX, siglo XII):

> Nilos altos han salido de sus cavernas para refrescar los corazones de la gente sencilla (G. Maspero, *Recueil* II [1880], pp. 116-117; Erman, 1927/1966 [01], p. 279; *ANET*, pp. 378-379).

Debemos señalar otro rasgo típico del paisaje egipcio. Había zonas marginales de tierras pantanosas que no podían ser utilizadas regularmente para el cultivo. En parte proporcionaban unos pastos excelentes para la ganadería, por ejemplo para la cría de vacas. Pero las zonas pantanosas más amplias eran aprovechadas para cultivar papiro, que servía de refugio a las aves acuáticas. La caza en los pantanos constituye una de las escenas representadas con frecuencia en las pinturas de las tumbas y evidentemente era uno de los pasatiempos de la aristocracia. Pero la maleza proporcionaba en cualquier caso una fuente adicional de comida, lo mismo que la pesca. Además el papiro era naturalmente una planta muy importante para Egipto. Tenía muchí-

Liber

simos usos, como, por ejemplo, la fabricación de pequeñas barcas de junco entretejido, pero sobre todo, para mayor satisfacción de los estudiosos modernos, enseguida se convirtió en un excelente material de escritura. Gracias al clima seco de Egipto, se nos han conservado numerosos documentos en papiro que nos ofrecen un enorme volumen de información acerca de la historia del país. El papiro ya no crece en Egipto; al parecer se extinguió en la Edad Media. Más recientemente, en el curso de los últimos tres siglos, también han desaparecido el hipopótamo y el cocodrilo; anteriormente estos animales infestaban las orillas del río y los pantanos, poniendo en peligro las vidas de las gentes que vivían cerca del Nilo. La caza del hipopótamo en particular aparece representada con frecuencia en las pinturas de las tumbas, y desde luego constituía un deporte muy útil.

Historia dinástica: las fuentes y sus problemas

La historia de Egipto antes del período helenístico (ptolemaico) se divide en una serie de «dinastías», hasta el punto de que la época prehistórica recibe precisamente el nombre de «predinástica». La convención de las «dinastías» y toda la terminología relacionada con ellas procede de Manetón, erudito egipcio que escribió una historia de su país en griego a comienzos del siglo III, dividida en dinastías. Su obra sólo se nos ha conservado gracias a las citas y los resúmenes de autores de época posterior. No siempre están claros los motivos que lo inducen a agrupar a determinados faraones, pues los soberanos que reúne en una misma dinastía no siempre son miembros de una misma familia. Lo curioso que tiene el sistema de Manetón es que aparece un tipo similar de agrupamientos de los distintos reyes en un documento egipcio, conservado sólo en parte, que recibe indistintamente el nombre de «Canon de Turín», «Lista de Reyes de Turín», y «Canon Real de Turín» (Gardiner, 1959). Este texto, que nos ofrece una lista de los faraones de Egipto, fue compilado en época de la dinastía XIX (siglo XIII) y se encuentra en la actualidad en el Museo de Turín. El hecho de que Manetón y el Canon de Turín presenten una estructura análoga indica que Manetón constituye una fuente potencialmente buena y fidedigna en la medida en que refleja las tradiciones históricas egipcias correspondientes a la época del Imperio Nuevo (Málek, 1982).

¿Cómo funciona exactamente el sistema de Manetón? Tras enumerar una serie de períodos correspondientes al gobierno de los dioses (lo mismo que el papiro de Turín), presenta treinta dinastías de faraones que van desde el presunto primer «unificador» del país, Menes (*c.* 3100/3000), hasta la época inmediatamente anterior a la conquista de Egipto por Alejandro Magno (332). Este dilatado lapso de tiempo ha sido subdividido en diversos períodos por los especialistas modernos (véase el cuadro 9). Las dos primeras dinastías se distinguen hasta cierto punto del período sucesivo debido a la forma y el emplazamiento de los enterramientos reales (mastabas de Ábidos). A lo largo de la dinastía III empezaron a producirse los primeros mo-

CUADRO 9. *Egipto: cronología general*

Predinástico		?-3100*
Dinástico Temprano/Arcaico	(dinastías I-II)	*c.* 3100-2686
Imperio Antiguo	(dinastías III-VI)	*c.* 2686-2181
Primer Período Intermedio	(dinastías VII-X y comienzos de la XI)	*c.* 2180-2040
Imperio Medio	(finales dinastía XI-comienzos dinastía XIII)	*c.* 2040-1730
Segundo Período Intermedio (incluidos los «hicsos»)	(finales dinastía XIII-dinastía XVII)	*c.* 1730-1550
Imperio Nuevo	(dinastías XVIII-XX)	*c.* 1550-1080
Tercer Período Intermedio	(dinastías XXI-XXV)	*c.* 1080-664
Período Saíta	(dinastía XXVI)	664-525
Período Tardío (incluidas la 1.ª y la 2.ª dominación persa)	(dinastías XXVII-XXXI)	525-332

* La fase de transición entre finales del período Predinástico y el Dinástico Temprano se denomina a veces período «Protodinástico».

delos de pirámide, que se convertiría en la forma clásica de enterramiento real durante los mil años siguientes. Las pirámides están todas situadas en el norte, lo cual implica que Ábidos dejó de funcionar como cementerio real. A partir de la dinastía IV se expandieron los títulos y los nombres del faraón, y así dos de los nombres del soberano aparecen enmarcados en un «rótulo» (véase la figura 12), cuya forma ovalada quizá simbolizara el hecho de que el soberano reinaba sobre todo lo que quedaba dentro de la órbita del sol. Durante el período anterior, el nombre del rey era más corto y su elemento más destacado era colocado dentro del dibujo de la fachada de un palacio (*serekh*), rematada normalmente por el halcón Horus, hijo de Osiris, con el que se identificaba al monarca reinante (Gardiner, 1957, Exc. A). Debido a estos cambios suele pensarse que las dos primeras dinastías (y a veces también la III) corresponden a un período de formación llamado «Protodinástico». A continuación viene el «Imperio Antiguo», que técnicamente va desde la IV (a veces la III) dinastía hasta la VIII. Después se produjo una crisis del control del estado, que quizá no durara más de cien años, llamada «Primer Período Intermedio». La crisis concluyó con la reaparición de una autoridad central fuerte. Llegamos así al Imperio Medio (desde finales de la dinastía XI hasta comienzos de la XIII). Las diferencias estructurales e institucionales entre el Imperio Antiguo y el Medio quizá no fueran tan profundas como se creía en otro tiempo, y los egiptólogos tratan a veces juntos los dos períodos (así, por ejemplo, Kemp en Trigger *et al.*, 1983 [0D]; 1989 [0Ga]). Después del Imperio Medio viene una etapa bastante larga de frag-

Libel

mentación del poder, llamada «Segundo Período Intermedio», de unos doscientos años de duración. Durante parte de este período, un sector importante del país quedó en poder de unos faraones de origen extranjero, pertenecientes a la dinastía llamada de los «hicsos». Los quinientos años siguientes constituyen el Imperio Nuevo (dinastías XVIII-XX), tras el cual viene el «Tercer Período Intermedio» (dinastías XXI-XXV), que duró casi cuatro siglos. Comienza entonces el «período Tardío», durante el cual los faraones de la dinastía XXVI (los llamados «saítas») establecieron su dominio sobre la totalidad de Egipto. En 525 el país fue conquistado por los persas y se convirtió en provincia del imperio aqueménida hasta *c.* 400. Hasta que los persas reconquistaron Egipto en 343 se sucedieron tres dinastías locales ideológicamente muy importantes, aunque poco duraderas. Según parece, la historia de Manetón y su exposición de los hechos por dinastías acababan aquí. Posteriormente se añadió a la obra una «dinastía XXXI», que representaría la segunda «dominación persa», a la que puso fin la conquista de Alejandro de Macedonia en 332.

El sistema correspondiente a esta burda clasificación de la historia de Egipto presenta una serie de períodos de fuerte control por parte de un estado unificado que se alternan con sucesivos «períodos intermedios», en los que la unidad de Egipto se habría venido abajo. Da también una impresión enorme de continuidad, de lucha constante por regresar a una forma política ideal, «correcta». Y desde luego lo que es continuidad —institucional, cultural y artística— la hubo. Muchas de las formas básicas de la vida de Egipto desarrollaron una serie de normas estándar desde los primeros momentos de su historia, que se modificaron relativamente poco con el paso del tiempo. Pero conviene tener en cuenta que esas normas representan estereotipos idealizados que enmascaran de hecho la realidad de unos cambios a menudo profundos. Esta circunstancia puede dificultar mucho la identificación de transformaciones radicales: se subrayan una y otra vez la inmovilidad externa, las formas eternas, bajo las cuales se ocultan modificaciones importantes. No es esta una característica exclusiva de Egipto. Pero el hecho de que esta ideología tan potente domine la documentación histórica del país en muchos períodos obliga al historiador a enfrentarse con una serie de dificultades especiales al intentar desafiar esa imagen oficial.

1. La formación del estado egipcio

Tradición de unificación

Un rasgo dominante de la cultura egipcia, que ha creado una imagen normativa de lo que constituía el país, es que era una tierra dividida en dos partes —el Alto y el Bajo Egipto (*véase supra, pp.* 141-142)—, unidas por la autoridad del faraón. La poderosa imagen que ofrecían los faraones en las épocas de mayor fuerza política era la de que el Egipto «unificado» constituía la única

forma armónica y correcta de que existiera el país. Esa imagen se ve corroborada por el Canon de Turín y la obra de Manetón: los dos comienzan por Menes, de la dinastía I, al que presentan como primer soberano no divino de la totalidad de Egipto. Se ve respaldada asimismo por la Lista de Reyes de Ábidos, escrita en las paredes del templo de Sety I (dinastía XIX, *1305-1290* [1294-1279]). La lista presenta como antecesores de Sety únicamente a los reyes que gobernaron la totalidad de Egipto, omite por completo a los de los dos períodos intermedios, y desde luego empieza también por Menes.[1] Más o menos el mismo sistema encontramos en la llamada «Lista de Reyes de Karnak», que también da los nombres de los faraones desde Menes hasta Tutmosis III (dinastía XVIII, 1490-1436 [1479-1425]), pero omite a los monarcas de los períodos intermedios. Así, la impresión dominante, a juzgar por estas fuentes, es la de que, a comienzos de la dinastía I, Menes unificó Egipto y fomentó su desarrollo como estado poderoso y próspero. Todos los soberanos sucesivos intentaron mantener o, en caso de necesidad, volver a crear esa unidad, cuya expresión más típica eran los títulos y nombres reales, así como una serie de símbolos regios (Frankfort, *1948* [0L]). De ese modo, el faraón era siempre idealmente «rey del Alto y Bajo Egipto» (su nombre, *nsw-bity*), simbolizado por el junco del Alto Egipto y la abeja del Bajo Egipto (véase la figura 12). Era también el «amado de las dos señoras». Este título aludía a dos diosas: una, el buitre Nekhabet, diosa de Nekhab (cerca de Hieracómpolis), en el Alto Egipto; la otra era la cobra, Wadjet, de Buto, en el delta. El rey llevaba además una doble corona, cuyos dos elementos tenían que ver con el Alto y el Bajo Egipto: la corona blanca del Alto Egipto era una especie de casco alto de cuero (?); la corona roja del Bajo Egipto parece que estaba hecha originalmente de juncos (al menos en parte). Las dos coronas aparecen tradicionalmente combinadas (véase la figura 12), evocando una vez más, de modo harto concreto, la unión de los «dos países», el Alto y el Bajo Egipto. Esta idea de que Egipto estaba formado por dos países unidos no sólo por el faraón, sino además en su persona, lo impregnaba todo y afectaría a la iconografía real en casi todos sus aspectos durante el período dinástico.

Esta circunstancia contribuye a iluminar la importancia que en la idea egipcia de la historia tenía la unificación concebida como acto regio: para los habitantes del antiguo Egipto el comienzo de la historia de la humanidad venía marcado por la aparición de Egipto como estado. Pero a los especialistas modernos les cuesta trabajo aceptar la tradición tal cual. Se suscitan algunas cuestiones, como por ejemplo: ¿qué es lo que debe entenderse por «unificación» en esta época? ¿Fue un hazaña lograda por un único monarca especialmente poderoso o, por el contrario, fue un proceso más largo? ¿Qué fue exactamente lo que se unificó en esta época primitiva? ¿Fue el delta y el Alto Egipto, o deberíamos quizá pensar en la existencia de otras entidades geopolíticas en el período predinástico? ¿Existe una diferencia susceptible de ser definida claramente entre el período anterior a la «unificación» y la fase «dinástica arcaica» inmediatamente sucesiva, o bien se produjo una evolución gradual, paulatina, desde finales del período predinástico hasta la época dinástica arcaica?

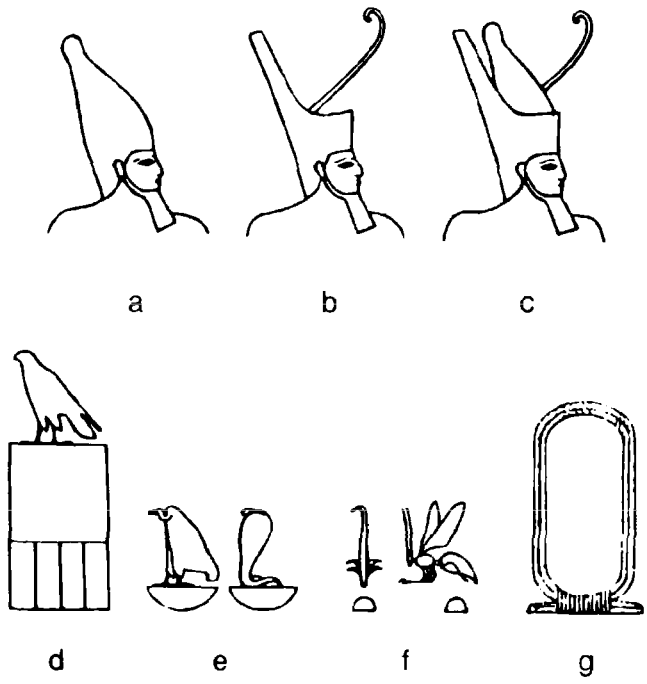


FIGURA 12. *a*) Corona blanca; *b*) corona roja; *c*) doble corona; *d*) *serekh* (fachada de palacio rematada por el halcón Horus); *e*) las «dos señoras» (el buitre y la cobra); *f*) *nsw-bity* (junco y abeja); *g*) rótulo.

Testimonios

Las respuestas a estas preguntas dependen de una serie de fuentes diversas y de los problemas relacionados con su interpretación. Es evidente que Manetón reproducía una tradición existente en el Imperio Nuevo (como demuestran el Canon de Turín y las listas de Ábidos y Karnak), pero ¿qué es lo que refleja esa tradición del Imperio Nuevo? ¿Se basaba en algún tipo de material documental que se remontaba a una época todavía más antigua? ¿O se elaboró a partir de las ideas dominantes durante el Imperio Nuevo a falta de otras pruebas? Otro problema suscitado por las listas es que habitualmente sólo dan uno de los nombres de los reyes, normalmente el *nsw-bity*, pero los faraones tenían por lo menos tres nombres distintos ya en el período dinástico arcaico, esto es, el *nsw-bity*, el de «las dos señoras» (*nbty*), y el de Horus (es decir, el nombre que llevaba como encarnación del halcón divino, asociado con Ra, dios del Sol). Por desgracia, muchas de las inscripciones de los monumentos conservados del período más antiguo sólo dan el

Libros

nombre de Horus. Los problemas que llegan a plantear los intentos de identificar un determinado nombre *nsw-bity* con un determinado nombre de Horus son evidentes.

Una fuente muy importante, bastante más próxima cronológicamente al período dinástico arcaico que las que acabamos de mencionar, es la piedra de Palermo. Originalmente era una lápida bastante grande, de unos 2 m de largo por 0,60 m de alto. El texto fue compilado durante la dinastía V (2494-2345) y por lo tanto está considerablemente más cerca en el tiempo de los primeros faraones históricos que los documentos del Imperio Nuevo, aunque lo separan de ellos casi seiscientos o setecientos años. El texto adopta la forma de una especie de «anales», que recogen por años algunos de los acontecimientos más importantes del reinado de cada soberano. Por desgracia sólo se conservan fragmentos muy pequeños de la lápida (el más grande se encuentra en el museo de Palermo, y de ahí su nombre), de forma que se han perdido los nombres y los acontecimientos de casi todos los faraones de las dinastías I y II. Un rasgo interesante de este documento es que daba una lista de los faraones a partir de la «unificación». De hecho, la piedra de Palermo indica que bastante antes de Menes ya se había producido una unificación, que, sin embargo, se había roto, de suerte que, según parece, se presentaba a Menes como el restaurador del orden político anterior. Este testimonio ha dado lugar a varias teorías distintas: algunos autores lo han tomado más o menos al pie de la letra (Scharff y Moortgat, 1950), mientras que otros (Baines y Málek, 1980 [0A]; Trigger en Trigger *et al.*, 1983 [0D]) postulan que el modelo de unificación-desintegración anterior a la dinastía I es una proyección al pasado de una norma histórica elemental, y que es una invención posterior sin ninguna base real: reflejaría la idea de que no es posible que haya unificación sin que exista una fragmentación previa, que a su vez no habría podido existir de no haber habido anteriormente una unidad, y así sucesivamente.

Existe otra lista de reyes, escrita en la tumba de un escriba de la dinastía XIX (1306-1185 [1295-1186]), llamada la «tablilla de Saqqara». Contiene los nombres de los faraones hasta Ramsés II, pero empieza sólo en el sexto faraón de la dinastía I (Anedjib, véase el cuadro 10). ¿Significa esto que existía una tradición que no reconocía los reinados de los cinco primeros faraones? Y si era así, ¿por qué? ¿Hubo alguna resistencia al dominio de los primeros reyes en esta zona del Bajo Egipto? (Emery, 1961).

Una categoría distinta de testimonios es la que forman los «monumentos a la unificación». Ha venido utilizándose este término para designar una serie de materiales epigráficos y pictóricos diversos que pueden datarse aproximadamente en el momento crucial de los comienzos de la dinastía I (para un análisis más reciente, véase Millet, 1990). Los objetos más importantes y curiosos son una serie de paletas conmemorativas de pizarra, bastante bonitas, y unas cabezas de maza, en particular la maza del Escorpión, la paleta de Narmer y la maza de Narmer (o «de las bodas») (véase la figura 13). Fueron encontradas cuidadosamente depositadas entre unos muros de

Liber

CUADRO 10. *Cronología del Egipto predinástico y dinástico arcaico*

	Alto Egipto		Bajo Egipto
5000	Badariense		Merimde/Fayum A
4000	Amratiense (Naqada I)		¿Omari A?
3500	Gerzeense arcaico (Naqada II)		¿Omari B?
3300	Gerzeense tardío (Naqada II)		Gerzeense tardío/ Ma'adi
3100	Protodinástico (Naqada III)		Protodinástico
c. 3100-*c.* 2890		*Dinastía I*	
		Narmer	
		Djer	
		Djet	
		Den (Udimu)	
		Anedjib (Enezib)	
		Semerkhet	
		Qaa (Ka'a)	
c. 2890-*c.* 2686		*Dinastía II*	
		Hetepsekhemwy	
		Nynetjer	
		Weneg (nombre personal	
		Sened (nombre personal)	
		Sekhemib } ¿el mismo rey?	
		Peribsen }	
		Khasekhem } ¿el mismo rey?	
		Khasekhemwy }	

fecha muy posterior en un templo de Hieracómpolis, y su cronología resulta problemática. Las etiquetas y sellos de los ajuares fúnebres de Ábidos, asociados a algunos de los primeros faraones, constituyen otra fuente, aunque en este caso se plantea el problema de identificar los nombres *nsw-bity* y los de Horus.

Los principales yacimientos arqueológicos para el período decisivo son las tumbas de Naqada, Ábidos y Hieracómpolis (todas ellas en el Alto Egipto, véase el mapa 6), y las de Saqqara y Helwan en el Bajo Egipto. Lo importante es que los yacimientos del Alto Egipto producen materiales tanto del período predinástico como del dinástico arcaico, de suerte que efectivamente podemos rastrear la evolución de la cultura material. Todos estos materiales arqueológicos dan la impresión de que la cultura predinástica del Alto Egipto llamada «gerzeense tardía» (o «Naqada II», véase el cuadro 10) se desarrolló con mu-

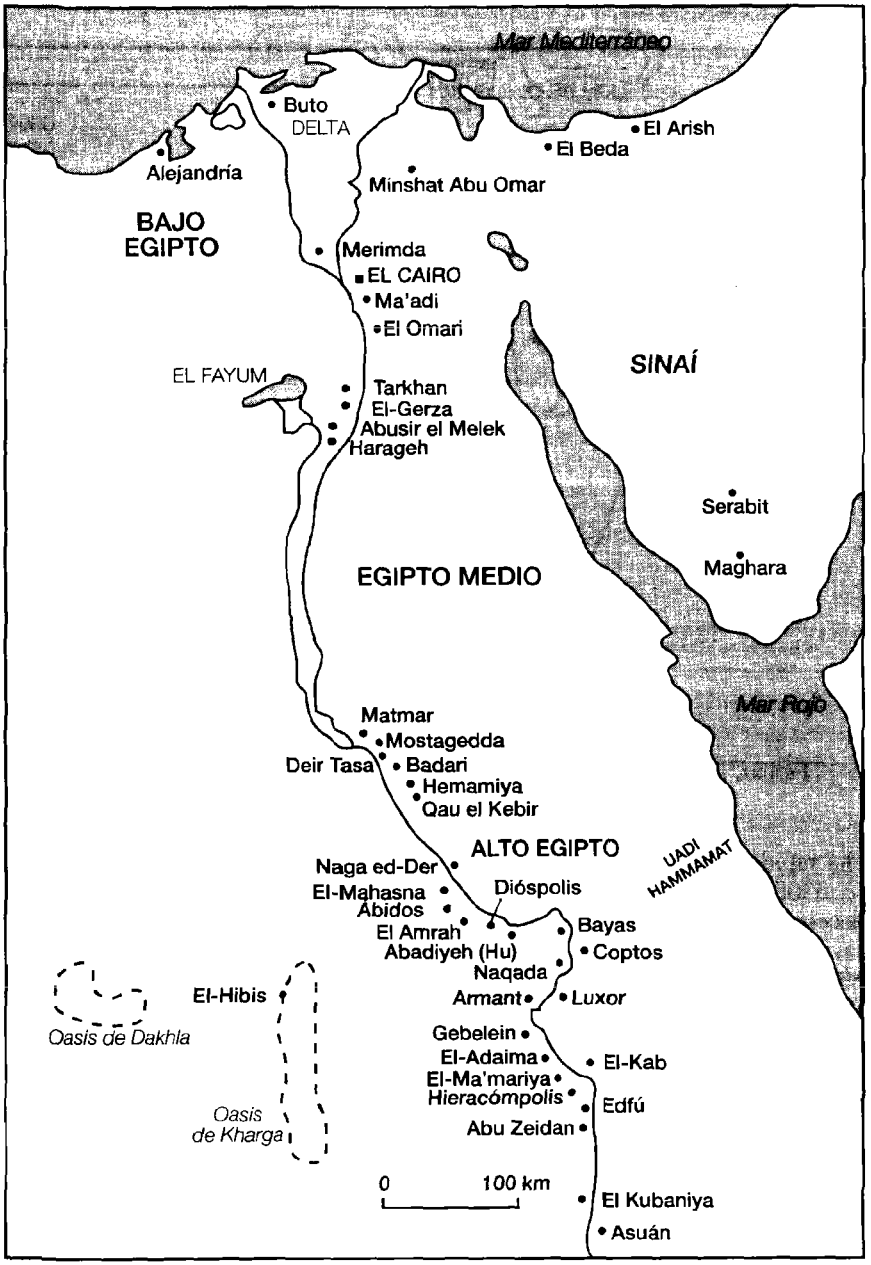
Liber



FIGURA 13. Paleta de Narmer (Museo de El Cairo; dibujo de D. Saxon).

cha rapidez y durante sus últimos estadios se difundió por casi todo Egipto (*c.* 3300-3100). Refleja una sociedad opulenta, diferenciada socialmente, con acceso a cantidades considerables de artículos de lujo, cuya aristocracia subrayaba la superioridad de su rango a través de grandes edificios, tumbas soberbias, y objetos refinadamente decorados. Hay una serie de artículos que indican que a la cabeza del sistema político había unos príncipes o reyes, y algunos aspectos, tales como la forma de los enterramientos, la representación visual de las actividades regias y los estilos artísticos, muestran estrechos vínculos con el período dinástico arcaico sucesivo.

A pesar de esa aparente continuidad cultural del período gerzeense tardío, debemos resaltar algunas diferencias con la civilización dinástica arcaica. Así las construcciones funerarias son muchísimo más elaboradas y grandes en el período dinástico arcaico y la escritura hace su aparición de modo repentino y, al parecer, ya plenamente desarrollada. Da la impresión de que los faraones del período dinástico arcaico disponían de excedentes enormes en forma de productos tecnológicos, alimentos y recursos materiales, a una escala sin precedentes. Evidentemente había [illegible]rido un estado muy grande desde el



MAPA 6. Centros del Egipto predinástico.
Liber

punto de vista político, con unas fronteras definidas con exactitud, a la cabeza del cual había un rey con una ideología divina, una imaginería y un ceremonial sumamente desarrollados y sofisticados. Así pues, aunque podemos ver precedentes de esa evolución en el Egipto del gerzeense tardío, no existe en él nada que nos permita prever las dimensiones y el refinamiento propios del período dinástico arcaico. Precisamente por qué y cómo se produjo con tanta rapidez y de un modo tan repentino esta evolución constituye una de las cuestiones más debatidas de la historia de Egipto. Y naturalmente en el fondo no tiene respuesta. Los intentos de explicación van desde los que hablan de invasiones extranjeras (basándose sobre todo en consideraciones lingüísticas) o de estímulos menos directos, especialmente provenientes de Mesopotamia y Elam (basándose en los motivos artísticos), a los que se remiten a la presión demográfica y los cambios climáticos (reflejados en el incremento de las dimensiones de los asentamientos y la intensificación del aprovechamiento de las tierras). Probablemente, como ha postulado Hoffman (1980), es un error buscar un único factor como estímulo fundamental del desarrollo extraordinariamente rápido de Egipto.[2]

Culturas predinásticas

Para determinar cómo todos estos factores tan heterogéneos llegaron a desempeñar un papel en el nacimiento de Egipto como estado, es imprescindible conocer algo de las culturas predinásticas (Baumgartel, 1955-1960). Los testimonios de los que disponemos plantean algunos problemas, tales como el carácter marginal de algunos de los yacimientos excavados (El Fayum A), o la destrucción deliberada por parte de los primeros excavadores de los materiales que no les parecieron atractivos (Ábidos). También se discute de dónde proceden los elementos básicos para el desarrollo de la agricultura (plantas y animales) en Egipto (Hoffman, 1980; Trigger en Trigger *et al.*, 1983 [0D]). Por último existen algunas incertidumbres respecto a las secuencias culturales y su datación. La brillante tentativa realizada por Petrie de elaborar un cuadro de esta última basándose en la cerámica (su famoso sistema de «datación de secuencias», «DS» en abreviatura; Petrie, 1901, 1920-1921) estableció una cronología relativa que ha sido fundamental durante mucho tiempo y se ha visto corroborada en buena parte posteriormente gracias a la labor de otros estudiosos (Baumgartel, 1970; Hoffman, 1980; Adams, 1988). A pesar de las incertidumbres, el panorama general del Egipto predinástico es claro: existía una neta división cultural entre el Alto y el Bajo Egipto.

En el Alto Egipto, el yacimiento típico de la cultura sedentaria más antigua es Badari, habiéndose encontrado materiales también en Deir Tasa y Hemamiya. La cronología exacta no es segura, pero *quizá* se remonte incluso al año 5000 aproximadamente y, al parecer, perduró hasta *c.* 4000; asimismo da la impresión de coincidir en algún momento con la cultura sucesiva,

Liber

la amratiense (originaria de El Amrah). Durante la etapa badariense, se practicaban la agricultura y el pastoreo, aunque los signos de diferenciación social son muy escasos. La cultura amratiense (también llamada Naqada I, *c.* 4000-*c.* 3500) se caracteriza por su cerámica rematada en negro y un mayor refinamiento de los trabajos de cantería. En particular las paletas de pizarra de formas animalescas (para moler la pintura para los ojos) y las mazas en forma de disco son algunos de los elementos del ensamblaje cultural, lo cual indica que había surgido un grupo aristocrático que los usaba para definir su estatus. La cultura gerzeense (Naqada II-III, *c.* 3500-3100/3000) se difundió en sus últimas etapas por todo Egipto. Muestra numerosas afinidades con la amratiense y quizá represente una evolución directa de ésta. Por ejemplo, en esta época se produjeron algunos objetos típicamente amratienses, como las paletas y las mazas, con una decoración incluso más complicada, aunque sus formas son distintas (paletas romboidales y mazas en forma de pera). Se incrementó el uso del cobre y, a finales de este período, existen claros indicios —por ejemplo, el empleo del lapislázuli o la cornalina, y ciertos motivos artísticos— de contactos con localidades situadas fuera de Egipto. El gerzeense muestra algunas semejanzas con ciertas culturas de Nubia por el sur (hasta la altura de Jartum). Pero las dos regiones fueron diferenciándose cada vez más a medida que Egipto empezaba a convertirse en un estado grande y poderoso. Los escasos testimonios que se nos han conservado de los modelos de asentamiento en esta fase indican que las casas se agrupaban alrededor de la mansión del jefe, que la densidad de población se incrementó, y que los miembros de la elite de la sociedad eran enterrados en medio de suntuosos ritos fúnebres (*Hoffman, 1980*).

En cambio, en el Bajo Egipto los yacimientos excavados no muestran el tipo de uniformidad característica del Alto Egipto. Merimde (*c.* 4300-3800), en el extremo occidental del delta, era un poblado de pequeñas unidades familiares dedicadas a la agricultura; mientras que El Fayum A (*c.* 4600-*c.* 4000) contaba con una población dedicada fundamentalmente a la caza y la recolección. El Omari (a partir de *c.* 3500), cerca de Helwan, comprende varios centros distintos, algunos de los cuales siguieron prosperando hasta bien entrado el período dinástico arcaico, con pocos indicios de cambios estructurales: se trataba de una comunidad agrícola sencilla en la que prácticamente no existen testimonios de estratificación social. Ma'adi (*c.* 3300-3100) está situada a unos 10 km más al norte, en la ruta que se dirige hacia el Sinaí, donde posteriormente los egipcios enviarían expediciones mineras. El yacimiento tiene rasgos en común con el sur de Palestina, como muestran las casas en parte subterráneas y las tinajas con asas. Ma'adi ha producido además los primeros testimonios de cobre fundido en Egipto. Por consiguiente debemos suponer que mantenía contactos regulares con la zona del Sinaí y quizá con el sur de Palestina. La imagen del Bajo Egipto que ofrecen estos yacimientos es la de una serie de comunidades culturalmente heterogéneas, que no muestran unas afinidades demasiado estrechas entre sí ni tampoco verdaderos signos de estratificación social. Pero se hace necesaria

la cautela: el importante yacimiento de Buto, en el delta, considerado convencionalmente capital del «reino del Bajo Egipto», no ha empezado a ser investigado hasta hace poco, debido a las enormes dificultades físicas. Se han encontrado testimonios de un asentamiento predinástico que acaso nos obliguen a modificar nuestra imagen del Bajo Egipto durante esta época (Spencer, 1993).

Replanteamiento de la unificación de Egipto

La elaboración de una imagen del proceso que condujo a la formación del estado sobre una base como esta se halla condenada a permanecer en el ámbito de lo hipotético. Un modelo *posible*, basado en los testimonios provenientes de Hieracómpolis, es que, debido a la aridez cada vez mayor del desierto entre *c.* 3300 y 3100 (Butzer, 1976), el valle del Nilo experimentó una mayor densidad de población, concentrándose la mayoría de los habitantes en las zonas más accesibles desde el desierto. Ese es el modelo que podemos rastrear en Hieracómpolis, donde el poblado se encontraba originalmente diseminado por el uadi, hacia el oeste, pero se concentró hacia el año 3100. Este crecimiento de la población del valle hizo que adquirieran más importancia todavía el hacer un uso óptimo de la crecida natural del Nilo y el proteger a las comunidades de los desastres de la inundación. Probablemente provocara también un aumento de la cantidad de tierra apta para el cultivo. Pero, al no poderse utilizar, por quedar demasiado altos, los límites del desierto, la única tierra aprovechable que quedaba se encontraba al norte y al sur. De hecho, la expansión hacia el sur no tenía más remedio que ser limitada, pues las tierras aptas para el cultivo empiezan a escasear más allá de la primera catarata. Así pues, en general, la expansión hacia el norte, a lo largo del valle del Nilo, era la solución más obvia y de hecho parece que fue eso lo que ocurrió. Esta circunstancia habría dado lugar a una presión destinada a provocar conflictos con otros asentamientos. Una alternativa —o una secuela— de esos conflictos habrían sido las alianzas entre vecinos con el fin de maximizar el poderío militar y mantener el control del terreno ganado. En último término, el resultado habría sido un notable engrandecimiento de las entidades políticas.

En vista de los testimonios provenientes del Alto Egipto que hablan de la existencia de grupos aristocráticos o familias dominantes, parece bastante probable que dichos grupos desempeñaran un papel destacado en ese engrandecimiento y que de paso se incrementara su preeminencia política. Los materiales conservados indican que eso es exactamente lo que sucedió: las figuras de los soberanos representados en las paletas decoradas y en las mazas son gigantescas, comparadas con las de sus acompañantes, y aparecen ejecutando actividades políticas muy significativas, como por ejemplo inaugurando las obras de regadío, venciendo en el campo de batalla o cazando (véase *supra*, figura 13). Las dimensiones de las figuras y las actividades que realizan

Liber

prefiguran las representaciones típicas de los faraones egipcios en épocas posteriores. Los edificios de culto (Hieracómpolis, y posiblemente el-Gerza) y las grandes construcciones fúnebres (Naqada) implican que se producían copiosos excedentes con los que se mantenían y sustentaban las actividades emprendidas por esos reyes, y la finalidad de todas esas obras era conmemorar sus grandes logros. Los enterramientos secundarios que rodean a las grandes tumbas principales probablemente reflejen la creación de grupos de subordinados.

Los objetos de este período provistos de decoraciones exóticas que se han encontrado esporádicamente, caracterizados por el empleo de motivos mesopotámicos y elamitas, reflejan las demandas de un pequeño grupo dominante de familias ricas, que utilizaban esos objetos de prestigio para subrayar su mayor poder y su estatus (Hoffman, 1980; Moorey, 1987). Los artículos de lujo hablan también de la existencia de artesanos cualificados que podían satisfacer las exigencias de los miembros más destacados de la comunidad. El empleo de materiales raros supone la existencia de un sistema de intercambios comerciales bastante amplio y complejo, que seguramente habría sido organizado y en buena medida controlado por los soberanos locales. A medida que se intensificó la competencia por la obtención de los recursos exóticos, los soberanos que controlaban el acceso hasta ellos habrían alcanzado una posición que los fortalecía frente a sus vecinos. Semejante hipótesis explicaría la importancia que tuvieron en esta época ciudades tales como Hieracómpolis, Coptos/Naqada, y Ábidos, todas ellas situadas al final de las rutas de los uadis, cerca de las fuentes de oro, cobre y piedras duras del desierto oriental. El emplazamiento de estas ciudades —todas ellas al sur— las habría ayudado a establecer contactos comerciales con Nubia, de donde se importaba ébano y posiblemente también marfil.

Este modelo de desarrollo del estado a finales del período predinástico indica que se trató de un proceso de transformación gradual, que contradice la tradición egipcia de un acto aislado de unificación por obra de un solo rey, Menes. Esta circunstancia no tiene por qué plantear problemas a la hora de interpretar la información con la que contamos. Es muy posible que el Menes de la tradición posterior fuera simplemente uno de los protagonistas del largo proceso de cohesión del país en un todo único. Estaba relacionado con la fundación de Menfis, lo cual indica que el establecimiento de esta ciudad como uno de los principales centros reales constituyó un paso decisivo en el proceso de expansión, con el fin de fortalecer el control del delta. Un hecho que parece bastante probable es que esa primera «unificación» no fue la del Alto y el Bajo Egipto. No existen pruebas inequívocas de que existiera alguna vez un reino del Bajo Egipto mínimamente importante. Todo apunta hacia la formación de un reino del Alto Egipto cada vez más homogéneo, provisto de instituciones políticas incipientes. Fue esta entidad fuerte y claramente definida, poco antes de la instauración de la dinastía I y durante el tiempo en que ésta ocupó el trono, la que consiguió incorporar gradualmente las diversas comunidades menores del Bajo Egipto. La división tradicional

de época posterior entre Alto y Bajo Egipto quizá sea una creación ulterior del período histórico, y no tenga nada que ver con el nacimiento de Egipto como estado (Kemp, 1989 [0Ga], p. 44).

El Egipto dinástico arcaico

El proceso relativamente gradual de la formación de Egipto como estado implica que el paso del período prehistórico al histórico resulta difícil de rastrear con precisión. La mejor manera de interpretar el período dinástico arcaico (*c.* 3100-2686) es pensar que fue una etapa de transición y consolidación, que tardó bastante tiempo (entre 250 y 400 años) en llevarse a cabo; una época en la que Egipto desarrolló los rasgos considerados típicos de la civilización egipcia posterior. Por desgracia es imposible reconstruir su historia, más allá de elaborar una lista de nombres de reyes, cuyo orden es bastante seguro a partir de los cuatro primeros.

Pero podemos definir sus características más destacadas, que nos ofrecen algún indicio de los grandes cambios sociopolíticos acontecidos. En primer lugar, desde comienzos de la dinastía I, se daba por sentado que un solo faraón dominaba Egipto desde el delta hasta la primera catarata. En segundo lugar, el regionalismo cultural del período predinástico desapareció por completo, desde luego en las capas más elevadas de la estructura social; la cultura egipcia adquirió una homogeneidad que la distingue claramente de sus vecinos del oeste, del sur y del noreste. De resultas de este proceso de autodefinición política y cultural, los pueblos situados más allá de las fronteras de Egipto quedaron clasificados como enemigos del país, que suponían una amenaza eterna a la coherencia y la seguridad del estado (Valbelle, 1990). La imagen del faraón aplastando a esos adversarios se convertiría en una de las representaciones típicas de la monarquía. Menfis surgió como una importante sede del gobierno, con un emplazamiento ideal para dominar la zona recién incorporada del delta, para explotar sus ricas tierras de pasto y de cultivo, y cerca de las rutas que conducían a los ricos depósitos de cobre y de turquesas del Sinaí, y a Palestina. Las impresiones de los sellos y los objetos con los nombres de los faraones de la dinastía I descubiertos en Palestina demuestran que ya en esta época tan temprana los soberanos egipcios y la familia real controlaban las actividades comerciales con sus vecinos del norte (Quark, 1989; Ben-Tor, 1992, pp. 93-95). Las grandes necrópolis establecidas en Saqqara, encargadas de expresar físicamente la presencia y el control de los monarcas, vienen a subrayar la importancia de Menfis, aunque es probable que los faraones fueran enterrados en Ábidos (Kemp, 1966), donde se les rendía un culto muy elaborado.[3] El empleo de un sistema de escritura tan complicado como el jeroglífico (véase Davies, en Hooker, 1991 [0H]) se desarrolló muchísimo en esta época para celebrar las hazañas de los reyes (J. Ray, *World Archaeology*, 1986 [0H]; Baines, 1989) y, a un nivel más prosaico, para llevar las cuentas de los ingresos y los gastos reales.[4]

Liber

Se cobraban impuestos sobre la producción agrícola, las cosechas y los animales. El nivel de los impuestos se fijaba tradicionalmente en el curso de una inspección bienal, realizada por el faraón y su corte. Este habitual viaje de inspección que realizaban los faraones se denominaba «recuento del ganado» o, de modo más grandilocuente, el «séquito de Horus» (Horus = rey), y servía como sistema para computar los años de reinado de un faraón. Los impuestos eran recaudados en especie y guardados en los almacenes reales para ser distribuidos cuando el monarca así lo exigiera y ordenara. El registro regular de los niveles del Nilo, que empezó a llevarse en esta época, indica que existía cierto grado de planificación económica; basándose en los niveles del río el estado podía efectuar una predicción aproximada de la cosecha que iba a obtenerse. El propio faraón poseía grandes extensiones de tierra, entre ellas viñedos en el delta, aunque no se sabe cuál era la proporción de tierras de cultivo que estaba en manos del monarca. Parece probable que los oficiales administrativos pertenecieran inicialmente a las aristocracias locales, propietarias a su vez de tierras. Poco a poco fueron transformándose en funcionarios reales, servidores del faraón, que eran trasladados de un destino a otro a medida que lo requería el gobierno, aunque no se sabe hasta qué punto era definitivo el cambio. Es posible que los grados más altos del escalafón administrativo fueran ocupados por miembros de la familia real.

Todos estos desarrollos fundamentales se hacen visibles en tiempos de las dinastías I y II. A finales del período dinástico arcaico, Egipto era un estado grande, unido bajo un soberano supremo y absoluto, que había concentrado eficazmente en sus manos toda la riqueza y el poder político. Su posición se veía ratificada por una serie de ceremonias y ritos extraordinariamente complejos y elaborados, que venían a subrayar su naturaleza divina. Las impresionantes tumbas reales, grandiosas y elaboradas, en cuya construcción y en cuyo mantenimiento, aprovisionamiento y culto se invertía una proporción significativa de los recursos humanos y materiales de Egipto, constituían otra manifestación perdurable de esa naturaleza.

2. Egipto durante el Imperio Antiguo (dinastías III-VI: *c.* 2686-2181)

Suele decirse que el Imperio Antiguo comienza en Egipto con el primer faraón de la dinastía III (del que por lo demás no sabemos casi nada) y que acaba con el reinado de Pepy II, de la dinastía VI (2345-2181). Tenemos conocimiento de los sucesores de Pepy II y de otras dos dinastías de Menfis (la VII y la VIII), pero los reinados de estos monarcas fueron tan breves y su número tan grande que da la impresión de que tuvieron serios problemas para mantenerse en el poder. Así pues, lo mejor quizá sea estudiar esta fase junto con la cuestión del hundimiento del Imperio Antiguo (véase el capítulo 3, apartado 3). La duración del Imperio Antiguo fue de unos quinientos años

Liber

CUADRO 11. *Cronología: Imperio Antiguo*

Dinastía III (*c.* 2686-2613 o 2649-2575)
Sanakhte
Netjerirykhet (Djoser/Zóser)
Sekhemkhet
Khaba
Huni (Nisuteh)

Dinastía IV (*c.* 2613-2494 o 2575-2465)
Snefru
Queops (= Khufu)
Redjedef (Djedefre)
Quefrén (= Khafre)
Micerino (= Menkaure)
Shepseskaf

Dinastía V (*c.* 2494-2345 o 2465-2323)
Userkaf
Sahure
Neferirkare Kakaï
Shepseskare Isi
Neferefre
Neuserre
Menkauhor Akauhor
Djedkare Isesi
Unis

Dinastía VI (*c.* 2345-2181 o 2323-2150)
Teti
Userkare
Meryre Pepy I
Merenre Antiemsaf
Neferkare Pepy II
Netjerykare
Nitokris (reina)

Dinastía VII (*c.* 2181-2173 o 2150-2142)
aproximadamente nueve faraones

Dinastía VIII (*c.* 2173-2160 o 2142-2129)
aproximadamente seis faraones

aproximadamente, época durante la cual Egipto se mantuvo unido como una entidad fuerte y cohesionada.

Para establecer la cronología de los faraones se utilizan las listas de reyes. Particularmente importante es la piedra de Palermo (véase *supra*, p. 151), que recoge algunos de los acontecimientos más notables de los distintos reinados; da también los niveles del Nilo y alude a los «recuentos del ganado» del faraón (*ARE*, I, §§ 146-148; Roccati, 1982, §§ 6-33; véase Barta, 1981). Existe un pequeño problema, por cuanto no es seguro si los recuentos de ganado seguían llevándose a cabo cada dos años, o si en un determinado momento se convirtieron en una operación anual. Esta circunstancia afecta evidentemente al cálculo de la duración de los distintos reinados. Pero la principal dificultad que plantean las valiosas informaciones recogidas en la piedra de Palermo es que no pasan de la dinastía V. La otra fuente es el Canon de Turín (véase *supra*, p. 146). Ofrece una lista de los faraones de las dinastías III-VIII como si fueran de Menfis (lo mismo que Manetón). En el papiro, el nombre del faraón Zóser (el segundo rey de la dinastía III) ha

Liber

sido subrayado en rojo, hecho que probablemente aluda a la fama de la que gozaba durante el Imperio Nuevo como constructor de la gran pirámide escalonada de Saqqara, y amigo de Imhotep, el célebre sabio y supuesto arquitecto de su tumba.

Testimonios de la época

El tipo de fuentes que se nos han conservado impide que podamos escribir una historia narrativa coherente del Imperio Antiguo. Por otra parte, comparadas con las del período anterior, son bastante completas. Pero adolecen de serias limitaciones. Las fuentes de la época consisten, ante todo, en textos oficiales encontrados, por ejemplo, en los enterramientos reales. Se conservan en buena parte los monumentos faraónicos provistos de inscripciones, en particular tumbas, relieves en templos funerarios (especialmente a partir de la dinastía V), y estatuas de reyes, invariablemente asociadas al culto funerario de los faraones. Pero el volumen de información histórica que podemos obtener de esos textos es bastante escaso. Lo mismo cabe decir de las breves inscripciones que aluden a las expediciones reales enviadas, por ejemplo, al Sinaí, donde tenemos documentadas varias expediciones y campañas militares de numerosos faraones de las dinastías III-VI (Gardiner y Peet, 1952-1955; Roccati, 1982, §§ 224-239); otras conmemoran la presencia del faraón en Asuán, en la frontera del sur (Pepy I y Merenre [dinastía VI]: *Urk.* I, 69, 9-10; Roccati, 1982, §§ 56-57). Una estela, correspondiente al reinado de Sahure (dinastía V), habla de una serie de campañas (a oriente, a occidente y a Nubia); procede del templo funerario del faraón, contiene una lista del botín obtenido (animales), y habla de prisioneros de guerra (*Urk.* I, 167-169; Roccati, 1982, §§ 37-39); pero, como de costumbre, es demasiado breve. La piedra de Palermo y algunos breves textos provenientes de la región situada al sur de Asuán demuestran la existencia de una serie de campañas dirigidas por el propio faraón contra Nubia, que tienen todo el aspecto de ser meras incursiones destinadas a la captura de ganado y hombres.

Una fuente más fructífera de documentos extensos relativos a los faraones es la que nos ofrecen las tumbas de los funcionarios reales. Al estar construidas para la eternidad, las tumbas constituían el lugar ideal para conmemorar los favores recibidos del soberano por el difunto: privilegios especiales, regalos, cartas de recomendación del monarca, etc. Por consiguiente, conocemos algunos decretos reales gracias a estas fuentes. Famosísimos son los llamados decretos de Coptos, en los que diversos faraones de finales del Imperio Antiguo (*Urk.* I, 214; Goedicke, 1967) conceden ciertas exenciones y privilegios especiales a la capilla fúnebre de la familia real. Pero existen muchos otros documentos: la autobiografía de Harkhuf, que dirigió diversas campañas comerciales en el sur de Nubia en nombre del faraón, conserva un decreto particularmente rico promulgado por Pepy II, probablemente todavía niño por

Liber

aquel entonces, que Harkhuf mandó grabar en su tumba excavada en la roca enfrente de Asuán:

> Sello del propio rey: año 2, tercer mes de la primera estación, día 15. Decreto del rey a su compañero sin par, sacerdote lector, jefe de sus escoltas, Harkhuf. Hemos tenido noticia de la comunicación que hiciste al rey en palacio, para hacerle saber que has bajado sano y salvo de Yam (en la cuenca del Kerma, Nubia) junto con el ejército que llevabas contigo. Decías en ese despacho tuyo que habías traído toda clase de grandes y hermosos regalos, que (la diosa) Hathor, señora de Imaau, ha hecho al *ka* (fuerza vital) del rey Neferkare (Pepy II), que vive por siempre. Decías en ese despacho tuyo que habías traído un pigmeo de las danzas del dios procedente del país de los moradores del horizonte (extranjeros que vivían al este/sureste de Egipto), como el pigmeo que el portador del sello del dios, Bawerded, trajo de Punt (probablemente en Eritrea) en tiempos del rey Isesi (dinastía V). Decías a mi majestad que ninguno de los que habían ido antes hasta Yam había traído nada parecido.
>
> Verdaderamente sabes hacer aquello que tu señor ama, alaba y ordena. Su majestad te colmará de dignos honores en beneficio del hijo de tu hijo, para siempre, de suerte que la gente diga, cuando se entere de lo que mi majestad hizo por ti: «¿Hay algo que iguale a lo que hicieron por el compañero sin par, Harkhuf, cuando bajó de Yam, en premio por la atención demostrada a la hora de hacer lo que su señor amaba, alababa y ordenaba?».
>
> ¡Ven de una vez al norte, a la residencia! ¡Date prisa y trae contigo sano y salvo a ese pigmeo que trajiste del país de los moradores del horizonte, para las danzas del dios, a fin de deleitar el corazón, de regocijar el corazón del rey Neferkare, que vive por siempre! Cuando baje contigo al barco, pon hombres dignos a su alrededor en cubierta, no vaya a caerse al agua. Por la noche, cuando esté acostado, pon hombres dignos alrededor de su tienda. ¡Vigílalo diez veces a lo largo de la noche! ¡Mi majestad desea ver a ese pigmeo más que a los dones del país de las minas (es decir, el Sinaí) y de Punt! Cuando llegues a la residencia y ese pigmeo venga contigo sano y salvo, mi majestad hará grandes cosas por ti, más de las que hice por el portador del sello del dios, Bawerded, en tiempos del rey Isesi, conforme al deseo de mi majestad de ver a ese pigmeo. Se han enviado órdenes al jefe de las nuevas ciudades y al compañero inspector de los sacerdotes para que se ocupen de que se suministren provisiones de todos los almacenes y depósitos de los templos que estén a su cargo, sin hacer ni una sola excepción (*Urk.* I, 120-131; *ARE*, I, §§ 350-354; Lichtheim, 1973-1980 [0I], pp. 26-27; Roccati, 1982, § 196).

Se trata de una carta enormemente vivaz y reveladora, pero no hay muchas que sean tan ricas, y los documentos como éste están muy repartidos a lo largo de los quinientos años que duró el Imperio Antiguo.

Un importante volumen de material escrito es el que nos proporcionan las autobiografías de los funcionarios reales escritas en las paredes de sus tumbas. La autobiografía fúnebre, que siguió viva como forma literaria típicamente egipcia hasta el período ptolemaico (Lichtheim, 1988), se desarrolló a partir de dos elementos relacionados con el enterramiento: en primer lugar, a partir de la «oración» para que siguieran realizándose ofrendas después de

Liber

la muerte, en la que el propietario de la tumba explicaba por qué las merecía; y, en segundo lugar, a partir de la lista de títulos del propietario de la tumba, en la que se detallaban su rango y su posición social, confiriendo de paso su identidad específica a la tumba. Al exponer cómo había adquirido esos títulos, el propietario de la tumba relataba la historia de su vida, aunque naturalmente omitiera las humillaciones y reveses sufridos. Estas autobiografías —una de las fuentes más importantes de la historia egipcia— proceden sobre todo de las grandes necrópolis del Imperio Antiguo situadas cerca de Menfis (Giza, Saqqara), y proporcionan una visión sin igual de la estructura del funcionariado, de la vida en las grandes fincas, y de las obras públicas y su organización. La más antigua que se ha conservado es la de Metjen (comienzos de la dinastía IV, *Urk.* I, 1-5; *ARE*, I, §§ 170-175; Roccati, 1982, §§ 59-64), que contiene extractos de los documentos oficiales en los que se enumeran las propiedades destinadas a suministrar las provisiones necesarias para su tumba. Nos ofrece importantes informaciones acerca del emplazamiento de las fincas (diseminadas por todo Egipto) de un alto funcionario y sobre la diversidad de actividades agrícolas llevadas a cabo en ellas (Gödecken, 1976). Sin embargo, algunas de las autobiografías más extensas y vivaces corresponden a las postrimerías del Imperio Antiguo, siendo la más famosa la extensa y detallada exposición de la carrera de Weni (Lichtheim, 1973-1980 [OI], I, pp. 18-23; Roccati, 1982, §§ 177-188). Nos proporcionan asimismo importantes informaciones acerca del personal administrativo, como, por ejemplo, sus orígenes sociales y sus ascensos en el escalafón de la corte. Un hecho sorprendente que nos revelan estos documentos es el modo en el que los oficiales acumulaban títulos honoríficos y funcionales (en un caso tenemos atestiguados cuarenta y ocho). Ponían de relieve el rango y la posición social del individuo dentro de la jerarquía del estado y los derechos que podía esgrimir para obtener determinados privilegios. Sólo unos pocos títulos tienen que ver realmente con la actividad ejercida por el individuo en cuestión; reflejan más bien el sistema enormemente complejo que regía el escalafón de la corte (Baer, 1960).

Sólo se ha publicado y estudiado en parte un único archivo de papiros administrativos. Se trata de los papiros de Abusir, que representan una pequeña fracción de los archivos del templo funerario de Neferirkare, de la dinastía V (Posener-Kriéger, 1976). A comienzos de los años ochenta se descubrieron más papiros del culto de Neferefre, también de la dinastía V (Posener-Kriéger, 1983; Roth, 1987), pero todavía no han sido publicados. Del reinado de Pepy II (dinastía VI) procede un archivo desgraciadamente disperso y fragmentario, descubierto en unas excavaciones clandestinas de Elefantina, del cual sólo se han publicado unos pocos documentos (entre ellos dos cartas, Smithers, 1942; Roccati, 1968). Las fundaciones fúnebres reales constituyen un rasgo muy curioso de esta época, y el archivo de Abusir nos ofrece un atisbo singularísimo de su funcionamiento. Revela la organización en grupos de los «sacerdotes», que trabajaban como oficiales del culto según un sistema rotativo mensual; el resto del año, llevaban a cabo labores agrícolas y de

Libel

otro tipo en la finca encargada de suministrar las provisiones para el culto fúnebre. La terminología de esta organización, como sucede con la mayoría de los colectivos de trabajadores en Egipto, procedía del mundo de la navegación, hecho que pone de relieve la importancia capital que tenía en el país el transporte por vía fluvial. El archivo ilustra asimismo algunos detalles del servicio del culto, como la vestición diaria de la imagen de culto, su alimentación, o el lavado y el maquillaje que se le aplicaba. Se especifican cuáles eran los recursos que se necesitaban, incluidos los tipos de comida preparada para el servicio cotidiano y para las múltiples fiestas que se celebraban. Se ve claramente cuál es la base económica de un templo de estas características (uno de los muchos que existían en Egipto): sus ingresos procedían de las tierras, de la gente que las trabajaba y de los rebaños que pastaban en ellas. Los nombres propios de las personas vinculadas con la hacienda del templo derivan de los nombres de las fincas que la componían. Ello indica que o bien el personal estaba vinculado a la fundación y se convertía en un grupo hereditario, o bien que era reclutado a nivel local. Una cuestión importante es saber cuál era la interacción que existía entre estas fundaciones funerarias y el estado. Parece probable que siguieran siendo bienes del rey, que podían ser utilizados —y de hecho lo eran— por el monarca para generar rentas para sí mismo y para sus oficiales. Así lo pone de relieve el hecho de que, cada vez más a menudo, los funcionarios alcanzaban cargos y títulos vinculados con las actividades relacionadas con esas fincas; ello les daba derecho a utilizar sus recursos como ingresos propios (Roth, 1987).

El símbolo mejor conocido del Imperio Antiguo son las grandes tumbas reales en forma de pirámide, erigidas a las puertas del desierto. Las dimensiones de las grandiosas pirámides de la dinastía IV nunca fueron igualadas y despertaron la admiración de la Antigüedad lo mismo que la del hombre moderno: valga el testimonio de Heródoto (2.125), al que causaban asombro los detalles de los que oyó hablar en Egipto acerca de los trabajos, el coste, la duración y la mano de obra que requirió la construcción de la pirámide de Queops (Khufu). No se sabe por qué la pirámide se convirtió en una forma específica de enterramiento real: es posible que se desarrollara a partir de la idea del montículo primigenio, que simbolizaba uno de los primeros actos de creación en el pensamiento mitológico egipcio, pero no es más que una especulación. La primera fue la pirámide escalonada de Zóser (dinastía III) en Saqqara. Estaba hecha de piedra, a diferencia de las tumbas de adobe de los primeros faraones. El recinto funerario fue construido en un terreno enorme, rodeado por unas murallas de apariencia áulica, en el que se conmemoraban en piedra algunos de los ritos y ceremonias reales más significativos de Egipto (Kemp, 1989 [0Ga], pp. 58-63). Ya en la dinastía IV (2613-2494), las gigantescas pirámides de Queops (Khufu) y Quefrén (Khafra), y la de Micerino (Menkaure), más pequeña, representan la cumbre de esta forma arquitectónica: la estructura básica estaba recubierta de piedra, de suerte que desaparece de la vista la forma «escalonada». En esta época también las reinas eran enterradas de vez en cuando en pirámides más

Liber

pequeñas. En algunos casos, cerca de la tumba era enterrada una barca ceremonial (algunos ejemplares son enormes), presumiblemente a fin de que el difunto rey la empleara en su viaje por el cielo en compañía de los dioses (véase la figura 14). Un elemento importante del complejo funerario era el templo del valle, al que eran llevados en procesión los dioses y donde finalizaba el cortejo fúnebre; una rampa conducía desde allí hasta el templo de la pirámide y la tumba propiamente dicha.

Algunos han querido ver reflejos significativos del sistema político del Imperio Antiguo en el trazado de los enterramientos que rodean las pirámides de la dinastía IV. Están distribuidos ordenadamente al modo de las casas de una calle, y ha llegado a postularse que los más grandes y los más próximos a la tumba del rey reflejan la importancia del difunto en la jerarquía política. Quizá se trate de una explicación demasiado simplista. Es evidente que los individuos implicados en las construcciones reales, como, por ejemplo, los maestros de obras de las pirámides y sus familiares y servidores, o los que prestaban servicios personales directos al faraón, eran también los que recibían el favor de ser enterrados cerca de la tumba del rey. Pero muchos otros funcionarios, incluso algunos muy importantes, no pudieron ser sepultados en los cementerios reales, pues el número de tumbas es demasiado pequeño. El lugar exacto de los enterramientos de los gobernadores provinciales se desconoce por ahora, aunque se sabe que a finales del Imperio Antiguo algunos eran enterrados en sus provincias. El hecho de que una de las tumbas del cementerio real corresponda a un perro del faraón (Reisner, 1936; Roccati, 1982, § 75) demuestra que la necrópolis no refleja de un modo demasiado realista el sistema político vigente (Janssen, 1978). Otra forma de utilizar los campos de pirámides, con el fin de sacar algún tipo de información histórica de ellos, ha sido ver reflejadas las luchas dinásticas en el emplazamiento de las distintas pirámides: por ejemplo, el hecho de que la pirámide de Djedefre (dinastía IV) esté situada en Abu Roash, lejos de Giza, ha sido interpretado de esta forma. Otra tesis dice que la situación de las pirámides reales tenía que ver con el emplazamiento de los palacios de los faraones. Pero es imposible sostener estos argumentos de un modo demasiado convincente, pues existen todavía numerosos aspectos de la vida del Imperio Antiguo que desconocemos. Un eminente estudioso ha adoptado un enfoque totalmente distinto y ha postulado que los diversos emplazamientos de las pirámides son fruto tan sólo de la búsqueda de suelos despejados, firmes, vacíos e idóneos para la construcción (Kemp en Trigger *et al.*, 1983 [0D]).

En vista de tanta incertidumbre, tampoco resulta fácil ver una especie de «decadencia» en el hecho de que las pirámides fueran haciéndose más pequeñas a partir de la dinastía IV. En el caso de las pirámides de la dinastía V (2494-2345), esta circunstancia tiene que ver con el hecho de que los recursos de los faraones y los trabajos de construcción se dedicaron a la edificación de grandes templos del sol, relacionada con la importancia cada vez mayor concedida al culto del dios-Sol, Ra, durante esta época. El nombre del

Liber

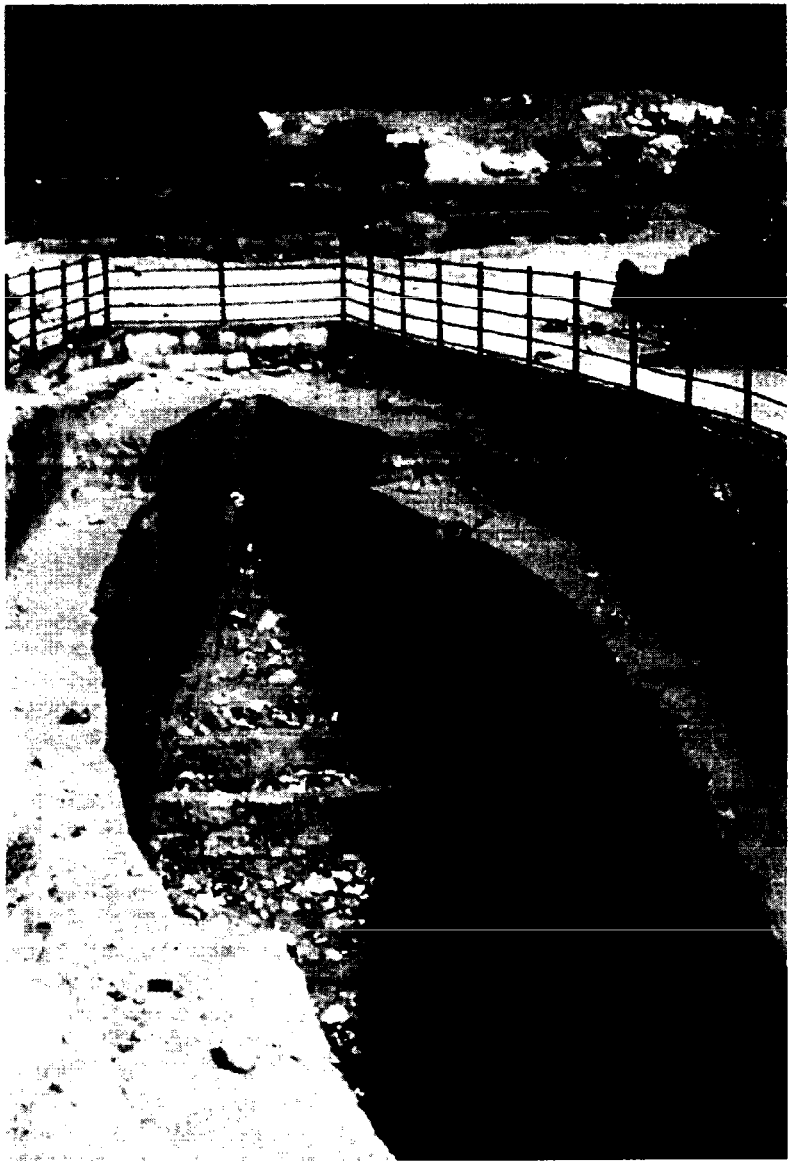


FIGURA 14. Barca funeraria de la pirámide de la reina, Giza (por cortesía de M. S. Drower).

Liber

faraón refleja también la importancia del culto del Sol, pues en esta época se le añade sistemáticamente el elemento «hijo de Ra». Durante la dinastía VI (2345-2181), las dimensiones de las pirámides son menores y uniformes. No se sabe a qué se debe este hecho, pero su construcción no muestra una decadencia de las pautas arquitectónicas, y es posible que los recursos dedicados anteriormente por los faraones a la erección de sus tumbas fueran invertidos ahora de manera distinta. Relacionados con esta cuestión están los problemas de interpretación que afectan al significado del emplazamiento, las dimensiones y la elaboración de las tumbas de los funcionarios. Uno de los argumentos esgrimidos tradicionalmente es que la pérdida del control central del país y el empobrecimiento cada vez mayor de la corona pueden deducirse del hecho de que los enterramientos de los gobernadores están cada vez más lejos de las tumbas reales, y de que muestren un mayor grado de refinamiento en su construcción y su decoración, justamente cuando empiezan a disminuir las dimensiones de las pirámides reales. Pero, como ya hemos señalado, los motivos de esos cambios son a menudo poco claros, y además no es cierto que todos los funcionarios fueran enterrados alrededor de la tumba del faraón ni siquiera durante la dinastía IV. Por otra parte, a juzgar por los testimonios de los que disponemos, no existe una evolución lineal constante en los enterramientos de los funcionarios. Evidentemente, la situación era mucho más compleja (Kanawati, 1977 y 1980).

El refinamiento de los enterramientos reales vino acompañado por el desarrollo de relieves tópicos en los templos funerarios de los faraones, en los que el soberano aparece aplastando a los enemigos tradicionales de Egipto. Los relieves conservados de los distintos faraones ponen de manifiesto que se trataba de una actividad idealizada, que no refleja hazañas militares históricas concretas. En cambio, las tumbas de particulares, lo mismo que las autobiografías, muestran una extraordinaria riqueza de informaciones plásticas acerca de las tareas agrícolas, los mercados, la cría de ganado, la producción de vino, la metalurgia, los trabajos textiles, e incluso actividades domésticas como la fabricación de cerveza o de pan. Particularmente interesantes son los retazos de diálogo coloquial puestos en boca de los distintos personajes que participan en estas escenas. «¡Venga! ¡Venga!», grita un arriero a una reata de asnos, mientras que un compañero le advierte: «¡Arréale en el trasero, amigo!». O bien, una mujer que está aventando grano —actividad agrícola realizada a menudo por mujeres— dice a su compañera: «¡Ocúpate de esta cebada! ¡Todavía está llena de ahechaduras!». Las escenas y los diálogos de los trabajadores hacen que la vida del Imperio Antiguo nos resulte animadamente próxima (para una serie de estupendas reproducciones fotográficas, véase Málek, 1986). Suponen un curioso contraste con las escenas repetitivas, formulares, que acompañan a los enterramientos reales.

Las mujeres solían ser enterradas con sus maridos, y el propietario de la tumba suele aparecer en encantadores grupos familiares casi idílicos, en los que la esposa abraza cariñosamente al marido. Aunque siempre en una posi-

Liber

ción subsidiaria respecto a su esposo, la mujer suele tener su propia etiqueta con su nombre, como sucede en la siguiente estela de Naqada, correspondiente a la dinastía VI:

> Ofrenda que hacen el rey y Anubis (dios con cabeza de chacal, relacionado con los cementerios), que está en su montaña y en la casa de los embalsamamientos, señor de la necrópolis. Sea enterrado el portador del sello real, compañero sin par, escriba-jefe de las tripulaciones, juez, escriba-jefe, Ni-hebsed-Pepi, en su tumba, que está en el buen desierto de occidente. Ésta ha tomado su mano, él ha llegado a tierra, ha cruzado el firmamento. Que el desierto de occidente le dé sus manos en paz, en paz ante el gran dios. Ofrenda que hacen el rey y Anubis, a fin de que se hagan ofrendas fúnebres al portador del sello real, compañero sin par, honrado por Osiris, Ni-hebsed-Pepi.
>
> [Encima de la cabeza de la mujer:] Su esposa, su amada, ornato regio, sacerdotisa de Hathor, Sepi (H. G. Fischer, *Inscriptions from the Coptite Nome: dynasties VI-XI* [1964], n.º 5; Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, pp. 17-18).

Al margen de un pequeño número de templos funerarios excavados, los santuarios del Imperio Antiguo son muy poco conocidos. Es probable que, pese a la relevancia económica y administrativa que pudieran tener a nivel regional los distintos templos locales, no desempeñaran un papel demasiado importante en el culto estatal. Los únicos de los que sabemos que tenían una significación más allá de la comarca en la que estaban situados eran Heliópolis, el gran centro de culto al dios del Sol, Ra (en esta época Horus pasó a convertirse en una faceta de Ra), y el templo de Ptah en Menfis (Goedicke, 1979). Pero los restos arqueológicos de estas estructuras indudablemente espléndidas son casi inexistentes, aparte de unos fragmentos de relieves procedentes de Heliópolis.

Las ciudades y los poblados están atestiguados de forma muy fragmentaria, y todos los que han sido investigados hasta la fecha se encuentran en el sur de Egipto (Hieracómpolis, Ábidos, Elefantina, Edfú). Ninguna de ellas es muy grande; todas representan ciudades de provincia bastante pequeñas, aunque todas están rodeadas de gruesas murallas. En un caso (Elefantina), el poblado principal tenía asociado un pequeño asentamiento extramuros, desprovisto de fortificaciones. Cada ciudad tenía su santuario, situado habitualmente dentro de su propio recinto amurallado. En Elefantina y Edfú, los santuarios albergaban los cultos de los dignatarios locales más importantes. Por lo que sabemos, las casas de las ciudades estaban muy juntas y la densidad de población era muy alta. Allí donde podemos rastrear una continuidad de los asentamientos desde el período dinástico arcaico, como sucede en Hieracómpolis, es perceptible un incremento notable de las dimensiones con respecto al período anterior.

Más allá del valle del Nilo

Una zona de asentamientos egipcios que ha sido estudiada recientemente (Giddy, 1987) es la de los grandes oasis situados al oeste de Egipto, en el desierto de Libia (Dakhla, Kharga, Bahriya, Farafra). Estaban en comunicación unos con otros y también con el valle del Nilo, y desde Kharga partía una importante ruta hacia Nubia. El control de los oasis tenía gran importancia para la defensa de la frontera occidental de Egipto. En el oasis de Dakhla, el que ha sido explorado más a fondo, había una ciudad bastante grande a finales del Imperio Antiguo: han sido identificados restos del recinto amurallado, fragmentos de cerámica, estructuras de adobe y algunas necrópolis (Fakhry, 1972; Mills, 1980).

Nubia también ha suministrado importante información acerca del Egipto del Imperio Antiguo. La construcción de la gran presa de Asuán vino precedida de una labor de prospección y excavación intensiva, de la que se encargaron arqueólogos de todo el mundo. Los principales intereses que tenía para Egipto esta región eran sus recursos humanos y ganaderos, sus canteras de piedra dura y sus depósitos de minerales (diorita, amatista, cobre y, posteriormente, oro). Nubia proporcionaba además acceso a algunos materiales exóticos muy preciados, procedentes del África subsahariana, como el ébano, las pieles de pantera, el marfil, y determinados aceites finos. Es completamente seguro que durante la dinastía IV los egipcios habían establecido una colonia en Buhen, en la región de la segunda catarata. Los testimonios demuestran que fue fundada con el fin de explotar los depósitos de cobre de la zona y gestionar los intereses comerciales egipcios (Emery, 1965, pp. 111-112 y 127). Dichas actividades han sido ulteriormente iluminadas por la inscripción existente en un bloque de piedra, que quizá indique que Egipto explotaba las canteras de diorita del oeste de Toshka (a unos 80 km al oeste de Abu Simbel, Roccati, 1982, § 276), y por el descubrimiento en varios lugares de *graffiti* escritos por los capitanes de las expediciones egipcias.

Pero a finales de la dinastía V se produjo un cambio en la sociedad nubia, con la aparición de un nuevo grupo cultural —el «grupo C» nubio— que, según parece, a partir de esta época formó una serie de pequeños principados. A raíz de todo ello, las relaciones de Egipto con Nubia tuvieron que reestructurarse. Así lo indica el abandono del poblado de Buhen, circunstancia que da a entender que la explotación directa de los recursos de Nubia por Egipto ya no era factible. Los cambios también se ven reflejados en una serie de autobiografías de funcionarios reales y de comerciantes de la dinastía VI, como Weni (*Urk.* I, 98-110; *ARE*, I, §§ 292-324; Gardiner, 1961 [0D], pp. 95-96; *ANET*, pp. 227-228; Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, pp. 18-23; Roccati, 1982, §§ 177-188), Sabni (*Urk.* I, 135-140; *ARE*, I, §§ 362-374; Roccati, 1982, §§ 205-207), y Harkhuf (*Urk.* I, 120-131; *ARE*, I, § 335-354; Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, pp. 23-27; Roccati, 1982, §§ 189-196). Gracias a

los relatos que nos ofrecen de sus viajes a Nubia para obtener artículos de lujo y piedra dura, es evidente que las expediciones sólo eran posibles si se contaba con la ayuda y el permiso de los diversos príncipes locales.

Por último, existen algunos testimonios de las relaciones mantenidas por los egipcios con la zona de Levante (Wright, 1988), especialmente con la gran ciudad portuaria de Biblos, de donde los egipcios importaban madera para sarcófagos, grandes barcos y estatuas, objetos todos cuya fabricación requería un tipo de madera del que no disponía Egipto. Relativamente recientes son los testimonios de Ebla, en el norte de Siria (véase el capítulo 1, apartado 2), que muestran los contactos entre esta región y Egipto en tiempos de las dinastías V y VI (Scandone-Matthiae, 1979-1980 y 1982). Los faraones egipcios organizaban regularmente expediciones a las minas de turquesas del desierto del Sinaí; los principales testimonios de las actividades egipcias en esta zona durante el Imperio Antiguo proceden de Uadi Maghara. Es muy probable que, como ocurriría más tarde, los egipcios necesitaran la cooperación de las comunidades locales de pastores y de sus caudillos para llevar a cabo felizmente estas empresas.

Literatura y fuentes literarias

Durante el Imperio Antiguo se desarrollaron diversos géneros literarios que ilustran distintos aspectos de la cultura egipcia. Nos permiten atisbar en parte una cosmovisión típicamente egipcia, aunque debemos utilizarlos *con cautela*.

La obra más impresionante (y más problemática) es la gran «Teología menfita» (Junker, 1941; *ANET*, 4-6; Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, pp. 51-57). En ella se cuentan las relaciones entre Ptah, dios de Menfis y creador de todas las cosas, y el dios-halcón, Horus, encarnado en el faraón y uno de los aspectos del dios del Sol, Ra, como señor del mundo. Evidentemente pretendía subrayar la primacía que tenían Ptah y Menfis en el ordenamiento de las cosas en Egipto, y poner en relación con él a todas las divinidades del país. Pero existen muchas discrepancias en torno a la fecha de composición del tratado. El texto conservado (en una inscripción de piedra) data de finales del siglo VIII, pero pretende ser una copia de un viejo papiro apolillado. Su lenguaje es arcaico, y un texto ritual de comienzos del Imperio Medio, el dramático papiro del Ramesseum, indica que los conceptos expresados en la «Teología» existían ya en los primeros tiempos de la dinastía XII (véase *LÄ*, 4, pp. 1.177-1.180). Por ello es concebible que sea cierta la pretensión del texto conservado de ser una copia auténtica de un original del Imperio Antiguo. Algunos estudiosos, sin embargo, están convencidos de que deberíamos considerarlo pseudoepigráfico, que sus arcaísmos lingüísticos son falsos y que ilustra una serie de concepciones teológicas habituales en época posterior (Junge, 1973; Lichtheim, 1973-1980 [0I], III, p. 5; para su posible composición a finales del Imperio Nuevo, véase Kitchen, *JAOS*, 102 [1982], p. 389).

Liber

Curiosamente fue incluido en una exposición del Museo Británico sobre falsificaciones en 1990.

Un género que casi con toda seguridad se desarrolló durante el Imperio Antiguo es el de las «instrucciones», aunque los textos conservados no pueden datar de antes del Imperio Medio. Este tipo de obras se convirtieron en una categoría de composición literaria que conoció una larga existencia y una infinita cantidad de variedades, y así tenemos ejemplos de ella pertenecientes a casi todos los períodos de la historia del Egipto antiguo. Las «instrucciones» consisten en una serie de máximas y enseñanzas prudentes, redactadas habitualmente en forma de directrices dictadas por un padre a su hijo respecto al modo en que debe comportarse para alcanzar el éxito en la vida pública. Tienen mucho que ver, por tanto, con la aristocracia letrada. Tres obras de instrucciones se atribuían a personajes históricos del Imperio Antiguo: Hardjedef, hijo del faraón Queops (Khufu; Brunner-Traut, 1940); Ptahhotep, visir de la dinastía V (Dévaud, 1916); y Kagemni, visir entre las dinastías III y IV (Gardiner, 1946b; *ANET*, 412-414; para sendas traducciones inglesas de las tres obras, véase Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, pp. 58-80; *TUAT*, III, pp. 195-221). Los ideales propuestos para alcanzar la propia promoción y una posición honrada nos muestran una exposición muy lúcida de la moralidad pragmática que sostenía y fortalecía el *statu quo* político. La fecha de los textos conservados impide que podamos utilizarlos como fuente directa del Imperio Antiguo, pero su moral refleja la misma que encontramos en las autobiografías de las tumbas.

Los famosos «textos de las pirámides», escritos en las paredes de las tumbas reales desde finales de la dinastía V (Sethe, 1907; Faulkner, 1972; para algunos ejemplos seleccionados, véase Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, pp. 29-50; Roccati, 1982, §§ 43-44), son otro género literario desarrollado en esta época. Tenían una función mágica, a saber, contribuir a la resurrección del rey difunto y asegurar su supremacía como dios en el otro mundo. Tienen forma poética y son muy ricos en alusiones mitológicas. Un rasgo muy interesante de estos textos es que no reflejan la existencia de una sola obra ortodoxa, copiada invariablemente una y otra vez, como hubiera cabido esperar. Por el contrario, los textos conservados están llenos de variaciones y especulaciones teológicas de carácter novelesco. Ello demuestra que existían diversas ideas acerca de la naturaleza divina de la monarquía, que era ya objeto de debate en la sociedad egipcia de la época (para la complejidad de la posición del faraón, véase Goedicke, 1960).

Las leyendas que en época posterior se contaban en Egipto acerca de algunos soberanos del Imperio Antiguo constituyen un tipo muy distinto de testimonio (Wildung, 1969). Algunas aparecen sólo en fuentes muy tardías, por ejemplo en Heródoto. Es evidente que en tiempos de la dominación aqueménida y macedónica (ptolemaica), los egipcios seguían contando leyendas acerca de los grandes faraones del Imperio Antiguo: Queops (Khufu) y Quefrén (Khafra), por ejemplo, eran considerados unos opresores y unos déspotas, mientras que Micerino (Menkaure) era presentado como un sobe-

rano mucho más amable, aunque desdichado (Heródoto, 2.124-132). Un ciclo de leyendas, compuesto probablemente durante el Imperio Medio (aunque el papiro data del período de los hicsos [*c.* 1650-1550]), utiliza el motivo, presente también en otros períodos de la historia de Egipto, del «entretenimiento del monarca aburrido» (papiro Westcar, Erman, 1890; véase Erman, 1927-1966 [0I], pp. 36-47; Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, pp. 215-221). El escenario de la leyenda es la corte de Queops, adonde uno de los hijos del faraón hace venir a un mago para que lo entretenga. Tras efectuar varios milagros, el mago ve el futuro y predice que la esposa de un sacerdote dará a luz trillizos, que serán hijos de Ra, dios del Sol, y reinarán en Egipto uno detrás de otro. Se trata de una alusión a los tres primeros soberanos de la dinastía V y se relaciona con la gran preeminencia otorgada al culto de Ra a partir de dicha dinastía (véase *supra*, p. 166). Otra leyenda, compuesta o bien a comienzos del Imperio Nuevo o bien a finales del Medio, pero que todavía circulaba entre los siglos VIII y VI, es la que habla del faraón Pepy II y de uno de sus generales (Posener, 1971; Parkinson, 1991, n.º 11). Por desgracia, es muy fragmentaria y sólo se han conservado parcialmente dos episodios; en uno de ellos, el faraón se levanta por la noche y se presenta sigilosamente a visitar a su general, del que está enamorado. Resulta imposible reconstruir el argumento: quizá fuera un cuento de carácter cómico o una historia que reflejaba la desaprobación de la homosexualidad por parte de los egipcios. Conviene subrayar que en Egipto eran muy habituales las historietas humorísticas relacionadas con los faraones, al igual que aquellas que arrojaban luces sombrías sobre sus personas: el aura de majestad divina y sobrenatural que rodeaba al soberano no impedía que al mismo tiempo se le considerara miserablemente humano (véase Lloyd, 1983, en Trigger *et al.* [0D], pp. 295-297). Ninguna de esas leyendas puede utilizarse para reconstruir la historia de Egipto durante el Imperio Antiguo, pues sólo se conservan las de épocas muy posteriores. Lo que demuestran es la idea que los egipcios de época tardía tenían de algunos de los grandes faraones del Imperio Antiguo, y cuáles eran las figuras regias del pasado remoto que eran recordadas en las tradiciones populares.

Estado y sociedad

A pesar de su riqueza, las fuentes siguen presentando muchas lagunas cuando intentamos reconstruir la sociedad del Imperio Antiguo y por ahora muchos de sus aspectos siguen en sombra. Pero algunas cosas están muy claras. A grandes rasgos, el faraón y la familia real estaban a la cabeza del estado, mientras que por debajo de ellos se hallaban los consejeros reales, los oficiales y gobernadores, que se diferenciaban netamente de los campesinos encargados de trabajar la tierra. Son éstos los que están representados de un modo menos coherente en los materiales arqueológicos y documentales, pero era sobre su trabajo sobre el que se basaba toda la estructura.

Liber

El faraón era la encarnación del poder sagrado. Como tal, garantizaba y defendía el orden cósmico, cuyo equivalente terrenal era «la ley y el orden», con arreglo al *statu quo* establecido. Esta situación se hallaba englobada en el concepto egipcio de *ma'at*, término que abarcaba un conjunto de ideas, tales como las de «verdad», «comportamiento adecuado», o «justo equilibrio». El soberano, en su calidad de sustentador del *ma'at*, estaba al mismo tiempo sometido a él, en tanto en cuanto tenía que gobernar de acuerdo con él; aunque el hecho de ostentar su cargo lo ponía también automáticamente en armonía con el orden cósmico. Con respecto a sus súbditos, el faraón era omnipotente: «Si una cosa sale de los labios de su majestad, se lleva a cabo inmediatamente» (*Urk.* I, 39, 13-14). Al mismo tiempo, dependía de los dioses y de su buena voluntad. Aunque en cierto sentido él también era dios, no tenía la omnipotencia de éstos a todos los niveles. Esta circunstancia queda bien ilustrada en la autobiografía del visir Washptah (dinastía V). Washptah cayó enfermo durante una inspección real a la tumba del faraón, todavía en construcción. El soberano, lleno de preocupación, consultó a sus doctores y envió unas cajas con prescripciones médicas para ayudar a su oficial enfermo. Pero a pesar de los esfuerzos del soberano, Washptah murió y el faraón ordenó que lo enterraran. La eminente condición de Washptah se pone de manifiesto por el hecho de que en su tumba se incluyera una inscripción contando el episodio de los cuidados que el soberano le dispensó (*Urk.* I, 40, 4-45, 9; *ARE*, I, §§ 241-249; Roccati, 1982, §§ 78-81). Pese a que el poder del faraón fuera limitado en algunos terrenos (como demuestra este episodio), su persona era considerada sacrosanta y peligrosamente poderosa. Era habitual, por tanto, besar tan sólo el suelo ante los pies del rey; se consideraba un honor extraordinario poder besar directamente los pies del faraón. La inscripción de la tumba de Rawer (dinastía V, *Urk.* I, 232-234; Roccati, 1982, § 74) nos cuenta una anécdota muy reveladora, que refleja el verdadero peligro que comportaba cualquier contacto fortuito con la real persona. En una ocasión, el cetro del soberano golpeó accidentalmente a Rawer en una pierna; el faraón dijo inmediatamente: «¡Que no tenga ninguna herida!», y dirigiéndose a la corte en general añadió: «¡Mi majestad desea que no sufra ningún daño, pues no era mi intención golpearle!».

El faraón aparece representado normalmente vistiendo ropas especiales, que lo distinguen de sus súbditos. Los elementos más habituales de los *regalia* eran un tipo especial de falda corta, una cola de buey colgando de su cintura, una barba ceremonial sujeta alrededor de la barbilla, el cetro, el mayal y el cayado que llevaba en las manos, así como la doble corona. En su frente era representada una cobra (el «ureo», asociado a la diosa Wadjet, aunque visualizada también como el «ojo» del dios del Sol, Ra), que se levanta con gesto amenazador, dispuesta a defender al faraón destruyendo a sus enemigos con su escupitajo venenoso. El trono en el que se sentaba era concebido como su madre divina, Isis, esposa de Osiris, con cuyo hijo, Horus, era identificado habitualmente el soberano, como demuestra uno de sus nombres (véase *supra*, pp. 150-151). Normalmente iba acompañado de un

flabelífero, y así muchos oficiales se jactan en sus tumbas de ostentar el cargo de «flabelífero real».

El faraón accedía al trono en cuanto fallecía su predecesor, pero, al parecer, no era «coronado» formalmente hasta pasado algún tiempo. Sólo se conservan documentos relativos a la coronación correspondientes a épocas posteriores, pero se supone (con razón) que en el Imperio Antiguo la ceremonia era muy similar. La coronación simbolizaba la creación del mundo, y entre otras ceremonias incluía la unión ritual de los dos países y una vuelta alrededor de las murallas de Menfis. Se renovaban los sellos oficiales y los funcionarios eran confirmados formalmente en sus puestos. Cada año se conmemoraba el día de la coronación e incluso era repetida la ceremonia, de una forma ligeramente distinta, cuando el faraón llevaba en el trono un tiempo considerable —idealmente treinta años—, en el transcurso de la fiesta de Sed (*LÄ*, 5, pp. 782-789). Se trataba del «jubileo» ritual del faraón, repetido a partir de ese momento a intervalos más frecuentes. El gran patio del jubileo, incluido en el complejo de la pirámide escalonada de Zóser, nos permite reconstruir la refinada naturaleza de esta fiesta durante el Imperio Antiguo (Kemp, 1989 [0Ga], pp. 59-62).

No se conserva ningún palacio de los faraones, pero los testimonios textuales indican que en ellos había templos de las «dos señoras», es decir, el buitre (Nekhabet) y la cobra (Wadjet), tan estrechamente relacionadas con la figura del rey (véase *supra*, p. 149). Había muchas otras capillas, salas para los recibimientos ceremoniales y de estado, habitaciones privadas y talleres. Había además jardines con lagos, en los que el monarca podía descansar y solazarse. Aunque el papiro Westcar data de una época posterior (véase *supra*, p. 173), la imagen que nos ofrece del jardín real probablemente no desentone con el Imperio Antiguo:

> [Un día el faraón Snefru se paseaba por todos los salones] del palacio en busca de [reposo y no hallaba ninguno. Dijo entonces]: «¡Ve, tráeme al sacerdote-lector en jefe, al escriba de los libros, Djadja-em-ankh!». Lo llevaron ante él inmediatamente. Su majestad le dijo: [«He andado por todos los salones] del palacio en busca de reposo y no he encontrado ninguno». Djadja-em-ankh le dijo: «Diríjase vuestra majestad a lago del palacio. Llenad un barco con todas las muchachas hermosas de vuestro palacio. El corazón de vuestra majestad se refrescará viéndolas remar, subir y bajar los remos. Cuando contemple los bellos nidales de vuestro lago, cuando contemple sus hermosos campos y riberas, vuestro corazón se sentirá refrescado» (papiro Westcar, 4, 22-25, 7; Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, p. 216).

El faraón tenía normalmente más de una esposa, pero ni en el Imperio Antiguo ni en el Medio existía un harén propiamente dicho, aunque semejante institución quizá se desarrollara durante el Imperio Nuevo (Ward, 1983). Los hábitos que regían las bodas reales no están claros, pero generalmente se piensa que en la familia real era frecuente la endogamia (esto es, el monarca tomaba por esposa a alguna de las mujeres de su parentela). Esta

Liber

práctica quizá se debiera a diversas consideraciones de carácter dinástico (por lo demás desconocidas para nosotros), pero desde luego no constituía una norma, como demuestran algunos faraones de la dinastía VI, que se casaron con varias mujeres de una familia de funcionarios provinciales. No hay nada que justifique la idea muy difundida hoy de que la monarquía egipcia era matrilineal (Robins, 1983). Como en muchos otros sitios, era el primer hijo de la «esposa principal» (desconocemos qué era exactamente lo que determinaba su condición) el que sucedía normalmente a su padre en el trono, pero en realidad la decisión de nombrar al príncipe heredero estaba exclusivamente en manos del rey. La incertidumbre que rodeaba la sucesión podía dar lugar a la formación de facciones cortesanas, que intentaban poner el trono en manos de los distintos hijos del faraón. Es concebible que el oficial Weni (dinastía VI) se refiera a alguna de esas conjuras cortesanas en su extensa autobiografía, aunque semejante idea está condenada a permanecer en el terreno de lo puramente especulativo:

> Cuando en los apartamentos reales hubo una acusación secreta contra la reina Weret-yamtes, su majestad me mandó que fuera yo solo a oírla. Ningún juez supremo ni ningún visir, ningún oficial estaba presente, sino yo solo; pues yo era digno, pues había echado raíces en el corazón de su majestad, pues su majestad había llenado su corazón de mí. Sólo yo (la) puse por escrito junto con otro antiguo guardián de Nekhen, aunque mi condición era (tan sólo) la de superintendente de los colonos reales. Nunca hasta entonces había escuchado alguien como yo un secreto de los apartamentos reales (*Urk.* I, 98-110; *ARE*, §§ 292-294; Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, p. 19; Roccati, 1982, § 180).

¿Pero cómo vivía la masa del pueblo egipcio? Habitualmente nos imaginamos a los campesinos egipcios como si fueran esclavos, no muy diferentes de ellos excepto en el nombre, gimiendo en unas condiciones lamentables de trabajos forzados semejantes a las de los campos de concentración nazis. Esta imagen (popularizada en la película *Los diez mandamientos* de Cecil B. de Mille) probablemente sea en gran medida exagerada. Indudablemente sus condiciones de vida eran muy duras, hasta cierto punto estaban vinculados a la tierra y se les podía obligar a trabajar en las obras públicas, en particular en los programas de construcciones reales. Pero no sabemos hasta qué punto estaban obligados a trabajar en las fincas del faraón y en las de sus funcionarios, ni si todos los campesinos lo estaban. Tampoco es ni mucho menos seguro que su condición jurídica se diferenciara de la de otros miembros de la sociedad egipcia. A juzgar por un cuento popular del Imperio Medio, aunque situado en el Primer Período Intermedio («El cuento del campesino elocuente», véase Erman 1927/1966 [0I], pp. 116-131; Simpson, 1973 [0I], pp. 31-49), el ideal manifiesto de la sociedad egipcia era que todo el mundo, por humilde que fuera, tuviera acceso a la misma justicia y que, en definitiva, el faraón era la fuente última de sabiduría legal. La existencia de mercados indica además que no toda la fuerza de trabajo campesina era consumida por las necesida-

des y exigencias del estado. Las escenas de mercado representadas ocasionalmente en las tumbas muestran no ya grandes emporios en los que se comerciaba con artículos de lujo, sino simples mercados locales. Como esas escenas pertenecen a enterramientos de simples particulares, a veces tienen diálogos que ayudan a interpretar las actividades representadas en ellas. Las pinturas demuestran que los principales artículos vendidos en esos mercados eran alimentos y bebidas, pues aparecen representados puestos de refrescos y golosinas. Vemos también escenas en las que se venden artículos manufacturados muy sencillos, como, por ejemplo, reposa-cabezas de madera (muy utilizados en el Egipto antiguo a modo de almohada), husos para hilar, aceites, prendas de vestir, anzuelos para pescar, joyería sencilla y abanicos. En una escena, un hombre ofrece unos peces en una cesta a un individuo que lleva un sello, lo cual implica que se utilizaba el sistema de trueque. En otras escenas similares aparecen gentes haciendo la manicura o afeitando a otros. Estos cuadritos se sitúan a menudo al lado de animadas escenas fluviales. Se ha postulado (Eyre, 1987), por tanto, que representan típicos mercados de pueblo montados a la orilla del río, en los que se llevaban a cabo operaciones comerciales entre vecinos, se realizaban sencillas labores de artesanía, se prestaban servicios personales, tales como los de peluquería, y en los que podían comprarse refrescos y golosinas. Ese tipo de mercados habrían atraído a la gente de las aldeas de los alrededores y les habrían brindado la oportunidad de vender el excedente de su producción. La envergadura de las transacciones económicas quizá no fuera cuantitativamente demasiado significativa en comparación con la todopoderosa economía estatal, pero demuestra que existían posibilidades y excedentes para que se realizaran operaciones comerciales privadas a pequeña escala.

Otra idea demasiado simplista de los estratos más pobres de la sociedad egipcia que requiere ser modificada es la de que todo el trabajo se llevaba a cabo bajo la dirección del estado, era forzado y no tenía más recompensa que el alimento imprescindible para sobrevivir. A veces encontramos alusiones que demuestran la existencia de artesanos independientes encargados de realizar trabajos remunerados por contrato. En un caso, el propietario de una tumba afirma que ha pagado a los artesanos que habían construido su sepultura. Otro afirma con más claridad:

> He hecho que esta estatua mía la fabricara un escultor que quedó satisfecho con el pago que le di por ella (*Urk.* I, 225, 8-10).

Los testimonios no son muchos y por tanto no nos permiten postular la existencia de una gran cantidad de artesanos independientes; lo que sí demuestran es que las obligaciones de los trabajadores no eran tan automáticas ni tan rígidas, sino que por el contrario estaban más sujetas a la negociación y al acuerdo mutuo de lo que ha venido pensándose (véase Eyre, 1987).

La administración del estado se desarrolló a partir de la organización de la servidumbre real. La actividad gubernamental y los cargos públicos a

todos los niveles eran originariamente una expansión de las funciones del servicio real. A la cabeza de la administración estaba un oficial cuyo título suele traducirse, no sin justificación, por «visir» (*tj3ty*). Controlaba todos los departamentos de la administración estatal y era responsable directamente ante el soberano y sólo ante él (Kanawati, 1977; Strudwick, 1985; Pardey, 1989). Es posible que en los primeros tiempos fuera algún pariente del propio faraón, pero desde luego más tarde el cargo sería desempeñado por personas que no tenían nada que ver con la familia real. Como la administración se originó a partir del servicio personal del monarca, muchos funcionarios ganaron títulos que reflejaban su rango en la corte y que les hacían acreedores a determinados beneficios, aunque no ocuparan literalmente la posición que especificaba su título. El título de «hijo del rey» sería un ejemplo de esta situación; otro, por lo demás muy frecuente, sería el de «portador del sello real»: en realidad los dos correspondían simplemente a importantes funcionarios. Esta costumbre hace que a veces resulte difícil definir con claridad la estructura administrativa, aunque algunos cargos, como los de «oficial de los graneros estatales», «tesorero del estado» o «superintendente de los grandes tribunales (de justicia)», constituyen un indicio de la complejidad de la burocracia.

Más testimonios nos proporciona el sistema de «nomos» (término derivado de la palabra griega *nómos* = 'distrito", 'provincia'), que con toda seguridad existía ya en tiempos del Imperio Antiguo: aldeas, fincas reales y pequeñas ciudades se agrupaban formando unidades administrativas regionales (nomos) al mando de un gobernador (nomarca). Egipto estaba dividido en los «dos países» (véase *supra*, pp. 141-142): el Alto Egipto, que iba desde Asuán hasta más o menos el sur de Menfis, comprendía veintidós nomos, numerados tradicionalmente de sur a norte; el Bajo Egipto empezaba en Menfis, que era la «Balanza de los Dos Países», situada en el corazón del primer nomo, mientras que los otro diecinueve del Bajo Egipto estaban en el delta. El sistema de nomos, a pesar de los cambios y las vicisitudes políticas, siguió en vigor hasta la época romana.

Un aspecto importante del funcionariado egipcio era la posibilidad teórica de que cualquiera llegara a ocupar los altos cargos, que no estaban reservados a ningún grupo aristocrático tradicional o de carácter exclusivista. Esta posibilidad de promoción es la que impulsó y motivó la aparición de la literatura de «instrucciones» (véase *supra*, p. 172), y explica la frecuencia de la exhortación «sigue al hombre de mérito y no lo desprecies porque antes fuera pobre; antes bien respétalo, pues su riqueza procede de sus méritos y del favor divino». En las inscripciones de las tumbas brillan por su ausencia las largas genealogías que demuestran el orgullo por la propia familia y los orígenes nobles; por el contrario, los temas de las inscripciones son los servicios personales y el modo en que han sido recompensados por el faraón. Aunque un análisis cuidadoso de los testimonios pone de manifiesto que las relaciones familiares eran muy utilizadas para tener acceso al funcionariado y ascender en el escalafón, en principio no existían cargos hereditarios ni los

individuos tenían derecho a una posición social encumbrada por el hecho de ser de noble cuna. La ideología dominante pretendía que un funcionario obtenía su cargo sólo porque desempeñaba bien su labor en beneficio del faraón y del pueblo, socorriendo a los pobres y los desheredados, emitiendo sentencias justas, pagando satisfactoriamente a los obreros, y absteniéndose de ejercer opresión alguna. Este alto sentido del deber y de la entrega al estado era el ideal, y teóricamente el único motivo de que la persona tuviera acceso a los puestos más lucrativos. Las virtudes oficiales típicas eran estilizadas de vez en cuando en frases simétricas, como demuestra esta inscripción de la tumba de Sheshi (dinastía VI), en Saqqara:

> Vine de mi ciudad,
> *bajé de mi nomo,*
> hice justicia en beneficio de su señor,
> le satisfice con lo que es de su gusto.
> Hablé con verdad, obré rectamente,
> hablé con justicia, repetí con justicia,
> aproveché el momento oportuno
> para ponerme a bien con el pueblo.
> Juzgué entre dos de forma que dejé contentos a ambos;
> libré al débil del que era más fuerte que él
> en la medida que pude.
> Di pan al hambriento, vestí <al desnudo>,
> llevé a tierra al que no tenía barca.
> Enterré al que no tenía hijos,
> hice una barca para el que carecía de ella.
> Respeté a mi padre, complací a mi madre,
> crié a sus hijos.
> Así habla aquel cuyo apodo es Sheshi.
>
> (*Urk.* I, 198-200; Lichtheim, 1973-1980 [OI], I, p. 17.)

Resulta demasiado fácil ver el Imperio Antiguo, con sus pirámides monumentales, como una estructura monolítica, en la que todo se hallaba subordinado a las exigencias del estado, esto es, del faraón. Un análisis más aquilatado revela que el sistema político era mucho más variopinto y vital. La única desgracia es que su imagen sigue siendo muy oscura en muchos detalles.

3. Heracleópolis y la ascensión de Tebas (*c.* 2180-1991)

El «Primer Período Intermedio», como es denominado convencionalmente, se extiende desde el final de la dinastía VI hasta la primera parte de la XI (*c.* 2180-*c.* 2040; véase el cuadro 12). Durante esta época los edificios e inscripciones reales —signos del poder centralizado— brillan curiosamente por su ausencia. El final de la dinastía XI (*c.* 2040-1991) constituye el inicio del Imperio Medio, marcado por la reaparición de un poder central fuerte que

Libel

CUADRO 12. *Cronología: el Primer Período Intermedio*

(*Dinastía VII:* (*c.* 2181-2173)	
(*Dinastía VIII:* (*c.* 2173-2160)	(total 15+ faraones para las dos dinastías)
(*Dinastías IX y X:* (*c.* 2160-2040) = «por Khety»	*Dinastía XI (antes de la conquista):* *c.* 2133-2040 [o 2023] (Tebas)
(principales faraones):	
Meryibre Akhtoy I	Inyotef, «gran jefe»
Nebkaure Akhtoy II	Mentuhotep I, «antepasado»
Wahkare Akhtoy III	Inyotef I
Merikare	Wahankh Inyotef II (2119-2068)
	Nakhtnebtepnefer Inyotef III
	Nebhepetre Mentuhotep II (2060-2010)
Dinastía XI (después de la conquista: *c.* 2040-1991 (o 2023-1963)	(= Smatowy: «Unificador de los dos países»)
	Sankhkare Mentuhotep III
	Nebtowyre Mentuhotep IV

controlaba la totalidad de Egipto. Aunque en este período de transición los monumentos y textos reales son escasos, las tumbas de los nomarcas (gobernadores provinciales) en sus centros locales del Alto Egipto son más numerosas y complejas, y algunas contienen autobiografías bastante largas y ricas en información que describen sus actividades y grandes logros. En resumen, existe una correlación entre la decadencia del control real y el aumento del poder provincial. Esta circunstancia ha inducido a numerosos especialistas a postular que algunas familias de provincias intentaron sacudirse todas las restricciones impuestas por la corona a partir por lo menos de la dinastía VI: es decir, intentaron establecerse como soberanos independientes y por lo tanto fueron responsables directos del hundimiento del sistema propio del Imperio Antiguo (por ejemplo, Stock, 1949; Wilson, 1951/1956, capítulo 4; cf. Simpson en Hallo y Simpson, 1971 [0C], p. 235). A grandes rasgos, la imagen de los acontecimientos es muy clara: se produjo una decadencia económica aparente; el control central se debilitó y acabó hundiéndose por completo durante las dinastías VII y VIII; a continuación vino un período de guerras civiles intermitentes; durante esta época una dinastía de faraones (con sede en Heracleópolis: dinastías IX y X) gobernó sólo sobre una parte de Egipto; por último, en Tebas surgió un faraón (de la dinastía XI) como victorioso reunificador del país. Lo más discutible es cómo encajan los nomarcas en este panorama de desintegración y cambios. La incertidumbre surge en parte del hecho de que los testimonios de la existencia de gobernadores provinciales independientes proceden sólo del Alto Egipto: en otras palabras, resulta imposible rastrear cómo se pasó del poder centralizado a la aparición de gobernadores locales diseminados por una región como la de Menfis, en la que el poder real estuvo siempre firmemente arraigado durante el Imperio

Antiguo. Por el contrario, existen muy pocos testimonios del Alto Egipto que nos indiquen cómo era gobernado exactamente el sur del país durante esa época (para un análisis de esta cuestión, véase Pardey, 1976; Kanawati, 1980). Otro problema es que resulta muy difícil saber qué lazos habían unido a los nomarcas con el gobierno central durante el Imperio Antiguo, y cuáles fueron los orígenes de su poder: ¿eran originarios de las comunidades locales que gobernaban o eran cortesanos que fueron instalados en ellas por el faraón? Estos son los factores desconocidos que debemos tener en cuenta al intentar explicar lo ocurrido. Conviene recordar también qué poco sabemos en realidad con detalle de los acontecimientos y los problemas políticos del Imperio Antiguo, enmascarados como están por la fachada uniforme de un poder monárquico aparentemente inmutable.

¿Cómo podemos hacernos una idea de este período tan difícil y turbulento de la historia de Egipto? El primer paso consistirá en echar una ojeada a las fuentes conservadas, que nos permita intentar reconstruirlo. Quizá un repaso de lo que fue la dinastía VI nos ayude a visualizar el proceso de transición desde el estado aparentemente fuerte del Imperio Antiguo a la estructura sumamente centralizada del Imperio Medio, pasando por un período de fragmentación política. El procedimiento es bastante difícil y habrá muchas cosas que sigan siendo inseguras.

Cronología y fuentes

La cuestión de la cronología está erizada de problemas, pero hay dos cosas que nos ayudan a clarificarla hasta cierto punto, aunque no en su totalidad (véase el cuadro 12). En primer lugar, el Canon de Turín da un número total de faraones al final de la dinastía VIII. La duración de los reinados de los distintos monarcas es bastante bien conocida casi hasta finales de la dinastía VI. La combinación de estas informaciones demuestra que a las dinastías VII y VIII de Manetón (cuyo final se sitúa en *c.* 2160) les corresponde en total un período de sólo veintidós años y medio. Así pues, es evidente que los faraones de estas «dinastías» fueron muy efímeros. A pesar de todo, ejercieron el control sobre la totalidad de Egipto. Así lo demuestran los decretos de Coptos (Weill, 1912; Goedicke, 1967), según los cuales algunos de estos faraones de reinado breve confirmaron y concedieron poderes y exenciones a los nomarcas de Coptos. En otras palabras, aunque los decretos de Coptos revelan la debilidad del poder central en relación con la nobleza provincial (cosa que puede discutirse), dicha nobleza seguía basando sus pretensiones de poder en las concesiones reales sancionadas por la corte de Menfis. Así, aunque los decretos de Coptos demuestren una delegación de poderes por parte de la autoridad central, los gobernadores provinciales seguían reconociendo la competencia de los faraones menfitas a la hora de legitimar su situación. En segundo lugar, la cronología relativamente bien establecida de la dinastía XII sitúa su comienzo en el año 1991. Como la reunificación

Liber

de Egipto fue obra de Mentuhotep II, de la dinastía XI, en *c.* 2040, podemos calcular la duración aproximada de la dinastía XI y situar su comienzo en *c.* 2133. Esta ha venido siendo la cronología convencional; pero en la actualidad se han presentado algunas propuestas que pretenden rebajar el comienzo de la dinastía XII y situarlo en el año 1963, y de paso la unificación de Mentuhotep, que dataría de 1023. Ello supone alargar la duración del Primer Período Intermedio. Esto no es demasiado problemático, pues durante años ha existido una disputa entre los especialistas que pretenden comprimir el Primer Período Intermedio en un lapso de tiempo de menos de un siglo (Beckerath, 1962) y los que creen que duró por lo menos ciento cincuenta años. La diferencia de opinión gira en torno a la cuestión de si los faraones tebanos que acabaron formando la dinastía XI, fueron enteramente contemporáneos de los faraones de Heracleópolis (dinastías IX y X), o si eso es imposible por cuanto tenemos atestiguados demasiados faraones heracleopolitas para que quepan en un lapso de tiempo tan breve (*CAH*, I, capítulo 10).

La lucha entre Heracleópolis y Tebas

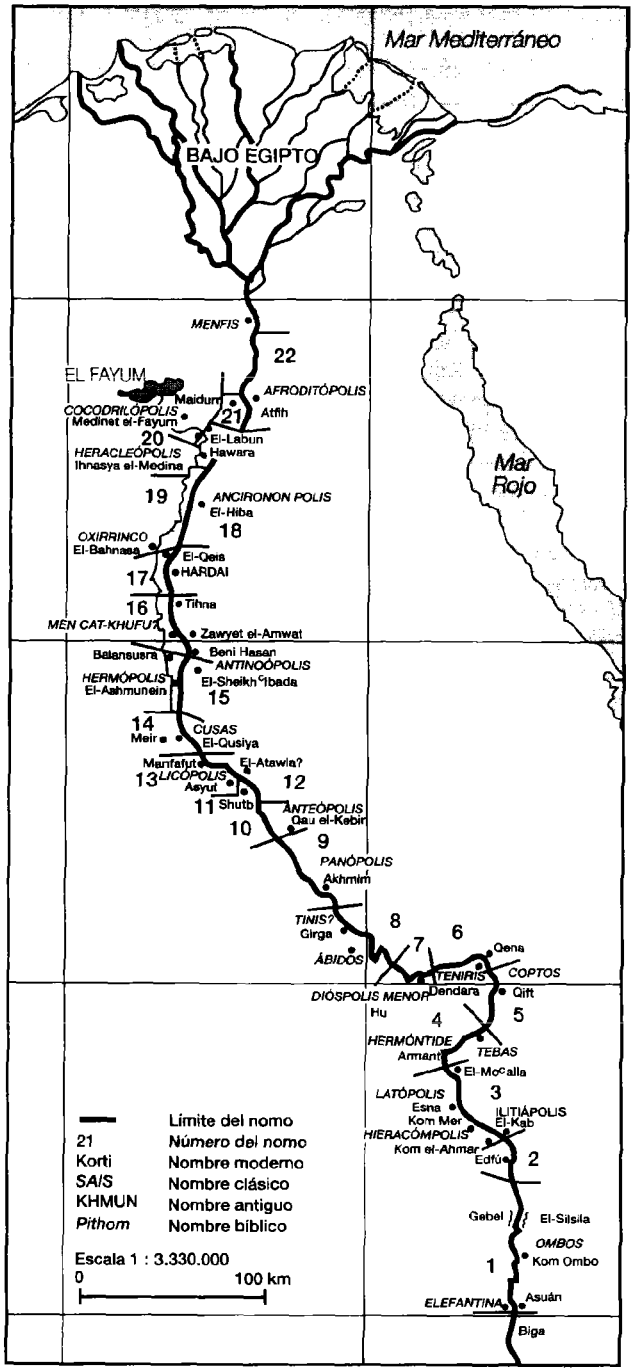
Manetón y el Canon de Turín son las únicas fuentes que dan la lista de los soberanos de Heracleópolis, y de Manetón proviene la división en dos dinastías (IX y X) de diecinueve faraones cada una. Los especialistas generalmente han rechazado esta división, y prefieren la versión del Canon de Turín, que da una sola dinastía de dieciocho reyes. ¿Qué es lo que sabemos de esta dinastía? Nuestros testimonios proceden principalmente de las tumbas de los nomarcas del Egipto Medio (esto es, los nomos correspondientes al norte del «Alto Egipto»), en especial de los de Asyut (Brunner, 1937; véase Schenkel, 1965). Certifican definitivamente la existencia de siete faraones de Heracleópolis; pero no existe casi ninguna seguridad respecto a cómo encajan en la cronología. Ello se debe a que unas veces el nombre del faraón está deteriorado o simplemente se le llama «Khety» (es decir, los «Actoes» de Manetón), nombre que se repite una y otra vez en la dinastía heracleopolitana (se conocen por lo menos tres y posiblemente cuatro). Uno de esos Khety debió de ser el fundador de la dinastía, pues, al parecer, se la denomina *pr-Ḫty* = 'la Casa de Khety'. Su capital era Heracleópolis (no lejos de Menfis), como ponen de manifiesto los nomarcas de Asyut, que mantenían estrechas relaciones con los heracleopolitas, y el propio Canon de Turín.

Sólo durante el reinado del representante mejor conocido de la dinastía, Merikare, podemos acceder hasta cierto punto a los faraones de Heracleópolis y a la historia de esta época. Una obra literaria bastante famosa, las «Instrucciones a Merikare» de su padre (Volten, 1945, pp. 3-82; Erman, 1927/1966 [0I], pp. 75-84; *ANET*, pp. 414-418; Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, pp. 97-109) se relaciona con su nombre. El texto responde al modelo propio del género de las instrucciones (véase *supra*, p. 172), aunque es utilizado de un modo algo distinto. Adopta la forma de un testamento político, que esboza

una serie de líneas de conducta y describe las hazañas del pasado, entre ellas algunos episodios muy poco gloriosos. Aunque la obra sólo se conserva en copias de la dinastía XVIII, algunos estudiosos consideran que fue compuesta durante el reinado de Merikare a modo de afirmación de una determinada orientación política (Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, p. 97). Esos mismos especialistas sostienen que la información histórica que contiene es bastante fiable. Pero otros han expresado sus reservas (Kemp en Trigger *et al.*, 1983 [0D]) y dicen que el texto sólo puede utilizarse con cautela. Uno de los episodios de las «Instrucciones» que pueden armonizarse con otros materiales conocidos es la guerra declarada por el padre de Merikare contra un pueblo que pretendía invadir la zona oriental del delta. Esta frontera requería ser defendida en todo momento y existen algunos testimonios que hablan de la presencia de los heracleopolitas en esta zona (Beckerath, 1966). Las «Instrucciones» y los testimonios de los nomarcas del Egipto Medio indican que los faraones heracleopolitas ejercían un control bastante amplio que se extendía, por el norte, hasta el delta, y que supuso la realización de acciones militares en las fronteras de Egipto. Explotaban las canteras de Hatnub (nomo 14) y eran reconocidos como soberanos por los nomarcas de Asyut (nomo 13), de la montaña de Cerasta (nomo 12) y, probablemente, de Hare (nomo 15) (*véase* el mapa 7). Pero más al sur su poder era desafiado por Tebas (nomo 4), y da la impresión de que un pasaje de las «Instrucciones a Merikare» alude a este prolongado conflicto:

> Las tropas combatirán con las tropas,
> como predijeron los antepasados;
> Egipto combatió en el cementerio,
> desmantelando las tumbas en medio de una destrucción vengadora.
> Tal como lo hice, sucedió,
> igual que le ocurre a quien se aparta del sendero del dios.
> No te comportes mal con el País del Sur,
> ya sabes lo que la Residencia predijo al respecto;
> tal como sucedió, sucederá.
> Antes de que entraran
> ...
> Ataqué a Éste (Ábidos), justo en su frontera meridional, en Taut;
> me lo tragué como una inundación.
> (este motivo vuelve a ser aludido más adelante:)
> El nomo de Tis fue asolado;
> aunque el suceso se produjo a consecuencia de mi acción,
> no lo supe hasta que ya estaba hecho.
>
> (Helck, 1977; Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, p. 102; 105.)

A pesar de ser tan oscuro, este pasaje indica que en la zona de Ábidos tuvo lugar una dura lucha entre Heracleópolis y Tebas. ¿Podemos reconstruir algo de lo ocurrido en este conflicto? Hasta finales del Imperio Antiguo, Tebas era un centro religioso provincial de poca importancia. No aparecen rastros



Liber

MAPA 7. Nomos del Alto Egipto.

de tumbas ni estelas hasta después de la dinastía VIII (Schenkel, 1965). Análogamente, hasta finales de la dinastía VI, cierto Inyotef, «gran jefe del Nomo del Cetro (es decir, el nomo 4 = Tebas), gran jefe del Alto Egipto», no empezó a atribuirse títulos más rimbombantes. En la Lista de Reyes de Karnak (véase *supra*, p. 149) aparece citado como antepasado de la estirpe real sin rótulo ni título de faraón. Lo sucedió un tal Mentuhotep, considerado también más tarde antepasado de la estirpe tebana, aunque tampoco él se atribuye títulos reales. El segundo sucesor de Mentuhotep, Inyotef II (2119-2068), logró extender el dominio de Tebas durante su dilatado reinado de cincuenta y cuatro años. El testimonio de ese incremento del poderío de Tebas lo tenemos precisamente en la estela procedente de su tumba (Winlock, 1943, pp. 257-259), en la que relata su conquista del nomo tinita (nomo 8 = Ábidos) y la extensión del poderío tebano por el norte hasta Qaw el-Kebir (nomo 10). Al mismo tiempo, extendió sus victorias por el sur. Así lo atestiguan, en primer lugar, la dedicación de una estatua en el templo de Hekayeb, en Elefantina, y la restauración de dicho santuario, que databa del Imperio Antiguo, y, en segundo lugar, la estela de Djary, uno de sus funcionarios, que habla de la ocasión en que Inyotef II «combatió con la casa de Khety al norte de Tis», y a continuación afirma que la zona controlada por él se extendía «desde Elefantina hasta Qaw el-Kebir» (Winlock, 1943, p. 257; véase asimismo la estela del tesorero Tjetji, Schenkel, 196, n.° 75; Lichtheim, 1973-1980 [OI], I, pp. 90-93).

La autobiografía de Ankhtify de Mo'alla (Hieracómpolis = nomo 3), una de las inscripciones más famosas de los nomarcas de esta época (Vandier, 1950), quizá aluda también al reinado de Inyotef II y a la agresiva expansión del poderío tebano protagonizada por él. El propio Ankhtify había conquistado por el sur el nomo vecino de Edfú (nomo 2), de modo que dominaba los nomos 2 y 3, a los que más tarde añadió Elefantina. Cuando Tebas (nomo 4), con la ayuda de Coptos (nomo 5), atacó Armant (en el nomo tebano), Ankhtify se puso al frente de sus tropas contra los dos. Su intentona acabó en último término en fracaso, pues poco después Tebas controlaba todos los nomos del sur desde Elefantina (nomo 1) hasta Hu (nomo 7). Poco después tuvo lugar la captura de Tis por Tebas, durante la cual quizá se produjera la destrucción de las tumbas a la que alude el padre de Merikare (véase *supra*, p. 183). Quizá fuera esta la primera vez en que heracleopolitas y tebanos entraron en conflicto. La devastación de la comarca de Ábidos vino seguida, al parecer, por un período de relativa paz. Pero no duró mucho: en el año decimocuarto del reinado de Nebhepetre Mentuhotep II (2060-2010), la «rebelión de Ábidos» provocó la derrota definitiva de Heracleópolis y sus aliados a manos de Tebas. Mentuhotep II señaló esta victoria adoptando el nombre de *Smatowy* = 'Unificador de los Dos Países', con el cual pretendía afirmar que había restaurado Egipto como un todo único y armonioso bajo el poder de un solo faraón.

Egipto dominado por los disturbios y los nomarcas

Esto no es más que un posible esbozo de los acontecimientos, basado en una serie de fuentes problemáticas y en las alusiones, inseguras y breves, de las inscripciones. Los testimonios más importantes y útiles de las condiciones reinantes en esta época proceden de las tumbas de los nomarcas. Por aquel entonces la población del Alto y Medio Egipto probablemente dependiera en su mayoría de los buenos oficios de los nomarcas, y las inscripciones de sus tumbas nos permiten atisbar cuál era la situación económica y política. Los nomarcas actuaban como garantes de la salvaguardia de sus nomos, defendiéndolos y protegiendo a sus habitantes de las rapiñas de los soldados durante las devastadoras guerras civiles.

Otra responsabilidad que recaía sobre los nomarcas era el suministro de alimentos, amenazado por el conflicto militar entre líderes rivales. Sumamente reveladora del tipo de acciones emprendidas (y de las ventajas obtenidas) por los nomarcas a la hora de enfrentarse a ese caos político, es la inscripción de Ankhtify de Hieracómpolis (véase *supra*, p. 185) colocada en su tumba:

> El Príncipe, Conde, Portador del Sello Real, Compañero Sin Par, Sacerdote Lector, General, Jefe de Escoltas, Jefe de las Regiones Extranjeras, Gran Jefe de los nomos de Edfú y Hieracómpolis, Ankhtify, dice:
>
> «Horus me trajo al nomo de Edfú para que viviera, prosperara, sanara y se restableciera, y así (lo) hice. Pues Horus deseaba que se restableciera porque me trajo para que lo restableciera.
>
> »Encontré la Casa de Khuu (Edfú) inundada como un pantano, abandonada por aquel al que pertenece, en poder de un rebelde, en manos de un malvado. Hice que un hombre abrazara al causante de la muerte de su padre, al causante de la muerte de su hermano, para que se restableciera el nomo de Edfú. ¡Qué feliz fue el día en que vi reinar el bienestar en este nomo! No se admitirá ningún poder en el que aliente el calor de la discordia, ahora que han sido suprimidas todas las formas del mal que odia el pueblo!» (Vandier, 1950; Schenkel, 1965, n.° 37; Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, pp. 85-86).

Vemos a Ankhtify describirse a sí mismo como el salvador de Edfú de una terrible guerra civil, que había provocado una inundación desastrosa, causada por la huida o la destitución del nomarca. La restauración del orden y la paz le sirve para ocultar cómo se hizo con el control de la provincia, circunstancia que probablemente no fuera tan pacífica y deseada como quiere hacer creer al lector. Otro texto procedente también de Edfú alude a una sequía que causó una hambruna, factor que probablemente precipitara la desestabilización del gobierno local (Merer de Edfú, véase Schenkel, 1965, n.° 42; Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, pp. 87-88). Pero el resultado final de todo ello fue que Ankhtify creó la base de su poder personal tras adueñarse de Edfú (y finalmente también de Elefantina, véase *supra*, p. 185). Es casi seguro que también otros nomarcas hicieron lo mismo, antes de ser devorados por las victorias de Tebas (Kemp en Trigger *et al.*, 1983 [0D]).

Liber

El fin del Imperio Antiguo

El análisis que hemos venido haciendo hasta ahora se refería a la situación reinante durante las dinastías IX-XI. ¿Podemos definir qué fue lo que ocurrió en la época comprendida entre las postrimerías de la dinastía VI y la aparición de la dinastía de Heracleópolis? Los escasos testimonios existentes indican que a finales de la dinastía VI se produjo una inestabilidad considerable del dominio del faraón. Los motivos de esta situación los desconocemos y además es imposible que los conozcamos. Se ha postulado que los cambios climáticos provocaron una prolongada sequía, que impidió a los faraones mantener su posición de supremacía (Bell, 1971); otra teoría que se ha propuesto sostiene que se incrementó la presión sobre las fronteras, sobre todo en el noreste (Gardiner, 1909). Todos estos factores son posibles, pero probablemente deberíamos pensar más bien que exacerbaron una situación de crisis ya existente y no que fueron su causa. La tesis de que las grandes familias de provincias erosionaron el poderío del faraón al arrogarse determinados privilegios (véase Schenkel, 1964), también resulta difícil de sostener. Los testimonios indican que ciertas familias, pese al poder que ganaron a finales del Imperio Antiguo, siguieron reconociendo la autoridad de los faraones menfitas (véase *supra*, p. 181): sólo cuando desaparecieron éstos y se vieron obligadas a basarse en sus propios recursos, empezaron a actuar de modo completamente independiente. En otras palabras, parece que la independencia cada vez mayor de la que gozaban fue fruto y no causa de la desaparición de la autoridad central. Además resulta difícil averiguar los orígenes y las causas del engrandecimiento de las familias locales cuyo poder empezó a cimentarse en esta época. Ninguna de ellas está atestiguada antes de finales de la dinastía VI e incluso algunas datan de época posterior. Esta circunstancia permite postular que, sólo cuando la situación fue catastrófica, se desencadenaron las luchas por el poder local y nuevos personajes alcanzaron el cargo de nomarca en determinadas provincias. Desde luego esa era la situación en los nomos de Edfú y Tebas. Más al norte (en los nomos 9, 12, 13, 15, y 16), cuyos nomarcas estaban estrechamente vinculados a Heracleópolis, podemos relacionar directamente su acceso al poder con el apoyo prestado a los faraones. Los orígenes de los propios reyes de Heracleópolis son completamente oscuros, pero su ascensión al trono quizá fuera una respuesta a la desintegración de la dinastía menfita. La propia Heracleópolis está relativamente cerca de Menfis y es posible que los nuevos reyes se decidieran a emprender acciones políticas y militares de carácter defensivo cuando el sistema del Imperio Antiguo se vino abajo.

Un «testimonio» que no tiene cabida en los estudios del Primer Período Intermedio es un texto literario publicado en 1909 por Alan Gardiner, las «Admoniciones de Ipuwer». El papiro conservado data de la dinastía XIX (1306 [1295]-1187), pero, por su estilo y su lengua, ha sido fechado generalmente en la dinastía XII (1991 [1963]-1786). Adopta la forma de una

serie de advertencias realizadas por un sabio que describe una época de desastres terribles y de revueltas sociales en Egipto: la situación ha sufrido un vuelco total, los pobres son ricos, los siervos son amos, los nobles de Egipto trabajan los campos, asesinatos y robos son el pan nuestro de cada día, el comercio de maderas con Biblos se ha interrumpido, el país ha sido invadido por extranjeros, y el nivel del Nilo es muy bajo. Gardiner interpretó el texto —y su influencia ha sido decisiva— como «una respuesta directa y natural a la calamidad nacional», y afirma que, por tanto, debe aludir al caos que se apoderó de Egipto durante las dinastías IX-X. Esta teoría resulta sumamente improbable (Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, pp. 149-150) si comparamos este documento con otros textos del Imperio Medio. Un *tópos* recurrente en numerosas obras literarias del Imperio Medio es el de la «época de desastre nacional» seguida por la aparición de un salvador que vuelve a poner las cosas en su sitio (restaurando el *ma'at*). El desarrollo de este género literario ha sido asociado a la usurpación del trono por Amenemes I, fundador de la dinastía XII, y habría sido utilizado como medio para legitimar su toma del poder (Posener, 1956). El final de las «Admoniciones de Ipuwer» no se ha conservado, pero Luria (1929) sostenía de modo harto plausible que, tras la descripción canónica del caos (lo contrario del *ma'at*), habría venido el anuncio de un salvador que ponía las cosas en su sitio, según el modelo que encontramos en otros textos análogos.

Egipto reunificado

Del mismo modo que los signos de desintegración política y de dificultad económica son la escasez o la ausencia total de los edificios reales, el hecho de que no se realizaran expediciones ni viajes comerciales en busca de minerales y piedras duras, de que las inscripciones reales sean escasas y relativamente escuetas, y de que las formas artísticas tengan un fuerte carácter provinciano, lo contrario de todo ello sería un indicio de la reaparición de una autoridad central firmemente establecida. Esos indicadores clásicos vuelven a aparecer desde el reinado de Mentuhotep II hasta el final de su dinastía (sólo veinte años más tarde). Tenemos testimonios de la existencia de contactos más profundos con Nubia, de que volvió a abrirse la ruta de Uadi Hammamat hacia el mar Rojo, y es posible que se reanudaran las actividades mineras en el Sinaí. Se llevaron a cabo fuertes acciones militares contra los pueblos libios del desierto occidental y contra los pastores de la zona oriental del delta.

El patrocinio real dio lugar a la aparición de un arte áulico más elegante, que recuerda las hermosas y refinadas formas de la corte menfita. El proceso de resurrección de las antiguas formas artísticas se ve ilustrado en parte por la estela de Intefnakht (Barta, 1970, pp. 128-129). En ella se cuenta que este personaje estuvo primero al servicio de los faraones de Heracleópolis y que después fue llevado a Tebas, donde sirvió a Mentuhotep II en calidad de superintendente de los escultores, artesanos y fundidores. El texto pone de

Liber

manifiesto cómo un individuo educado en la tradición del arte áulico del norte del país habría influido profundamente sobre la formulación y la ejecución del programa visual a las órdenes de un nuevo faraón cuya capital se encontraba en el sur, mucho más provinciano. En esta época se iniciaron grandes proyectos arquitectónicos, casi exclusivamente en el Alto Egipto. Uno de los ejemplos más impresionantes es el extraordinario templo funerario y la tumba de Mentuhotep II en Deir el-Bahri, que combinan tradiciones de arquitectura funeraria propias del norte y del sur (Arnold, 1974). Las estelas de los funcionarios tebanos demuestran que el centro de la administración lo ostentaba Tebas y que los tebanos ocupaban los cargos gubernamentales más importantes. Al mismo tiempo, los nomarcas del Egipto Medio que habían prestado su apoyo a los faraones de Heracleópolis, permanecieron en buena parte en su puesto (Gestermann, 1987). Puede que los faraones de Tebas hubieran tenido que apoyarse en ellos a la hora de lanzar el ataque definitivo para establecer su control sobre la totalidad del país; por el contrario (o tal vez a consecuencia de ello), quizá fueran demasiado poderosos para ser expulsados. Aunque la dinastía XI no duró mucho tiempo después de la muerte de Mentuhotep II, la significación de este monarca en la visión que el propio Egipto tenía de su pasado podemos percibirla en el hecho de que siguiera siendo venerado posteriormente como reunificador del país.[5]

4. Egipto durante el Imperio Medio (*c.* 2040-*c.* 1730 [2023-1720])

Cronología y fuentes

El Imperio Medio representa, en varios aspectos, la etapa «clásica» de la civilización egipcia. Da la impresión de haber sido una época de gran fortaleza y unidad política, especialmente en tiempos de la dinastía XII («el corazón del Imperio Medio»), cuando Egipto fue gobernado, al parecer de forma muy benigna, por una sola familia. Suele admitirse que las fechas correspondientes a la dinastía XII son los años 1991-1785, a partir de una fecha astronómica extraída de uno de los papiros de El-Lahun (El Fayum) (Parker, 1950, p. 63; cf. Parkinson, 1991, n.º 28b). Según una tesis más reciente (Krauss, 1985, pp. 194-195; Kitchen, en Aström, 1987-1989 [00], pp. 43-44), Sesostris III sólo habría podido reinar diecinueve años, y no los treinta y seis que tradicionalmente se le atribuyen, y Sesostris II sólo seis, y no dieciocho. Estas circunstancias recortarían el lapso de tiempo durante el cual la dinastía XII habría ocupado el trono, y no podemos descartar esa posibilidad (véase el cuadro 13). La dinastía XIII contrasta fuertemente con la aparente solidez de la XII: está formada por un gran número de faraones, cuyos reinados fueron relativamente breves y muy pocos de los cuales están emparentados entre sí. No obstante, durante más o menos los primeros cincuenta años de la dinastía XIII *da la impresión* de que el marco político no se vio muy afectado por los disturbios que sin duda alguna acompañaron la desaparición del

CUADRO 13. *Cronología de la dinastía XII*

	Estándar	Revisada
(*Dinastía XI*	2040-1991	2023-1963)
Dinastía XII		
Amenemes I		
(= Amenemhat/Imn-m-h3.t)	1991-1962	1963-1934
Sesostris I		
(= Senwosret/Senusert/S-n-wsr.t)	1971-1926*	1943-1899*
Amenemes II	1929-1892*	1901-1867*
Sesostris II	1897-1878*	1869-1862*
Sesostris III	1878-1841	1862-1844
Amenemes III	1844-1797*	1843-1798*
Amenemes IV	1799-1787*	1797-1790*
Sobeknefru (reina)	1787-1783	1789-1787
(*Dinastía XIII*	1783-1650?	1786-1650?)

* Corregencias.

régimen anterior. Por eso es habitual (aunque quizá cuestionable) incluir la primera fase de la dinastía XIII como parte integrante del Imperio Medio.

Disponemos de una gran riqueza de materiales documentales, sobre todo papiros de El Fayum, zona intensamente desarrollada por los faraones de la dinastía XII. Los papiros proceden de tres archivos distintos, entre ellos la biblioteca de un templo y una colección de documentos administrativos (Griffith, 1898; para un breve análisis y una selección con bibliografía, véase Parkinson, 1991; Luft, 1992). Los detallados registros anuales de Amenemes II, recientemente descubiertos en las inscripciones que decoran los muros de un templo de Menfis, demuestran que en esta época se llevaba un registro diario de algunos acontecimientos. Nos proporcionan un nexo entre la piedra de Palermo, del Imperio Antiguo (véase *supra*, p. 151) y los anales de Tutmosis III (dinastía XVIII, véase *infra*, p. 359): probablemente el registro sistemático de los acontecimientos fuera un elemento más habitual de la vida política egipcia de lo que se había sospechado hasta ahora. En la actualidad se está llevando a cabo un estudio en profundidad de este importante documento, que promete mejorar sustancialmente nuestro conocimiento del Egipto del Imperio Medio (Málek, 1992). Existen además numerosas tumbas provinciales provistas de pinturas, admirables ejemplos de escultura faraónica y algunas muestras de joyería fina (Bourriau, 1988). Los restos de arquitectura monumental en Egipto propiamente dicho son decepcionantes, pero debían de ser espléndidos, a juzgar por la descripción del templo de Heliópolis que contiene el gran volumen de cuero de Berlín, que incluye (en copia) un decreto de Sesostris I en el que el soberano ordena la construcción de un santuario en Atum (Stern, 1874; Lichtheim, 1973-1980 [OI], I, pp. 115-118; Parkinson, 1991, n.° 5): lo único que queda de él, sin embargo, es un obelisco. Esta

Liber

escasez de restos arquitectónicos puede atribuirse en parte a las grandiosas construcciones emprendidas por los faraones del Imperio Nuevo, que eliminaron muchas de las estructuras del Imperio Medio, y en parte también a las primeras excavaciones, realizadas un poco al azar, y a la falta de publicaciones como es debido de los distintos yacimientos. Pero semejante carencia se ve compensada, hasta cierto punto, por las grandes e impresionantes fortalezas construidas en esta época en Nubia (Emery, 1965; Trigger, 1976).

Fundación de la dinastía XII

El reinado de Mentuhotep IV (a finales de la dinastía XI) acabó en una serie de disturbios, durante los cuales Amenemes I se apoderó del trono. Este personaje probablemente sea el mismo que el visir de los dos últimos faraones de la dinastía XI. Su afán por justificar su violenta asunción del poder real se pone de manifiesto de varias maneras. En primer lugar, adoptó el epíteto de «Repetidor de los nacimientos», con el cual quería dar a entender que su reinado supuso el inicio de una nueva era: el renacimiento de un Egipto unificado y fuerte, a la cabeza del cual estaba él mismo. En segundo lugar fue inventada una profecía *ex eventu*, probablemente a instancias suyas. Se la sitúa en la corte de Snefru (dinastía IV), donde un sabio llamado Neferty vaticina que, tras un período de doloroso desorden, aparecerá un hombre, identificable claramente como Amenemes I, que salvará Egipto:

> Te muestro el país lleno de tumultos:
> El mal armado está fuertemente armado,
> uno se prosterna ante el que se prosternaba ante él.
> Te muestro arriba lo que estaba abajo,
> lo que estaba boca arriba se pone boca abajo.
> Los hombres vivirán en el cementerio,
> el mendigo adquirirá riqueza,
> el grande [tendrá que robar] para vivir.
> El pobre comerá pan,
> los esclavos serán exaltados.
> Ha desaparecido de la tierra el nombre de On (Heliópolis),
> cuna de todos los dioses.
>
> Entonces vendrá del sur un rey,
> llamado Ameny, el justificado,
> hijo de una mujer de Ta-Sety, natural del Alto Egipto.
> Tomará la corona blanca,
> portará la corona roja;
> se unirá a las Dos Poderosas (es decir, las Dos Señoras = los dos países),
> agradará a los Dos Señores (es decir, Horus y Seth = los dos países) con lo que deseen,
> con el círculo de medir los campos en el puño y una espiga en las manos (objetos utilizados por el faraón en las danzas rituales).

¡Regocijaos, gentes de Su época,
el hijo de hombre hará su nombre eterno!
Los malpensados, los urdidores de traición
dejan de hablar por temor a él;
los asiáticos caerán ante su espada,
los libios caerán ante su llama,
los rebeldes ante su ira, los traidores ante su poder,
pues la serpiente que lleva en su frente domeña a los rebeldes para él.

(Goedicke, 1977; Lichtheim, 1973-1980 [01], I, pp. 139-145.)

Este tipo de «propaganda», cuyo objeto era ganar apoyo para la nueva dinastía, conforma el contenido de buena parte de la literatura de esta época (Posener, 1956), y parece que, combinada con un gobierno competente, resultó bastante eficaz. Además el nuevo faraón trasladó otra vez la sede del gobierno al norte de Egipto: este hecho, junto con la restauración de la pirámide como forma habitual de enterramiento real, venía a manifestar de manera visible y palpable el restablecimiento del orden tradicional. La expansión militar, el comercio, la prosperidad cada vez mayor y una administración eficiente caracterizaron un período de más de un siglo de relativa estabilidad política.

Hubo varios elementos que tuvieron una importancia fundamental en el éxito de la dinastía XII. En primer lugar, Amenemes creó un nuevo centro administrativo cerca de Menfis (en Lisht, a 65 km al sur de El Cairo), que contribuyó a consolidar el dominio tebano sobre Egipto. El nombre completo de su nueva capital era *Imn-m-h3.t ỉt(w)-t3wy* («Amenemes domina los dos países»), abreviada habitualmente «Itj-towy» y denominada a menudo sólo «la residencia». Casi con toda seguridad estaba fortificada, probablemente para hacer frente a cualquier eventual ataque desde Libia o incluso a las rebeliones locales. Su emplazamiento indica que pretendía controlar el acceso a El Fayum. Las tumbas reales y por ende también las de muchos funcionarios fueron trasladadas a esa región del norte (Lisht, Hawara *et al.*) y de ese modo los funcionarios relacionados con los cultos fúnebres también se mudaron a vivir allí. Itj-towy probablemente fuera el principal centro del gobierno, como demuestran las órdenes impartidas de enviar allí el grano para el visir, y desde luego era la sede de un palacio real (Simpson, 1963). El segundo elemento, singular (en esta forma) durante esta etapa de la historia de Egipto, fue la instauración de la corregencia. Este método permitía asociar al ejercicio del poder real al sucesor designado en calidad de corregente. Es evidente que esta medida era políticamente muy útil, pero, según sostienen algunos, debió de resultar difícil de instituir en la práctica debido al fundamento religioso de la monarquía egipcia (Simpson, 1956). Fueran cuales fuesen los problemas que comportara, lo cierto es que fueron superados. Menos claro resulta hasta qué punto se puso en vigor esta costumbre. La primera corregencia, la más larga y la mejor atestiguada, es la de Amenemes I y Sesostris I (diez años), pero parece que a partir de Sesostris II cayó en desuso. ¿Se sintió la dinastía lo bastante fuerte para no necesitar más este puntal? ¿O es que le planteó problemas políticos?

La imagen del faraón

A menudo se piensa que el caos político del Primer Período Intermedio provocó cambios profundos en la concepción de la monarquía. Semejante idea es casi con toda seguridad equivocada, pues la ideología monárquica fue muy compleja y polifacética en todas las épocas y se vio sometida a la especulación y al debate (véase *supra*, pp. 172-173). Sin embargo, parece que se produjo una modificación en determinados aspectos de la monarquía que son subrayados por los textos literarios y la escultura. Las estatuas reales del Imperio Medio, por ejemplo, son mucho más grandes que las de épocas anteriores, superando con mucho el tamaño natural, y dan una impresión de gran poderío físico, en contraste con la serena belleza de las estatuas del Imperio Antiguo. La imagen heroica, guerrera, del faraón se ve reflejada también en un himno real de esta época, cantado posiblemente por la población local en una recepción oficial ofrecida al soberano con motivo de su visita al Alto Egipto. El texto se nos ha conservado (junto con otros cuatro himnos) en un gran papiro de la dinastía XII procedente de El Fayum:

Horus: Divino de Forma; las Dos Señoras: Divinas de Nacimiento; Áureo Horus: el Ser; el Rey del Alto y del Bajo Egipto: Khakaure; el Hijo de Ra: Sesostris — Él se ha adueñado de los Dos Países en triunfo.
¡Salve, Khakaure, nuestro Horus, Divino de Forma!
Protector del País que ensancha sus fronteras,
que aplasta a los países extranjeros con su corona.
Que estrecha a las Dos Señoras enlazándolas en sus brazos,
[que somete a las tierras] extranjeras con un gesto de sus manos.
Que mata a los Arqueros sin descargar un golpe de su maza,
dispara el dardo sin tensar la cuerda.
Aquel cuyo temor causa espanto a los Arqueros en su tierra,
el miedo al cual arruina a los Nueve Arcos (todos los enemigos tradicionales de Egipto que rodean sus fronteras),
cuya matanza causó la muerte a miles de Arqueros,
[aquel que llegó] a invadir sus fronteras.
El que dispara el dardo como Sakhmet,
cuando derribó a los miles que ignoraban su poder.
La lengua de su majestad sujeta a Nubia,
sus manifestaciones hacen a los asiáticos postrarse de hinojos.
Joven sin par que combate por sus fronteras,
sin dejar que sus súbditos se preocupen.
El que deja dormir al pueblo hasta que amanece;
que los jóvenes duerman, su corazón los protege.
¡Aquel cuyas órdenes trazaron sus fronteras,
cuyas palabras unieron las Dos Riberas!

(Grapow, 1953; Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, pp. 198-199.)

Otra característica de las estatuas reales de esta época es que muchos de los faraones son retratados con el ceño fruncido. Se ha pensado que semejante gesto pretende reflejar la «carga del oficio de rey», aunque ese tipo de convenciones artísticas son muy difíciles de interpretar (Aldred, 1950). Desde luego la impresión que hoy día nos producen algunas de esas hermosas cabezas es la de que se trata de gobernantes preocupados y desilusionados. Al margen de que esta interpretación sea acertada o no, ese aspecto de la monarquía aparece en un texto interesantísimo, las llamadas «Instrucciones del rey Amenemes I al rey Sesostris I». En este ejemplo único en su género, el faraón difunto cuenta cómo fue asesinado mientras dormía en su palacio y advierte a su hijo y sucesor que no confíe en nadie:

> Tú, que has sido elevado a la dignidad de dios, escucha lo que te digo:
> ¡gobierna la tierra, gobierna las riberas,
> acrecienta tu bienestar!
> Guárdate de los súbditos que no son nadie,
> aquellos de cuyas intrigas uno no es consciente.
> No confíes en el hermano, no sepas lo que es un amigo,
> no tengas intimidad con nadie, es algo indigno.
> Cuando te acuestes, guarda tu corazón para ti mismo,
> pues nadie tiene partidarios en el día del dolor.
> Di limosna al mendigo, crié al huérfano,
> traje dicha tanto al pobre como al rico;
> pero aquel que comía mi comida se levantó contra mí,
> aquel en quien deposité mi confianza la utilizó para conspirar.
> Los que llevaban el lino fino que yo les diera me miraban como si fueran menesterosos,
> aquellos que se perfumaban con mi mirra, derramaban (o: pasaban) agua mientras la llevaban (significado incierto).
> ¡Vosotros, mis iguales en vida, mis socios entre los hombres,
> llevad por mí un luto como no se ha tenido noticia de otro semejante,
> pues todavía no se ha visto un combate tan grande!
> Si uno lucha en la arena olvidándose del pasado,
> la victoria eludirá a aquel que ignora lo que debería saber.
> Era después de cenar, ya había llegado la noche. Llevaba yo una hora de reposo, acostado en mi lecho, pues estaba preocupado. Cuando mi corazón empezaba a seguir los pasos del sueño, las armas que debían protegerme se volvieron contra mí, mientras que yo era como una serpiente del desierto. Me desperté en medio de la lucha, alerta, y vi que era un combate de la guardia. Si hubiera echado mano rápidamente a mis armas, habría obligado a los cobardes a retirarse de inmediato. Pero nadie es fuerte por la noche; nadie puede combatir solo; ninguna victoria se consigue sin ayuda.
> Así pues, el derramamiento de sangre se produjo mientras yo estaba sin ti; antes de que los cortesanos escucharan que te cedía el puesto; antes de sentarme contigo para aconsejarte. Pues no estaba preparado para esto, no lo esperaba, no había previsto la falta de mis servidores (Griffith, 1896; *ARE*, I, §§ 474-483; *ANET*, 418-419; Lichtheim, 1973-1980 [01], I, pp. 135-139; Parkinson, 1991, n.° 9). Liber

La amargura y la desilusión del faraón asesinado son evidentes, al igual que el aislamiento que inevitablemente acompaña a la monarquía absoluta. Se desconoce cuál pudo ser la ocasión en la que fue compuesto el texto, pero otras obras (por ejemplo, «La historia de Sinuhé», Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, pp. 222-235) demuestran que el castigo era inmediato y que los conspiradores eran perseguidos sin tregua. Dan testimonio además de la oposición constante a la que tuvo que hacer frente el fundador de la nueva dinastía (no en vano él mismo había usurpado el trono).

El gobierno de Egipto

El gobierno y la administración del Imperio Medio los conocemos gracias al hallazgo de los papiros del Alto Egipto, así como al yacimiento de El-Lahun, cerca de El Fayum, donde los faraones de la dinastía XII emprendieron un programa de drenaje del terreno de gran envergadura, que incrementó en gran medida la cantidad de tierra disponible para la agricultura (Butzer, 1976, p. 92). El testimonio de los nomos del Egipto Medio demuestra que durante un tiempo considerablemente largo, hasta el reinado de Sesostris III, los faraones permitieron a algunos nomarcas conservar algunas bases de poder bastante importantes e incluso acrecentarlas. Probablemente fuera la herencia del complejo de alianzas alcanzadas durante el proceso de reunificación iniciado en Tebas (véase el capítulo 3, apartado 3). Las tumbas de los nobles hereditarios de la zona en Beni-Hasan (nomo 16) y El-Bersheh (nomo 15) constituyen los ejemplos más notables. Las extensas inscripciones autobiográficas nos ilustran acerca de su riqueza y su posición, reforzada por los matrimonios contraídos con miembros de las familias de los nomarcas vecinos y respaldada por su parentesco con los poderosos de la corte. Los relieves pintados son un reflejo de la información de los textos: la escena más espectacular muestra el transporte de una estatua sedente de tamaño colosal del nomarca Djehutihotep II (El-Bersheh) desde las canteras de alabastro de Hatnub. Evidentemente disponía de grandes recursos de mano de obra y de riquezas para costear semejante empresa. No está muy claro cómo y por qué fueron suprimidos de un modo tan definitivo y eficaz aquellos centros de poder local, pero el proceso quedó concluido durante el reinado de Sesostris III (Franke, 1991; Lloyd, 1992).

Aunque Itj-towy acabó convirtiéndose en la principal sede de gobierno, Tebas continuó teniendo gran importancia como capital dinástica. Se la denominaba la «ciudad del sur», para distinguirla de la «residencia» del norte. Los restos de edificios son muy fragmentarios, pero lo que queda de ellos demuestra que indudablemente se realizaron construcciones significativas, como por lo demás cabría esperar (véase la figura 15). Amón, que originalmente no era más que una divinidad local de Tebas, pasó a ocupar un lugar predominante en el panteón egipcio y acabó confundiéndose con Ra. El papiro Boulaq 18 (comienzos de la dinastía XIII; Scharff, 1920) contiene algu-

Liber

nos fragmentos de un diario palaciego, donde se demuestra que el rey y su corte visitaban a menudo Tebas: la presencia del faraón está atestiguada con ocasión de las grandes festividades, para sofocar los disturbios locales y ejecutar a sus cabecillas, y para negociar con la población que vivía en el desierto circundante. En un caso se conserva una lista del séquito del monarca: llegó acompañado de una de sus esposas, un príncipe, tres hijas reales, nueve hermanas reales, un grupo de nodrizas encargadas de cuidar a los niños pequeños, y gran número de oficiales de la corte. Las necesidades del séquito real fueron costeadas en parte por el departamento gubernamental responsable de la administración del Alto Egipto, en parte por el tesoro estatal central, y por último en parte con los bienes producidos por las fincas del templo de Amón de la localidad.

Al igual que en el Imperio Antiguo, el visir seguía siendo el ejecutivo más importante y poderoso después del faraón; un punto dudoso es si había más de un visir, encargado cada uno de los distintos «departamentos» (*waret*) del país. La principal preocupación del gobierno era la recaudación de todo tipo de recursos con el fin de mantener a la corte y sus proyectos. Las tierras de propiedad del faraón, las fincas vinculadas a las fundaciones funerarias y las tierras de propiedad privada sometidas al pago de tributos suministraban la mayor parte de los ingresos de la corona. En esta época se pueden definir con más facilidad que antes las tierras de propiedad privada, al igual que el complejo entramado que las unía con los ingresos provenientes de los diversos cargos públicos (Théodoridés, 1971; Kemp en Trigger *et al.*, 1983 [0D], p. 106). Pero esta circunstancia no refleja ningún cambio fundamental en el sistema de posesión de la tierra vigente en Egipto, tal como había existido también en el Imperio Antiguo. El estrecho control ejercido sobre la recaudación de impuestos y tributos queda claramente definido en el papiro de Brooklyn (comienzos de la dinastía XIII; Hayes, 1955): contiene extractos de un «registro de una prisión», en el que se enumera a los individuos asignados a las haciendas estatales y a los «campos de trabajo» por no haber cumplido con las obligaciones laborales que les exigía la autoridad central. El nivel de los servicios de policía y su efectividad debían de ser bastante altos para poder llevar a cabo ese control con eficacia.

Egipto en el extranjero

Respecto a las relaciones de Egipto con Nubia existe una enorme cantidad de materiales de esta época (Säve-Söderbergh, 1941; Trigger, 1976). Impresionante es la cadena de grandes fortalezas con su doble línea de fortificaciones, glacis y atalayas en los ángulos de las murallas que rodean el poblado, trazado en forma de parrilla y en cuyo interior se encontraba la casa del comandante egipcio. Estas grandes fortalezas, que eran fundaciones reales, fueron establecidas en diversos lugares entre la primera y la segunda catarata. Estaban concentradas sobre todo en la región de la segunda catara-

Liber

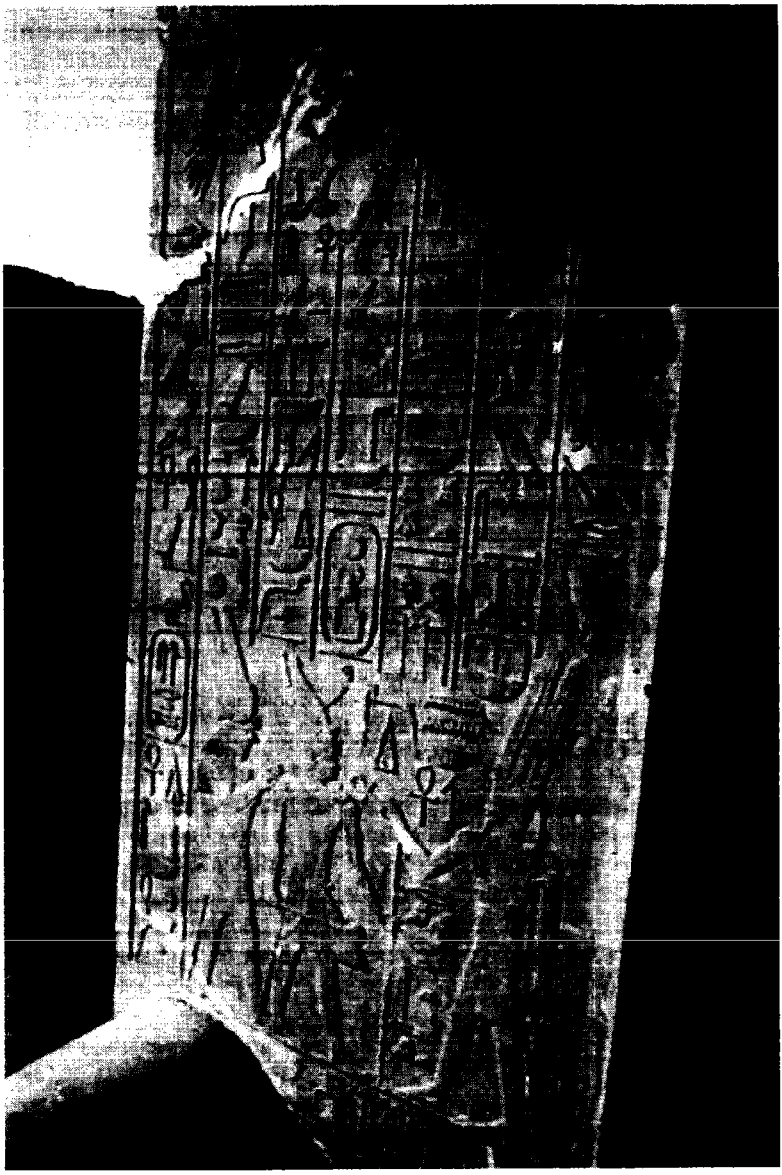


FIGURA 15. Quiosco de Sesostris I en Karnak, Tebas (por cortesía de M. S. Drower).

Liber

ta, donde su impresionante presencia y una serie de inscripciones indican que la zona constituía en esta época la frontera meridional de Egipto, fortificada y guarnecida contra un enemigo situado mucho más al sur, probablemente un reino con capital en Kerma (más allá de la tercera catarata (Reisner, 1923; Hintze, 1964). Las inscripciones gemelas erigidas por *Sesostris III* para señalar la frontera así lo ponen de manifiesto:

> El Horus viviente: Divino de Forma; las Dos Señoras: Divinas de Nacimiento; el Rey del Alto y Bajo Egipto: Khakaure, vida dada; el Horus-Áureo viviente: el Ser; el Hijo del cuerpo de Ra, su bienamado, el Señor de los Dos Países: Sesostris, vida-estabilidad-salud dadas para siempre. Año 16, tercer mes de invierno: el rey puso su frontera meridional en Heh (la actual Semna):
>
> Puse mi frontera más al sur que mis padres,
> he engrandecido lo que me fue legado.
> Soy un monarca que habla y actúa,
> lo que mi corazón proyecta, lo ejecuta mi brazo.
> Soy el que ataca para conquistar, el que es rápido en la victoria,
> aquel en cuyo corazón no se duermen los planes.
> Considerado con sus clientes, firme en la clemencia,
> despiadado con el enemigo que lo ataca.
> Soy el que ataca al que lo ataca,
> el que se detiene cuando el otro se detiene,
> el que responde a una cuestión como conviene.
> Detenerse cuando se es atacado equivale a dar alas al corazón del enemigo;
> atacar significa valor; retirarse, cobardía;
> cobarde es aquel que es desplazado de sus fronteras.
> Como el nubio escucha las palabras de la boca,
> responderle es obligarle a retirarse.
> Atácale y te dará la espalda;
> retírate y empezará a atacarte.
> No es un pueblo al que se respete,
> son malvados, pusilánimes.
> Mi majestad lo ha visto, no es ningún bulo.
> He capturado a sus mujeres,
> me he llevado a sus servidores,
> he llegado hasta sus pozos, he matado a su ganado,
> segado e incendiado su grano.
> ¡Así como mi padre vive por mí, digo la verdad!
> No son palabras de jactancia las que salen de mi boca.
>
> En cuanto a aquel hijo mío que mantenga estas fronteras que mi majestad ha establecido, será hijo mío, nacido de mi majestad. El verdadero hijo es aquel que defiende a su padre, el que guarda las fronteras del que lo engendró. Pero el que las abandona, el que no lucha por ellas, no es hijo mío, no ha nacido de mí.
>
> Ahora mi majestad ha establecido una imagen de mi majestad, en esta frontera, que mi majestad ha establecido para que la mantengas, para que luches por ella (*Ägyptische Inschriften*, I, pp. 257-258; *ARE*, I, §§ 653-660; Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, pp. 118-120; Parkinson, 1991, n.° 6).

Liber

Los materiales arqueológicos confirman la impresión de que Nubia, desde la primera hasta la segunda catarata, fue ocupada efectivamente por Egipto y que la población nubia fue sometida. Probablemente proporcionaba buena parte de la mano de obra que requerían las empresas egipcias establecidas en esta región, rica en recursos minerales —oro, cobre, amatistas y diorita— para la explotación de sus minas y canteras. Algunos nubios eran reclutados directamente para servir al faraón en las guarniciones, el ejército o en las actividades policiales. El papel de Nubia como reserva de mano de obra para Egipto fue tan importante, cuando menos, como el de sus recursos minerales. El «grupo C», que hizo su aparición a finales de la dinastía V en la Baja Nubia y que formó una serie de pequeños principados (véase *supra*, pp. 170-171), debió de ser derrotado por los faraones de la dinastía XII. Una importante consecuencia de las excavaciones de las fortalezas del Imperio Medio en Nubia es que nos han permitido visualizar con mayor claridad el aspecto que debían de tener las ciudades amuralladas del propio Egipto, como por ejemplo Itj-towy, y las fortalezas del este del delta (véase *supra*, p. 192).

Conocemos los lazos que unían a Egipto con Levante y el Sinaí gracias a una serie de fuentes diversas. Las pinturas de la tumba de un nomarca situada cerca de Beni Hasan, en el Egipto Medio (nomo 16 del Alto Egipto, véase *supra*, p. 195), muestran la llegada de un jefe con su séquito, procedente del Sinaí, llevando consigo una serie de regalos para el gobernador provincial (Newberry, 1893, láminas XXX y XXXI). Este tipo de intercambios probablemente fuera muy habitual y debió de contribuir a hacer más aceptables las exigencias de esos grupos de pastores, ansiosos por cruzar las fronteras egipcias en busca de pastos, cuando fuera necesario. La cooperación entre las autoridades egipcias y las comunidades locales del Sinaí, basada probablemente en una serie de acuerdos formales, se oculta tras la próspera explotación de las minas de turquesa de la región por los egipcios. La actividad minera de los egipcios en la península del Sinaí durante el Imperio Medio fue muy intensa, y a comienzos de la dinastía XII se comenzaron las obras de un templo de la diosa Hathor y del dios del desierto Soped en Serabit el-Khadim (Gardiner y Peet, 1952-1955). La calificación oficial que dan los egipcios a cualquier tipo de contactos con la población local como si se tratara de «enemigos» y «bárbaros», a los que es preciso perseguir sin tregua (reflejada sobre todo en los denominados «textos de execración», véase Posener, 1940), respondía a un tipo de retórica inevitable, tras la cual se oculta ese modelo de interacción positiva.

Existen algunos testimonios de hostilidades ocasionales con algunas zonas de Palestina (cf. la estela de Khu-Sobek, *ARE*, I, § 676; Farag, *RdE*, 32 [1980], pp. 79-82; Posener, *SSEA Journal*, 12 [1982], pp. 7-8), pero, al parecer, era la excepción a la regla. La impresión dominante, como pone de manifiesto la «Historia de Sinuhé» (Blackman, 1932; Lichtheim, 1973-1980 [OI], I. pp. 222-235), es la de que a Egipto le interesaba fomentar unas relaciones diplomáticas muy estrechas. Ello suponía el envío de legados egipcios a las cortes de los príncipes locales incluso a sitios tan apartados como Kadesh o Biblos. De ese

modo Egipto tenía la posibilidad de participar en las extensas redes comerciales de los estados levantinos y mesopotámicos (véase el capítulo 2, apartado 4), y el estilo de algunos objetos descubiertos en Egipto, lo mismo que el material de que están hechos (por ejemplo, el tesoro de Tod, cf. Porada, 1982), demuestran que los egipcios estaban en contacto con ellos.

Literatura del Imperio Medio

El rasgo más famoso del Imperio Medio quizá sea el gran auge que conoció la literatura egipcia. La categoría de «literatura legitimista» (definida por vez primera por Posener, 1956), que constituye un capítulo y una parcela más de los esfuerzos de los faraones de la dinastía XII por afianzar y propagar una imagen de sí mismos como soberanos «legítimos» (véase *supra*, pp. 191-192), resulta de lo más sorprendente. Se ha llegado a pensar incluso que la «Historia de Sinuhé», uno de los relatos egipcios más vivos y populares, está emparentada con este género, aunque es bastante improbable (Baines, 1982). Esta obra cuenta, en forma autobiográfica, las aventuras de un cortesano de Amenemes I, que se siente amenazado por el asesinato del faraón; lleno de temor por su vida, huye a Palestina y logra fama y fortuna con un caudillo local viviendo de forma descabellada; finalmente es perdonado por Sesostris I y regresa a Egipto, donde muere y es enterrado. De forma más genérica, se piensa que el Imperio Medio representa el modelo clásico de la lengua y la literatura egipcias. La forma de los jeroglíficos del Imperio Medio y la distancia que guardaban entre sí fueron admiradas e imitadas durante todo el tiempo que se utilizó este sistema de escritura, siendo enseñadas en las escuelas en época posterior (Quirke, en Bourriau, 1988, p. 76). Un género literario sumamente emotivo, atestiguado por vez primera en esta época, es la «canción del arpista». Trata de la naturaleza efímera de la vida y de la imposibilidad de llevarse consigo al otro mundo las riquezas de éste. Las canciones ponen de manifiesto, pese a las apariencias en sentido contrario que tan famoso han hecho a Egipto, la incertidumbre que sentían los egipcios ante el destino que les aguardaba después de la muerte:

> La canción que está en la capilla funeraria del faraón Intef, justificada ante el cantor que se acompaña con el arpa:
> Es feliz este buen príncipe:
> la muerte es un destino amable.
> Una generación pasa,
> otra perdura,
> desde la época de los antepasados.
> Los dioses que hubo antes descansan en sus sepulturas,
> y también los nobles benditos yacen enterrados en sus tumbas.
> (Sin embargo) los que construyeron las tumbas
> han desaparecido,
> ¿qué fue de ellos?

Liber

He escuchado las palabras de Imhotep y Hardedef,
cuyas sentencias son recitadas íntegramente.
¿Adónde fueron?
¡Sus murallas se han desmoronado,
han desaparecido,
como si no hubieran existido nunca!
¡Nadie vendrá desde allí
a hablarnos de sus necesidades,
a calmar nuestros corazones,
hasta que también nosotros vayamos allí adonde ellos se fueron!

Así pues, regocíjate en tu corazón.
El olvido te favorece;
sigue a tu corazón mientras vivas.
Echa mirra sobre tu cabeza,
vístete con lino fino,
úngete con aceites propios de un dios.
¡Acumula tus alegrías,
que tu corazón no decaiga!
¡Sigue a tu corazón y a tu felicidad,
haz en la tierra lo que tengas que hacer como te dicte tu corazón!
Cuando te llegue el día de las lamentaciones,
el del Corazón Apesadumbrado (es decir, Osiris) no escuchará sus lamentaciones, ¡los gemidos no salvan a nadie de la fosa!

Estribillo
¡Desahógate,
no te preocupes por nada!
¡Mira que a nadie se le permite llevarse consigo sus bienes,
mira que quien se marcha ya no vuelve!

(P. Harris, 500; Erman, 1927/1966 [0I], pp. 133-134; *ANET*, 467-468; Lichtheim, 1973-1980 [0I], I, pp. 194-197; Parkinson, 1991, n.º 56.)

5. El Segundo Período Intermedio y el dominio de los hicsos en Egipto (*c.* 1720-*c.* 1550)

Unos doscientos años separan el Imperio Medio de los comienzos del Imperio Nuevo (*dinastía XVIII [1552/1550]*). Se trata de una fase más de la historia de Egipto en la que la autoridad central perdió el control de la totalidad del país y algunas regiones pasaron a constituir entidades independientes: otro período «intermedio». Pero mientras que el Primer Período Intermedio fue relativamente limitado en el tiempo (duró más o menos un siglo) y casi todo él estuvo marcado por las guerras civiles que con carácter intermitente se desencadenaron entre los grupos locales que se disputaban el dominio del país, el Segundo Período Intermedio fue mucho más largo y la mayor parte de Egipto estuvo dominada por una serie de gobernantes extranjeros, los

llamados «hicsos», durante por lo menos los últimos cien años aproximadamente. Los testimonios de la lucha de los egipcios contra su gobierno se limitan prácticamente al final del período, circunstancia que sugiere que se llegó a algún tipo de acomodo o incluso de cooperación con ellos. La victoria final de los egipcios sobre los hicsos, que dio lugar a la creación del Imperio Nuevo, fue conmemorada con una retórica triunfalista que tacha al gobierno de estos últimos de impío y destructivo. Un cuento popular de época posterior refleja esta imagen negativa (Redford, 1970). Una serie de problemas bastante graves, creados por la inseguridad cronológica y la escasez de fuentes contemporáneas, menos emotivas que las que poseemos, dificultan los intentos realizados por los especialistas de obtener una imagen más equilibrada de esta época. La presente sección analiza algunas de esas dificultades con el fin de aclarar los problemas que plantea el conocimiento de este período.

Cronología

Nociones generales y la dinastía XV

El texto de Manetón, que constituye nuestra principal fuente cronográfica, es muy confuso y casi con toda seguridad adolece de la corrupción del manuscrito. Después de la dinastía XII ofrece la siguiente lectura:

dinastía XIII: 60 (faraones) diospolitas (es decir, tebanos)	= 453 años
dinastía XIV: 76 (faraones) xoítas	= 184 años
dinastía XV: 6 (faraones) pastores	= 260 años
dinastía XVI: 32 (faraones) pastores dinastía XVII: 5 (faraones) tebanos	= 251 años
Duración total del período:	1.148 años

La mayoría de los especialistas piensan que la cifra de «453» años para los sesenta faraones tebanos de la dinastía XIII está corrompida y por regla general la corrigen por 153; pero en cualquier caso el total obtenido para la duración del período es de 848 años, lo cual es imposible.

¿Podemos obtener una información más fiable del Canon de Turín? Por desgracia el papiro es muy fragmentario en este capítulo, lo que implica que toda reconstrucción de una secuencia de faraones que resulte plausible es hipotética. La sucesión de reyes que la mayoría de los especialistas admiten que da el Canon de Turín es la siguiente:

VI.5-VII.26	= 50 faraones	(Tebas: probablemente dinastía XIII) Total: perdido
VII.28-X.1	= 76 faraones	(delta: probablemente dinastía XIV) Total: perdido
X.15-20	= 6 «hicsos»	(dinastía XV) *Total = 108 años*
	(*hq3wh3swt* = 'caudillos de tierras extrañas')	

Libertad

X.22-29 = 8 faraones (¿dinastía XVI?) Total: perdido
X.31-XI.14 = 15 faraones (probablemente dinastía XVII) Total: perdido
XI.16-35 (?) = 20 (?) faraones (¿dinastía XVI?)

(Los números romanos indican las columnas; los números árabes indican las líneas de las columnas.)

Según esta reconstrucción podemos equiparar algunos de los datos del Canon de Turín con el material procedente de Manetón (tal como indicamos más arriba: dinastías XIII, XIV y XV); allí donde difieren las dos listas, deberíamos preferir la versión del Canon. Por desgracia, no se conserva la duración total de las dinastías excepto en un caso (dinastía XV = 108 años). Aunque el Canon aporta algunas mejoras desde el punto de vista cronológico, *también en él aparece un número enorme de faraones que tendrían que* encajar entre el final de la dinastía XII y el comienzo de la XVIII, período que, basándonos en una serie de datos bastante firmes, no pudo durar más de unos 230 años. Un paralelismo sorprendente que podemos apreciar entre una y otra lista es el de los «6 pastores» de Manetón y los «6 caudillos de tierras extrañas (*hq3wh3swt*)» del Canon de Turín. Se trata de los «hicsos». Josefo, el historiador judío del siglo I a.C., recoge en su obra titulada *Contra Apión* una leyenda, al parecer tomada de Manetón, que habla de los «hicsos»:

> Tutimeo. En su reinado, no sé cómo, se hizo sentir contra nosotros la cólera divina y, de improviso, desde el Oriente, unos hombres de raza desconocida tuvieron la audacia de invadir nuestro país y, fácilmente y sin combate, se adueñaron de él por la fuerza. Hicieron prisioneros a sus gobernantes, incendiaron salvajemente las ciudades, arrasaron los templos de los dioses, y trataron con gran crueldad a todos los naturales del país, matando a unos y esclavizando a las mujeres e hijos de otros. Finalmente, hicieron rey a uno de los suyos, llamado Salitis. Éste se estableció en Menfis, imponiendo tributos en el Alto y en el Bajo Egipto, y dejó guarniciones en los lugares más apropiados ... Como en el nomo de Setroíta hubiera encontrado una ciudad muy adecuada, situada al este del río Bubastites, llamada, según una antigua tradición teológica, Avaris, la reconstruyó y la fortificó con murallas ... Tras un reinado de diecinueve años, murió. Después de él, otro rey llamado Bnon ocupó el trono durante cuarenta y cuatro años. El sucesor de éste, Apacnás, reinó treinta y seis años y siete meses; a continuación, Apofis, sesenta y un años, y Annas, cincuenta años y un mes. Después de éstos, Asis, cuarenta y nueve años y dos meses. Éstos fueron sus seis primeros príncipes, cuya mayor ambición fue destruir Egipto hasta *la raíz. A este pueblo, en su totalidad, se le daba el nombre de hicsos,* es decir 'reyes pastores', pues en la lengua sagrada *hic* significa 'rey', y *sos* es 'pastor' o 'pastores' en la lengua vulgar (Manetón, fr. 42).

Esta noticia confirmaría la sospecha de que debemos identificar los «pastores» de Manetón con los «*hq3wh3swt*» del Canon de Turín; evidentemente el término egipcio fue convertido en «hicsos» e interpretado equivocadamente por Josefo a partir de su semejanza fonética. Por consiguiente podemos afirmar con toda seguridad que la dinastía XV correspondió a los «soberanos

CUADRO 14. *Cronología del Segundo Período Intermedio*

Alto Egipto	Egipto Medio	Bajo Egipto
	Dinastía XIII (1785/1783-*c.* 1648)	
		Dinastía XIV (*c.* 1720-*c.* 1648)
Dinastía XVII (*c.* 1648-1552)	Dinastía XV («*hicsos*») (*c.* 1648-1540) y «dinastía XVI» (*c.* 1648-1540?)	
Camosis		
	Dinastía XVIII	
Amosis 1552-1527 (*c.* 1550-1525)		

FUENTE: Reconstrucción según Beckerath, 1984.

de países extraños», en número de seis, la duración total de cuyos reinados habría sido de 108 años.[6]

Diversos textos del Imperio Nuevo hacen alusión a la dinastía de los hicsos: en primer lugar, tenemos las dos estelas de Camosis y la tablilla Carnarvon, copia de la primera estela, que data de la dinastía XVIII (Smith y Smith, 1976). Efectivamente, Camosis fue el último faraón de la dinastía XVII de Tebas; en sus estelas (cuyo texto fue copiado posteriormente en las escuelas egipcias) hablaba del importante avance hacia el norte que protagonizó el soberano de Tebas y de su ataque contra Ávaris, la capital de los hicsos, en la parte oriental del delta, y sede del poder del rey Apofis. En segundo lugar, tenemos la autobiografía de Amosis, hijo de Ebana, soldado y capitán de marina del ejército de Amosis (el primer faraón de la dinastía XVIII, que llevaba su mismo nombre), quien acompañó a su rey en numerosas campañas. El primer conflicto del que habla es el ataque contra Ávaris, tras el cual la guerra contra los hicsos se extendió al sur de Palestina (*Urk.* IV, 1-11; *ARE*, II, §§ 1-16, 38-39, 78-82; *ANET*, 233-234; Lichtheim, 1973-1980 [01], II, pp. 12-15). En tercer lugar, una inscripción de la reina Hatshepsut, procedente de la fachada de un templo de Beni Hasan (Speos Artemidos), en el Egipto Medio (nomo 16), alude de manera genérica a los hicsos tachándolos de ser una ofensa para el *ma'at* y a su expulsión (Gardiner, 1946a; *ANET*, 230). Por último, el papiro Sallier I (dinastía XIX) contiene un cuento popular en el cual aparecen el faraón hicso Apofis y Seqenenre, el predecesor de Camosis,

Liber

enzarzados en una batalla de agudezas e insultos, en la que, como cabría esperar, el hicso se lleva la peor parte (Erman, 1927/1966 [OI], pp. 165-167; Gardiner, 1932, pp. 85-89; *ANET*, pp. 231-232; Simpson, 1972 [OI], pp. 77-80). Todos estos documentos demuestran que la dinastía XV fue eliminada por el último faraón de la dinastía XVII y el primero de la XVIII. Al parecer, la expulsión de los hicsos concluyó de un modo más o menos definitivo hacia 1540 (Vandersleyen, 1971). Utilizando la cifra total de 108 años para la dinastía XV y haciendo un cálculo regresivo, llegamos a la conclusión de que la dinastía de los «hicsos» comenzó en 1648. Sin embargo, sigue quedando una laguna cronológica entre el final de la dinastía XII (1786) y el inicio de la XV, un vacío de 138 años en el que, aun utilizando las cifras más bajas del Canon de Turín, tenemos que hacer sitio a unos ciento cincuenta faraones. Muchos de ellos debieron de reinar simultáneamente, pero el problema estriba en determinar cuándo y dónde.

Las dinastías XIII y XVII

A las dinastías XIII y XVII se las califica como «tebanas». Parece que el motivo de su separación es que, mientras que los faraones de la dinastía XIII se consideraban a sí mismos (y en buena parte lo fueron) soberanos de todo Egipto con capital en Itj-towy (Lisht, véase *supra*, p. 192), el dominio de los de la XVII se limitaba a la zona de «la cabeza del sur», que quizá fuera sólo desde Coptos a Asuán, con capital en Tebas. Como las estelas de Camosis, la *tablilla Carnarvon y el papiro Sallier I consideran a Camosis y Seqenenre*, los dos últimos faraones de la dinastía XVII, contemporáneos de Apofis, de la dinastía XV, y como el dominio de todos los soberanos de la XVII se limitaba, al parecer, a la zona meridional de Egipto, es posible que los quince faraones tebanos fueran en su totalidad contemporáneos de la dinastía XV de los hicsos. En la dinastía XVII deberíamos incluir algunos faraones más, según los testimonios de las tumbas de Tebas (Winlock, 1924; Beckerath, 1984). Por término medio la duración de sus reinados debió de ser bastante breve, problema que en realidad no admite ninguna solución de momento.

La dinastía XIII plantea incluso más dificultades. Manetón no conserva el nombre de ningún faraón, el Canon de Turín da algunos, y otras fuentes adicionales (la Lista de Reyes de Karnak y la genealogía menfita de un sacerdote de la dinastía XXII [Beckerath, 1984]) nos dan unos cuantos nombres más, que quizá sean los mismos que algunos de los del Canon de Turín o bien quizá debamos añadirlos a los incluidos en éste. La duración de sus reinados se ha perdido en casi todos los casos, al igual que las cifras globales, y se cree que el total de 453 años que da Manetón está corrompido. Corregir esa cifra por 153 sería muy útil, pero en el fondo no deja de ser una maniobra racionalizadora: ninguna fuente historiográfica nos indica cuánto duró en realidad la dinastía. Muchos faraones de la dinastía XIII eran de Tebas y, durante los primeros cincuenta años aproximadamente, Egipto siguió funcio-

nando más o menos como había venido haciéndolo durante la dinastía XII, y controlando aproximadamente el mismo territorio. Por lo que sabemos, lo que les diferencia de la dinastía XII es que entre ellos no existe ninguna relación de parentesco, hecho que contrasta en gran medida con el carácter fuertemente familiar de los miembros de la dinastía XII. Es posible que la dinastía XII se extinguiera, pues su última representante fue una reina, Sobeknefru, circunstancia que acaso indique una crisis en la sucesión al trono. Como la dinastía de los hicsos dio comienzo en 1648 y los testimonios de época posterior demuestran que controlaba el país más o menos hasta la altura de Coptos, incluida, por tanto, Itj-towy, probablemente deberíamos pensar que la dinastía XIII llegó a su fin en 1648, cuando sus integrantes perdieron el control de esta importante capital (véase la estela de Horemkhauf, Hayes, 1947; Lichtheim, 1973-1980 [OI], I, pp. 129-130). Esta solución, por lo demás bastante mecánica, implica que el número de faraones que reinaron entre 1786 y 1648 fue inmenso, cosa que no tiene nada de imposible. Los testimonios relativos a la duración de los reinados (cuando disponemos de ellos) demuestran que algunos faraones reinaron poquísimo tiempo (menos de un año). Otra característica es que sus orígenes eran sumamente variados: unos pertenecían, al parecer, a familias militares; otros eran de origen extranjero; muchos incluso perece que no pertenecían a círculos reales ni siquiera cortesanos (Van Seters, 1966). La impresión general es que el cargo de faraón estaba rodeado de una inestabilidad extraordinaria, y de momento nadie ha podido explicar todavía satisfactoriamente esta situación. Pero frente a ella debemos tener en cuenta la considerable continuidad que se dio en los niveles más altos de la burocracia. Este hecho contrarrestó, al parecer, la rapidez con la que fueron cambiando los ocupantes del trono, y contribuyó a mantener cierto grado de estabilidad política.

Dinastías XIV y XVI

Según Manetón, la dinastía XIV estuvo compuesta por setenta y seis faraones de Xois, que reinaron en total 184 años. Según parece, Xois fue una ciudad que no tuvo la menor importancia durante toda la época faraónica y tampoco la tuvo excesivamente más tarde. Sin embargo estaba cerca de Sebennito, en la parte occidental del delta, la ciudad natal de Manetón. Por eso los especialistas han sugerido que en el relato de este autor quizá influyera cierta dosis de orgullo local y que probablemente los faraones de esta dinastía anduvieran en realidad dispersos por toda la zona del delta (Beckerath, 1984). Los nombres de los soberanos correspondientes que aparecen en el Canon de Turín son muy extraños: casi una tercera parte son «motes» que quizá deberíamos desechar por espurios. Nos quedan entonces unos cincuenta reyes, que deberíamos pensar que pertenecen a una serie de pequeñas dinastías locales que reinaron a la vez en la zona del delta. ¿Pero dónde deberíamos situar cronológicamente esta fase de dominio de los reyezuelos?

Los testimonios son muy complejos y cabe darles múltiples interpretaciones. Los argumentos más plausibles (en mi opinión) son los que aduce Beckerath (1984) en su meticuloso estudio sobre este período. Uno de los primeros reyezuelos del delta (Nehesy/dinastía XIV) dedicó algunos monumentos al dios Set de Ávaris; un texto muy posterior (la «estela de los 400 años» de Ramsés II, Montet, 1933; *ARE*, III, §§ 538-542; *ANET*, 252-253) conmemoraba en *c.* 1320 el cuarto centenario de la fundación de un templo de Set en Ávaris; la fecha de su fundación habría sido, por tanto, *c.* 1720. Da la impresión de que estos dos testimonios probablemente se refieren al mismo hecho, a saber, que Nehesy, de la dinastía XIV, tuvo que ver con la fundación de un templo de Set en Ávaris hacia 1720. Este hecho, a su vez, sugiere que los faraones de la dinastía XIII habían perdido el dominio del Bajo Egipto en torno a 1720. Y lo corroboran la afirmación de Manetón, quien dice que Sobekhotep IV (dinastía XIII) reinó sólo de Menfis para abajo, y el hecho de que no se haya encontrado ningún monumento de este faraón en la zona del delta (a diferencia de lo que ocurre con su predecesor, Neferhotep). Así pues, la fundación del templo de Set quizá indique el establecimiento de una serie de principados independientes en el delta. Ello significa que el comienzo de la dinastía XIV se situaría en 1720. Esta circunstancia marcó el inicio de un serio proceso de erosión del poder central. No es probable que los reyezuelos del delta sobrevivieran durante mucho tiempo al establecimiento del dominio de los hicsos, pues una de las capitales reales más importantes de los poderosos faraones hicsos (dinastía XV) era Ávaris. Así pues, el final de la dinastía XIV se situaría en torno al año 1648.

La dinastía XVI de Manetón se compone de «treinta y dos pastores», es decir, estaría relacionada de alguna forma con los hicsos, aunque es distinta de la dinastía de los hicsos propiamente dicha. Deberíamos identificarla quizá con los dos grupos de ocho y veinte (?) faraones respectivamente que aparecen en el Canon de Turín. Los nombres de los soberanos se han perdido y probablemente no formaran una dinastía coherente. Quizá deberíamos considerarlos una serie de príncipes vasallos y, por lo tanto, contemporáneos de la dinastía XV. Algunos de los numerosos sellos descubiertos en forma de escarabajo que llevan nombres de faraones, pero que no pueden atribuirse a ninguno de los soberanos conocidos, probablemente correspondan a los reyes de esta dinastía. Varios de esos escarabeos han sido encontrados en el sur y en el interior de Palestina, lo cual indica que al menos algunos de los principados hicsos estaban en esta zona (Weinstein, 1981, pp. 8-10).

Los hicsos y Egipto

Este reajuste cronológico (véase *supra*, cuadro 14) ofrece una imagen de fragmentación progresiva y general del poder político en Egipto, y muestra la formación en último término de un poder real supremo, de origen no egipcio, que controlaba la mayor parte del país y dominaba a una serie de prín-

Libef

cipes locales, entre ellos algunos de Palestina. Seguimos sin saber cómo se llegó a producir esta situación y de dónde procedían esos gobernantes extranjeros (Bietak, 1987). Diversos materiales arqueológicos indican que en esta época la interacción entre Egipto y Palestina era muy intensa, pero eso sólo no nos ayuda demasiado a definir los orígenes de los hicsos (Van Seters, 1966; Dever, 1985). Los nombres de los faraones hicsos también se resisten a un análisis filológico satisfactorio, de ahí que la avalancha de investigaciones realizadas en este sentido haya quedado más bien en nada. La calificación de «asiático» y de «hombre de Retenu (término general para designar a Levante)» que se da a Apofis en las estelas de Camosis indica que a los hicsos se les consideraba relacionados con Levante, sin más especificación. La labor que se está desarrollando actualmente en el yacimiento de Tell el-Dab'a, en la zona oriental del delta (Bietak, 1975; 1981/1986), constituye la novedad más esperanzadora. Tell el-Dab'a muestra la presencia cada vez mayor en una ciudad fundamentalmente egipcia de un grupo de población forastera, caracterizada por unos lazos muy fuertes con Levante y unos tipos de enterramiento específicos, no egipcios. La ciudad conoció una gran expansión a finales del siglo XVII, período que coincide aproximadamente con la época en la que la dinastía XV de los hicsos asumió el dominio de Egipto. Un descubrimiento desconcertante, realizado durante la campaña 1991-1992, fue el hallazgo de algunos fragmentos de pinturas al fresco, relacionadas indudablemente por su estilo, su técnica y sus motivos con los famosos frescos minoicos de Creta y Tera (Bietak, 1992; Hankey, 1993). En 1992-1993 se descubrieron nuevos frescos de estilo minoico. De momento no está nada segura la interpretación de su significado: ¿es que alguna princesa oriunda del Egeo contrajo matrimonio con algún faraón hicso? ¿Estaba acaso la tradición de esos murales y motivos pictóricos más difundida por el Mediterráneo oriental de lo que se sospechaba? (Niemeier, 1991). Estas cuestiones seguirán debatiéndose durante los años venideros y de momento no caben las soluciones fáciles.

Una cosa segura y aceptada prácticamente por todo el mundo es que Tell el-Dab'a formaba parte de Ávaris, la ciudad más íntimamente relacionada con los hicsos. Un cuidadoso estudio del paisaje (Bietak, 1975) y las descripciones de las estelas de Camosis demuestran que la ciudad estaba protegida por el agua por dos de sus extremos (esto es, se hallaba situada entre sendos brazos del Nilo) (véase Smith y Smith, 1976), que contaba con viñedos y casas residenciales en sus inmediaciones, y que estaba dominada por una ciudadela bien fortificada. En sus estelas Camosis evoca gráficamente cómo era la maciza fortaleza:

> Divisé a sus mujeres en lo alto de su palacio, mirando desde sus celosías a la ribera del río, sin que sus cuerpos se agitaran al verme, asomando por las aspilleras de los muros como las crías de lagartija asoman por las rendijas... (Smith y Smith, 1976, p. 60).

Ávaris tenía además un puerto, que servía de escala en la navegación fluvial, particularmente como centro de almacenamiento de los productos comerciales que debían ser embarcados con destino al sur. Cuando atacó la ciudad, Camosis encontró 300 barcos de Retenu anclados en el puerto, llenos de «lapislázuli, plata, turquesas, hachas de bronce, aceite de *ben*, incienso, sebo, miel» y varios tipos de madera. Esta lista demuestra que los hicsos controlaban plenamente las relaciones comerciales tradicionales de Egipto (Levante, Sinaí, Biblos y el mar Rojo), que discurrían habitualmente por la parte oriental del delta. Los faraones egipcios de Tebas probablemente no habrían tenido acceso a esos productos si no hubieran mantenido buenas relaciones con los hicsos.

Todavía no está seguro del todo hasta dónde llegaba el control que los hicsos ejercían sobre Egipto (Bourriau, en prensa). Las opiniones van desde los que postulan un dominio cuando menos temporal de los hicsos hasta Asuán, con los faraones tebanos como súbditos (Helck, 1968 [0D], p. 134; Habachi, 1972), hasta los que piensan que el control de los hicsos no llegó a extenderse nunca realmente más allá del Egipto Medio (Beckerath, 1984, p. 148). Los testimonios disponibles indican sólo una extensión gradual hacia el norte del dominio de Tebas, hasta que finalmente los faraones de la dinastía XVII lograron establecer guarniciones en Coptos y Ábidos (Franke, 1985). Los faraones tebanos establecieron también en un momento dado una residencia real (o su cuartel general) en Deir el-Ballas, a 32 km al norte de Tebas (Lacovara, 1990). Pero eso no implica necesariamente que Tebas hubiera estado hasta entonces bajo el dominio directo de los hicsos. Lo único que demuestra la expansión tebana son las incesantes ambiciones territoriales de los faraones, que alcanzaron su punto culminante con las espectaculares campañas de Camosis y Amosis. El testimonio de la cerámica viene a negar también que los hicsos ejercieran un control completo de Egipto (Bourriau, en prensa).

Una zona que desde luego no controlaban los hicsos era Nubia. Se han encontrado grandes cantidades de sellos hicsos en Kerma, que probablemente era uno de los centros políticos del reino de Kush (Kemp, en Trigger *et al.*, 1983 [0D], pp. 160-173). Este reino conoció una notable prosperidad material durante el Segundo Período Intermedio (Trigger, 1976, pp. 82-102), y probablemente se extendiera por el norte al menos hasta la zona de la segunda catarata. Los sellos hicsos y los hallazgos de cerámica palestina (del tipo Tell el-Yahudiyeh) en Kerma son testimonio de las florecientes relaciones comerciales existentes entre Nubia y los soberanos del Bajo Egipto. Las estrechas relaciones entre ambos quedan de manifiesto en el texto de Camosis, que atestigua la existencia de una alianza entre las dos potencias que se consideraban una a otra de la misma categoría política (Smith y Smith, 1976). Las estelas de Camosis ponen de manifiesto que, pese a los avances realizados por sus predecesores, los tebanos seguían confinados en la región situada al sur de Cusas (cerca de Hermópolis, en el Egipto Medio) a finales de la dinastía XVII. Pero al sur de Tebas la situación había cambiado defini-

tivamente hacia el tercer año del reinado de Camosis: éste había atacado al rey de Nubia y se había hecho con el control de Buhen, a la altura de la segunda catarata. Esta circunstancia permitió a Tebas acceder a una fuente adicional de mano de obra y posiblemente a los abundantes recursos minerales de Nubia. Así, a finales del reinado de Camosis, los tebanos se habían adentrado en la región de Hermópolis, habían establecido su supremacía en la Baja Nubia, y habían demostrado su fuerza cada vez mayor atacando Ávaris y asolando sus alrededores.

También resulta oscuro hasta dónde llegaba el dominio de los hicsos por el norte fuera de Egipto. Existen dos testimonios muy sugestivos, aunque bastante vagos. En primer lugar, Camosis denomina a Apofis, faraón hicso, «gran hombre de Retenu», lo que indicaría que reinaba sobre algunas partes de Levante. En segundo lugar, Amosis, hijo de Ebana (véase *supra*, p. 204), cuenta que, tras la caída de Ávaris, el faraón Amosis procedió a asediar la fortaleza de los hicsos en Sharuhen (¿Tell el-Ajjul?), al sureste de Gaza. El descubrimiento de varios escarabajos con los nombres de faraones hicsos en el sur y en el centro de Palestina dan testimonio también de su presencia en esta región (véase *supra*, p. 207). Las estrechas relaciones existentes entre Egipto y Palestina quizá impliquen que algunas ciudades de este último país eran tributarias de los «grandes faraones hicsos» de la dinastía XV; es posible que los hicsos siguieran un modelo político similar también en Egipto («dinastía XVI»). Las estelas de Camosis aluden con toda claridad a la existencia de dinastas locales en Egipto que, pese a estar sometidas al faraón hicso de Ávaris, probablemente gozaran de cierto grado de autonomía.

Resulta muy difícil hacernos una idea del dominio de los hicsos en Egipto más allá de estos simples rasgos esquemáticos. Su lugar de origen, su filiación lingüística y el proceso que condujo a su toma del poder siguen estando oscuros (aunque muchos sostienen que eran en cierto modo «cananeos»). Debemos rechazar por completo una idea, difundida por los faraones del Imperio Nuevo que llegaron al poder a raíz de su victoria sobre los hicsos, a saber, que éstos atropellaron deliberadamente las instituciones políticas y religiosas de Egipto, y que eran odiados por la población del país. Las inscripciones de la época que se nos han conservado ponen de manifiesto que los faraones hicsos adoptaron los títulos habituales de los soberanos egipcios y que eran llamados regularmente «hijos de Ra» según el protocolo real. En la corte de los hicsos los egipcios ocupaban altos cargos (por ejemplo, el de tesorero); Pepy, el dinasta local de Hermópolis, era con toda seguridad egipcio y súbdito leal de los hicsos; y el faraón Amosis tuvo que hacer frente a varias rebeliones contra su gobierno dirigidas por un egipcio, que probablemente fuera también partidario de los hicsos. Posteriormente, la genealogía de un sacerdote menfita de la dinastía XXII (véase *supra*, p. 205) menciona a varios antepasados suyos que sirvieron a las órdenes de los faraones hicsos, circunstancia que indica que la tradición de origen tebano acerca de los hicsos no era compartida enteramente por los habitantes del norte del país. El gran papiro Rhind (Robins y Shute, 1990), una de nuestras principales

Liber

fuentes para el conocimiento de las matemáticas egipcias, fue copiado durante el reinado de Apofis, lo mismo que el papiro Westcar, con su colección de leyendas situadas en la corte de Khufu (véase *supra*, pp. 172-173). Es evidente que a comienzos del Imperio Medio se conservaban los archivos egipcios, que los escribas se ejercitaban en el conocimiento de las tradiciones del país y que seguían practicando sus habilidades al servicio de los nuevos soberanos. El propio Canon de Turín incluye a los faraones hicsos en la lista de reyes reconocidos como tales, aunque fueran extranjeros. Los testimonios son escasos y sesgados, pero se conservan indicios suficientes de que, pese a sus orígenes extranjeros, el gobierno de los hicsos logró una gran aceptación, y que sus faraones se hallaban razonablemente integrados en el marco cultural y político egipcio.[7]

Liber

Liber

Segunda parte

LAS GRANDES POTENCIAS
(*c.* 1600-*c.* 1050)

Liber

Liber

4. EL EGIPTO IMPERIAL: EL IMPERIO NUEVO (1552/1550-1069)

El Imperio Nuevo (dinastías XVIII-XX) es la época en la que Egipto alcanzó la cima de su esplendor, su riqueza y su poder. Aunque se produjeron alteraciones políticas, crisis dinásticas y reveses ocasionales del poder imperial, nunca duraron lo suficiente para perturbar fundamentalmente el poder que ostentaba Egipto sobre un área geográfica inmensa, que se extendía por el sur hasta la parte septentrional de Sudán y por el norte hasta el sur de Siria y Líbano. Desde el punto de vista institucional, militar y económico, Egipto se mostró sumamente resistente y los factores que en último término provocaron su declive como gran potencia son muy difíciles de identificar. Es una época rica en fuentes de todo tipo: existen numerosas inscripciones reales y autobiografías de funcionarios sumamente extensas; buena parte de la documentación más completa relativa a importantes aspectos de la historia social de Egipto, como la posesión de la tierra, los precios del grano y los ceremoniales de la corte, procede de la dinastía XX. Muchos de los monumentos egipcios más famosos, por ejemplo, los templos de Abu Simbel (Nubia), Karnak (Tebas), Ábidos y Medinet Habu (oeste de Tebas), datan de esta época. Muchos de los descubrimientos que han dado pie a grandes titulares en la prensa son también de esta época: la ciudad de el-Amarna (la antigua Akhetatón), donde apareció el hermoso busto de Nefertiti en el taller de un escultor; los ricos tesoros de la tumba de Tutankhamón (Reeves, 1992b); y, más recientemente, la tumba privada de Horemheb en Saqqara. Algunos de los faraones más famosos reinaron en esta época: la reina Hatshepsut, Tutmosis III, Akhenatón, o Ramsés II. Fue una etapa de la historia de Egipto que no tiene parangón ni por su riqueza ni por su pompa.

1. Cronología y fuentes

La cronología del Imperio Nuevo se basa fundamentalmente en dos fechas astronómicas: una correspondiente al reinado de Tutmosis III, y otra, al de Ramsés II. No obstante, existen discrepancias respecto a la cronología

CUADRO 15. *Comienzos de la dinastía XVIII: cronología*

	CAH	Convencional	Baja
Amosis	1570-1546	1552-1527	1550-1525
Amenofis I	1546-1526	1527-1507	1525-1504
Tutmosis I	1525-*c.* 1512	1507-1494	1504-1491
Tutmosis II	*c.* 1512-1504	1494-1490	1491-1479
Tutmosis III	1504-1450	1490-1436	1479-1425
Hatshepsut	1503-1482	1490-1469	1479-1458
Amenofis II	1450-1425	1438-1412	1425-1398
Tutmosis IV	1425-1417	1412-1403	1398-1390

exacta y la duración de determinados reinados (Krauss, 1985; Helck y Kitchen, en Aström, 1987-1989 [0O]). Las principales diferencias corresponden a la fecha de ascensión al trono de Tutmosis III (1490 o 1479) y de Ramsés II (1290 o 1279). De momento no hay modo de resolver estas incertidumbres; convencionalmente, la tendencia más habitual es aceptar las fechas más tempranas, aunque en la actualidad algunos estudiosos prefieren las más recientes (véanse los cuadros 15, 16 y 17). Yo prefiero las fechas más bajas, pero, en vista de las innegables incertidumbres existentes, me he limitado a indicar las dos alternativas a lo largo de todo el capítulo, sobre todo teniendo en cuenta que las más altas son las que habitualmente se utilizan en los manuales al uso. La cronología mucho más alta utilizada en la edición revisada de la *CAH* (fecha de la ascensión de Tutmosis III: 1504; fecha de la ascensión de Ramsés II: 1304) ha sido abandonada por la mayoría de los especialistas. Una hipótesis que tiene serias implicaciones cronológicas, abandonada hoy día prácticamente por todo el mundo, es la idea de que la corregencia fue una práctica habitual durante los primeros tiempos de la dinastía XVIII (Aldred, 1968). Las únicas corregencias que son aceptadas mayoritariamente son: *a*) la de Hatshepsut y Tutmosis III, que representa una situación atípica (véase *infra*, pp. 222 y 224); y *b*) la de Smenkhare y Akhenatón. Existen discrepancias, con respecto a esta última, entre los que creen que la totalidad del reinado de Smenkhare se incluye en el de Akhenatón (Aldred, 1968; Kitchen, en Aström, 1987-1989 [0O]), y los que le atribuyen un reinado independiente de un año de duración tras la muerte de Akhenatón (Helck, 1968 [0D]). La duración exacta del reinado de Horemheb es también objeto de un importante debate, en el que las opiniones van desde los que sostienen que sólo reinó dieciséis años (Helck, en Aström, 1987-1989 [0O]), hasta los que creen que ocupó el trono por espacio de treinta años (Kitchen, en Aström, 1987-1989 [0O]).

Las fuentes son muy completas. Los documentos que nos permiten reconstruir la historia política son, como de costumbre, insatisfactorios. El único «texto historiográfico» digno de este nombre son los «Anales de Tutmosis III» (*Urk.* IV, 645-667), escritos en los muros del templo de Karnak. Se basaban en los diarios de campaña. Los textos reales son, por regla gene-

Liber

ral, edictos que conceden exenciones fiscales (por ejemplo, los decretos de Nauri promulgados por Sety I, Griffith, 1927), que corrigen los errores cometidos en la recaudación de impuestos (como el edicto de Horemheb, Krutchten, 1981), o que reafirman los ideales de la política del faraón (como la estela de la restauración de Tutankhamón, Bennett, 1939). Algunas inscripciones reales conmemoran fundaciones cultuales (por ejemplo, la estela del sueño de Tutmosis IV, *Urk.* IV, pp. 1.539-1.543), elogian las proezas militares y cinegéticas del faraón (por ejemplo, la estela de la esfinge de Amenofis II, *Urk.* IV, pp. 1.276-1.283), o tienen que ver con actividades constructivas (por ejemplo, estela de Amenofis III, *Urk.* IV, pp. 1.646-1.657, o las estelas fronterizas de Akhenatón, *Urk.* IV, pp. 1.981-1.990). Otras celebran (a veces con tonos épicos) éxitos militares (como la batalla de Kadesh de Ramsés II, Kitchen, 1968- II, pp. 2-124; la victoria líbica de Merneptah, Kitchen, 1968- IV, pp. 12-19), o la derrota de los «pueblos del mar» a manos de Ramsés III, Edgerton y Wilson, 1936). Las espléndidas biografías funerarias de numerosos funcionarios y militares (por ejemplo, Rekhmire, *Urk.* IV, pp. 1.986-1.093; Amosis, hijo de Ebana, *Urk.* IV, pp. 1-11; Amenemhab, pp. *Urk.* IV, pp. 889 y ss.; Senenmut, Tumbas Tebanas, n.º 71 y n.º 353, Meyer, 1982) amplifican muchos detalles de la historia política y de las estructuras administrativas del país. Un escándalo político bien documentado fue el intento de asesinato del anciano faraón Ramsés III con el fin de instalar a uno de sus hijos en el trono; las juicios y los castigos ordenados por el soberano (ejecución, suicidio forzoso, mutilación facial), en los que se vieron implicados gran número de oficiales, una esposa real y un hijo del faraón, son recordados en dos grandes rollos de papiro (de Buck, 1927). El «Informe de Wenamón» (Gardiner, 1937, pp. 61-76), que data de finales de este período, es un texto muy interesante, aunque difícil de clasificar. Adopta la forma del informe oficial de un individuo, Wenamón, enviado desde Tebas a Biblos a comprar madera para la barca sagrada de Amón, misión en la que tuvo que hacer frente a numerosas vicisitudes y reveses. La imagen que ofrece de Egipto es la de un país dividido en todo menos en el nombre, cuyo prestigio político se había desvanecido hasta el punto de que sus emisarios eran tratados con desprecio e insultados públicamente. ¿Se basa verdaderamente en un informe real de la misión de Wenamón, tal vez redactado por él mismo una vez de regreso a la patria sano y salvo? ¿O es más bien una creación puramente literaria, que pretende mostrar exageradamente una serie de escenas cómicas? Resulta difícil de determinar, pero, en cualquier caso, la postura que se adopte afectará al modo en que visualicemos la situación política. El carácter fragmentario del texto (el final se ha perdido) dificulta todavía más la cuestión. El tratado firmado en 1269 (1258) entre Ramsés II y Hattusili III de Hatti (véanse los capítulos 4, apartado 4, y 5, apartado 5), que puso fin a casi dos siglos de conflicto intermitente entre las dos potencias, es uno de los textos concernientes a las relaciones externas de Egipto mejor conocidos. Curiosamente se han descubierto tanto la versión hitita como la egipcia del tratado. También conocemos mucho mejor la apariencia de los palacios y las

Libertad

villas de los dignatarios en este período que en épocas anteriores, en buena parte debido a los grandes programas de edificaciones reales llevados a cabo en Tebas y a las excavaciones de la famosa sede real —pese a su breve existencia— de el-Amarna (Akhetatón), en el Egipto Medio.

Las «cartas de el-Amarna» constituyen la principal fuente para nuestro conocimiento del dominio egipcio de la parte meridional de Levante (EA, Moran, 1987/1992). Se trata de una colección de tablillas de arcilla que contienen la correspondencia, en su mayoría en acadio, entre Egipto y las potencias vecinas de la época (hititas, capítulo 5, apartado 4; Chipre y Babilonia, capítulo 7, apartado 1; Mitanni, capítulo 6, apartado 1; Asiria, capítulo 7, apartado 2), y —sobre todo— las cartas intercambiadas con los príncipes y ciudades vasallos de Levante (capítulo 6, apartado 4). El archivo data de finales de la dinastía XVIII hasta los reinados de Amenofis III, Akhenatón y Tutankhamón (1403-1335 [1390-1327]). Las listas geográficas con los nombres de las ciudades y regiones que el faraón de Egipto se jactaba de dominar, talladas en los muros del gran templo de Karnak, nos ofrecen una información adicional acerca del Levante egipcio, aunque su uso no es nada fácil (Redford, 1992, p. 143 y n. 61). El diario de un funcionario de fronteras de finales de la dinastía XIX (papiro Anastasi III, Gardiner, 1937, pp. 31-32) registra los movimientos de los mensajeros y soldados entre Egipto y Levante y llena muchas de las lagunas relativas a la vida cotidiana de la región durante la dominación egipcia. Los descubrimientos arqueológicos de Palestina y el sur de Líbano (Hachmann, 1983; Gonen, 1992) sirven de complemento a estos materiales. Se han encontrado bastantes inscripciones reales en Nubia, que demuestran el férreo control al que tenía sometida Egipto a esta región. Los numerosos y espectaculares templos faraónicos construidos en la zona (por ejemplo, Abu Simbel, al norte de la segunda catarata) constituyen los edificios más famosos que señalan el poderío de Egipto. Uno de los más interesantes es el pequeño templo de Amenofis III en Soleb (entre Dal y la tercera catarata; Trigger, 1976, pp. 126-127), en el que aparece el faraón venerando su propia imagen de culto.

Los documentos que reflejan la administración y la vida cotidiana son bastante numerosos. Una serie de cuentas del palacio de Menfis (Sety I, dinastía XIX) (Helck, 1961-1970, IV, pp. 633-641), los juicios a los que fueron sometidos los ladrones de tumbas a finales de la dinastía XX (Peet, 1930), el procesamiento de un oficial de culto de rango inferior del templo de Khnum en Elefantina (dinastía XX) (Peet, 1924), y la huelga descrita en el papiro de Turín (dinastía XX) (Edgerton, 1951) son algunos de los hechos más significativos. Una serie de modelos de carta (Gardiner, 1937, pp. 99-116), utilizados para el adiestramiento de los escribas, contienen información adicional acerca de lo que eran los usos administrativos. El papiro Wilbour (Gardiner y Faulkner, 1941-1952) y el gran papiro Harris (*ARE*, IV, §§ 151-412) nos hablan acerca del tipo de posesión de la tierra y de las fincas de los templos y sus rentas, respectivamente. Los ricos hallazgos del yacimiento de Deir el-Medina han sacado a la luz todo un microcosmos de la vida egipcia. Se

trata de un poblado fundado en la dinastía XVIII al oeste de Tebas, donde vivían con sus familias los artesanos que trabajaban en la construcción y la decoración de las tumbas reales. Nos muestra el trazado de una pequeña ciudad o aldea, con sus casas familiares apiñadas, sus pequeñas capillas, y ocasionalmente una residencia más grande. En Deir el-Medina han aparecido una enorme cantidad de materiales escritos en cascotes y papiros (casi todos de la dinastía XX), que nos ofrecen una animada imagen de lo que eran la estructura familiar, las herencias, las disputas entre vecinos, las transacciones de compraventa, las estrategias para hacer frente a la escasez de alimentos, la conducta religiosa y los niveles de educación y de conocimiento de la escritura (Bierbrier, 1982). Nos proporcionan asimismo un importante testimonio acerca de los precios del grano y sus fluctuaciones (Janssen, 1975).

2. La fundación del Egipto imperial: de Amosis a Tutmosis IV (dinastía XVIII: 1550-1403 [1390])

Inaugurando la dinastía XVIII tenemos a Amosis, hermano de Camosis de Tebas, que dio un paso gigantesco con vistas al hundimiento del poderío de los hicsos cuando atacó Ávaris (véase el capítulo 3, apartado 5). Las listas de reyes separaban a Amosis de Camosis porque el primero representaba una nueva fase de unidad de Egipto, al ser él quien logró finalmente expulsar a los hicsos persiguiéndolos hasta el sur de Palestina, como cuenta en su tumba su tocayo, el soldado Amosis, hijo de Ebana (véase *supra*, p. 204):

> Entonces, después de haber puesto casa (es decir, cuando me casé), me metieron en la nave del «Norte» por ser valiente. Seguí al soberano a pie mientras él marchaba montado en su carro. Cuando se puso sitio a la ciudad de Ávaris, combatí valerosamente a pie en presencia de su majestad. Luego fui destinado a la nave «Amanecer en Menfis». Más tarde se combatió en el agua, en el «Pjedku» de Ávaris. Hice una captura y me llevé una mano (o sea, en prueba de haber dado muerte a un soldado enemigo). Cuando se informó del hecho al heraldo real, se me concedió el oro del valor.
>
> Entonces combatieron de nuevo en este lugar; una vez más realicé una captura y me llevé una mano. De nuevo se me concedió el oro del valor. Hubo entonces luchas en Egipto, al sur de esta ciudad, y me llevé una mano con un prisionero vivo. Me metí en el agua —pues había sido capturado a las afueras de la ciudad— y crucé el agua con él. Cuando se informó del hecho al heraldo real, se me concedió una vez más el oro. Luego Ávaris fue saqueada y obtuve un gran botín: un hombre y tres mujeres; en total, cuatro personas. Su majestad me los concedió en calidad de esclavos. Entonces pusimos sitio a Sharuhen (al sur de Palestina) durante tres años. Su majestad la saqueó y obtuve un gran botín, dos mujeres y una mano. Entonces me concedieron el oro del valor, y mis cautivos me fueron entregados como esclavos (*Urk.* IV, pp. 1-11; *ARE*, II, §§ 1-82; Lichtheim, 1973-1980 [0I], II, pp. 12-15).

La persecución de los hicsos más allá de la frontera nororiental de Egipto dio paso a los primeros intentos de dominar por medio de la fuerza militar ciertas zonas del sur de Palestina. Esta primera intentona condujo finalmente al dominio de una zona bastante extensa y acabó por enfrentar a Egipto primero con el poderoso estado de Mitanni (siglo XV) (véase *infra*, capítulo 6, apartados 1 y 4) y después con los hititas (siglos XIV y XIII) (véase *infra*, pp. 239-240 y capítulo 5, apartado 4).

El militarismo agresivo que corría parejo con esas ambiciones expansionistas tuvo unas repercusiones muy profundas en el desarrollo interno de Egipto. El papel del faraón, en su calidad de poderoso guerrero y defensor de Egipto frente a sus enemigos, había sido siempre un aspecto muy importante de la monarquía y se manifiesta ya en las primeras imágenes reales (por ejemplo, la paleta de Narmer, véase *supra*, p. 157 y figura 13). Las incursiones en el Sinaí, Palestina y Nubia habían sido muy frecuentes al igual que las guerras civiles, y las fortalezas del Imperio Medio en Nubia nos ofrecen buenos testimonios de la eficacia de la maquinaria defensiva de Egipto y de la costumbre de establecer guarniciones permanentes. Pero en épocas anteriores prácticamente no existía la carrera militar, entendida como una profesión importante y grandemente considerada entre los funcionarios reales. Desde comienzos del Imperio Nuevo (posiblemente ya en la dinastía XVII) (Baines, 1986) la situación cambió y los personajes que se jactaban de ostentar cualquier tipo de graduación militar alcanzaron una gran preeminencia; los vemos así ocupar puestos significativos cerca del faraón. Ello se debió, probablemente, en parte a la propia envergadura de las operaciones militares: a la realización con carácter regular y continuado de campañas en el extranjero y, en consecuencia, a la necesidad de un ejército permanente. Amosis, hijo de Ebana, no es más que un ejemplo de esta nueva tendencia. Otros testimonios demuestran que se había creado un ejército profesional, que los soldados eran adiestrados en campamentos desde temprana edad (Kemp, 1989 [0Ga], pp. 227 y ss.), y que se desarrollaron nuevas armas: es posible que uno de los legados tangibles de la dominación de los hicsos fuera la introducción en Egipto del rápido carro de dos ruedas tirado por caballos, que a partir de este momento se convirtió en el arma más importante del ejército egipcio. Se ha sostenido la tesis de que el nuevo protagonismo concedido a lo militar se ve reflejado en una nueva prenda del tocado real. Se trata de la corona azul (véase la figura 16), que, en opinión de algunos, representa un casco de guerra (Aldred, 1968). Pero es un error (Davies, 1982): en esta época (Bell, 1985) la corona azul se desarrolló (aunque los detalles siguen estando oscuros) como símbolo de la coronación.

El siguiente paso de Amosis, decisivo para dotar a Egipto y a las empresas reales de un respaldo económico, fue la realización de una campaña en Nubia. Tras consolidar el dominio de Egipto hasta la altura de la segunda catarata, parece que estableció la frontera sur del país en Buhen. Su antecesor, Camosis, ya había luchado contra el rey de Kush (véase *supra*, p. 210), aliado del faraón hicso, de modo que la campaña de Amosis probablemente

Liber

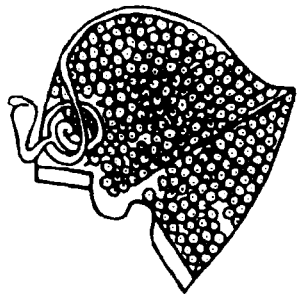


FIGURA 16. La corona azul (según Davies, 1982).

tuviera por objeto seguir la iniciativa de Camosis y disuadir a los kushitas de que intentaran controlar el territorio ocupado en otro tiempo por Egipto. Cabe pensar que la expansión egipcia por Levante y Nubia a comienzos del Imperio Nuevo fue fruto de los intentos de fortalecer las fronteras del floreciente nuevo reino frente a los poderosos y peligrosos soberanos del norte y el sur. El sucesor de Amosis, Amenofis I (*1527-1507 [1525-1504]*), reforzó el dominio de Egipto sobre Nubia, extendiendo la frontera hasta Semna y nombrando un funcionario para el puesto recién creado de «Hijo del faraón de Kush y Superintendente de las tierras extranjeras del sur», encargado de administrar la región. Es también muy probable que emprendiera alguna campaña en Siria, aunque los testimonios en este sentido no son inequívocos del todo (Redford, 1992, p. 149). El reinado de Amenofis I está muy mal documentado; siguió siendo reverenciado durante siglos por los trabajadores de Deir el-Medina (Bierbrier, 1982), lo cual demuestra que causó una impresión muy profunda, aunque, por desgracia, no sabemos cómo ni por qué.

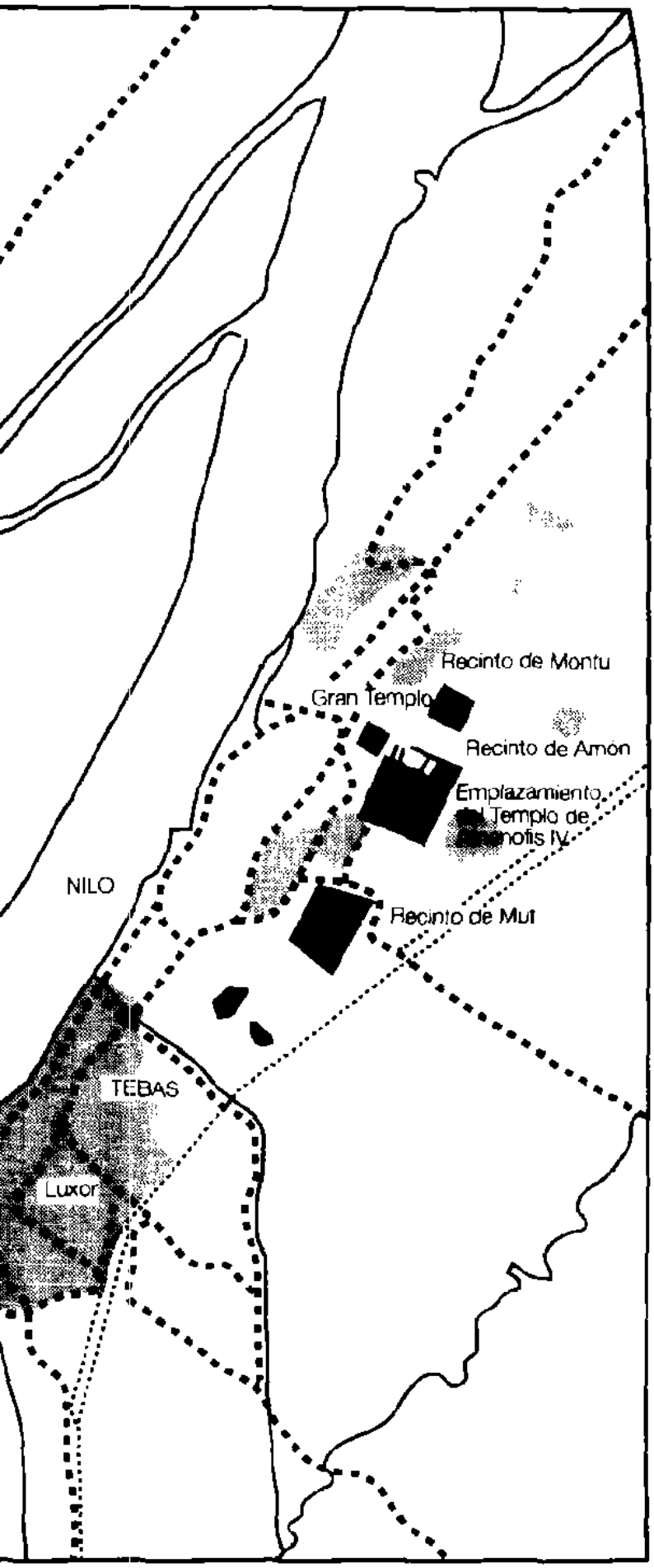
Tutmosis I (1507-1494 [1504-1491]), segundo sucesor de Amosis, fue el verdadero arquitecto del programa dinástico, que introdujo una serie de innovaciones esenciales cuyos efectos fueron muy profundos y duraderos sobre la forma adoptada por el estado del Imperio Nuevo (Redford, 1967). Durante su reinado la principal sede de la corte se trasladó de Tebas a Menfis. Allí se construyó un palacio real que siguió utilizándose durante los ciento cincuenta años siguientes. Menfis se convirtió en el lugar en el que se planearon las grandes campañas militares organizadas por los faraones, y donde los soldados eran «armados ante el soberano». En Tebas, la ciudad del Imperio Medio fue destruida gradualmente en su totalidad a consecuencia de una serie de grandes programas de obras públicas (Kemp, 1989 [0Ga], pp. 201 y ss.). El santuario provincial de Amón se convirtió en un templo nacional (Karnak) de proporciones aún más grandiosas, destinado al importantísimo culto imperial de Amón-Ra y del faraón. Durante el reinado de Tutmosis I fue fortificado por vez primera con una muralla (el aspecto de fortaleza que ofrecen los templos constituye una característica típica del Imperio Nuevo), se construyó el primer pilón destinado a formar una fachada imponente, y se

erigieron los típicos obeliscos; varias estatuas colosales del faraón flanqueaban el acceso al templo. El santuario de Amón se convirtió en el punto de partida de las procesiones y ritos reales celebrados anualmente, como por ejemplo la «Fiesta del Valle» o la gran fiesta de Opet con la que se conmemoraba el año nuevo. Al final el itinerario recorría todo el circuito de la ciudad de Tebas, que había crecido enormemente, e incluso cruzaba el río y pasaba a la orilla occidental del Nilo. Tutmosis I introdujo también un nuevo estilo de enterramiento real, que se convirtió en normativo durante siglos. Abandonó la costumbre de enterrar a los faraones en pirámides cerca de Menfis, y él mismo fue sepultado en una tumba excavada en la roca, situada en un antiguo uadi frente a la ciudad de Tebas, donde no se había enterrado nunca a nadie. El templo funerario del faraón fue colocado a una distancia considerable de la tumba real. Este uadi rocoso constituye el famoso «Valle de los Reyes», donde fueron enterrados todos los faraones siguientes hasta el final de la dinastía XX (Reeves, 1992a). Las reinas, algunos cortesanos y los nobles eran enterrados muy cerca de allí, en otro uadi llamado en la actualidad «Valle de las Reinas» (véae la figura 17). Otras realizaciones de Tutmosis I supusieron una novedad no por sus objetivos, sino por sus dimensiones. Las guerras que libró en Levante llegaron por el norte hasta el Éufrates, marcando un hito que todos sus sucesores intentarían emular. Desconocemos qué tipo de medidas tomó (si es que tomó alguna) para controlar esta zona tan vasta (*CAH*, II, capítulo 10; Winstein, 1981).

El reinado de su sucesor, Tutmosis II, no fue muy largo; las estimaciones varían entre los cuatro (Helck, 1968 [0D] = 1494-1490) y los doce años (Kitchen, 1982 = 1491-1479). Mejor conocida es su viuda, la reina Hatshepsut, que durante veintiún años actuó, desde luego de vez en cuando, como si fuera el verdadero faraón. No dudó en adoptar los títulos faraónicos, utilizando prendas masculinas, como la barba ceremonial; recurrió a su hija, Neferure, para que hiciera las veces de su esposa ritual, y fue reconocida como «rey» por sus oficiales. Organizó varias campañas triunfales contra Nubia y probablemente el sur del Palestina (Redford, 1967), enviando incluso una expedición por vía fluvial al país de Punt (en la zona de la actual Eritrea), que regresó trayendo grandes cantidades de productos suntuarios (oro, mandriles, ébano, plantas de incienso) a cambio de los regalos llevados por los expedicionarios a los príncipes de la zona. Su famoso templo funerario en Deir el-Bahri, al oeste de Tebas,[1] fue decorado con complicadas escenas que representan el viaje a Punt, así como su divino nacimiento y la leyenda de su elección para ocupar el trono por su padre, Tutmosis I.

Muchos detalles de este curioso período de la historia de Egipto, en el que el trono fue ocupado por una mujer, resultan todavía oscuros. Es casi seguro que Hatshepsut alcanzó la posición que ocupaba tras actuar de regente de Tutmosis III, el hijo, todavía menor, de Tutmosis II. Probablemente debamos interpretar su actuación como un mecanismo de defensa de la dinastía:[2] es decir, en una situación en la que la monarquía estaba en crisis, al ser todavía un niño el heredero del trono, Hatshepsut logró proteger la permanencia

Liber


Recinto de Montu
Gran Templo
Recinto de Amón
Emplazamiento
Templo de
Amenofis IV
NILO
Recinto de Mut
TEBAS
Luxor

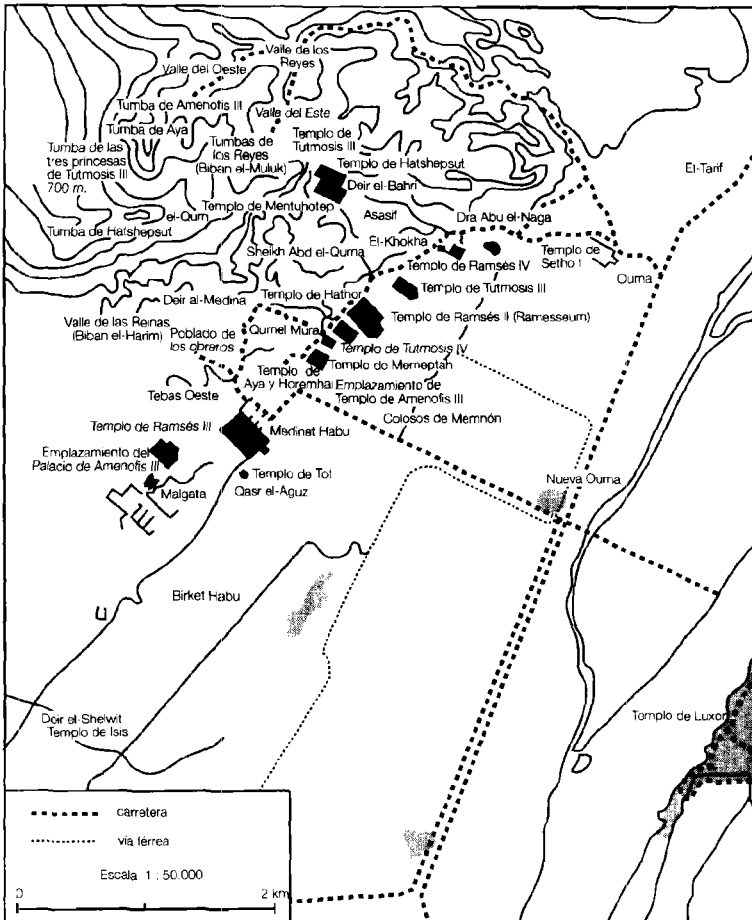


FIGURA 17. Plano de Tebas (según Baines y Málex, 1980 [0A]).

en el poder de la dinastía asumiendo el papel de faraón en determinadas ceremonias. Si esta interpretación fuera correcta, su éxito habría sido extraordinario. A su muerte (1469 [1458]), Tutmosis III pasó tranquilamente a desempeñar el poder en solitario, al parecer sin encontrar la menor oposición; el imperio egipcio recién creado y sus dominios en Nubia y Levante habían logrado mantenerse incólumes e incluso se habían consolidado. De ese modo Tutmosis III fue capaz de lanzar inmediatamente sus grandes campañas en Levante en el primer año de su gobierno en solitario (*CAH*, II, capítulo 10). El trono permaneció en manos de la misma familia durante otros ciento cincuenta años. Las crónicas oficiales de la historia de Egipto de época posterior no tuvieron en cuenta el reinado de Hatshepsut y algunos de sus monumentos fueron mutilados por Tutmosis III. Ello indica que, una vez soslayada la delicada situación política, las altas esferas del gobierno egipcio pensaron que la posición de Hatshepsut era incompatible con el *ma'at*, o quizá incluso que era una obscenidad, y por consiguiente intentaron eliminarla de la memoria pública. Hay, sin embargo, una interpretación de su reinado que debemos desechar; a saber, la idea de que el gobierno de Hatshepsut y la ulterior hostilidad de Tutmosis III hacia su persona demuestran que originalmente el poder real había sido transmitido siempre en Egipto por línea femenina, situación perniciosa con la que por fin habría acabado Tutmosis III (Redford, 1967). No existe el menor testimonio que respalde semejante interpretación (Robins, 1983).

Durante los restantes treinta y tres años de su reinado, Tutmosis III organizó otras diecisiete campañas en Levante. Se adentró en el norte de Siria, invadió la parte occidental de Mitanni y logró erigir una estela junto a la de su abuelo, Tutmosis I, a orillas del Éufrates. Pero Egipto no pudo mantener sometido este inmenso territorio en su totalidad. Al término de su reinado y probablemente después, la frontera estaba situada cerca de Ullaza, en la costa (en las proximidades de la Ortosia helenística, en la desembocadura del Nahr el-Barid) y en su interior quedaba Kumidi (Kamid el-Loz), en la Siria meridional (véase el capítulo 6, apartado 4). Mitanni, Egipto y los hititas se disputaron durante algún tiempo los pequeños estados situados más allá de esta línea; pero en último término las conquistas de nuevos territorios por parte de Egipto no fueron muy duraderas.

Amenofis II, el sucesor de Tutmosis III, realizó con toda seguridad campañas en el norte de Siria y obligó a Kadesh a reconocer la soberanía de Egipto, aunque no por mucho tiempo (véase el capítulo 6, apartado 4). El dominio de Egipto sobre Levante siguió siendo bastante precario tras las conquistas de Tutmosis III, como se encargó de demostrar la grave sublevación que se produjo en Palestina en el noveno año del reinado de Amenofis II. La rebelión fue aplastada brutalmente y los cadáveres de siete dinastas locales implicados en ella fueron exhibidos en público: seis de ellos fueron colgados boca abajo en las murallas de Tebas, y uno en las de Napata, más allá de la tercera catarata. A partir de este momento parece que la situación de Levante se estabilizó, y Mitanni, Babilonia y los hititas enviaron embajadores

Liber

CUADRO 16. *Finales de la dinastía XVIII: cronología*

	CAH	Convencional	Baja
Amenofis III	1417-1379	1403-1364	1390-1352
Amenofis IV (= Akhenatón)	1379-1362	1364-1347	1352-1336
Smenkhare	1364-1361	1348-1345	1338-1336
Tutankhamón	1361-1352	1345-1335	1336-1327
Ay	1352-1348	1335-1332	1327-1323
Horemheb	1348-1320	1332-1306	1323-1295

al faraón para felicitarle por sus éxitos. Da la impresión de que los egipcios llegaron bastante pronto a la conclusión de que a sus intereses imperiales en la parte sur de Levante les convenía llegar a un acuerdo con el mayor de sus vecinos inmediatos, Mitanni. Probablemente se tomó esta decisión en vista de la amenaza que suponía el hecho de que el imperio hitita siguiera expandiéndose (véase el capítulo 5, apartado 4), circunstancia que resultaba peligrosa a la vez para el poder de Mitanni y de Egipto. Buena parte del octavo año del reinado de Tutmosis IV se dedicó a las negociaciones entre los soberanos de Egipto y de Mitanni. El éxito de este acercamiento se vio coronado por el matrimonio del faraón con la hija de Artatama, rey de Mitanni. Este resultado no era baladí, si tenemos en cuenta la historia inmediatamente anterior, caracterizada por las constantes guerras sangrientas entre uno y otro estado. El acuerdo entre Mitanni y Egipto dio paso a un nuevo período de cooperación e intercambios activos (incluidos varios matrimonios reales en tiempos de Amenofis III y Akhenatón), que se prolongó durante casi cincuenta años, hasta que Mitanni fue desmembrado por los hititas y los asirios, y dejó así de participar en el gran juego del poder (véase el capítulo 6, apartado 1, y capítulo 7, apartado 2; para una revalorización del reinado de Tutmosis IV, véase Bryan, 1991). A consecuencia de todo ello, el ímpetu de las campañas egipcias disminuyó considerablemente: el reinado de Amenofis III, de casi cuarenta años de duración, significó en gran medida un período de paz y prosperidad, como refleja la opulencia de las empresas reales (*Aménophis III*, 1993).

3. EL PERÍODO DE EL-AMARNA: ÚLTIMA FASE DE LA DINASTÍA XVIII (1403-1306 [1390-1295])

El «período de el-Amarna» es uno de los más famosos de la historia de Egipto. La enigmática figura del faraón Akhenatón es la que lo protagoniza: este personaje ha sido tema de óperas, obras de teatro y novelas, y ha sido considerado unas veces un idealista, otras un individualista, un monoteísta, un internacionalista o incluso un pacifista. Los materiales disponibles para el

estudio de esta etapa histórica son muy diversos, aunque difíciles de interpretar, y han dado lugar a una gran variedad de opiniones.

La sucesión de los acontecimientos es más o menos la siguiente (véase el cuadro 16): a Amenofis III (1403-1364 [1390-1352]) le sucedió su hijo, Amenofis IV (1364-1347 [1352-1336]), quien, en un momento determinado, cambió su nombre por el de Akhenatón. A comienzos de su reinado emprendió las obras de una nueva capital del reino en el Egipto Medio, cerca de Hermópolis, llamada Akhetatón. Se casó con Nefertiti, con la que tuvo por lo menos seis hijas. Según parece, al morir Nefertiti poco después del decimocuarto año de su reinado, contrajo matrimonio con una de sus hijas. Smenkhare, probablemente hermano suyo, fue nombrado corregente y quizá reinara en solitario durante uno o dos años tras la muerte de Akhenatón, antes de morir él mismo. Lo sucedió Tutankhatón (posiblemente otro hermano), que cambió su nombre por el de Tutankhamón y reinó durante unos nueve años (1345-1335 [1336-1327]); se casó con una de las hijas de Akhenatón, Ankhes-en-pa-atón, que después cambio también su nombre por el de Ankhes-en-amón. Durante su reinado Akhetatón probablemente fue abandonada como centro residencial de la corte. Tras la muerte de Tutankhamón no quedó vivo ningún miembro varón de la familia real, y así Ay, un anciano oficial de alto rango, quizá emparentado con la familia de Akhenatón, se apoderó del trono. Es casi seguro que se casó con la viuda de Tutankhamón. Su reinado duró sólo cuatro años, posiblemente a causa de su avanzada edad (1335-1332 [1327-1323]). Horemheb, antiguo general de Tutankhamón, se apoderó entonces del trono (1332-1306 [1323-1295]). Al parecer, intentó desmarcarse definitivamente, en términos políticos, de los cuatro faraones anteriores. Los especialistas discrepan bastante sobre quién estaba emparentado con quién y cuál era la relación que los unía, y difieren asimismo respecto a algunos problemas cronológicos (Aldred, 1968; Redford, 1984).[3]

El sitio de el-Amarna, en el Egipto Medio, se convirtió por primera vez en centro de atención en esta época. Los primeros hallazgos fueron realizados hacia 1870, cuando se descubrieron una serie de hipogeos y estelas. Pero fue la aparición de una gran cantidad de tablillas de barro, escritas principalmente en acadio, que formaban parte de la correspondencia imperial de Egipto (las «cartas de el-Amarna»), lo que causó más expectación. Inmediatamente empezaron las exploraciones del lugar, dirigidas por una serie de arqueólogos británicos y alemanes, que sacaron a la luz una gran parte de los restos de la ciudad: grandes residencias, palacios, templos y un barrio de artesanos (Petrie, 1894; Davies, 1903-1908; Peet *et al.*, 1923-1951). La corte utilizó esta ciudad durante poco tiempo, y posteriormente Ramsés II (dinastía XIX: 1290-1224 [1279-1213]) reutilizó los sillares de el-Amarna en los edificios que construyó en Hermópolis, en la orilla opuesta del Nilo (Cooney, 1965; Spencer y Bailey, 1983-1992).[4] Los descubrimientos de el-Amarna sacaron a la luz dos rasgos característicos, por lo demás insólitos, del reinado de Akhenatón: en primer lugar, la figura humana, y sobre todo la del propio faraón, aparecía representada de un modo muy curioso; y en

Liber

segundo lugar, se había impuesto el nuevo culto de «Atón» (el disco solar), mientras que, al parecer, otras divinidades egipcias habían dejado de venerarse. ¿Cuál fue la reacción de los especialistas ante este hecho?

Por lo pronto, unos decidieron estudiar con más atención el período inmediatamente posterior al reinado de Akhenatón. Enseguida se vio que el faraón no fue admitido en la lista de reyes egipcios confeccionada posteriormente; su nombre y los de todas las personas relacionadas con él fueron borrados de los monumentos, y los años de su reinado fueron computados en el de Horemheb, el antiguo general que accedió al trono al final de la dinastía. Así pues, toda su época fue excluida de los registros oficiales; cuando resultaba imposible no mencionar a Akhenatón (por ejemplo, con fines cronológicos), se le llamaba simplemente «el enemigo». Una cosa así sólo habría podido pasar en caso de que hubiera ocurrido algo verdaderamente formidable. ¿Y qué habría podido ser? Una posibilidad sería mirar las inscripciones de los sucesores inmediatos de Akhenatón, por si ofrecían alguna pista. Efectivamente la estela de Tutankhamón en Karnak (Bennett, 1939) hace algunas veladas alusiones: los santuarios de todo el país habían sido abandonados; el país en su conjunto era un caos; Egipto había sufrido grandes derrotas militares; los dioses estaban tan debilitados que no podían escuchar las plegarias que se les dirigían. Aunque debemos tener en cuenta las exageraciones propias de la lengua de los textos reales, es evidente que el reinado de su predecesor era contemplado casi con horror. Era preciso rectificar la situación y Tutankhamón afirma que se encargó de hacerlo rehabilitando los viejos santuarios, regalándoles propiedades y asignándoles personal, como en los viejos tiempos, y reconstruyendo las imágenes divinas. Aunque tales afirmaciones son vagas y de carácter genérico, se pone en evidencia un rasgo del reinado de Akhenatón: había puesto efectivamente patas arriba el orden establecido de Egipto.

Pero ¿cómo y de qué manera lo hizo? Una de las líneas políticas seguidas por Akhenatón, que habitualmente viene considerándose indiscutible, era que descuidó los dominios del Egipto imperial; algunos han llegado a sostener incluso que las actividades militares iban en contra de sus principios religiosos. Tal argumento se basa en las noticias contenidas en ciertas cartas de el-Amarna. Algunas de ellas contienen serias advertencias al faraón previniéndole de las actividades traicioneras de los soberanos vecinos, y otras se lamentan constantemente de que el soberano no atienda a las peticiones de enviar tropas. Pero deberíamos tener en cuenta dos características de estos documentos: en primer lugar, el control de Egipto sobre Levante se basaba hasta cierto punto en el principio de «divide y vencerás», que incitaba a los diversos príncipes locales a denunciarse unos a otros ante la corte del faraón (Liverani, 1979, 1990); en segundo lugar, Biblos y Tiro, las dos ciudades que parecen informar de la existencia de problemas más serios, se hallaban situadas cerca de la frontera imperial de Egipto y probablemente eran las que más afectadas se sentían por las agresiones militares de los hititas contra esta zona (véanse los capítulos 5, apartado 4, y 6, apartado 4). De hecho, el imperio egipcio no perdió nunca ni Biblos ni Tiro, de modo que es perfecta-

mente posible que la ayuda necesaria *fuera* efectivamente enviada. La falta aparente de cualquier tipo de actividad militar por parte de Akhenatón en esta zona proclamada públicamente no tiene nada que ver con sus creencias religiosas, sino más bien con el hecho de que el dominio de Egipto era tan sólido que ya no se veía necesaria la realización de grandes campañas. Lo mismo cabría decir del reinado de Amenofis III: tras la firma de la paz con Mitanni y como consecuencia de los casamientos entre los miembros de las familias reales de ambos países (véase *supra*, p. 225), las dos grandes potencias no encontraron dificultad en controlar a los estados más pequeños sin tener que organizar grandes expediciones militares. Además, testimonios de época posterior ponen de manifiesto que en esta época el imperio levantino de Egipto no sufrió ninguna pérdida, al menos en su núcleo más sólidamente sometido, y que desde luego no se vio gravemente disminuido. En todo caso, fue más o menos por esta época cuando el dominio egipcio de la región se vio considerablemente fortalecido, a juzgar por los testimonios arqueológicos, que demuestran cómo diversas ciudades cananeas fueron resituadas a lo largo de las rutas perfectamente controladas por los egipcios, mientras que otras fueron destruidas o vieron reducidas sus dimensiones (Gonen, 1984). El hallazgo reciente de sillares de el-Amarna reutilizados en Hermópolis, en los que aparece el faraón en la postura tradicional de aplastar al enemigo, demuestra que Akhenatón no se oponía ni mucho menos a la guerra. También su esposa, la famosa Nefertiti, aparece representada en actitudes bastante violentas (Samson, 1977; Morkot, 1986). Además, cada vez tenemos más testimonios de que Akhenatón realizó campañas en Levante (Schulman, en Redford, 1988; véase el capítulo 6, apartado 4). Deportó asimismo a la población de Damasco a Nubia, en cuya zona meridional ordenó a su virrey que dirigiera una importante campaña, al término de la cual algunos de los enemigos derrotados fueron empalados. Así pues, la conclusión que cabe extraer de este aspecto de las actividades de Akhenatón, es que su conducta fue la de cualquier faraón tradicional con respecto al imperio de Egipto y sus guerras.

Pues bien, una clave para entender lo que hizo Akhenatón quizá se encuentre en la ciudad que creó para el nuevo culto de Atón, instaurado por él, correspondiente en la actualidad a la llanura desértica de el-Amarna, y principal yacimiento en el que se basan nuestras impresiones de lo que eran las ciudades egipcias (Kemp, 1977). Akhetatón («Atón-en-el-horizonte») era una capital de nueva planta cuya construcción se realizó en muy poco tiempo. Akhenatón la fundó en el cuarto año de su reinado con el fin específico de establecer un centro para el culto de Atón. Y no porque dicho culto estuviera limitado a esta zona, sino porque todos los dioses egipcios se hallaban asociados originalmente a un lugar determinado. El desarrollo del culto de Atón, que suponía la exaltación de una manifestación física concreta del dios-Sol, esto es, el disco solar, como objeto de culto, no estaba asociado por su propia naturaleza con ningún lugar en particular. La fundación de Akhetatón pretendía modificar esta situación. Así se afirma en las grandes estelas procedentes de el-Amarna que marcaban los límites de la ciudad, declarándose

Liber

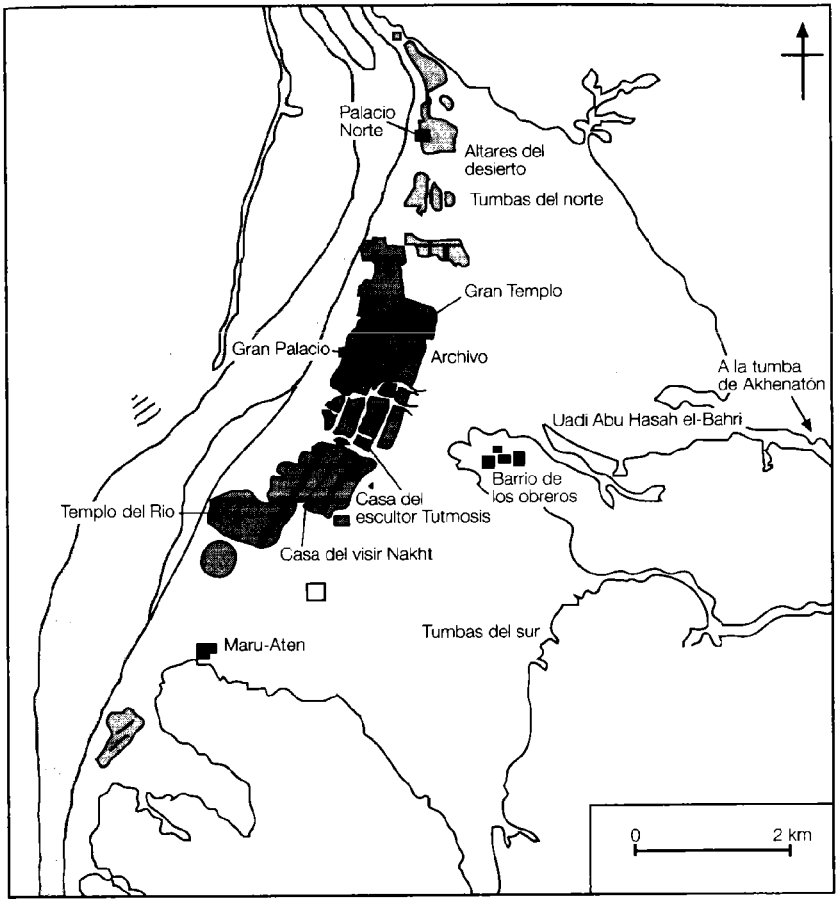


FIGURA 18. Plano de el-Amarna (según Baines y Málek, 1980 [0A]).

asimismo que el faraón iba a vivir en ella y que en adelante las tumbas reales se emplazarían en las inmediaciones de la nueva ciudad (Murnane y Van Siclen, 1993). Akhenatón había erigido anteriormente un templo de Atón en Karnak (reconstruido recientemente, véanse Smith y Redford, 1977; Gohary, 1992), pero el enorme peso que la tradición tenía en esta ciudad debió de impedir en gran medida que una reorientación religiosa de tal calibre arraigara satisfactoriamente. Debió de ser aproximadamente en el octavo año de su reinado cuando el monarca, que había renunciado a su nombre de Amenofis (IV) y adoptado el de «Aquel que es beneficioso para Atón» (Akhenatón), trasladó la corte a su nueva ciudad, que todavía debía de estar en pleno proceso de construcción. Liber

Akhetatón fue trazada con unas proporciones grandiosas (su población estimada era de 30.000 habitantes) (véase la figura 18). Una zona situada en el centro de la ciudad se comunicaba con los barrios del norte a través de un camino real, que quizá constituyera el recorrido de los paseos en carro del faraón. En el sector norte de la ciudad se encontraba un palacio bastante grande a orillas del río, rodeado de una gran muralla, que quizá fuera la principal residencia real. Más allá había un gran edificio administrativo, provisto de almacenes. Aislado se encontraba también un edificio independiente, probablemente destinado a Meritatón, una de las hijas de Akhenatón, compuesto por un palacio provisto de salas hipóstilas, un templo al aire libre, jardines y patios decorados con frescos en los que aparecen representadas escenas de carácter paisajístico. El barrio norte estaba atestado de casas particulares, apiñadas unas junto a otras, y en él pueden apreciarse construcciones de grandes dimensiones junto a otras realmente diminutas. Las casas más ricas contenían, además de la sala central con columnas de madera destinada a las recepciones, un pozo, un jardín, un pequeño santuario solar, así como almacenes y despensas. Otro barrio residencial de características parecidas se encontraba al sur de la ciudad. Allí estaba la casa de un escultor, con su taller adjunto, en la que se encontraron las famosas y bellas «cabezas de el-Amarna», entre ellas el celebérrimo busto de Nefertiti, actualmente en el museo de Berlín. El centro de la ciudad se extendía más o menos al término del camino real. Al oeste, ocupando la zona que baja hacia el río, se encontraba el Gran Palacio, provisto de un patio y salones decorados con espléndidas pinturas. En el centro del mismo había un gran patio rodeado de esculturas colosales de Akhenatón, fabricadas en piedra, y otros patios y salones más pequeños. Quizá estuviera destinado a las recepciones de los embajadores extranjeros y sirviera de escenario a la concesión de recompensas a los altos funcionarios, escena representada a menudo en las tumbas de el-Amarna. En el extremo sur había una sala, decorada con 544 columnas de ladrillo e incrustaciones de cerámica vidriada en las paredes. Un puente de ladrillo comunicaba el Gran Palacio con los aposentos reales, situados en el extremo opuesto del camino real. La residencia del faraón contaba con espaciosos jardines y contenía la «ventana de las apariciones» (*maru*) (Kemp, 1976), por la que el soberano se asomaba en las ocasiones protocolarias para conceder honores públicos a sus oficiales.

Naturalmente en la ciudad había también varios templos de Atón. Como la forma física del dios era el sol, su culto debía tener lugar al aire libre. El Gran Templo, edificación enorme de 229 × 731 m, era el encargado de cumplir este cometido. Una vez traspasada la entrada principal, el adorador atravesaba una sala hipóstila y salía a un patio lleno de mesas de ofrendas, al fondo del cual había una zona aislada denominada el «Atón ha sido hallado» (Gem-Atón). La «mansión de Atón» tenía una estructura similar, aunque no era tan espaciosa. Otro lugar dedicado al culto de Atón se encontraba en el extremo oriental de la ciudad, donde había dos barrios incluidos en el recinto amurallado. Dentro de las murallas había lagos rodeados de jardines, en

Liber

los cuales se levantaban pabellones y capillas; asimismo había altares dedicados al Sol en medio de pequeñas islas. Esta zona era Maru-Atón que, en palabras de un especialista, «ejemplifica lo que era el espíritu del culto al sol, al proporcionar un marco idílico de verdor y agua dominadas por el sol» (Kemp, en Smith y Hall, 1983 [0Ga], p. 68).

Cerca de los hipogeos se encuentra el barrio de los hombres encargados de preparar las tumbas. Los obreros de la necrópolis debieron de permanecer en la ciudad durante algún tiempo después de que ésta fuera abandonada como residencia real y centro de culto. Aunque muchas de las tumbas nunca fueron acabadas ni utilizadas, debido a lo breve que fue la vida de la ciudad, nos proporcionan importantes testimonios acerca de cómo se realizaba el nuevo culto y sobre quiénes eran los funcionarios de Akhenatón. Nos suministran asimismo ricos testimonios sobre el «estilo de el-Amarna», que se aparta radicalmente de lo que era la representación tradicional de la figura humana en Egipto, utilizando un canon de proporciones totalmente distinto (Robins, 1986 [0M]). Todos los personajes tienen ahora unos contornos suaves y redondeados, el vientre prominente y los hombros redondeados. También la forma de la cabeza es distinta, con las mandíbulas salientes y la parte trasera del cráneo alargada. En los ejemplos más hermosos de la escultura de el-Amarna estos rasgos llegan a resultar extraordinariamente elegantes; en cambio en otros al espectador moderno pueden resultarle grotescos.

Curiosamente las tumbas revelan que en las familias a las que pertenecían los oficiales superiores del estado y de la corte se daba un alto grado de continuidad. En otro tiempo se pensó que, llevado de su celo reformador, Akhenatón apartó de su lado a la vieja camarilla y promovió a gentes completamente nuevas para que sirvieran a sus órdenes. Pero en la actualidad está claro que, por lo que sabemos, el faraón siguió reclutando a sus servidores entre el mismo grupo de personas. Los funcionarios imitaron y siguieron los pasos del soberano y no constituyeron ningún grupo de resentidos opuestos a su persona. Otro rasgo significativo que revelan las tumbas de el-Amarna es el cambio introducido en el repertorio de las escenas decorativas. Las escenas de la vida privada del propietario de la tumba (en las que éste aparece cazando en los pantanos, inspeccionando sus fincas, etc.) fueron sustituidas en gran medida por otras en las que se ve a los oficiales postrándose ante el faraón y los miembros de su familia (la pareja real aparece en actitudes curiosamente íntimas, acariciándose tiernamente o bien abrazando a sus hijas: véase la figura 19), o aguardando la llegada de la familia real con motivo de alguna ocasión protocolaria. El motivo de interés fundamental en la decoración de las tumbas es siempre el faraón, a veces en compañía de su familia, adorando a Atón. El faraón y su dios, concebidos como centro de toda actividad significativa en la vida y en la muerte, superan en importancia a cualquier otra representación.

Evidentemente el-Amarna nos proporciona una serie de pistas importantes para entender lo que era el culto de Atón. ¿Pero cómo debemos interpretarlo? ¿Cómo nació? ¿En qué se diferenciaba de otros cultos, en un país,



FIGURA 19. Akhenatón y su familia (dibujo de D. Saxon, según Aldred, 1973).

como Egipto, caracterizado por la abundancia y la variedad de sus divinidades, y que incluso aceptaba de buen grado dioses procedentes de allende sus fronteras? ¿Y qué repercusiones trajo consigo esta innovación teológica? Todas estas cuestiones están relacionadas entre sí y son muy difíciles de responder. Cabe postular, como han hecho algunos (por ejemplo, Aldred, 1968), que el culto de Atón fue la culminación de un proceso que llevaba ya algún tiempo verificándose desde comienzos de la dinastía XVIII. El dios del Sol, Ra, había asumido de hecho muchos rasgos de otras divinidades, de suerte que se había producido una especie de monoteísmo sincrético, en el que los demás dioses eran considerados encarnaciones de Ra (por ejemplo, Amón-Ra, Ra-Harakhty). En muchos aspectos Ra se hallaba estrechamente vinculado con el faraón y la monarquía. Así, el protagonismo concedido a Ra constituía en realidad un modo de subrayar la naturaleza omnipotente y divina del faraón. La forma física del sol, el disco solar (Atón), surgió dentro de este proceso como un aspecto distinto y cada vez más importante de Amón-Ra, que venía a poner de relieve su relación con el soberano: por ejemplo, al faraón se le llama «el disco en el horizonte»; el palacio se denomina «la mansión del disco». Esta evolución llegó a su punto culminante con Akhenatón: durante su reinado la forma de Atón fue definida de manera abstracta como un

Liber

disco solar con los atributos reales, esto es, fue equipada con el ureo (véase el capítulo 3, apartado 2); su nombre aparece encerrado dentro de un rótulo; y celebra jubileos. Resultado de todo ello fue el hecho de presentar a Atón como único rey celestial y a Akhenatón como su encarnación en la tierra. La estrechísima relación, de hecho prácticamente la identidad, entre ambos era expresada por los rayos que emanan del disco de Atón, en el extremo de los cuales aparece una mano diminuta que sujeta el símbolo egipcio de la vida, el *ankh*, a la altura de la nariz del faraón y de los miembros de la familia real (la reina y las princesas) cuando están presentes, y de nadie más. La imagen no antropomórfica de Atón permitía al dios ser presentado simplemente como un disco suspendido directamente sobre la cabeza del faraón y bendiciéndolo, poniendo de relieve por un lado la posición del soberano y por otro colocándolo en el centro de todas las escenas: el faraón y la familia real sustituían así de hecho a las tríadas convencionales de la familia divina. La fusión del soberano y la divinidad había llegado a su punto culminante (Redford, 1984). Es posible que debamos interpretar las representaciones curiosamente andróginas del faraón en el contexto de esta nueva y poderosa identificación del monarca; que, lejos de reflejar la verdadera apariencia de Akhenatón (¿padecía quizá del síndrome de Fröhlich?, véase Aldred, 1968), su intención era representarlo como un ser sin sexo, que podía ser considerado a la vez «padre y madre» del estado egipcio (Yoyotte, en Bottéro *et al.*, 1966 [0B], p. 250).

Esta reinterpretación teológica trajo consigo la exclusión de otras deidades: la única divinidad potente era el dios del faraón, de modo que los recursos de los templos dedicados a los dioses tradicionales fueron reencauzados para sufragar el culto de Atón, y los nombres de las demás divinidades, y en particular el de Amón, fueron suprimidos, no sólo físicamente, sino también de los nombres propios de las personas (al menos de los de los miembros de la familia real); el faraón se rebautizó formalmente y adoptó el nombre de Akhenatón, los de todas sus hijas llevan como elemento teofórico «Atón», y Tutankhamón, probablemente hermano de Akhenatón, empezó siendo Tutankhatón. Resulta difícil determinar hasta dónde caló esta reorientación de la vida religiosa a un nivel social más amplio. Existen unos pocos testimonios que indican que muchas personas de rango menos elevado rehusaron adoptar el nuevo culto; pero en cualquier caso debió de repercutir sobre ellas el cambio de funcionamiento, cuando no el cierre efectivo, de centros de culto tan importantes como el gran templo de Amón en Tebas. Indudablemente es a esta situación a la que se refiere Tutankhamón en su «estela de la restauración» cuando dice:

> Si uno elevaba sus preces a un dios pidiéndole algo, no acudía. Si uno dirigía sus súplicas a una diosa, tampoco acudía. Sus corazones se habían debilitado porque lo que se había hecho había sido destruido (Bennett, 1939, líneas 9-10).

Resulta muy difícil determinar qué efecto tuvieron en detalle todos estos cambios religiosos y cultuales. Particularmente ardua es la cuestión de verificar hasta qué punto se vio afectado el personal de los templos tradicionales. Podemos imaginar que simplemente pasó a administrar el culto de Atón en nombre del faraón, en vista de cómo funcionaba en Egipto el «clero» (Kemp, 1989 [0Ga], pp. 184-197 y 229-230; véase *infra*, p. 225). Desde luego no existe ningún indicio claro de que el clero de Amón (o el de cualquier otro dios) se opusiera activamente a los cambios introducidos por Akhenatón, ni de que fuera responsable de su posterior *damnatio memoriae*.

¿Por qué y de qué forma se vinieron abajo las reformas religiosas, como efectivamente ocurrió? Teniendo en cuenta la supremacía y el control absoluto que tenía el faraón, resulta difícil entender por qué fue así. Además no se produjo ninguna reacción hostil inmediata a los parientes de Akhenatón ni a sus colaboradores: Tutankhamón debía de ser hermano suyo y desde luego estaba casado con una de sus hijas, y, sin embargo, le sucedió en el trono; Ay, el siguiente faraón, probablemente fuera el padre de Nefertiti y con toda seguridad contrajo matrimonio con una de las hijas de Akhenatón; Horemheb, el último representante de la dinastía, había gozado de una posición muy elevada en la corte de Tutankhamón y se casó con una hija de Ay que, por consiguiente, habría sido hermana de Nefertiti. Así pues, da la impresión de que los miembros de la familia de Akhenatón siguieron estando en la cima del poder, aunque hicieran gala de un distanciamiento cada vez mayor y en último término definitivo de los cambios religiosos introducidos por él. Esta circunstancia hace que resulte tanto más difícil entender qué consideraciones dictaron el inmediato rechazo del culto de Atón. Tal vez merezca la pena tener en cuenta una posibilidad, de momento sólo hipotética. Durante los diecisiete años del reinado de Akhenatón se produjeron una enorme cantidad de muertes en su familia: sus esposas y cuatro de sus seis hijas fallecieron; Smenkhare, corregente y probablemente hermano suyo, y Tutankhamón murieron a una edad muy temprana. Los testimonios hititas demuestran que por esta época hubo una peste que asoló Levante (véase *infra*, p. 289) y que diezmó también a la familia real de Hatti y en general a la población hitita. Así pues, es concebible que la misma peste fuera la responsable de las numerosas muertes que se produjeron en la corte egipcia (Helck, 1971, pp. 187-188; Redford, 1984, pp. 186-187). De ser así, es posible que el culto de Atón fuera abandonado a raíz de estos acontecimientos. Quizá se estableciera una relación entre los horrores de la peste y el abandono del panteón y los modos de culto tradicionales de Egipto, de suerte que los soberanos de época posterior interpretaran las muertes de la familia real a consecuencia de la peste como un castigo divino por la desatención de que habían sido objeto los antiguos dioses.

No podemos concluir el análisis del período de el-Amarna, por breve que sea, sin citar un breve fragmento del magnífico himno a Atón, uno de los ejemplos más hermosos de himnos al sol del antiguo Egipto que se han con-

Liber

servado. Aunque últimamente se ha demostrado que sus dogmas no eran tan nuevos como se creía en otro tiempo, ilustra con suma brillantez hasta qué punto durante este período se hallaba el culto al Sol impregnado del concepto de universalidad, aparte de que nos ofrece un eco de lo que fue el revolucionario culto de Atón. Fue copiado en la tumba de Ay en el-Amarna y su composición se atribuye al propio Akhenatón:

La tierra resplandece cuando amaneces en el país de la luz,
cuando brillas como el Atón de la mañana;
cuando disipas las tinieblas,
cuando extiendes tus rayos,
los Dos Países están de fiesta.
Despiertos se yerguen sobre sus pies,
tú los has levantado;
una vez lavados y vestidos sus cuerpos,
sus brazos adoran tu aparición.
Todas las tierras se ponen a trabajar,
todos los animales pacen sus hierbas;
los árboles y las plantas retoñan,
los pájaros vuelan de sus nidos,
sus alas saludan a tu *ka* (fuerza vital).
Los rebaños triscan,
y toda criatura que vuela o anda sobre la tierra
vive cuando amaneces.
Los barcos navegan rumbo al norte y también rumbo al sur,
los caminos se abren cuando te levantas;
los peces en el río brincan ante tu presencia,
tus rayos están en medio del mar.

Aquel que hace germinar la semilla en las mujeres,
aquel que crea a los humanos a partir del esperma;
el que alimenta al hijo en el seno de su madre,
el que lo tranquiliza para calmar su llanto.
Nodriza en el seno,
dador del aliento
con que alimenta a todas sus criaturas.
Cuando salen del seno materno para alentar,
el día de su nacimiento,
abres su boca de par en par,
satisfaces sus necesidades.
Cuando el pollo dentro del huevo habla en el cascarón,
le insuflas el aliento con el que sustentarse;
cuando lo tienes acabado
para que salga del huevo,
sale del huevo
para anunciar su perfección
y caminando sobre sus patitas sale de él.

¡Cuántas son tus obras,
aunque estén ocultas a la vista,
oh dios único aparte del cual no existe ninguno!
Tú hiciste la tierra como quisiste, tú solo,
a todos los hombres, rebaños y ganados;
todas las criaturas que sobre la tierra caminan sobre patas,
todas las que en lo alto vuelan con alas,
los países de Khor (Siria) y Kush,
la tierra de Egipto.
Pones a cada hombre en su sitio,
satisfaces sus necesidades;
todo el mundo tiene qué comer,
su edad está contada.
Sus lenguas difieren cuando hablan,
al igual que sus caracteres;
sus pieles son distintas,
pues has hecho diferente a cada pueblo.

(Davies, 1903-1908 VI, pp. 29-31; *ANET*, pp. 369-371; Simpson, 1972 [0I], pp. 289-295; Lichtheim, 1973-1980 [0I], II, pp. 96-98.)

4. Última fase del Imperio Nuevo: dinastías XIX y XX (1306 [1295]-1069)

Se conserva gran cantidad de material epigráfico y de restos arquitectónicos de la última fase del Imperio Nuevo. Ramsés II, el soberano que durante más tiempo ocupó el trono y también el mejor conocido de este período (1290-1224 [1279-1213]), construyó numerosos edificios por todo Egipto y Nubia o amplió sustancialmente otros ya existentes. Pero todos los grandes faraones de esta época están bien representados: Sety I (1305-1290/1294-1279), Merneptah (1224-1204?/1213-1204), y Ramsés III (1184-1152). Sabemos que se produjeron algunos problemas políticos. La dinastía XIX llegó a su fin en medio de fuertes luchas por la sucesión, debidas tal vez en último término al reinado extraordinariamente largo de Ramsés II y al gran número de hijos que tuvo: sabemos de la existencia de cincuenta y nueve hijas y veintisiete hijos, así que no cuesta demasiado trabajo imaginarse el tipo de luchas por la obtención de la corona que semejante situación pudo provocar. Parece, sin embargo, que el heredero inmediato de Ramsés II, Merneptah, accedió al trono con bastante tranquilidad. Se desconoce la naturaleza exacta de la relación existente entre Setnakht, el supuesto fundador de la dinastía XX, y los faraones de la XIX. Su hijo, Ramsés III, lo presentaba como si hubiera restablecido el orden después del caos reinante (probablemente se trate de una alusión a los desórdenes dinásticos desencadenados al final de la dinastía XIX), aunque más bien parece que sea al propio Ramsés III a quien deba atribuirse el mérito. Tanto él como sus ocho sucesores adoptaron el nombre de «Ramsés», tal vez un nexo simbólico con el célebre y longevo Ramsés II. Los desórde-

Liber

nes dinásticos se reanudaron en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Ramsés III, y sólo dos faraones al final de la dinastía reinaron durante un número de años razonablemente largo (Ramsés IX y Ramsés XI, que ocuparon el trono 19 y 29 años respectivamente). Para entonces se habían planteado en Egipto numerosos problemas, cuya naturaleza no siempre resulta fácil de determinar; pero es evidente que durante el reinado del último Ramsés (XI: 1098-1069) el país se hallaba efectivamente dividido en dos ámbitos, el del norte y el del sur, administrados desde dos capitales distintas (Tebas y Tanis) (véase el cuadro 17). Esta situación, caracterizada por los intentos esporádicos de unificación y una fragmentación cada vez mayor, se prolongó durante casi cuatrocientos años después del fin de la dinastía XX. Esta larga época de divisiones políticas que sucedió al Imperio Nuevo constituye el Tercer Período Intermedio (*volumen 2, capítulo 12, apartado 1*).

Guerra y paz

Ramsés I, cuyo reinado duró apenas un año (1306-1305/1295-1294), fue el fundador de la dinastía XIX. Había sido visir de Horemheb, quien, al parecer, no tuvo hijos. Así pues, Horemheb nombró deliberadamente sucesor suyo a Ramsés con el fin de mantener la estabilidad del país, que tan amenazado se había visto últimamente (véase el capítulo 4, apartado 3). Horemheb dio este paso, al decir de algunos, precisamente porque Ramsés I tenía un hijo y, por lo tanto, estaba en condiciones de fundar una dinastía (Kitchen, 1982). Estas circunstancias especiales quizá expliquen el enorme hincapié que hicieron los monarcas de la dinastía XIX en la continuidad de la línea de los faraones egipcios desde el propio Menes y en la vigorosa defensa del territorio y del ordenamiento sociopolítico egipcio que hicieron todos ellos. Una expresión de dicha actitud es la lista de faraones considerados legítimos, hermosamente grabada en los muros de una de las joyas arquitectónicas del antiguo Egipto, el templo funerario de Sety I en Ábidos. La lista se remonta hasta Menes, el primer faraón que reinó sobre un Egipto unido (véase el capítulo 3, apartado 1); quedan excluidos de ella muchos de los monarcas de los períodos intermedios; y es omitido por completo todo el período que va de Akhenatón a Ay, hasta el reinado de Horemheb. Sety I (1305-1290 [1294-1279]) presenta a sus regios predecesores como antepasados suyos; él aparece representado adorándolos junto a su joven hijo, el futuro Ramsés II, que evidentemente había sido elegido ya príncipe heredero. Ramsés II colocó un duplicado de esta lista en su templo de Ábidos. Esta atracción de los faraones de la dinastía XIX por Ábidos (también Merneptah realizó allí algunas obras) quizá se relacione con la imagen que estos soberanos proyectaron de sí mismos como encarnación de los aspectos más antiguos y permanentes de la monarquía egipcia. Ábidos era el lugar en el que habían sido enterrados los primeros faraones (véase el capítulo 3, apartado 1). Estaba asimismo estrechamente relacionada con Osiris, rey de los muertos y padre de Horus, que había sido asesinado,

Liber

CUADRO 17. *Cronología: dinastías XIX, XX y XXI*

	CAH	Convencional	Baja
Dinastía XIX			
Ramsés I	1320-1318	1306-1305	1295-1294
Sety I	1318-1304	1305-1290	1294-1279
Ramsés II	1304-1237	1290-1224	1279-1213
Merneptah	1236-1223	1224-1204 (?)	1213-1204
Amenmés	1222-1217?	1204-1200	1204-1200
Sety II	1216-1210?	1200-1194	1200-1194
Siptah	1209-1200	1194-1188	1194-1188
Tawosret (esposa de Sety II y madre de Siptah)		1188-1187	1188-1187
Dinastía XX		*Sur*: sumos sacerdotes	
Setnakht	1186-1184		
Ramsés III	1184-1152	Ramsés-nakht (hijo de Merybast)	
Ramsés IV	1152-1146		
Ramsés V	1146-1142		
Ramsés VI	1142-1134		
Ramsés VII	1134-1133		
Ramsés VIII	1133-1126		
Ramsés IX	1126-1107	Nesamón	
Ramsés X	1107-1098		
Ramsés XI	1098-1069	Amenhotep	
1080 comienzo de la «fase de renacimiento» (*whm mswt*)		Herihor 1080-1074	
Bajo Egipto			
Smendes	1080-1069	Piankh 1074-1070	
Dinastía XXI			
Smendes	1069-1043	Pinudjem I 1070-1055	
Pinudjem	1054-1032		
Amenemnisu	1043-1039?	Masaharta 1054-1046	
Psusennes I	1040-993	Menkheperre 1045-992	
Amenemope	993-984	Smendes 992-990	
Osorkon	984-978		
Siamón	978-959	Pinudjem II 990-969	
Psusennes II	959-945	Psusennes 969-945	

Liber

descuartizado y, según la leyenda, enterrado en Ábidos. Los soberanos de la dinastía XIX construyeron en esta ciudad sus hermosos templos funerarios y de ese modo asociaron el culto a sus personas como reyes difuntos con el de Osiris, mítico soberano de los muertos, que simbolizaba la victoria sobre los peligros que amenazaban constantemente a Egipto.

Los faraones siguieron siendo enterrados como antes en el Valle de los Reyes, y los grandes templos funerarios cerca de Tebas (Gurna, Rameseum, Medinet Habu) demuestran que la ciudad de Amón había recuperado plenamente su anterior importancia. Los soberanos de las dinastías XIX y XX hicieron generosas donaciones a Tebas, dotando al culto de Amón de importantes propiedades inmuebles y de rentas; eliminaron todos los restos del culto de Atón y volvieron a grabar el nombre de Amón en los monumentos de los que había sido borrado. Se erigieron en la ciudad monumentos conmemorativos de las campañas triunfales de los faraones y se dedicaron ricos botines de guerra. La mayor parte de los materiales conservados en el poblado de los obreros de Deir el-Medina, en la margen izquierda del río, al oeste de Tebas, datan de la dinastía XX, hecho que demuestra lo animada que volvía a ser una vez más la vida en Tebas y sus alrededores. La refundación en la parte oriental del delta de Ávaris, la antigua sede real, como nueva capital de la dinastía, con el nombre de Per-Ramsés («Casa de Ramsés») (Uphill, 1968/1969 y 1984; Bietak, 1975 y 1981/1986), supuso un nuevo punto de partida. La familia real probablemente era originaria de esta zona. Curiosamente, el dios Seth (divinidad fronteriza que, a medida que el imperio fue desarrollándose, llegó a identificarse con diversas deidades cananeas) (Beckerath, 1984), asociado tradicionalmente con esta región, constituye el elemento teofórico del nombre de algunos faraones de esta época. La relación de la real familia con la zona oriental del delta quizá explique también por qué Ramsés II conmemoró el cuarto centenario de la era del templo de Seth en Ávaris (véase el capítulo 3, apartado 5). Se han conservado algunos himnos escritos en alabanza de Per-Ramsés y de sus hermosos edificios (Erman, 1927/1968 [0I], pp. 206-207 y 270-271; Caminos, 1954, pp. 73-82 y 153-155; *ANET*, 470). Describen la ciudad diciendo que se hallaba situada en «el fiel de la balanza» entre Egipto y sus territorios imperiales del norte. Semejante expresión demuestra hasta qué punto la zona de Canaán había sido incorporada a Egipto.

Todos los grandes faraones de esta época actuaron decididamente para proteger las fronteras del país, en especial contra los pueblos nómadas y desprovistos de tierras de Libia y Levante, algunos de los cuales fueron alistados en el ejército (véase, en el segundo volumen, el capítulo 8, apartado 1). Sety I y Ramsés II intentaron además ampliar las fronteras de Egipto hasta Siria; la batalla de Kadesh contra los hititas, que tuvo lugar en el quinto año del reinado de Ramsés II, es la mejor documentada de esas guerras. Pese al lenguaje triunfalista utilizado en la descripción de la batalla, no podemos considerarla una victoria egipcia. Pero tampoco supuso ningún desastre: en último término las fronteras entre los ámbitos hitita y egipcio no cambiaron sustancialmente.

Liber

En esta época tanto Egipto como Hatti tuvieron que hacer frente a serias dificultades: Hattusili III perdió el territorio de Mitanni en beneficio de la potencia que empezaba a emerger por aquel entonces, Asiria (véanse los capítulos 5, apartado 4, y 7, apartado b), mientras que los ataques de los libios contra las fronteras occidentales de Egipto constituyeron una pesadilla habitual para los faraones desde los tiempos de Sety I (Kitchen, 1973/1986). Durante el reinado de Ramsés II se estableció una gran cadena de fortalezas, que se extendía desde la parte occidental del delta hasta el-Alamein, lo cual demuestra que la situación era lo bastante grave para exigir el establecimiento de una vigilancia constante. Es posible que los nuevos problemas que agobiaban a los dos imperios vecinos los impulsaran a firmar un tratado de paz en 1269 (1258) (véase *infra*, p. 247). La correspondencia intercambiada entre ambas cortes a partir de ese momento es sumamente cordial: se conservan cartas de los dos soberanos y sus esposas, así como de la madre de Ramsés II y de uno de sus hijos (*CTH*, 155-170). La amistad entre los dos estados, que durante tanto tiempo se habían llevado mal, quedó sellada definitivamente en 1256 (1245) con la boda de la hija de Hattusili III con el faraón de Egipto. La ideología monárquica egipcia exigía que el hecho fuera expresado como un repentino deseo de rendición por parte de los hititas, que Ramsés II tuvo a bien satisfacer sin tardanza. El texto comienza con una descripción de las victorias del faraón, que entristecieron tanto al rey de los hititas que no vio más salida que ofrecer a Ramsés II la mano de su hija y un gran tributo como regalo en muestra de su subordinación:

> [Entonces] llegó uno a informar a Su Majestad diciendo: «¡Mirad, hasta el Gran Príncipe de Hatti! Traen a su hija mayor con un abundante botín de todo tipo de cosas. Cubren [el valle con?] su [muchedumbre?], la hija del Príncipe de Hatti y la [hija de?] la gran princesa de Hatti entre ellos. Han atravesado altas montañas y estrechos desfiladeros. Han llegado hasta la frontera de Su Majestad. Que nuestro [ejército?] y sus oficiales [salgan] a recibirlos». Entonces Su Majestad sintió [gran] contento y el palacio se llenó de regocijo, cuando se enteró de estos misteriosos sucesos, completamente desconocidos en Egipto. Por eso despachó a su ejército y a sus oficiales a toda prisa, para que salieran a recibirlos.
>
> Entonces Su Majestad deliberó con su corazón diciendo: «¿Qué será de los hombres a los que envié en misión a Djahy (Siria) en los días de lluvia y nieve que trae consigo el invierno?». Entonces ofreció una gran oblación a su padre, Seth, suplicándole a [este?] respecto con las siguientes palabras: «El cielo está en tus manos y la tierra bajo tus plantas. Sucede lo que tú ordenas que suceda. Ten a bien [retrasar] la lluvia, el frío viento y la nieve, hasta que las maravillas que me has concedido lleguen hasta mí».
>
> Entonces su padre Seth escuchó todo lo que le decía. Así pues, los cielos se apaciguaron y los días estivales cayeron sobre [él], mientras que su ejército avanzaba, feliz, con el cuerpo de los soldados moviéndose libremente y su corazón lleno de alegría. Así la hija del Gran Príncipe de Hatti entró en Egipto, mientras la infantería, los carros y los oficiales de Su Majestad la acompañaban, mezclados con la infantería y los carros de Hatti, pues eran guerreros

Liber

que luchan en carro como las tropas de Ramsés II y sus destacamentos de carros, de modo que toda aquella población del país de Hatti se confundía con la de Egipto. Comían y bebían juntos, estaban unidos como hermanos, sin rechazarse unos a otros, pues la paz y la concordia reinaban entre ellos a la manera del propio dios, Ramsés II.

(Los demás soberanos extranjeros se maravillaban del extraordinario poderío de Egipto; y continúa:)

Ahora, hace ya [muchos días que] llegaron a (la ciudad) de Ramsés Meri-Amón ... y que hemos celebrado los grandes portentos de valor y victoria del año 34, tercer mes de la segunda estación (enero). Entonces hicieron pasar a la hija del Gran Príncipe de Hatti, que había venido hasta Egipto, a presencia de Su Majestad, acompañada de un gran tributo, ilimitado ... Entonces [Su] Majestad vio que era hermosa de rostro [como] una diosa. Así pues, [era] un acontecimiento grandioso, enigmático, maravilloso y afortunado. Era algo inaudito, que nadie había oído contar de boca en boca, y del que no había noticia en los escritos de los antepasados ... Así pues, resultó hermosa en el corazón de Su Majestad, que la amó más que a nada, como si se tratara de una buena ventura para él sobrevenida por [orden] de su padre, Ptah-tenen. Entonces Su Majestad hizo que su nombre existiera: Maat-nefru-Re, esposa del Faraón, hija del Gran Príncipe de Hatti e hija de la Gran Princesa de Hatti ...

Y así fue como, si un hombre o una mujer se dirigía por algún asunto a Djahy, podían entrar en el país de Hatti sin temor en sus corazones, debido a la grandeza de las victorias de Su [Ma]jestad (*ARE*, III, §§ 415-424; Kuentz, *ASAE*, 25 (1925), pp. 181-238; *ANET*, pp. 256-258).

El acontecimiento político fue conmemorado en varias estelas descubiertas en Nubia (Abu Simbel y Amarah) y en el Alto Egipto (Karnak, Elefantina), lo cual demuestra la gran importancia que tuvo. La paz y la concordia entre los dos países eran una realidad: cuando los hititas fueron víctimas de la carestía durante el reinado de Merneptah, éste los ayudó enviando una remesa de grano. Las guerras en las que se vieron envueltos posteriormente los faraones de Egipto (Merneptah y Ramsés III) fueron dirigidas casi exclusivamente contra los libios de la frontera, los piratas y los pueblos nómadas (véase, en el segundo volumen, el capítulo 8, apartado 1); no volvió a desencadenarse ninguna contra los hititas.

Decadencia del Imperio Nuevo

Los estados situados más al este, como Asiria y Babilonia (véase el capítulo 7, apartados 2 y 4), tuvieron también constantemente problemas con grupos similares aproximadamente por la misma época; a mediados del siglo XI, tanto ellos como Egipto habían perdido una parte considerable de su territorio y su poderío político se había debilitado. Pero la primera de las cuatro grandes potencias que tuvo dificultades fue Hatti. Además este país no sólo se vio afectado temporalmente por la situación, como los demás: entre *c.* 1200 y 1150 (para la inseguridad de la cronología, véase el capítulo 5,

apartado 4) el estado hitita desapareció por completo. Las consecuencias de esta circunstancia sobre el equilibrio de poderes y sobre las relaciones y comunicaciones comerciales son difíciles de calibrar, pero las repercusiones del desastre probablemente fueran perjudiciales para los aliados políticos de los hititas, como por ejemplo Egipto (Liverani, 1987). Con toda seguridad después del reinado de Ramsés VI (1142-1134) Egipto perdió el control sobre sus territorios de Canaán. Una serie de crisis dinásticas, las dificultades a la hora de mantener la seguridad en las fronteras occidentales, las escaseces, la fluctuación de los precios del grano y las guerras civiles exacerbaron la situación e impidieron hacer frente a unos problemas que, en sí mismos, no tendrían por qué haber sido desastrosos. Aproximadamente en el decimonoveno año del reinado de Ramsés XI (1080), el poder efectivo sobre el Alto y Medio Egipto se hallaba en manos de un tal Herihor, en cuya persona se combinaban por primera vez los poderes militares y el cargo —importantísimo desde el punto de vista económico— de sumo sacerdote de Amón. Semejante circunstancia presupone una crisis política de primera magnitud, probablemente relacionada con una guerra civil en la que se vio implicado el anterior sumo sacerdote de Amón (Amenhotep). Sea cual fuere exactamente el trasfondo de la situación, Herihor proclamó una nueva «era de renacimiento» que venía a poner fin a la confusión anterior y marcaba la restauración de la paz. Normalmente sólo los faraones proclamaban ese tipo de eras, pero en este caso parece que el soberano se hallaba tan desamparado que no tuvo más remedio que aceptar esta usurpación de su autoridad: a partir de ese momento numerosos textos utilizan una doble cronología, datando los acontecimientos por los años del reinado de Ramsés XI y por la nueva era de renacimiento. El poder de Herihor se extendía por el norte hasta Heracleópolis, a la entrada de El Fayum. La seguridad militar de Egipto, desde esta zona hasta Asuán en el sur, estaba en sus manos, y utilizó su cargo de sacerdote de Amón para reforzar la base de su poder. Probablemente Egipto perdiera Nubia por aquel entonces, aunque los detalles no están claros. Al mismo tiempo, el Bajo Egipto era administrado por Smendes (Nesbenebded), el visir de Ramsés XI, que quizá estuviera emparentado con Herihor e incluso hubiera contraído matrimonio con una hija del faraón (Kitchen, 1973/1986). El «Informe de Wenamón» (Erman, 1927/1966 [0I], pp. 174-185; Gardiner, 1937, pp. 61-76; *ANET*, pp. 25-29; Simpson, 1973 [0I], pp. 142-155; Lichtheim 1973-1980 [0I], II, pp. 224-230; véase *supra*, p. 217) se sitúa en esta época: Wenamón era un emisario de Herihor que realizó una expedición a Biblos con el encargo de comprar madera. Data su viaje en la era del renacimiento y cuenta que navegó Nilo abajo y solicitó formalmente la ayuda de Smendes y su esposa, Tentamón, en Tanis. Éstos examinaron sus cartas de recomendación y le proveyeron de un barco y víveres suficientes para llevar a cabo su misión. Más tarde, cuando se encontró en dificultades financieras, se las arregló para mandar un mensaje a Smendes, que le suministró los fondos para realizar los pagos necesarios. El papel desempeñado por Ramsés XI en todo este episodio no está nada claro. Pero tengamos en cuenta que siguió siendo reconocido

Liber

como faraón reinante, que la era de renacimiento nunca reemplazó por completo a sus años de reinado y que, cuando Herihor murió en 1074, el sistema de datación instaurado por él fue abolido y volvieron a utilizarse exclusivamente los años de reinado del faraón. Así pues, Ramsés XI no se vio privado nunca en realidad de su condición oficial de soberano. Sólo cuando murió, probablemente sin hijos vivos, Smendes accedió formalmente al trono (dinastía XXI: 1069-945).

A la muerte de Ramsés XI se perpetuó la división de Egipto surgida en tiempos de Herihor. La corte de los nuevos faraones (dinastía XXI) se encontraba en Tanis (a unos 25 km al norte de Per-Ramsés, aunque en otro brazo del Nilo; *Tanis*, 1987; Brissaud *et al.*, 1987), construida con sillares robados de la gran capital que fuera Per-Ramsés (Uphill, 1984). Tebas fue abandonada como necrópolis real; los nuevos faraones dispusieron sus enterramientos en Tanis (Montet, 1952; Von Känel, 1984). El poblado de los obreros de Deir el-Medina, una vez eliminada su razón de ser, dejó de existir. A partir de este momento, aunque los faraones de Tanis afirmaban ser los soberanos de todo Egipto, en realidad compartían el gobierno del país con el alto clero de Amón en Tebas. El cómo y el porqué de esta situación resultan muy difíciles de entender (Beckerath, 1951). La decadencia de Egipto desde su posición de potencia imperialista enormemente rica, que con tanta firmeza parecía ocupar sólo setenta años antes, es evidente. Por otra parte, es posible que se exagere el deterioro de la prosperidad y la posición de Egipto en comparación con la «época de opulencia» (Aldred, 1968). El «obelisco roto» de Ashur-bel-kala de Asiria (véase *infra*, pp. 402-403), datado hacia 1070, habla del regalo de animales exóticos recibido por el soberano asirio, a la sazón de campaña en Líbano, del faraón de Egipto, probablemente el oscuro Ramsés XI (1098-1069). También es posible que la cuenta de lapislázuli perteneciente a esta época y la inscripción asiria grabada en ella formen parte de los regalos diplomáticos intercambiados entre las dos potencias en esa misma ocasión. Ello implicaría que el estatus de Egipto como potencia importante cuya influencia en Levante todavía era reconocida seguía siendo afirmado y aceptado por todo el mundo. El papel desempeñado por Egipto durante los períodos sucesivos como refugio para los prófugos y desterrados de los distintos estados levantinos y como potencia cuya ayuda valía la pena solicitar contra la expansión asiria, así viene a demostrarlo.

5. El estado del Imperio Nuevo

El marco general del estado y la sociedad de Egipto durante el Imperio Nuevo parece que permaneció inalterable en muchos de sus rasgos esenciales. Pero la adquisición de un imperio por parte de Egipto, su agresiva expansión territorial y la «guerra de liberación» tebana, que determinaron la fundación del Imperio Nuevo, trajeron consigo profundas transformaciones políticas, socioeconómicas y culturales. Por ejemplo, una de esas novedades

Liber

fue el aumento de las dimensiones y la opulencia de la hacienda real debido al poder y a las riquezas cada vez mayores que llegó a poseer el faraón tras la creación del imperio. En esta época empezó a hacerse habitual llamar al soberano simplemente la «gran casa» (*per'ao*), término del que procede nuestro «faraón».

El faraón y la monarquía

El aspecto más destacado de la monarquía egipcia durante el Imperio Nuevo es el del faraón concebido como guerrero que sobresale por su dominio de las armas bélicas más importantes, en particular el carro ligero de dos ruedas, tirado por caballos, innovación introducida en Egipto durante el Imperio Nuevo (véase la figura 20). Evidentemente este hecho se relaciona con el talante militarista propio de la época. La detallada descripción que el joven Amenofis II hace de sus grandes proezas en este campo (y en muchos otros) nos lo recuerda perfectamente; fue su pericia en el manejo de los caballos lo que demostró a su padre que era el más capacitado de sus hijos para sucederlo en el trono, como nos cuenta en su «estela de la esfinge»:

> Así pues, Su Majestad apareció entonces como rey, como un hermoso joven bien desarrollado, sobre cuyos muslos llevaba cumplidos dieciocho años con fortaleza. Era experto en todas las obras de Mont (dios de la guerra); no tenía igual en el campo de batalla. Era experto en los caballos; no había otro como él en este ejército tan numeroso. Ningún soldado podía tender su arco; nadie era capaz de acercársele en la carrera.
>
> Fuerte de brazos, infatigable cuando cogía el remo, bogaba en la popa de su nave-halcón como primer remero al frente de doscientos hombres. Cuando descansaban después de llevar remando media milla, todos se sentían débiles, con el cuerpo flojo y sin aliento, mientras que Su Majestad conservaba la fuerza sobre su remo de veinte codos (*c.* 10 m) de largo. No detenía ni fondeaba su nave-halcón hasta que no había hecho tres millas remando ininterrumpidamente sin abandonar el puesto. Los rostros se iluminaban al verlo. Tendía trescientos arcos durísimos, midiendo la destreza de los hombres que los habían fabricado, para poder diferenciar a los menos hábiles de los hábiles. Llegó asimismo a hacer las siguientes obras que se someten a tu atención. Al entrar en su jardín del norte encontró levantadas para él cuatro dianas de cobre asiático, de un palmo de espesor, con una separación de veinte codos entre cada una. Entonces Su Majestad apareció montado en el carro como Mont en todo su poder. Tendió su arco al tiempo que sujetaba cuatro dardos en la mano. Salió al galope hacia el norte disparándolos, como Mont en su panoplia, y cada flecha asomaba por la parte trasera de la diana mientras que él se lanzaba impertérrito hacia la siguiente. Fue una hazaña nunca realizada hasta entonces, de la que nunca se había tenido noticia: disparar una flecha contra una diana de cobre y atravesarla hasta dar en el suelo —(algo realizado) únicamente por el Rey rico en gloria, al que Amón ha hecho fuerte, el Rey del Alto y el Bajo Egipto, Aakheprure, guerrero semejante a Mont.

Libel

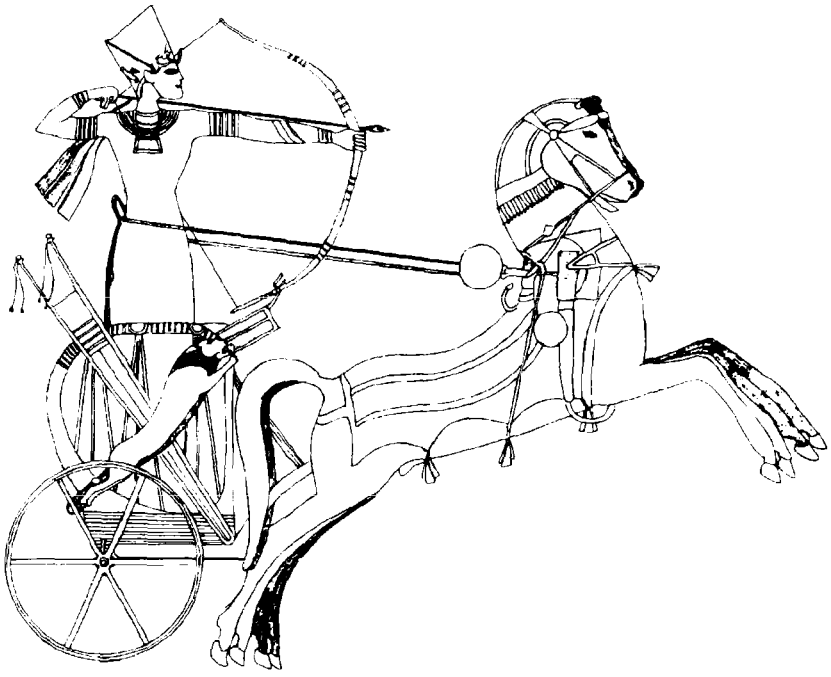


FIGURA 20. Faraón egipcio en carro (Ramsés II, templo de Luxor, dibujo de D. Saxon).

Pues bien, siendo aún mozo, amaba a sus caballos y se regocijaba con ellos. Era valiente trabajando con ellos, aprendiendo su carácter, hábil a la hora de domarlos, de conocer la índole de cada uno. Cuando esto llegó en palacio a oídos de su padre, el Horus, el Toro Fuerte, Nacido en Tebas, el corazón de Su Majestad se sintió feliz de oírlo. Contento de lo que se decía de su hijo primogénito, dijo en su corazón: «Será un soberano de todo el país al que nadie se atreverá a atacar. Está ansioso por sobresalir y se regocija con la fuerza, pese a ser todavía un mozo encantador, carente de sabiduría. Aunque todavía no tiene edad para hacer las obras de Mont, desconoce la sed del cuerpo y ama la fuerza. Es el dios quien inspira sus actos, para convertirse en protector de Egipto, en soberano del país».

Su Majestad dijo a los que estaban a su lado: «Que le den los mejores caballos del establo de Mi Majestad en Menfis y le digan: "Encárgate de ellos, domínalos, hazlos correr y dómalos, si se te resisten"». Entonces dijeron al hijo del rey que se encargara de unos caballos del establo del rey. Hizo lo que le habían dicho, y Rashaf y Astarté (divinidades asirias incluidas en el panteón egipcio a raíz de las conquistas levantinas) se regocijaron con él porque hacía lo que su corazón ansiaba hacer.

Crió caballos sin igual. No se cansaban cuando él llevaba las riendas; no sudaban cuando iban al galope. (Les) ponía el yugo con el arnés en Menfis y

se detenía en el lugar de descanso de Harmakhis (= 'Horus en el horizonte'). Se entretenía allí un rato haciéndoles dar una vuelta y observando la excelencia del lugar de descanso de los reyes Khufu (Queops) y Khafra (Quefrén), los justificados. Su corazón deseaba que sus nombres vivieran. Pero lo guardaba para sí hasta que ocurriera lo que su padre, Ra, había dispuesto para él (*Urk.* IV, pp. 1.276-1.283; *ANET*, pp. 244-245; Lichtheim, 1973-1980 [0I], II, pp. 39-43; Cumming, 1982-1984, I, n.º 372).

Amenofis II inscribió este texto en una estela cuando ocupó el trono colocándola en un pequeño templo erigido por él mismo para el culto de la gran Esfinge de Giza.[5] Varios faraones del Imperio Nuevo utilizaron esta zona como picadero en el que domaban sus caballos, se ejercitaban con el carro o practicaban la caza en el desierto; había además un pequeño palacio, quizá un simple pabellón de caza (Kemp, 1989 [0Ga], p. 219). En una de esas expediciones de caza el hijo de Amenofis II y eventual sucesor suyo, Tutmosis (IV), cayó dormido a mediodía y se le apareció en sueños la Esfinge, en su nuevo aspecto de Horus-en-el-horizonte anunciándole su futuro reinado. Más tarde relataría esta experiencia divina en una estela erigida entre las garras de la Esfinge. Las campañas militares también daban a los faraones ocasión de realizar grandes hazañas cinegéticas, pues las dos actividades estaban estrechamente relacionadas, por cuanto ambas venían a demostrar el poder que tenía el soberano de dominar las fuerzas amenazadoras y salvajes. Dos bellos escarabeos conmemorativos de Amenofis III (emitidos en el segundo y probablemente en el décimo año de su reinado) aludían respectivamente a las capturas de vacas salvajes que había realizado el faraón y a los leones que había cazado.

La vieja imagen del faraón castigando a los enemigos de Egipto fue reafirmada enérgicamente en todos los contextos imaginables: la «ventana de las apariciones» (*maru*), sala del palacio por la que el soberano se asomaba y contemplaba desde lo alto a sus oficiales postrados a sus pies antes de prodigarles sus regalos (Kemp, 1976 y 1989 [0Ga], pp. 212-213), estaba rodeada de escenas en las que el faraón aplastaba y conducía en cautividad a los enemigos tradicionales de Egipto. Inmediatamente debajo del alféizar de la ventana aparecían representadas las cabezas de varios cautivos extranjeros. En la corte del palacio de el-Amarna, Petrie (1894) descubrió un pavimento pintado que recorría todo el palacio; la pintura representaba una cadena de cautivos y arcos extranjeros que simbolizaban a los enemigos de Egipto en general (Valbelle, 1990). Cada vez que el faraón caminaba por el principal sector del palacio tenía literalmente a sus enemigos a sus pies. La misma iconografía aparece una y otra vez en todo tipo de construcciones y objetos regios, el más curioso de los cuales quizá sea el bastón encontrado en la tumba de Tutankhamón (Desroches-Noblecourt, 1963: lámina 82): el pomo estaba tallado en forma de una cadena de «sirios» y nubios, unidos por los pies; cuando el faraón asía el bastón aplastaba con sus manos a estos dos pueblos vasallos, circunstancia que reforzaba la imagen de su supremacía absoluta

Liber

sobre ambos pueblos.[6] El poderío militar del soberano se ponía además de relieve ante sus súbditos mediante la ejecución pública de prisioneros de guerra durante una ceremonia de culto que simbolizaba su victoria sobre los «rebeldes» (Schulman, 1988).

También la retórica real resaltaba esta postura triunfalista. Un famoso ejemplo es la relación que ofrece Ramsés II de la batalla de Kadesh (1296/1275), celebrada en prosa, en un poema épico, y en una serie de relieves ricos en todo tipo de detalles. A nadie se le habría ocurrido dudar que el faraón de Egipto había obtenido una magnífica victoria y que el ejército enemigo de los hititas había sido aplastado. La cruda realidad, que los documentos hititas y ugaríticos dejan bien clara, es que ninguno de los dos bandos obtuvo grandes ganancias territoriales. El lenguaje en el que está redactada la introducción a la versión egipcia del tratado de paz concluido posteriormente con los hititas (1269/1258), grabada en las estelas colocadas en Karnak y en el Ramesseum, resulta muy revelador. La versión hitita demuestra que fue un tratado firmado en pie de igualdad entre dos potencias que reconocían en su adversario a un igual (el único que quedaba en el Oriente Próximo). La ideología monárquica egipcia, en cambio, modifica por completo las circunstancias, y así se presenta a Ramsés como si se dignara graciosamente a aceptar las peticiones de paz de un inferior:

> (Fecha, nombres y títulos de Ramsés II)
> En este día, mientras Su Majestad estaba en la ciudad de Per-Ramsés, Meri Amón, haciendo las delicias de su padre, Amón-Ra, Harakhti, Atum, señor de los dos países, el heliopolita, Amón de Ramsés Meri-Amón, Ptah de Ramsés Meri-Amón, y [Seth], el Grande en Fuerza, el hijo de Nut, según van concediéndole una eternidad de jubileos y una infinidad de años de paz, mientras todas las tierras y todos los países extranjeros se postran bajo sus sandalias para siempre; llegó el enviado real, el delegado de la unidad de carros, Anti-h[etep], el enviado real [... el enviado real ... el mensa]jero [del] país [Kheta ... Tili]teshub, el seg[undo m]ensajero de Kheta, Ra[mosis], (y) [el mensaj]ero de [Carch]emish, Piyassili(?), con la tablilla de plata, [que] el gran príncipe de Kheta, Hattusili, había traído al Faraón —¡vida, prosperidad, salud para él!— con el fin de pedir la [pa]z [a Su Majestad, el rey del Alto y el Bajo Egipto, User-maat-Re], Setep-en-Re, hijo de Ra, Ramsé[s] Meri-Amón, al que den vida por siempre jamás, lo mismo que su padre Ra cada día (Kitchen, 1968-, II, pp. 225 y ss.; *ARE*, III, §§ 367-391; *ANET*, pp. 199-201; *TUAT*, I/2, pp. 143-153).

Compárese con el sobrio proemio del texto acadio de la versión hitita:

> [El tratado, que] Reamas[esa Mai-]Amana, el gran rey, el rey [del país de Egipto, acordó en una tablilla de plata] con Hattusili, [el gra]n [rey], rey del país de Hatti, su hermano, para [el país de Egipto y el país de Hatti], con el fin de crear una [gran] pa[z] y una gran [frate]rnidad entre ellos para siem[pre] (*CTH*, 91; *ANET*, pp. 201 y ss.; *TUAT*, I/2, pp. 136-143).

Junto a este tono belicoso y triunfalista, la naturaleza divina del soberano era reafirmada una y otra vez, a través del culto de la parte inmortal de su ser, el *ka* real, para el cual se había construido un templo especial en Luxor, de suerte que participaba en la fiesta anual de Opet (véase *supra*, p. 222). Por todo Egipto se erigieron otros muchos templos del *ka* real. Al mismo tiempo el faraón estaba vinculado con el dios Amón-Ra, según demuestra su concepción como «la oreja que escucha» en el gran templo de Amón en Karnak. De este modo podía ser invocado para que actuara como intermediario del orante ante las grandes divinidades (Kemp, 1989 [0Ga], p. 202; Morkot, 1986). El culto del Sol, asociado con la imagen del imperio, es otro elemento que fue adquiriendo cada vez más importancia durante este período; estrechamente relacionado con él estaba el faraón, en su calidad de hijo divino de Amón-Ra.

Los jubileos (fiestas de Sed, véase *supra*, p. 175) celebrados por Amenofis III en los años trigésimo, trigesimocuarto y trigesimoséptimo de su reinado, ponen de manifiesto cómo eran reelaborados los ritos tradicionales, al tiempo que se les dotaba de un boato y una opulencia desconocidos hasta entonces (*Aménophis III*, 1993, pp. 31-33). Los detalles de la antigua fiesta de Sed sólo pueden reconstruirse parcialmente y todavía subsisten muchas incertidumbres (*LÄ*, 5, pp. 782-789), aunque parece segura su función como recreación ritual de la coronación. Comenzaba con una serie de actos regios tradicionales como, por ejemplo, la inspección de los edificios y un recuento del ganado, seguidos de una procesión en la que el faraón aparecía vestido por primera vez con el típico traje de Sed. Dentro de cierto edificio se ejecutaba lejos de la vista del público una ceremonia, cuya finalidad era probablemente contribuir al rejuvenecimiento del soberano. Una vez renovada ritualmente su fuerza, el monarca aparecía sentado en el quiosco especial del jubileo para recibir el homenaje de sus súbditos. A continuación, el faraón y su séquito visitaban a los distintos dioses en sus capillas y les invitaban a unirse a ellos en una procesión. Tras cambiarse de atuendo, el soberano corría una carrera ritual, al término de la cual ofrecía una serie de presentes a los dioses. Subía entonces en una silla de manos y, con la doble corona en su cabeza que simbolizaba su dominio sobre el Egipto unificado, era llevado ceremonialmente en procesión, acompañado de diversos estandartes divinos. En el punto culminante de la ceremonia, el faraón se presentaba con un arco disparando flechas hacia el norte, el sur, el oeste y el este, acto mediante el cual manifestaba su orgullo de ser el dominador del mundo entero.

Para las celebraciones de su gran jubileo el faraón Amenofis III construyó un enorme real (Malkata), provisto de un lago artificial para las ceremonias acuáticas (elemento nuevo de la fiesta), un templo y diversos palacios. La tumba del cortesano Kheruef contiene un resumen de algunos episodios de estas espléndidas fiestas. En un momento determinado el soberano se mostraba de pie en las dobles puertas del palacio. Entonces los cortesanos y los oficiales se presentaban ante él en diversos grupos: oficiales, amigos del faraón, chambelanes, «hombres de la puerta», «conocidos del soberano»,

Libros

tripulación de la falúa real, alcaides, y dignatarios del rey. A continuación se efectuaba la presentación oficial de las recompensas regias en forma de oro, «oro de la alabanza» (grandes collares de oro), patos de oro, peces de oro y cintas de lino verde, siendo los personajes de rango superior los primeros en recibir estos honores. Después se daba de comer a los distintos grupos de personas que habían recibido las condecoraciones: al parecer se trataba de compartir simbólicamente la comida que el propio faraón había tomado («Se les daba comida como parte del almuerzo del rey»). Fortalecidos con este refrigerio, debían subir a la falúa real y llevarla remando por el lago recién construido, conduciéndola por último a las gradas que daban acceso al trono real. Las últimas palabras de Kheruef subrayan el carácter antiguo y nuevo a la vez de la fiesta:

> Fue Su Majestad quien hizo esto según los escritos de antaño. [Sin embargo] las generaciones pretéritas de los hombres desde los tiempos de nuestros antepasados nunca celebraron unos ritos jubilares semejantes (Epigraphic Survey, *The Tomb of Kheruef*, Chicago [1980], lám. 28, p. 43).

Las esposas reales

A medida que la persona del faraón iba cubriéndose cada vez con más símbolos de poder y divinidad, parece que se produjo una evolución análoga, no demasiado bien entendida en la actualidad, en la posición de la reina. Se hallaba estrechamente relacionada con las divinidades femeninas, particularmente con Hathor. Ostentaba diversas funciones «sacerdotales», entre ellas a veces una muy importante, la de «esposa del dios Amón», prestigiosa tanto desde el punto de vista ritual como económico (Troy, 1986). Durante el Imperio Nuevo la reina llegó a desempeñar también cierto papel en la fiesta de Sed, aunque desde luego no demasiado relevante (*LÄ*, 5, p. 785). La soberana podía funcionar también en ocasiones como vía de acceso a la persona del faraón y, a través de éste, a los dioses (Morkot, 1986); parece que a veces el culto del *ka* de la reina adquirió gran importancia; y lo más curioso es que a finales de la dinastía XVIII se la representa a veces junto al faraón pisoteando a sus enemigos extranjeros. En este aspecto agresivo la reina puede aparecer representada como esfinge femenina y asociarse a divinidades violentas, como la diosa-leona Sakhmet (Morkot, 1986).

El faraón del Imperio Nuevo tenía siempre una esposa principal y un número importante de esposas adicionales, aunque no está del todo claro cómo funcionaba el escalafón de las consortes reales. Cuando disponemos de testimonios, podemos comprobar que las esposas principales eran egipcias. En el caso de Tiye, la esposa principal de Amenofis III, sus parientes eran miembros destacados de la elite cortesana: su padre era caballerizo mayor del faraón, teniente de los carros, poseía extensas fincas en el Alto Egipto y *quizá* estuviera emparentado con la madre del propio Amenofis III (Aldred, 1968.

pp. 71-72). Entre las esposas aparentemente «menores» había princesas de las casas reales de los países vecinos (están atestiguadas definitivamente una princesa hitita, tres de Mitanni y dos babilonias) (Schulman, 1979). Llegaban a la corte egipcia acompañadas de séquitos enormes, con grandes regalos y ricas dotes, así como una comitiva inacabable de doncellas y camareras, como demuestran las cartas de el-Amarna (véase *supra*, p. 218), el matrimonio de Ramsés II con la hija de Hattusili III (pp. 240-241), y uno de los escarabeos conmemorativos de Amenofis III:

> Maravillas traídas a Su Majestad: Gilukhepa, hija de Shuttarna, príncipe de Naharin (es decir, rey de Mitanni), con la parte principal de su séquito, compuesto de trescientas diecisiete mujeres («Escarabeo del casamiento» correspondiente al Año 10: *Urk.* IV, pp. 1.737-1.741).

No está del todo claro cómo estaban organizadas las diversas esposas reales y sus servidores. No obstante, tenemos atestiguada la existencia de algunos alojamientos específicos para ellas. Uno se hallaba situado cerca de la entrada de El Fayum (Medinet el-Ghurab), donde residían las esposas reales de mayor rango junto con un equipo de funcionarios, servidores y tejedores (Kemp, 1978). A los miembros de la familia se les asignaban bienes inmuebles por todo Egipto y haciendas que les producían sustanciosas rentas. Amenofis III mandó excavar un gran embalse, posiblemente de cara a las labores de regadío, para su esposa Tiye, en la ciudad natal de ésta, Djarukha, presumiblemente con el fin de incrementar la renta producida por sus terrenos en la zona (Blankenberg-van Delden, 1969, n.º E8; Aldred, 1968, p. 45; Morkot, 1986; *Aménophis III*, 1993, pp. 56-57).

El ejército

Los nuevos contingentes de carros, que empezaron a ser utilizados en Egipto a partir del Segundo Período Intermedio, formaban la sección más valiosa y brillante del ejército. Los aurigas pasaron a constituir una nueva elite. Algunas autobiografías funerarias indican que se consideraba un honor especial ser criado en el «establo del rey», esto es, servir en el escuadrón de carros del faraón. El rango especial de que gozaban los aurigas se ve reflejado en el hecho de que a veces eran empleados como embajadores reales en misiones diplomáticas. Los testimonios dan a entender que durante la dinastía XVIII era sobre los militares y en particular sobre los miembros del cuerpo de aurigas sobre quienes recaían algunos de los cargos cortesanos más influyentes. Resultado de todo ello sería que entre el personal que rodeaba al soberano había un número significativo de oficiales del ejército de alto rango ocupando cargos tradicionalmente propios de los funcionarios civiles (Aldred, 1968). Podemos hacernos una idea de cuáles eran los principales grupos de funcionarios egipcios del Imperio Nuevo gracias a un decreto con-

Liber

servado en una inscripción de Nauri, en Nubia (Edgerton, 1947). En él Sety I se dirige a todos los funcionarios responsables ordenándoles que protejan la exención de cargas de las tierras donadas a su templo funerario de Ábidos, recién construido; entre esos funcionarios destacan los que están relacionados con la caballería real:

> Decreto dirigido en la majestad de la corte real en este día (es decir, año 4, 5.º mes, día 1) a(l) visir, (los) magistrados, (los) cortesanos, (los) consejos de oídores, (el) virrey de Kush, los comandantes, (los) superintendentes del oro, (los) alcaldes de (las ciudades y los) revisores de campamentos/tribus del Alto y Bajo Egipto, (los) aurigas, (los) jefes del establo, (los) portaestandartes, todos los agentes pertenecientes a la hacienda del rey, (y) todas las personas enviadas en alguna misión a Kush (Edgerton, 1947, pp. 220-221, líneas 29-30).

A los oficiales del ejército se les concedían tierras, además de ser honrados con oro y de permitírseles quedarse con algunos prisioneros de guerra en calidad de esclavos (véase *supra*, p. 219). En determinadas zonas se encargaban de la administración local y de la realización de expediciones destinadas a la obtención de minerales o de carácter mercantil en nombre del faraón, organizaban redes comerciales mediante la utilización de sus excedentes agrícolas, y ejercían como oficiales de reclutamiento de soldados y de mano de obra en general. Tras la expulsión de los hicsos y las batallas contra Kush, Egipto tuvo que permanecer en constante estado de guerra para proteger sus nuevas fronteras, ahora mucho más grandes, y defenderlas de todo tipo de ataques y nuevas invasiones. Esta situación desembocó en la creación de una administración militar permanente, encabezada por un «gran general del ejército», cargo ocupado en ocasiones por el príncipe heredero (Helck, 1939). Otra consecuencia fue la implantación y el mantenimiento de las guarniciones establecidas en el extranjero y en el propio Egipto. Se inició un programa continuado de reclutamiento e instrucción de soldados, destinado a crear una numerosa reserva militar experimentada, susceptible de ser movilizada con rapidez. El interés y la intervención directa del estado en todo esto quedan demostrados por el hecho de que los soldados eran «armados ante el faraón», es decir, el estado les proveía de todo el equipo militar. El ejército contaba con una organización profesional y estaba dividido en unidades especiales de infantería y de carros, además de disponer de un servicio especializado de inteligencia y de tropas de aprovisionamiento (Schulman, 1964). También la armada egipcia, esencial para el transporte de soldados y pertrechos en las expediciones de larga distancia al norte del país, se desarrolló durante el Imperio Nuevo (Säve-Söderbergh, 1946). Cuando Tutmosis III proyectó cruzar el Éufrates y atacar Mitanni, el ejército fue trasladado hasta la costa del norte de Siria en barcos; la madera para la construcción de las naves era talada en Líbano, cargada en carretas, conducida hasta el Éufrates y almacenada en sus orillas; después el faraón y su ejército navegaron triunfalmente durante un tramo del río (*Urk.* IV, pp. 889 y ss.; *CAH*, II, capítulo 10).

Liber

Esta situación de constante preparación militar repercutió sobre el sistema de posesión y explotación de la tierra. Por ejemplo, muchos veteranos recibían terrenos en Egipto para establecerse como colonos. Se trataba de parcelas modestas, capaces de sostener a una familia, que podían heredar los descendientes del beneficiario, probablemente con la obligación subsidiaria de suministrar un hombre para su adiestramiento militar (Katawy, 1989). Butzer (1976) ha señalado que durante el Imperio Nuevo la densidad de colonización del país fue mayor que antes, en especial en la zona potencialmente rica del Egipto Medio, con sus llanuras de aluvión relativamente grandes. En esta época se introdujo el *shaduf*, artificio para sacar agua empleado en el Oriente Medio incluso en la actualidad, que permitió irrigar las tierras más alejadas del río, especialmente las huertas situadas ligeramente en alto (Butzer, 1976). Así pues, la intensificación del uso de las tierras y la incorporación de nuevos terrenos de cultivo deben relacionarse en parte con la costumbre de premiar con parcelas a muchos de los veteranos (entre ellos libios y gentes de origen levantino), que habían participado en las guerras del faraón.

Los soldados egipcios no sólo prestaban servicio en el extranjero, sino que además eran acantonados en su propio país para asegurar la paz y, cuando fuera necesario, suministrar fuerzas sobre el terreno. En particular, uno de los servicios que prestaban era el de proporcionar al soberano una guardia personal que cambiaba cada diez días; el relevo en esta labor venía acompañado de concesiones especiales a los soldados. Resulta imposible cuantificar su número con precisión, pero da la impresión de que la mayoría de las familias egipcias tenían por lo menos un miembro en las fuerzas armadas del estado. En contraste con las glorias bélicas enaltecidas en los himnos de alabanza a los faraones y conmemoradas orgullosamente en las tumbas de los altos cargos, un texto escolar de la dinastía XX (papiro Lansing) nos ofrece una curiosa imagen del horror de la vida del soldado raso. La descripción es deliberadamente sombría y exagera la crueldad de este tipo de vida, pues su objetivo era incitar al estudiante a ser diligente para poder llegar a escriba y evitar un destino tan terrible como ese. Pero la experiencia de muchos soldados egipcios de los estratos más humildes de la sociedad no debía de ser muy distinta:

> Ven, <deja que> te cuente cuáles son las penalidades del soldado y cuántos superiores tiene: el general, el comandante de tropa, el oficial que dirige, el portaestandarte, el lugarteniente, el escriba, el capitán de cincuenta, y el jefe de guarnición. Entran y salen por los salones del palacio diciendo: «¡Busca operarios!». Lo despiertan a todas horas. Van tras él como (quien va tras) una acémila. Se afana hasta que Atón (el disco solar) se pone en la oscuridad de la noche. Tiene hambre, le duele la tripa; está muerto aunque esté vivo. Cuando recibe una ración de grano, una vez liberado de sus obligaciones, ni siquiera es capaz de molerlo.
>
> Lo mandan a Siria. No puede descansar. No hay vestidos ni sandalias. Las armas de la guerra son almacenadas en la fortaleza de Sile (punto de partida de las expediciones hacia Levante). Tiene que marchar cuesta arriba por las mon-

tañas. Bebe agua cada tres días; y eso que es fétida y sabe a sal. Su cuerpo es víctima de la enfermedad. El adversario llega, lo rodea con dardos y la vida se aleja de él. Le dicen: «¡Rápido, adelante, bravo soldado! ¡Gánate un buen nombre!». No sabe lo que vale. Su cuerpo está débil, las piernas le fallan. Cuando se obtiene la victoria, los cautivos son entregados a Su Majestad, para que los lleven a Egipto. La mujer extranjera se desvanece durante la marcha; se cuelga <del> cuello del soldado. Si se le cae el petate, otro lo agarra mientras él va cargado con la mujer. Su esposa y sus hijos se quedan en la aldea; se muere antes de volver a ella. Si sale vivo, está harto de trabajar. Tanto si está en libertad, como si está retenido, el soldado sufre. Si cambia de bando y se va con los desertores, toda su familia es encarcelada. Muere a las puertas del desierto y no queda nadie que perpetúe su nombre. Sufre en la vida y en la muerte. Llevan un gran saco para él; no sabe dónde podrá descansar por fin (Gardiner, 1937, pp. 99-116; Caminos, 1954, pp. 373-428; Lichtheim, 1973-1980 [0I], II, pp. 168-175).

Administración central y economía

Junto a estos cambios sociopolíticos, fueron también muchas las instituciones importantes de épocas anteriores que permanecieron inalterables. Así, por ejemplo, el principal cargo administrativo del estado siguió siendo el de visir, aunque ahora había dos, uno responsable del norte del país y otro encargado del sur. Las responsabilidades globales del visir aparecen descritas con todo detalle en la tumba de Rekhmire, visir de Tutmosis III, en Tebas (Davies, 1943). El nombramiento formal del visir por el faraón y las instrucciones que recibía formaban parte probablemente de la larga tradición creada en torno a este cargo (Kemp, en Trigger *et al.*, 1983 [0D], pp. 84-85). Entre las amplias áreas de poder que controlaba, el visir era responsable del orden público, de la fijación y recaudación de los impuestos, del mantenimiento de los archivos gubernamentales y de la búsqueda de información en ellos. Se encargaba asimismo del nombramiento y la supervisión de los funcionarios a sus órdenes, además de estudiar las reclamaciones de tierras y demás propiedades. Entre sus cometidos estaba el de inspeccionar y controlar debidamente los gobiernos locales. Una de sus obligaciones, por otra parte fundamental para la estabilidad del estado y el presupuesto de cada año, era recibir los informes del tiempo, y en particular de las condiciones climáticas que podían repercutir sobre la producción agrícola y la cosecha. Así pues, se enviaban regularmente al visir informes sobre los niveles de la inundación, es decir, sobre si se esperaban Nilos altos o bajos, eventualidad que se encargaba de medir el nilómetro de Asuán (véase *supra*, pp. 145; 160). Las condiciones del río repercutían sobre los ingresos que previsiblemente podía percibir el estado, como ilustra perfectamente la historia bíblica de José (*Génesis* 41). Por último, recibía también informes de las personas encargadas de observar las estrellas, importantes para la fijación del calendario (en general, véase James, 1984, pp. 51-72).

El grano proveniente de los impuestos cobrados en especie y de la cosecha de las fincas del faraón era acumulado en los graneros reales, donde se almacenaba para su distribución entre el personal palaciego que cobraba en especie y la población que tenía derecho a ese tipo de remuneración, a menudo en forma de pan (para las cuentas del palacio de Menfis, véase Helck, 1961-1970, IV, pp. 633-641; Kemp, 1989 [0Ga], pp. 222-223). Una parte del grano se almacenaba asimismo en los numerosos palacios provinciales —circunstancia que nos indica cuáles eran los lugares en los que el monarca se detenía en sus viajes por el Nilo (los «amarraderos del faraón»)—, con el fin de disponer de víveres para las reuniones oficiales. El tesoro real recibía toda clase de rentas y recursos, y administraba y financiaba los proyectos faraónicos destinados a apuntalar la preeminencia de los monarcas. Sus portentosas obras arquitectónicas constituyen los ejemplos más notables. En caso de necesidad, la población estaba obligada a satisfacer otras exigencias destinadas a suministrar recursos al faraón, a sus deudos y a cualquier miembro de la familia real. Este tipo de demandas se realizaba normalmente a través de los alcaldes (*h3ty*).

Este es, a grandes rasgos, el panorama de la economía estatal que se nos ha conservado. Como ocurría en épocas anteriores, la imagen no está completa. Los materiales descubiertos en el poblado de obreros de Deir el-Medina (véase *supra*, pp. 218-219) demuestran que la producción y la propiedad privadas, así como la compraventa de bienes (grano, casas, esclavos, aceite, sandalias, camas, vestidos o animales) constituían un elemento habitual de la economía egipcia (véase, en general, Bierbrier, 1982). Los valores eran expresados en forma de pesos (*deben*) de plata o cobre, o de medidas de grano o aceite, denominados habitualmente «plata», es decir, dinero); prácticas análogas existían en Mesopotamia (véase el capítulo 1, apartado 4) y otros lugares. Un pequeño tesoro de fragmentos de plata, barras y anillos de oro sencillamente labrados, descubierto en el-Amarna, probablemente represente la riqueza en metálico de un particular (Peet *et al.*, 1923-1951, II, pp. 59-61, y lámina XLIII). Resulta imposible cuantificar el volumen de estas actividades económicas de carácter privado en relación con la participación del estado en la economía del país, pero no cabe negar las realidades mostradas por la documentación de Deir el-Medina: evidentemente el estado recaudaba y administraba grandes recursos y distribuía parte de ellos entre funcionarios, cortesanos, miembros de la familia real y obreros. Pero el cuadro no está completo: la mayoría de la población tenía acceso a otros recursos e intervenía en numerosas transacciones económicas y comerciales bastante complejas, destinadas a producir beneficios. Como señala atinadamente Kemp (1989 [0Ga], p. 233), constituye un error pensar que cualquiera de los grandes estados preindustriales, incluido Egipto, fuera capaz de crear un control total de la economía por parte del estado, cuando una entidad industrial moderna, como la Unión Soviética, no lo consiguió.

Templos estatales y piedad popular

Como en épocas anteriores, el faraón podía eximir a muchos templos —y de hecho así lo hacía— del pago de impuestos y de la obligación de suministrar obreros para la realización de obras públicas. Las arcas de los grandes centros de culto engordaban gracias a las donaciones de fincas diseminadas por todo Egipto y los territorios de su imperio. Algunas tierras de los templos eran trabajadas por cautivos de guerra, pero la mayoría eran arrendadas a una gran variedad de colonos (que iban desde los altos funcionarios hasta soldados rasos y mujeres humildes) a cambio de una parte de su producción. Además el soberano podía ofrendar directamente a los templos el botín de guerra (cautivos, tesoros, animales). Así pues, los santuarios constituyen otro importante sector de la economía. Algunos han pensado que, a raíz de las numerosas donaciones realizadas a los templos y de las exenciones fiscales que las acompañaban, el estado se empobreció a medida que fue perdiendo su potencial fuente de ingresos, que pasó a ser controlada por los sacerdotes. Pero se trata de una mala interpretación del sistema: el «clero» egipcio (término inadecuado si lo entendemos según los criterios cristianos) estaba formado por administradores, nombrados por el faraón entre sus altos funcionarios, y una gran variedad de oficiales del culto suministrados por la población local que ejecutaban sus obligaciones por turnos. Así pues, el templo y sus propiedades no estaban al margen del estado, sino que formaban parte integrante del mismo, proporcionando prestigio y rentas a numerosas personas. Debemos recordar asimismo que el faraón, en su calidad de criatura divina favorecida especialmente por los dioses, tenía la obligación de subvenir a las necesidades de los templos, y lo hacía suministrándoles directamente bienes materiales y no recaudando penosamente impuestos de ellos para luego devolvérselos. En cualquier caso en muchos santuarios había estatuas e incluso un palacio del faraón, o bien estaban dedicados al culto del soberano (por ejemplo, a su *ka* en los grandes templos funerarios), de modo que los intereses reales y los de otras divinidades estaban estrechamente interrelacionados. Así pues, el monarca protegía diligentemente las exenciones de que gozaban los templos, pues cualquier tipo de menoscabo habría repercutido directamente sobre sus propios proyectos. El gran decreto de Sety I, descubierto en Nauri (Nubia) (véase Edgerton, 1947), ilumina perfectamente esta situación. Constituye un error considerar que la protección que el faraón dispensaba a las rentas de los templos que gozaban de exenciones constituía una subordinación del soberano a las presiones ejercidas por un «clero» siniestro, cuyos intereses eran potencialmente opuestos a los suyos, concepto por lo demás inadecuado y anacrónico.

Los hallazgos de Deir el-Medina han puesto de relieve algunos aspectos interesantes de la piedad popular. En los pequeños santuarios locales de la ciudad fueron dedicadas varias estelas votivas con la esperanza de que los donantes se curaran de sus enfermedades, consideradas por ellos mismos

Liber

un castigo por sus pecados. La estela del delineante Neferabu, que se había quedado ciego por jurar en falso (pero véase Robins, 1993 [0Ga], p. 160) y después se había arrepentido esperando curarse, constituye un buen ejemplo:

> Soy un hombre que juró en falso por Ptah, Señor del Ma'at,
> y me hizo ver las tinieblas de día.
> Daré testimonio de su poder ante el insensato y el sabio,
> ante el pequeño y el grande:
> ¡Cuidaos de Ptah, Señor del Ma'at!
> ¡Atención, porque no se le escapan los actos de nadie!
> ¡Absteneos de pronunciar el nombre de Ptah en falso!
> ¡Cuidado, pues el que lo pronuncia en falso, vedlo aquí, cae!
>
> Me ha hecho ser como un perro callejero,
> pues estoy en sus manos;
> hizo que hombres y dioses se fijaran en mí,
> por ser un hombre que ha pecado contra su Señor.
> ¡Justo ha sido Ptah, Señor del Ma'at, conmigo,
> cuando me impartió esta lección!
> ¡Sé clemente conmigo, mírame con compasión!
>
> (Gunn, *JEA*, 3 [1916], pp. 88-89; Bierbrier, 1982, p. 98; Lichtheim, 1973-1980 [0I], II, pp. 109-110.)

La población de Deir el-Medina recurría también a las imágenes de los dioses a la hora de tomar decisiones sobre cuestiones de la vida cotidiana. En Egipto estaba muy arraigada la creencia de que, durante las grandes procesiones, cuando las estatuas divinas colocadas en sus barcas sagradas eran llevadas a hombros de los sacerdotes, era posible que los dioses obraran milagros. Un ejemplo de ello, al nivel del propio faraón, sería el caso de Tutmosis III, quien afirmaba que había sido elegido para el trono en el curso de una procesión de Amón; otros grandes ejemplos tendrían que ver con el nombramiento de diversos sacerdotes. Del mismo modo en Deir el-Medina se consultaba con bastante regularidad a algunos dioses para cuestiones relacionadas con las decisiones a tomar. Esta comunidad era especialmente devota del faraón (y dios) Amenofis I, de comienzos de la dinastía XVIII. Se pedía al dios que respondiera a cuestiones concretas o que dijera a qué versión de una petición concedía su favor. La divinidad manifestaba su parecer inclinándose hacia un lado u otro, o moviéndose hacia arriba o hacia abajo, gesto que no le resultaría demasiado difícil hacer teniendo en cuenta el peso que tenían que cargar los porteadores llevando sobre sus hombros las barcas y las imágenes divinas; la dirección de sus movimientos constituía el factor decisivo (Bierbrier, 1982, pp. 98-99).

La caída del Imperio Nuevo: el problema de los testimonios

Buena parte de los testimonios acerca de la economía y la sociedad egipcias durante el Imperio Nuevo datan de la dinastía XX, y la mayoría proceden del yacimiento de Deir el-Medina. Así pues, los testimonios de los que disponemos son muy limitados tanto desde el punto de vista cronológico como geográfico. Esta circunstancia plantea dos problemas. En primer lugar, retrospectivamente, resulta tentador pensar que, por ejemplo, la existencia de robos de tumbas en el Valle de los Reyes o la corrupción de los funcionarios constituyeran un indicio de la decadencia del estado egipcio durante esta época. En otras palabras, en vez de ver en esta circunstancia el carácter fortuito de unos testimonios, que nos suministran información sobre una serie de situaciones típicas y de problemas recurrentes, se sostiene que, si los materiales conservados datan precisamente de esta época es porque Egipto se hallaba en crisis y, por consiguiente, representan una incapacidad significativa de mantener a raya a los delincuentes por parte de la autoridad central. Por otra parte, debemos recordar que los modernos especialistas sólo conocen estos acontecimientos por las actas de los juicios, lo cual demuestra que los tribunales actuaban y que los delincuentes recibían el merecido castigo. Existen además indicios de que el saqueo de tumbas era un problema crónico en un país en el que los enterramientos ostentosos constituían una actividad pública y notoria. La corrupción de los funcionarios a todos los niveles, a su vez, es algo que difícilmente se habría producido sólo en esta época. Así pues, cabe afirmar que los materiales conservados representan descubrimientos fortuitos que nos ilustran acerca de una situación perfectamente típica. A falta de una cantidad análoga de documentación de otros períodos, forzosamente resultará difícil determinar cuál de las dos interpretaciones es la correcta. Pero debemos estar atentos y no conceder a los testimonios conservados un significado concreto, que quizá no tengan.

El segundo problema tiene que ver con el hecho de que buena parte de la vida cotidiana del antiguo Egipto se reconstruye a partir del poblado de obreros situado al oeste de Tebas. Sin embargo, los habitantes de esa ciudad no eran en absoluto los típicos campesinos egipcios: muchos eran especialistas sumamente instruidos y relativamente prósperos, que recibían de la corte honorarios y provisiones extraordinarias de todas clases debido a los trabajos especiales que realizaban (la construcción y ornamentación de las tumbas). Así pues, cuando oímos hablar de huelgas de los operarios, circunstancia que indicaría la magnitud y difusión de los problemas experimentados por el estado a la hora de hacer frente a sus obligaciones, y que, según los especialistas, reflejaría la progresiva bancarrota de la autoridad central a lo largo de la dinastía XX, debemos tener cautela (véase, asimismo, Gentet y Maucourant, 1991). Al parecer, el motivo de la huelga de los operarios era en realidad el retraso en el suministro de las raciones extraordinarias y en el pago de las bonificaciones, a las que tenían derecho en razón de las labores especia-

lizadas que realizaban. Además, parece que al final se efectuaron los pagos. Así pues, aunque las huelgas indican indudablemente la existencia de problemas en los suministros, un examen más detallado demuestra que tenían que ver con los trastornos causados por las incursiones enemigas, quizá de los libios; por otra parte, se trataba del problema técnico de quien debía efectuar esos pagos extraordinarios, y no de una incapacidad de hacer frente a ellos. Es posible que las huelgas y los disturbios fueran un problema localizado y que sólo reflejaran unas dificultades transitorias. Así pues, sería erróneo interpretar todo esto como un fracaso general del aparato del estado en su conjunto, o como una prueba de la estrechez generalizada que sufrían los campesinos en todo Egipto. El hecho de que sepamos que por esta época Egipto tenía problemas y que estaba perdiendo el control de sus posesiones imperiales no debe tentarnos a atribuir a todas esas noticias un significado que acaso no tengan.

Liber

5. LOS HITITAS

1. Anatolia desde el período paleoasirio hasta la aparición del reino hitita (*c.* 1800-*c.* 1650)

Desde *c.* 1650 hasta *c.* 1200 la Anatolia central (al igual que las regiones más apartadas) estuvo dominada por los reyes del «país de Hatti», cuya capital se encontraba en la gran ciudad fortificada de Hattusa (Boğazköy), al norte del río Halis; pero parece que la dinastía era originaria de Kussara (cuya localización es controvertida: ¿Divriği?, ¿Elbistan?, ¿Alishar?, véase *RLA*, 6, pp. 381-382). Un problema de la historia del Oriente Próximo antiguo es el que plantea el nacimiento del reino hitita, pues no existen testimonios escritos desde finales del período de las colonias comerciales asirias (véase el capítulo 2, apartado 3) hasta la aparición de este estado ya plenamente desarrollado y poderoso. Además las secuencias arqueológicas resultan difíciles de relacionar con los acontecimientos históricos.

La imagen de la Anatolia central que ofrecen los textos de los mercaderes de Assur es la de una serie de pequeños reinos independientes, cada uno de los cuales tenía su centro en una ciudad fortificada provista de una acrópolis con un palacio y también casas particulares. Al parecer, hubo varios principados que dominaban a otras ciudades-estado. Los más grandes eran los de Kanesh (la moderna Kültepe), Wahshushana y Purushhattum (en hitita: Purushanda; probablemente la moderna Karahüyük-Konya), cada uno de los cuales recibe el nombre de «país» (*mātum*) en los textos paleoasirios. Todos los estados eran regidos por príncipes (*rubā'u*) —excepto dos situados cerca del norte de Siria, que eran gobernados por «reyes» (*šarru*)— y la institución política dominante en ellos era el palacio. Además de a los príncipes, los textos paleoasirios mencionan de vez en cuando (utilizando la terminología acadia) al príncipe heredero (*rabi similtim*, 'el grande de la escalera') (Garelli, 1963, pp. 61-62; Orlin, 1970, pp. 80-81), así como a las princesas y a los oficiales palaciegos. Es posible que los establecimientos comerciales asirios de mayores dimensiones, los *kārum*, estuvieran vinculados a los centros políticos anatolios más grandes, mientras que los de dimensiones más modestas, los *wabartum*, estarían relacionados con las ciudades más pequeñas. Pero esta quizá sea una forma demasiado simplista y esquemática de interpretar la situación, pues da la impresión de que en algunas ciudades bastante

Liber

importantes, como, por ejemplo, Nenassa, no existió ninguna colonia comercial asiria, mientras que otros centros aparentemente importantes, como Zalpa, en el mar Negro,[1] contaban sólo con un pequeño *wabartum*. Así, probablemente influyeran otras consideraciones —el emplazamiento geográfico, determinados recursos, o las redes de intereses establecidos— sobre este modelo, del cual percibimos sólo una impresión parcial y quizá distorsionada a partir de los materiales asirios.

Las ciudades-estado debían de mantener entre sí unas relaciones bastante estables y pacíficas para que los asirios pudieran sacar del comercio de Anatolia tanto provecho como el que evidentemente sacaron. Pero los restos arqueológicos y los textos procedentes fundamentalmente del *kārum* de Kanesh II y Ib plantean diversos problemas de interpretación relacionados con la historia política. En primer lugar, parece que la ciudad de Purushhattum desempeñó un papel importante en el sistema de estados de la Anatolia central. ¿Cómo debemos interpretar este hecho? En segundo lugar está la cuestión de si se produjo algún cambio en el equilibrio político durante la transición del período II (*c.* 1900-*c.* 1830) al Ib (*c.* 1800-1780?/1820-*c.* 1750?; véase *supra*, p. 112). Y, por último, ¿por qué fueron destruidos los asentamientos comerciales de los *kārum* II y Ib?

En tiempos del *kārum* de Kanesh II, Purushhattum era el único estado de Anatolia a la cabeza del cual había un «gran príncipe» (*rubā'um rabi'um*). Esto implica que Purushhattum ostentaba una posición de superioridad reconocida por las demás ciudades-estado de Anatolia. El título por sí solo no constituye un testimonio lo bastante fuerte como para sustentar semejante teoría; es posible, por ejemplo, que reflejara una tradición antigua, que en el siglo XIX había perdido ya cualquier significado real. Pero tenemos otra prueba de que Purushhattum ostentaba efectivamente cierta supremacía en Anatolia. Se trata del «texto de Anitta», documento muy curioso (escrito en hitita y acadio) redactado en forma de autobiografía literaria. Se han descubierto tres ejemplares del mismo en Boğazköy, entre ellos una copia datada entre aproximadamente 1650 y 1500.[2] En él se cuenta la conquista de la ciudad de Nesa (forma hitita de Kanesh)[3] por el padre de Anitta, Pithana, rey de Kussara, y a continuación otras hazañas de Anitta:

> Anitta, hijo de Pithana, rey de la ciudad de Kussara habla así:
>
> Fui amado por el dios de las tempestades de los cielos, y como era amado por el dios de las tempestades, [...] del rey de Nesa el rey de Kussara [...]
>
> El rey de Kussara [bajó] de la ciudad con gran fuerza y tomó la ciudad de Nesa con violencia durante la noche. Del rey de Nesa se apoderó, pero a los habitantes de Nesa no les hizo mal alguno, a ninguno, [sino] que [los] hizo madres [y] padres.
>
> A imitación de mi padre, Pithana, ese mismo año aplasté una sublevación. Fuera cual fuese el país que se sublevara, los derroté a todos con (la ayuda del dios) Siu.
>
> (Las líneas 13-32 son en gran medida fragmentarias; en ellas se cuenta la conquista de varias ciudades.)

Estas palabras en una tablilla a mi puerta [...] En el futuro nadie destruirá e[sta tablilla]. Quien la destruye[re], [se]a enemigo de [Ne]sa. Por segunda vez v[inieron] Piyusti, rey de Hatti, y los ayudantes que traía consigo, [y yo...] los [...] cerca de Salam[pa]. Todas las tierras de Zalpuwa en medio del mar [...]. Hace tiempo Uhna, rey de Zalpuwa, se llevó de Nesa a Zalpuwa (la estatua) de nuestro dios Siu; pero des[pués] yo, Anitta, el gran rey, trasladé otra vez [la estatua] de nuestro dios Siu de Zalpuwa a Nesa. Pero a Huzziya, rey de Zalpuwa, lo traje vi[vo] a Nesa. Pero la ciudad de Hattusa [...] me marché. Pero después, cuando (la ciudad) padeció una hambruna, mi dios Siu se la entregó a la diosa del trono, Halmasuit, y por la noche la tomé por la fuerza; en el terreno que ocupaba pl[anté] mastuerzos.

A quienquiera que sea rey después de mí y colonice de nuevo Hattusa, ¡que el dios de las tempestades del cielo lo fulmine!

Volví mi rostro hacia la ciudad de Salatiwara. Pero la ciudad de Salatiwara condujo sus tropas fuera de la ciudad [...] contra (mí), y me las llevé a Nesa.

Y en Nesa fortifiqué la ciudad. Después de (fortificar) la ciudad, construí un templo al dios de las tempestades del cielo y un templo para nuestro dios Siu.

Un templo para Halmasuit, un templo para el dios de las tormentas, mi señor, y un templo para nuestro dios, Siu, construí. Con todas las riquezas que traje de mis campañas [los] adorné.

Y pronuncié un voto y pronuncié una maldición. El mismo día traje dos leones, setenta jabalíes, nueve puercos de los que viven en los cañaverales, ciento veinte animales(?) salvajes, ya fueran leopardos, ya fueran leones, ya fueran ciervos, ya fueran toros, ya fueran [...] a Nesa, a mi ciudad.

En ese mismo año realicé una campaña contra [... Salatiwa]ra. El hombre de Salatiwara se levantó junto con sus hijos y marchó contra [...]; abandonó su país y su ciudad y ocupó el río Hulanna.

De Ne[sa...] evitó [a él] e incendió su ciudad, y [...] lo e[n...], las tropas que rodeaban (?) la ciudad (eran) 1.400 soldados de infantería y 40 escuadrones de caballos; pla[ta] (y) oro había traído (con)sigo y lo había dejado. Cuando yo [...] entré en la refriega, el hombre de Purushanda me [dio] regalos y me dio un trono de hierro y un cetro de hierro como regalo. Pero cuando regresé a Nesa, traje conmigo al hombre de Purushanda. En cuanto entre en la sala (del trono), se sentará ante mí a la derecha (Neu, 1974; cf. Güterbock, en Tadmor y Weinfeld [OK], pp. 23-24).

El texto dice que Pithana y Anitta se convirtieron en rey y príncipe heredero de Nesa, al tiempo que seguían controlando Kussara, y que desde allí conquistaron una serie de ciudades-estado anatólicas en la cuenca del río Halis, en particular Hattusa y Zalpa. Hacia el final del texto, Anitta afirma que el príncipe de Purushanda (en acadio Purushhattum) le regaló un trono y un cetro hechos de hierro. Anitta se llevó cautivo al príncipe de Purushanda y proclama que en adelante se sentaría a su diestra. Las implicaciones de esta rendición, junto con el título atribuido a los príncipes de Purushanda en los textos del nivel II, así como el hecho de que Anitta se refiera a sí mismo en este texto como «gran rey/príncipe», han sido utilizados para apoyar la tesis de que Purushanda ostentaba una especie de hegemonía sobre la Anatolia

Libel

central. Anitta desafió esa supremacía y salió victorioso, y el regalo del trono y el cetro (tal vez las enseñas del poder político) quizá viniera a confirmar su derecho a adoptar el título de «gran príncipe» y a sustituir a Purushanda por Nesa-Kussara como primera potencia entre los principados de la Anatolia central. Si esta tesis es correcta, los estados de la Anatolia central no sólo habrían tenido una homogeneidad cultural (al tener una misma lengua, unas estructuras políticas análogas, y unas tradiciones tecnológicas y artísticas comunes), sino que además habrían estado unidos políticamente, por cuanto todos reconocían que uno de ellos ostentaba la hegemonía política. Pero semejante interpretación se basa en buena parte en un texto casi doscientos años posterior, que además tiene todos los indicios de haber sufrido profundos retoques de carácter literario. Así, aunque Pithana y Anitta (y el hijo y heredero de éste, Peruwa) aparecen en textos contemporáneos del *kārum* de Kanesh Ib —hecho que demostraría que fueron personajes históricos—, no está ni mucho menos claro que el curso de los acontecimientos descritos en el texto de Anitta sea fidedigno desde el punto de vista histórico.

Si admitiéramos que en el fondo es fiable, podríamos observar que el poder político habría cambiado de lugar desde la época del nivel II a la del nivel Ib. Según esta tesis, en el siglo XIX (es decir, la época correspondiente al nivel II del *kārum* de Kanesh) los diversos estados de Anatolia habrían reconocido la supremacía de Purushhattum/Purushanda. La destrucción del nivel II y el breve período correspondiente al Ic podrían relacionarse con una ruptura de las hostilidades entre los estados anatólicos, hecho al que tal vez haga referencia la carta de Anum-hirbi de Mama (Ib) (Balkan, 1957). El antiguo ordenamiento fue restaurado temporalmente (durante el Ib), pero no fue estable, hasta que por fin Pithana de Kussara conquistó Kanesh/Nesa. Aprovechó lo céntrico de su emplazamiento para fortificarla y convertirla en base de sus operaciones y de las de su hijo, Anitta; este último logró someter además a otras cuantas ciudades anatólicas, especialmente en la zona norte, como, por ejemplo, Zalpa, Salatuwar y Hattusa, que fueron arrasadas y quedaron malditas. La hazaña decisiva de Anitta fue la rendición de Purushhattum/Purushanda, circunstancia que lo habría convertido en el príncipe más poderoso. La ocupación permanente de Kanesh/Nesa por Anitta quizá se vea confirmada por el descubrimiento de un puñal en el montículo de la ciudadela de Kültepe, con una inscripción que reza: «Palacio de Anitta el Príncipe», aunque se trata de un testimonio ambiguo, por cuanto cabría sostener que habría podido llegar allí procedente de cualquier otro sitio.

Si tomamos las actividades de Pithana y Anitta como un síntoma de la situación política reinante en Anatolia desde finales del nivel II, podríamos pensar que esta fue una época durante la cual los diversos estados de la Anatolia central compitieron entre sí por hacerse con la hegemonía de la región. Cabría deducir que la documentación de Pithana/Anitta demuestra que la dinastía de Kussara salió temporalmente victoriosa en esta lucha; y la destrucción del nivel Ib quizá fuera fruto de la reanudación de las luchas internas entre los estados anatólicos por la obtención del título de «gran prínci-

Liber

pe», en el transcurso de las cuales las ciudades desafiaron el dominio de los reyes de Kussara. Si aceptamos que esta situación de «estados en guerra» fue el modelo característico desde aproximadamente 1830, tendríamos un contexto plausible en el que finalmente un soberano de Kussara salió victorioso, conquistó y reconstruyó la ciudad de Hattusa, arrasada tiempo atrás, y se convirtió en el soberano más poderoso de la Anatolia central, capaz de imponer un férreo control sobre las otras ciudades, independientes hasta ese momento.

Todo esto es en buena parte una mera especulación; no es más que un intento de visualizar cómo los soberanos hititas lograron hacerse con el poder supremo y forjar un reino, cuando el modelo vigente hasta entonces había sido a todas luces el de una multiplicidad de principados independientes. Los testimonios fragmentarios, a pesar de ser muy sugestivos, lo único que revelan es *a*) que la dinastía de Kussara, a la que también pertenecían los primeros reyes hititas, se hizo de algún modo con el control de Kanesh/Nesa a comienzos del siglo XVIII; *b*) que la lengua de los hititas se llamó más tarde «nesita», es decir, «la lengua de la ciudad de Kanesh»; y *c*) que las grandes hazañas de Anitta fueron conservadas y copiadas una y otra vez en los archivos hititas.

2. El problema de la cronología, las fuentes y la geografía

Fases históricas y cronología de los distintos reyes

Sólo a partir de *c.* 1650 podemos empezar a reconstruir la historia de los hititas, aunque siguen planteándose problemas de cronología y de documentación, y surgiendo de vez en cuando períodos completamente en blanco. Por ejemplo, el período comprendido entre *c.* 1590 y 1500 sólo lo conocemos en sus rasgos más generales, aunque podemos situar en él a varios reyes. Análogamente, aunque uno de los textos más antiguos y más importantes de la historia institucional de los hititas data de *c.* 1500 (el «Edicto de Telepinu», véase *infra*, pp. 280-283), es muy poco lo que sabemos del propio Telepinu. A su vez, el período comprendido entre el reinado de este personaje y aproximadamente 1430 (1420), año en el que comienza la fase del «imperio» hitita con Tudhaliya I, permanece en la más completa oscuridad, sin que las enormes discrepancias de los eruditos nos ayuden a determinar cuáles y cuántos nombres de soberanos debemos asignar a este lapso de tiempo (Gurney, 1974 y 1979; véase el cuadro 18).

La cronología, por lo demás sumamente aproximada, de los reyes hititas depende por completo de las correlaciones con los materiales procedentes de fuera de Anatolia y sólo nos proporciona resultados insatisfactorios. No se conservan las fechas exactas de los reinados de ningún soberano hitita y tampoco existen «listas de reyes» como las que tenemos en Babilonia, Asiria y Egipto.[4] La cronología de los reyes de época posterior, a partir de Suppilu-

Libel

CUADRO 18. *Cronología de los reyes hititas (la duración de todos los reinados es aproximada)*

Pithana (de Kussara)	
Anitta (de Kussara)	*c.* 1750
Antiguo Reino	
[Labarna?	anterior a *c.* 1650]
Hattusili I	1650-1620
Mursili I	1620-1590
Hantili I	1590-1560
Zidanta I	1560-1550
Ammuna	1550-1530
Huzziya I	1530-1525
Telepinu	1525-1500
Tahurwaili (?)	1500-1430 (o 1420)
Alluwamna	
Hantili II	
Zidanta II	
Huzziya II	
Muwatalli I	
Imperio	
Tudhaliya I (?)	1430-1410 / 1420-1400
Hattusili II (?)	1410-1400 / 1400-1390
Tudhaliya II	1400-1390 / 1390-1370
Arnuwanda I	1390-1380 / 1370-1355
Tudhaliya III	1380-1370 / 1355-1344
Suppiluliuma I	1370-1330 / 1344-1322
Arnuwanda II	1330 / 1322-1321
Mursili II	1330-1295 / 1321-1295
Muwatalli (II)	1295-1282 / 1295-1271
Urhi-Teshub (= Mursili III)	1282-1275 / 1271-1264
Hattusili III	1275-1245 / 1264-1239
Tudhaliya IV	1245-1215 / 1239-1209
Arnuwanda III	1215-1210 / 1209-1205
Suppiluliuma II	1210- / 1205-

liuma I, puede datarse a grandes rasgos en relación con los soberanos egipcios, asirios y babilonios cuyos reinados podemos datar. Obtenemos así para Suppiluliuma I la fecha de *c.* 1370-1330 (o 1344-1322, véase Kitchen, y Wilhelm y Boese, en Aström, 1987-1989 [00], seguidos por Gurney, 1990). A partir de Suppiluliuma I los textos de los reyes hititas suelen presentar una introducción en la que remontan su genealogía hasta este personaje, lo cual nos permite por lo menos establecer la sucesión de los distintos soberanos y las relaciones existentes entre unos y otros. Este hecho nos proporciona un

cómputo generacional que permite establecer unos límites cronológicos efectivos. Según la tesis más reciente, aceptada por la mayoría de los especialistas (Gurney, 1979), es probable que haya cuatro generaciones bastante cortas entre Tudhaliya I (*c.* 1430 [1420]) y Suppiluliuma I. Los últimos descubrimientos de improntas de sellos en Hattusa han establecido el orden de los reyes durante esta fase y se sabe que el padre de Suppiluliuma era cierto Tudhaliya (Neve, 1992, pp. 57 Abb. 147). Antes de Tudhaliya I contamos con un punto fijo que nos proporciona un acontecimiento sucedido durante el reinado de Mursili I. Sabemos por un documento hitita que Mursili I realizó una campaña contra Babilonia, noticia que confirma un texto babilónico de época posterior, la *Crónica de los primeros reyes* (*ABC*, n.° 20, B, rev. 11); según este documento, durante el reinado del último titular de la primera dinastía babilónica, Samsuditana, se produjo una invasión de los hititas. La dinastía de Babilonia no pudo sobrevivir demasiado tiempo a esta devastación y, según la cronología media —bastante conservadora—, su final se sitúa en 1595 (según la cronología baja: 1531). Como, según parece, la conquista de Babilonia fue la última hazaña de Mürsili, suele situarse el fin de su reinado poco después de este hecho, en torno a 1590. Como Mursili I fue un rey que libró varias guerras saliendo victorioso de ellas, los estudiosos le atribuyen un reinado de unos treinta años de duración. Su antecesor, Hattusili I, convirtió Hattusa en la capital del nuevo reino y realizó numerosas campañas. Se cree, por tanto, que su reinado duró otros treinta años. Según estas apreciaciones *grosso modo*, Hattusili I habría reinado de 1650 a 1620 y Mursili I de 1620 a 1590: el carácter insatisfactorio e hipotético de estas fechas resulta evidente (cronología baja: Hattusili I, *c.* 1560, Mursili I, *c.* 1530). Para el período comprendido entre Mursili I y Telepinu, el «Edicto» (véase *infra*, pp. 280-283) nos ofrece toda la trama de interrelaciones, de suerte que debemos situar el reinado de Telepinu aproximadamente entre 1525 y 1500. Durante el período comprendido entre 1500 y el reinado de Tudhaliya, la situación es muy incierta, aunque algunos descubrimientos recientes (Otten, 1986) han venido a confirmar la sospecha de que en este lapso de tiempo deberíamos situar a bastantes reyes (concretamente a Hantili II, Zidanta II y Huzziya II, todos ellos atestiguados en la actualidad por la glíptica) (Neve, 1992, p. 60 Abb. 163). El tipo de sorpresas que todavía nos reservan las fuentes hititas nos lo muestra el hecho de que durante los años setenta se descubrió el sello de un «gran rey», Tahurwaili, hasta entonces completamente desconocido (Carruba, 1974). No sabemos dónde debemos situar su reinado ni si éste tuvo una duración significativa, aunque desde luego deberíamos encajarlo entre Telepinu y Tudhaliya; en esta misma época tendríamos que colocar a otro monarca desconocido hasta hace poco, Muwatalli (Neve, 1992, p. 61 Abb. 166). En 1986 los especialistas quedaron estupefactos al encontrar en el siglo XIII testimonios de otro «gran rey», Kurunta, que quizá durante un breve espacio de tiempo se hizo con el poder (Otten, 1988).[5]

Convencionalmente la historia hitita se divide en tres etapas: «Antiguo Reino» (*c.* 1650-1500), «Reino Medio» (*c.* 1500-1430/1420), e «Imperio»

(1430/1420-1200). El período comprendido entre 1430/20 y 1360 se denomina habitualmente «Imperio Arcaico», para indicar que se trata de la época en la que los hititas fueron saliendo gradualmente de una etapa poco gloriosa de debilidad y convirtiéndose en una potencia imperial. Últimamente se ha tendido a negar la existencia de un período «Intermedio» claramente definido que pueda considerarse una etapa histórica significativa, pues implicaría la existencia de una ruptura brusca y de una serie de cambios en la estructura política, en la lengua y en la cultura, de los que apenas tenemos testimonios. Si a las incertidumbres cronológicas sumamos el hecho de que las convenciones de la escritura, la ortografía y la gramática del antiguo hitita parecen mostrar una continuidad bastante grande, con unas modificaciones graduales y firmes hasta bien entrado el Imperio Arcaico, el término «Reino Medio» parece bastante inadecuado. Además, debido al perfeccionamiento de nuestra comprensión del desarrollo de la lengua y de los estilos literarios a través del estudio de los ricos archivos de Boğazköy, cuya datación es segura, en la actualidad casi todo el mundo está de acuerdo en reconocer que numerosos documentos, atribuidos durante largo tiempo a la época de los últimos reyes hititas (Tudhaliya IV y Arnuwanda III), deben situarse ahora cronológicamente en tiempos de Tudhaliya I y Arnuwanda I. Ahora parece que estos reyes fueron sumamente activos, que realizaron campañas en tierras muy lejanas y que echaron los cimientos de la estructura que Suppiluliuma I supo convertir en un reino sólido y duradero que se extendía desde el oeste de Turquía hasta el norte de Siria (Houwink ten Cate, 1970)

Las fuentes

El principal conjunto de documentos en los que se basa nuestro conocimiento del estado hitita y de su historia, se descubrió en el yacimiento de su capital, Hattusa (la actual Boğazköy), al norte del río Halis (véase el mapa 8). Cuando Laroche confeccionó su catálogo de textos hititas en 1971, calculaba que se habían recuperado de los archivos unas 25.000 tablillas, cifra que probablemente represente una séptima parte del total de la original. Desde entonces, las excavaciones realizadas regularmente cada año por los alemanes han continuado sacando a la luz tablillas y documentos, algunos de los cuales son bastante enigmáticos, como la gran tablilla de bronce, en perfecto estado de conservación, en la que se conmemora un tratado entre Tudhaliya IV y su primo, el poderoso dinasta Kurunta de Tarhuntassa (Otten, 1988). El grueso de los archivos data de la época del Imperio, pero en ellos hay textos y copias de documentos redactados mucho antes, que se remontarían al reinado de Hattusili I. La mayoría de estos textos apareció en los santuarios de Hattusa, sobre todo en el «Gran Templo», pero también en la ciudadela real, en la que fueron depositados cuidadosamente muchos documentos. Un problema que suscitan los textos de Hattusa es que entre ellos prácticamente no existen documentos de carácter económico, jurídico o

Liber



MAPA 8. Centros de la Anatolia hitita.

Liber

comercial, que nos ayuden a vislumbrar lo que era la vida cotidiana, el gobierno, la administración y las condiciones sociales del país.

Hasta 1975 ningún otro yacimiento de Anatolia había proporcionado unos descubrimientos comparables, excepto unas cuantas tablillas (a menudo importantísimas, como las de las donaciones de tierras de Inandık y Tarso) (véanse Balkan, 1973; Riemschneider, 1958; Easton, 1981). Por fortuna las excavaciones realizadas por Özgüç en el yacimiento de Maşat Hüyük (al suroeste de Zile) entre 1973 y 1979 sacaron a la luz una ciudadela y un palacio hitita (*RLA*, 7, pp. 444-446; Özgüç, 1978 y 1982); en dos salas del palacio se encontraron un total de noventa y seis cartas, así como diecisiete inventarios, una profecía y un pequeño fragmento de un texto religioso. La correspondencia incluye cartas del rey al comandante del puesto y algunas de las que se intercambiaban los oficiales de la administración. Su datación no es completamente segura, pero probablemente pertenezcan al reinado de Tudhaliya III, padre de Suppiluliuma I. También es dudoso cuál era el nombre antiguo de Maşat, aunque es bastante plausible la tesis según la cual se trataría de la «Tappiga» hitita (Alp, 1980; cf. *RLA*, 7, pp. 442-444). Recientemente se han encontrado 1.867 tablillas y fragmentos en las excavaciones de Ortaköy (entre Boğazköy y Maşat); entre ellas hay textos religiosos y cartas (algunas muy parecidas a las de Maşat); varias de ellas están escritas en hurrita (véase el capítulo 6, apartado 1). El lugar del hallazgo quizá fuera un edificio administrativo, pero ni las excavaciones ni los textos han sido publicados todavía (para un informe preliminar, véase Süel, 1992). Así pues, los materiales para el estudio de la sociedad y el gobierno hititas aumentan muy satisfactoriamente.

Las complejidades de los grandes archivos de Hattusa se agravan debido a la presencia en ellos de una multitud de lenguas distintas. Prácticamente todas las colecciones de textos del Próximo Oriente antiguo incluyen documentos en más de una lengua, pero los archivos de Hattusa son excepcionales por el número de ellas que llegan a contener: están atestiguadas hasta siete. En primer lugar, tenemos los materiales escritos en la lengua que hoy día solemos denominar «hitita», que de hecho recibía entre los propios hititas el nombre de «nesita» (es decir, la lengua de Kanesh). Esta y otras dos lenguas de la colección pertenecen a la familia lingüística indoeuropea (lo mismo que el griego o el inglés) y constituyen las formas más antiguas que se conservan de este grupo de lenguas. Esos otros dos dialectos son el luvita, hablado probablemente sobre todo en el sur y el oeste de Turquía, y el palaico, asociado con las regiones del noroeste del país y escasamente representado. Existe también literatura en «hattita», lengua anatólica probablemente muy utilizada en la Turquía central durante el período Paleoasirio (véase *supra*, p. 115). Existen además textos en hurrita (véase el capítulo 6, apartado 1), en acadio, utilizado en la correspondencia internacional y en numerosos tratados, y en sumerio, estrechamente emparentado (desde el punto de vista cultural) con el acadio. Todos los textos se han conservado en tablillas de barro escritas en una forma adaptada del sistema cuneiforme mesopotámico. Pero algunos,

Liber

sobre todo las inscripciones reales sobre roca de finales del imperio y, con carácter más regular, las leyendas de los sellos reales, utilizan una escritura llamada «jeroglífica hitita». Este sistema de escritura no tiene nada que ver con los jeroglíficos egipcios: su funcionamiento y su apariencia son completamente distintos. Los textos postimperiales, que utilizan este tipo de escritura, muestran que se se utilizaba para representar el luvita (véase, en el segundo volumen, el capítulo 8, apartado 3.2). Hasta ahora sólo ha aparecido en contextos monumentales o protocolarios durante el período hitita; es posible que se utilizara de forma más regular sobre otros materiales que no fueran la arcilla, como el cuero o la madera. Esta tesis se ha visto corroborada hasta cierto punto por el hallazgo fortuito de una serie de cintas de cuero en las cercanías de Kültepe (la antigua Kanesh, cerca de la actual Kayseri) que datan de comienzos de la Edad del Hierro; otro conjunto de la misma época ha sido encontrado en Assur (véase, en el segundo volumen, el capítulo 8, apartado 3.2). Están escritas en jeroglíficos hititas, y el grupo de Kültepe contiene listas de objetos así como un «censo» (Hawkins, 1987). Durante la época imperial existen además referencias ocasionales a «escribas que utilizan tablillas de madera» (por ejemplo, Otten, 1988, pp. 26 y 27, IV, 37; para el empleo de cuadernos de madera, véase Symington, *AnSt*, 41 [1991]). Así pues, es posible que debamos tener en cuenta la existencia de documentos escritos en jeroglíficos hititas que no se han conservado y que, mentalmente, tendríamos que añadir al número original de textos hititas que se presume.

Los restos arqueológicos más espectaculares proceden también de Hattusa, yacimiento que un equipo arqueológico alemán viene excavando ininterrumpidamente desde 1906 (Neve, 1992). Los restos hititas descubiertos hasta la fecha datan sobre todo de finales del período imperial, cuando los frutos de las conquistas y de la dominación del imperio hitita se utilizaron para ampliar y reconstruir los principales edificios reales y religiosos. En consecuencia, el gran palacio construido sobre un promontorio rocoso (véase la figura 21) en Büyükkale que se yergue por encima de la ciudad baja, situada al norte, los dos puentes que salvan la estrecha hoz y unen la ciudad con la escarpada colina de Büyükkaya, las gigantescas fortificaciones con su estructura ciclópea y sus postigos, las magníficas puertas decoradas con esculturas monumentales, cubren en la actualidad los restos más antiguos e impiden determinar el trazado de los edificios de las fases anteriores (Bittel, 1970). El gran santuario al aire libre de Yazılıkaya, cortado en la roca viva (probablemente relacionado con el culto al difunto rey Tudhaliya IV), unido a Hattusa por una vía procesional y decorado con relieves que representan a todos los dioses, es también una obra de época tardía (véase la figura 22); el sentido exacto del santuario de Yazılıkaya sigue debatiéndose (Haas y Wäfler, 1974; Bittel, 1975; Güterbock, 1975 y 1982).

Otros yacimientos no han sido investigados de un modo tan exhaustivo: se han realizado importantes hallazgos en Inandık (un templo del período antiguo-hitita y un extraordinario vaso de 82 cm de altura con decoración en relieve; Özgüç, 1988), Bitik (un vaso similar; Özgüç, 1957), Tarso (Goldman,

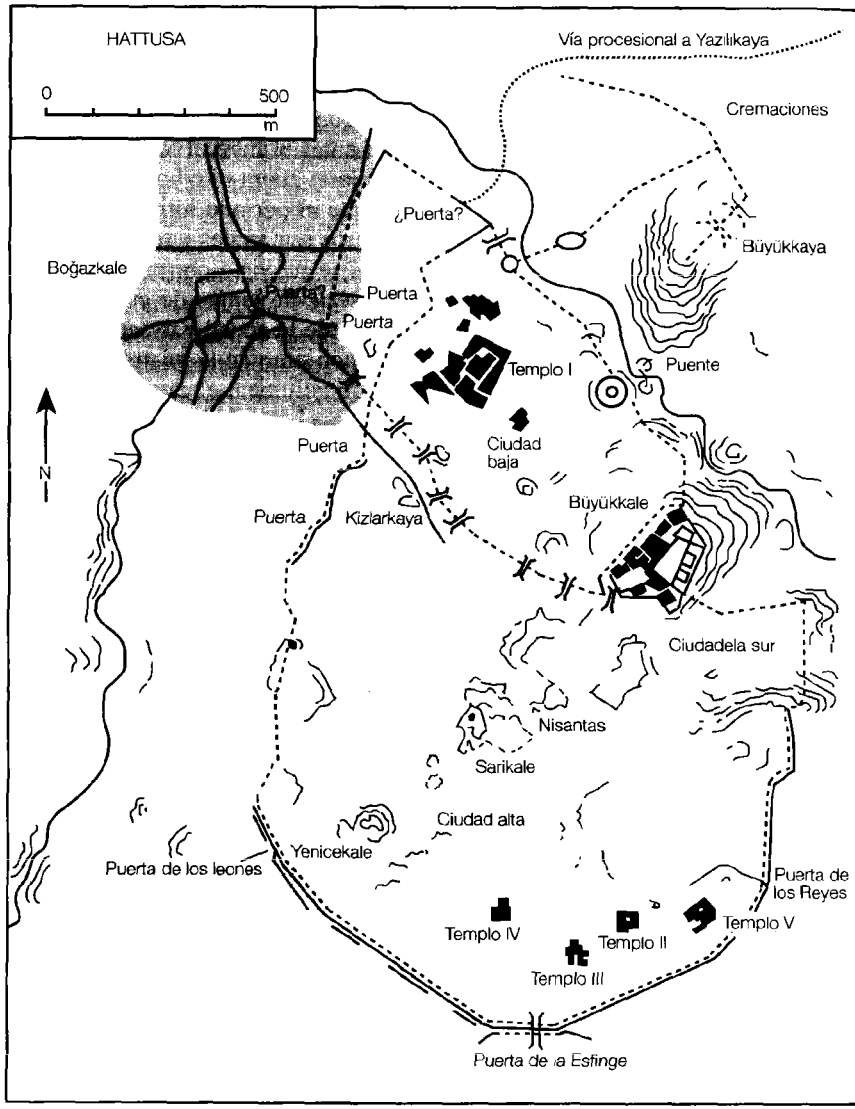


FIGURA 21. Plano de Hattusa (según Bittel, 1970).



FIGURA 22. Vista parcial del santuario al aire libre de Yazılıkaya (por cortesía de M. S. Drower).

1956) y Mersin, en Cilicia (sendas fortalezas en ambos casos; *RLA*, 8, pp. 70-72), Kültepe (restos del período antiguo-hitita, todavía sin publicar), Maşat (*RLA*, 7, pp. 444-446), y Ortaköy (véase *supra*, p. 268). Alaca Hüyük (Koşay y Akok, 1966) disponía de fortificaciones a gran escala, comparables a las de Hattusa, con las puertas decoradas (y guardadas) por figuras esculpidas en piedra; en su interior se han encontrado varias casas bastante bien construidas y un par de estructuras que han sido interpretadas como tiendas. Posee también algunos relieves de buena factura, en los que aparecen el rey y la reina participando en escenas rituales de caza (de leones y ciervos), y posiblemente unos artistas, entre ellos un músico (¿con un animal bailando?), acróbatas y un comedor de cuchillos. Gordio, famosa más tarde por ser la ciudad del rey frigio Midas (véase, en el segundo volumen, el capítulo 10, apartado 2), estuvo estrechamente unida a Hattusa durante toda la época hitita, como demuestran varias improntas de sellos con textos en escritura jeroglífica y la cerámica. Se encontraba situada en una importante vía de comunicación y quizá fuera centro del importante culto hitita de Sallapa (Gunter, 1990, pp. 104-105). En la costa del mar Negro, en la desembocadura del Halis, el yacimiento de Ikiztepe quizá formara parte del reino de Zalpa, si es que no corresponde a la propia ciudad (Alkım *et al.*, 1988; y véase *infra*, n. 1); las exploraciones del lugar nos ayudarían a apreciar mejor esta región tan mal conocida, pero que tanta importancia tuvo durante el período antiguo-hitita e incluso antes. A estos lugares debemos añadir los restos de diversos san-

tuarios al aire libre situados cerca de manantiales, como el de Eflatun Pinar, y varios monumentos reales tallados en la roca a lo largo de las vías de comunicación, a veces incluso fuera de las fronteras del reino (por ejemplo, Karabel). Las estrechas relaciones existentes dentro del territorio comprendido entre el norte de la Anatolia central y la región situada al este del Éufrates, quedan bien ilustradas por la homogeneidad de la cerámica. En el extremo occidental del reino de Hatti había estados cuya lealtad política fluctuaba entre los reinos de Ahhiya(wa), Arzawa y Hatti. Han sido localizados restos micénicos en varios yacimientos del Bronce Reciente (por ejemplo, Mileto, Iasos, Müsgebi), pero las ruinas más sorprendentes son las de Beycesultan (tiendas, calles, establos y un palacio) (Lloyd y Mellaart, 1955 y 1956) y la imponente acrópolis de Troya (Blegen *et al.*, *1953/1958*).

Geografía histórica

Uno de los problemas más recalcitrantes de la historia hitita es el relacionado con la geografía de varios lugares importantes, especialmente en la Anatolia occidental. Los documentos hititas aluden a innumerables pequeños países y centros cultuales y administrativos a todas luces importantes, pero su localización sobre el terreno es muy discutida. El primer estudio todavía válido sobre la geografía política de la Turquía hitita fue publicado por Garstang y Gurney en 1959. Intentaba (lo mismo que las obras posteriores) rastrear la dirección de las diversas campañas y situar en el mapa los lugares citados en ellas; determinar qué sitios son mencionados juntos en contextos análogos; y descubrir la eventual conservación de antiguos topónimos hititas en los nombres clásicos de época posterior (por ejemplo, Lukka = Licia; Karkisa = Caria; Masa = Misia, etc.). Uno de los principales puntos de interés de este estudio era la localización de dos estados vecinos bastante poderosos (y en ocasiones enemigos) de los hititas: Arzawa y Ahhiya(wa). Este último resultaba especialmente elusivo: Forrer había sostenido algunos años antes (1924a y 1924b) que Ahhiya(wa) era ni más ni menos que la Grecia micénica (es decir, «Ahhiyawa» = 'aqueos') o parte de ella, como, por ejemplo, Rodas; tesis que atrajo la atención de los especialistas en Homero. Si admitimos la relación de Ahhiya(wa) con Micenas, deberíamos concluir que diversos topónimos asociados con aquel país deberían ser situados más o menos en la misma dirección. Aunque no existía (y sigue sin existir) el menor acuerdo respecto a la localización exacta de Ahhiya(wa), en general se admitía que se encontraba más o menos en la costa suroccidental de la península o en las islas adyacentes, donde están atestiguados diversos asentamientos micénicos. En 1968 los profesores McQueen y Mellaart desafiaron esta opinión apoyándose en testimonios arqueológicos y textuales: situaban Arzawa en torno a Esmirna y Éfeso (esto es, más al oeste de lo habitual), y englobaban los países asociados con este reino más al norte, de modo que localizaban Lukka y el País del Río Seha en las inmediaciones del mar de

Liber

Mármara, y cerca de ambos países Karkisa y Masa. Como Ahhiya(wa) está estrechamente relacionado con Lukka y el País del Río Seha, concluían que debería situarse también en la parte septentrional de Anatolia y, dando completamente la vuelta a la opinión mayoritaria hasta entonces, localizaban Ahhiya(wa) en la región de Troya. Durante los años setenta esta teoría se radicalizó y llegó a sostenerse que Ahhiya(wa) probablemente se encontrara en Tracia. Naturalmente esta es la reconstrucción geográfica adoptada por McQueen en su manual sobre la Anatolia hitita (McQueen, 1986 [0Ge]). Pero durante los años ochenta han sido cada vez más los especialistas que se han decantado por la localización tradicional de Ahhiya(wa), Arzawa y, por consiguiente, de los países relacionados con ellos, como, por ejemplo, Lukka (Singer, 1983; Güterbock, 1983; Bryce, 1989). Así pues, de momento el mapa de la Anatolia hitita trazado por Garstang y Gurney (1959), con alguna que otra modificación, vuelve a ser el que siguen utilizando la mayoría de los especialistas (para una excelente evaluación, sumamente equilibrada, del problema de la localización de Ahhiya[wa], véase Gurney, 1990, pp. 38-47). El debate nos ilustra acerca de la enorme incertidumbre que existe en torno a esta cuestión fundamental; hasta que no se dilucide por completo este asunto (posibilidad bastante real dado el constante hallazgo de nuevos textos y su incesante publicación), no pueden definirse ni la política hitita en la zona occidental de Anatolia ni sus relaciones con los estados micénicos.[6]

3. El Reino Antiguo Hitita (*c.* 1650-*c.* 1500)

Existen algunos textos históricos sumamente interesantes que nos permiten reconstruir el período comprendido entre *c.* 1650 y *c.* 1500. Cuando no son excesivamente fragmentarios, muestran una forma peculiar, a la vez refinada y espontánea. Existen epopeyas de carácter histórico, una de las cuales trata del asedio de Urshu, en el norte de Siria (Güterbock, 1938), y leyendas, como el mito de «La reina de Kanesh» (Otten, 1973), tratados, colecciones de anécdotas, una relación analística muy detallada de las campañas de Hattusili I (Imparati y Saporetti, 1965), y un edicto llamado «testamento político de Hattusili I».

El testamento político de Hattusili I[7]

> El gran rey Tabarna habla a los guerreros de la asamblea (*panku*) y a los dignatarios: «Sabed que he caído enfermo. Al joven Labarna lo había designado ante vosotros: "¡Que se siente (en mi trono)!". Yo, el rey, lo llamé hijo mío, lo abracé (?), lo enaltecí y me he dedicado incansablemente a él. Pero él ha dado muestras de ser un joven indigno de ser visto (?). No vertió lágrimas, no mostró magnanimidad; es frío e ingrato. Yo, el rey, lo convoqué a mi presencia y lo hice venir a mi lecho (y le dije): "Y bien, ¿qué es todo esto? Nadie (en

el futuro) criará al hijo de su hermana como alnado suyo. Nunca ha guardado en su corazón la palabra del rey; en cambio, la palabra de su madre, esa serpiente, la ha guardado en su corazón. También sus hermanos y hermanas se *han dirigido a él siempre con palabras desconsideradas y él las ha escuchado.* Pero yo, el rey, he tenido conocimiento de ello. Opondré la hostilidad a la hostilidad. ¡Basta! ¡Ya no es hijo mío!". Entonces su madre bramó como una vaca: "¡Me han roto (?) el vientre en mi cuerpo vivo de fuerte vaca! Han causado su ruina y tú quieres matarlo". Pero yo, el rey, ¿acaso he hecho algo malo? ¿Acaso no lo nombré sacerdote? Siempre lo ensalcé para su bien. Pero si a los deseos (?) del rey él no ha mostrado la menor consideración, ¿cómo va a mostrar consideración a los deseos de los súbditos del rey (?) en(?) Hattusa? ¡Su madre es una serpiente!

(Hattusili se queja de la traición, la deslealtad y la guerra civil que el nombramiento de su sobrino pueda desencadenar. Todas estas consideraciones lo han inducido a escoger otro sucesor; así pues:)

»¡Sabed que Mursili es ahora mi hijo! A él debéis reconocerlo, a él debéis sentarlo *(en el trono)* ... Y en el momento en que (se) produzca una llamada a las armas o por ventura surja una rebelión (?) seria, vosotros, mis servidores y capitanes, estaréis a mano para socorrer a mi hijo ...

(El rey exhorta a sus oficiales a que se muestren leales a Mursili, lo protejan y vayan a campaña con él. Se enumeran varios ejemplos de sublevaciones de miembros de la familia real. Hattusili identifica a una pariente suya («la hija») como una de las principales revoltosas, a la cual se ha visto obligado a desterrar. Todos estos episodios constituyen sendas advertencias a Mursili para que escuche las palabras de Hattusili:)

»Hasta ahora ningún miembro de mi familia ha cumplido mi voluntad; pero tú eres mi hijo, oh Mursili, y tienes que cumplirla. Si te atienes a las palabras de tu padre, comerás pan y beberás agua. ¡Cuando la madurez esté en ti, come dos o tres veces al día y cúidate bien! Y cuando la vejez esté en tu corazón, bebe cuanto quieras. ¡(Entonces) podrás hacer caso omiso de las palabras de tu padre!

(Siguen otros ejemplos de lo que les ocurre a los funcionarios que no obedecen las órdenes del rey. En vista de todo esto, añade Hattusili:)

»¡Pero tú atente mis palabras, las del gran rey Labarna! Mientras te atengas a ellas, Hattusa estará en alto y tu país permanecerá en paz. Comerás pan y beberás agua. Pero si no te atienes a ellas, tu país pasará (a manos de la dominación extranjera). Y debes mostrarte respetuoso en todo lo concerniente a los dioses: deben ponerles su comida y bebida cotidianas, su [pan rall]ado (?) y sus gachas. En cuanto a ti (Mursili), no te retrases ni te descuides. Si te retrasas, *(ocurrirán) los males de costumbre. ¡Que así sea!» El gran rey Labarna* habló a Mursili, su hijo: «Mis palabras te he dado; y esta tablilla leerán ante ti continuamente, mes tras mes. Así pues, imprime mis palabras y mi sabiduría en tu corazón y siempre gobernarás a mis servidores y a los principales ciudadanos. Si ves que alguien es culpable de una ofensa, ya sea que peque contra el dios o que pronuncie alguna palabra (inconveniente), consulta siempre a la

Liber

asamblea (*panku*). A cualquier manifestación (de ese estilo) debe ponerse freno por el bien de la asamblea. Actúa siempre, hijo mío, ateniéndote a (lo que ha sido puesto) en (tu) corazón». El gran rey Labarna dice a (la señora) Hastayar (su reina): «¡No te opongas a mí! Que ni el rey ni sus cortesanos digan de ella: "¡Esta mujer está consultando en todo momento a las ancianas (brujas)!" Y que el rey no tenga que decir de ella: "¿Está otra vez consultando a las ancianas? No quiero saber nada de eso". Así pues, no te opongas a mí. ¡No! Consúltame siempre a mí solo y te revelaré mis palabras (es decir, ¿mediante la consulta al espíritu del difunto rey?). Lava mi cuerpo, como es de rigor. ¡Acógeme en tu seno, y en tu seno protégeme de la tierra!»

Tablilla de Tabarna: cuando el gran rey Tabarna cayó enfermo en Kussar y llamó al joven Mursili al trono (*CTH*, n.° 6; Sommer y Falkenstein, *ABAW*, 16 *[1938]*).

Este documento extraordinario (bilingüe: en acadio e hitita) traslada al lector a una reunión formal de la corte hitita, congregada en torno al lecho de muerte del rey, para escuchar sus últimas decisiones, que él mismo ordena que se escriban y sean leídas regularmente a su sucesor para que se instruya con ellas. El país se ve agobiado por las dificultades: el sobrino, al que Hattusili había designado su sucesor, había conspirado contra él junto con su madre. Ambos han sido desterrados y se les han asignado recursos para mantener unidos su cuerpo y su alma (el rey subraya que se ha abstenido de tomar venganza de ellos, aunque podría haberlo hecho). Mursili, nieto de Hattusili, posiblemente demasiado joven aún, es presentado ante los cortesanos reunidos como su nuevo sucesor, y se dan consejos a todos los presentes con respecto a la gestión de los asuntos de Hatti en el futuro. Incluso se exhorta a la esposa del rey enfermo a que se atenga a sus disposiciones, a que consulte únicamente a su espíritu (y no a las hechiceras), y por último, en tono sumamente emotivo, la insta a que lo entierre como es debido (eso es, al menos, lo que parece significar el texto). Aunque Hattusili I es el primer soberano propiamente dicho que tenemos atestiguado, podemos comprobar que existe ya una estructura política definida, con instituciones bien desarrolladas, como, por ejemplo, una asamblea (*panku*), los ancianos de la ciudad, sacerdotes y jefes militares.

El preámbulo al «Edicto de Telepinu», de época posterior (*c.* 1500; véase *infra*, pp. 280-283) alude a un rey y una reina anteriores a Hattusili I, llamados respectivamente Labarna (y su variante «Tabarna») y Tawananna. Es posible que se trate de los nombres del primer monarca hitita y su consorte. Pero el testamento de Hattusili demuestra que él mismo era llamado de modo más general L/Tabarna, y es evidente que más tarde «labarna» y «tawananna» eran títulos respectivamente del rey y la reina hititas. Así pues, es posible que la idea de que Labarna era el nombre del primer soberano hitita sea fruto de una confusión de época posterior; quizá ese título real se asimilara a un hipotético antecesor de Hattusili, que no habría sido más que una conflación de diversos reyes antiguos y que representaría una forma idealizada de la monarquía hitita equivalente en general a «su majestad». Lo cierto es

que Hattusili I tuvo predecesores, pues él mismo alude a ellos. Pero desconocemos dónde gobernaban esos reyes, pues los archivos de Hattusa no contienen ningún documento anterior a Hattusili I y su nombre indica que probablemente fuera el primero en hacer de Hattusa su capital. Es posible que la sede de sus predecesores fuera Kussara, que evidentemente seguía siendo un importante centro de la monarquía, pues allí fue donde Hattusili congregó a la corte para hacer público el famoso decreto por el que destituía al sucesor que había nombrado y proclamaba al nuevo heredero.

Las guerras de Hattusili I y Mursili I

Hattusili I sostuvo varias guerras y extendió sustancialmente los dominios de Hatti. Sus «anales», conservados en la versión acadia e hitita y compuestos casi con toda seguridad durante su vida, contienen valiosa información acerca de sus conquistas. Los «anales» quizá fueran grabados originalmente en alguna estatua fabricada con el oro obtenido como botín y dedicada por el rey a su patrona, la diosa del sol de Arinna:

> Así habla Tabarna Hattusili, el gran rey, rey del país de Hatti, el hombre de Kussara: reinó como rey en el país de Hatti, él, el hijo del hermano de Tawananna. Marchó contra (la ciudad de) Sanahuitta (al sureste) y no la destruyó, (pero) arrasó las regiones circundantes.
>
> Dejé tras de mí algunas tropas para ocuparla en dos lugares y los apriscos (que allí había) se los entregué a las fuerzas de ocupación.
>
> Después marché contra Zalpa (hay varias ciudades que llevan este nombre: una está situada en el norte de Siria, otra en el litoral del mar Negro, junto a la desembocadura del Halis) y la destruí, y me llevé conmigo a sus dioses y tres (carros) *MADNANU* de dos ruedas que entregué a la diosa del sol de Arinna (la deidad femenina más importante del panteón hitita).
>
> Un toro/vaca de plata, un puño de plata entregué al templo del dios de las tormentas (la principal deidad masculina del panteón hitita), y los (dioses) que quedaban los entregué al templo de Mezzulla (hija del dios de las tormentas y de la diosa del sol de Arinna).
>
> Al año siguiente marché contra Alalha (Alalah, al norte de Siria) y la destruí. Sin embargo, fui contra Warsuwa. Pero desde Warsuwa marché contra Ikakala; pero desde Ikakala marché contra Tashiniya, y todos estos países destruí. Pero a (sus) dioses se los quité y llené hasta los topes mi casa de riquezas.
>
> Al año siguiente, sin embargo, marché contra Arzawa (al oeste/suroeste de Turquía), y robé sus vacas (y) sus ovejas. Pero a mis espaldas llegó el enemigo desde Hurri y entró en mis tierras. (Entonces) todos los países me declararon su hostilidad y sólo me quedó la ciudad de Hattusa. El gran rey Tabarna, amado de la diosa del sol de Arinna, me colocó en su regazo y me tomó de la mano y marchó delante de mí en la batalla. Salí al campo de batalla en Nenassa (al oeste de Kanesh, camino de Purushanda) y cuando la población de Nenassa me divisó volvieron a abrirme (las puertas de su ciudad).

Liber

Pero después salí al campo de batalla en el país de Ulma, y la población de Ulma se enfrentó a mí dos veces en el campo de batalla y dos veces luché contra ella, y desbaraté Ulma y en su territorio planté mastuerzos, y a (sus) siete dioses me los llevé al templo de la diosa del sol de Arinna; un toro/vaca de oro, a la diosa Salkatiti, y al (dios de) la montaña Aranhapilanni (me los llevé hasta allí). Por otra parte, los dioses que quedaban los entregué al templo de Mezzulla.

(Hattusili sigue relatando sus otros triunfos y las ciudades que sometió; a continuación añade:)

Al año siguiente marché contra el país de Zaruna y arrasé Zaruna. Contra Hassuwa (camino de Commagene) marché y el pueblo de Hassuwa se enfrentó a mí en el campo de batalla. Tropas del país de Halap (Aleppo) había con ellos ayudándoles; me atacaron en el campo de batalla y luché contra ellos. A los pocos días crucé el río Puruna (Éufrates) y con mis pies pisoteé el país de Hassuwa como un león y como un león (lo) desbaraté y lo cubrí de polvo y me llevé todas sus posesiones y llené Hattusa (con ellas).

(Hattusili enumera el botín del que se adueñó y las ofrendas que hizo a los diversos santuarios; alude también a la ejecución de un príncipe local y a un ataque nocturno contra Zippasna. A continuación:)

Marché contra Hahha (Elbistán/los pasos del Tauro) y por tres veces llevé la batalla a las puertas de la ciudad de Hahha. Arrasé Hahha, pero les quité a sus dioses y los traje a Hattusa, mi ciudad. Cargué dos carretas (de cuatro ruedas) enteras de plata.

Un (carro) *MADNANU* (de dos ruedas), un ciervo de plata, una mesa de oro, una mesa de plata, los dioses de Hahha, un toro de oro, un barco cuya proa estaba recubierta de plata. Yo, el gran rey Tabarna, las manos de la esclava aparté de la piedra de moler y las libré del trabajo forzado y del vasallaje, aflojé sus caderas y se las entregué a la diosa del sol de Arinna, mi señora. Esta estatua de oro fabriqué y la coloqué delante de la diosa del sol de Arinna, mi señora. También las murallas las recubrí de plata (desde) arriba (hasta) abajo. Dos estatuas de alabastro le traje.

Una carreta (de dos ruedas) de plata el rey de Timana ha enviado al gran rey (como regalo), pero yo se la traje a la diosa del sol de Arinna. El río Mala (nombre hitita del Éufrates) no lo había pasado nunca nadie. Yo, el gran rey Tabarna, lo crucé a pie y también tras de mí lo cruzaron mis tropas a pie. Sólo Sharrukin (es decir, Sargón de Agade) lo había pasado hasta hoy; había luchado contra las tropas de Hahha, pero no había hecho daño alguno a la ciudad de Hahha; no la había incendiado con el fuego ni había hecho ver su humo al dios de las tormentas del cielo.

(Yo,) el gran dios Tabarna, arrasé Hassuwa y Hahha y las entregué al fuego enteramente, pero su humo se lo hice ver al dios de las tormentas del cielo, y (al rey) de Hassuwa y al rey de Hahha los uncí a su carro (de cuatro ruedas).

(Índice) Tablilla ... las numerosas gestas de Hattusili (*CTH*, n.º 4; Imparati y Saporetti, 1965; *TUAT*, I, pp. 455-463).

El texto nos ofrece un testimonio valiosísimo acerca de la guerra en Anatolia durante esta época y sobre los métodos mediante los cuales los soberanos hititas intentaron imponer y mantener su control sobre las regiones conquistadas (Houwink ten Cate, 1983-1984). La primera campaña fue dirigida contra las regiones del norte, en las que Hattusili estableció guarniciones con carácter permanente y repartió ovejas entre los soldados para su sustento. En la segunda campaña arrasó y destruyó aldeas y ciudades en el norte de Siria, lo cual implica que los hititas se habían hecho con algún tipo de control sobre Cilicia, aunque esta conjetura no se ha visto confirmada por ningún testimonio arqueológico. En el tercer «año», Hattusili sufrió un revés: mientras realizaba un robo de ganado en Arzawa, en el extremo occidental de Anatolia, los hurritas atacaron la parte oriental del territorio de Hatti. Ello indica que el poderío del nuevo estado de Mitanni se acrecentaba y reaccionaba ante la amenaza que suponía la expansión hitita por el norte de Siria (véase el capítulo 6, aparatado 1). Parece que el ataque de los hurritas fue desastroso y desde luego pone de manifiesto la fragilidad del dominio político hitita por aquel entonces: todas las regiones conquistadas se sublevaron y sólo Hattusa y sus inmediaciones, el corazón de Hatti, permanecieron fieles al rey. Pero después de este contratiempo el soberano reanudó e intensificó sus guerras de conquista, tras recurrir a los dioses pidiendo ayuda a la hora de la derrota. Todos sus éxitos posteriores, más grandes aún que los primeros, se debieron a su protectora, la diosa del sol de Arinna, quien lo consoló personalmente, lo condujo de la mano y caminó a su lado en el campo de batalla. Inmediatamente después la suerte del rey empezó a mejorar: las ciudades abrían sus puertas cuando lo veían acercarse (Nenassa); los intentos de resistencia a través de la confrontación directa en el campo de batalla resultaban inútiles y eran castigados con la destrucción absoluta (Ullama); las ciudades «que se habían sublevado» fueron sitiadas, arrasadas y su población deportada y ofrendada a la diosa del sol de Arinna. Un nuevo ataque contra Hassuwa (uno de los estados más ricos del norte de Siria) resultó tan afortunado que la población autóctona expulsó a su rey; otra población fue atacada al amparo de la noche. La gran ciudad de Hahhum fue tomada e incendiada después de tres batallas. Los reyes de Hahhum y Hassuwa fueron uncidos a los carros en los que había sido amontonado el botín obtenido en ambos países y obligados a arrastrar ignominiosamente la carga hasta Hattusa. Los lugares de culto de las principales divinidades de Hatti se enriquecieron enormemente con los tesoros obtenidos, sobre todo en las ciudades del norte de Siria. Los ingresos regulares de los dioses hititas y de sus cultos se vieron incrementados a través del asentamiento de los deportados en sus fincas. Curiosamente este hecho es presentado como una liberación de la opresión que habían venido sufriendo hasta entonces, forma en la que también los reyes hititas de época posterior presentarían en ocasiones sus deportaciones. A raíz de las resonantes victorias de Hattusili, el soberano de un país vecino se apresuró a enviarle como regalo una carreta de plata, que el rey de los hititas no dudó en ofrecer devotamente a la diosa del sol de Arinna, sin cuya ayu-

Liber

da no habría podido cosechar tantos triunfos. Rememorando sus hazañas, se compara a sí mismo con el gran conquistador, ya legendario, Sargón de Agade (capítulo 1, apartado 3), cuyas gestas eran evidentemente bien conocidas en Hatti, y llega a la conclusión de que lo ha superado con su destrucción de Hahhum. Así pues, su estatura rivaliza implícitamente con la del máximo héroe y fundador de un imperio de tiempos pretéritos, e incluso la supera.

El reinado de Mursili I no está tan bien documentado, aunque sus principales hazañas están bien claras. Según parece, su objetivo primordial fue el de consolidar los logros de su abuelo. Pues bien, Mursili consiguió destruir Aleppo, el poderoso reino que había venido dominando el norte de Siria durante siglos (véase el capítulo 2, apartado 4) y había prestado ayuda a las ciudades vecinas frente a los ataques de Hattusili. Otra campaña de Mursili fue la que comportó la invasión de Babilonia, aliada quizá de Aleppo y considerada evidentemente todavía un estado poderoso a pesar de la mengua que había sufrido su territorio (véase el capítulo 2, apartado 5). La causa de la repentina expansión hitita y la forma en que los reyes de Hatti encontraron los recursos para sufragar sus frecuentes campañas e invasiones, algunas de ellas muy lejos de su país y caracterizadas por la larga duración de los asedios, no están ni mucho menos claras. Una de esas causas debió de ser la adquisición de tierras y mano de obra, el control de las rutas comerciales y el acceso a los valiosos depósitos de metales (cobre y estaño). Los conflictos y la rivalidad con Zalpa, a orillas del mar Negro; la protección de los intereses hititas en el este frente al creciente poderío de Mitanni; la defensa de las fronteras del noreste frente al pueblo de los gasga, que más tarde figurarían como uno de los vecinos más levantiscos de los Alpes Pónticos; la preocupación por el desarrollo de algunos estados importantes al oeste que establecían lazos con el Egeo e incluso con países más distantes: cabría aducir todos estos factores para justificar la política hitita, pero no son más que meras especulaciones.

El «Edicto de Telepinu»

Toda expansión territorial demasiado repentina y rápida suele acarrear problemas internos: el premio que se obtiene por el ejercicio del poder es tanto mayor, y las consecuencias de no compartir los beneficios resultan tanto más devastadoras. Tal vez sea esta la moraleja que se oculta tras el recital de sangrientos asesinatos y usurpaciones que dominarían la historia hitita durante los setenta años sucesivos: desde el asesinato de Mursili I (*c.* 1590) por su cuñado y copero, Hantili, ayudado e incitado por Zidanta, hasta la ascensión al trono de Telepinu (*c.* 1525). La extensa crónica de actos sombríos de esta época está contenida en el «Edicto de Telepinu», el rey cuya figura se yergue al término de este largo período de caos político. Se presenta a sí mismo como el hombre que resolvió de una vez por todas los terribles conflictos internos que habían hundido a Hatti. El texto (conservado, al igual que los anteriores, en versión hitita y acadia) constituye también la principal

Liber

fuente para la historia de este período. Es además una de las fuentes más importantes para las instituciones políticas hititas y, por consiguiente, vale la pena que lo citemos en su integridad:

> Así (habla) Tabarna Telepinu, el gran rey: en otro tiempo Labarna fue el gran rey y sus hijos, sus hermanos, los parientes de su esposa, los miembros de su estirpe/familia y sus soldados se congregaban a su alrededor (en armonía). El país era pequeño. Allá donde dirigía sus campañas, conquistaba las tierras de los enemigos derrotados con (su fuerte) brazo.
>
> Constantemente arrasaba las tierras (del enemigo) y conquistaba las tierras en su totalidad y las llevaba hasta los confines del mar (es decir, extendía sus posesiones hasta el mar). Cuando regresaba de sus campañas, cada hijo suyo era enviado a algún país (determinado): Hupisna (Cibistra, la actual Eregli), Tuwanuwa (Tiana, la actual Bor), Nenassa, Landa, Zallara, Parsuhanda (Purushanda, probablemente la actual Karahüyük-Konya), Lusna; y administraban los (diversos) países, y distintas grandes ciudades eran añadidas a ellos.
>
> Después Hattusili reinó como rey y sus hijos también, sus hermanos, los parientes de su esposa, los miembros de su estirpe/familia y sus soldados se congregaban a su alrededor (en armonía). El país era pequeño. Allá donde dirigía sus campañas, conquistaba las tierras de los enemigos derrotados con (su fuerte) brazo.
>
> Constantemente arrasaba las tierras (del enemigo) y conquistaba las tierras en su totalidad y las llevaba hasta los confines del mar. Cuando regresaba de sus campañas, cada hijo suyo era enviado a algún país (determinado), y en su mano (*sc.* la de Hattusili) cada gran ciudad se alimentaba.
>
> Pero cuando al final los súbditos de los regios vástagos se mostraron desleales y empezaron a consumir sus casas y a hacerse poderosos contra sus señores, comenzaron a verter su sangre.
>
> Pero cuando Mursili reinó como rey en Hattusa, sus hijos también, sus hermanos, los parientes de su esposa, los miembros de su estirpe/familia y sus soldados se congregaban a su alrededor (en armonía), y conquistaba las tierras de los enemigos derrotados con (su fuerte) brazo. Conquistaba las tierras en su totalidad y las llevaba hasta los confines del mar.
>
> Marchó contra Halpa (Aleppo) y arrasó Halpa y la población cautiva de Halpa y sus pertenencias se trajo hasta aquí, hasta Hattusa. Pero después marchó (contra) Babilonia y arrasó Babilonia. Combatió contra los hurritas y a la población cautiva y sus pertenencias los exhibió en Hattusa.
>
> Hantili era copero (por entonces) y tenía a Har[apsili], la hermana de Mursili, por esposa. Zidanta engatusó a Hantili [...], y [planearon] una mala acción. Asesinaron a Mursili y vertieron (lit. «hicieron») su sangre.
>
> Y Hantili estaba asustado [...]
>
> [Y] Hantili también llegó hasta Tegaramma (y empezó) a [hab]lar (así): «Esto (es) lo que he hecho. Escuché [...] las funestas palabras de] Zidanta». [En cuanto gob]ernó [como rey], (sin embargo), los dioses buscaron la sangre [de Mursili].
>
> (El texto está en muy malas condiciones en este punto; se hace alusión a una invasión de los hurritas; a continuación añade:)

Liber

En cuanto Hantili [lleg]ó a la vejez y estaba a punto de convertirse en dios (es decir, de morir), Zidanta asesinó a [Piseni], el hijo de Hantili, junto con sus hijos, [así como] a los [más n]obles de sus servidores asesinó.

Y Zidanta también gobernó como rey y los dioses buscaron la sangre de [Pi]seni y convirtió a Ammuna, su propio hijo, en su enemigo y éste asesinó a su padre, Zidanta.

Y Ammuna también gobernó como rey y los dioses buscaron la sangre de su padre, Zidanta, y el grano, el vino, los ganados, las ovejas a él en sus manos no le [...]

Pero el país se volvió hostil a su persona: Ha[rt]agga, [...]la, Galmiya, el país de Adaniya (la región de Adana), el país de Arzawiya (la parte occidental de Asia Menor), Sallapa (¿Gordio?), Parduwata, Ahhulassa. Allá donde (sus) soldados marchaban en campaña, no regresaban victoriosos. Cuando Ammuna se convirtió en dios, Zuru, el comandante de su guardia de corps, envió por entonces en secreto a un hijo de su familia, Tahurwaili, el hombre de la lanza de oro, y asesinó a la familia de Tittiya junto con sus hijos.

Él (*sc.* Zuru) envió también a Taruhsu, el correo, y asesinó a Hantili junto con [sus] hijos. Huzziya gobernó como rey. Telepinu tenía (por esposa) a Istapariya, su hermana (*sc.* de Huzziya) de más alto rango. Huzziya los habría matado, (pero) la cosa se supo (antes de lo debido) y Telepinu los alejó de sí.

A sus cinco hermanos les adjudicó casas (propiedades) diciendo: «¡Que se vayan (y) se queden (aquí)! ¡Que coman (y) beban, pero que nadie les haga daño! Yo digo: Éstos me han hecho daño a mí, pero [yo no les haré] daño a ellos».

En cuanto yo, Telepinu, me senté en el trono de mi padre, realicé una campaña contra Hassuwa (en la ruta de Commagene) y arrasé Hassuwa. Mis tropas estuvieron también en Zizzilippa y se desencadenó una batalla en Zizzilippa.

En cuanto yo, el rey, llegué a Lawazzantiya (la parte oriental de Cilicia), Lahha [se mostró hostil contra mi persona] e hizo que Lawazzantiya se sublevara contra mí. [Los dioses] lo pusieron en mis manos. Los más nobles eran [...], jefe de los «inspectores de mil», Karruwa, jefe de los chambelanes, Inara, jefe de los coperos, Kil[..., jefe de los...], Tarhumimma, jefe de los heraldos, Zinwaseli y Lelli, y muchos otros, y mandaron llamar secretamente a Tanuwa.

Yo, el rey, no (lo) s[upe]. A Huzziya y sus hermanos los mataron allí. En cuanto yo, el rey, me enteré de ello, Tanuwa, Tahurwaili [y] Taruhsu fueron traídos ante mí y la asamblea (*panku*) los condenó a muerte. Pero yo, el rey, hablé: «¿Por qué tienen que morir? ¿Deberían ser ocultados de la vista (del público)?». Y yo, el rey, hice de ellos simples campesinos, les quité las armas de sus hombros y les puse el yugo. Los (actos) sangrientos realizados (en el seno) de la «gran familia (es decir, la estirpe real)» se incrementaron: Istapariya, la reina, murió. Tras esto sucedió que Ammuna, el príncipe heredero, murió. Luego «los hombres de los dioses» hablaron también: «Mirad, los (actos) sangrientos han aumentado en Hattusa». Entonces yo, Telepinu, congregué la asamblea (*panku*) en Hattusa (y hablé así): «En adelante nadie hará daño a un hijo de la familia (real) de Hattusa ni sacará un cuchillo contra él».

Sólo un hijo de rey del rango más alto, un hijo, será rey. Si no hubiere hijo de rey del rango más alto, cualquiera que sea hijo de rango menos alto, será

Liber

rey; si no hay ningún vástago real varón, cualquier hija del rango más alto que haya, tómese para ella un hombre dispuesto a desposarla y a entrar en su casa, y que éste sea rey.

Aquel que sea rey después de mí, sus hermanos, sus hijos, los parientes de su esposa, los miembros de su estirpe/familia y sus soldados se congregarán a su alrededor (en armonía). Y si vais y conquistáis las tierras de los enemigos derrotados con (vuestro fuerte) brazo, no diréis: «¡(Con esta acción) las purifico!». No las purificáis (de ese modo, sino que más bien) en realidad las oprimís. ¡De la familia (real) no matéis a nadie, pues no es bueno!

Además, quien sea rey y proyecte hacer daño a (su) hermano (o a su) hermana, vosotros (sois) la asamblea (*panku*) para él. Decidle simplemente: «Eso es un acto sangriento. Consulta la tablilla. Antes los actos sangrientos aumentaban en Hattusa y los dioses se lo habían impuesto a la "gran familia"».

Cualquiera que haga daño a (sus) hermanos (o) hermanas y (al hacerlo) mire a la cabeza del rey (es decir, afirme que es responsabilidad del rey), convoque una asamblea (*panku*) para él. Si es hallado culpable, sea decapitado. Pero no debe ser muerto en secreto, como se hizo con Zuru, Danuwa, Tahurwaili y Tarhusu. No se haga daño a su casa, a su esposa (o) a sus hijos. Si un hijo tiene un comportamiento criminal, él también pagará con su cabeza, pero no deberá hacerse daño ni a su casa ni a sus hijos. Fueran cuales fuesen los motivos por los que se ejecutara a un hijo real, no (tenga relevancia) para su casa, sus campos, sus viñedos, sus esclavos, sus esclavas, sus vacas (o) sus ovejas.

Ahora bien, si un hijo real comete un crimen, pagará con su cabeza, pero no causaréis perjuicio a su casa ni a sus hijos. No es de justicia deshacerse de una persona o de un instrumento de un hijo real. Pero aquellos que realizan esos males, los [...], los administradores domésticos, los jefes de los chambelanes, el jefe de los guardias de corps y el jefe del vino, [en] su afán por apoderarse de las casas de los hijos reales mientras van diciendo: «¡Ojalá esta ciudad fuera mía!», causan perjuicio al señor de la ciudad.

Así pues, desde hoy en adelante en Hattusa recordad esto en vuestro propio interés, chambelanes, guardias de corps, «servidores del oro», camareros, cocineros, heraldos, mozos de cuadra, (e) inspectores de [mil]. En cuanto a Tanuwa, Tahurwaili y Taruhsu, sean una advertencia para vosotros. En adelante, si alguien hace algún daño, ya sea un administrador doméstico o un jefe de los chambelanes, un jefe del vino, un jefe de la guardia de corps, un jefe de inspectores de mil, ya (sea) el último (o) el primero en su rango, tr[atad] el asunto como una asamblea (*panku*) y devoradlo con vuestros dientes.

(A continuación vienen varias secciones del texto imposibles de entender debido a lo fragmentario de su estado; entre ellas está una larga lista de «casas del sello» de las ciudades anatólicas [véase *infra*, p. 308]. Y después se añade:)

La cuestión de los (actos) sangrientos se plantea en los siguientes términos: si alguien derrama sangre, lo que el «Señor de los (actos) sangrientos» dice, si dijera «¡Muera!», que muera. Pero si dijera: «¡Sea castigado!», que sea castigado. Pero para el rey no (es) nada. (En caso) de hechicería en Hattusa, ¡purifíquese! Quien conozca la hechicería en el seno de una familia, sea saca-

Libel

do de la familia y sea conducido a la puerta del palacio; [quien] no lo delatare, ocurrirá (que) esa persona sufrirá daño en su (propia) casa.

(Colofón): Tablilla 1 de Telepinu terminada (*CTH*, n.º 19; Sturtevant y Bechtel, 1935, pp. 175-200; Hoffmann, 1984; *TUAT*, I/5, pp. 464-470).

Se trata de un texto fundamental; en parte, desde luego, por la ayuda que nos ofrece a la hora de reconstruir la historia de este período, que, de no ser por él, nos resultaría completamente desconocido. Pero más importante todavía es la información que nos proporciona acerca de la estructura del estado hitita, en especial respecto a las normas establecidas con el fin de regular la sucesión al trono. De modo parecido a lo que hace el testamento de Hattusili I, sitúa al lector en el seno de la corte hitita; en esta ocasión el rey relata la historia de Hatti en forma sumaria desde el principio, con el fin de demostrar que el país había ido decayendo a partir de su glorioso pasado. Esa decadencia es atribuida directamente a los pecados cometidos en primer lugar por Hantili, que intentó hacerse con el poder por medios criminales. El asesinato engendra el asesinato y el país se hunde cada vez más, sufriendo invasiones extranjeras y derrotas en el campo de batalla, y cayendo víctima de las constantes intrigas palaciegas.

La exposición de la historia pretérita que aparece en este documento tenía por objeto efectuar una severa crítica de los antecesores de Telepinu y justificar su conquista del poder, pues personalmente no tenía ningún derecho especial al trono (véase la ausencia de toda genealogía del soberano al comienzo del texto). La conducta honesta de los tres primeros reyes es presentada en el marco de una edad de oro caracterizada por una armonía perfecta, con una pequeña nota de discordancia en la transición al reinado de Mursili; pero el soberano se ocupó rápidamente del problema y enseguida obtuvo grandes triunfos sobre Aleppo y Babilonia. La compleja serie de asesinatos, parricidios y usurpaciones que vino a continuación no siempre resulta clara en sus detalles, y las relaciones exactas de parentesco existentes entre los diversos personajes del drama son a veces muy oscuras. Pero el principal mensaje es expresado por medio de un contraste muy significativo: Hantili, el cuñado de Mursili, a quien éste no había hecho ningún mal, puso fin a esa edad de oro a través del vil asesinato del rey; Telepinu, por el contrario, cuñado de Huzziya y amenazado de muerte por éste, puso fin a tantos años de horror destituyendo sin derramamiento de sangre a Huzziya, al que desterró junto con sus hermanos, perdonándole la vida, aunque no le hubiera costado ningún trabajo mandarlo ejecutar («Yo digo: "Éstos me han hecho daño a mí, pero yo no les haré daño a ellos"»). Inmediatamente las campañas del soberano hitita se vieron una vez más coronadas por el éxito, subrayando la honradez de su proceder, que vino a restablecer la salud política de Hatti: la edad de oro había terminado debido a un derramamiento de sangre de todo punto injustificable, que trajo el desastre en forma de malas cosechas en el país y de derrotas del ejército en el extranjero; ahora, en cambio, a través del ejercicio de la clemencia, la edad de oro queda restaurada (Hoffner, 1975).

Liber

A continuación vienen una serie de normas sobre las que descansa el estado recién restaurado: un orden de sucesión universalmente reconocido, capaz de acabar con las ambigüedades y con el comportamiento despótico de los monarcas. En consecuencia, los actos del rey quedan restringidos y se hace responsable de ellos ante los dioses y la asamblea (*panku*), aunque los poderes de ésta a la hora de imponer castigos se limitan al rey y al príncipe heredero, quedando sus familias excluidas de la sentencia. Este ordenamiento de la monarquía, en virtud del cual el propio soberano se sitúa por debajo del poder jurídico de una asamblea, es sumamente curioso. El término que traducimos por «asamblea», *panku*, significa básicamente 'todo', y se han propuesto diversas teorías, desde las que la consideran un consejo de todos los nobles a las que ven en ella una asamblea de guerreros. El edicto da a entender que en ella participaban todos los altos jefes del ejército y oficiales de la corte, y nadie más (Beckman, 1982). En vista de los poderes que le atribuye el decreto, se ha sostenido que originalmente el *panku* tenía la facultad de elegir al rey. Pero no hay ningún otro testimonio que sustente semejante tesis; en todo caso, más bien lo contrario (véase el testamento de Hattusili, *supra*, pp. 273-275): el único capaz de nombrar a su sucesor es el propio rey y es él quien se lo propone al *panku*. Además no existen otros testimonios de que el *panku* desempeñara un papel político significativo: en realidad da la impresión de que desaparece de escena por completo. No tenemos atestiguado ni un solo ejemplo de que el *panku* ejerciera nunca un poder independiente: todos los indicios apuntan a que se reunía por orden del rey y que su función era dar consejos al soberano, dictamen que éste podía modificar o incluso tal vez desoír (véase el propio «Edicto de Telepinu»). Da la impresión de que las normas dictadas por Telepinu hacen de esta asamblea de dignatarios (probablemente los autores de los intentos ilícitos de ocupar el trono) la responsable del mantenimiento de las leyes de sucesión establecidas por el rey: es decir, quizá fuera un modo de obligar a los nobles a vigilarse unos a otros, a informar al soberano de la actuación de sus compañeros, y por consiguiente a rivalizar por la obtención de ventajas políticas ante el monarca.

Por lo que sabemos, las leyes de sucesión aprobadas por Telepinu fueron respetadas. Eso no significa que se pusiera fin a las sucesiones irregulares y a las usurpaciones, pero da la impresión de que la tremenda serie de acontecimientos cruentos descrita por Telepinu no volvió a repetirse. Cuando, mucho después, Hattusili III (1275-1245/1264-1239) derrocó a su sobrino, Urhi-Teshub, y se adueñó del poder (véase *infra*, p. 294), se apresuró a subrayar lo escrupuloso de su actuación afirmando que Urhi-Teshub había accedido al trono pese a no ser hijo de una esposa de primer rango; Urhi-Teshub, afirma Hattusili, recompensó sus desvelos de tío intentando socavar su posición y propalando contra él falsas acusaciones de traición; sólo entonces, cuando vio que su vida corría peligro, actuó Hattusili, con el apoyo de otros nobles, y depuso y desterró a Urhi-Teshub. Del mismo modo, ya al final del imperio hitita, se planteó una situación similar al no quedar ningún vástago del rey,

Libel

siendo el único candidato al trono el hermano del difunto monarca. El soberano explica cuidadosamente cómo se produjo esta situación:

> Como no tenía descendencia (es decir, el difunto rey), pregunté si existía alguna mujer embarazada; pero tampoco había ninguna mujer embarazada. (E. Laroche, *RA*, 47 [1953], pp. 70 y ss.).

Aunque esos textos no hacen alusión al «Edicto de Telepinu», es probable que el decreto pusiera un freno efectivo a cualquier intento de apoderarse arbitrariamente del trono.

Resulta difícil determinar en qué medida menguó el territorio controlado por los hititas durante el período de anarquía y hasta la recuperación iniciada durante el Imperio Arcaico. Telepinu ofrece un panorama de postración total hasta que él se encargó de dar la vuelta a la situación y ganar nuevos territorios. Probablemente sea una exageración, tanto por lo que se refiere al alcance de las pérdidas, como en lo concerniente a la envergadura de la posterior recuperación. Las donaciones de tierras y los tratados en pie de igualdad con Kizzuwadna (en la parte oriental de la llanura de Cilicia) (Beal, 1986) indican que, si bien fue perdiéndose gradualmente el dominio del norte de Siria y de los territorios de Cilicia, que sólo fueron recuperados —y además a un ritmo muy lento— por los predecesores inmediatos de Suppiluliuma I (1370-1330 [1344-1322]), el dominio hitita de la Anatolia central no se vio seriamente menoscabado. Parece que las fronteras septentrional y oriental lograron ser preservadas, al menos a partir del reinado de Telepinu, mientras que los territorios del suroeste, en los que realizara sus campañas Hattusili I, permanecieron fuera del control hitita hasta el reinado de Tudhaliya I.

4. El Imperio Hitita (*c.* 1430 [1420]-*c.* 1200)

El Imperio Arcaico

El gran período de expansión que llevó al reconocimiento del poderío hitita por numerosos estados desde el litoral egeo hasta la cuenca del Khabur y Damasco, dio comienzo durante el reinado de Tudhaliya I (1430-1410/1420-1400). Este personaje quizá fuera el fundador de una nueva estirpe real, pues a partir de este momento los nombres de los monarcas, excepto algunos especialmente antiguos y gloriosos, como Hattusili y Mursili, son bastante diferentes.[8] La oscuridad que envuelve el período comprendido entre *c.* 1500 y *c.* 1430 (1420) no nos permite conjeturar ni siquiera cómo se produjo este cambio. En la actualidad conocemos un poco mejor sus gestas gracias a la nueva datación de algunos textos de su reinado y del de su sucesor, Arnuwanda I (1390-1380 [1370-1355], véase *supra*, cuadro 18). Los soberanos de esta época realizaron vigorosos intentos, algunos esporádicamente afortunados, de reafirmar la dominación hitita sobre Kizzuwadna y el norte de Siria,

Liber

especialmente Aleppo, frente al poderío de Mitanni (tratado de Talmi-Sharruma, Weidner, 1923, pp. 80-89; véase el capítulo 6, apartado 1). Durante esta lucha, los soberanos del Imperio Arcaico intentaron, en la medida de lo posible, sacar provecho de los reveses sufridos por Mitanni a manos del gran faraón Tutmosis III (véanse los capítulos 4, apartado 2, y 6, apartado 4). Pero esos triunfos fueron transitorios, pues Mitanni y Egipto se unieron para expulsar de la zona a los hititas formando una alianza, cimentada por una serie de casamientos reales, que duró unos sesenta años. Una acción importante de los hititas que contribuyó a persuadir a Mitanni de que le convenía más estrechar filas con Egipto, fue la expansión hacia el este de Tudhaliya, hasta la región de Isuwa y sus riquísimos depósitos de cobre. Isuwa estaba situada directamente al norte de Mitanni y los reyes de este país reclamaban su soberanía.

La seria amenaza que representaban en esta época los hititas para los intereses de las otras grandes potencias del Asia occidental se ve ilustrada por algunos de los sucesos acontecidos en la frontera oeste del reino de Hatti. Fue esta otra región en la que Tudhaliya I cosechó importantes triunfos. En respuesta a las peticiones de cierto Madduwatta, que se refugió en la corte hitita cuando fue expulsado de su país por Attarissiya de Ahhiya(wa), Tudhaliya explotó la situación en provecho de Hatti instalando a Madduwatta como príncipe vasallo de Zippasla, cerca de la frontera hitita. Más tarde, durante el reinado de Arnuwanda I, cuando Madduwatta hizo causa común con Ahhiya(wa) en contra de los intereses hititas, el faraón de Egipto vio la oportunidad de inmiscuirse en los asuntos del pujante reino de Hatti. Se apresuró a ponerse en contacto con el poderoso estado de Arzawa, en la Anatolia occidental. Probablemente abrigaba la esperanza de incrementar la fuerza política de este vecino de los hititas en un momento de dificultad para éstos, como ocurriera anteriormente con Mitanni en la frontera oriental. Una carta enviada por Amenofis III de Egipto (1403-1364 [1390-1352]) a Tarhundaradu de Arzawa nos permite vislumbrar el desarrollo de estas maquinaciones (véanse los capítulos 4, apartado 3, y 6, apartado 4):

> Nimuwareya (es decir, Amenofis III), gran rey, rey de Egipto, (habla) en los siguientes términos: Dile a Tarhundaradu, rey de Arzawa: mis asuntos marchan bien. Mis casas, mis esposas, mis hijos, mis nobles, mis tropas, mis soldados que luchan en carro, todas mis pertenencias en mis tierras marchan bien. Ojalá que a ti todo te vaya (igualmente) bien. Ojalá tus casas, tus esposas, tus hijos, tus nobles, tus tropas, tus soldados que luchan en carros, todas tus pertenencias en tus tierras marchen bien.
>
> Ahora te he mandado a Irshappa, mi emisario (con las siguientes instrucciones): «Veamos a la hija que ofrecen en matrimonio a mi majestad». Y verterá aceite sobre el cabello de ella (primer rito del compromiso matrimonial). Ahora te he mandado un saco de oro; es excelente.
>
> En cuanto a lo que me escribías que hiciera (en los términos expuestos a continuación): «¡Mándamelo aquí!». —Sí, te lo mandaré, pero más tarde. (Antes de eso) mándame de vuelta cuanto antes a tu emisario y al emisario que te he enviado yo; tienen que venir. Luego regresarán a tu país (y) llevarán el

pago de la novia. Mi emisario y tu emisario, que vinieron, que ... Y envíame también a esos ... del país de los gasga. He sabido que todo se ha acabado y que el país de Hattusa está paralizado (literalmente: «helado»).

Y ahora te he enviado de regalo, a modo de saludo, un paquete al cargo de mi emisario Irshappa: un saco de oro de 20 minas de oro de peso; 3 trajes de lino; tres mantos ligeros de lino; 3 *huzzi* de lino; 8 *kušitti* de lino; 100 *šawalga* de lino; 100 *happa* ... de lino; 100 *mutalliyašša* de lino; 4 frascos *kukkubu* grandes de aceite dulce; 6 frascos *kukkubu* [pequeños] de aceite dulce; 3 sillas de ébano con fundas de *šarpa* fino y [or]o; 10 sillas de ébano con incrustaciones de marfil; 100 (tablas de) ébano a modo de regalo de salutación (EA 31).

Por desgracia, la respuesta del rey de Arzawa sólo se ha conservado en parte (EA 32). Pero queda de ella lo suficiente para demostrar que recibió de buen grado la propuesta de alianza matrimonial con Egipto. Un dato curioso es la nota que incluye el escriba que copió la carta, pidiendo a su colega de Egipto que en adelante lleve la correspondencia en hitita (EA, 32, pp. 14-25). Es evidente que en esa época Arnuwanda I estaba teniendo serios problemas, de los que intentaban aprovecharse a fondo sus enemigos. Según parece, el pueblo de los gasga, en los Alpes Pónticos (véase *supra*, p. 279), llevaba algún tiempo haciendo incursiones con resultados desastrosos: puede que destruyeran Hattusa, como harían más tarde (véase *infra*, p. 293); de hecho, las relaciones de los hititas con el mar Negro quedaron interrumpidas definitivamente. Arzawa había establecido estrechas relaciones de amistad con Egipto y era admitida en el círculo de las grandes potencias aliadas. Mientras tanto, Madduwatta, el viejo rey cliente de los hititas, hacía causa común con Ahhiya(wa) para invadir Chipre, territorio sobre el cual el rey de Hatti afirmaba poseer una especie de control mal definido.

Pero estos reveses fueron sólo transitorios. Por las «Gestas de Suppiluliuma» (*CTH*, 40 [la numeración de hecho es errónea]), de época posterior, parece que ya en tiempos del sucesor de Arnuwanda I, Tudhaliya III (1380-1360 [1355-1344]), la zona situada inmediatamente al este de Hatti, el «País Alto» y Azzi-Hayasa, fueron reconquistados por su hijo y eventual heredero, Suppiluliuma. Esos países confinaban con el territorio de los gasga y es probable que su conquista tuviera directamente que ver con los intentos de recuperar su capital, Hattusa. La reconquista de esta ciudad por Suppiluliuma probablemente se produjera al comienzo de su reinado y por lo general suele asociarse con este hecho la fase de grandes obras de fortificación y reconstrucción atestiguada en la ciudad.

Las conquistas de Suppiluliuma I

Podemos reconstruir un esbozo razonable de las conquistas de Suppiluliuma I (1370-1330 [1344-1322]) en Siria a partir de varios documentos de época posterior. Nos referimos a las «Gestas de Suppiluliuma» (*CTH*, 40,

véase Güterbock, 1956), a una alusión que aparece en las cartas de el-Amarna (EA 17), y a varios tratados firmados con algunos pequeños estados levantinos (por ejemplo, Ugarit, citado *infra*, pp. 344-345), Nuhashshe (Weidner, 1923, n.° 3), Amurru (Weidner, 1923, n.° 5 y n.° 10), Aleppo (Weidner, 1923, n.° 6), y sobre todo el primer tratado de Shattiwaza (Weidner, 1923, n.° 1). Lo primero que hizo el rey hitita fue intentar llegar al sur a través de los pasos del Tauro. Este hecho —así como algunos tratados de paz firmados entre Hatti y los reyes de Kizzuwadna, de los que tenemos testimonio— implica que la región se hallaba en poder de los hititas, acción atribuible también a los reyes del Imperio Arcaico, aunque el orden y la progresión de los acontecimientos son excepcionalmente oscuros (Wilhelm, 1982, pp. 43-44; Beal, 1986). Lo cierto es que *un* rey llamado Tudhaliya trasladó el culto de la «diosa negra» de Kizzuwadna a Samuha, en el país de Hatti. Es de suponer que semejante medida sólo pudo producirse a raíz de una conquista (véase la deportación de divinidades a la que aluden los anales de Hattusili I, *supra*, pp. 276-277). Además da la impresión de que el padre de Suppiluliuma residió en Samuha durante algún tiempo (quizá debido a la destrucción de Hattusa). Así pues, es posible que fuera este el único responsable de la conquista (Wilhelm, 1982, p. 44), que permitió a su hijo utilizar esta ruta —por lo demás la más lógica— para llegar a Levante. Por fin Suppiluliuma incorporó la totalidad de Kizzuwadna al reino hitita y puso fin a la estirpe de sus príncipes locales.

Sin embargo, la primera campaña de Suppiluliuma en Siria no se vio coronada por el éxito. Probablemente fuera de entre los despojos del primer enfrentamiento fallido de Suppiluliuma con Mitanni de donde Tushratta (rey de Mitanni) (véase el capítulo 6, apartado 1) escogiera algunos de los objetos que envió a su aliado y cuñado, Amenofis III de Egipto (EA 17). Esta campaña fallida podría datar de los primeros años del reinado de Suppiluliuma, mientras que la segunda, que tuvo un éxito espectacular, probablemente se produjera mucho más tarde. Esta vez Suppiluliuma se dirigió hacia el este, cruzando el Éufrates cerca de Malatya (penetrando en Isuwa), para desde allí pasar a Mitanni. Esta maniobra se vio coronada por el éxito que supuso el saco de Washshukanni, la capital de Mitanni. Para este país, en cambio, fue un desastre que probablemente desencadenara los conflictos internos que condujeron al asesinato de Tushratta y a la huida de su hijo, Shattiwaza, a la corte hitita, donde pidió asilo al enemigo de su padre (véase el capítulo 6, apartado 1). El giro de los acontecimientos permitió a Suppiluliuma hacerse con el control de la parte occidental de Mitanni, estableciendo en ella a Shattiwaza en calidad de rey vasallo de una especie de estado-parachoques frente al poder expansionista de Asiria (véase el capítulo 7, apartado 2). La secuencia exacta de los acontecimientos, tras el devastador ataque hitita contra Mitanni, no es muy segura, pero lo más probable es que Suppiluliuma se dirigiera a Aleppo, Alalah, Nuhashshe y Amurru (véase *supra*, mapa 4), apartándolos de su dependencia de Mitanni y obligándoles a firmar convenios en los que juraban respetar sus obligaciones futuras para con el reino hitita. Uno

Liber

de sus hijos, Telepinu, quedó como príncipe delegado en Aleppo, con el encargo de proteger las conquistas hititas. La importante ciudad de Carchemish, que dominaba un estratégico vado del Éufrates, fue reducida, según parece, en una fase sucesiva, tras ocho días de asedio. De nuevo un hijo de Suppiluliuma, Piyassili (con el nombre real de «Sharri-kushuh»), fue nombrado gobernador regional, ante el cual eran responsables los demás dinastas locales; finalmente Carchemish se convirtió en la principal sede de la autoridad hitita en la zona.

En el momento en que Suppiluliuma logró controlar la parte occidental de Mitanni y a todos sus antiguos vasallos de Siria («hasta Líbano y Abina, región de Damasco»), se establecieron temporalmente relaciones amistosas con Egipto (la identidad del faraón reinante —no sabemos si Akhenatón o Tutankhamón— no está clara). El soberano egipcio reconocía al rey hitita como monarca de «igual rango» (EA 41), aunque una carta (por desgracia muy fragmentaria, EA 42) parece indicar que al principio hubo bastantes dimes y diretes en torno a la cuestión de la igualdad y la precedencia. Sumamente curioso es el testimonio de la joven viuda de Tutankhamón que, durante la etapa de desórdenes políticos en Egipto (véase el capítulo 4, apartado 3), solicitó contraer matrimonio con un hijo del rey de Hatti, poniendo en bandeja a los hititas este sorprendente reconocimiento de su supremacía e influencia políticas:

> Mi esposo ha muerto y no tengo hijos. Dicen de ti que tienes muchos hijos. Podrías darme a uno de tus hijos y yo lo haría mi esposo. Desde luego no tomaría a uno de mis servidores para hacer de él mi esposo (KBo, V, 6; Güterbock, 1956, pp. 94-98 y 107-108).

A pesar de los recelos y las minuciosas investigaciones de Suppiluliuma, el hijo que envió a Egipto fue asesinado. Probablemente fuera en el seno del poderoso grupo de miembros de la familia real y de caudillos militares, en cuyas manos estaba el destino de la joven reina viuda (Murnane, 1985; Bryce, 1990), donde se tramara su muerte. Parece que las relaciones con Babilonia corrieron mejor suerte y fueron más duraderas: una princesa babilonia contrajo matrimonio con Suppiluliuma, aunque durante el reinado del hijo de éste, Mursili II, fue acusada de causar la muerte de la esposa del rey por artes de hechicería (*CTH*, 70). Una acusación tan grave debió de tener serias repercusiones políticas.

El reinado de Mursili II

Las extraordinarias hazañas de Suppiluliuma fueron paralizadas por una virulenta plaga que asoló Levante y que los soldados hititas que regresaban de la guerra llevaron consigo a su país. La epidemia probablemente se llevara consigo a Arnuwanda II (1330 [1322-1321]), hijo y sucesor de Suppilu-

liuma, cuyo reinado no duró ni un año. Le sucedió otro hijo de Suppiluliuma, Mursili II (1330 [1321]-1295), cuyos vigorosos esfuerzos por consolidar las conquistas de su padre se vieron en buena parte coronados por el éxito. Con la posible excepción de la pérdida transitoria de Carchemish, Siria permaneció fiel a los hititas. Una vez más los ánimos levantiscos de la zona oriental de Azzi-Hayasa, donde las sublevaciones eran recurrentes, hubieron de ser sofocados, en esta ocasión por negarse a respetar los términos del tratado firmado con Suppiluliuma («Anales decenales de Mursili», III 93-IV 23 [*CTH*, 61/I]; Goetz, 1933). Pero el triunfo más sobresaliente de Mursili se produjo sobre Arzawa, al oeste de Hatti, región ignorada completamente por Suppiluliuma:

> Más tarde ese mismo año fui al país de Arzawa. Pero a Uhhaziti envié un emisario con una carta que decía: «En cuanto a aquellos de mis súbditos que han ido a tus tierras, aunque repetidamente te los he reclamado, tú no me los has devuelto y me has insultado tratándome con desprecio. ¡Conque se acabó! ¡Lucharemos! ¡Y que el dios de las tormentas, mi señor, juzgue nuestro caso!».
>
> Mientras iba de camino, cuando llegué a las montañas de Lawasa, el poderoso dios de las tormentas, mi señor, me mostró su divino favor. Lanzó el rayo (?) y mi ejército pudo contemplar a la vez el rayo y a Arzawa. El rayo fue y fulminó a Arzawa; la ciudad de Uhhaziti, Apasa (probablemente Éfeso), quedó fulminada. Hizo que Uhhaziti se postrara de hinojos y que cayera enfermo. Y cuando Uhhaziti cayó enfermo, dejó de enfrentarse conmigo en la batalla; envió a su hijo, Piyamaradu, con la infantería y los carros contra mí; avanzó contra mí en son de guerra junto al río Astarpa, cerca de la localidad de Walma (posiblemente el curso alto del Meandro) y yo, mi sol (es decir, «mi majestad»), luché contra él. Y la diosa del sol de Arinna, mi señora, el poderoso dios de las tormentas, mi señor, Mezzulla y todos los dioses corrieron delante de mí. Superé al tal Piyamaradu, hijo de Uhhaziti, con su infantería y sus carros, y lo derroté. Luego lo perseguí, y me trasladé al país de Arzawa. Hasta Apasa, la ciudad de Uhhaziti, llegué, y Uhhaziti no resistió ante mí, sino que huyó de mí y fue ... y al otro lado del mar. Y allí se quedó.
>
> Todos los habitantes de Arzawa salieron huyendo; unos se refugiaron en los montes de Arinnanda y ocuparon los montes de Arinnanda, pero otros fueron al lugar de Puranda y ocuparon Puranda. Otros habitantes marcharon con Uhhaziti al otro lado del mar. Yo, mi sol, seguí a la población hasta los montes de Arinnanda y luché contra los montes de Arinnanda. Y la diosa del sol de Arinna, mi señora, el poderoso dios de las tormentas, mi señor, Mezzulla y los demás dioses corrieron delante de mí en la batalla. Conquisté los montes de Arinnanda. Y el número de habitantes que yo, mi sol, capturé y llevé a mi palacio fue de 15.500 individuos. Pero el número de habitantes que los generales de Hattusa, la infantería y los carros capturaron y se trajeron consigo, era incontable. Tras lo cual envié a la población cautiva a Hattusa y allí fue llevada.
>
> Después de conquistar los montes de Arinnanda, fui al río Astarpa y asesté un golpe a un campamento fortificado junto al río Astarpa, y celebré allí la festividad del Año Nuevo. Todo eso lo hice en un año. En cuanto llegó la primavera —pues Uhhaziti estaba enfermo y permanecía en el mar, y sus hijos tam-

Liber

bién estaban a su lado. Entonces Uhhaziti murió en el mar, pero sus hijos se separaron. Uno se quedó en el mar, pero el otro, Tapalazunauli, salió del mar, y como la totalidad de Arzawa ... había subido al lugar de Puranda, Tapalazunauli subió a Puranda—. En cuanto celebré la festividad del Año Nuevo, acudí a librar batalla a Puranda. Tapalazunauli bajó de Puranda con su infantería y sus carros, y vino a enfrentarse a mí en combate, y en su propio campo se enfrentó a mí en la batalla y yo, mi sol, combatí con él. Y la diosa del sol de Arinna, mi señora, el poderoso dios de las tormentas, mi señor, Mezzulla y los demás dioses corrieron delante de mí en la batalla. Superé a Tapalazunauli con su infantería y sus carros y lo derroté. Luego lo perseguí. Fui y cerré el lugar de Puranda [y lo] hostigué y le quité el agua.

Cuando ataqué Puranda, Tapalazunauli, el hijo de Uhhaziti, que estaba en Puranda, se asustó y bajó huyendo de Puranda por la noche. [También a su esposa, a sus hijos y a los ha]bitantes los hizo salir corriendo de su refugio del castillo y se los llevó de Puranda. Pero en cuanto yo, [mi sol], oí decir: «Tapalazunauli ha huido] en la noche, e incluso a su esposa, a sus hijos y a los habitantes los ha hecho salir corriendo delante de él y se los ha llevado», yo, [mi sol], envié a la [infantería] (y) a mis carros tras él, [y] hostigaron a Tapalazunauli en su huida, y capturaron a su esposa, a sus hijos y a los habitantes, y les hici[eron] dar marcha atrás. Tapalazunauli, sin embargo, fue el único que escapó.

(Una sección muy mal conservada describe la caída de Puranda y el botín conseguido en ella, una campaña victoriosa contra Ahhiyawa y la captura del hijo de Uhhaziti; a continuación se añade:)

[En cuanto] regresé [del País del Río Seha], tuve que luchar contra [Manapatarhunda], señor del Río Seha; (pero) en cuanto [Manapatarhunda tuv]o noticias mías: «¡Que llega el rey de Hatti!», se [asustó] y [no vino] contra mí, (sino que) me envió a su madre, a los ancianos y a las ancianas. Vinieron ante mí y [cayeron] a (mis) pies. Y como las mujeres se postraron ante mí, cedí a causa de [las mujeres]. Así que [no] fui al Río Seha. La población de Hatti que había en el Río Seha se pasó a mí. Y el número de individuos que me dieron fue de 4.000 personas; los envié por delante a Hattusa y se los llevaron. A Manapatarhunda y el País del Río Seha los admití como súbditos. Después fui a Mira y entregué Mira a Mashuiluwa. Pero el País del Río Seha se lo entregué a Manapatarhunda, mientras que el país de Hapalla se lo entregué a Targasnalli; y estos países los hice súbditos míos en su propio terreno y les impuse a través de un tratado (la provisión de) tropas; y a partir de entonces siempre me han proveído de tropas. Y por lo que respecta al invierno que pasé en Arzawa, al segundo año la diosa del sol de Arinna, mi señora, el poderoso dios de las tormentas, mi señor, Mezzulla y los demás dioses corrieron delante de mí. Conquisté Arzawa y una parte me la llevé conmigo a Hattusa y una parte la hice súbdita en su propio terreno y le impuse la provisión de tropas en virtud de un tratado, y a partir de entonces siempre me han proveído de tropas («Anales decenales de Mursili», II 8-III 32 [*CTH*, 61/I); Goetze, 1933; *TUAT*, I, pp. 474-477).

Mursili logró infligir un severo revés a Arzawa, hasta entonces tan poderosa: sometió por completo algunas regiones del país, deportó a sus habitantes, conquistó la capital del reino, obligó al monarca y a los príncipes de la

Liber

familia real a buscar refugio en las islas del Egeo, obtuvo una victoria sobre el aliado de Arzawa, Ahhiyawa, y finalmente logró someter a Arzawa y reducirlo a la condición de estado vasallo del imperio hitita (o quizá, desmembrarlo reduciéndolo a las provincias que lo componían) (*véase* Heinhold-Krahmer, 1977). Una consecuencia directa de estos triunfos fue la rendición y sometimiento de los pequeños países fronterizos de Arzawa y Hatti, cuya fidelidad solía oscilar entre ambos reinos; se nos han conservado algunos fragmentos de los tratados cuya firma les impuso Mursili II (Friedrich, 1926/1930, n.° 2 [Hapalla], n.° 6 [País del Río Seha], n.° 3 [Mira], véase *CTH*, 67-69). Cuando disponemos de textos lo bastante extensos, resulta evidente que todos los príncipes a los que se impuso algún tipo de obligación eran miembros de las familias reales locales, que en otro tiempo habían buscado refugio en la corte de Hatti.

Otra de las empresas importantes de Mursili fue la serie de continuas y arduas campañas lanzadas contra los gasga, pueblo que habitaba al norte de la península de Anatolia, cuya proximidad a Hattusa y a diversos centros de culto importantes de Hatti resultaba peligrosa. Las continuas incursiones de los gasga en territorio hitita nos resultan ahora más claras gracias a algunas cartas de Mašat:

> Así (dice) Su Majestad: ¡habla a Kassu y a Pulli! Con respecto al asunto sobre el que me escribiste en los siguientes términos: «Mira que el grano ya está maduro. En la región de los gasga la langosta ha devorado el grano, así que ellos ahora se disponen a atacar tu grano desde Gasipura. Aquí no hay soldados ni carros. Su Majestad ha impartido a Kallu, comandante de los carros, la siguiente orden: "Saca tus contingentes de carros". (Hasta) ahora no ha llegado ningún carro». Pues bien, yo, su majestad, he cogido a Kallu y le he dicho así: «Ya te he mandado veinte destacamentos de caballos». Mira que te envío además a Pahinakka. Está de camino (Alp, 1980, Mašat, 75/15).

Dadas las reducidas dimensiones de las tierras de cultivo que les servían de base en los Alpes Pónticos, parece que los gasga intentaron hacer frente a las escaseces provocadas eventualmente por las inclemencias del tiempo o por las plagas (entre ellas la langosta) mediante la realización de incursiones en las regiones ricas en grano de Hatti. Esta circunstancia no pudo ser la única causa de las incursiones de los gasga —difícilmente explicaría, por ejemplo, el saqueo de Hattusa—, y algunas acciones emprendidas por ellos tienen todo el aspecto de ser verdaderos intentos de expansión territorial (véase «Apología de Hattusili III», *infra*, pp. 295-296). Muy poco se sabe de estos pueblos. Las referencias hititas suelen ser genéricas y poco diferenciadas; no obstante, los cuatro tratados conservados (aunque su datación no es exacta) que firmaron los reyes hititas con los gasga indican que estaban divididos en varios grupos distintos: algunos estaban en ocasiones dispuestos a cooperar con el estado hitita e incluso a suministrarle soldados (*CTH*, 236), mientras que otros siguieron siendo hostiles (Von Schuler, 1965). Los tratados fueron

firmados siempre con el conjunto del pueblo gasga, lo cual indica que su estructura política no era de aquellas en las que el rey o un determinado caudillo ostentan un poder efectivo. Un dinasta vecino fue capaz de imponer con carácter transitorio a los gasga un cambio institucional cuando logró añadir a sus dominios parte del territorio de este pueblo, como parece indicar un comentario de los «Anales de Mursili»:

> Al año siguiente fui a la región de Tipiya (posiblemente situada entre el País Alto y Azzi-Hayasa). Mientras mi padre estaba en el país de Mitanni, Pihhuniya, hombre de Tipiya, se había puesto en marcha y había realizado numerosas incursiones en el País Alto, había avanzado hasta Zazissa, había tomado el País Alto y lo había desterrado al territorio gasga. Había tomado todo el país de Istitna y lo había convertido en un lugar para sus pastos.
>
> Además, Pihhuniya no gobernaba a la manera gasga: de repente, aunque entre los gasga el poder no (suele) ostentarlo un solo hombre, ahora ese Pihhuniya se puso a gobernar como un rey («Anales decenales de Mursili», III 67-75 [*CTH*, 61/I]; Goetze, 1933; *TUAT*, I, p. 479).

Es posible que en último término las continuas campañas de Mursili contra los gasga fueran en vano, pues probablemente fuera una nueva devastación perpetrada por los gasga lo que indujera al sucesor de Mursili, Muwatalli, a trasladar a los dioses de Hatti y la propia corte a Tarhuntassa, en el País Bajo (véase «Apología de Hattusili III», *infra*, p. 295).

Muwatalli, Urhi-Teshub y Hattusili III

El abandono de Hattusa probablemente explique la relativa carencia de documentación acerca de Muwatalli (1295-1282 [1271]). Pero un tratado firmado entre éste y Alaksandu de Wilusa (reino localizado provisionalmente en la Tróade) implica el mantenimiento o incluso el reforzamiento de la dominación hitita en occidente. También la presencia de los hititas en el norte de Siria siguió siendo muy fuerte, como demuestra el hecho de que Muwatalli copiara el tratado firmado por la ciudad de Aleppo con su padre, que había sido robado (Weidner, 1923, n.º 6 obv. 3-4). El poderío hitita se vio reforzado sobre todo en Levante debido al intento egipcio de extender una vez más sus dominios más allá de la región de Kadesh, intento que resultó baldío debido a la sonora derrota que infligió Muwatalli a Ramsés II en la batalla de Kadesh (1286 [1275]) (véase el capítulo 4, apartado 4). Esta derrota dejó definitivamente a los hititas como dueños de la comarca de Damasco, que era una de las regiones fronterizas del imperio egipcio. Muwatalli intentó asimismo reafirmar el dominio hitita sobre el norte de Anatolia frente a los gasga organizando un nuevo principado en Hakpis bajo el poder de su hermano, Hattusili. Desde esta base se organizaron repetidas campañas destinadas a recuperar los territorios perdidos a manos de los gasga y de

Liber

otros pueblos, especialmente, por supuesto, la propia ciudad de Hattusa, que había sido arrasada. Esta gran empresa de Hattusili se vio por fin coronada por el éxito. Su máxima hazaña (además de la reconquista de Hattusa) fue la recuperación y reconstrucción del gran centro de culto del dios hitita de las tormentas, Nerik, perdido a manos de los gasga durante el Antiguo Reino (en tiempos de Hantili: 1590-1560, véase Haas, 1970; pero también es posible que fuera en tiempos de Hantili II).

El prestigio y el poder que consiguió Hattusili gracias a estos éxitos suscitaron (probablemente con razón) los recelos de su sobrino, Urhi-Teshub, que había ascendido al trono con el nombre de Mursili (III, 1282-1275 [1271-1264]). Una vez reconquistados estos territorios por Hattusili, Urhi-Teshub intentó reducir la zona controlada por su tío. La reacción de Hattusili fue una sublevación en toda regla (Archi, 1971; Ünal, 1974), que acabó con el derrocamiento de Urhi-Teshub y su destierro en Nuhashshe: Hattusili se convirtió así en el tercer rey de este nombre (1275-1245 [1264-1239]). Esta circunstancia supuso el incumplimiento de las cuidadosas normas que regían la sucesión y, a pesar del amplio apoyo con que contaba, es evidente que Hattusili se vio en la necesidad de justificar la usurpación del trono, sobre todo cuando Urhi-Teshub se decidió al fin a intentar su regreso. Esta justificación del reinado de Hattusili aparece en uno de los textos hititas más famosos, la «Apología de Hattusili III» (conservada en numerosas copias de la época, descubiertas todas ellas en el almacén del este del Gran Templo de Hattusa). Probablemente fuera compuesta en concomitancia con la fundación de parte de un santuario dedicado a Shaushga (versión hurrita de Ishtar), la divinidad protectora de Hattusili, en Samuha. A pesar de su larga extensión, vale la pena copiar aquí algunos fragmentos esenciales:

> Así (habla) Tabarna Hattusili, el gran rey, rey del país de Hatti, hijo de Mursili, el gran rey, rey del país de Hatti, nieto de Suppiluliuma, el gran rey, rey del país de Hatti, descendiente de Hattusili, rey de Kussar.
>
> Acerca de la preferencia de la diosa Shaushga voy a hablar. ¡Y que todos lo oigan! Y en el futuro el hijo de mi sol (es decir, «de mi majestad»), su nieto, (y después de él) los descendientes de mi sol se mostrarán (especialmente) reverentes con Shaushga entre los demás dioses. Mi padre, Mursili, engendró a cuatro vástagos: Halpasulupi, Muwatalli, Hattusili, y una hija, Massanauzzi. De todos yo era el menor. Y mientras fui niño, fui «el que sujeta las riendas» (importante cargo palaciego). Entonces Shaushga, mi señora, envió a Mursili, mi padre, un sueño, en el que Muwatalli, mi hermano (decía lo siguiente): «Por lo que respecta a Hattusili, sus años son (todavía) pocos, y no vivirá (mucho). Conque dámelo, que se haga sacerdote mío, y así sobrevivirá». Entonces mi padre me cogió, todavía niño, y me entregó a la divinidad para que la sirviera. Y en mi calidad de sacerdote llevaba (bebidas) como ofrenda a la diosa. Y vi el bienestar en la mano de Shaushga, mi señora. Y Shaushga, mi señora, me tomó de la mano y me condujo por los caminos debidos.
>
> Pero cuando mi padre, Mursili, pasó a ser dios (es decir, murió), mi hermano, Muwatalli, ocupó el trono de mi padre; pero yo me convertí en general

del ejército antes que mi hermano. Y mi hermano me dio la honrosa posición de jefe de la guardia, y me dio también el País Alto para que lo administrara, y reiné sobre el País Alto. Antes que yo Armatarhunda, hijo de Zida, lo había administrado durante largo tiempo. Entonces, puesto que Shaushga, mi señora, se mostraba favorable para con mi persona, mi hermano, Muwatalli, también mantuvo su benevolencia hacia mí. Cuando los otros se percataron de la benevolencia de Shaushga, mi señora, hacia mí y del favor de mi hermano, se volvieron envidiosos. Y Armatarhunda, hijo de Zida, y luego también los otros empezaron a ponerme la zancadilla y trabajaron contra mí. Así que las cosas se pusieron muy desfavorables y mi hermano, Muwatalli, me ordenó (presentarme) en la «rueda» (el lugar, según parece, en el que el rey escuchaba las acusaciones de traición; el significado exacto no está claro). Pero Shaushga, mi señora, se me apareció en sueños y me dijo en el sueño estas palabras: «¡Voy a confiarte a una divinidad, conque no temas!»; y gracias a la divinidad fui purificado. Como la diosa, mi señora, me condujo de la mano, nunca permitió que (fuera víctima de una) divinidad desfavorable ni de una corte desfavorable. Ni permitió nunca que el arma de ningún enemigo volara en círculo alrededor de mí (?). Shaushga, mi señora, me tomó consigo en todos estos asuntos. Si en un momento dado me atacaba una enfermedad, precisamente por estar enfermo veía en ello la preferencia de la divinidad. La diosa, mi señora, me llevó de la mano en toda situación. Pero como era un preferido y caminaba delante de los dioses con justicia, nunca realicé ninguna mala acción (como suele hacer) la gente. Tu divinidad, mi señora, me libró de todo mal, ¿o no? La divinidad, mi señora, nunca me abandonó en los momentos críticos; nunca me entregó al enemigo y tampoco a mis acusadores, (y) a los que me envidiaban no me entregó nunca. Ya se tratara de la palabra de un enemigo, o de la (palabra de) un acusador, (o) de la palabra del palacio: en todo Shaushga, mi señora, tendió sobre mí su manto (protector). De todo me libró. A mis enemigos y a los envidiosos Shaushga, mi señora, los puso en mis manos y acabé totalmente con ellos.

Pero cuando Muwatalli, mi hermano, examinó la cuestión, ni una sola cosa mala relativa a mi persona quedó en pie. Y volvió a recibirme y puso todo el ejército y los carros de Hatti en mis manos. (Así pues) ostenté el mando de la totalidad del ejército (y) de los carros del país de Hatti. Y mi hermano, Muwatalli, solía enviarme (al combate). De modo que, como Shaushga, mi señora, me era favorable, doquiera que dirigiera mi mirada contra un país enemigo, ningún adversario se atrevía a devolverme la mirada y fui derrotando a los países enemigos uno tras otro. Pero el favor de Shaushga, mi señora, descansaba sobre mí. Así pues, expulsé de Hatti a todo enemigo que se había establecido en tierras de Hatti. En cuanto a los países enemigos, fui derrotándolos uno tras otro, mientras fui joven; sobre todo ello pienso preparar una tablilla aparte y colocarla ante la diosa.

(Hattusili pasa a describir la terrible desolación que en la Anatolia central produjeron las invasiones de los gasga y de otros pueblos; obtiene una victoria en el norte de Siria y algunas otras en la Anatolia central; Muwatalli traslada el gobierno hitita a Tarhuntassa y Hattusili se pone al frente de la campaña destinada a recuperar los territorios del norte, con base en Hakpis; combate junto a su hermano en Kadesh. Los éxitos de Hattusili vuelven a despertar la oposición de Armatarhunda y su familia.)

Liber

Pues bien, cuando regresaba de la tierra de Egipto, me dirigí a la ciudad de Lawazantiya (en la parte oriental de Cilicia) con el fin de hacer una ofrenda a la divinidad, y rendí culto a la diosa. Entonces tomé por esposa a la hija de Pentipsarri, el sacerdote, Puduhepa, por orden de la divinidad. Y nos unimos y la diosa nos dio el amor del esposo (y) la esposa. Y tuvimos hijos e hijas. Entonces la diosa, mi señora, se me apareció en un sueño (y me dijo): «¡Junto con toda tu casa entra a mi servicio!». Así entré junto con toda mi casa al servicio de la diosa. Y en la casa que nos habíamos hecho la diosa entró con nosotros. Y nuestra casa hizo (grandes) progresos (?); tal era el honor (que nos concedió) Shaushga, mi señora. Y seguí adelante y construí los lugares de Hawarkina y Delmuna. La ciudad de Hakpissa, sin embargo, fue ocupada por el enemigo, [...] a los gasga los expulsé, y (en cuanto a la ciudad) la volví a meter en cintura por mi cuenta. Así pues, me convertí en rey del país de Hakpis, y tú, mujer, te convertiste [en reina] de Hakpis.

(Finalmente Armatarhunda, el viejo enemigo de Hattusili, es derrotado; Muwatalli muere y deja a Hattusili al mando de Hattusa, recién reconquistada:)

Así, pues, como para mi hermano no había hijo legítimo, cogí a Urhi-Teshub, hijo de la mujer del palacio, y lo [puse] en el país de Hatti para que lo gobernara. La totalidad de [Hattusa] puse en sus manos y se convirtió así en el [gran rey] del país de H[atti]. En cuanto a mí, era rey de Hakpissa.

(Hattusili desarrolla y fortalece su principado:)

Pero cuando Urhi-Teshub vio el alcance de la benevolencia de la divinidad (para) conmigo, sintió envidia e intentó hacerme daño (?). Así fue como me quitó a todos mis súbditos. También las tierras vacías que yo había vuelto a colonizar me las quitó todas y me hizo pequeño. La ciudad de Hakpissa, sin embargo, no me la arrebató, obedeciendo una orden divina. Al ser yo sacerdote del dios de las tormentas de Nerik, por eso no me arrebató la (ciudad). Y debido a la estima que sentía yo por mi hermano, no hice nada y acepté esta situación durante siete años. Pero, por orden divina y por consejo humano, intentó destruirme y también me arrebató Hakpissa y Nerik. Entonces eso yo ya no lo toleré y me sublevé contra él. Pero cuando me convertí en enemigo suyo, no lo hice de un modo criminal rebelándome contra él en el carro o en medio de su casa. (Antes bien,) le hablé como un hombre en los siguientes términos: «Tú empezaste la discordia contra mí. Ahora bien, si tú eres gran rey, yo soy el rey de la solitaria fortaleza que (me) has dejado. ¡Ven aquí y que Shaushga de Samuha y el dios de las tormentas de Nerikka diluciden la cuestión entre nosotros!».

Pues bien, lo mismo que escribí a Urhi-Teshub, si alguien dice lo siguiente: «¿Por qué lo pusiste antes en el trono? ¿Por qué le escribes ahora (de) enemistad?», (le respondería:) «Si no hubiera sido él quien empezó la disputa conmigo, ¿realmente habrían permitido (los dioses) que el gran rey fuera derrotado por un reyezuelo?». Pero como fue él quien empezó la disputa conmigo, los dioses a través de su sentencia legal permitieron que fuera derrotado por mí.

(Comienza la guerra entre tío y sobrino:)

Pero como Shaushga, mi señora, ya había anunciado anteriormente mi ascensión al trono, en ese mismo momento Shaushga, mi señora, se apareció a mi mujer en un sueño (y le dijo): «¡Marcharé delante de tu marido (como ayudante) y toda Hattusa se pasará al bando de tu marido! Puesto que lo he en-

grandecido, nunca lo dejé a merced de una corte malvada, de una divinidad maligna. Ahora lo cogeré y lo haré sacerdote de la diosa del sol de Arinna (cargo ostentado siempre por el gran rey de los hititas). ¡Vosotros, por vuestra parte celebradme como Shaushga *parassi* (epíteto hurrita desconocido)!». Shaushga, mi señora, caminó detrás de mí. Y tal como me anunció, ocurrió. También en este caso Shaushga, mi señora, me mostró (su) preferencia. Y a los señores, a los que Urhi-Teshub había expulsado, Shaushga se les apareció en sueños, carentes de poder como estaban (?), (con estas palabras:) «Las tierras de Hatti en su totalidad yo, Shaushga, se las he pasado a Hattusili».

Entonces experimenté la preferencia de Shaushga también en esta ocasión plenamente; y al no permitir a Urhi-Teshub quedarse en ningún sitio, lo encerró en Samuha, como a un cerdo en su pocilga. Los gasga, que se habían mostrado hostiles a mi persona, vinieron tras de mí; también toda Hattusa estaba tras de mí. Conforme al respeto que sentía por mi hermano, no hice nada (malo). Pero volví contra Urhi-Teshub y me lo llevé como a un prisionero. Le di varias ciudades fortificadas en el país de Nuhashshe y allí se quedó. Conspiraría otra conspiración y marcharía al país de Karduniash (es decir, Babilonia). Entonces, cuando tuve noticia de este asunto, lo apresé y lo relegué al mar. A Sipa-ziti (hijo de Armatarhunda) también le permití cruzar la frontera. Le quité su casa y se la di a Shaushga, mi señora. Se la di a Shaushga, mi señora; pero Shaushga, mi señora, me secundó paso a paso.

Era príncipe y me convertí en jefe de la guardia. Sin embargo, (como) jefe de la guardia, me convertí en rey de Hakpissa. Sin embargo, (como) rey de Hakpissa, me convertí en gran rey. Además Shaushga, mi señora, puso en mis manos a los envidiosos, a mis oponentes y adversarios en la corte. Y unos murieron por medio de las armas, pero otros murieron de sus días (es decir, de viejos). A todos juntos los derroté; y Shaushga, mi señora, me entregó el señorío real sobre todo el país de Hatti.

Y me convertí en gran rey; porque ella me escogió, cuando era príncipe, y Shaushga, mi señora, me dejó alcanzar el trono. Y los reyes que eran más viejos que yo (es decir, que ocupaban el trono desde hacía más tiempo que yo) y que mantenían buenas relaciones conmigo, continuaron en buenas relaciones conmigo; y empezaron a enviarme embajadores. Empezaron a enviarme presentes. Pero los regalos que me enviaron no se los habían mandado nunca a mis padres ni a mis abuelos. Todo el que era un rey obligado a mostrarme su respeto, me mostraba respeto; pero (a los países) que me eran hostiles, los derroté; a las tierras de Hatti fui añadiendo región tras región. En cuanto a los (reyes) que habían sido enemigos en tiempos de mis padres y mis abuelos, hice la paz con ellos.

Pues bien, como la diosa, mi señora, seguía mostrándose favorable conmigo de esta manera, por respeto a mi hermano nunca hice nada (malo). Tomé a mi [sobrino] Kurunta y en el lugar que mi hermano, Muwatalli, había convertido en la ciudad de Tarhuntassa, lo instalé en el trono.

(A continuación viene una relación de las tierras, ofrendas y edificios donados a Shaushga; Hattusili pone a su servicio a su hijo, Tudhaliya:)

Y en el futuro quienquiera que nazca de Hattusili y Puduhepa, (ya sea) su hijo, su nieto (o) su descendiente, se mostrará (particularmente) respetuoso con Shaushga de Samuha entre todos los dioses (*CTH*, 81; Goetze, 1925; Otten, 1981; *TUAT*, I, pp. 481-492).

Liber

El texto debió de componerse pocos años después de la ascensión al trono de Hattusili III (1275 [1264]), pues alude a la aceptación de su posición por parte de los estados vecinos, entre ellos presumiblemente Egipto y Babilonia. No obstante, es evidente que los intentos por parte de Egipto de apoderarse del territorio hitita en el norte de Siria siguieron adelante; Ramsés II mantuvo correspondencia con el estado de Mira, vasallo y vecino de los hititas; y Babilonia y Egipto, al menos durante algún tiempo, acariciaron la idea de prestar apoyo a Urhi-Teshub contra su tío. Todos estos asuntos, y por supuesto la traición de ciertos nobles hititas, como Armatarhunda, habían recibido cumplida atención en la época en que Hattusili presentó esta detallada justificación de su usurpación. La rapidez de su triunfo al hacer frente a una situación política tan traicionera y peligrosa (con la excepción de Mira, país del que, según parece, perdió el control) queda demostrada por el gran tratado de paz que por fin firmó con Ramsés II en 1269 (1258), del cual conservamos la versión egipcia y la hitita (en realidad escrita en acadio) (*CTH*, 91; Weidner, 1923, n.° 8; *ANET*, pp. 201 y ss.; *TUAT*, I, pp. 135 y ss.; véase el capítulo 4, apartado 4). El tratado vino a marcar una época de paz y estabilidad en Levante, en la que los distintos reyes, sus esposas y sus hijos mantenían regularmente correspondencia unos con otros (*CTH*, 155-165 y 167-169); se planeó la realización de una visita real a Egipto, y se concluyó el matrimonio entre una princesa hitita y el faraón de Egipto (véase el capítulo 4, apartado 4). La alianza de las dos grandes potencias vino motivada sin duda alguna en parte por la amenaza cada vez mayor que suponía Asiria (véase el capítulo 7, apartado 2). Mitanni se había separado ya efectivamente durante el reinado de Muwatalli, y la región de Isuwa, rica en cobre, se perdió en tiempos de Hattusili. Pese a los intentos de Hattusili por fortalecer los vínculos de Hatti con Babilonia (*CTH*, 174 y 172) contra Asiria, parece que los babilonios no fueron capaces de responder eficazmente, debido a la severa presión ejercida por su vecino del norte. La descortés respuesta que diera Muwatalli al rey de Asiria cuando éste intentó que su país fuera incluido entre las grandes potencias (*CTH*, 171; véase el capítulo 7, apartado 2) debió de contribuir muy poco a crear una atmósfera idónea para que se produjera un acercamiento; Babilonia quedó cada vez más distanciada de sus antiguos aliados debido a la expansión territorial de Asiria.

Los últimos reyes hititas

En su apología, Hattusili III hace referencia a la instalación de su sobrino, Kurunta, hermano de Urhi-Teshub, en Tarhuntassa, que Muwatalli había convertido en capital del reino en tiempos de la destrucción de Hattusa y de la pérdida de gran parte de los territorios del norte. Varios textos demuestran que, cuando se sublevó para apoderarse del trono, Hattusili reunió un grupo de partidarios poderosos, a los que tuvo que recompensar, y de hecho los recompensó más que bien cuando se convirtió en rey (Archi, 1971). Kurunta

fue uno de ellos: su parentesco con el soberano derrocado le daba potencialmente cierto derecho al trono y lo convertía en una amenaza especialmente seria que era preciso neutralizar. El descubrimiento más excitante realizado últimamente en Hattusa ha sido el hallazgo de una tablilla de bronce con el texto completo —¡ni una sola fractura!— del tratado concluido entre el hijo y sucesor de Hattusili, Tudhaliya IV (1245-1215 [1239-1209]), y Kurunta de Tarhuntassa (Otten, 1988; cf. Houwink ten Cate, 1992). Este documento viene a reafirmar en esencia el acuerdo alcanzado originariamente entre Hattusili y Kurunta, pero muestra además que la importancia de este último (o la amenaza que representaba) era tal que Tudhaliya se vio obligado a realizar otras concesiones extraordinarias a su primo: le entregó más territorios, redujo su obligación de suministrar soldados al ejército hitita, le eximió del pago de diversos impuestos relacionados con el abastecimiento de los cultos, y le dejó las manos libres para nombrar a su sucesor. Pero sobre todo nos interesa la siguiente afirmación:

> Con respecto al «gran trono» (es decir, del gran rey de los hititas), el mismo acuerdo/tratado (válido para) el rey de Carchemish sea válido para él: más grande que el rey de Tarhuntassa será sólo el príncipe heredero; aparte de éste nadie sea más grande que él. Y cualquier norma que con respecto a la posición real sea válida para el rey de Carchemish, lo será también para el rey de Tarhuntassa (Otten, 1988, II, § 18; Lebrun, 1992, § 12).

El texto pone de manifiesto que la posición de Kurunta en Tarhuntassa (en la llanura de Konya) era comparable a la del príncipe de Carchemish, que hacía las veces de virrey de los hititas entre los estados clientes de Siria (véase *supra*, p. 289). Su rango era igual al del privilegiado gobernador de Carchemish, y por delante sólo tenía al mismísimo heredero al trono. Quizá también implique que a Kurunta se le había confiado una superioridad semejante sobre los estados situados al oeste del país. En todo momento se hace hincapié en la familiaridad existente entre Tudhaliya y Kurunta: eran «hermanos de sangre», se habían amado y honrado uno a otro desde el primer momento, y Kurunta se había mostrado siempre leal a Tudhaliya. Un indicio de por qué se reforzaban ahora los lazos existentes entre los dos primos y de por qué razón Kurunta había sido recompensado, es la alusión que hace el tratado al hecho de que originalmente Hattusili había designado como sucesor suyo a otro de sus hijos, aunque posteriormente lo había proscrito nombrando en su lugar a Tudhaliya. Es posible que esta breve mención (Otten, 1988, II, 43-44) refleje las intrigas y las luchas por el trono en las cuales fue Tudhaliya quien se alzó con la victoria, e indique que Kurunta había sido uno de sus principales partidarios. Esta circunstancia podría explicar por qué había recibido tantos favores. Al mismo tiempo Tudhaliya IV intentó ligar a Kurunta por medio de juramentos de lealtad al nuevo sistema de sucesión establecido tras la usurpación de Hattusili:

> Pues bien, Kurunta, si no respetas las palabras de esta tablilla y a mi sol (es decir, «mi majestad»), y después no proteges a los descendientes de mi sol en el señorío, o bien si pretendieras el trono de Hatti, o si alguien pone dificultades a mi sol o a los descendientes de mi sol con respecto al trono de Hatti, y tú lo apoyas y no lo combates, que estos dioses del juramento acaben contigo y con todos sus descendientes (Otten, 1988, IV, 5-11; Lebrun, 1992, § 18).

Para complicar más la historia se han encontrado en Hattusa varias improntas de sellos (concretamente de dos) con la siguiente leyenda: «Gran Rey Labarna Kurunta» (Otten, 1988, pp. 4-5; véase Neve, 1992, 21 Abb. 40-42). Ello implica que ocurrió precisamente lo que se temía Tudhaliya, y que Kurunta se apoderó efectivamente del trono de Hatti durante algún tiempo. No sabemos cuándo se produjo exactamente el hecho: tal vez fuera a la muerte de Tudhaliya, y así se explicaría la corta duración del reinado de su inmediato sucesor, Arnuwanda III (1215-1210 [1209-1205]). Pero todo es pura especulación.

Aunque el gigantesco programa de reconstrucciones de Tudhaliya en Hattusa y sus alrededores está perfectamente atestiguado, no cabe duda de que Hatti sufrió varios reveses a lo largo de su reinado. En el este y en el norte de Siria, los ataques de Tukulti-Ninurta I de Asiria contra las fortalezas hititas y las deportaciones de súbditos hititas supusieron serias pérdidas para los territorios de Tudhaliya (véase el capítulo 7, apartado 2). Podemos hacernos una idea del terror que se apoderó del rey de Hatti a la vista del tratado firmado con Amurru en esta época, en el cual al rey de este país se le prohíbe comerciar con Asiria (*CTH*, 105). Al mismo tiempo, los hititas perdieron sus territorios vasallos en occidente, que no volvieron a recuperar nunca más. Un episodio curioso, que sigue resultando enigmático, es el de la conquista por parte de Tudhaliya (y continuada, al parecer, por su hijo, Suppiluliuma II) de parte de la isla de Chipre con la consiguiente imposición de un tributo (a pagar sobre todo en cobre) a sus habitantes (*CTH*, 121). No sabemos si, como han sugerido algunos, fue un intento deliberado de compensar la pérdida de las minas de cobre de Isuwa (McQueen, 1986 [0Ge], p. 50), o si debemos más bien relacionarla con los problemas creados por las incursiones piratas, cuya base estaba en Chipre (Singer, 1985; Gurney, 1990, p. 32). Los acontecimientos son particularmente oscuros durante el reinado de los sucesores de Tudhaliya, y ni siquiera podemos hacernos una vaga idea de la duración del último de ellos, el de Suppiluliuma II (cuya ascensión al trono se sitúa aproximadamente en 1210 [1205]). Algunas ciudades hititas, como, por ejemplo, Gordio, muestran una transformación gradual, sin que aparezca en sus ruinas nivel alguno con señales de incendios o destrucciones masivas (Gunter, 1990, p. 105). Pero Hattusa presenta todos los signos de una destrucción masiva por obra del fuego y los archivos hititas enmudecen por completo. Todavía no se sabe en manos de qué fuerza invasora cayó ni por qué los hititas no volvieron a recuperarla (como ocurriera anteriormente, véase *supra*, pp. 287 y 294). Los materiales escritos no muestran el menor indicio de que se cer-

Liber

niera sobre la ciudad semejante desastre, y sólo aluden a la victoria de Suppiluliuma II en la batalla naval librada frente a las costas de Chipre, y a su construcción de un santuario excavado en la roca y dedicado al culto de su padre (probablemente la pequeña capilla de Yazılıkaya). El poderoso imperio hitita, esa entidad política tan bien cohesionada que había dominado Anatolia durante más de cuatrocientos años, dejó de existir poco después.

5. El estado hitita

¿Qué clase de entidad política era el estado de Hatti? Una cuestión que se ha planteado en ocasiones es la de si realmente tenemos derecho a calificarlo de «imperio» durante el período comprendido entre *c.* 1400 y *c.* 1200. ¿Acaso no se trataba más bien de una colección heterogénea de entidades diversas que fueron agregándose poco a poco y que nunca constituyeron más que una especie de mosaico mal encajado? Y si nos fijamos en su complejidad lingüística, ¿no cabría hablar más bien, en el mejor de los casos, de una especie de federación en sentido lato? Aunque indudablemente las diversas regiones y grupos étnicos conservaron sus tradiciones locales en el terreno cultural, jurídico y lingüístico, este hecho no excluye por sí solo el carácter imperial del reino hitita. En la medida en que se utilice el término «imperio» para definir una situación en la que *a*) existen un único poder central que abarca un territorio bastante amplio, y una serie de sociedades, a las que aquél domina a través de la conquista militar y de la fuerza y cuyos excedentes utiliza, y *b*) existe una especie de marco administrativo general, cabe afirmar que el estado hitita constituyó ciertamente un imperio, al menos a partir de *c.* 1400, si no antes. No existe realmente ningún problema de definición, aunque se planteen ciertas dificultades a la hora de entender exactamente cómo funcionaba.

El gran rey y los reyes vasallos

El rasgo de los hititas que resulta más sorprendente es el gran número de los denominados «tratados de vasallaje» que se conservan y que definen las relaciones existentes entre el rey de Hatti y otros dinastas subordinados, a los que también se da el título de «rey». No obstante al soberano de Hattusa se le denomina invariablemente «gran rey», título que no se aplica en ningún caso a los príncipes vasallos, por poderosos que pudieran parecer. Estos tratados ponen de manifiesto que el poder de los reyes vasallos se limitaba territorialmente a una extensión de tierra delimitada con mucha precisión; por ejemplo, en el nuevo tratado con Kurunta de Tarhuntassa (véase *supra*, p. 299), se dedican 102 líneas únicamente a definir las fronteras y los derechos territoriales del reino de Tarhuntassa (Otten, 1988). Al mismo tiempo, es evidente, por los acuerdos firmados con Ugarit (véase el capítulo 6, apartado 2)

y la «Apología de Hattusili» (véase *supra*, p. 296), que la extensión de un territorio concedido originalmente por el gran rey podía verse reducida más tarde según el capricho de éste. Es evidente asimismo que, si bien a determinados parientes próximos del monarca, como el rey de Carchemish y más tarde también probablemente el de Tarhuntassa, se les concedían unos poderes políticos bastante amplios en las regiones en las que estaban situados sus centros de influencia (como demuestra, por ejemplo, el tratado de Shattiwaza (*CTH*, 51; Weidner, 1923, n.° 1), esos poderes se hallaban siempre restringidos y en último término la autoridad suprema seguía siendo el gran rey de Hatti. Así, por ejemplo, la decisión final en el largo proceso de divorcio del rey de Ugarit fue tomada o corroborada por el propio gran rey (véase el capítulo 6, apartado 2); en el tratado con Kurunta de Tarhuntassa se especifica que éste y el rey de Carchemish tendrán un rango inferior sólo al príncipe heredero de Hatti; por último, los vasallos podían solicitar directamente al Gran Rey que revocara una medida adoptada por una autoridad local, como demuestra una carta real descubierta en Emar (a orillas del Éufrates, la actual Tell Meskene) (véase el capítulo 6, apartado 3):

> Así (habla) mi sol (es decir, «mi majestad»): a Alziyamuwa dile (lo siguiente): «Aquí tengo a Zu-Ba'al, adivino, hombre de Astata, postrado ante mí (con la siguiente petición): "La casa de mi pariente, AN-damali, y la viña, me las quita Alziyamuwa y se las da a Palluwa. En cuanto a rentas, antes no tenía que pagarlas, pero ahora estoy obligado a pagar rentas y prestaciones de trabajo". Pues bien no deben quitársele ni su hacienda ni su viña. Y si se las han quitado, que se le devuelvan. En cuanto a las rentas que nunca pagó, ¿por qué ahora le has gravado con rentas (y) prestaciones de trabajo? Pues bien, que lo que hizo antes siga haciéndolo ahora. Pero que no haga nada más. ¡Y que nadie le moleste!» (Msk. 73.1097; Laroche, 1982, n.° 1).

Así pues, aunque los reinos vasallos gozaban de una autonomía interna, la cesión de los poderes reales no era absoluta. La autoridad suprema seguía en manos del gran rey y sólo era delegada en parte, con unos límites cuidadosamente fijados.

La subordinación del soberano vasallo era subrayada siempre en los tratados que establecían su posición. Así, en el tratado con Shattiwaza (Weidner, 1923, n.° 2; *CTH*, 52; véase el capítulo 6, apartado 1), se pone de manifiesto la indigencia total y absoluta del soberano de Mitanni, que llega con las manos vacías ante Suppiluliuma I; cuando Mursili II estableció a Kupantaradu como rey de Mira y Kuwaliya (Friedrich, 1926, n.° 3; *CTH*, 68), repite por tres veces que, como el padre de Kupantaradu se había sublevado en tres ocasiones, el gran rey habría tenido derecho a ejecutarlo, y, sin embargo, haciendo gala de su clemencia, lo ha nombrado rey; a Manapatarhunda del País del Río Seha (Friedrich, 1930, n.° 4; *CTH*, 69) se le dice formalmente en su tratado que debe su vida y su posición únicamente a las súplicas que en su nombre han presentado los ancianos de ambos sexos que se habían pos-

Liber

trado ante el gran rey con lágrimas en los ojos pidiendo clemencia para él (cf. «Anales de Mursili», *supra*, p. 291). Así pues, en todos los casos se subraya la dependencia total respecto del gran rey de Hatti, y desde luego así lo pone de manifiesto la historia de sublevaciones y traiciones que habrían justificado las ejecuciones sumarias. La suerte de los reyes vasallos estaba enteramente en manos del gran rey, y consiguientemente tenían la obligación de apoyarlo con lealtad, como podemos ver con toda claridad en el siguiente ejemplo:

> Pero si tú, Kurunta, pones en tu corazón las palabras de esta tablilla (y) te esfuerzas siempre (por mantener) el dominio de mi sol (es decir, «mi majestad»), y luego el de los descendientes de mi sol, estos dioses te concederán prosperidad y ojalá llegues a viejo de la mano de mi sol (Otten, 1988, IV, 12-14; Lebrun, 1992, § 18).

Una forma importante de fortalecer las relaciones existentes entre el soberano-vasallo y el gran rey era la costumbre de casar al vasallo con una pariente del rey. Según la importancia y el rango del dinasta, podía ser una hermana o una hija del gran rey, o bien una pariente más lejana. No se trata de una costumbre constante (en realidad debemos subrayar en todo momento el carácter individual, *ad hominem* de los tratados), pero, cuando se daba el caso, suponía una señal inequívoca del favor real (véase el tratado con Amurru, *CTH*, 105). La mujer escogida para contraer matrimonio era seleccionada en ocasiones por la reina y presentada al nuevo dinasta, tal vez formando parte de las ceremonias protocolarias que acompañaban la jura del tratado y su coronación. El nuevo soberano recibía la orden de gobernar su reino junto con su esposa, cuyo parentesco con la familia real servía como un ulterior freno a sus ambiciones personales. Parece además que esta medida permitía al gran rey tomar una serie de disposiciones concretas con respecto a la sucesión del reino vasallo, como podemos apreciar en el nuevo tratado de Tarhuntassa:

> Sea cual fuere la mujer que la reina te dé por esposa, al hijo de ésta lo tomará para el trono de Tarhuntassa (Otten, 1988, II, 85-86; Lebrun, 1992, § 13).

En consecuencia, muchos de los dinastas instalados por el gran rey de Hatti, si es que no pertenecían ya a la familia real, pasaron desde luego a formar parte de ella al contraer matrimonio con alguna pariente suya; sus descendientes eran hijos de alguna princesa o noble hitita cuyas lealtades y raíces familiares se hallaban en el corazón mismo de Hatti. El gran rey se las veía y se las deseaba para proteger el bienestar de las mujeres de su familia, que podían haber contraído matrimonio con el soberano de un país en el que las costumbres relativas a las relaciones con las mujeres podían ser muy diversas. El tratado con Hukkana de Azzi-Hayasa, país salvaje y montañoso, considerado a todas luces poco civilizado, ilustra perfectamente esta situación:

Liber

> Mi hermana, a la que yo, el sol, te he dado por esposa, tiene muchas hermanas de familia (real) (es decir, hermanas de padre y madre) y de semilla (real) (es decir, hermanastras) ... En cuanto al hecho de que hayas contraído (*matrimonio*) con una hermana suya, en Hatti existe esta ley: «Un hombre no tendrá comercio carnal con su propia hermana ni con su prima; no es lícito. Quien haga una cosa así, no vivirá en Hattusa y será ejecutado». Como tu país es bárbaro, es habitual (??) que un hermano tenga comercio (carnal) con su hermana o con su prima. Pero semejante proceder no es lícito en Hattusa. Si una hermana o una hermanastra o una prima de tu esposa va a tu casa, dale de comer y de beber; ¡come, bebe y sé feliz! Pero no desees tener comercio (carnal) con ella. No es lícito. Por una cosa semejante desde luego morirían. ¡Conque ni se te ocurra! Si alguien pretende inducirte a proceder de ese modo, no le escuches y no lo hagas. Este deber te impone el juramento (*CTH*, 42; Friedrich, 1930, n.º 6, §§ 29-30).

A continuación vienen otras prohibiciones relativas a los contactos sexuales de Hukkana cuando visite Hattusa, ilustradas por un cuento admonitorio de lo que podría ocurrirle si infringiera las normas. Además, a Hukkana no sólo se le prohíbe el comercio carnal con las mujeres de la familia de su esposa, sino también con las esposas e hijas de sus propios hermanos, y se le intima explícitamente a no tomar como segunda esposa a una mujer del país.

El nexo fundamental que mantenía unido al imperio eran las obligaciones de lealtad impuestas a sus súbditos por el gran rey, ya fueran sus servidores personales, tales como sus guardias de corps o los cocineros del palacio, o los dinastas locales que gobernaban sus países con su beneplácito. En el caso de los reyes vasallos, la lealtad era exigida de muy diversas maneras, aunque los términos concretos podían variar: en primer lugar estaba la obligación de garantizar que la sucesión al trono se llevara a cabo de la forma prevista por la ley; otra exigencia habitual era la de suministrar tropas y combatir al lado del rey cuando marchaba a la guerra, entregar a los fugitivos, informar de cualquier cosa que pudiera poner en peligro al reino, proporcionar las personas obligadas a realizar las prestaciones de trabajo forzoso cuando se le pidiera, y suministrar bienes para los cultos de Hatti. A esto cabría añadir la orden que tenían los dinastas locales de presentarse anualmente en la corte hitita junto con su tributo, que normalmente consistía en una cantidad fija de metales preciosos, así como una serie de regalos valiosos concretos, entre ellos telas teñidas y determinadas prendas de ropa. Los términos del acuerdo eran sancionados por una serie de juramentos, y las secciones de los tratados relativas al juramento —en los casos en los que se nos han conservado— suelen ser sumamente largas; podemos comprobar así que los juramentos se realizaban por todos los dioses de una parte y otra, entre ellos elementos físicos tales como «el cielo (y) la tierra, el gran mar, las montañas, los ríos (y) las fuentes de Hatti y del país *x*». Actuaban como testigos del tratado los funcionarios más altos de la corte y del ejército, cuyo nombre se especifica. El texto era grabado en tablillas de metal, a veces precioso, como en el caso del tratado firmado con Egipto, que fue grabado en una

tablilla de plata (aunque en realidad este no es un «tratado de vasallaje»). Se realizaba también una copia de archivo para ser guardada. Hasta el descubrimiento de la tablilla de bronce con el texto completo del tratado de Tudhaliya IV con Kurunta sólo se conocían las copias de archivo en planchas de barro. La tablilla de bronce nos ofrece una buena idea del aspecto que podían tener los documentos de este estilo: mide 35 cm × 23,5 cm; su grosor es de 8-10 mm, y su peso de 5 kg. Está finamente grabada en sus dos caras y en la parte superior hay unos agujeros por los que evidentemente pasaban unas cadenas de bronce; probablemente colgaran de ellas en un principio los sellos divinos con los que se sellaba el tratado, como demuestra la última frase del texto:

> Esta tablilla (constituye) la séptima copia y fue sellada con el sello de la diosa del sol de Arinna y con el sello del dios de las tormentas de Hatti. Se depositó una tablilla ante la diosa del sol de Arinna, otra ante el dios de las tormentas de Hatti, otra ante Levalni, otra ante Hepat de Kizzuwadni, otra ante el dios de las tormentas *pihassassi*, y otra en el palacio real ante Zithariya; por su parte Kurunta, rey de Tarhuntassa, tiene otra tablilla en su casa (Otten, 1988, § 28; Lebrun, 1992, § 21).

Así pues, la mayor parte de las copias eran guardadas en diversos santuarios bajo el control directo del gran rey, así como en su palacio. Eran depositadas ante las estatuas de las principales divinidades, por las cuales se habían realizado los juramentos y con cuyos sellos había sido sellado el documento; sólo se entregaba una copia a los reyes vasallos con el fin de recordarles sus obligaciones. A veces en el propio documento se especificaba el deber del príncipe subordinado de hacer leer el tratado en su presencia y en la de sus súbditos (por ejemplo, Weidner, 1923, n.° 2, rev. 7-8), lo cual indica que se realizaban regularmente lecturas públicas en las que se recordaba al interesado su subordinación respecto del gran rey de Hattusa.

El gran rey y sus oficiales

Las normas impuestas a los oficiales de palacio y del ejército, así como a los funcionarios del culto (*CTH*, 251-275), eran muy precisas y estaban relacionadas con la función desempeñada por cada uno en concreto, especificándose cómo debía ser desempeñada cada una (Von Schuler, 1957; Güterbock y Van den Hout, 1991). La estructura formal de esas instrucciones e incluso el término hitita mediante el que se las designa son idénticos a los de los «tratados de vasallaje», es decir, *ishiul* (= 'vínculo', 'contrato'). Ello implica que el vínculo que unía a los servidores reales con el trono no se concebía en esencia de un modo muy distinto del que unía a los reyes clientes: *todos* habían obtenido su posición y su área de competencia del gran rey, al que debían prestar los servicios y obligaciones impuestos. La terminología de-

Liber.

muestra que el sistema utilizado en un principio para afirmar la obediencia de los servidores del rey, fue extendiéndose, a medida que se ampliaba el reino hitita, a los representantes de los nuevos súbditos, esto es, a los reyes clientes. La lealtad se aseguraba obligando a los oficiales a jurar por los mismos dioses invocados en los tratados que iban a respetar sus cláusulas. Así, por ejemplo, a los soldados se les hacía jurar que iban a cumplir con su deber (Oettinger, 1976). Los funcionarios relacionados con algún tipo de servicio religioso recibían instrucciones detalladas de sus deberes, empezando por la obligación de estar limpios y siguiendo por los detalles relativos al modo en que debían tratar las vituallas destinadas a los banquetes cultuales. Para explicarles la norma relativa a la limpieza se compara su función con la de un esclavo frente su amo:

> Además que los encargados de preparar el pan de cada día estén limpios; que se laven (y) aseen (?); que (se corten) el pelo (?) y las uñas, y que lleven ropas limpias. Si no, que no lo preparen. Que los encargados de propiciar el corazón y el alma de los dioses las preparen (es decir, las hogazas de pan). Y que la casa del panadero en la que las preparen sea barrida (?) y regada (?). Además que no se acerque ningún cerdo ni perro a la puerta del lugar en el que se parta el pan. ¿Acaso es distinta la actitud de los hombres y la de los dioses? ¡No! ¿Acaso en esta (cuestión) lo es (diferente)? No; su actitud es la misma. Cuando un esclavo se presenta ante su amo, se lava y lleva (ropas) limpias; y le da de comer o le da de beber. Y él, su amo, come (y) bebe y su espíritu se relaja y se siente inclinado (?) favorablemente hacia él. No obstante, si (el esclavo) es descuidado (?) y negligente (?), la actitud hacia él es distinta (*CTH*, 264; Sturtevant y Bechtel, 1935, n.º 4; *ANET*, 207-210).

Las «instrucciones» nos ofrecen una imagen muy interesante de cómo era la administración del reino hitita. Así, por ejemplo, gracias a las instrucciones sabemos que existía un alcalde (*HAZANNU*) de Hattusa, encargado por el rey de controlar a los guardianes de la ciudad y de asegurarse de que en ella reinara el orden. Sus oficiales tenían la obligación de inspeccionar los sellos de las puertas, que se cerraban cada noche, y de comprobar cada mañana que no habían sido rotos; después los quitaban y las puertas se abrían para permitir la entrada y la salida del tráfico (*CTH*, 257; Otten, 1964 y 1983; Daddi, 1975). También otras ciudades tenían alcaldes con responsabilidades parecidas, y todos ellos eran responsables del cumplimiento de sus obligaciones ante el gran rey. Las obligaciones de los comandantes de las guarniciones y de los oficiales encargados de la vigilancia de las fronteras estaban asimismo detalladamente descritas y explicadas (*CTH*, 260-261). Al frente de la administración del estado había dos grupos, «los grandes», que era una aristocracia formada por las grandes familias del reino, y «los hijos del rey», que eran parientes del soberano en distinto grado. Todos los altos cargos de la corte, la administración de las regiones fronterizas, el gobierno de algunos reinos clientes importantes (Carchemish, Tarhuntassa, Hakpis), y los principales mandos del ejército estaban en manos de los miembros de estos grupos.

Los juramentos de lealtad que unían a cada funcionario con el rey eran garantizados por casamientos, de suerte que la interrelación de ambos grupos era cada vez más estrecha: de hecho muchos de ellos acababan convirtiéndose en miembros de la familia real. Fruto de esta situación fue la aparición de una clase dirigente bien cohesionada, caracterizada por la rivalidad de sus miembros, deseosos de obtener ventajas personales. Las recompensas que traía aparejadas la ocupación de un alto cargo, aparte de los matrimonios ventajosos desde el punto de vista político, eran la obtención de una parte de los tributos, como vasijas de metal y prendas de ropa (véase el tratado de Ugarit, *infra*, pp. 345-346; *CTH*, 47), o del botín de guerra, por ejemplo, deportados encargados de trabajar las tierras concedidas por el rey a sus servidores (cf. los «Anales de Mursili», *supra*, p. 290; Riemschneider, 1958; *RLA*, 6, pp. 468-470):

> Arnuwanda, el gran rey, Asmunnikal, la gran reina, y Tudhaliya, el hijo del rey, el *tukhanti* (príncipe heredero), han conquistado (tierras y personas) y se las han dado de regalo a Kuwatalla, el hierodulo, servidor suyo. Que nadie se las dispute a los hijos y nietos de Kuwatalla. Las palabras de Arnuwanda, el gran rey, Asmunnikal, la gran reina, y Tudhaliya, el *tukhanti*, son de hierro: no (las) arrojes al suelo, no (las) quebrantes; quienquiera que las tuerza será decapitado (*CTH*, 223; Haase, 1984, pp. 70-71).

Los hombres asignados a los beneficiarios de las concesiones de tierras podían ser utilizados como soldados u operarios por la autoridad central, a menos que el gran rey concediera específicamente una exención de este tipo de servicios (Haase, 1984, pp. 64-65). Tenemos noticia de exenciones a determinados terratenientes (por ejemplo, *CTH*, 224-225); pero las que están mejor atestiguadas en documentos históricos de cierta extensión aluden a dispensas concedidas a personas relacionadas con los santuarios (Otten y Souček, 1965). El suministro de operarios y de provisiones a los templos era una de las obligaciones más importantes del gran rey, de suerte que esas exenciones pueden ser consideradas un modo de hacer frente a estos deberes.

El país de Hatti

Aparte de las fincas concedidas a los funcionarios reales, la Anatolia hitita estaba salpicada de ciudades, algunas de las cuales eran bastante grandes, tales como Alaca Hüyük, con sus importantes fortificaciones, y Tarhuntassa, convertida en capital del reino por Muwatalli. Debemos añadir a la lista los grandes centros de culto, que probablemente tuvieran las dimensiones de una ciudad, como, por ejemplo, Samuha (Lebrun, 1976), Nerik (Haas, 1970), o Sallapa (posiblemente Gordio). En muchas ciudades de Anatolia había palacios y almacenes, llamados por los hititas «casas del sello». Algunos de esos almacenes reales aparecen citados en el texto de una fiesta anual bastante

Liber

bien conservado (KI.LAM) (Singer, 1983-1984): en una de las ceremonias mencionadas participaban los administradores de los depósitos reales de diversas ciudades, que se colocaban junto a un montón de productos aportados por sus respectivos almacenes; cuando el soberano se acercaba, el heraldo iba presentándoselos de uno en uno y nombrando sus respectivas ciudades. Aunque la lista era mucho más larga, se han conservado diez nombres, y podemos comprobar que las «casas del sello» estaban diseminadas por todo el reino. Diversos documentos revelan que los administradores de los almacenes eran funcionarios importantísimos. El movimiento de mercancías a lo largo y ancho del imperio era controlado desde esos almacenes; funcionaban como centros de recaudación de las rentas reales, tanto en forma de grano y de productos agrícolas, como en forma de tejidos y metales, preciosos y no preciosos. Un estudio de los inventarios ha demostrado que los hititas mantenían importantes vínculos comerciales no sólo con Babilonia y Egipto, sino también con Licia, Chipre, Ahhiyawa y los estados del norte de Siria (Košak, 1982). Las importaciones de grano organizadas por los mercaderes de Ura (quizá la moderna Gilindere, cerca de Aydınak, en Cilicia) (véase Beal, 1992; véase *infra*, capítulo 6, apartado 2) se conocían ya desde hace tiempo; pero *últimamente* los testimonios de los inventarios han sacado a la luz algunos detalles más relacionados con la estructura comercial del reino. Debemos subrayar una vez más que los inventarios demuestran que los hititas utilizaban el *hierro* sólo con fines ornamentales; las técnicas de producción de herramientas y armas de este metal todavía no se habían desarrollado plenamente. Los hititas *no* fueron ningunos innovadores en el campo de la siderurgia, *no* la generalizaron y desde luego no ostentaban su monopolio (Muhly *et al.*, 1985).

Había además poblaciones más pequeñas, lugares y aldeas, en los que las cuestiones de política local eran gestionadas por los ancianos del lugar, que representaban también a su comunidad ante la autoridad central y sus oficiales. La mayor parte de la información relativa a esta faceta de la vida de Hatti procede de la colección de leyes hititas que se nos han conservado (*CTH*, 291-292; Friedrich, 1959; *ANET*, pp. 188 y ss.; *TUAT*, I, pp. 96 y ss.; Haase, 1979), en las que se plantean algunos de los problemas que rodean a la interpretación de otros «códigos», como por ejemplo el de Hammurabi (véase el capítulo 2, apartado 5). Datan del Antiguo Reino y fueron vueltas a copiar durante la época imperial, de modo que su validez general durante este período ha sido puesta en tela de juicio. Algunas cláusulas indican que las leyes emanan de disposiciones jurídicas concretas del rey, pues aluden a las consecuencias que podía tener una determinada acción «en tiempos pretéritos» y las que tenía «ahora» (Hoffner, 1965), expresión que recuerda a la de algunos decretos reales conservados.

La base agrícola de Anatolia se pone vivamente de manifiesto en estas leyes, y se ve confirmada en los comentarios diseminados en otros documentos. Los principales cereales producidos eran la cebada y la espelta, utilizadas para la fabricación de pan y cerveza; se cultivaban también gran cantidad de huertas y viñas, y se criaban abejas destinadas a la producción de miel

Liber

(para la alimentación en la Anatolia hitita, véase Hoffner, 1974). Las parcelas en explotación eran, al parecer, bastante pequeñas, estaban separadas unas de otras por cercas, y diseminadas alrededor de las aldeas o en el interior de las mismas. El ganado mayor y los caballos eran los animales más valiosos, como ponen además de manifiesto los inventarios de los botines obtenidos por los hititas. Las cabras y las ovejas eran más numerosas. Su sistema de cría era justo el contrario del que vemos en las llanuras de Siria y Mesopotamia: los animales eran llevados a los pastos de altura en verano y trasladados a los valles durante el crudo invierno. El tratado de Tudhaliya IV (Otten, 1988) ha revelado con bastante claridad la importancia de los pastos de altura en verano: se conceden específicamente a Kurunta amplios derechos de pasto en las montañas. El mismo documento nos ofrece un testimonio interesante acerca de la existencia de saladares, especificándose los derechos de su utilización, así como los de recogida de la sal. La cría de cerdos estaba muy extendida, tal vez debido a la naturaleza más boscosa por aquella época de Anatolia, y también la de perros. Estos animales podían dar lugar a disputas entre vecinos (de ahí su presencia en las leyes): los cerdos porque merodeaban por los campos y huertos destrozando los cultivos, y los perros porque desparramaban la basura por las calles. En las leyes se definen tres clases de perros: los perros pastores (los más valiosos), los de caza y los guardianes.

Las «instrucciones» y una carta real indican que numerosas comunidades de Anatolia vivían con arreglo a una serie de leyes locales muy diversas, y que esta situación era reconocida y sancionada por la autoridad central. A los oficiales encargados de la vigilancia de las fronteras (*BEL MADGALTI*), el rey les impartía las siguientes instrucciones:

> El oficial encargado de vigilar la frontera y los *maškim* (funcionarios) y los ancianos sentenciarán los pleitos cuidadosamente y los concluirán. Y (háganlo) como desde antiguo en los países determina la ley contra los malhechores: en las ciudades en las que se acostumbrara a ejecutarlos, que continúen ejecutándolos. Pero en las ciudades en las que se acostumbrara a desterrarlos, que se continúe desterrándolos. Después la ciudad se purificará. Si alguien escribiera una tablilla de madera o una tablilla de barro sellada en relación con un pleito, el oficial de la frontera dictará sentencia cuidadosamente y lo pondrá todo en orden. Pero si el caso es demasiado grave, remítaselo a su majestad. Pero no dictará sentencia en favor de su señor, ni de su hermano, ni de su esposa ni de su amigo. Y que nadie acepte sobornos. La parte buena no debe salir perdiendo y la mala no debe salir ganando. ¡Haz lo que sea justo! A cualquier ciudad que vayas, reúne a sus habitantes: y a cualquiera que te presente un pleito, dale una sentencia y acaba con el pleito. Actúa de la misma manera para el criado y para la criada, o para la mujer soltera... (*CTH*, 261; Von Schuler, 1957, pp. 36 y ss.; Haase, 1984, pp. 59-60).

Los ideales que el rey presenta a sus oficiales en el terreno de la ley aparecen claramente esbozados en este texto: cooperación con las autoridades locales; respeto de las normas locales; evaluación cuidadosa de los casos

Liber

complejos; remisión de todas las cuestiones complicadas al propio gran rey; falta de favoritismo para con los poderosos o para con los familiares y amigos; no aceptación de sobornos; justicia accesible para todos los habitantes de su jurisdicción, incluso para los miembros más débiles de la sociedad. Lo que no podemos apreciar, a falta de documentos privados, es si esta imagen idealizada era una realidad o no, aunque tenemos atestiguados casos de apelación ante el gran rey (véase la carta de Emar citada *supra*, p. 302). Los únicos pleitos conservados (registrados, según parece, al pie de la letra) tienen que ver con el robo de tierras de propiedad real o de los centros de culto; y difícilmente podemos considerarlos un caso típico (Haase, 1984, pp. 66-67; Werner, 1967).

Contaminación y purificación, culpa y penitencia

Existen muchísimos testimonios que demuestran que la muerte violenta se consideraba causa de impureza religiosa para la comunidad en la que se hubiera producido, y que era preciso realizar una serie de ritos de purificación a fin de eliminar la mancha de la sangre derramada. No siempre resulta fácil entender en qué consistía ese «acto de limpieza». Un estudioso ha postulado que en el rito de purificación por un asesinato (KUB, XXX, 34) la población masculina se dividía en dos grupos, llamados los «hombres de Hatti» y los «hombres de Masa»; al grupo de Hatti se le entregaban armas de bronce, mientras que al de Masa se le entregaban otras de madera. Los dos grupos se enzarzaban entonces en una «batalla» en la que (naturalmente) ganaban los hombres de Hatti. Entonces se capturaba un prisionero de guerra y se le dedicaba al dios (Kümmel, 1967, pp. 150-162). Otro estudioso, en cambio, ha interpretado el mismo texto como si se refiriera a una determinada fiesta de otoño, durante la cual se revivía una batalla legendaria (Gurney, 1977, p. 27, y 1990, p. 129). Así pues, su relación con los ritos de purificación no está clara. De hecho, cualquier tipo de muerte comportaba el riesgo de contaminación, aunque la muerte natural sólo contaminaba a los miembros más cercanos de la familia del difunto, que habían estado en contacto directo con el cadáver y que aún no habían enterrado el cuerpo o no se habían deshecho de los objetos domésticos utilizados por él. Como, por ejemplo, podemos ver en el siguiente documento:

> Su hijo ha muerto. Y la cama en la que dormía no la ha quemado, antes bien, se acuesta en ella cada noche (KUB, XVI, 83, vs. 26 y ss.; Otten, 1958, p. 9).

La preocupación por la pureza religiosa constituye un motivo recurrente en los documentos hititas, y podían motivarla acciones y circunstancias muy diversas. El desconocimiento de las posibles fuentes de contaminación era muy peligroso, pues ésta podía manifestarse en forma de plagas capaces de arruinar a toda la población. Pese al enorme poder de su ejército, del cual por

regla general sólo conocemos las victorias, los hititas sufrieron también derrotas, y un ejército derrotado se consideraba una impureza muy seria que debía ser limpiada antes de que las tropas regresaran al país:

> Cuando las tropas han sido vencidas por el enemigo, habrá que realizar un sacrificio «detrás» del río de la siguiente manera: detrás del río córtese por la mitad a una persona, a un niño, un cachorro de perro y un lechoncillo, y colóquese una mitad a un lado y otra a otro. Delante de ella constrúyase una puerta con (algún tipo de) leño y pásese una cuerda (?) por ella. Enciéndase entonces un fuego a uno y otro lado de la puerta. Las tropas pasarán por ella, y en cuanto lleguen a la orilla del río, deberán ser asperjadas (Bo. 2039 + Bo. 2864, IV, 45-56; Kümmel, 1967, p. 151; Haase, 1984, p. 90).

Las normas y ritos más rígidos destinados a evitar la contaminación se reservaban al propio rey, cuya persona se hallaba rodeada de una complicada serie de medidas protocolarias destinadas a salvaguardar su integridad física y espiritual, pues encarnaba el bienestar de todo su reino. En caso de que el ejército fuera derrotado o se desencadenara una peste (a pesar de haberse realizado previamente una purificación), se tomaba a dos prisioneros de guerra, un hombre y una mujer. El propio rey se situaba en el camino que conducía al país enemigo y se acercaban a él unos oficiales llevando al hombre y a la mujer cubiertos con vestiduras reales. El rey entonces se dirigía primero a uno y luego a otra en los siguientes términos: «Si un dios (en el caso de la mujer, una diosa) del enemigo ha provocado la peste, he aquí a un hombre/una mujer ataviado/a como sustituto/a. Conténtese con él/ella, que se encargará de devolver la peste al enemigo». La pareja real vicaria era enviada entonces al país enemigo con un toro y una oveja engalanados por delante (Kümmel, 1967, pp. 112 y ss.). En estos casos, se creía que la responsabilidad de la derrota y de la peste residía en las personas del rey y la reina: sólo unos personajes parecidos a la pareja real podían resultar aceptables a los dioses del país enemigo, cuya capacidad de causar daño a Hatti se había visto reforzada por la victoria.

En caso de que, a pesar de la victoria, se desencadenara una peste, se suponía que el rey había cometido alguna falta que había pasado inadvertida. Cuando los soldados victoriosos de Suppiluliuma I regresaron de Siria trayendo consigo una virulenta epidemia (véase *supra*, p. 289), que diezmó a la población a lo largo de veinte años y provocó la muerte del gran rey y de su sucesor, Mursili II determinó, basándose en ciertos documentos antiguos, que se trataba de un castigo divino porque su padre no había cumplido un juramento y los soberanos hititas no habían realizado ofrendas al río Mala, al este del país. Aunque Mursili II no era culpable personalmente, admitió que sobre sus espaldas había caído la carga de los pecados y las faltas de sus predecesores, y que él era el único capaz de librar al país de la terrible plaga. Las «oraciones de la peste» de Mursili II muestran de un modo conmovedor la desesperación del atribulado monarca:

Liber

¿Qué es lo que habéis hecho (*sc.* vosotros, los dioses)? Habéis permitido que una peste asole el país. El país de Hatti ha sido cruelmente devastado por la peste. Durante veinte años los hombres han venido muriendo, y así desde los tiempos de mi padre, desde los tiempos de mi hermano, y en mis propios días, desde que soy sacerdote de los dioses. Cuando los hombres mueren en Hatti de ese modo, desde luego es que la peste no ha pasado. En cuanto a mí, la agonía de mi corazón y la congoja de mi alma ya no puedo soportarlas.

...

¡Mirad! Pongo la cuestión de la peste ante el dios de las tormentas de Hatti, mi señor. ¡Escúchame, dios de las tormentas de Hatti, y sálvame! He aquí lo que [tengo que recordar]te: el pájaro se refugia en (su) nido, y el nido salva su vida. Y repito: si a un criado algo le resulta excesivo, llama a su señor. Su señor lo escucha y se compadece de él. Sea lo que sea lo que le resulta excesivo, su señor se lo arregla. Y repito: si el criado ha incurrido en alguna culpa, y confiesa la culpa a su señor, su señor puede hacer con él lo que le plazca. Pero, al confesar su culpa a su señor, el ánimo de su señor se aplaca y su señor no castiga al criado. He aquí que yo he confesado el pecado de mi padre. Es cierto, lo he hecho. Si hay que resarcirte de algún modo, parece evidente que con todas las ofrendas que se han hecho con motivo de la peste, con todos los prisioneros que se han traído, en resumidas cuentas con todos los resarcimientos que Hattusa ha pagado por la peste, ya has sido resarcido veinte veces. Pero si me pides otro resarcimiento, dímelo en un sueño y yo te pagaré (KUB, XIV, 8; *ANET*, 394-396).

Rey, corte y ceremonial

Las «oraciones de la peste» demuestran perfectamente el protagonismo que tenía el rey dentro del estado, y una de las características de los soberanos de Hatti (como la de muchos otros reyes) era su profunda implicación personal y su participación en la administración de su reino. La presencia del monarca venía marcada en todo el estado por sus palacios, almacenes y fincas (en las que los súbditos que no gozaran de alguna exención, estaban obligados a trabajar un número específico de días). Sus órdenes eran convalidadas por el gran sello real; y los tratados que imponían algún tipo de obligaciones o concedían algún tipo de derechos a los reyes vasallos eran leídos en voz alta en determinadas ocasiones. Las personas acusadas de traición o de cualquier delito grave eran enviadas a su presencia (la «rueda», véase *supra*, p. 295, «Apología de Hattusili III»). Los oficiales de más alto rango corrían el riesgo de perder todas sus posesiones y de tener que trabajar como labradores, si se les consideraba culpables (véase *supra*, p. 281, «Edicto de Telepinu»). Los generales que no obedecían las órdenes del soberano de comparecer ante su presencia, eran cegados (Alp, 1980).

El gran rey viajaba habitualmente por toda la zona central del imperio, celebrando una serie de fiestas, como la gran fiesta de la primavera (AN.TAH.ŠUM) (Güterbock, 1960; Gurney, 1977, pp. 31 y ss.), que duraba treinta y dos días, o la fiesta de otoño (*nuntariyasha*) (Güterbock, 1964), que

Liber

duraba veintidós, por citar sólo las más largas. El soberano celebraba las fiestas incluso cuando estaba en campaña (véase *supra*, pp. 290-291, «Anales de Mursili»). Aunque varias ceremonias debían celebrarse obligatoriamente en determinadas ciudades, algunos de los principales cultos tenían su sede en la propia Hattusa, entre ellos el del dios de las tormentas de Hatti y el de la diosa del sol de Arinna. Las fiestas celebradas en Hattusa atraían a mucha gente a la capital del reino, como, por ejemplo, a los administradores de los almacenes reales (véase *supra*, p. 308), que acudían a la ciudad para la fiesta de KI.LAM, que duraba tres días. Según parece, esta ceremonia en particular se celebraba en el interior del palacio y en sus alrededores. Incluía una carrera a pie, a cuyos dos primeros ganadores les concedía un premio el propio rey, y concluía con una asamblea junto a la piedra *huwasi* del dios de las tormentas de Hatti. Este objeto de culto se hallaba, al parecer, en Yazılıkaya, y quizá el punto culminante de la fiesta fuera una procesión a lo largo de la vía sacra que conducía a este santuario excavado en la roca (Singer, 1983-984). Es seguro que existían elaboradas imágenes de culto de las divinidades, pero éstas podían ser representadas asimismo por animales asociados con ellas (por ejemplo, el toro era asociado con el dios de las tormentas), por una piedra de forma determinada (por ejemplo, la piedra *huwasi*), o incluso por discos de oro y plata (Werner, 1967, pp. 56 y 57, líneas 9-10).

Oficialmente el rey era el principal sacerdote de todos los dioses de Hatti (véase *supra*, pp. 311-312, «oración de la peste»). Personalmente no tenía carácter divino, aunque mantenía una relación particularmente íntima con los dioses, y uno de los últimos soberanos, Tudhaliya IV, aparece representado en el santuario de Yazılıkaya abrazado por un dios, escena que podemos ver también en miniatura en varios sellos reales. Durante la época imperial, el rey era llamado y se llamaba a sí mismo «sol», reflejo verbal del símbolo del sol alado utilizado, por ejemplo, en la glíptica, en la que forma un pequeño dosel colocado sobre el nombre del monarca escrito en jeroglífico hitita (véase la figura 23); pero el significado exacto tanto del símbolo como de la frase sigue siendo enigmático (Güterbock, 1954). Se le designaba asimismo regularmente «el héroe», desde los tiempos de Suppiluliuma I, y naturalmente «gran rey», para marcar su superioridad respecto de los numerosos reyes vasallos a los que dominaba. El término «t/labarna», utilizado habitualmente durante el Antiguo Reino, parece que fue cayendo en desuso, aunque no desapareció del todo, como demuestran la «Apología de Hattusili» y los sellos de Kurunta (véase *supra*, pp. 294 y 300). Curiosamente también Hattusili III se remonta a tradiciones antiquísimas al definirse a sí mismo como miembro de la dinastía de Kussara y como descendiente en último término de Hattusili I. Esta decisión probablemente viniera dictada por las circunstancias tan irregulares que lo condujeron al trono, aunque demuestra también lo vivas que estaban las tradiciones relativas a la historia primitiva de Hatti.

Sólo cuando el rey moría «se convertía en dios», frase habitual para expresar la muerte del monarca. Su cuerpo era incinerado y sus restos conducidos a la «casa de piedra», donde eran depositados en una cámara equipada con una

Libros



FIGURA 23. Impresión de un sello de Arnuwanda III, Hattusa (dibujo de D. Saxon).

cama y una lámpara, y se le suministraban comida y bebida (Otten, 1958). Se instituía en ella un culto al monarca difunto, dotado de personal destinado a cuidarse de él, con la prohibición expresa de contraer matrimonio fuera de la comunidad religiosa (Haase, 1984, pp. 69-70).

Las normas de sucesión (véase *supra*, pp. 281-282) estaban cuidadosamente reglamentadas y fueron respetadas hasta el final del imperio (véase *supra*, pp. 284-285). Idealmente, el primogénito del monarca reinante era designado príncipe heredero (*tukhanti*) y ocupaba una posición inferior únicamente a la de su padre. Esta preeminencia suya queda demostrada por las alusiones incluidas en el tratado de Kurunta (véase *supra*, p. 299) y por el protagonismo que de vez en cuando desempeñaba, según podemos comprobar, en las campañas reales. La unción del nuevo rey formaba parte de su papel de sacerdote de los principales cultos; regalar al nuevo soberano un frasco de aceite y un manto real se consideraba un gesto de honor hacia su persona con motivo de su ascensión al trono (*CTH*, 173). En el curso de una ceremonia

protocolaria, el rey y la reina se sentaban en el trono por primera vez y se pronunciaba su nombre oficial, en ocasiones distinto del suyo propio. Es probable que al final del acto la pareja real procediera a realizar sacrificios.

A partir de ese momento el rey estaba sometido a una serie de normas muy rigurosas que regulaban el protocolo palaciego y garantizaban su constante pureza, como correspondía a todo sacerdote de los principales dioses. Los criados en cuyas manos estaba el cuidado físico cotidiano del monarca tenían la obligación, so pena de muerte para ellos y para sus familias, de no cometer ningún tipo de negligencia; ni siquiera podían esperar que nadie se enterara de su fallo, pues «los dioses del rey os vigilan. Os convertirán en cabras y os arrojarán al monte» (*CTH*, 265; *ANET*, p. 207; *TUAT*, I, p. 124). Aparece también una nota más humana, que muestra la afabilidad del monarca para con los criados que confiesan sus faltas:

> Vosotros que (sois) los curtidores venidos de la casa del auriga, de la casa del administrador de los almacenes y del inspector de los diez aurigas, y que construís los carros del rey, en los que éste sube, tomad siempre las pieles de vaca y de cabra (*únicamente*) *de la cocina. No debéis tomar ninguna otra (piel).* Pero si tomáis otra (piel), decídselo al rey, pues (no será) ningún delito. Yo, el rey, puedo mandar (el carro) a cualquier extranjero o regalárselo a un criado (*CTH*, 265, III, 9-17; *TUAT*, I, p. 125).

Las normas relativas al orden en el que los oficiales de la corte debían inclinarse ante el rey cuando bajaba del carro (Jakob-Rost, 1966), a lo que debía hacer un guardia si sentía ganas de orinar o de hacer sus necesidades durante una inspección real, o a evitar todo contacto con las mujeres de palacio, eran muy numerosas y coartaban los movimientos de todo el mundo en interés de la salvaguardia del soberano. El rango de los dignatarios que rodeaban al monarca podemos deducirlo de numerosos textos: sus títulos aluden a determinadas funciones palaciegas, que por sí solas apenas nos ofrecen un vago indicio de cuáles eran los servicios concretos que prestaban. Algunos, como el de capitán de la guardia y «jefe de los diez», eran evidentemente de carácter militar, mientras que otros, como los de escriba jefe o el de administrador de los almacenes (^{lú}AGRIG), tenían que ver con la administración del imperio. Otros, en cambio, como el de «jefe del vino», copero, o «escriba jefe de la cocina», resultan más difíciles de interpretar. Probablemente constituya un error pretender que los títulos mismos nos iluminen en este sentido, pues es probable que sus poderes tuvieran un significado genérico, no reflejado en sus nombres (cf. algunos de los títulos utilizados en la corte británica, por ejemplo, *Companion of the Bath*, o en la antigua corte de España, por ejemplo, «gentilhombre de la boca»).

La posición de la reina plantea algunos problemas que todavía no han sido resueltos del todo. Hasta finales del siglo XIV, se utilizaba regularmente el título de *tawananna* para designar a la mujer de rango real asociada con el monarca. Realizaba una serie de ritos importantes en compañía del rey y

Liber

actuaba como sacerdotisa en los cultos en los que éste actuaba como sacerdote. Sin embargo, no siempre era su esposa. Parece que el cargo de *tawananna* estaba al margen de quién fuera la persona que ocupara el trono. Normalmente era la esposa del rey, pero si éste moría antes que ella, conservaba su posición y su título hasta su muerte, momento en el que la sucedía la esposa del nuevo rey. Es posible que en casos en los que la esposa del rey no fuera la *tawananna*, ostentara el título de «gran princesa» (DUMU.SAL.GAL). Pero debemos reconocer que muchos aspectos de la esposa del rey, la *tawananna* y otras mujeres de palacio, son muy poco conocidos (para un análisis de todo ello, véase Bin-Nun, 1975). En numerosos textos el rey y la reina aparecen actuando de común acuerdo: efectuando concesiones de tierras (Tudhaliya y Asmunikkal, véase *supra*, p. 307), sellando tratados (tratado de Ugarit, véase el capítulo 6, apartado 2), unidos por un amor perfecto («Apología de Hattusili», p. 296); otras veces la reina complementa el nombramiento de un rey-vasallo realizado por su consorte escogiéndole una esposa idónea (véase el tratado de Kurunta, *supra*, p. 303). La importancia de su papel nos la demuestra el hecho de que a menudo ella también era incluida en el culto de los soberanos difuntos. La reina podía ordenar a determinados individuos, como, por ejemplo, a los prisioneros de guerra, que realizaran trabajos para las viudas con hijos de los soldados hititas, que no eran capaces de cumplir con sus obligaciones ni de prestar servicio en las fundaciones religiosas (por ejemplo, Puduhepa, Otten y Souček, 1965); podía también proporcionar «familias» al personal encargado del culto:

> A la muchacha llamada Titai se la entregué a Apallu para que la desposara. Al niño llamado Tatili, hermano de Titai, se lo entregué a Apallu para que lo criara ... A una niña, llamada Pitati, y a un niño, Temetti, se los di a SUM-ia, hijo de Pitan[...]ia, para que los criara (Otten y Souček, 1965, p. 21).

Esta imagen positiva de las reinas contrasta con ciertos escándalos cortesanos bastante famosos: se dice que la hermana «perversa» de Hattusili I («esa serpiente», véase *supra*, p. 274) llegó a tramar una conspiración; la esposa babilonia de Suppiluliuma I fue acusada de causar la muerte de la mujer de Mursili II con sus artes de hechicera (*CTH*, 70); en una compleja y horrenda intriga, probablemente urdida en la corte de Tudhaliya IV, se vio implicada la «gran princesa» (Ünal, 1978). Pero el número de incidentes de ese estilo de los que tenemos noticia es relativamente pequeño, si tenemos en cuenta que se hallan diseminados a lo largo de cuatrocientos años; probablemente nos hablan más bien de la tendencia general a sospechar de personajes cuyo sexo (o alguna otra característica) les impedía ostentar el poder político directamente, aunque por lo demás estuvieran íntimamente relacionados con la perpetuación y continuidad del sistema político. Seguramente fuera esa la situación de las reinas y princesas hititas.

Uno de los papeles más importantes desempeñados por el rey era, naturalmente, el de general en jefe del ejército. Según parece, todos los reyes

hititas realizaron regularmente campañas, y una y otra vez se pusieron personalmente al frente de sus ejércitos. Incluso las guerras fatigosas y frustrantes en las que no podían ganarse grandes premios en términos de botín, de territorios o de gloria, como, por ejemplo, las inacabables campañas contra los gasga, eran dirigidas por el rey. Éste sólo delegaba el mando supremo cuando se encontraba enzarzado en varios frentes a la vez. Naturalmente las guerras constituían una importante fuente de ingresos para el rey de Hatti: las victorias proporcionaban tributos a raudales, buena parte de la mano de obra necesaria para ampliar y mantener la base agrícola sobre la que se apoyaba el estado, y tierras que podían ser concedidas a los oficiales de alto rango, tales como los capitanes de los caballerizos áureos, a los miembros de la familia real y a los funcionarios de los diversos cultos. El triunfo en la guerra indicaba además que los dioses de Hatti favorecían al soberano y estaban dispuestos a bendecir su reinado. El regreso triunfal a Hattusa de un rey después de una campaña se veía marcado por las celebraciones en honor de los dioses y por la presencia de «toda la población de Hatti», congregada para rendir homenaje al gobernante victorioso. Pero esas aglomeraciones podían dar ocasión también a la divulgación de las quejas populares y a la obtención de alguna gracia del rey (Von Schuler, 1959; Haase, 1984, pp. 56-57). Pese a la existencia superprotegida y aislada que llevaba el monarca, las ceremonias y fiestas públicas, así como los viajes a lo largo y ancho del reino para cumplir con sus obligaciones religiosas o militares, eran bien aprovechados por la población de Hatti para presentarle sus peticiones y sus quejas por las injusticias sufridas, aparte de que ofrecían una oportunidad de contacto directo entre el rey y sus súbditos más humildes.

Aunque el estado hitita ha sido presentado con frecuencia como una colección más o menos desordenada de pueblos diversos que se disgregaba cuando se veía amenazado por algún ataque serio, quizá sea más adecuado subrayar la fuerza considerable de un sistema que se mantuvo eficazmente unido durante más de cuatrocientos años, y que durante los últimos ciento cincuenta llegó a controlar un territorio muy amplio. La continuidad de las formas y costumbres sociales desde el Antiguo Reino hasta la época del imperio, como hemos podido constatar en varios documentos, implica que el corazón del estado no se vio afectado de un modo decisivo por los reveses políticos. Se ha hablado mucho del delicado equilibrio del estado hitita y su infraestructura insuficientemente desarrollada (Liverani, 1987; Sandars, 1978), que provocaron su hundimiento de un modo tan repentino y total. Pero lo mismo cabría decir de muchos otros estados del mundo antiguo. Lo que realmente requiere ser estudiado con más profundidad es su extraordinario poder de recuperación y su capacidad de adaptación después de los devastadores reveses que llegó a sufrir.

6. SIRIA Y LEVANTE

1. Mitanni y los hurritas

¿Quiénes eran los hurritas?

Los eruditos reconocieron por primera vez que la lengua hurrita era un elemento cultural y político significativo del antiguo Oriente Próximo a finales del siglo XIX, cuando en 1887 se descubrió en el archivo de el-Amarna en Egipto (véase el capítulo 4, apartado 3) una extensa carta escrita en caracteres cuneiformes. Aunque estaba redactada en una lengua no semítica, hasta entonces desconocida, era evidente que había sido enviada a Egipto por Tushratta, rey de Mitanni (*c.* 1370/1360). Del mismo monarca existían otras cartas en acadio. A partir de ese documento la lengua en cuestión recibió al principio el nombre de «mitannio». Las informaciones egipcias demostraban que Mitanni se hallaba situado al norte de las zonas de Levante controladas por Egipto y que era un reino poderoso, semejante, en el terreno de la política internacional, a Egipto. Diversos estudios pormenorizados de la onomástica mesopotámica, desde el período paleobabilónico (véase el capítulo 2) hasta el casita (véase el capítulo 7, apartado 1) llegaron a la conclusión de que un buen número de esos «mitannios» (es decir, de individuos que tenían nombres de tipo mitannio) se hallaban presentes también en esta misma zona por aquella época. No obstante, su lugar de origen y su papel en esta región de lengua predominantemente semítica (acadia) seguían siendo oscuros. El descubrimiento de los archivos hititas de Boğazköy y el estudio de su contenido añadieron una nueva dimensión al problema. En los archivos había numerosos textos «mitannios» (sobre todo de carácter ritual y literario), pero su lengua era llamada «hurrita» (en los archivos de Boğazköy habían aparecido textos escritos en siete lenguas distintas; y a menudo se indicaba la lengua en la que estaban redactados, véase el capítulo 5, apartado 2).

El término «hurrita» utilizado por los archivos de Boğazköy recordará al lector actual a los «jorreos» del Antiguo Testamento (*Gén.* 14.6; 36.20; *Dt.* 2.12; 1 *Par.* 1.38), mencionados entre los pueblos de la zona meridional de Levante (al sureste del mar Muerto) que hostigaban a los israelitas. En la Baja Mesopotamia, todo lo relacionado con los «hurritas» recibe ocasionalmente el nombre de «subarita», designación que sugiere que los hablantes de

esta lengua habitaban supuestamente «en el norte» (Gelb, 1944): en Mesopotamia se utilizaba el término «Subartu» para designar al «norte» (véase el término análogo «Amurru» = 'oeste'). La vaguedad del término «subarita», junto con el hecho de que existan alusiones al «País de los hurritas» para referirse al estado de Mitanni, han hecho que se considere conveniente llamar «hurritas» a su lengua y a los elementos culturales que la acompañan.

La lengua hurrita se escribe con caracteres cuneiformes, lo que significa que podemos hacernos más o menos una idea de cómo se pronunciaba. Pero desde luego no tiene nada que ver genéticamente ni con las lenguas indoeuropeas ni con las semíticas, lo cual dificulta bastante su estudio. Tushratta de Mitanni utilizaba en su carta una serie de fórmulas estándar, que son un reflejo del acadio, utilizado normalmente en la correspondencia; esta circunstancia ha proporcionado una clave para establecer un léxico y una gramática rudimentaria de la lengua hurrita. El descubrimiento de varios documentos bilingües hitita-hurritas en Boğazköy y en Ugarit ha facilitado también nuestra comprensión de la lengua. Unos textos escolares descubiertos en Ugarit (capítulo 6, apartado 2) contienen una serie de palabras hurritas con sus equivalencias en acadio, sumerio y ugarítico, circunstancia valiosísima para los estudiosos. A pesar de todas estas «ayudas», el número limitado de los textos hurritas conlleva que el conocimiento que tienen los especialistas de esta lengua siga siendo imperfecto (Gordon, 1971, pp. 93-95). Ahora parece bastante claro que el hurrita pertenece al grupo de lenguas caucásicas (Wilhelm, 1982), y cada vez son más los progresos realizados por el escaso número de especialistas dedicados activamente al estudio del hurrita. Pero a menos que aumenten la cantidad y la variedad de los textos hurritas disponibles, seguirá siendo una lengua conocida sólo en parte.

Los problemas restantes son enormes. Por ejemplo, ¿en qué lugar y en qué época debemos localizar al pueblo asociado con la lengua hurrita? ¿Podemos determinar si en algún momento se produjo algún movimiento de pueblos que provocara su llegada al Asia occidental o no? Da la impresión de que el reino de Mitanni fue la única entidad política claramente definible que fue gobernada por un pueblo hablante de hurrita. ¿Pero cómo y cuándo exactamente surgió? ¿Qué dimensiones tenía? ¿Podemos rastrear su historia? Por último, ¿existe algún rasgo distintivo de carácter cultural, político o jurídico que podamos denominar «hurrita»?

Si queremos dar respuesta a alguna de estas preguntas, resulta imprescindible examinar las fuentes existentes sobre los hurritas, que son de carácter exclusivamente lingüístico: no existen objetos ni edificios que puedan definirse con un mínimo de seguridad como de tipo «hurrita» (Kramer, 1977). Un erudito (Wilhelm, 1982, p. 8) ha señalado que un colectivo al que sólo puede definirse por su lengua no constituye necesariamente un grupo social. Otro problema a añadir es que buena parte de los testimonios que hablan de los hurritas corresponden a la onomástica, y los nombres propios nos ofrecen una guía muy poco fiable de las realidades sociales. Wilhelm (1982, p. 18) ha comentado atinadamente: «Si [illegible]ecien nombres propios, cincuenta son

hurritas, no podemos afirmar por eso que la mitad de la población hablara hurrita, ni siquiera que fuera necesariamente hurrita». Los motivos que inducen al individuo a adoptar un determinado nombre son muy variados y complejos, y no constituyen necesariamente un indicio de una identidad étnico-lingüística o cultural concreta.

Los hurritas no están atestiguados antes del imperio de Agade (2340-2198): en esta época, un texto de Nippur menciona el regalo de unos paños realizado por una mujer que tiene nombre hurrita, a un individuo que también lleva un nombre hurrita. Habitualmente se piensa que se trata de un texto que acompañaba un regalo protocolario; de ser así, indicaría que los soberanos de Agade probablemente mantenían relaciones diplomáticas con un pequeño estado hurrita situado en la frontera de su extensísimo reino. De finales del período de Agade data una inscripción real redactada en acadio, en la que se habla de la fundación de un templo por un individuo que lleva un nombre hurrita: Atalshen, de Urkish (posiblemente Tell Amuda, en el triángulo del Khabur, aunque últimamente se ha propuesto identificarla con Mozan) (Buccellati y Kelly, 1988), y de Nawar (más o menos en la misma zona, posiblemente Tell Brak) (D. Matthews y J. Eidem, 1993; véase *supra*, mapa 4).

Durante el período Ur III (2112-2017), varios textos en hurrita de Tishatal, *endan* (?señor/rey) de Urkish, confirman el carácter hurrita de algunas regiones de la zona suroriental de Turquía y también de la comarca de Nínive:

> Tishatal, *endan* de Urkesh, ha levantado un templo de Nerigal. Que el dios Lugaba proteja ese templo. Si alguien lo destruye, que Lugaba acabe con él. Que el dios (de las tormentas) (??) no escuche sus plegarias (?). Que la señora de Nagar, el dios del sol y el dios de las tormentas, a aquel que lo destruya... (Parrot y Nougayrol, 1948; Wilhelm, 1982, p. 15).

Un sello cilíndrico indica que la ciudad de Karahar, que quizá debamos situar en la zona del noreste del Tigris/noroeste de Irán, constituía también un importante centro hurrita. Existen también pruebas de la existencia de emisarios con nombres hurritas procedentes de esta ciudad, así como de otros lugares, por ejemplo Simurrum (al norte de la llanura de Raniya), Urshu (norte de Siria/orilla izquierda del Éufrates) y Urbilum (Arbelas, en la orilla derecha del Tigris, la moderna Erbil). Diversos funcionarios del imperio de Ur III llevan también nombres inequívocamente hurritas.

El testimonio acumulativo de todo este material tan heterogéneo demuestra que algunas ciudades situadas al sureste de la actual Turquía, al norte de Irak y al noroeste de Irán, eran gobernadas por príncipes que tenían nombres hurritas, escribían textos en hurrita, y utilizaban la escritura cuneiforme, tomada en préstamo de sus vecinos acadios y sumerios. Los hurritas constituían asimismo un elemento de la población del imperio de Ur III (quizá llegaran a él inicialmente en calidad de prisioneros de guerra, pero, aunque entraran como cautivos, algunos llegaron a asimilarse lo bastante como para convertirse en funcionarios del gobierno). Existían asimismo altos cargos del estado

Liber

con nombre hurrita en las regiones correspondientes al norte de Siria y el este del Tigris.

Durante el período Paleobabilónico (*c.* 2000-*c.* 1600), tenemos atestiguados unos cuantos nombres propios hurritas en la propia Babilonia. Es posible que algunos textos de encantamiento estuvieran escritos en hurrita, aunque no es seguro (*RLA*, 4, pp. 509-510). En Mari, conocemos siete textos que muestran fuertes elementos hurritas: tres de ellos son definitivamente composiciones hurritas (Thureau-Dangin, 1939; *RLA*, 4, p. 510). Existen asimismo varios casos de onomástica hurrita, y la correspondencia de Mari demuestra que las ciudades de Urshu y Hashshu (ambas situadas en el norte de Siria) eran gobernadas por dinastías hurritas (Kupper, 1957, pp. 229-235; Sasson, 1974). En el poblado de Shemshara (la antigua Shusharra, al noreste de Irak), numerosísimos nombres propios de esta época son hurritas, como cabría esperar dado su emplazamiento; pero el hurrita no es el elemento predominante: los testimonios existentes reflejan un uso más generalizado de otra lengua local de la zona (Laessøe, 1959). También casi un 20 por 100 de los nombres propios son hurritas en los archivos de Rimah y Chagar Bazar, de esta misma época. La onomástica hurrita atestiguada en las colonias paleoasirias de Anatolia se halla envuelta en una gran inseguridad: algunos estudiosos insisten en que prácticamente no se conoce ningún caso (*RLA*, 4, p. 510), mientras que otros han identificado algunos ejemplos (cerca de cincuenta), entre ellos el del príncipe local de Mama, Anum-hirbi (Garelli, 1963, pp. 155-158). Aproximadamente unos sesenta o setenta años después (*c.* 1700), en Alalah VII, al noroeste de Siria, la mitad de los nombres propios son hurritas; al mismo tiempo, el acadio utilizado en Alalah VII muestra un fuerte influjo hurrita, y los nombres de los meses tienen desde luego esta procedencia.

La conclusión que podemos extraer de todo esto es que, durante el período comprendido entre *c.* 1850 y 1600, parece que los hurritas estaban presentes, cada vez en mayor número, en toda la Alta Mesopotamia y en Siria, así como en otras zonas en las que los tenemos localizados en época anterior (noroeste de Irán y noreste de Irak). ¿Pero representa esta circunstancia un movimiento de pueblos? Resulta difícil afirmarlo: la dispersión geográfica de los testimonios escritos es mucho mayor en esta época que durante el tercer milenio, de modo que, cuando menos, es posible que sencillamente hasta este momento no somos capaces de constatar su presencia con mayor claridad. Un hecho significativo que *efectivamente* estaba produciéndose por entonces es que se escribía mucho más en hurrita, llegándose a desarrollar incluso una literatura en esta lengua; además, los dioses hurritas eran nombrados y aludidos con mucha más frecuencia. Todo ello quizá sea un reflejo de la relativa densidad y de la difusión de los testimonios, así como de un incremento de la «cultura escrita» hurrita, y no de un movimiento de pueblos propiamente dicho. Este panorama quizá debamos revisarlo (o ajustarlo) cuando los documentos de Ebla estén disponibles en su totalidad. Ebla constituye la única fuente posible de cierta consideración que tenemos acerca del/de los hurrita/s

Liber

en el oeste de Siria durante el tercer milenio: sus textos no han sido publicados todavía en su totalidad, y de momento carecemos de pruebas de la presencia del/de los hurrita/s en esta ciudad.

El Antiguo Reino hitita (*c.* 1650-*c.* 1500) ha suministrado nuevos materiales que, pese a su vaguedad, son importantes. Hattusili I (1650-1620) alude a una devastadora invasión hurrita de la zona oriental de su reino (véase *supra*, p. 276); asimismo, durante su reinado y el de su sucesor, Mursili I (1620-1590), hubo reyes hurritas en el norte de Siria. *Es posible* que Mursili I tuviera que enfrentarse a una presencia política significativa de los hurritas al este de Aleppo y al oeste de Babilonia (véase *supra*, p. 280). Tenemos asimismo algunas referencias fragmentarias a los ataques hurritas en el «Edicto de Telepinu» (*c.* 1520-1500 *supra*, p. 280). Aunque los textos antiguo-hititas no aluden al reino de Mitanni, *cabría* pensar que los testimonios existentes indican que, debido a la expansión agresiva de los hititas y a su destrucción del reino de Aleppo, las ciudades y la población de la zona del Éufrates y de la Alta Mesopotamia empezaron a formar una entidad política más coherente y mejor estructurada, que acabaría cristalizando en el estado de Mitanni.

El período comprendido entre *c.* 1500 y *c.* 1200 nos proporciona los materiales más completos y más claros acerca de los hurritas y Mitanni, aunque su historia política, su cultura y su sociedad siguen resultándonos problemáticas, y los testimonios todavía son cuantitativamente escasos. Dos son los yacimientos que nos proporcionan los archivos más coherentes relacionados con el reino de Mitanni: el primero, Nuzi (la actual Yorghan Tepe), que formaba parte del pequeño principado de Arrapha (la moderna Kirkuk). La mayor parte de sus grandes archivos data de *c.* 1500-1350, cuando Arrapha fue anexionado a Mitanni, quedando bajo la soberanía de este reino. Los archivos descubiertos en esta ciudad, por tanto, constituyen una fuente importante para el conocimiento de la estructura política y las condiciones sociales de una parte integrante del estado de Mitanni. La mayoría de los nombres atestiguados en Nuzi son hurritas, pero la lengua en la que están escritos los documentos es el acadio, y algunas de las costumbres sociales son comparables a las de Babilonia; por consiguiente, resulta problemático determinar hasta qué punto pertenecen típicamente a Mitanni y a los hurritas los rasgos de Arrapha que estamos en condiciones de reconstruir. Las mismas reservas cabe aplicar a los archivos prácticamente contemporáneos de Alalah IV, ciudad sometida asimismo a Mitanni, aunque gobernada por un dinasta local. Tenemos cierta idea de cómo Alalah IV quedó sometida a Mitanni gracias a la inscripción que lleva la estatua de su soberano, Idrimi (Smith, 1949; datada en *c.* 1500 [1480/1470 según la cronología baja]). Este documento demuestra además que Mitanni se había hecho con el control de las ciudades-estado de Aleppo y Emar; no obstante, los textos sacados recientemente a la luz en Emar (Tell Meskene) son de época posterior, cuando la ciudad se hallaba bajo el dominio de los hititas, y son en su mayoría de carácter literario (véase el capítulo 6, apartado 3).

Durante esta época existen también algunos testimonios de la «hurritización» de Qatna, a orillas del Orontes, en el extenso inventario de las provisiones destinadas al culto de una diosa (*c.* 1400) (Bottéro, 1949). Mitanni probablemente no alcanzara nunca el control político directo de las ciudades de esta región, pero parece bastante verosímil que éstas mantuvieran —y de hecho así fue— unas estrechas relaciones con su poderoso vecino, según demuestran los informes de algunas de las campañas de Tutmosis III (véase *infra*, p. 362). Buena parte de los materiales para el estudio de la lengua hurrita procede de Ugarit, en la costa del Mediterráneo (*c.* 1400-1200), aunque esta ciudad sólo estuvo sometida a Mitanni durante un breve período. Probablemente deberíamos suponer que, pese a no estar sometidos a Mitanni, la tradición literaria hurrita debió de dejarse sentir más en algunos países vecinos a causa del enorme poderío político que por entonces tenía este reino. Otra fuente importante es el archivo de el-Amarna (*c.* 1370-1340 [*c.* 1360-1330]), no sólo por las cartas de Tushratta, sino porque demuestra que diversos dinastas locales de Levante, con los que los egipcios mantenían correspondencia, llevaban nombres hurritas. Más o menos a esta época corresponden los textos de Emar (Tell Meskene) (Arnaud, 1991). Pero el conjunto más importante de obras literarias hurritas (unos cuarenta textos) procede de la capital hitita, Hattusa (Boğazköy). Un indicio del enorme alcance que llegó a tener la difusión cultural hurrita durante esta época es el hecho de que diversos reyes hititas del período imperial (*c.* 1430/1420-*c.* 1200) llevaban nombres hurritas (Güterbock, 1954). También es perfectamente perceptible en Hatti a partir de *c.* 1300 una fuerte influencia religioso/cultual hurrita: en el santuario al aire libre de Yazılıkaya (cerca de Hattusa) (véase *supra*, p. 269), los principales integrantes del inmenso panteón presente en él son en su totalidad hurritas. No sabemos a qué se debe este hecho; suele argumentarse que los elementos religiosos hurritas penetraron en los círculos áulicos hititas a raíz del casamiento de Hattusili III con Puduhepa de Kizzuwadna (al este de Cilicia) (véase *supra*, p. 296, «Apología de Hattusili»). Sigue estando oscuro en qué medida exactamente llegó a tener consecuencias este hecho; en realidad, resulta bastante dudoso si la influencia hurrita sobre Hatti debe datarse en tiempos de Hattusili III. Lo que *sí* es cierto es que la «hurritización» de Kizzuwadna (Cilicia), aunque breve, fue muy profunda, y que el país llegó a formar parte del reino de Mitanni, aunque fuera de forma un tanto vaga.

La conclusión que podemos extraer de todos estos testimonios es que durante el período correspondiente a *c.* 1500-*c.* 1200 se produjo un notable incremento de los elementos culturales que podemos definir como hurritas. También en el terreno político podemos constatar, aunque no con tanta claridad como desearíamos, la existencia de un poderoso estado, de gran extensión y claramente definible, Mitanni, que, con cierta justificación, podemos calificar de «hurrita»: sus soberanos eran hurritas; llaman a sus súbditos hurritas; y a veces utilizan la lengua hurrita en su correspondencia. La posición de predominio político de Mitanni probablemente explique la perceptible

Liber

«hurritización» del Levante y de la Alta Mesopotamia: la cultura hurrita es otro de los elementos que debemos añadir al polifacético y complejo mosaico de culturas que caracteriza a toda esta región.

Debemos señalar un aspecto más: durante el primer milenio, en el reino de Urartu (situado al norte y en los alrededores del lago Van) se utilizaba una lengua que muestra ciertas semejanzas con el antiguo hurrita (véase, en el segundo volumen, el capítulo 10, apartado 1). Diversos autores (por ejemplo, Diakonoff, 1972) han postulado, por tanto, que la lengua urartea sería una forma evolucionada del antiguo hurrita, y que podríamos interpretar mejor algunos elementos socioculturales de Mitanni si los comparásemos con los datos que conocemos de Urartu en fecha posterior. No obstante, aunque el hurrita y el urarteo *están* efectivamente emparentados en la medida en que ambas lenguas son caucásicas, en la actualidad está bastante claro que las dos se desarrollaron de forma bastante independiente a partir del tercer milenio (Wilhelm, 1982, p. 5). Así pues, la relación lineal entre ambas está rota, y la cultura urartea no puede arrojar luz alguna ni sobre Mitanni ni sobre los hurritas.

¿Podemos entonces extraer alguna conclusión en torno a las afinidades, los orígenes y la historia primitiva de los hurritas, y al desarrollo del estado hurrita de Mitanni? El noroeste de Irán, el norte de Irak, el extremo norte de Siria y las regiones del sureste de Turquía constituyeron su principal zona de asentamiento en la época más antigua (es decir, la segunda mitad del tercer milenio); nada indica que esta situación se modificara más tarde, excepto por lo que a la evolución política se refiere. Así pues, es verosímil que los hurritas constituyeran un grupo lingüístico-cultural situado *siempre* entre los valles y las montañas que bordean las llanuras de la Alta Mesopotamia y de Siria, trazando un arco que se extendería desde la orilla izquierda del Tigris (al norte del Diyala) hasta las estribaciones del Tauro, en la orilla derecha del Éufrates (cerca de Maraş). Tras el declinar de los poderosos estados que dominaron Mesopotamia y Siria en el período comprendido entre *c.* 1850 y 1595 (Assur, Eshnunna, Mari, Aleppo y Babilonia; véase el capítulo 2) y siguiendo su sistema de alianzas, surgió una nueva potencia en la Alta Mesopotamia. Se trataba del reino de Mitanni, cuyas afinidades culturales, a juzgar por la onomástica y la lengua, eran hurritas. Su principal centro probablemente estuviera situado en la cabecera del Khabur, pero su dominio político acabó por extenderse hasta el Mediterráneo por el oeste (Emar, Aleppo y Alalah) e Irak (Asiria y Arrapha) por el este. Este esquema encaja perfectamente con dos hechos bien establecidos: *a*) algunos de los centros culturales hurritas más antiguos estaban situados al noroeste de Irán y en la Alta Mesopotamia (Wilhelm, 1982, pp. 69-77); y *b*) la lengua hurrita *tiene* un nombre especial para denominar al Tigris. En otras palabras, los hurritas, por lo que sabemos, estaban relacionados desde época prehistórica con esta región; es decir, no tenemos por qué imaginárnoslos como un grupo de pueblos que hubieran emigrado hasta aquí procedentes del norte o del este.

Liber

El reino de Mitanni

Perfil histórico

¿Qué es lo que sabemos acerca del gran reino de Mitanni, el poderoso estado contra el que combatió Tutmosis I (1507-1494 [1504-1491]), y que puso freno a los intentos de expansión del gran Tutmosis III (1490-1436 [1479-1425])? (véase *infra*, pp. 362-363). Desgraciadamente sólo podemos responder que muy poco. Podemos datar su aparición sólo de una forma muy aproximada; casi no existen testimonios arqueológicos procedentes de la zona central de Mitanni; y sus capitales, Washshukanni y Taide, no han sido localizadas. El linaje de los reyes de Mitanni empieza a ser vagamente discernible desde finales del siglo XV y comienzos del XIV, a partir de Shaushtatar; este personaje aparece citado en la fecha de una tablilla de Nuzi, junto con lo que se ha interpretado como un sello dinástico en el que son mencionados sus predecesores (véase Stein, 1989, para los problemas de datación). Según este testimonio, se cree habitualmente que los reyes mitannios Kirta, Shuttarna y Parsatatar fueron los antecesores de Shaushtatar. A todos ellos los precedió Parrattarna, el rey de Mitanni citado en la estatua de Idrimi de Alalah (*c.* 1500 o 1480/1470, véase el cuadro 19). Pero todos estos datos son muy imprecisos: la relación existente entre los diversos monarcas se desconoce, y ni siquiera sabemos si en realidad llegaron a reinar en Mitanni todos ellos o no. Lo único que sabemos con seguridad es que en *c.* 1500 (o 1480/1470) Parrattarna de Mitanni dominaba por occidente a Aleppo. La singular y animada autobiografía de Idrimi de Alalah nos ilustra acerca del tipo de control que ejercía el soberano de Mitanni sobre sus estados vasallos. El texto, escrito en un acadio torpe y grabado en una estatua de Idrimi, fue descubierto en las ruinas de un templo en el yacimiento de Tell Atchana (correspondiente a la antigua Alalah) (Smith, 1949; Woolley, 1953). Se ha llegado a la conclusión de que la fecha en la que el texto fue grabado en la estatua fue la del reinado del propio Idrimi. Pero semejante afirmación ha sido puesta en tela de juicio, y así se ha sugerido que la inscripción fue añadida unos trescientos años más tarde (Sasson, 1981):

> Soy Idrimi hijo de Ilimilimma, siervo de Teshub (dios de las tormentas), de Hepat (consorte de Teshub) y de Shaushga (divinidad análoga a Ishtar), señora de Alalah, mi dueña.
>
> En Halab (Aleppo), en la casa de mis padres, se produjo un crimen y tuvimos que huir. Los señores de Emar eran descendientes de las hermanas de mi madre, así que nos establecimos en Emar. Mis hermanos, que eran mayores que yo, también vivían conmigo. Pero a ninguno se le ocurrió lo que yo pensé. Pues pensé lo siguiente: «El que está en casa de su padre es el gran hijo de un príncipe; pero el que está con el pueblo de Emar, es un esclavo».
>
> Tomé mi caballo, mi auriga y mi escudero y marché al desierto. Encontré refugio entre los suteos (nómadas). Junto con mi caballerizo pasé la noche ante

Liber

CUADRO 19. *Cronología de los reyes de Mitanni*

Egipto	Mitanni	Aleppo (Alalah)	Assur	Hatti
				Hattusili I
Amosis				Mursili I
(1552-1527)				
Amenofis I		Sharra-el		Hantili
(1527-1507				
		Abba-el		Zidanta
Tutmosis I				
(1507-1494)				Telepinu
		Ilimilimma		
Tutmosis II				
(1494-1490)	Perrattarna	Idrimi		
Tutmosis III	(¿*c.* 1480?)			
(1490-1436)	Kirta			
	Shuttarna I			
	Parsatatar			Tudhaliya I
Amenofis II	Shaushtatar	Niqmepa	Ashur-nadin-	Hattusili II
(1438-1412)	(¿Parrattarna II?)		ahhe I	
Tutmosis IV	Artatama I			
(1412-1403)				
Amenofis III	Shuttarna II			Tudhaliya II
(1403-1364)				
	Artashumara		Ashur-uballit	Arnuwanda I
Amenofis IV	Tushratta			
(= Akhenatón	(+ Artatama II			Suppiluliuma I
1364-1347)	Shuttarna III)			
Tutankhamón	Shattiwaza			
(1345-1335)				

NOTA: El gráfico sigue la cronología convencional; según la cronología «baja» habría que restar unos diez años a todas las fechas (véase Wilhelm, 1982).

el trono de Zakkar. Al día siguiente me puse en marcha y fui a Canaán. En Canaán está Amiya (probablemente al sur de Trípoli, Líbano). En Amiya había también gentes de Halab, gentes del país de Mukish (país dominado por Alalah), gentes del país de Nihi (cerca de la que luego sería Apamea, a orillas del Orontes), y gentes del país de Amae (posiblemente entre Aleppo y Apamea). Vivían allí. Cuando me vieron (y reconocieron) que era el hijo de su señor, se congregaron a mi alrededor. Así me hice grande (y) recibí el poder del mando. Entre el pueblo de los *habiru* (véase *infra*, p. 358) pasé siete años. Eché a volar a las aves y realicé pronósticos examinando los corderos. Al séptimo año Teshub volvió sus ojos hacia mí. Entonces construí unas naves. Hice embarcarse en ellas a los soldados x. Surcando el mar me acerqué al país de Mukish

Liber

y desembarqué frente al monte Hazzi (es decir, el monte Casio). Subí y cuando mi país tuvo noticias mías, fueron llevados a mi presencia bueyes y ovejas. En un solo día el país de Nihi, el país de Amae, el país de Mukish y Alalah, mi ciudad, se volvieron hacia mí otra vez, todos a una. Mis hermanos se enteraron (de ello) y vinieron a mi encuentro. Mis hermanos y yo juramos mutua alianza y puse a mis hermanos bajo mi protección.

Más tarde, durante siete años, Parrattarna, el poderoso rey, rey de los hurritas, me fue hostil. Al séptimo año escribí al rey Parrattarna, rey de los [hurri]tas, Anwanda, hablándole de los servicios de mis padres: (dije) que mis padres habían firmado una alianza, que nuestros antepasados habían sido del agrado de los reyes de los hurritas, y que habían jurado entre ellos un poderoso juramento. El fuerte rey atendió lo que le decía acerca de los servicios de nuestros antepasados y del mutuo juramento, y sintió temor del contenido del juramento; en vista de la formulación del juramento, y en vista también de nuestros servicios aceptó mis regalos de salutación. En el mes de Kinunu, realicé abundantes libaciones. Así le devolví la familia que había estado huyendo. Con la nobleza de mi mente, con mi lealtad le juré amistad y así me convertí en rey de Alalah (Smith, 1949; *TUAT*, I, pp. 501-504).

Este vivaz relato nos ofrece la historia de uno de los hijos de la casa real de Aleppo (Halab; el padre de Idrimi, Ilimilimma, era rey de Aleppo), que a finales del siglo XVI estaba sometida al rey de Mitanni. En el territorio de Aleppo se encontraban también la ciudad-estado de Alalah, bastante más pequeña, y la comarca circundante hasta la costa que ésta dominaba, Mukish. A raíz de una rebelión fallida, Idrimi y algunos miembros de su familia huyeron a Emar (Tell Meskene), a orillas del Éufrates, gobernada por la familia de su madre. Allí Idrimi se dio cuenta de que nunca lograría alcanzar un poder verdadero, de modo que se fue al sur a vivir con otros refugiados políticos, bandoleros y nómadas. Allí reunió una fuerza con la que intentó apoderarse de la ciudad. Cuando (con la ayuda de los dioses) consideró que era el momento oportuno, desembarcó en el territorio de Mukish, que formaba parte del reino de sus antepasados, Aleppo. Allí encontró apoyo popular y además la ayuda de la familia que tenía en Emar. Al cabo de algún tiempo, logró ponerse en contacto con Parrattarna, rey de Mitanni, que reconoció su poder sobre todo el territorio y le concedió su dominio. Así pues, Idrimi se convirtió en rey de Alalah en calidad de vasallo del rey de Mitanni. Sin duda alguna gozaba de una libertad de acción considerable (véase el tratado entre Alalah y Pilliya de Kizzuwadna, Wiseman, 1953, n.º 3, y la guerra en el territorio hitita a la que hace referencia en su inscripción), aunque limitada por las obligaciones de lealtad a su señor, al cual debía su título de «rey de Alalah». Otros documentos de época posterior, procedentes asimismo de Alalah, demuestran que en último término era el rey de Mitanni el que fijaba las fronteras de sus estados vasallos (Speiser, 1929; Wiseman, 1953, n.º 14).

A partir del reinado de Shaushtatar (*c.* 1430/1420) disponemos de testimonios más sólidos de la historia de Mitanni. La fuente fundamental es el tratado de Shattiwaza. Se trata de un «tratado de vasallaje» hitita (véase

Liber

el capítulo 5, apartado 5) impuesto por Suppiluliuma I (1370-1330 [1344-1322]) a Shattiwaza,[1] príncipe de Mitanni, tras la derrota de este país por Hatti. Gracias a este tratado Shattiwaza fue establecido como rey cliente de los hititas en lo que quedaba del estado de Mitanni; en otras palabras, se convirtió en gobernador en nombre de los hititas del reino de sus antepasados, ahora privado de sus posesiones más extensas. El documento rastrea parte de la historia del conflicto dinástico mitannio que condujo a Shattiwaza a buscar refugio en Hattusa; al remontarse a las glorias de los tiempos de Shaushtatar, nos ofrece un interesante atisbo de la historia de Mitanni. El texto acadio de las dos versiones del tratado procede de una copia de archivo descubierta en la capital hitita, Hattusa (la versión hitita se conserva sólo en forma fragmentaria, véase *CTH*, 51 y 52):

> [Así] (habla) Shattiwaza, hijo de Tushratta, re[y del país de] Mitanni: ante [Sh]uttarna, hijo de Artatama, [...] cambió ... del país de Mitanni, Artatama, el rey, su padre se comportó mal. El pa[lacio ... de los re]yes, así como sus bienes destruyó, en el país de Assur y en el país de Alshe (región de Diyarbekr) (se lo) conced[ió]. Tushratta, el rey, mi padre, construyó un palacio y lo llenó de tesoros. Pero Shuttarna lo destruyó y lo arruinó. Y [...] de los reyes de plata y oro, calderos de plata del tesoro, los rompió, pero estos [...] de su padre y de su hermano no dio a ninguno, sino que se humilló ante el asirio, el criado de su padre, que no había pagado el tributo, y le regaló sus riquezas.
>
> Así (habla) Shattiwaza, hijo de Tushratta, el rey: una puerta de plata y oro que Shaushtatar, el rey, mi bisabuelo, se llevó del país de A[ssur] para el fortalecimiento de su poder, (que) empotró en Washshukanni en su palacio. E[n...] Shuttarna para vergüenza suya (los) devolvió al país de Assur. Todos los demás objetos de plata y oro los entregó al país de Alshe ... [...] Y la casa del rey del país de Mitanni, junto con sus bienes y sus propiedades, arruinó y los cubrió de tierra. El palacio destruyó y arrasó las casas de la población de Hurri. Y a los nobles que había capturado en el país de Assur y en el país de Alshe se los entregó. Fueron entregados y en Taide fueron empalados. (Así) los destruyó a todos y también al pueblo de Hurri. Pero Aki-Teshub salió huyendo ante él y fue al país de Karduniash (Babilonia). Doscientos carros escaparon con él. Y el rey del país de Karduniash se apoderó de los doscientos carros y le quitó sus bienes a Aki-Teshub y se los quedó. Y persiguió a Aki-Teshub con sus *mariyannu* (guerreros) e intentó matarlo. Y también intentó matarme a mí, Shattiwaza, hijo de Tushratta, el rey, pero escapé de él. [A] los dioses del sol, a Suppiluliuma, el gran rey, soberano del país de Hatti, el héroe, el amado de Teshub, apelé, por un sendero sin [...] ... me condujeron. Los dioses del rey del país de Hatti y los dioses del rey del país de Mitanni me permitieron llegar hasta el sol, [Suppilu]liuma, el gran rey, el soberano del país de Hatti, el héroe, el amado de Teshub. [Y en el rí]o Marassantiya (Halis) caí a los pies del sol Suppiluliuma, el gran rey, el soberano del país de Hatti, el amado de Teshub. [El gran rey] me cogió [con] su [man]o y me halló de su agrado. Y me preguntó por la situación del país de Mitanni, y [cuando] escuchó [...d]el país de Mitanni, el gran rey, el héroe, habló así: «Cuando conquiste a Shuttarna y el país de Mitanni, a ti no te someteré. Te tomaré a mi lado como

a un hijo, vendré en [tu] ayud[a], dejaré que te sientes en el trono de tu padre». Y al sol Suppiluliuma, el gran rey, el soberano del país de Hatti, el héroe, el ama[do] de Teshub, los dioses lo conocen. La palabra que sale de su boca no puede dar marcha atrás.

(El texto continúa dando más detalles de las medidas tomadas para el regreso de Shattiwaza a Mitanni, con los correspondientes juramentos y maldiciones) (*CTH* 52; Weidner, 1923, n.° 2).

A través del tratado podemos constatar el hecho de que Shaushtatar (bisabuelo o tatarabuelo de Shattiwaza, véase Kammenhuber, 1968, p. 64) se había apoderado de la ciudad de Assur y se había llevado a Washshukanni *como botín las puertas de oro y plata del templo del dios epónimo de la ciudad*; probablemente debiéramos datar este hecho después de la embajada enviada por Ashur-nadin-ahhe I a Egipto para felicitar a Amenofis II (1438-1412 [1425-1398]) (véase el capítulo 7, apartado 2). Así pues, Shaushtatar se yergue como una figura importante, que extendió el poderío de Mitanni: no cabe la menor duda de que durante su reinado Assur fue conquistada y de que pasó a formar parte del complejo político de Mitanni. El dominio de Nuzi y Alalah por Shaushtatar se ve confirmado por los documentos procedentes de estas dos ciudades (Pfeiffer, 1932, n.° 1; Wiseman, 1953, n.° 13 y 14). Llegó incluso a pretender, al menos temporalmente, el dominio de Ugarit, en la costa del norte de Siria, y de Kizzuwadna, al noreste de Cilicia (Wilhelm, 1982, p. 37).

Las cartas de el-Amarna, en Egipto, nos revelan unos cuantos detalles más. Trece cartas del archivo (EA 17-29)[2] fueron enviadas por el rey Tushratta a Amenofis III (1403-1364 [1390-1352]), a Tiye (la principal esposa de Amenofis III), y a Akhenatón (Amenofis IV, 1364-1347 [1352-1336]). Algunas son larguísimas, en particular (aunque no sólo) aquellas en las que se especifica la dote enviada junto con la hija de Tushratta, Taduhepa, cuando contrajo matrimonio con Amenofis III. Uno de esos textos corresponde a la dificilísima carta en hurrita (EA 24), que por primera vez llamó la atención de los eruditos sobre la existencia de esta lengua (véase *supra*, p. 318). Las cartas hacen referencia a menudo a alianzas anteriores entre ambos estados. Probablemente las primeras insinuaciones de alianza se produjeran en tiempos de Tutmosis IV de Egipto (1412-1403 [1398-1390]) y de Artatama I de Mitanni, el abuelo de Tushratta, cuando Egipto estaba deseoso de consolidar las ganancias obtenidas en Levante por los grandes faraones conquistadores (Tutmosis II y III, y Amenofis II, véase el capítulo 4, apartado 2), y necesitaba llegar a un arreglo con Mitanni, que en aquel momento era el único vecino inmediato lo suficientemente grande y poderoso. Las negociaciones que condujeron a la amistad y la alianza de los dos estados, corroborada por el casamiento de la tía de Tushratta con Tutmosis IV, probablemente fueran muy largas, aunque la afirmación de Tushratta, en el sentido de que el faraón tuvo que pedir por siete veces la mano de la princesa de Mitanni antes de que ésta fuera enviada a Egipto con su séquito nupcial, deberíamos tomarla con

Liber

bastante reserva; otra posibilidad sería que fuera una forma convencional de decir «repetidamente»:

> Cuando [...], el padre de Nimmureya (Amenofis III), escribió a Artatama, mi abuelo, le pidió la mano de la hija de [mi abuelo, la hermana] de mi padre. Escribió cinco y seis veces, pero no se la concedió. Cuando escribió a mi abuelo por séptima vez, sólo entonces la presión fue tal que lo indujo a entregársela. Cuando Nimmureya, tu padre, [escri]bió a Shutt[arna], mi padre, y le pidió la mano de la hija de mi padre, mi hermana, escribió tres y cuatro veces, pero [no] se la [con]cedió. Sólo cuando le escribió cinco y seis veces la presión fue tal que accedió a [entreg]ár[se]la. Cuan[do] Nimmureya, [t]u [p]adre, me escribió pidiéndome a mi hija, [no] se la ne[gué]. A la primera oca[sión] dije a su mensajero: «Naturalmente se la entregaré» (es decir, confiaban uno en otro) (EA 29).

Tushratta pretende decir en esta carta (dirigida a Akhenatón) que, mientras que a su abuelo hubo que pedirle por seis veces la mano de su hija antes de que accediera al casamiento, y a su padre cuatro o cinco, él (es decir, Tushratta) accedió inmediatamente a entregar a su hija como esposa de Amenofis III: tan grande era la amistad que sentía por el faraón de Egipto. Otro indicio de las relaciones amistosas existentes entre ambos estados es que la estatua de la diosa Shaushga de Nínive fue enviada por Shuttarna II (contemporáneo de Amenofis III) a Egipto. Se trataba de un procedimiento solemne, presentado (como era habitual) como un viaje emprendido voluntariamente por la diosa, según afirma el propio Tushratta:

> Así (habla) Shaushga de Nínive, señora de todos los países: «Deseo ir a Egipto, país al que amo, y luego regresar». Así pues, en vista de ello, te la envío y ya se ha puesto en camino.
>
> En tiempos de mi padre ... vino a este país y, como sucediera antes, permaneció en él y fue honrada; que ahora hónrela mi hermano diez veces más que en la ocasión anterior. Que mi hermano la honre. Y según sus deseos, déjela emprender el viaje de vuelta para que regrese.
>
> Que Shaushga, señora de los cielos, nos proteja, a mi hermano y a mí, durante 100.000 años, y que nuestra señora nos conceda grande alegría y nos comportemos como amigos (EA 23).

La estatua de Shaushga (forma hurrita de la Ishtar acadia) quizá fuera enviada para que ayudara a curarse al anciano y achacoso Amenofis III (Wegner, 1981, p. 65), y semejante deferencia quizá sea comparable a la costumbre que tenían los reyes de enviarse médicos unos a otros (véase el capítulo 7, apartado 1). Pero no tenemos pruebas de que así sea en el pasaje citado, y lo más probable es que Shaushga fuera enviada con motivo de las fiestas celebradas con ocasión del casamiento entre la princesa de Mitanni y el faraón de Egipto. En las cartas que tratan del próximo casamiento de su hija, Taduhepa, con Amenofis III, Tushratta expresa una y otra vez

su deseo de que Shaushga haga que la muchacha resulte del agrado del soberano egipcio:

> Que Shaushga, mi señora, señora de todos los países y de mi hermano, y que Amón, el dios de mi hermano, hagan que (Taduhepa) sea la imagen misma de los deseos de mi hermano (EA 19-21).

Se ha pensado que el hecho de que los reyes de Mitanni pudieran enviar la estatua de Shaushga (Ishtar) de Nínive a Egipto implicaría su dominio constante de Asiria (desde los tiempos de Shaushtatar), pero no tenemos por qué extraer necesariamente dicha conclusión. Es también perfectamente probable que esta forma de la diosa fuera objeto de especial veneración por parte de los mitannios y que la estatua de culto enviada a Egipto tuviera su sede en algún templo de la capital de Mitanni, Washshukanni (Kühne, 1973a, p. 37, n. 176).

En realidad existen bastantes testimonios que hablan en contra del dominio de Asiria por Mitanni durante esta época. Las cartas de Mitanni encontradas en el-Amarna, el tratado de Shattiwaza y los testimonios asirios (véase el capítulo 7, apartado 2) indican que desde el reinado de Tushratta en adelante empezaron a cernirse sobre Mitanni una serie de graves problemas, que en último término provocaron el hundimiento de su poderío y la división de su territorio entre Asiria y Hatti. Los testimonios disponibles no son más que breves alusiones, que permiten extraer diversas conclusiones y realizar múltiples reconstrucciones distintas de los hechos. Una de ellas sería la siguiente: el hijo y heredero de Shuttarna II, Artashumara, fue asesinado por un tal UD-hi,[3] que probablemente no pertenecía a la familia real. Después del asesinato, UD-hi instaló en el trono al hijo menor de Shuttarna, Tushratta (posiblemente un niño todavía) como rey títere. Las relaciones diplomáticas entre Mitanni y Egipto se vieron enturbiadas por este hecho. Sólo volvieron a reanudarse cuando Tushratta ejecutó a UD-hi y a sus partidarios. En prueba de la buena voluntad que volvía a sentir Mitanni hacia Egipto, Tushratta envió al faraón parte del botín arrebatado a los hititas tras su fallido intento de invasión de Mitanni (EA 17) (véase *supra*, p. 288). Pero el asesinato demuestra la existencia de grietas en el estado de Mitanni, aparte de que no todo el mundo aceptó la ascensión al trono de Tushratta. Surgió un grupo rival que defendía las pretensiones a la corona de cierto Artatama (II), que resultó un candidato lo bastante creíble para que el rey de los hititas (para los cuales Mitanni había supuesto siempre una amenaza) se decidiera a firmar un tratado con él (Weidner, 1923, n.° 1/2, introducción). Artatama (II) quizá llegara a controlar una parte desgajada del reino de Mitanni (Goetze, 1957), por el noreste, aunque también cabe la posibilidad de que no fuera más que un pretendiente cuyas ambiciones fueron cuidadosamente alimentadas por los hititas (Kühne, 1973a, p. 19, n. 82). Uno de los motivos que inducen a pensar que Artatama contaba con una base de poder en la zona oriental de Mitanni es que, según parece, tanto él como su hijo, Shuttarna (III), tendrían

Liber

más tarde su base de operaciones en este territorio, cuando el país fuera dominado por los asirios (véase el capítulo 7, apartado 2). Las victorias obtenidas en el norte de Siria por el gran rey hitita, Suppiluliuma I, a raíz de las cuales se apoderó de todo el territorio dominado en esta zona por Mitanni, y el saqueo de Washshukanni condujeron al desmembramiento gradual de Mitanni: por un momento dio la impresión de que la suerte de Artatama II volvía a revivir, pero su territorio cayó rápidamente en manos de los asirios; Tushratta fue asesinado por su hijo y durante esta época de anarquía Shattiwaza, otro de los hijos de Tushratta, se refugió en la corte hitita. Aprovechando el caos, Suppiluliuma I decidió abandonar a su antiguo aliado, casó a Shattiwaza con una de sus hijas e instaló a éste como rey vasallo en el extremo occidental de Mitanni, sometido al gobernador hitita de Carchemish (hijo de Suppiluliuma I). Este reino de Mitanni en miniatura pasó así a constituir un amortiguador (momentáneo) por el este frente al poder cada vez mayor de Asiria.

Naturaleza del estado de Mitanni

¿Podemos dar algún dato más preciso sobre el estado de Mitanni, aparte de este perfil histórico, por lo demás bastante insatisfactorio?

Entre *c.* 1500/1480 y 1350/1340 el reino de Mitanni incluía Alalah (Mukish), Aleppo, Emar (Ashtata), Taide (posiblemente en la parte occidental de la cabecera del Khabur), Alshe (en la comarca de Diyarbekir), Asiria (es decir, el norte de Irak, quizá sólo por un breve período) y Arrapha (la región de Kirkuk). También Kizzuwadna pasó a formar parte de la esfera de poder político de Mitanni durante el reinado de Shaushtatar, lo mismo que Ugarit, aunque no se sabe si ese dominio llegó a ser tan fuerte como el que llegó a tener Mitanni sobre Alalah, por ejemplo, y desde luego fue muy breve. Los territorios que formaban parte del estado de Mitanni (cuando contamos con algún tipo de testimonio) fueron incorporados a él, según parece, en virtud de tratados en calidad de estados vasallos gobernados por dinastas locales. Así pues, nos suministran muy poca información sobre las características institucionales del estado central de Mitanni: lo único que podemos sacar en claro de esos materiales son ciertos aspectos de la política que el estado seguía con los reinos vasallos: se les permitía cierta libertad a la hora de solventar los conflictos fronterizos con sus vecinos inmediatos independientemente y sin tener que recurrir al rey de Mitanni; cualquier otra medida que se tomara, al margen de las actividades señaladas, por lo demás de carácter bastante limitado y localizado, tenía que ser tramitada por el soberano de Washshukanni.

Dado el carácter fragmentario de los testimonios disponibles, se ha postulado que Mitanni era en realidad una especie de federación, estructurada quizá de un modo un tanto vago. Para respaldar esta tesis, los especialistas han recurrido a uno de los títulos del rey de Mitanni: «Rey del ejército/de los

guerreros hurrita/s»; se afirma que este título quizá refleje el hecho de que la función primordial del rey de Mitanni era la de generalísimo de los contingentes aportados por los diversos estados federados, que estaban obligados a suministrar soldados, es decir, que actuaba como una especie de señor «feudal». Se han aducido tres argumentos en favor de esta idea, que se han presentado como rasgos característicos de los hurritas y de Mitanni en particular. En primer lugar, da la impresión de que los nombres de los reyes mitannios eran indoiranios, de ahí que se haya postulado la tesis de que el grupo dirigente del estado de Mitanni constituía una elite indoirania o una aristocracia de guerreros que dominaba a la población hurrita sometida. (El modelo y la comparación implícita de esta circunstancia sería la dominación normanda de Inglaterra.) Este argumento se ve respaldado por el segundo de los que aludíamos al principio, y es que en la larga lista de divinidades mencionadas al final del tratado de Shattiwaza, aparecen cuatro dioses que resultan familiares por el papel que ocupan en el panteón védico, de época muy posterior: Varuna, Indra, Mitra y los Nasatyas. En tercer lugar, la idea de una aristocracia de guerreros conquistadores se ve reforzada, al parecer, por el hecho de que en esta época, y especialmente en relación con Mitanni, encontramos el término *mariyannu/i*, posiblemente indoiranio, y que se cree que significa «noble». Al parecer designa a un grupo exclusivo de guerreros que combaten montados en carro, dueños de los caballos y de los carros de dos ruedas, y de unas tierras que no tenían derecho a enajenar. Se cree también que un texto procedente de Boğazköy establece una relación inequívoca entre los caballos y los propietarios de los carros por un lado y la aristocracia indoirania de guerreros por otro. El texto en cuestión ofrece una serie de detalles acerca del adiestramiento de los caballos y está escrito en parte en una forma arcaica de indoiranio (Kammenhuber, 1961; véase, asimismo Laroche, 1979).

Pero todas estas teorías deben ser modificadas, pues las investigaciones realizadas durante los últimos veinticinco años las han echado prácticamente por tierra. En primer lugar, el carácter indoiranio de los nombres de los reyes de Mitanni ha sido puesto en tela de juicio (Kammenhuber, 1968), de modo que en la actualidad su filiación lingüística es insegura. Además parece que la onomástica de los reyes de Mitanni era hurrita, de suerte que los nombres de origen indoiranio habrían sido sólo los nombres oficiales y por lo tanto no constituirían un indicio del origen étnico de los soberanos. Por último, los nombres están tan hurritizados que, aunque al final resultaran ser indoiranios, no podríamos decir que esta lengua constituía un elemento importante del estado mitannio. No obstante, aunque fueran indoiranios, el propio hecho de que sean nombres oficiales ya nos diría bastante acerca del concepto de monarquía y de lo que se esperaba de ella. Y aun cuando no lo fueran, los nombres en cuestión son muy curiosos y hablarían de un rasgo distintivo de la dinastía. Pero las incertidumbres siguen siendo muchas. En segundo lugar, de una lista de más de cien divinidades mencionadas en el tratado de Shattiwaza, sólo cuatro son comparables con los dioses védicos; además aparecen al

Libros

final de la lista, como indicando que se trataba de divinidades menores y de una importancia relativamente secundaria. Cabe afirmar que en un determinado momento existieron contactos con un pueblo indoiranio, quizá en la zona del noroeste de Irán, donde sabemos que los hurritas vivieron en época muy temprana (Diakonoff, 1972). Pero si esos contactos hubieran dado lugar a algún tipo de influencia indoirania sobre la sociedad mitannia, ésta no habría constituido más que un pequeño elemento del reino y además sólo a partir del siglo XIV aproximadamente.

Con respecto a los *mariyannu/i*, en la actualidad parece casi indudable que, desde el punto de vista lingüístico, se trata de una palabra hurrita (no indoirania). Asimismo da la impresión de que, aunque cabría suponer que los *mariyannu* se ocupaban hasta cierto punto de sus caballos y de los aparejos del carro, en determinadas circunstancias (por ejemplo, en tiempos de guerra) el estado les suministraba raciones de comida para sí mismos y para sus caballos, y les concedía parcelas de tierra. Debemos añadir que en Alalah un individuo tenía la posibilidad de recibir el nombre de *mariyannu* sin necesidad de poseer un carro y, por otra parte, podía ser nombrado *mariyannu* por el rey. Ello demuestra que no se trataba de un grupo exclusivo, que el soberano podía nombrar *mariyannu* a gente que no pertenecía a ese grupo con el fin de formar el regimiento de carros del ejército real, y que en buena parte era un colectivo dependiente del monarca. Resulta asimismo significativo que por esta misma época encontremos grupos estrechamente afines a éste en los principales estados del Oriente Próximo: en la Anatolia hitita, en la Babilonia casita, en Egipto y en los pequeños estados de Levante. Así pues, parece que el término *mariyannu* es sólo una forma de designar a los miembros del regimiento especializado de carros, típico de los ejércitos de esta época: nos resulta difícil definir las realidades que se ocultan detrás de esta designación, pero da la impresión de que no existen pruebas irrebatibles de que los *mariyannu* constituyeran una casta exclusiva de guerreros. Eran especialistas en algunas de las nuevas artes que permitían dominar mejor al caballo, que podía así ser enjaezado y domado eficazmente para el combate en carro. Quizá su existencia en el Oriente Próximo sea muy anterior a su comparecencia en los textos (que en todos los casos se nos han conservado por puro azar).

Los textos de Boğazköy relativos a la doma de caballos utilizan elementos de una lengua indoirania sólo en una medida muy limitada (Kammenhuber, 1961). Los términos que *podemos* analizar como tales son todos de carácter técnico y es posible que también sean originarios del noroeste de Irán, zona con la que por lo demás sabemos que estaban relacionados los hurritas (Diakonoff, 1972). Si interpretamos los textos en el sentido de que en esta época había en el Oriente Próximo elementos de origen indoiranio, deberíamos concluir que probablemente eran domadores de caballos y caballerizos, y no miembros de la minoría dirigente, y que ni Mitanni ni los hurritas eran gobernados o acaudillados por una aristocracia indoaria. Tampoco los hurritas (y menos aún sus supuestos caudillos «indoarios») fueron los que introdujeron en el Oriente Próximo el caballo, el arco compuesto y el carro de dos

ruedas tirado por caballos (tan habitual a partir del siglo XVI). La utilización de todos estos elementos incrementó en buena parte su significación, dando lugar a una serie de técnicas y objetos militares específicos, existentes ya desde hacía varios siglos, que alcanzaron una importancia mayor tras la formación de los grandes estados agresivos del siglo XVI (Moorey, 1986).

Sociedad

Especialmente ardua resulta la cuestión de la sociedad y la cultura mitannias o hurritas. Podemos esbozar en parte cómo era la sociedad de Arrapha gracias a los ricos archivos de Nuzi (así como los de las vecinas Kirkuk y Kurruhani), que han sido estudiados a fondo (Dosch, 1993). Este pequeño reino estaba compuesto por diversas ciudades, algunas de ellas fortificadas y provistas de palacios. En la propia Nuzi, el palacio ocupaba casi la mitad del área de la ciudad amurallada. Según parece, el rey se trasladaba de un centro a otro acompañado de su séquito; las posesiones de las reinas, que llegaban a abarcar aldeas enteras, contaban, según parece, con su propia administración; el palacio disponía de un importante centro de producción textil, en el que trabajaban esclavos y siervas del rey (Cassin, 1974; Zaccagnini, 1979). Es posible que el palacio ostentara el monopolio de la importación de metales (Zaccagnini, 1977) y que coordinara la manufactura de productos de metal, pero desde luego no desempeñaba el papel principal en la producción agrícola. La posesión de la tierra se basaba en las concesiones realizadas por el rey y, por prescripción legal, las parcelas así obtenidas no podían ser enajenadas, aunque sí heredadas. En consecuencia, los documentos de Nuzi atestiguan la existencia de un sistema de adopciones ficticias, en virtud del cual un individuo podía adoptarse a sí mismo tras hacer a su «padre» un valioso regalo que en realidad representaba el precio de compra. A través de este expediente algunos personajes llegaron a convertirse en grandes terratenientes: por ejemplo, Tehip-tilla, cuyos archivos demuestran que tenía una enorme cantidad de «padres», que en realidad eran sus arrendatarios (Cassin, 1938; Maidman, 1976; Wilhelm, 1982, p. 66; Dosch, 1987). En Nuzi está atestiguada también la práctica de la firma de contratos, en virtud de los cuales el individuo se obligaba a servir a una familia por un período de tiempo fijo, al término del cual quedaba libre; en compensación, la familia del contratado tenía acceso a diversos bienes, tales como grano o plata (Eichler, 1973).

El archivo de Nuzi también ha arrojado luz sobre algunos aspectos de la estructura familiar, en particular sobre la existencia del levirato (Cassin, 1969), del sistema de dote y de la asignación de los bienes de la novia (Grosz, 1983), y de la adopción formal de las hijas, en ausencia de descendientes varones, como «hijos» por sus propios padres (Grosz, 1987 y 1989). En calidad de tales, podían actuar legalmente como cabezas de familia (de sexo masculino): arreglaban su propia boda, se ocupaban de los bienes domésticos que simbolizaban la identidad de la familia, y los maridos pasaban

Liber

a vivir a casa de sus esposas. Los materiales procedentes de Nuzi que nos permiten realizar este tipo de estudios sociales y económicos son excepcionalmente ricos y han atraído sobre todo a los estudiosos de la sociedad israelita arcaica debido a una serie de sorprendentes analogías (para una visión de conjunto del tema, véase Morrison, 1983).

Pero deberíamos tener presente que Nuzi sólo nos ofrece una imagen de lo que era esta región: los archivos de Alalah IV, en el extremo oriental del reino de Mitanni, revelan una estructura social distinta (Wilhelm, 1982, p. 61). Además tanto los textos de Nuzi como los de Alalah están escritos en acadio, y no en hurrita; incluso el número de documentos hurritas procedentes de Emar (correspondientes cronológicamente a la época posterior a la caída de Mitanni) es pequeñísimo y en su mayoría tratan de presagios (Laroche, 1982). Así pues, estos documentos no nos permiten extraer ninguna conclusión general acerca del estado central de Mitanni y su sociedad. Por consiguiente, las instituciones y la sociedad mitannias siguen escapándosenos: sus dimensiones, el emplazamiento exacto de sus grandes ciudades reales (Washshukanni y Taide), su estructura política y la monarquía de Mitanni nos resultan sencillamente desconocidos y, de momento, imposibles de conocer. No obstante, aún quedan esperanzas: las excavaciones que lleva a cabo en Irak la British School of Archaeology en el yacimiento de Tell Brak (alto Khabur) han sacado a la luz diversos materiales pertenecientes a la época del dominio de Mitanni, entre ellas parte de un edificio público («palacio»), y se ha avanzado cautelarmente la hipótesis de que, en vista de su emplazamiento, Tell Brak podría ser una buena candidata para la identificación de la importante ciudad de Taide (Oates, 1985; aunque cabría la posibilidad de identificar Tell Brak con Nawar, véase *supra*, p. 320). Recientemente se han descubierto en Brak nuevos materiales de esta época, entre ellos una carta hurrita en estado muy fragmentario (Wilhelm, 1991).

El panteón hurrita, a algunos de cuyos integrantes, tales como el dios de las tormentas, Teshub, su consorte, Hepat, el dios del Sol, Shimigi, y la gran diosa Shaushga, se hace referencia en las cartas de Tushratta, lo conocemos fundamentalmente gracias a los documentos de fecha ligeramente posterior encontrados en la capital hitita, Boğazköy. Ignoramos por completo los detalles del culto y de la religión, excepto por lo que se refiere a unos cuantos rituales (Haas y Thiel, 1978; Haas y Wilhelm, 1974; Haas y Wegner, 1988) y a ciertos magníficos poemas épicos en hurrita (el ciclo de Kumarbi y la «Canción de Ullikummi» [Güterbock, 1946 y 1951/1952]), que de nuevo conocemos por los archivos de la capital de Hatti, Hattusa, y de los que sin duda existían versiones hititas. Hace ya más de cuarenta años que se vio que el mito de Kumarbi tiene una relación estructural y conceptual con la *Teogonía* de Hesíodo, de época muy posterior (Güterbock, 1948). El arte y la arquitectura nos son prácticamente desconocidos (Hrouda, 1985; Muscarella, 1988 [0M]), aunque en diversos yacimientos localizados a grandes rasgos en la zona de Mitanni se han descubierto vasos palaciegos (cerámica de Nuzi) (Barrelet, 1977; Stein, 1984) y se ha postulado la hipótesis de que se producía

un tipo especial de porcelana (Fritz-Münche, 1984). No obstante, es evidente que los reyes de Mitanni disponían de enormes recursos y de buenos artesanos, como demuestran las larguísimas y detalladísimas listas de objetos suntuarios que llevó consigo a Egipto la princesa mitannia, Taduhepa. El comienzo de uno de esos inventarios nos ofrece una prueba de ello:

> 4 magníficos caballos que corren (con gran rapidez).
> 1 carro, su *tulemus*, sus correas y su cubierta, todo ello de oro. Para ello se utilizaron 320 siclos de oro.
> 1 látigo de *pišaiš* recubierto de oro; su *parattitinu* (es) de auténtica piedra *hulalu*; engastada en él va un sello de auténtica *hulalu*. Para ello se utilizaron 5 siclos de oro.
> 2 *ša burhi*, recubiertos de oro. Para ello se utilizaron 6 siclos de oro y 4 siclos de plata.
> 2 *uhatati* (de cuero), recubiertos de oro y plata; el centro de cada uno está hecho de lapislázuli. Para ello se utilizaron 10 siclos de oro y 20 siclos de plata.
> (Y así otras 229 líneas, en las que se habla de elaborados calderos, joyas, zapatos, vestidos, perfumes, y una armadura completa con sus correspondientes armas.) (EA 22.)

2. Ugarit

> Fijaos, no existe la residencia de un alcalde que pueda compararse con la de Tiro. Es como la residencia de Ugarit. Grandísima es la riqueza que existe allí (EA 89).

Así decía en una carta Rib-Hadda, príncipe de Biblos y súbdito de Egipto, al faraón Akhenatón (1364-1345 [1352-1336]). Al avisar al soberano egipcio del poder que tenía el rey de la vecina Tiro y prevenirle de sus ambiciones, comparaba la riqueza y el esplendor de Tiro con los de Ugarit, que no pertenecía al imperio egipcio y que por entonces probablemente era independiente. Es posible incluso que entre las numerosas esposas del faraón Amenofis III (1403-1364 [1390-1352]) hubiera una princesa de Ugarit (EA 1, p. 39). Ugarit, la actual Ras Shamra, en la costa de Siria, era hasta hace poco la única de las numerosas y pequeñas ciudades-estado de la región en la que habían sido descubiertos varios archivos de dimensiones notables. Los documentos allí encontrados nos iluminan con bastante detalle acerca de la historia, la sociedad y la cultura de un estado cananeo durante el período comprendido entre *c.* 1400 y los años inmediatamente posteriores a 1200. Durante esta época el poder de Mitanni estaba en plena decadencia a consecuencia de los sucesivos ataques hititas. Suppiluliuma I (1370-1330 [1344-1322]) acabó incorporando al reino hitita en pleno proceso de expansión todo el territorio del norte de Siria hasta la altura de Damasco (véase el capítulo 5, apartado 4). La propia Ugarit cayó en esta época bajo el dominio de Hatti, de modo que sus archivos nos informan también acerca del modo en que la

Liber

dominación hitita afectó a esta región en particular. Los archivos son posteriores a las tablillas de Alalah IV (finales del siglo XV) y por lo tanto contribuyen a rellenar la laguna que presenta la historia del norte de Siria entre *c.* 1400 y 1200.

El hallazgo fortuito en 1928 de una tumba abovedada de piedra tallada llamó la atención de los arqueólogos franceses sobre el poblado de Ras Shamra y su puerto de Minet el-Beida. En el curso de las excavaciones apareció un gran palacio de piedra, que tenía una extensión de poco más de 1 ha. Se hallaba situado en medio de una ciudad floreciente y de buen tamaño, cuyas calles estaban flanqueadas por casas de dos pisos, agrupadas posiblemente por oficios. Dominando la ciudad había una acrópolis con dos templos dedicados a dos dioses bien conocidos por el Antiguo Testamento: Baal y Dagan. En el interior del gran palacio, con sus numerosos patios, salas hipóstilas, entradas porticadas y zonas ajardinadas, se descubrió un gran número de tablillas, que afectan a casi todos los aspectos de la vida de la ciudad desde el siglo XIV hasta el XII. También se encontraron archivos en otros edificios (Van Soldt, 1991). Las excavaciones han venido a demostrar que Ugarit existía ya en pleno Neolítico y que se había convertido en una ciudad importante ya a comienzos del tercer milenio (véase, en general, *SDB* s. v. «Ras Shamra»). Parte de su territorio siguió siendo un centro comercial hasta el siglo III, cuando, según parece, su poder se vio eclipsado por Seleucia de Pieria y Laodicea Póntica (Stucky, 1983; se encuentra situada a unos 11 km de la actual Lataqiya).

El reino de Ugarit

La extensión del territorio ocupado por el estado (no por la ciudad) de Ugarit no se conoce con absoluta seguridad. Dominaba la costa desde Ma'hadu (Minet el-Beida) hasta otro puerto, Shuksi (Tell Sukas), en el que se ha descubierto una tablilla en ugarítico. Menos seguridad tenemos respecto hasta dónde llegaba tierra adentro; las estimaciones se basan en las referencias presentes en los tratados. Puede que se extendiera hasta el Orontes, y posiblemente incluso un poco más allá por el noreste: los estados fronterizos eran por el norte Mukish, por el este Nuhashshe y por el sur Amurru (véase *supra*, mapa 4). Controlaba además dos pequeños estados, Shiyannu y otro cuyo nombre por desgracia se ha perdido. Desde 1975 el yacimiento de Ras Ibn Hani, situado a unos 5 km al suroeste de Ugarit, ha sido objeto de intensas excavaciones, habiendo salido a la luz dos palacios situados en una ciudad amurallada de trazado ortogonal. Varias tablillas, entre ellas algunas en ugarítico, confirman que se trataba de otra población del estado de Ugarit. El nombre antiguo de Ras Ibn Hani era B'ir. La presencia de dos palacios (uno perteneciente a una reina de Ugarit), su emplazamiento en un promontorio asomado al mar y el trazado de la ciudad indican que era considerada un centro real, quizá una residencia de verano (Bordreuil, 1981).

El territorio de Ugarit estaba salpicado de aldeas y pequeñas ciudades: la agricultura, principal fuente de riqueza de Ugarit (al igual que en la mayoría de los estados preindustriales), era la actividad productiva a la que se dedicaba la mayor parte de la población (Heltzer, 1976 y 1982). Aparte del rey y sus altos funcionarios y un pequeño número de esclavos, la población estaba constituida por ciudadanos libres. Algunos, calificados de «hombres del rey», eran beneficiarios de las tierras concedidas por el soberano a cambio de los servicios prestados al estado (por ejemplo, fabricantes de armaduras, pajareros, alfareros), mientras que el resto de la población se dedicaba al cultivo de sus propias tierras. Es un error pensar, como han hecho algunos, que los «hombres del rey» eran en cierto modo más ricos o tenían más privilegios que los «campesinos». Últimamente se ha demostrado de modo harto convincente que existían enormes diferencias de riqueza dentro de ambos grupos, y que esta clasificación hace alusión tan sólo a los orígenes de las tierras que poseían (y por lo tanto a la relación económica que mantenían con la autoridad central). Mediante la concesión de tierras a determinadas personas a cambio de los servicios prestados, la corte subvenía a sus necesidades (de comida, armas, muebles, etc.). Es perfectamente posible encontrar «campesinos» ricos y «hombres del rey» pobres (Vargyas, 1988). A grandes rasgos, el modelo socioeconómico de Ugarit se diferenciaba muy poco del de los demás estados de la época.

Aparte de los alimentos básicos (grano, uvas, aceitunas), Ugarit producía también varios excedentes: la existencia de grandes cantidades de ánforas en los almacenes del puerto implica la producción de aceite de oliva en cantidades que permitían su comercialización; es posible que se exportaran también sal y vino. Ugarit poseía asimismo una serie de industrias especializadas: se fabricaban finos trajes de lino y lana teñidos de púrpura (el tinte se extraía del múrice), así como piezas de tela en grandes cantidades; la demanda de estos productos entre los hititas era bastante grande y constituía una parte del tributo pagado por Ugarit (véase *infra*, pp. 345-346). El tratado hitita con Ugarit demuestra asimismo, incidentalmente, que esta ciudad era considerada capaz de producir cantidades importantes de oro y plata, tanto en bruto como en forma de vasos preciosos. Algunos de los objetos de metal hallados en Ugarit, como, por ejemplo, el caldero de oro finamente repujado o la soberbia cabeza de hacha de hierro con su anilla de bronce con incrustaciones de oro (Strommenger y Hirmer, 1965 [0M], láminas 176, XXXIII, XXXIV), nos ofrecen una idea del nivel alcanzado por su artesanía. La talla y las incrustaciones de marfil probablemente fuera otra de las artesanías que controlaba el soberano de Ugarit. Los bosques de la región suministraban la madera necesaria para la fabricación de muebles lujosos y de artículos suntuarios, así como para la construcción: el enebro, el boj y el pino son las maderas que, según sabemos, se utilizaban en la zona y eran fáciles de obtener.

Los mercaderes constituyen uno de los grupos que ocupan un lugar destacado en los archivos de Ugarit. Los textos revelan que no sólo había ciu-

Liber

dadanos de Ugarit dedicados al comercio, sino también mercaderes de otros países radicados allí: los mercaderes de Ura, por ejemplo, en la Cilicia hitita (Beal, 1992), constituían una pequeña comunidad mercantil muy influyente; también operaban en Ugarit los mercaderes de Alashiya (Chipre). La presencia en Ugarit de cerámica minoica y micénica indica que en la ciudad también había comerciantes egeos, aunque este tipo de materiales no nos permiten calibrar con exactitud la verdadera naturaleza y la intensidad de los vínculos comerciales con el mundo egeo, y en los textos de Ugarit tampoco podemos apreciar que constituyan un grupo específico (para los vínculos comerciales con el Egeo, véase Morris, 1992). Ugarit estaba estratégicamente situada para dirigir una parte importante del comercio del norte de Siria con Chipre y con otros lugares más occidentales, así como con Cilicia y los países situados más al norte. Había asimismo rutas que la unían con Carchemish y Emar, a orillas del Éufrates, y controlaba un sector de la ruta que conducía por el norte hacia la Anatolia central a través de Mukish. El papel más importante desempeñado en el comercio de la época por Ugarit, que nosotros sepamos, era el de centro de distribución de los suministros de grano desde el norte de Siria a la corte hitita (Klengel, 1965-1970, II; Heltzer, 1978).

Dada la riqueza de la documentación, tanto textual como arqueológica, resulta tentador exagerar la importancia y la función de Ugarit en el comercio. Pero no era más que uno de los numerosos estados del mismo estilo que había diseminados por Levante, tanto en la costa como en el interior (respecto a Emar, véase el capítulo 6, apartado 3); si los estudiosos conocen tantas cosas acerca de Ugarit es simplemente debido a la riqueza de los materiales escritos, pero desde luego no constituía un caso único: era uno más, aunque probablemente fuera uno de los estados más prósperos e importantes. Sus ricos archivos demuestran que la población estaba compuesta, si atendemos al testimonio de la onomástica, por «cananeos» y hurritas. Los vínculos internacionales de la ciudad-estado se ven reflejados por la existencia de textos escritos en diversas lenguas extranjeras: conocemos documentos en acadio, la lengua diplomática de la época, jeroglíficos egipcios grabados en diversos objetos, textos en hitita y hurrita y unos pocos de origen chiprominoico. Pero el hecho más importante (y también más curioso) es la existencia y el uso generalizado de un alfabeto local, el más antiguo que se conoce hasta la fecha (Gordon, 1971, pp. 114-124; Healey, 1990, pp. 16-26). Este alfabeto representa una modalidad local de una lengua semítica occidental denominada habitualmente «cananeo» (para los problemas de esta clasificación excesivamente simplista, véase Millard, 1973). Por los escasos restos encontrados en otros lugares (Healey, 1990, pp. 22-23) hoy día es prácticamente seguro que en la mayoría de las comarcas levantinas se utilizaban diversos tipos de escritura alfabética desde *c.* 1600. Lo insólito del alfabeto de Ugarit es que empleaba signos en forma de cuña, aparentemente análogos a los de la escritura cuneiforme, grabados sobre arcilla con ayuda de un punzón (véase la figura 24). Al estar escritos sobre tablillas de barro, y no sobre cuero, madera

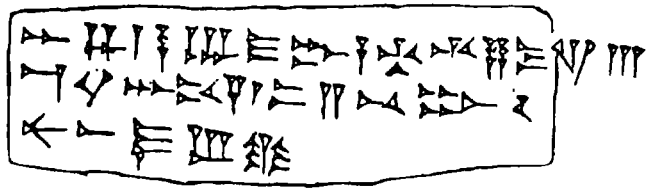


FIGURA 24. Tablilla con inscripción en alfabeto ugarítico descubierta en 1948 (según C. Virolleaud, *Le palais royal d'Ugarit II*, París, 1957).

o papiro, los textos en alfabeto ugarítico afortunadamente se nos han conservado y podemos así disponer de un panorama impagable de lo que era la vida de una ciudad cananea. Los textos de carácter administrativo, jurídico y económico constituyen el grueso de la documentación; pero existe también un importante corpus de textos literarios que muestran unas analogías curiosísimas con la poesía de algunos libros del Antiguo Testamento, de época muy posterior. Por ejemplo:

«El poderoso Baal ha muerto,
pereció el Príncipe, Señor de la Tierra.»

El benéfico El, el benigno,
bajó del trono, se sentó en el escabel,
y retirando el escabel se sentó en el suelo.
Derramó la paja de las lamentaciones sobre su cabeza,
el polvo de los restregones sobre su nuca.
A modo de vestido se puso un taparrabos.
La piel con una piedra se restregó,
piedra pómez (utilizó) como rascador.
Se peló las mejillas y la barbilla,
se rastrilló los brazos,
aró su pecho como si fuera un huerto,
como si fuera un valle rastrilló su cuerpo.
Levantó la voz y gritó:
«¡Baal ha muerto! ¿Qué será del pueblo?
¡El hijo de Dagan! ¿Qué será de las multitudes?»

(5(67)6.9-24; según trad. de Pope, 1981, p. 164.)

La literatura y los textos rituales ugaríticos revelan cuáles eran la religión y las prácticas cultuales de Levante, conocidas hasta ahora únicamente a través de los ataques veterotestamentarios, que nos ofrecen una imagen distorsionada de ellas (Caquot *et al.*, 1974 y 1989; Yon, 1990). Un texto especialmente interesante (descubierto hace bastante poco) habla de un banquete ceremonial, organizado con motivo de los funerales de Niqmaddu III por su

Libros

CUADRO 20. *Reyes de Ugarit*

	Ugarit	Contemporáneos	
	Ammishtamru I	Amenofis III (1403-1364)	
	Niqmaddu II	Suppiluliuma I (1370-1330)	
	Arhalba		
	Niqmepa	Mursili II (1330-1295)	
Amurru		Muwatalli II (1295-1282)	*Carchemish*
Benteshina*		Hattusili III	
	Ammishtamru II	(1275-1245)	Initeshub
Shaushgamuwa		Tudhaliya IV	
	Ibiranu	(1245-1215)	
		Arnuwanda III (1215-1210)	
	Niqmaddu III		
	'Ammurapi	Suppiluliuma II (1205-) / Ramsés III (1184-1153)	

* Hija casada con Ammishtamru II.

hijo 'Ammurapi II (*c.* 1210/1200?, véase el cuadro 20), al que eran invitados los antepasados de la dinastía mediante una invocación:

> Documento sobre el banquete sacrificial para las «sombras» (es decir, los difuntos):
> Vosotros debéis invitar a los Rapi'u («los sanadores», término que designa a los antepasados difuntos) del Inf[ierno],
> debéis convocar la asamblea de Di[danu] (nombre de un antepasado de la dinastía)
> ¡(Vosotras) invitad a ULKN, el Rapi'u,
> invitad a TRMN, el Rapi'u,
> invitad a SDN y RDN,
> invitad al toro 'LLMN!
> ¡(Vosotros y vosotras) invitad a los Rapi'u del Infierno,
> convocad la asamblea de Didanu!
> ¡(Mujeres,) invitad a Ammishtamru (II), el rey,
> invitad también a Niqmaddu (III), el rey!
> ¡Oh, lloraré por el trono de Niqmaddu!
> Deberíamos llorar por el escabel del rey,
> pero antes llorar por la mesa del rey
> y tragarnos las lágrimas por él, Liber
> todas en su totalidad.

Caliéntate, sol, sí, caliéntate,
al gran luminar que se cierne sobre nuestras cabezas, el sol, invitadlo:
«¡Tras de tu señor, trono,
tras de tu señor baja al infierno,
baja al infierno y túmbate en el polvo!
¡En el nombre de SDN y RDN!
¡En el nombre del toro 'LLMN!
¡En el nombre de los antiguos Rapi'u!
¡En el nombre de Ammishtamru, el rey!
¡En el nombre, ay, de Niqmaddu, el rey!
¡Sacrifica una vez! ¡Sacrifica dos veces!
¡Sacrifica tres veces! ¡Sacrifica cuatro veces!
¡Sacrifica cinco veces! ¡Sacrifica seis veces!
¡Sacrifica siete veces!
¡Ofrece un pájaro!
¡Bienestar, bienestar para 'Ammurapi,
bienestar para su familia!
¡Bienestar para Sharelli (nombre de la reina o quizá de la reina madre),
bienestar para su familia!
¡Bienestar para Ugarit,
bienestar para sus puertas!».

(*KTU*, 1.161; P. Bordreuil y D. Pardee, *Syria*, 59 [1982], pp. 121-128; *TUAT*, II, pp. 332-333.)

Historia política de Ugarit

Aunque se ha descubierto una Lista de Reyes de Ugarit (RS 24.257 rev.; *KTU*, 1.113; Kitchen, 1977; Pardee, 1988, pp. 165-178), sólo se nos ha conservado en parte y da la impresión de que los nombres de los soberanos que aparecen en ella corresponden a los primeros reyes de Ugarit, a los cuales se hacían ofrendas o a los que se invocaba en el curso de las ceremonias ancestrales (como, por ejemplo, el banquete fúnebre citado anteriormente). Ello implica que ninguno de los reyes que ocuparon el trono de Ugarit en la época de la que datan los archivos aparece en esta lista, y la serie de los monarcas conocidos históricamente debemos reconstruirla a partir de otros documentos. El primer soberano atestiguado es Ammishtamru (I), aunque sólo lo conocemos por documentos procedentes de fuera de Ugarit: una de las cartas de el-Amarna (EA 45) es suya, y probablemente fuera dirigida a Amenofis III; otros reyes de Ugarit lo nombran en sus genealogías y ocasionalmente vuelve a aparecer en textos de época posterior. No se sabe muy bien cuál era exactamente la relación que mantuvo Ugarit con Egipto durante su reinado: el tono que utiliza Ammishtamru para dirigirse al faraón es el propio de un rey vasallo para con su señor, pero quizá sólo sea un reflejo de la diferencia de categoría existente entre un reino y otro. No tenemos ningún testimonio que nos permita afirmar que el imperio egipcio llegara hasta la altura de Ugarit (véase el capítulo 6, apartado 4).

Liber

Mucho más sabemos acerca del sucesor de Ammishtamru, Niqmaddu (II), que accedió al trono antes de que Suppiluliuma I realizara sus grandes campañas de Siria (*c.* 1360 o 1335?) y cuyo reinado probablemente fue muy largo. Conocemos una carta de Niqmaddu II enviada al faraón de Egipto (EA 47), pidiéndole que envíe a un médico a la corte de Ugarit, hecho que demuestra que las relaciones mantenidas por ambos estados seguían siendo amistosas. Una vasija de alabastro (el «vaso del casamiento»), que lleva una inscripción con el nombre de Niqmaddu y en la que aparece representada una escena que quizá refleje un rito egipcio utilizado en los casamientos cortesanos, implica también la existencia de unas relaciones muy estrechas entre Ugarit y Egipto. Es posible que durante el reinado de Niqmaddu o bien durante el de Ammishtamru, Ugarit sufriera un terremoto y un maremoto, seguidos de una serie de incendios que arruinaron su puerto y destruyeron casi la mitad de la ciudad, incluida buena parte del palacio (EA 152). Pero parece que se recuperó bastante pronto del desastre. Durante el reinado de Ammishtamru se produjo un conflicto entre Ugarit y su vecino, Amurru, en la región de Shiyannu, estado cliente de Ugarit. Al parecer, Niqmaddu tuvo que hacer frente a las presiones del poderoso Amurru en los primeros años de su reinado, probablemente a fin de poner término a este litigio. Posiblemente poco después de este episodio, Mukish y Nuhashshe, vecinas de Ugarit por el norte y por el este respectivamente, intentaron atraerla a una coalición antihitita, probablemente en su calidad de leales vasallos de Mitanni, que estaba siendo objeto de repetidos ataques por parte de Hatti. Pero Ugarit, que no estaba sometida a Mitanni, se negó a participar en ella solicitando por el contrario la ayuda de Suppiluliuma. Esta circunstancia proporcionó al rey de Hatti un buen pretexto para llevar a cabo su triunfal conquista del norte de Siria. A continuación el gran soberano hitita recibió formalmente a Niqmaddu en Alalah y firmó con él el tratado que a partir de ese momento convertiría a Ugarit en estado vasallo de Hatti. La versión acadia del tratado, que ocupa varias tablillas, fue descubierta en Ugarit:

> Así (habla) mi sol, Suppiluliuma, el gran rey, rey del país de Hatti, el héroe: cuando Itur-addu, rey de Mukish, Addu-nerari, rey de Nuhashshe, y Aki-Teshub, rey de Niye, se sublevaron contra mi sol, el gran rey, su señor, reunieron sus tropas, ocuparon las ciudades de Ugarit, hostigaron a Ugarit, capturaron (a los súbditos) de Niqmaddu, rey de Ugarit, llevándoselos como botín, y arrasaron la tierra de Ugarit.
>
> Entonces Niqmaddu, rey de Ugarit, se volvió hacia Suppiluliuma, el gran rey, y le escribió en los siguientes términos: «¡Tenga a bien el sol, el gran rey, mi señor, salvarme de las manos de mis enemigos! Soy el criado de mi sol, el gran rey, mi señor. Contra el enemigo de mi señor me muestro hostil, del aliado de mi señor soy aliado. Esos reyes me están hostigando». El gran rey escuchó las palabras de Niqmaddu. Suppiluliuma, el gran rey, envió príncipes y nobles junto con la infantería (y) [los destacamentos de ca]rros a Ugarit...
>
> (Una serie de fragmentos hacen referencia al restablecimiento de la paz en Ugarit por obra de los hititas y al sometimiento de Niqmaddu a Suppiluliuma en Alalah; el texto continúa:)

Y [Suppiluliuma, el gran rey,] vio la lealtad de Niqmaddu.

Ahora Suppiluliuma, el gran rey, rey del país de Hatti, ha firmado un tratado con Niqmaddu, rey de Ugarit, en los siguientes términos:

Si en el futuro algún refugiado de Nuhashshe o de Mukish o de cualquier otro país entra al servicio del rey de Ugarit, el rey de ninguno de esos países podrá arrebatárselos a Niqmaddu, rey de Ugarit, ni suplantar la autoridad de sus hijos y nietos. ¡Hasta los días más lejanos! Así lo firma mi sol, el gran rey, en el tratado.

(A continuación viene un pasaje fragmentario en el que se definen cuidadosamente las fronteras de Ugarit; el tratado continúa en los siguientes términos:)

Ahora Suppiluliuma, el gran rey, rey de Hatti, el héroe, ha adjudicado estas [fronteras], lugares y montañas, por medio de un documento sellado a Niqmaddu, rey de Ugarit, así como a sus hijos (y) a sus nietos. ¡Para siempre! En adelante Niqmaddu se mostrará hostil con mis enemigos y aliado de mis aliados. Mucho es lo que ha hecho por mi sol, el gran rey, su señor, y protege el tratado (y) la alianza con el país de Hatti. Ahora el sol, el gran rey, ha visto la lealtad de Niqmaddu.

Y el que cambie las palabras de la tablilla del tratado (sea maldito). Un millar de dioses conocerá (sus palabras): el dios de las tormentas del cielo, el dios del sol del firmamento, el dios de las tormentas de Hatti, la diosa del sol de Arinna, Hepat de Kizzuwadna, Ishtar de Alalah, Ningal de Nubanni, el dios de las tormentas de la montaña de Hazzi (el monte Casio/Baal Zaphon, pico situado en las proximidades de Ugarit, de gran importancia religiosa) (*CTH*, 46; J. Nougayrol, PRU, IV [1956], pp. 48-52).

El tratado fijaba las fronteras de Ugarit de tal modo que este estado, fiel aliado de los hititas, ganaba territorio a expensas de Mukish y también por el sur. Se efectuaban asimismo una serie de previsiones con respecto a los refugiados, favorables también para Ugarit, que no estaba obligada a entregar a los fugitivos de Mukish y Nuhashshe a los hititas ni a devolverlos a su país de origen para que recibieran el castigo merecido. La afirmación repetida una y otra vez de que estos acuerdos debían seguir siendo válidos para los descendientes de Niqmaddu demuestra que el rey de Hatti reconocía el derecho de la actual familia real de Ugarit a seguir ejerciendo el poder.

Estas generosísimas condiciones, que no aluden a ninguna obligación por parte de Ugarit a prestar ayuda al soberano hitita con tropas en caso de conflicto bélico, deben compararse con otro texto en el que se especifica el enorme tributo que debía pagar Ugarit a su señor, y que además es el único que nos permite ver con algún detalle cuál era el tipo de tributo que imponía el gran rey de Hatti a sus estados vasallos. En Ugarit han aparecido las versiones acadia y ugarítica del texto. El documento comienza una vez más con el reconocimiento por parte de Suppiluliuma del apoyo recibido de Niqmaddu, y después continúa en los siguientes términos:

El tributo que debes pagar a mi sol, el gran rey, tu señor, (será) 12 minas (1 mina hitita = 40 siclos) y 20 siclos de oro (según) el peso del gra[n siclo (18,79 g)], un vaso de oro de una mina de peso como parte principal del tri-

Liberi

buto, 4 túnicas de lino, un vestido grande de lino, 500 siclos de lana púrpura azul, y 500 siclos de lana púrpura roja para mi sol, el gran rey, tu señor.

Un vaso de oro de 30 siclos de peso, una túnica de lino, 100 siclos de lana púrpura azul, y [100 siclos] de lana púrpura roja para la reina.

[Un] vaso de oro de 30 siclos de peso, una túnica de lino, 100 (siclos) de lana púrpura azul, y 100 (siclos) de lana púrpura roja para el príncipe heredero.

Un vaso de plata de 30 (siclos) de peso, una túnica de lino, 100 (siclos) de lana púrpura azul, y 100 (siclos) de lana púrpura roja para el jefe de los escribas.

Un vaso de plata de 30 (siclos) de peso, una túnica de lino, 100 (siclos) de lana púrpura azul, y 100 (siclos) de lana púrpura roja para los (oficiales de la corte de cierto rango).

Y para el segundo ad[ministrador de los almacenes], lo mismo.

[Un vaso de plata de 30 siclos de peso], una túnica de lino, 100 (siclos) de lana púrpura azul, y 100 (siclos) de lana púrpura roja para el ministro.

Un vaso de plata, una túnica de lino, 100 (siclos) de lana púrpura azul, y 100 (siclos) de lana púrpura roja para el...

Entre los nobles que acompañan a mi sol, el rey, su señor, no hay (más perceptores de tributos). El día que Niqmaddu traiga su tributo, no está obligado a traer ningún (regalo adicional).

(El texto concluye con la afirmación de que los dioses de Hatti conocen el contenido del tratado; quienquiera que se burle de sus previsiones será maldito; y por último se añade una nota sobre los sellos del rey y la reina de Hatti añadidos al acuerdo.) (*CTH*, 47; J. Nougayrol, PRU, IV [1956], pp. 40 y ss. [acadio]; *ibid.*, pp. 44 y ss.; *KTU*, 3.1 [ugarítico].)

La cantidad de oro en bruto que debía pagar Ugarit era de unos 9 kg, más casi otros 2 kg en forma de vasijas de oro. Aproximadamente las tres cuartas partes del oro iba a parar al propio rey de Hatti, mientras que el resto se lo repartían la reina y el príncipe heredero. Otros miembros del séquito de su majestad recibían vasijas de plata, y todos ellos recibían trajes de lino y grandes cantidades de lana teñida de púrpura roja y azul. El valor del tributo se basaba en la totalidad de los territorios controlados por Ugarit, incluida Shiyannu y las tierras recién incorporadas al estado. Ciertas tablillas encontradas en el palacio de Ugarit demuestran que el tributo se recaudaba entre las comunidades locales, cuya población y capacidad económica eran debidamente calculadas y anotadas, adjudicándose así la cuota del tributo que debía pagar cada una (Klengel, 1965-1970, II, pp. 343 y ss.).

El sucesor de Niqmaddu, Arhalba, probablemente no reinara más de dos años aproximadamente antes de ser sustituido por su hermano. Esta circunstancia tal vez indique que se produjo algún tipo de intriga dinástica, aunque esto no es más que pura especulación. Es posible que surgieran problemas en las relaciones entre Ugarit y Hatti debido a las dificultades sobrevenidas durante los primeros años del reinado de Mursili II (1330-1295 ([321-1295]), cuando buena parte de Siria se sublevó y los egipcios (al mando del faraón Horemheb, 1332-1306 [1323-1295]) efectuaron una nueva campaña contra

el norte de Siria. Evidentemente los egipcios intentaron explotar los problemas suscitados por la muerte repentina de Suppiluliuma a raíz de la terrible epidemia que asoló Levante durante esta época y que causó la muerte de su inmediato sucesor, Arnuwanda II, en el curso de pocos meses (véase el capítulo 5, apartado 4). El hallazgo de un vaso con el rótulo de Horemheb en Ugarit podría interpretarse como el reflejo de un nuevo acercamiento durante el reinado de Arhalba entre Ugarit y Egipto en un momento en que el estado hitita había sufrido un revés transitorio. Si esta reconstrucción es correcta, la crisis habría sido breve, pues Arhalba desapareció (quizá desterrado) y Niqmepa fue instalado en el trono por Mursili II (*CTH*, 64; PRU, IV, pp. 63-70; Klengel, 1965-1970, II). Frente a esta interpretación debemos tener en cuenta el testamento de Arhalba, una de cuyas cláusulas dice que, al morir sin hijos, su hermano debía casarse con su viuda y sucederle en el trono. Puede que se viera obligado a incluir esta previsión, pero no tenemos la seguridad de que así fuera (Curtis, 1985, p. 45).

El reinado de Niqmepa fue uno de los más largos (unos cincuenta años: *c.* 1320-1270 [1310-1260]), aparte de ser uno de los mejor documentados. Quizá por deber el trono a la intervención del soberano hitita, o quizá a consecuencia de la deslealtad temporal de Ugarit, Niqmepa se vio obligado a aceptar un nuevo tratado con Mursili II, en el que se expone en términos inequívocos la posición de Ugarit como estado súbdito de los hititas (*CTH*, 66; PRU, IV, pp. 92-101 y 287 y ss.). Al mismo tiempo, le fue arrebatado el territorio de Shiyannu, que pasó a depender directamente de Carchemish, centro del poderío hitita en el norte de Siria, gobernada por un descendiente del soberano de Hatti en calidad de virrey. No obstante, a petición de Niqmepa, el tributo de Ugarit se vio reducido debido a la pérdida de Shiyannu. En estos momentos Ugarit se hallaba rodeada enteramente por zonas dominadas por Hatti, entre ellas Amurru al sur, una de cuyas princesas, Ahat-milku, contrajo matrimonio con Niqmepa.

Del reinado de Niqmepa data un edicto real hitita (*CTH*, 93; PRU, IV, pp. 103 y ss.) en el que se regulan las actividades de los mercaderes de Ura (en Cilicia), comerciantes por vía marítima que hacían negocios en Ugarit. Los mercaderes de Ura eran los responsables de las importaciones de grano procedente del norte de Siria a Hatti por orden y en interés del soberano hitita. Hasta la fecha del edicto, los mercaderes de Ura habían invertido su dinero en casas y fincas dentro de Ugarit y habían realizado negocios de crédito con los habitantes de esta ciudad que ofrecían sus propiedades como garantía. El edicto de Hattusili III (1275-1245 [1264-1239]) venía a regular esta situación y establecía unos límites muy estrictos a las transacciones comerciales de los mercaderes. En adelante, se permitía a los mercaderes de Ura emprender actividades comerciales en Ugarit sólo durante los meses de verano, teniendo que regresar a su país durante el invierno. Al mismo tiempo se les prohibía comprar casas y fincas o invertir sus bienes en Ugarit. En el caso de las deudas contraídas por ciudadanos de Ugarit que aún estuvieran pendientes, no se permitía a los mercaderes de Ura confiscar los bienes de los deudores. La

Liber

situación debía de haberse vuelto crítica, poniendo quizá incluso en peligro la capacidad de Ugarit a la hora de recaudar el tributo, pues el gran rey de Hattusa no dudó en intervenir personalmente.

El reinado de Ammishtamru (II) coincidió con el final del de Hattusili III y la mayor parte del de Tudhaliya IV (1245-1215 [1239-1209]). Fue entonces cuando la amenaza de Asiria se incrementó de un modo sustancial, poniendo en peligro sobre todo a las pequeñas ciudades-estado del norte de Siria (véase el capítulo 7, apartado 2). Pese a todo, Ugarit fue capaz de renegociar su tratado y consiguió permiso para pagar una cuota de 2.000 siclos (más de 37 kg) de oro en vez de suministrar hombres para la guerra. Es evidente que Ugarit seguía disponiendo de una gran riqueza y que a los hititas les resultaba más útil por sus recursos financieros que por la cantidad de hombres que pudiera proporcionarle.

El reinado de Ammishtamru II nos permite observar cómo actuaba el virrey hitita de Carchemish en su calidad de gobernador del norte de Siria a la hora de gestionar los asuntos locales, aunque en última instancia el tribunal supremo seguía siendo encarnado por el soberano hitita. Un ejemplo dramático de esta situación nos lo ofrece una serie de textos relacionados con el divorcio de Ammishtamru de su esposa, hija de Benteshina de Amurru. La pareja real llegó a un acomodo gracias a la intervención del gran rey de Hattusa y del gobernador responsable de la administración del norte de Siria, Initeshub de Carchemish. Todos los textos proceden de Ugarit y están escritos en acadio:

1. Sentencia del rey hitita, Tudhaliya IV

> Ante su majestad, Tudhaliya, el gran rey, rey de Hatti: Ammishtamru, rey de Ugarit, hizo a la hija de Benteshina, rey de Amurru, su esposa; después ésta provocó deliberadamente trastornos a Ammishtamru, de suerte que Ammishtamru, rey de Ugarit, ha abandonado a la hija de Benteshina para siempre; la hija de Benteshina recibe de manos de Ammishtamru todo lo que trajo consigo cuando entró en la casa de Ammishtamru (y de ahora en adelante) vivirá por su cuenta. Que los amorreos presten un juramento acerca de todo aquello con lo que Ammishtamru intente quedarse sin tener derecho, de modo que Ammishtamru pueda resarcir(los); y Utrisharrumma es el príncipe heredero de Ugarit; que Utrisharrumma se pronuncie en el siguiente sentido: «Me voy con mi madre», y ponga así su manto en el escabel (es decir, abdique) y se vaya, y en tal caso Ammishtamru nombrará príncipe heredero a otro de sus hijos. Cuando Ammishtamru fallezca y Utrisharrumma intente hacer de nuevo a su madre reina de Ugarit, colocará su manto en el escabel (e) irá donde quiera y su majestad nombrará rey a otro hijo de Ammishtamru. En el futuro la hija de Benteshina no podrá reclamar a sus hijos, sus hijas o sus yernos: éstos permanecerán junto a Ammishtamru. Si intentara reclamarlos, esta tablilla hablará en su contra (*CTH*, 107; J. Nougayrol, PRU, IV (1956), p. 126; Van Soldt, 1983, pp. 151-152).

2. Sentencia de Initeshub, rey de Carchemish:

> Ante Initeshub, rey de Carchemish, hijo de Sahurununwa, rey de Carchemish, nieto de Sharrikushuh, que (fue) también rey de Carchemish, el héroe: *todo lo que la hija de Benteshina, rey de Amurru, hubiera ganado en Ugarit* —objetos de plata, oro, cobre, o bronce, regalos recibidos de los visitantes, donaciones o propinas, esclavos, esclavas, vestidos de lana o lino—, todo pertenecerá a Ammishtamru, rey de Ugarit. En el futuro la hija de Benteshina, rey de Amurru, no presentará ninguna reclamación sobre estas cosas contra Ammishtamru, ni contra sus hijos y sus nietos. Pero si intentara presentar alguna reclamación, esta tablilla hablará en su contra (PRU, IV, p. 127; Van Soldt, 1983, p. 152).

3. Sentencia de Initeshub, rey de Carchemish:

> Ante Initeshub, rey de Carchemish, hijo de Sahurununwa, rey de Carchemish, nieto de Sharrukushuh, que (fue) también rey de Carchemish, el héroe, y ante Shaushgamuwa, rey de Amurru, hijo de Benteshina, que (fue) también rey de Amurru: Ammishtamru, rey de Ugarit, ha repudiado a la hija de la gran señora, su esposa, la hija de Benteshina, rey de Amurru, y la ha echado de su casa y de su país haciéndola regresar a Amurru; y Shaushgamuwa, rey de Amurru, echó a la hija de la gran señora, su hermana, de su palacio de Amurru y la instaló en otra ciudad. Además no podrá subir al palacio del rey de Amurru, sí; su hermano, Shaushgamuwa, ni siquiera hablará con ella y no la permitirá regresar a Ugarit.
>
> No obstante, si Shaushgamuwa hablara con la hija de la gran señora, su hermana, o volviera a llevarla a su palacio, o si Shaushgamuwa, rey de Amurru, incoara un proceso en lo referente a la hija de la gran señora, su hermana, de cualquier modo contra Ammishtamru, rey de Ugarit, esta tablilla hablará en su contra (L. R. Fisher, ed., *The Claremont Ras Shamra Tablets*, 1971, p. 20; Van Soldt, 1983, p. 152).

El curso de los acontecimientos, según se desprende de estos textos y de otros testimonios conocidos (véase Kühne, 1973b; Van Soldt, 1983), fue el siguiente: Ammishtamru repudió a su mujer —probablemente su esposa principal—, hija de su vecino, Benteshina de Amurru, y hermana del sucesor de éste, Shaushgamuwa. Los motivos del divorcio nunca aparecen especificados, pero en cualquier caso se habla de «trastornos deliberados» y de «gran mal» o «pecado». Si con estos términos se pretende aludir al adulterio o por el contrario a una intriga política constituye una cuestión abierta al debate, aunque lo más probable es que se refieran a lo primero. Así pues, la princesa de Amurru recibió la orden de abandonar Ugarit con su dote y regresar a su país deshonrada. A su hijo, el príncipe heredero, se le permitió elegir entre seguir a su madre a Amurru y perder por tanto sus presuntos derechos de acceder al trono de Ugarit, o separarse para siempre de ella. Si elegía esta segunda opción, se le prohibía acogerla de nuevo en Ugarit cuando muriera Ammish-

Liber

tamru; si intentaba hacerlo, corría el riesgo de ser destituido. El rey de los hititas, Tudhaliya IV, resolvió el caso con un veredicto final (véase *supra*, texto n.° 1). La sentencia fue dictada después de que se produjeran las correspondientes negociaciones en torno a este turbio asunto entre los reyes de Amurru y Ugarit (PRU, IV, p. 128) y de una serie de sentencias de Initeshub, rey de Carchemish (véase *supra*, textos 2 y 3), en torno al destino de los bienes de la reina y a las relaciones de ésta con su hermano, el rey de Amurru, que podría verse tentado a utilizar a su hermana como prenda para aumentar su influencia política en Ugarit. Pese a la intervención del soberano hitita, parece que Ammishtamru siguió sintiéndose incómodo por las posibles consecuencias de dejar a su esposa al cargo de su vecino, cuya actitud era impredecible y a menudo hostil. Intentó, pues, apoderarse otra vez de ella con el beneplácito del rey de Carchemish. Shaushgamuwa se vio obligado a ceder y a entregarla, sin duda alguna para su ejecución, a cambio de una suculenta cantidad de oro (más de 26 kg), probablemente pagada después de la muerte de la desdichada princesa (el texto, al igual que los demás, procede de Ugarit):

> Así habló Shaushgamuwa, hijo de Benteshina, rey de Amurru, a Ammishtamru, hijo de Niqmepa, rey de Ugarit: «Pues bien, la hija de la gran señora, tu esposa, que cometió contra ti un gran pecado, ¿hasta cuándo debo seguir al cargo de esta infame? Mira, pues, toma a la hija de la gran señora, la infame y haz con ella lo que creas conveniente: si quieres, mátala o, si prefieres, arrójala al mar; pero haz con la hija de la gran señora lo que quieras».
>
> Shaushgamuwa, hijo de Benteshina, rey de Amurru, dijo estas palabras a Ammishtamru, hijo de Niqmepa, rey de Ugarit.
>
> Ahora Shaushgamuwa, hijo de Benteshina, rey de Amurru, ha entregado a la hija de la gran señora, que cometió el pecado, a Ammishtamru, hijo de Niqmepa, rey de Ugarit, y Ammishtamru, hijo de Niqmepa, rey de Ugarit, ha dado a Shaushgamuwa, hijo de Benteshina, rey de Amurru, 1.400 (siclos) de oro; si Shaushgamuwa volviera a decir a Ammishtamru, hijo de Niqmepa, rey de Ugarit: «Este oro no es suficiente, dame más», esta tablilla hablará en contra suya.
>
> Sello de Shaushgamuwa, hijo de Benteshina, rey de Amurru (PRU, IV, p. 141).

Probablemente fuera en este momento cuando volviera a intervenir Tudhaliya para poner fin de una vez a la disputa: prohibió al rey de Amurru y a sus hermanos intentar presentar ninguna reclamación más contra Ugarit con respecto a la muerte de su hermana (PRU, IV, p. 147).

Esta serie de textos (que no siempre son fáciles de ordenar cronológicamente con un mínimo grado de certeza) nos permiten observar el tipo de problemas que podían suscitarse entre los estados a raíz de las políticas matrimoniales: no se toleraban los malos comportamientos, pues podían tener graves repercusiones políticas; la simple ejecución de la esposa (opción probablemente abierta a cualquier otro individuo, en caso de que el delito cometido *fuera* el de adulterio) resultaba imposible debido al parentesco que

la unía con el monarca vecino de Ugarit. La devolución de la mujer a su casa podía ser una solución, pero admitirla de nuevo en el seno de la familia resultaba asimismo difícil si el soberano de Amurru deseaba mantener buenas relaciones con el rey de Ugarit. Así pues, fue condenada a una especie de destierro interior en Amurru, a cargo de sus hermanos, por orden del virrey hitita de Carchemish, ante quien se había presentado la querella. El soberano hitita aprobó la sentencia y, fiel al tratado firmado con Ugarit, que respaldaba el derecho de la dinastía local a seguir gobernando su reino, estableció específicamente el orden de sucesión al trono de Ugarit. No obstante, cuando más tarde volvió a plantearse un problema (nunca especificado claramente), el virrey de Carchemish respaldó el derecho del rey de Ugarit a recuperar a su ex esposa y, previo pago de una indemnización en oro por la sangre de su hermana, Shaushgamuwa de Amurru accedió a entregarla a regañadientes. Finalmente el caso se dio por cerrado y concluido cuando la princesa murió; cualquier intento por parte de la familia real de Amurru de exigir una satisfacción ulterior por la muerte de su hermana fue declarado ilícito. La situación de la mujer, cuyo nombre no se especifica en ningún momento, en el centro de esta delicada cuestión política, debió de ser horrible: repudiada y deshonrada públicamente por su marido, sin el menor contacto con sus hijos, relegada por su hermano en algún lugar apartado, donde era mantenida bajo vigilancia, con la prohibición de intentar cualquier tipo de comunicación con él, y por último entregada a su ex marido para ser ejecutada. Una cosa que deja bien clara este siniestro caso es el hecho de que la mujer seguía íntimamente vinculada a su familia a pesar de la estructura estrictamente «patriarcal» de la sociedad.

Otro problema del reinado de Ammishtamru es el que se refiere a sus dos hermanos, acusados de conspirar contra el rey y contra su madre (Ahat-milku). De nuevo el caso se cerró mediante un edicto de Initeshub y la intervención de Tudhaliya: se les entregó la legítima (dinero, herramientas y ganado) y fueron desterrados a Chipre. Lo más probable es que organizaran una conjura para derrocar a Ammishtamru, hecho que habría supuesto una amenaza para la estabilidad dinástica de Ugarit y que, por consiguiente, habría exigido la intervención directa del soberano hitita.

Tras el largo reinado de Ammishtamru vinieron otros dos más breves, el de Ibiranu, posiblemente el príncipe heredero (véase *supra*, p. 348, texto 1) —la diferencia de nombre quizá sólo enmascare la adopción de un nuevo nombre oficial con motivo de la ascensión al trono—, y el de Niqmaddu (III), por lo demás sumamente oscuro (las fechas más probables de estos dos reinados serían 1220-1210 o bien 1215-1205). La escasez de la documentación indica que, ante la amenaza cada vez más grave que suponía Asiria, Ugarit no pudo evitar por más tiempo prestar ayuda militar activa al soberano hitita, y de hecho sabemos que se le exigieron con urgencia tropas desde Carchemish (PRU, IV, p. 291). Al mismo tiempo la documentación arroja alguna luz sobre la dependencia que tenía la corte de Hatti del suministro de grano procedente del norte de Siria, organizado en parte por los mercaderes

Liber

de Ugarit. En una carta enviada a Ibiranu se le ordena proteger el transporte de 450 toneladas de grano desde Mukish a Hatti.

El último soberano de Ugarit, 'Ammurapi, puede que fuera un usurpador y, de ser así, su reinado supondría la pérdida del control sobre este reino por parte de los hititas. La repentina y rápida desaparición del gran imperio hitita a comienzos del siglo XII implica que por aquel entonces estaba atravesando por serios problemas, circunstancia que explicaría el debilitamiento de su poder sobre los estados vasallos. En Ugarit se conservan numerosas cartas de este período (después de 1210 [1205]). Revelan que Ugarit estaba siendo víctima de violentas incursiones piratas; uno de los grupos mencionados, el de los shikala, podría estar relacionado con los «pueblos del mar», que aparecen mencionados en las inscripciones egipcias de la época y que son descritos como una horda de vándalos que destruían todo lo que encontraban a su paso (véase, en el segundo volumen, el capítulo 8, apartado 1). No es seguro que debamos atribuir directamente a ellos la caída del imperio hitita y su reino vasallo, Ugarit, aunque no podemos negar que contribuyeron a exacerbar una situación de por sí ya crítica, en un momento en el que el gigantesco reino hitita empezaba a desmoronarse:

> Así (habla) el sol, el gran rey: di al gobernador de la ciudad lo siguiente: Ahora el rey, lo mismo que tú, (es) pequeño. No sabe nada. (Pero) yo, el sol le he dado una orden con respecto a Lunadushu, que ha sido capturado por el pueblo de los shikala, que viven en barcos. Ahora te he enviado a Nisahili —(es) conmigo como un «guía de los caballos»— con una orden. ¡Pero tú envíame a Lunadushu, que ha sido capturado por los shikala! Le preguntaré acerca de los shikala. Y luego podrá marchar otra vez con destino a Ugarit (RS, 34.129; véase Dietrich y Loretz, 1978).

Pocos años después de que fuera escrita esta carta, el magnífico palacio, el puerto y buena parte de la ciudad de Ugarit yacían en ruinas. El antiguo «palacio de verano» de Ras Ibn Hani, aunque fue destruido, volvió a ser habitado poco después, pero los días de Ugarit como próspera capital de un importante estado sirio habían pasado para siempre.

3. EMAR

Gracias a las excavaciones realizadas por los franceses (1972-1982) en el yacimiento de Till Meskene, en el norte de Siria, a orillas del Éufrates, hoy día podemos añadir los testimonios documentales procedentes de la antigua Emar a los materiales descubiertos en Ugarit (*RLA*, 8, pp. 83-93). Emar era la capital del reino de Ashtata, incorporado al imperio hitita por Suppiluliuma I. Sus materiales son un poco más limitados cronológicamente que los de Ugarit (van de finales del siglo XIV a comienzos del XII) y, como hace muy poco que han sido publicados los textos, todavía estamos esperando que apa-

Liber

rezca un estudio completo y un análisis exhaustivo de su significación. Los textos de Emar nos proporcionan un testimonio relativamente pobre acerca de las relaciones de los hititas con Ashtata, a diferencia de lo que sucede con los de Ugarit; nos informan principalmente acerca de la sociedad, la economía y la cultura de Emar (Arnaud, 1982, 1986 y 1991; Laroche, 1982). Por ejemplo, en un documento aparece el nombramiento de una mujer como cabeza de familia (véase *supra*, pp. 335-336), hecho que demuestra que esta práctica, conocida ya en Nuzi, no era exclusiva de esta sociedad. Una diferencia es que aquí es la mujer del testador, no su hija, la que queda al cargo de la familia, ocupando una posición llamada «paternidad-maternidad»:

> Muhra-ahi, hijo de Abi-Ra, sano de cuerpo y de espíritu, hizo que su hermano se sentara y tomó una decisión con respecto al destino de su casa, sus hijos y su esposa. Habló de la siguiente manera:
>
> «Ahora la hija de Kaga, mi esposa, es "padre y madre" de mi casa. Mientras viva, habitará en la casa principal y nadie podrá presentar ninguna reclamación contra ella, y su hijo, Rashap-kabar, se encargará de mantenerla. Si Rashap-ka[ba]r no apoya a su "padre y madre", perderá sus derechos a la casa, y si de hecho es Igmulu quien sostiene a su "padre y madre", la mitad de la vivienda le tocará a Igmulu, pero si no la mantiene, perderá sus derechos a la mitad de la vivienda, la parte que le toca».
>
> (4 testigos)
>
> Mes de Abau, año en el que (el rey) hizo la puerta en la otra orilla de su ciudad (Msk. 73.60; Arnaud, 1982, n.° 3).

Curiosamente los testimonios de Emar han venido a confirmar que la riqueza y el refinamiento de Ugarit, a pesar de las diferencias locales, eran la norma habitual en la mayoría de los pequeños estados de esta región, y no un rasgo peculiar de las ciudades de la costa. Emar disponía de un territorio bastante amplio dedicado a la producción agrícola (cereales y viñedos), en régimen de regadío; las zonas montañosas eran utilizadas para la cría de ovejas y cabras, y los pastores probablemente constituyeran un elemento importante de la población. La onomástica indica que su población estaba formada por hablantes de una lengua «semítica occidental», más un pequeño porcentaje de hurritas (pero véase *supra*, p. 319, para los problemas que plantea la utilización de la onomástica como testimonio). La lengua que predomina en los documentos conservados es el acadio, aunque existen también algunos textos en hitita y hurrita (Laroche, 1982), aparte de que es evidente que también Emar era controlada por el virrey hitita de Carchemish. De hecho el sello de un mismo príncipe hitita de Carchemish aparece grabado en varias tablillas de Emar y de Ugarit. Los nombres de las divinidades mencionadas en los textos revelan la existencia —como cabría esperar— del típico panteón de divinidades sirias, tales como Ishtar, Teshub y Hepat. En un texto bastante insólito se describe por extenso la consagración de la sacerdotisa *ēntu* del dios de las tormentas; la ceremonia tenía rasgos en común con los ritos del matrimonio (Arnaud, 1982, n.° 10; Fleming, 1992).

Liber

El papel comercial de Emar era importantísimo. Un itinerario paleobabilónico (Hallo, 1964) indica que durante la primera mitad del segundo milenio Emar constituía el final de la ruta terrestre que desde Babilonia se dirigía al norte, a la Jezira, y, cruzando los ríos Khabur y Balikh, hasta el curso medio del Éufrates. Los nuevos textos de Emar demuestran que en esta época la ciudad seguía desempeñando un papel fundamental en el comercio: allí es donde iban a parar las caravanas de asnos, siendo trasladados los cargamentos a los barcos que bajaban por el Éufrates. Desde el punto de vista cultural —y también económica y políticamente—, Emar estaba relacionada con las regiones del oeste (como, por ejemplo, la de Ugarit) y del sureste (Babilonia). En Emar se han encontrado varias copias (escritas en sumerio, en sumerio silábico y en acadio) de un poema compuesto probablemente por un sabio sirio, pero que recoge lo esencial de un original sumerio mucho más extenso y que refleja los lazos culturales que unían a Emar con la Baja Mesopotamia. También se han encontrado manuscritos del mismo poema en Ugarit:

Ea es quien dispone nuestros destinos,
es también la voluntad de los dioses la que decide los repartos.
Desde la antigüedad,
siempre, en la boca de nuestros antepasados,
(estas cosas) se traían a la mente:
no eran como (nosotros),
eran distintos.
En el cielo tenían sus cimientos sus moradas,
en el fondo de la tierra estaban sus ciudades.
Lo mismo que al cielo lejanísimo no se puede llegar a ellas.
Lo mismo que el fondo de la tierra nadie las conoce.
La vid[a en su totalidad no es más que ceguera]
La vida humana [...].
¿Dónde está el rey Alulu[, que reinó 3.600 años?]
¿Dónde está [el rey] En[tena, que] subió [al cielo?]
¿Dónde está Angeshtug (es decir, Gilgamesh), [...que] buscó la vida eterna [como Zius]udra?
¿Dónde está Huwaw[a...] en una muert[e...?]
¿Dónde está Enkidu [...] que hizo [...] de poder en el país?
¿Dónde está Bazi, dónde está Gil[gamesh?]
¿Dónde están los grandes reyes
que desde la antigüedad hasta ahora
no han vuelto a ser engendrados y ya no nacen?
Una vida sin gloria, ¿cómo consigue lo mejor de la muerte?
¡Héroe, tú que constantemente rindes tributo
a tu dios, domina y conquista al toro!
Ello (te reportará) desesperación y rechazo (alusión a las desastrosas consecuencias de la muerte a manos de Gilgamesh del toro divino enviado por Ishtar para que asolara Uruk).
A la efímera alegría de un solo día hermoso
sigue la tristeza de 36.000 años.

¡Ojalá, hijo mío, el ataúd divino
fuera tu deseo pesaroso!
Tal es la suerte de la humanidad.

(Arnaud, 1986, n.° 767, y 1982, n.° 13.)

Los textos de Emar, los materiales prácticamente contemporáneos de Ugarit, los documentos ligeramente más antiguos de Alalah IV (finales del siglo XIV) y VII (finales del XVII), los grandes archivos de Mari (comienzos del siglo XVIII; véase el capítulo 2, apartado 4) y los testimonios de Ebla (*c.* 2450-2350, véase el capítulo 1, apartado 2) nos ofrecen una imagen extraordinariamente viva de una cultura siria, cosmopolita y específicamente regional, basada en una serie de ciudades-estado independientes que se relacionaban entre sí a través del comercio y las alianzas y rivalidades políticas. Estas ciudades a menudo se vieron sometidas a grandes imperios situados más al norte, al este y al sur, pero, a pesar de todo, siguieron conservando su identidad cultural propia, que sólo ha empezado a ser comprendida en los últimos sesenta años. A medida que avancen las investigaciones arqueológicas, es muy probable que aparezcan nuevas piezas que nos permitan completar la historia de estos ricos centros durante el tercer y el segundo milenio.

4. El imperio egipcio en Siria-Palestina

Desde el punto de vista político Egipto domina todo el período denominado convencionalmente «Bronce Reciente» y la primera parte de la Edad del Hierro (*c.* 1550-1150) en la región formada por Palestina, Transjordania, Líbano y el sur de Siria. Los egipcios empezaron a penetrar en esta zona a comienzos de la dinastía XVIII y a partir del reinado de Tutmosis III (1490-1436 [1479-1425]) establecieron un imperio, cuya opresión fue incrementándose con el paso del tiempo. Hasta mediados del siglo XII (Ramsés VI, de la dinastía XX: 1142-1134), no empezó Egipto a perder el control de esta región. Debido en gran medida a las estrechas relaciones de Egipto con las ciudades y pueblos de Siria-Palestina podemos reconstruir parte de su historia y situar dentro de un contexto los restos arqueológicos del Bronce Reciente.

Fuentes y terminología

Los testimonios disponibles son muy numerosos. La secuencia de los acontecimientos la conocemos gracias a los diversos relatos de las guerras sostenidas por los faraones, que fueron grabados en los muros de los templos de Karnak y en las estelas erigidas por todo Egipto y sus dominios (Nubia, Palestina). En las tumbas de algunos militares que lucharon a las órdenes del faraón tenemos asimismo el relato de las batallas en las que participaron. Las

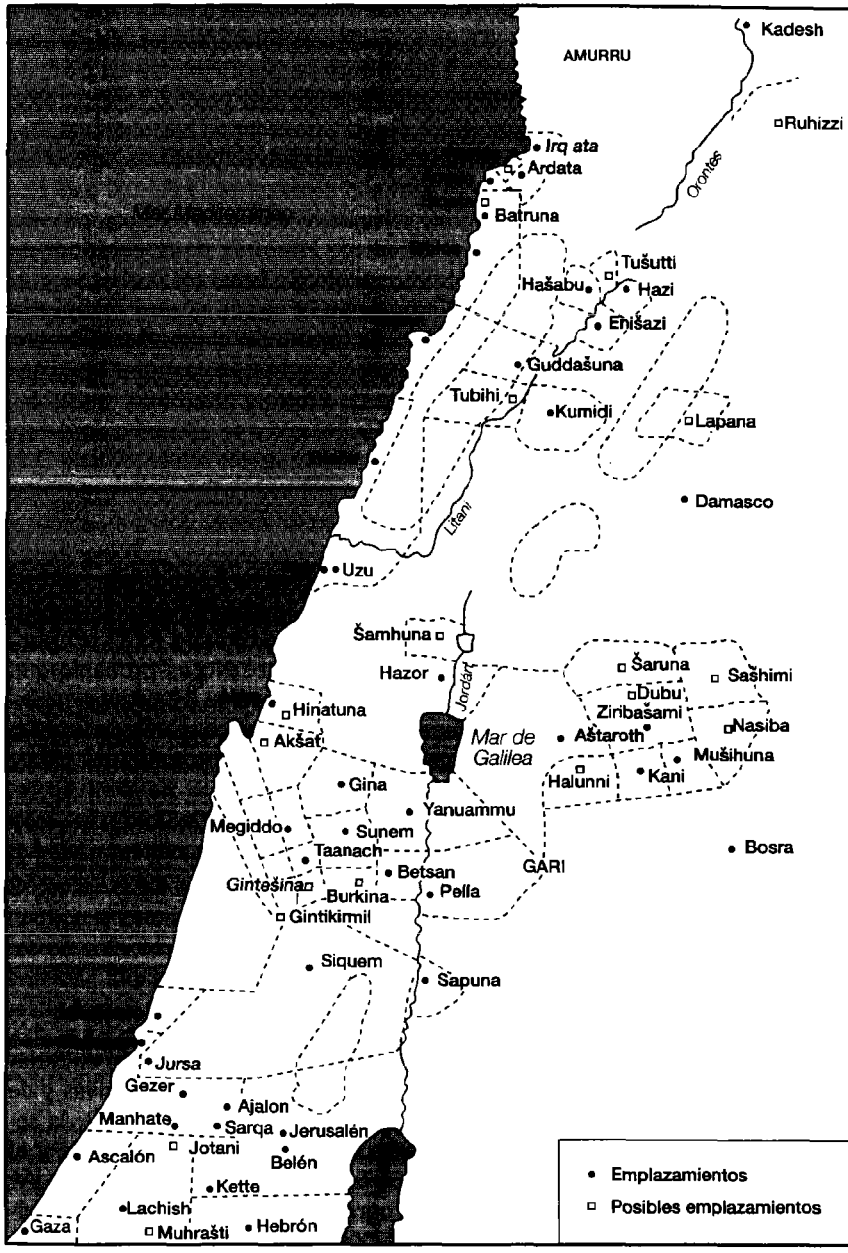
libro

representaciones plásticas (pinturas de las tumbas o relieves de los templos) vienen a incrementar los materiales disponibles, mostrándonos, por ejemplo, el asedio por parte de los egipcios de algunas ciudades cananeas o a individuos que ofrecen al soberano artículos de fabricación cananea. Fundamentales para el conocimiento de la organización del territorio dominado por los egipcios son las cartas de el-Amarna, descubiertas en el emplazamiento de la antigua Akhetatón (véase el capítulo 4, apartado 3): entre la enorme cantidad de textos encontrados en este lugar está la correspondencia mantenida entre los faraones egipcios y los soberanos de las ciudades dominadas por ellos. Un problema que plantea esta importante fuente es que la documentación es cronológicamente muy limitada —abarca sólo los últimos veinte o treinta años de la dinastía XVIII (*c.* 1360-1330)—, pero sabemos que la dominación egipcia se intensificó todavía más durante la dinastía XIX. Así pues, la imagen de la dominación imperial egipcia que nos ofrecen las cartas de el-Amarna no tiene por qué corresponderse necesariamente con la de la etapa posterior. Más adecuada para este período, aunque también más restringida, sería la información del papiro Anastasi, de finales de la dinastía XIX, que contiene los inventarios de un funcionario de las fronteras.

Los materiales procedentes de Levante son en su mayoría de carácter arqueológico. Nos permiten localizar el emplazamiento de las ciudades en las diversas épocas, calcular la densidad de población y hacer una estimación de los cambios de asentamiento (Gonen, 1992), además de rastrear la presencia de objetos culturales de origen egipcio, la cerámica y la construcción de residencias «egipcias». Los textos hititas y ugaríticos nos proporcionan también algunos testimonios de la situación reinante en el norte de Siria, región en la que se enfrentaron, a veces violentamente, hititas, mitannios y egipcios (véanse los capítulos 5, apartado 4, y 6, apartados 1 y 2). Los testimonios escritos procedentes de la zona sur de la región son, sin embargo, muy escasos: en Taanach (a 8 km al sureste de Megiddo, sobre el valle de Jezreel, véase el mapa 9) se han encontrado trece tablillas (estilísticamente muy similares a las cartas de el-Amarna) ligeramente anteriores desde el punto de vista cronológico a la época de el-Amarna (Albright, 1944; Malamat, 1961); otras siete tablillas parecidas, pertenecientes más o menos a la misma época que las cartas de el-Amarna, han sido descubiertas en Kamid-el-Loz, al este de Líbano (Wilhelm, 1983), importante centro administrativo egipcio; en otros diversos lugares se han realizado hallazgos similares de épocas distintas (Siquem, Gezer, Aphek, Palestina). Esta documentación es importante, aunque muy escasa teniendo en cuenta lo ricos que debían de ser los archivos locales.

Los egipcios usaban diversos términos para designar a Levante, que estaba dividido en distintas zonas, utilizándose determinados nombres sólo en contextos especiales (las inscripciones oficiales son diferentes de la documentación de carácter cotidiano). Así pues, convendrá aclarar la terminología antes de estudiar la formación y el desarrollo del imperio. «Retenu» constituye un término genérico que aparece ya en el Imperio Medio para designar a los territorios situados al norte de Egipto. En ocasiones se utilizaba una

Liber



MAPA 9. Siria-Palestina durante el Bronce Reciente.

Liber

expresión más concreta, «Retenu Alto», posiblemente para designar la zona montañosa del interior del país. «Djahy» es otro término introducido durante el Imperio Nuevo, y se aplicaba a la llanura costera, posiblemente en particular a Fenicia. Pero a veces se utilizaba en un sentido más general, comparable al de «Retenu». Relativamente raro es el uso de otro término bastante antiguo, «Fenkhu», para designar a Fenicia. Todos estos nombres pueden aparecer en las inscripciones. En las cartas de el-Amarna el término más habitual para designar a buena parte de esta región es «Kinahni» (es decir, «Canaán»). Se aplicaba a la zona correspondiente al litoral de Palestina desde la altura de Gaza hasta la frontera entre los modernos estados de Israel y Líbano.

En «Canaán», el modelo sociopolítico estándar era la ciudad fortificada regida por un príncipe, que controlaba el área rural y las aldeas circundantes. Las ciudades se hallaban situadas a lo largo de la costa, en las rutas que conducían hacia el interior del país, o a orillas de los ríos. Eran muy pocas las que se encontraban en la zona montañosa. Es posible que el estado de Amurru, al sur de Ugarit y al oeste de Kadesh, careciera de un centro urbano (Liverani, 1979, pp. 14-20). Asimismo parte de la población llevaba un régimen de vida trashumante, como por ejemplo los shasu de Edom (Giveon, 1971) y los grupos incluidos bajo el término bastante mal conocido de «sutu». Estos pueblos podían crear —y de hecho creaban— problemas a los estados sedentarios y a sus gobernantes, y desde luego también supusieron una dificultad para la dominación egipcia (especialmente durante la dinastía XIX). El pueblo llamado de los *'apiru* (o *habiru*) es bien distinto. No es probable que constituyera un grupo lingüística y culturalmente coherente. El estudio intensivo de los contextos en los que aparece este término indica que se aplicaba a una serie de colectivos muy heterogéneos: esclavos fugitivos, exiliados políticos, bandoleros, y campesinos sin tierras, es decir, a la gente que ocupaba un lugar marginal dentro de la sociedad y que se ganaba la vida de modos muy diversos (labores agrícolas de temporada, robos, servicios mercenarios). Así pues, no es de extrañar que se utilizara ese nombre como término injurioso (Weippert, 1971, pp. 63 y ss.; Loretz, 1984).

Las conquistas egipcias

Podemos distinguir varias fases en la presencia del imperio egipcio en Siria-Palestina: la primera vino marcada por una serie de campañas agresivas y de carácter destructivo (Amosis I - Hatshepsut: 1552-1469 [1550-1458]); la segunda fue la que corresponde a la implantación de la soberanía egipcia y al establecimiento de una organización imperial (Tutmosis III - Tutmosis IV: 1469-1403 [1458-1390]); la tercera fase, correspondiente al «período de el-Amarna» en sentido lato, fue la época de firme implantación del imperio (Amenofis III - Horemheb: 1403-1305 [1390-1294]); por último, la cuarta corresponde a la época en la que, en parte debido a la expansión hitita en Siria, Egipto consolidó su dominio sobre la frontera norte, fortaleció su control de

la región cananea, y acabó perdiendo sus territorios imperiales (Sety I - Ramsés VI: 1305-1134 [1294-1134]).

La primera fase refleja el afán de Egipto por arrinconar a los hicsos y destruir sus centros de poder en Palestina (véanse los capítulos 3, apartado 5, y 4, apartado 2). El centro de interés de las campañas era, pues, el suroeste y el interior de Palestina, donde el testimonio de los escarabeos indica que se hallaban situados los bastiones de los príncipes asociados con los hicsos. Al parecer, diversos faraones (Amosis y Tutmosis I, con toda seguridad; posiblemente Amenofis I; Tutmosis II y Hatshepsut de forma más dudosa) realizaron campañas en esta zona e incluso más al norte, en Siria, hasta la frontera de Mitanni, donde Tutmosis I llegó incluso a erigir una estela en la margen izquierda del Éufrates (Redford, 1992, pp. 153-154). El objetivo de estas campañas era eminentemente agresivo/defensivo; no se produjo ningún intento de establecer un control permanente de la zona ni de extraer de ella unas rentas constantes. Prueba de ello serían posiblemente la destrucción de poblados en toda esta región y el abandono de muchos de ellos, sin que muestren el menor rastro de ocupación egipcia, aunque no todos estos fenómenos puedan atribuirse a los primeros tiempos de la dinastía XVIII. Las dos únicas excepciones son Tell el-Ajjul (a 6 km al suroeste de Gaza), posiblemente Sharuhen, uno de los principales centros de poder de los hicsos, donde se estableció un pequeño campamento fortificado (Kempinski, 1974), y Gaza, que, al parecer, quedó sólidamente en manos de los egipcios a comienzos del reinado en solitario de Tutmosis III (Redford, 1967).

A partir del reinado en solitario de Tutmosis III (tras la muerte de Hatshepsut, véase *supra*, el cuadro 15), se produjo un replanteamiento a fondo de las relaciones de Egipto con Levante. Los egipcios no dudaron en afirmar su derecho a gobernar y explotar la región, y poco a poco fueron definiendo la frontera entre sus posesiones y Mitanni. Los anales de Tutmosis III reflejan la aparición de unas nuevas directrices políticas en Egipto. Constituyen una de las inscripciones históricas egipcias más largas e importantes y, si exceptuamos la estela de Piye (véase el capítulo 12, apartado 1), nos ofrecen la relación más completa de las gestas militares de un faraón egipcio. El texto contiene alusiones directas que demuestran que se basaba en documentos registrados sistemáticamente, guardados en los archivos reales, en los que se daban detalles más a fondo de cada campaña en particular. Por ejemplo:

> Todo esto hizo su majestad ... fue registrado a diario, con el nombre de cada día, bajo el título de ... Luego fue archivado en un volumen de cuero en el templo de Amón en el día de la fecha (*Urk.* IV, 667; *ARE*, II, § 433; Lichtheim, 1973-1980 [OI], II, p. 33).

Así pues, el proceso de anotación y registro de los hechos era bastante complejo: se llevaba un diario de campaña y, una vez de vuelta en Egipto, se escribía en un volumen de pergamino una memoria basada en el diario que se guardaba en el templo de Amón de Tebas. Se extraían de la relación com-

Liber

pleta sólo los puntos más importantes, que se redactaban en forma literaria para ser grabados en la inscripción colocada en los muros del templo. Esta «edición» definitiva es la que ha llegado a manos de los especialistas modernos. Al oeste de Tebas se ha excavado la tumba del (probable) escriba de campaña Tjaneni (*ARE*, II, § 392). Una estela erigida bastante al sur, en Gebel Barkal, celebra en tono poético tanto las victorias de Tutmosis III en el norte como las conquistas realizadas en la frontera sur (*Urk.* IV, 365). Existen además las «listas topográficas», en las que se detallan los lugares tomados, y que quizá estén basadas en los itinerarios de campaña; fueron copiadas también en inscripciones en Karnak. En general las listas de Tutmosis III parecen bastante fiables, pero su uso suscita algún que otro problema, pues no todas se han conservado íntegramente. Además es posible que sufrieran algún tipo de manipulación literaria y, por si fuera poco, los topónimos no siempre pueden identificarse fácilmente con lugares reales sobre el terreno (Aharoni, 1979 [0Gd], pp. 162-166).

La campaña descrita con más detalle por Tutmosis es la primera. Su principal punto de interés es el largo asedio y caída final de Megiddo, al norte de Palestina, centro de una coalición formada por gran cantidad de príncipes locales, entre ellos varios de países situados muy al norte. El ejército egipcio salió de Menfis, dirigiéndose a Sile, en la parte oriental del delta, y desde allí siguió la ruta costera hasta Gaza, en poder ya de Egipto. La marcha prosiguió, sin encontrar demasiada resistencia, hasta Jope, a la que fue preciso poner asedio y que, según un cuento popular egipcio de época posterior, fue tomada gracias a una estratagema ideada por un soldado de Tutmosis, posteriormente nombrado gobernador de la plaza (Simpson, 1973 [0I], pp. 81-84). Los anales no mencionan este incidente, tal vez porque no justificaba una alabanza en toda regla del soberano. Nos permite, eso sí, atisbar cuál era el tipo de leyendas que corrían por Egipto acerca de los soldados del faraón, de sus hazañas y de las recompensas recibidas, circunstancia que sin duda alguna contribuiría a reforzar el apego personal de la población a la dinastía (véase Amosis, hijo de Ebana, capítulo 4, apartado 2).

Por último, el ejército llegó a la sierra del Carmelo, donde le aguardaba en Megiddo y sus alrededores una coalición de trescientos treinta príncipes, encabezada por el soberano de Kadesh, en Siria. Esta circunstancia ofrecía una ocasión inmejorable para exaltar el arrojo del faraón y ridiculizar la humillante derrota del enemigo. Se presenta al soberano desatendiendo las advertencias de sus consejeros, cargando con valentía en el campo de batalla, pese a que el número de soldados que lo acompañaban no era muy grande, y naturalmente alzándose con la victoria. El enemigo se vio obligado a volver la espalda y refugiarse en la ciudad:

> Cuando vieron que su majestad los superaba, huyeron de cabeza [a] Megiddo con el miedo reflejado en su rostro, abandonando caballos y carros de oro y plata, y entrando en la ciudad ayudándose de unos vestidos para escalar la muralla. Pues sus habitantes habían cerrado las puertas de la ciudad tras

Libef

> ellos, y tuvieron que lanzarles [desde lo alto] unos vestidos para ayudarles a entrar en la ciudad (*Urk.* IV, 659; *ARE*, II, § 430; Lichtheim, 1973-1980 [0I], II, p. 32)

En este punto se reconoce que los soldados egipcios cometieron un error táctico:

> Pues bien, si las tropas de su majestad no hubieran volcado su ánimo en saquear las posesiones del enemigo, habrían [tomado] Megiddo en este momento, cuando el malvado enemigo de Kadesh y el malvado enemigo de esta ciudad estaban siendo izados a toda prisa al interior de la ciudad (*Urk.* IV, 659-660; *ARE*, II, § 430; Lichtheim, 1973-1980 [0I], II, p. 32).

En otras palabras, las defensas de la ciudad se debilitaron en gran manera cuando sus habitantes se vieron obligados a dejar entrar a los que huían del campo de batalla, circunstancia que habría supuesto para los egipcios la ocasión ideal para entrar en Megiddo; pero los soldados se entretuvieron en recoger el rico botín que yacía de cualquier manera en el campamento abandonado, y por lo tanto fue a esto a lo que prestaron toda su atención, desaprovechando la ocasión de tomar la ciudad. En consecuencia, el asedio se prolongaría durante varios meses antes de que se rindiera la plaza. En el momento de la rendición, los príncipes ofrecieron a Tutmosis III numerosos regalos en forma de metales y piedras preciosas, caballos y carros, así como provisiones para su ejército, gesto con el que venían a demostrar su disposición a acatar su supremacía y a prestarle su ayuda. El faraón escogió a unos cuantos individuos encargados de llevar los regalos a Egipto, al tiempo que confirmaba a los príncipes en las posiciones de poder que ocupaban en sus ciudades de origen. De hecho pasaron a ser dominados por Egipto gran número de estados de Palestina: ahora cada soberano debía así su trono al faraón, gracia obtenida a costa de expresar formalmente sus propósitos de lealtad, simbolizada mediante la entrega de valiosos regalos y demostrada en la práctica por las provisiones suministradas a las tropas egipcias. Esta relación de dependencia se vería más tarde reafirmada regularmente y expresada de manera concreta por medio del pago de un tributo, del aprovisionamiento del ejército egipcio, y del envío de tropas adicionales siempre que fueran solicitadas.

La caída de Megiddo vino seguida de un gran número de incursiones menores: una de ellas llegaría hasta la región del mar de Galilea, que, al parecer, formaba parte del territorio de Kadesh, circunstancia que prueba el gran poder que por aquel entonces tenía esta ciudad. El nombre de Damasco aparece en una lista de ciudades conquistadas por esta misma época, hecho que nos hablaría de una ampliación de la campaña hasta la zona del desierto de Siria. Damasco quedaría situada más tarde cerca de la frontera septentrional de Egipto: su estratégica posición y sus ricos recursos harían de ella un centro importante, que Egipto desearía siempre tener bajo su control (Pitard, 1987). Las

Liber

campañas posteriores fueron realizadas a todas luces con el objeto de consolidar el dominio territorial alcanzado por Egipto durante la primera guerra, y de reforzar el orden administrativo establecido. Pero durante las campañas quinta, sexta y séptima, los egipcios empezaron a poner sus ojos más allá de la región de Palestina y a fijarse en el norte de Siria. Se estableció una cadena de estaciones navales a lo largo de la costa siria, destinadas a acoger a los navíos egipcios y aprovisionar al ejército; en una de ellas, Ullaza (la Ortosia de época helenística, en la frontera norte de la actual república de Líbano), se colocó una guarnición. Por desgracia, los anales no hablan mucho acerca de las campañas de estos años, limitándose a mencionar la llegada de las tropas a los puertos, su desembarco y las marchas realizadas tierra adentro (contra Tunip y Kadesh, véase *supra*, mapa 9). La parte más septentrional de este territorio se hallaba dominada por Mitanni, y los pequeños estados que no estaban bajo el control directo de este reino pertenecían desde el punto de vista político y económico a su esfera de poder (véase el capítulo 6, apartado 1). Probablemente Mitanni les prestara apoyo cuando anteriormente ofrecieron resistencia a Tutmosis III, de modo que toda esta zona se convertiría en el principal caballo de batalla entre las dos potencias (Klengel, 1965-1970, I).

Los intentos de Egipto por establecer su superioridad en la zona llegaron a su punto culminante durante la octava campaña de Tutmosis (conocida con cierto detalle gracias a la inscripción de Amenemhab, uno de sus soldados, *ARE*, II, §§ 574-592): cerca de Aleppo se libró una batalla contra los estados del norte de Siria y un ejército mitannio, dirigido por el propio soberano de Mitanni; los mitannios se retiraron al otro lado del Éufrates perseguidos por los egipcios; por fin llegaron en unos carros las naves construidas en Líbano; Tutmosis y su ejército se embarcaron en ellas y navegaron río abajo desde Carchemish hasta Emar, asolando el territorio situado a uno y otro lado del Éufrates. La triunfante procesión a lo largo del río vino precedida de la erección formal de una estela conmemorativa colocada a orillas del Éufrates junto a la de Tutmosis I, abuelo de Tutmosis III. En el camino de vuelta, el faraón cazó varios elefantes en Niya (en el valle del Orontes); a continuación se dirigió al puerto de Sumur (al norte de Ullaza), donde la entrada de Egipto en la escena de la política internacional fue reconocida mediante el envío de una serie de embajadas y regalos procedentes de los estados vecinos de Hatti y Babilonia; anteriormente Asiria ya había enviado regalos. Tutmosis se dirigió de nuevo tierra adentro hacia el Orontes y se dice que tomó Kadesh (la actual Tell Nebi Mend), cuyo príncipe había sido ocho años antes uno de los cabecillas de la resistencia de Megiddo. Pero la derrota de Kadesh fue más nominal que real: no se dejó en la ciudad ninguna guarnición egipcia, el soberano local no prestó juramento de lealtad a Egipto, y Tutmosis habría de organizar todavía por lo menos otras tres campañas en esta zona. El texto revela que Kadesh era independiente y que estaba en el bando de Mitanni (Klengel, 1965-1970, I). Al final del reinado de Tutmosis III, Egipto controlaba toda la costa hasta la altura de Ullaza, mientras que en el interior sus

dominios no pasaban más allá de Kumidi (la actual Kamid el-Loz) (Hachmann, 1970) y probablemente llegaban hasta Damasco, situada al sureste. Todo el territorio situado más al norte seguía siendo independiente o se había alineado en el bando de Mitanni.

Amenofis II (1438-1412 [1425-1398]) logró al fin imponer un juramento de lealtad al rey de Kadesh, además de cazar numerosos animales salvajes con su ejército en el valle de la Beqa y en Niya. Los textos conmemorativos de sus acciones bélicas no nos ofrecen tanta información como los de su padre, pero da la impresión de que siguió adelante con la decidida política de Tutmosis III de socavar el poderío de Mitanni en el norte de Siria con vigor e incluso con cierto éxito (*ARE*, II, §§ 781-798). Durante el noveno año del reinado de Amenofis II fue aplastada brutalmente una gran sublevación en Palestina, en la que se vieron implicados siete dinastas locales, siendo expuestos públicamente los cadáveres de los caudillos derrotados: fueron colgados cabeza abajo en la proa de la nave real; más tarde, seis de ellos fueron suspendidos de las murallas de Tebas, y otro de las de Napata, que marcaba la frontera sur del imperio. El éxito alcanzado por Amenofis II al suprimir esta seria amenaza a la dominación egipcia de la zona fue reconocido mediante el envío de embajadas de Mitanni, Hatti y Babilonia. En adelante sería preciso tener en cuenta la presencia política de Egipto como un elemento permanente en la zona, cuyas actividades no se limitaban a unas cuantas incursiones ocasionales sin más objeto que incendiar unos cuantos poblados y conseguir un poco de botín.

Tutmosis IV (1412-1403 [1398-1390]) continuó, al parecer, con la política de dureza de Amenofis II en Palestina, deportando a la población de Gezer, que fue establecida cerca de Tebas (*Urk.* IV, 1556, 10-11; *ANET*, 248; Weinstein, 1981, pp. 13-14). El fortalecimiento cada vez mayor del control de Egipto sobre Siria-Palestina, junto con los reveses sufridos por el poderío de Mitanni en el norte de Siria (por ejemplo, la pérdida de Aleppo a manos de Tudhaliya I de Hatti), fue uno de los factores que motivaron las negociaciones de paz emprendidas entre los dos estados, y que fueron selladas con el casamiento de una princesa de Mitanni con Tutmosis IV. Más o menos por esa misma época parece que los egipcios llegaron a un acuerdo amistoso con el rey de Hatti a propósito de ciertos mercaderes anatolios procedentes de la lejana ciudad de Kurustama, que fueron establecidos al sur del valle de la Beqa, a la sazón en territorio egipcio. En último término, sin embargo, el acercamiento de Egipto y Mitanni significaba que los hititas veían frustradas de momento sus ambiciones de dominar el norte de Siria. Durante el reinado de Amenofis III (1403-1364 [1390-1352]) no se produjo ninguna campaña real en Palestina, circunstancia que viene a confirmar el hecho de que el firme control establecido por sus antecesores seguía en pie.

Liber

Canaán bajo el poder de Egipto

La cantidad de ciudades y poblados destruidos durante la segunda fase de la expansión egipcia fue inmensa, y precisamente de esta época data la decadencia, cuando no la extinción, de numerosas ciudades de Palestina (Gonen, 1984; Weinstein, 1981). La población de las zonas montañosas y del sur del país disminuyó notablemente y se produjo un traslado definitivo de los poblados a lugares situados junto a las grandes rutas que atravesaban el país, a lo largo de la costa y a las llanuras y valles más fértiles (por ejemplo, Sharon, Jezreel). Paralelamente a la destrucción se produjo la erección de numerosas fortalezas militares y de centros administrativos, destinados a controlar el país y a sacar provecho de sus productos. Las cartas de Taanach (y el texto de Gezer) nos muestran el modelo habitual de relaciones existentes entre los dinastas locales y el faraón egipcio: aquéllos tenían la obligación de saludar protocolariamente a cualquier miembro de la familia real o a sus representantes en Palestina, a suministrar tropas y a pagar un tributo. Conocemos un papiro en el que aparece una larga lista de ciudades de Djahy dominadas por los egipcios, cuyos legados habían acudido a Tebas, probablemente por uno de esos motivos, recibiendo raciones de cerveza y grano (papiro del Hermitage, 1116A: Golénischeff, 1913). Más o menos por el «período de el-Amarna», a raíz de las grandes conquistas (es decir, durante la «fase tres», véase *supra*, p. 358), las cartas de el-Amarna reflejan una situación muy similar, pero con mucho más detalle. La administración egipcia en Levante tenía su centro en Sumur, Gaza y Kumidi, con diversos oficiales (en acadio *rabiṣu*) encargados de supervisar la zona. No es seguro que este hecho suponga, como han pensado algunos (por ejemplo, Helck, 1971), que el territorio estaba claramente dividido en tres regiones gubernamentales; es posible que existieran más centros administrativos, por ejemplo uno en Jope. La solidez de la dominación egipcia queda claramente ilustrada por las cartas:

> Habla a Endaruta, el hombre de Akshapa (cerca de Akko): Así (habla) el rey: Te envía esta tablilla que dice lo siguiente: «¡Ten cuidado! Debes proteger el lugar del rey, en el que estás ahora». Ahora el rey te envía a Hanni, hijo de Maireya, superintendente del establo del rey en Canaán. Presta mucha atención a todo lo que te diga, de modo que el rey no vea en ti ninguna falta. Escucha diligentemente cada palabra que te diga y cúmplela con sumo esmero. ¡Ten cuidado! ¡No seas negligente! Antes de la llegada de los arqueros del rey, prepara gran cantidad de víveres, vino (y) todo lo demás. Está a punto de llegar donde tú estás muy pronto y cortará las cabezas de los enemigos del rey. Sepas que el rey es igual que el sol en el firmamento. Sus soldados y la muchedumbre de sus carros se encuentran muy bien (EA 367; *RA*, 19 [1922], p. 105; Oppenheim, 1967 [0I], n.° 64; *ANET*, 484).

En esta carta podemos ver con toda claridad las exhortaciones a velar por la salvaguardia de la ciudad en nombre del faraón, y la exigencia de cooperación y de obediencia total a las órdenes del monarca (posiblemente so pena de muerte). También nos habla de la existencia de una institución egipcia («el establo del rey en Canaán») dentro de los territorios imperiales. Las exigencias de suministrar al faraón valiosos regalos (incluidos seres humanos), según su deseo, quedan de manifiesto en esta otra carta:

> Así (habla) el rey: Te envía esta tablilla que dice lo siguiente: ¡Ten cuidado! Debes proteger el lugar del rey, en el que estás ahora. Prepara a tu hija para el rey, tu señor, y prepara las contribuciones: [2]0 esclavos de primera clase, plata, carros y caballos de primera clase, de modo que el rey, tu señor, diga: «¡Estupendo!» de lo que has ofrecido a modo de contribuciones al rey destinadas a acompañar a tu hija. Sepas que el rey es igual que el sol en el firmamento. Sus soldados y la muchedumbre de sus carros se encuentran muy bien (EA 99; Oppenheim, 1967 [01], n.° 65).

La correspondencia de el-Amarna demuestra asimismo que los numerosos dinastas locales estaban en constante competencia, cuando no en constante conflicto, unos con otros, circunstancia que los egipcios no dudaban en aprovechar (Giles, 1970). Las acusaciones de traición a la causa egipcia o la justificación de dichas acusaciones a costa de denunciar al vecino estaban a la orden del día, subrayando al mismo tiempo la propia lealtad. Veamos un ejemplo:

> Al rey, mi señor y mi sol: mensaje de Lab'ayu, tu siervo y el polvo que pisan tus plantas. Me arrojo a los pies del rey, mi señor y mi sol, siete veces y siete veces. He cumplido las órdenes que el rey me escribió en su carta. ¿Quién soy yo para que el rey pierda sus tierras por mi culpa? Lo cierto es que soy un fiel servidor del rey. No soy rebelde ni falto a mi obligación; no me he retrasado en el pago de mis tributos ni me he negado a nada de lo que mi prefecto me ha exigido. Me calumnia injustamente, pero el rey, mi señor, no investiga mi (supuesta) rebelión. Además, he aquí en qué ha consistido mi rebeldía: cuando entré en Gazru (Gezer), decía constantemente: «Todo lo que me pertenece a mí se lo lleva el rey, ¿pero dónde está lo que pertenece a Milkilu?». Sé lo que Milkilu está haciendo contra mí. Por otra parte, el rey me ha escrito pidiéndome a mi hijo. Yo no sabía que mi hijo era compañero de los *'apiru*. Se lo he entregado a Addaya. Además, si en su carta el rey me pidiera a mi esposa, ¿cómo iba yo a quedarme con ella? Si el rey me escribiera diciendo: «¡Clávate un puñal de bronce en el corazón y muere!», ¿cómo podría yo no cumplir las órdenes del rey? (EA 254; Oppenheim, 1967 [01], n.° 68).

No obstante, la idea de que este tipo de rivalidades locales son un indicio de que los egipcios aplicaron en su imperio la política del *laissez-faire* y de que no se esforzaron demasiado en controlarlo, es errónea (Several, 1972). Los dinastas cananeos eran a todas luces responsables de la protección de los intereses egipcios a escala local, su lealtad era cuidadosamente vigilada, y

estaban obligados a pagar su tributo puntual y cumplidamente. A cambio se les garantizaba el mantenimiento del orden, de modo que su propia seguridad dependía del apoyo y la ayuda recibidos de Egipto:

> Habla al rey, mi señor, mi dios, mi sol, mi aliento de vida: mensaje de Zimreddi, alcalde de Sidón. Me arrojo a los pies de mi señor, mi dios, mi sol, mi aliento de vida, siete veces y siete veces. Sepa el rey, mi señor, que Sidón, la sierva del rey, mi señor, que ha tenido a bien poner bajo mi protección, se halla sana y salva. Cuando escuché las palabras del rey, mi señor, cuando escribió a este su servidor, mi corazón se llenó de gozo, mi cabeza se irguió y mis ojos brillaron, al oír las palabras del rey, mi señor. Sepa el rey que he hecho los preparativos para la llegada de los arqueros del rey, mi señor. Lo he preparado todo según las órdenes del rey, mi señor. Sepa el rey, mi señor, que la guerra contra mí es muy cruel. Todas las ciudades que el rey puso bajo mi protección se han unido a los *'apiru*. Póngame el rey bajo la protección de un hombre que comande a los arqueros del rey, para llamar a capítulo a las ciudades que se han unido a los *'apiru*, de suerte que de nuevo las pongas bajo mi protección para que pueda servir al rey, mi señor, como lo (hicieron) *ya mis antepasados* (EA 144; Oppenheim, 1967 [0I], n.º 70).

Un elemento importante de la política egipcia de cara al control de la región era hacer que algunos hijos de los príncipes cananeos se criaran en la corte de Egipto. De este modo se familiarizaban con las costumbres egipcias y con la etiqueta de la corte, y establecían lazos de amistad y obligación mutua con miembros de la clase dirigente. Este hecho, así como la costumbre de llevar a la corte egipcia a las hijas de los dinastas locales, contribuía a fortalecer los vínculos de los príncipes y sus familias con las autoridades egipcias:

> Habla al rey, mi señor, mi [sol]: mensaje de Yahtiru, tu servidor y polvo que pisan tus plantas. Me arrojo a los pies del rey, mi señor, mi sol, siete veces y siete veces. Además soy desde luego el fiel servidor del rey, mi señor. Miré aquí y miré *allá* y no vi *ninguna luz. Entonces miré al rey, mi señor, y allí estaba la* luz. Puede que un ladrillo se mueva y se aparte por debajo del que tiene encima, pero yo no me apartaré nunca de bajo las plantas del rey, mi señor. Pregunte el rey, mi señor, a Yanhamu, su prefecto. En mi juventud, me llevó a Egipto. Serví al rey, mi señor, y guardé la puerta de la ciudad del rey, mi señor. Pregunte el rey, mi señor, a su prefecto, si guardo la puerta de la ciudad de Azzatu y la puerta de la ciudad de Yapu, y doquiera que vayan los arqueros del rey, mi señor, allá voy yo con ellos (EA 296; Oppenheim, 1967 [0I], n.º 69).

La rigidez del control de Egipto sobre sus territorios levantinos se ve atestiguada ulteriormente por una de las cartas encontradas en Kamid el-Loz y dirigida al gobernante de Damasco (como las del archivo de el-Amarna, se trata de una tablilla de arcilla escrita en acadio):

> Habla a Zalaya, el hombre de Damasco. Así (habla) el rey. Ahora te envío esta tablilla, mi mensaje para ti. Ítem, envíame a los *'apiru* ..., sobre los cuales te decía en mi carta lo siguiente: «Se los entregaré a las ciudades del

Liber

país de Kasha, para que las habiten en lugar de aquellos a los que deporté» (Edzard, 1970, n.º 1).

Esta carta demuestra a todas luces que la política imperial de Egipto admitía medidas como la deportación y el asentamiento de nuevas personas en las zonas previamente despobladas. Si añadimos la información de esta carta a los testimonios del asentamiento de deportados de origen cananeo en Tebas y Nubia por orden de Tutmosis IV y Akhenatón respectivamente (véase *supra*, p. 363, y capítulo 4, apartado 3), y a los testimonios más generales que hablan de la entrega de prisioneros de guerra a los templos para que trabajaran en sus fincas, nos damos cuenta de que la idea de que la dominación egipcia sobre Canaán era bastante laxa (o incluso más bien suave) es errónea. Aunque durante el «período de el-Amarna» (véase Weinstein, 1981; Merilleres, 1968) podemos rastrear la existencia de algunos cambios en los modelos comerciales vigentes en Canaán, no existen motivos ni testimonios claros que nos permitan suponer que los egipcios suavizaron notablemente en esta época el control que ejercían sobre la zona. En la actualidad disponemos de indicios bastante seguros de que Akhenatón realizó maniobras militares en Levante (Schulman, 1978 y 1988), lo mismo que sus sucesores, Tutankhamón y Horemheb. El escenario internacional cambió profundamente en esta época, cuando el aliado y socio de Egipto, Mitanni, fue destruido por el rey hitita Suppiluliuma I, cuyas conquistas en el norte de Siria llegaron a rozar peligrosamente las fronteras egipcias (véase el capítulo 5, apartado 4).

La conquista del norte de Siria por los hititas y la presión cada vez mayor de los pueblos pastores al este del Jordán, que llegaron a penetrar en el sur de Palestina, determinaron las actividades de la dinastía XIX (cuarta fase). Sety I, Ramsés II y Merneptah realizaron importantes campañas en el sur de Canaán, estableciendo un número considerable de fortalezas y residencias gubernamentales (fácilmente identificables) (Weippert, 1988 [0Gd], pp. 271-274). La enorme cantidad de inscripciones egipcias en estatuas, estelas o grabadas sobre la roca viva descubiertas en Canaán datan de esta época. Estos documentos, así como los diversos artículos menores de estilo egipcio, la cerámica egipcia de fabricación local y el testimonio del papiro Anastasi 3, en el que se habla de pozos, fortalezas y puestos militares que llevan el nombre de diversos faraones, demuestran que la dominación militar egipcia se intensificó enormemente durante esta época; y desde luego no parece que disminuyera hasta finales del reinado de Ramsés III (1152). El otro escenario de las campañas de comienzos de la dinastía XIX fue la frontera norte, zona en la que los faraones, deseosos de nuevo de apoderarse de Kadesh, intentaron acorralar a los hititas. Pero el éxito de estos intentos fue bastante limitado: de hecho durante algún tiempo después de la batalla de Kadesh (1286 [1275]), los egipcios perdieron el control de la región de Damasco. Pero, en general, este fracaso no fue ni duradero ni demasiado serio, y la situación se arregló para satisfacción de uno y otro bando gracias al tratado firmado por las dos potencias (1269 [1258]) (véase el capítulo 4, apartado 4). Lo que no está claro es cómo y por qué razón los

Liber

egipcios perdieron el control de la zona de Canaán (véase el capítulo 4, apartado 4). Todo lo que podemos decir es que no existen testimonios de la presencia egipcia en esta zona a partir del reinado de Ramsés VI (1144-1136).

¿Qué es lo que sacaban los egipcios de su imperio del norte? Los productos que obtenían habitualmente de Canaán eran grano y vino: en numerosas comarcas había fincas pertenecientes al propio faraón, a miembros de la familia real o de diversos templos de Egipto. Probablemente otra de las obligaciones impuestas a los dinastas locales fuera la de suministrar la mano de obra básica, necesaria para la explotación de las fincas pertenecientes a los egipcios (EA 365). Los aceites finos de la región eran muy apreciados y llegaban a Egipto en calidad de regalo o bien como mercancía vendible (Gonen, 1992, p. 284). También se explotaban los ricos recursos madereros de Líbano, siendo requisados probablemente por el faraón en función de la demanda; la madera era utilizada para la fabricación de los navíos que necesitaba la armada egipcia, y la de mejor calidad se destinaba a la construcción de los grandes proyectos arquitectónicos del faraón. El férreo control de la parte meridional de Palestina permitió a los egipcios, desde la dinastía XIX hasta el reinado de Ramsés VI, explotar las ricas minas de cobre de Timna, en Uadi Arabah (Rothenberg, 1972). Canaán proporcionaba esclavos y caballos, así como carros y guerreros hábiles en la lucha en carro. Además el control de la zona meridional de Levante puso a los egipcios en contacto, a través del comercio, con otras regiones situadas más allá de las zonas dominadas directamente por ellos. Por ejemplo, las caravanas de mercaderes se trasladaban desde Mesopotamia a Egipto (EA 8; véase el capítulo 7, apartado 1). Los objetos manufacturados y las ropas finas, cuya producción tenía en Canaán una tradición muy larga y desarrollada, eran muy apreciados. La detallada lista del botín obtenido por Tutmosis III tras la caída de Megiddo (incluida en sus «anales», véase *supra*, pp. 360-361) nos da una idea de los tipos de objeto que llegaban a Egipto procedentes de Levante; y de paso nos habla también de la prosperidad de Canaán:

> Una cota de malla de bronce fino perteneciente al príncipe de Megiddo. Cotas de malla [de cuero] pertenecientes a su malvado ejército: 200. Arcos: 502. Varas de madera de *mry* labradas con plata procedentes de la tienda de ese enemigo: 7. (A continuación se incluye una lista de reses, personas, esclavos, y guerreros; y prosigue:) calderos de piedras costosas y oro, y diversos recipientes ... Una gran tinaja de fabricación siria. Tinajas, calderos, platos, diversos vasos para beber, grandes ollas, cuchillos: [*x* +]17, por un total de 1.784 *deben* (1 *deben* = 91 g). Oro en discos sabiamente labrados y numerosos discos de plata por un total de 966 *deben* y 1 *kite* (décima parte de un *deben*). Una estatua de plata ... con la cabeza de oro. Bastones con cabezas humanas (es decir, con el mango tallado en forma de cabeza humana): 3. Literas de ese mismo enemigo de marfil, ébano y madera de *ssndjm* con incrustaciones de oro: 6. Escabeles pertenecientes a las mismas: 6. Grandes mesas de marfil y madera de *ssndjm*: 6. Un lecho de madera de *ssndjm* labrada con oro y toda clase de piedras caras a modo de *krkr*, perteneciente a ese enemigo, con incrustaciones de

Liber

oro por todas partes. Un estatua de ébano de ese enemigo con incrustaciones de oro y la cabeza de lapislázuli ... vasos de bronce y muchos vestidos del enemigo (*Urk.* IV, 663-664; Lichtheim, 1973-1980 [0I], II, p. 34).

Nota sobre el imperio egipcio en Nubia

Probablemente fuera durante el reinado de Hatshepsut y Tutmosis III (1490-1436 [1479-1425]), cuando Egipto estableció con firmeza su dominio sobre la región de Dongola Reach, en Nubia, e incluso más al sur, hasta la Cuarta Catarata (estela de Tutmosis III de Gebel Barkal, *Urk.* IV, 365; Cumming, 1982, pp. 1-6). Egipto no perdió este territorio hasta finales de la dinastía XX (1069). Es una lástima que no conozcamos tantos detalles de las campañas de Nubia como de las de Levante, donde los materiales no egipcios sirven de complemento a los testimonios disponibles. El carácter unilateral y limitado de la documentación puede dar la impresión de que resultó más fácil de establecer y de mantener el control de Nubia que el del norte, y de que quizá se ejerciera de un modo completamente distinto (por ejemplo, Trigger, 1976, pp. 109-114; Frandsen, 1979). La primera hipótesis *tiene que* ser falsa a la fuerza, a la vista de las numerosas alusiones a las continuas campañas contra Nubia durante la dinastía XVIII, y por el hecho de que el cadáver de uno de los rebeldes palestinos fue expuesto en las murallas de la ciudad de Napata, circunstancia que nos da a entender que la intención de tan macabro espectáculo era desanimar a los presuntos rebeldes locales.

La cuestión de qué tipo de dominación imperial ejercía Egipto sobre Nubia resulta difícil de dilucidar, pues para esta región no existe ningún testimonio comparable al de las cartas de el-Amarna. Evidentemente era imprescindible un control férreo de la zona para explotar el enorme potencial económico de Nubia: había áreas aptas para la agricultura y la viticultura, y otras especialmente favorables para la cría de ganado; existían además enormes recursos mineros en forma de diorita, amatista y, sobre todo, oro, del cual existía una demanda constante entre los vecinos de Egipto y constituía un elemento fundamental en el sistema de intercambio de regalos diplomáticos; por último, Nubia daba acceso a otras zonas más al sur en las que se obtenían sobre todo productos exóticos muy apreciados. Así pues, no es de extrañar que los faraones consideraran necesario nombrar un «hijo del rey de Kush» para que hiciera las veces de virrey en esta zona. Este personaje controlaba la totalidad del territorio desde Hieracómpolis hasta la tercera catarata y, al parecer, era de hecho el gobernador de Nubia. Tenía como obligación dirigir las relaciones de Egipto con los caudillos de los diversos pueblos del desierto y con los príncipes de las regiones situadas Nilo arriba. No es imposible que esas relaciones se basaran ocasionalmente en el intercambio de regalos. En algunos casos, cuando algún pequeño principado nubio era vasallo de Egipto, los hijos de sus gobernantes eran enviados a la corte para su educación, lo mismo que los hijos de los príncipes cananeos.

Liber

De momento las complejidades geográficas, políticas y culturales de Nubia son menos conocidas que las de Levante, pero no tenemos por qué pensar que el control de Egipto sobre la zona y la actitud frente a sus *vasallos fuera* marcadamente distinta de la vigente en Levante (Morkot, 1988). Además, como resulta cada vez más evidente gracias a los estudios más recientes acerca de la dominación egipcia en Canaán, la incorporación de los territorios del imperio de Levante se realizó cada vez en condiciones más penosas y el control militar se hizo, sobre todo en la última fase, verdaderamente despótico y opresivo (Weinstein, 1981; Singer, 1988). Así pues, la idea de que los egipcios mostraron un «mayor respeto» por la región de Canaán debido *a su alto* grado de desarrollo, y de que por ello la trataron con «guantes de seda», a diferencia de la brutalidad con la que actuaron en la «bárbara» Nubia, probablemente no sea más que un prejuicio. Desde luego no existe en los territorios imperiales del norte ningún equivalente al gran templo imperial de Abu Simbel, y probablemente existieran otras diferencias de detalle por lo que respecta a la interacción entre dominadores y dominados en una y otra región. Pero tal vez sea más prudente reconocer que ese tipo de *diferencias* en la forma de expresar abiertamente la dominación quizá sólo sea un reflejo de dos respuestas distintas a una serie de circunstancias locales diferentes, que de momento no conocemos del todo, en lugar de pensar que expresan dos modos fundamentalmente distintos de gobernar a los súbditos del norte y el sur.

Liber

7. MESOPOTAMIA *c.* 1600-*c.* 900

1. La Babilonia casita (1595-1155)

La llegada de los casitas

Gracias a los archivos de Mari podemos rastrear en parte la lucha por el poder que libró Hammurabi y cómo en último término logró unir bajo su mando la zona correspondiente al sur de Irak e incluso más allá (véase el capítulo 2, apartado 5). Su capacidad a la hora de mantener un control absoluto de sus conquistas no fue muy duradera y, a su muerte, sus sucesores verían cómo iba disminuyendo continuamente la zona bajo su mando, que al final no se extendía mucho más allá de Bagdad por el norte y quizá de Larsa por el sur. Pero aunque los reinos de Hammurabi se vieron sometidos a las presiones externas desde un principio, tampoco debemos exagerar la volatilidad del poder de su dinastía. Quizá resulte significativo recordar que, tras destruir el poderoso reino de Yamhad (con capital en Aleppo) en torno a 1600, el siguiente objetivo de las conquistas del rey hitita Mursili I fue la propia Babilonia (véase el capítulo 5, apartado 3). La actitud de los hititas indica que, casi ciento cincuenta años después de la muerte de Hammurabi, la realidad política era que Babilonia seguía siendo un estado importante, al que había de hacer frente el vencedor de Yamhad.

No obstante, las dificultades por las que atravesaban los reyes de Babilonia son evidentes. Poco después de la muerte de Hammurabi, aparece mencionada una dinastía rival del «País del Mar» (*RLA*, 8, pp. 6-10). Se sabe muy poco de ella, pero evidentemente controlaba la zona pantanosa y la franja costera del sur de Irak,[1] entorpeciendo así los lazos comerciales que unían esta región con el norte del país y con el Golfo, y que hasta entonces habían facilitado el lucrativo comercio con el sur de Arabia (cobre de Omán) y con el valle del Indo. Esta circunstancia debió de tener serias repercusiones económicas, aparte de la mella que pudiera hacer en el prestigio real. Una cuestión aún más debatida es la de cuándo cesó el comercio con el valle del Indo debido a la paulatina decadencia de la cultura de Harappa. Este hecho no ha sido datado con seguridad (Fairservis, 1975 [0Gj], pp. 296 y ss.), y la siguiente fase de la historia de India, anterior al desarrollo a comienzos del primer milenio de los reinos de Oudh, Bengala y Bihar, todavía debe ser cla-

Liber

rificada (Fairservis, 1975 [0Gj], p. 311). Otro argumento que viene a subrayar la fragilidad del poderío de Babilonia, es que los ataques de Mursili I a duras penas habrían resultado tan satisfactorios para él, si en el reino de Babilonia no hubiera habido serios problemas internos. El golpe infligido por los hititas resultó devastador para el país, pues casi de inmediato la dinastía llegó bruscamente a su fin, y más tarde el episodio sería recordado como un hecho trascendental en una crónica babilónica (*ABC*, n.º 20 B. rev. 11). Es posible incluso que, a raíz de la invasión hitita, la imagen de culto de Marduk fuera trasladada a Hana, a orillas del Éufrates (para las dudas en torno a la historicidad de este hecho, véase Brinkman, 1976). Cierto o no, el caso es que los babilonios de época posterior creían que la imagen divina había sido robada por esta época.

Los hititas no se quedaron en Babilonia, sino que se retiraron remontando el Éufrates y dejando el país sumido en un verdadero caos político. En este momento crítico para la historia de Mesopotamia, hizo su aparición un nuevo pueblo, el de los casitas, que acabaron convirtiéndose en la potencia dominante en la zona y establecieron una nueva dinastía. Tenemos atestiguada esporádicamente su presencia en el norte de Babilonia en una fecha muy anterior (desde *c.* 1770), por lo general en forma de pequeños grupos acampados a las afueras de las ciudades y formando pequeños contingentes de mercenarios en el ejército babilónico, o trabajando como peones agrícolas. Fuera de la esfera política babilónica existían, al parecer, otros contingentes de casitas hostiles y belicosos (Brinkman, 1980, p. 466; Nashef, *AfO*, 27 [1980], pp. 164-168). Pero la cuestión de sus orígenes y de cómo alcanzaron un poder y una prominencia tales que les permitieran sentarse en el trono de Babilonia, está envuelta en la más absoluta y desesperante oscuridad.

Generalmente ha venido pensándose que el origen de los casitas se situaría en los montes Zagros, al noreste de Babilonia, pues durante el primer milenio parece que esta región era una zona tribal de los casitas. Autores grecorromanos de época posterior (como Diodoro o Estrabón) hablan también de un pueblo de las montañas llamado *kossaioi*, que vivía al norte del Khuzestán y al que resulta tentador identificar como descendientes de los casitas. Por otra parte se ha postulado (por ejemplo, por Hallo, en Hallo y Simpson, 1971 [0C], p. 106) que los casitas procedían de la región situada al noroeste de Babilonia, pues sabemos que en el período paleobabilónico reciente un dinasta local del reino de Hana, en la cuenca media del Éufrates, llevaba un típico nombre casita; de modo que la zona más oriental con la que posteriormente se asociaría a los casitas no sería más que un lugar en el que habrían seguido viviendo y constituyendo un grupo étnico cuando su poderío político ya se había desvanecido. La tendencia más reciente es otra vez la de situar la «patria original» de los casitas en los Zagros, pues los testimonios acumulativos apuntan en esa dirección (Nashef, *AfO*, 27 [1980], p. 167; Liverani, 1988 [0C], p. 607). Como suele ocurrir con este tipo de cuestiones, los testimonios disponibles son insuficientes para resolver el problema de un modo concluyente. Análogamente, las viejas ideas acerca de la filiación

Liber

indoeuropea de los escasos fragmentos conservados de la lengua casita (Balkan, 1954) han sido puestas en tela de juicio muy seriamente (Mayrhofer, 1966; Kammenhuber, 1968; Brinkman, 1980, pp. 472-473). A juzgar por lo que se ha conservado de ella, la lengua casita no muestra ningún parentesco evidente con ninguna otra lengua conocida; la posible identidad indoeuropea de un pequeño número de nombres de dioses no permite llegar a ninguna conclusión, pues podría reflejar simplemente un préstamo cultural pasajero, posiblemente indirecto (véase el problema análogo que plantean los elementos indoarios en Mitanni; véase el capítulo 6, apartado 1).

Una idea en torno a los casitas que debería rechazarse definitivamente es la de que se trataba de un pueblo relacionado de algún modo con la cría de caballos, y que su éxito a la hora de hacerse con el trono de Babilonia sería un reflejo de su capacidad de manejar un arma superior, a saber, el carro de dos ruedas, ligero y rápido, tirado por caballos. Hoy sabemos que este tipo de carro, las técnicas utilizadas en su construcción y el consiguiente entrenamiento de los caballos de tiro fueron desarrollándose en el Oriente Próximo de un modo gradual desde comienzos del segundo milenio (Moorey, 1986). Además, aunque conocemos algunos tecnicismos casitas que designan determinados colores y marcas de los caballos, no tenemos atestiguada ninguna relación especial entre los casitas y el caballo durante el período Paleobabilónico, durante el cual aparecen mencionados como simples peones agrícolas o soldados. Puede que los términos casitas fueran adoptados porque el uso de los caballos en la guerra se generalizó en el Oriente Próximo por la época en la que éstos ejercieron su dominio sobre Babilonia. Parece que la utilización del carro de dos ruedas como arma más importante desde el punto de vista táctico se generalizó más o menos por la misma época en todos los grandes estados del Oriente Próximo. Hasta qué punto afectó a la estructura socioeconómica de dichos estados el empleo generalizado de esta nueva técnica militar sigue siendo una cuestión oscura. La aparición del puesto de «caballerizo» (*kartappu*) como uno de los cargos administrativos más importantes de la Babilonia casita, induce a pensar que efectivamente esas repercusiones fueron grandes (véase el Egipto del Imperio Nuevo, capítulo 4, apartado 5). ¿Pero qué cambios pudieron traer consigo las necesidades propias de un nuevo grupo de aurigas y guerreros habituados a combatir en carro? ¿Cómo pudo modificar los sistemas de posesión de la tierra vigentes la necesidad de pastos y de zonas para el adiestramiento de los caballos? ¿O los caballos pasaron simplemente a sustituir a los asnos utilizados en la guerra durante los siglos anteriores? Lo único que está claro es la enorme importancia que carros y caballos llegaron a adquirir en los estados de esta época; eran considerados una parte esencial e integrante de cualquier potencia digna de este nombre, como demuestra la fórmula de saludo que, según vemos en las cartas de el-Amarna (véanse los capítulos 4, apartado 3; 5, apartado 4, y 6, apartado 1), habitualmente se intercambian los reyes de igual rango en el período comprendido entre *c.* 1500 y *c.* 1200:

Liber

> A Kadashman-Enlil, rey de Karduniash (nombre casita de Babilonia), mi hermano, así habla Nibmuarriya (Amenofis III), el gran rey, rey de Egipto: Yo estoy bien; ojalá tú también lo estés. Tu casa, tus esposas, tus hijos, tus nobles, tus caballos, tus carros, tus tierras, ojalá se encuentren todos muy bien. Yo estoy bien, mi casa, mis esposas, mis hijos, mis nobles, mis caballos, mis carros, mis numerosos soldados, con ser muchos, (todos) están bien, y en mis tierras todo está bien (EA 1).

El impacto de los casitas sobre Babilonia

El rasgo más notable de la dominación casita es la extraordinaria duración de su dinastía. Aunque en los «576 años y 9 meses» de vida que le atribuye la Lista de Reyes de Babilonia A (*RLA*, 6, p. 92 [II 16]), se incluyen a todas luces algunos caudillos casitas que no reinaron nunca sobre Babilonia, no cabe duda de que ostentaron el poder durante casi cuatrocientos años (*c.* 1530-1155). Apenas tenemos testimonios que hablen de la existencia de una dislocación política seria antes del siglo XIII, cuando la intervención exterior primero de Asiria y después de Elam produjo una desestabilización de la situación lo bastante significativa como para provocar la caída de la dominación casita. Así pues, la estabilidad política fue la tónica general durante cerca de trescientos años; pero deberíamos subrayar que eso no significa que se produjeran pocas guerras o que se tratara de un período pacífico en general. La documentación para el período anterior al siglo XIII es muy dispersa (Brinkman, 1976), limitándose a inscripciones de los distintos reyes sobre los muros de algunas construcciones, otras de carácter votivo, y por último sellos cilíndricos. Pero, por ejemplo, la *Historia sincrónica*, obra del siglo VIII que estudia las relaciones entre Asiria y Babilonia desde *c.* 1500 desde la perspectiva de los asirios (*ABC*, n.º 21), nos ofrece una exposición selectiva de los vaivenes políticos y de las batallas libradas durante esta época. La Crónica babilónica P (*ABC*, n.º 22) conserva también algunos episodios de la gran guerra desencadenada entre Kurigalzu II (1332-1308) y Elam, cuya importancia pone de manifiesto un poema épico-histórico de época posterior (conservado sólo en forma fragmentaria: Grayson, 1975, pp. 47-55). Los nombres de años, que a veces aluden a determinados acontecimientos políticos (véase el capítulo 1, apartado 1), constituyen una fuente que nos permite completar (en parte) el marco histórico. Pero, por desgracia, desde mediados del siglo XIV aproximadamente, los reyes casitas abandonaron la costumbre de dar nombre a cada año y empezaron a computarlos numéricamente dentro de cada reinado. Antes de esa fecha, la documentación es escasísima, de suerte que los años anteriores, por lo demás decisivos, para los cuales los nombres de los años nos habrían proporcionado una pista muy valiosa de cara a conocer lo sucedido en ellos, resultan prácticamente desconocidos en su totalidad. Otro serio problema que plantea el período casita es que hay varios reyes que tienen el mismo nombre, y en los documentos fechados no

CUADRO 21. *Los reyes casitas (con sus fechas aproximadas, según Brinkman, 1976)*

Casitas		Contemporáneos
[1 Gandash	1729	
2 Agum I		
3 Kashtiliash I	1660	
reyes 4-9 (nombres inciertos; no se alude a los años de sus reinados)]		final de la dinastía de Hammurabi (1595)
10 Burna-Buriash I	(*c.* 1530-1500?)	
11-14 (inciertos)		
?15 Karaindash	*c.* 1413	
?16 Kadashman-Harbe I		
?17 Kurigalzu I		
?18 Kadashman-Enlil I	(1374)-1360	Amenofis III de Egipto
?19 Burna-Buriash II	1359-1333	Akhenatón de Egipto = Assur-uballit
?20 Kara-hardash	1333	de Asiria (1365-1330)
?21 Nazi-Bugash	1333	
22 Kurigalzu II	1332-1308	
23 Nazi-Maruttash	1307-1282	
24 Kadashman-Turgu	1281-1264	Hattusili III
25 Kadashman-Enlil II	1263-1255	Hattusili III
26 Kudur-Enlil	1254-1246	
27 Shagarakti-Shuriash	1245-1233	
28 Kashtiliash (IV)	1232-1225	
Tukulti-Ninurta de Asiria	1225	reinado de Tukulti-Ninurta en Asiria: 1244-1208
29 Enlil-nadin-shumi	1224	
30 Kadashman-Harbe II	1223	
31 Adad-shum-iddina	1222-1217	
32 Adad-shum-usur	1216-1187	
33 Meli-Shipak	1186-1172	
34 Marduk-apla-iddina I	1171-1159	
35 Zababa-shum-iddina	1158	
36 Enlil-nadin-ahi	1157-1155	

se especifica claramente a cuál de ellos en concreto está haciendo referencia el texto. Este hecho, unido a la ausencia de documentación más antigua, provoca que la cronología de la dinastía casita, sobre todo durante los dos primeros siglos de su dominación, sea muy insegura. A veces hasta los nombres y la existencia misma de determinados reyes resultan dudosos (véase el cuadro 21). La mayoría de los documentos fechados, que nos permiten atisbar cómo era la vida económica y social de la región, proceden de finales del siglo XIV y comienzos del XIII (desde la época de Kurigalzu II hasta la de Kashtiliash IV). Pero incluso en este caso tenemos problemas. En primer

Liber

lugar, sólo dos yacimientos, el de Nippur y el de Ur, nos han proporcionado archivos útiles, y no simples tablillas aisladas; en segundo lugar, el número mayor, con diferencia, de textos procede de una sola ciudad (Nippur, con 12.000 documentos, supera con mucho a Ur, con sólo 75; Gurney, 1983); y, en tercer lugar, de momento sólo un pequeño porcentaje de los textos de Nippur ha sido publicado. Ello impide la realización de un estudio definitivo de esta época tan importante para la historia de Mesopotamia.

No obstante, el material disperso del que disponemos revela la existencia de algunos rasgos interesantes de la vida babilónica, sobre todo en la esfera social. Cierto texto, por ejemplo, alude a la «compra» de una niña como futura esposa del hijo del comprador:

> Una joven, natural de Babilonia, de un codo y medio de estatura, con el nombre de U_4.9.KAM-belet. Rabâ-sha-Ninimma, hijo de Ili-Shamash, el mercader, la compró como nuera (es decir, como esposa de) para su segundo hijo, Ninimma-zera-shubshi, a su padre, Kidin-Shumaliya, hijo de Kiautu, casita de la ciudad de Hurad-Hamatir, y a su madre, Agargarutu, hija de Sin-epiranni. Como precio de compra, Rabâ-sha-Ninimma entregó dos hermosos vestidos de *muhtilû*, por valor de dos siclos de oro, a Kidin-Shumaliya y a Agargarutu, su esposa; y para pagar el resto del precio de compra, Rabâ-sha-Ninimma proporcionará alimento a Kidin-Shumaliya y su esposa, Agargarutu.
>
> (En las siguientes líneas, muy fragmentarias, se protege a Rabâ-sha-Ninimma de cualquier pariente de la chica que intente poner reparos a esta transacción; y a continuación el texto añade:)
>
> Han jurado juntos por Anu, Enlil, Ninlil (?), x, Shuqamuna, y el rey Kadashman-Harbe.
>
> Testigos: Iautu, hijo de Ninurta-bani; Izkur-Ninurta, hijo de Kidin-Ninurta; Nusku-aha-iddina, hijo de Dimahdi-Urash; Rabâ-sha-Ninurta, hijo de Ninurta-bani. Escriba: Eriba-Marduk, hijo de Ili-iqisha.
>
> Mes de Kislimu, undécimo (+?) día, año de la ascensión al trono de Kadashman-Harbe, el rey.
>
> La marca de la uña de Kidin-Shumaliya (y) la marca de la uña de Agargaru(tu), su esposa, sirven como sus respectivos sellos (CBS 12917; Brinkman, 1976, pp. 383-384, texto n.° 9).

La costumbre de comprar niñas para contraer matrimonio con ellas en el futuro no está atestiguada en Babilonia hasta esta época, aunque la conocemos más o menos por las mismas fechas en Nuzi (Van Praag, 1945, pp. 79-84; véase las Leyes medioasirias A, § 43) y en época posterior en Asiria (siglos VIII y VII; Postgate, *Iraq*, 41 [1979]), p. 96). La corta estatura de la niña (unos 28 cm) probablemente sea una convención que aludiría más a su edad que a sus medidas exactas (Roth, 1987); indica que se trataría de una criatura de corta edad. Los estudios sobre este tipo de «adopción-casamiento» en China indican que se trataba de un medio utilizado por las familias pobres para evitar el infanticidio de las hijas, cuya dote habría supuesto para los recursos de la familia un gasto inabordable. El precio relativamente bajo pagado por una niña en estas circunstancias comportaría que sus parientes no

Liberi

tuvieran que efectuar los costosos regalos que formaban parte de la boda tradicional. Aunque era una forma de casamiento poco apreciada (lo cual habría tenido poca importancia en el caso de un segundogénito), la «adopción-casamiento» proporcionaba a la familia «compradora» un nuevo par de manos útiles para el trabajo y una fuente potencial de hijos varones a un coste bastante bajo. En China solía incluso ocurrir que una niña «adoptada» de este modo fuera amamantada por la madre adoptiva. Aunque todas estas circunstancias no tendrían por qué haber concurrido en la antigua Mesopotamia, la comparación con China nos permite atisbar en cierto modo cuál habría sido el funcionamiento de la costumbre atestiguada en este texto (Goody, 1990, pp. 29-30).

Una importante modalidad de documento relacionado específicamente con los casitas (aunque siguió siendo utilizado posteriormente durante siglos) es el *kudurru*. Se trata de piedras de forma rectangular o fálica, habitualmente rematadas en una punta desigual y redondeada, y decoradas con símbolos religiosos (*RLA*, 6, pp. 268-277). A ambos lados suele haber inscripciones, cuyo tema suele ser la solución de alguna disputa por la posesión de tierras, o la donación de una parcela por obra y gracia del rey, así como la concesión a algunos oficiales de privilegios tales como, por ejemplo, la exención del pago de una serie de obligaciones e impuestos en premio por los servicios prestados (véase el capítulo 7, apartado 4). El término *kudurru* significa literalmente «linde» y los especialistas pensaron en un principio que estos «mojones» eran colocados realmente en las tierras cuyos derechos de propiedad recordaban. Otra posibilidad sería que fueran guardadas en los templos como garantía de los derechos de propiedad de su dueño frente a cualquier reclamación en este sentido (Steinmetzer, 1922). La ausencia de todo indicio de haber estado a la intemperie, el hecho de que los únicos *kudurru* encontrados en Babilonia aparecieran en las ruinas de un templo, de que las decoraciones en relieve y las inscripciones lleguen hasta el extremo inferior de la lápida, y, por último, las pequeñas dimensiones de muchos de ellos (bastante menos de 50 cm), hacen que resulte más verosímil su erección en un templo y no al aire libre (Seidl, 1968, pp. 72-73). Como muchas de las concesiones de tierras realizadas de esta forma tienen que ver con exenciones y privilegios, estas lápidas nos permiten observar cuál era el tipo de obligaciones que solían tener los súbditos para con su rey.

Uno de los rasgos más curiosos del período casita es que los monarcas de esta dinastía se llamaban «reyes de Babilonia» o simplemente «reyes». En otras palabras, eran soberanos de un estado territorial, de un país, en marcado contraste con el sistema político anterior, caracterizado por la existencia de ciudades-estado rivales. Un logro sobresaliente y duradero de los reyes casitas fue el de convertir la región, probablemente a raíz de su derrota de la dinastía del País del Mar en el siglo XV, en un todo unificado, sistema que continuó siendo la norma vigente en la vida política incluso durante los gobiernos más débiles de época posterior. Podemos, pues, hablar de «Babilonia» para designar a toda la zona meridional de Irak, lo cual sería un anacronis-

Liber

mo antes del período casita (Brinkman, 1974). La capital protocolaria se hallaba firmemente asentada en Babilonia, cuyo dios-patrono, Marduk (*posiblemente* recuperado por uno de los primeros soberanos casitas, Agum II kakrime) (Astour, 1986; véase *supra*, p. 372), se convirtió en la divinidad más importante del panteón mesopotámico. Se ha llegado incluso a postular que la composición del famoso *Poema de la Creación* babilónico, que se centra en la consecución del poder supremo por Marduk, data del siglo XV y sirvió para celebrar la unificación de Babilonia tras la derrota del País del Mar y el (re)establecimiento del culto de Marduk en la ciudad (Jacobsen, 1976 [OL], p. 190).

Un rasgo de la Babilonia casita que sigue siendo enigmático es la definición de los casitas como «extranjeros». Sus nombres son peculiares, totalmente distintos de los babilónicos, y revelan la existencia de un panteón específicamente casita. Evidentemente hablaban una lengua distinta (al menos al principio), algunos conservaron su estructura tribal tradicional y, en los textos jurídicos, se les denomina a veces «casitas» para diferenciarlos de los babilonios (véase *supra*, p. 376). No obstante, prescindiendo de las divinidades protectoras de la casa real, Shuqamuna y Shumaliya, no existen pruebas de que ninguno de esos dioses recibiera en Babilonia un culto especial ni de que se les buscara un acomodo en los centros de culto ya existentes. Si se produjo o no algún tipo de sincretismo entre los dioses casitas y babilónicos es una cuestión puramente especulativa, aunque siempre cabe esa posibilidad. Los reyes casitas, por lo que sabemos, fomentaron y patrocinaron activamente los cultos y las costumbres religiosas tradicionales de Babilonia, incluido el nombramiento de miembros de la familia real para los altos cargos religiosos (Brinkman y Matthews, 1990). Si la leyenda de época posterior según la cual fue Agum II kakrime quien recuperó la estatua de Marduk es histórica, demostraría que los casitas abrazaron con entusiasmo el culto de los dioses babilónicos; de no serlo, probaría que, en épocas posteriores, se consideraba a los reyes casitas unos destacados adalides y defensores de la tradición religiosa babilónica. Se escribieron muy pocos textos en lengua casita (los existentes son, al parecer, ejercicios de erudición) y en sus inscripciones los reyes utilizaron el acadio y el sumerio. Es posible que sus leyendas y prácticas religiosas propias sólo se transmitieran oralmente, pero semejante teoría se halla condenada a seguir siendo una hipótesis. Hasta donde nos permiten afirmar los testimonios disponibles, la hostilidad contra los reyes casitas fue muy escasa, a excepción de una breve referencia poco después de su caída. De hecho, los últimos soberanos casitas adoptaron nombres totalmente babilónicos. Se desconoce quiénes componían la elite cortesana y a qué grupo (étnico) pertenecían los altos cargos administrativos y militares. Esta circunstancia impide en gran medida la identificación de una minoría dirigente casita, y no permite distinguir con claridad en qué sentido se consideraba a los casitas unos dominadores extranjeros. El testimonio tardío del texto de Agum y algunos fragmentos de poemas épicos relativos a los soberanos casitas Kurigalzu II y Adad-shum-usur (Grayson, 1975, pp. 47-77) dan

Libel

a entender que los soberanos casitas eran considerados en general verdaderos reyes de Babilonia, totalmente legítimos (véase el capítulo 2 para las dinastías amorreas de época anterior).

Babilonia entre las grandes potencias

La fuente más reveladora para determinar la fuerza de Babilonia durante el período casita no procede de Irak, sino de Egipto. La gran colección de cartas, escritas en acadio sobre tablillas de barro, descubierta en el yacimiento de el-Amarna data de finales del reinado de Amenofis III, de todo el de Akhenatón (1364-1347 [1352-1336]) y de los de algunos de sus sucesores (véase el capítulo 4, apartado 3; Moran, 1987). La cronología exacta del archivo es incierta, pero durante los aproximadamente treinta años que cubre, las relaciones internacionales de las grandes potencias del Asia occidental quedan perfectamente iluminadas. Una cantidad inferior de cartas no tan bien conservadas, descubiertas en Boğazköy (Hattusa), y que datan de la primera mitad del siglo XIII, demuestran que ese tipo de correspondencia constituía un elemento habitual y constante de la vida diplomática (*CTH*, 155-178). Las cartas de el-Amarna indican que la posición ocupada por Babilonia era la de un estado grande e importante desde el punto de vista internacional: el intercambio de mensajeros entre Babilonia y Egipto era habitual, y el poderoso faraón egipcio expresaba su reconocimiento de la importancia de Babilonia al dirigirse al soberano de este país con el título de «hermano»; este término sólo se aplicaba a los reyes que se consideraban iguales y aliados recíprocos.

La primera referencia a los contactos entre los faraones de la dinastía XVIII y los reyes casitas se encuentra en los anales de Tutmosis III (1490-1436 [1479-1425], véase el capítulo 6, apartado 4). Sus conquistas militares llegaron a su punto culminante con la octava campaña, durante la cual los egipcios cruzaron el Éufrates, penetraron en Mitanni, erigieron una estela conmemorativa en el territorio de este país, y se enfrentaron al ejército mitannio en el campo de batalla. La importancia de esta incursión radica menos en las conquistas territoriales realizadas por Egipto y más en el hecho de que vino a afirmar de una vez por todas la pretensión egipcia de dominar las regiones meridionales de Levante, pretensión que siempre podía contar con el respaldo de su poderío militar. Egipto era por aquel entonces una potencia con la que los grandes estados estaban obligados a establecer vínculos formales y a mantener unas buenas relaciones políticas. Así pues, no es sorprendente que uno de los resultados de la campaña de Tutmosis III fuera la llegada de embajadas portadoras de regalos de felicitación de los hititas y de Babilonia (Asiria había enviado sus saludos al faraón egipcio varios años antes). La identidad del soberano babilonio que saluda a Tutmosis III no se conoce con seguridad y, en vista de los problemas cronológicos de la dinastía casita, lo más probable es que siga sin conocerse. Se ha pensado que la carta remitida

Liber

por Burna-Buriash II a Akhenatón, en la que se recuerda al faraón la larga amistad existente entre los dos países, hace referencia a esa ocasión:

> Desde los tiempos de Karaindash, desde que los mensajeros de tus padres empezaron a llegar con regularidad ante mis padres, hasta ahora han sido buenos amigos (EA 10).

Cabría deducir, desde luego, que las relaciones diplomáticas habían sido establecidas unas cuatro generaciones antes, y una ocasión muy atractiva para fechar ese primer establecimiento de relaciones podría ser la embajada enviada a Tutmosis III por los babilonios. Pero existen serias dificultades cronológicas al intentar relacionar a Tutmosis III con Karaindash. Es posible que un rey casita anterior se limitara simplemente a dar sus parabienes al faraón egipcio vencedor, sin que se produjera inmediatamente un intercambio habitual de embajadas. Los contactos diplomáticos formales no se habrían instituido, pues, hasta finales del siglo XV más o menos, posiblemente a raíz de los éxitos de Amenofis II, cuando por fin logró rendir a la importante ciudad-estado de Kadesh, a orillas del Orontes (véase el capítulo 6, apartado 4).

La documentación arqueológica y de otro tipo nos revela la riqueza y la influencia de Babilonia durante el siglo XIV. El «País del Mar» había sido incorporado al reino en el siglo XV, hecho que supuso la reapertura de la rica ruta comercial del Golfo. Las excavaciones danesas realizadas en los años sesenta han sacado a la luz la existencia en Bahrain de un próspero asentamiento comercial y de una fortaleza datables en la época casita. Algunos textos de Nippur y los restos arqueológicos de Bahrain demuestran que la región del Golfo, hasta la altura de estas islas, era gobernada *directamente* por los reyes casitas: la siguiente ocasión en la que esta zona sería anexionada políticamente por una potencia extranjera se produciría mil ochocientos años después, durante la época sasánida (Potts, 1990 [0Gf]; Brinkman, 1993). Una carta procedente de Nippur y perteneciente al reinado de Burna-Buriash II indicaría incluso que la hija del gobernador casita del Golfo se quedó en una escuela para los hijos de los cortesanos existente en Nippur mientras su padre se hallaba destinado en Bahrain (Potts, 1990 [0Gf] I, p. 309).

También en esta época fueron restauradas varias ciudades paleobabilónicas importantes, generalmente según los cánones arquitectónicos establecidos en época muy antigua para las construcciones templarias, siendo a menudo el sumerio la lengua utilizada en las inscripciones conmemorativas. Pero en ocasiones aparecen algunos elementos específicamente casitas, destacando sobre todo el trazado de un pequeño templo de Uruk y los relieves de ladrillo que lo decoran, semejantes a los relieves arquitectónicos encontrados por esta misma época en Elam (véase el capítulo 7, apartado 3; Strommenger y Hirmer, 1965 [0M], lám. 170). En general, no obstante, las prospecciones realizadas en el sur de Irak dan la impresión de que, aunque se produjo una gran prosperidad en las ciudades antiguas de mayor tamaño, el número de las poblaciones de dimensiones moderadas disminuyó, aumentando el de las pe-

Liber

queñas aldeas (Adams, 1981; Adams y Nissen, 1972). Si esta circunstancia tiene que ver o no de algún modo con las pequeñas unidades gentilicias que, al parecer, caracterizaban originalmente a la sociedad casita (Brinkman, 1980, pp. 465-466) y, de ser así, en qué medida, es una cuestión que requiere un estudio más profundo.

Una preocupación especial de los reyes casitas fue la defensa de la ruta que, cruzando el Diyala, unía Babilonia con la meseta del Irán, a través de la cual llegaba el lapislázuli extraído en las minas de Badakhshan, al noreste de Afganistán. El costoso lapislázuli «auténtico» (llamado «lapislázuli de las montañas», en contraposición con el «lapislázuli de kiln», que era una variedad de vidrio; véase Oppenheim, 1970) constituía uno de los regalos que los reyes de Babilonia enviaban a Egipto, a veces, según parece, en bloques de tamaño bastante considerable (EA 7). La importancia estratégica de la ruta del Diyala queda de manifiesto en el cuidado del que hicieron gala los casitas a la hora de salvaguardar el acceso a la misma frente a las vecinas Asiria y Elam, creando la nueva ciudad de Dur Kurigalzu. Esta población se hallaba situada en Aqar Quf, cerca de la actual Bagdad y, como su nombre indica («Fortaleza de Kurigalzu»), fue fundada por Kurigalzu I. El lugar se halla dominado, incluso en la actualidad, por el zigurat, que se ha conservado hasta una altura bastante considerable, y al que la fuerza de los elementos ha reducido a una forma curiosísima. El núcleo deteriorado del zigurat nos muestra los detalles de su construcción, con capas de cañizo y betún colocadas entre los estratos de adobe (Baqir, 1942-1946). El yacimiento no ha sido explorado nunca de forma exhaustiva, aunque sí lo bastante como para demostrar que, a una distancia considerable del conjunto sacro, pueden apreciarse las ruinas de un gran palacio con restos de frescos de buena factura (Tomabechi, 1983; véase la figura 25), bóvedas de ladrillo, fragmentos de esculturas realistas sumamente refinadas y vidrio coloreado. La técnica de la fabricación del vidrio se había desarrollado ya con anterioridad, probablemente en la Alta Mesopotamia (Oppenheim, 1970), pero sólo en esta época se han encontrado cantidades considerables de cristal, utilizado tanto en incrustaciones como en vasos.

Fue durante el reinado de Kurigalzu I (comienzos del siglo XIV) cuando las relaciones entre Babilonia y Egipto se consolidaron gracias al casamiento de la hija del rey de Babilonia con Amenofis III. Los contactos entre ambos estados se hicieron más estrechos, sobre todo por lo que se refiere al tipo de los regalos intercambiados y esperados por unos y otros (Liverani, 1979, pp. 21-33). Se suponía por ambas partes que el envío de productos costosos era la cosa más natural del mundo, debido a las relaciones de parentesco creadas a través de estos matrimonios políticos. El principio queda claramente afirmado y reconocido en una carta escrita por Amenofis III de Egipto a Kadashman-Enlil I de Babilonia:

> Cuando tú (*sc.* Kadashman-Enlil) me escribiste así:
> «Mis hijas, que están casadas con reyes de países vecinos, cuando mis mensajeros llegan hasta allí, hablan con ellas [y me envían] un regalo a modo

Liber



FIGURA 25. Pintura del palacio de Dur Kurigalzu (Aqar Quf; según Baqir, *Iraq*, 8, lám. XII).

> de saludo. La que está contigo [¿es pobre?].» Esas fueron tus palabras. (Pues bien, yo ahora te contesto así:) Verdaderamente los reyes de los países vecinos son ricos y poderosos; tus hijas pueden obtener cualquier cosa de ellos y enviártela. ¿Pero qué tiene la hija tuya que vive conmigo? No obstante, si obtiene alguna cosa, te la enviaré. Está muy bien eso de entregar a tus hijas con el fin de obtener un pepita de oro(?) procedente de allende tus fronteras (EA 1).

Este tipo de transacciones, especialmente el oro enviado desde Egipto, que disponía de grandes cantidades procedentes de las minas de Nubia, servían ante todo para expresar el propio prestigio político. Los estrechos vínculos mantenidos con los vecinos servían también para facilitar y estimular unos intercambios económicos más prácticos entre Babilonia y sus vecinos (véase EA 8; *infra*, pp. 383-384). El papel preeminente desempeñado por un país en el comercio con tierras lejanas probablemente contribuyera a que el oro (y no la plata) se convirtiera por un tiempo en el patrón empleado en las transacciones comerciales durante el período casita: la única vez que así ocurrió durante los tres mil años de historia de Babilonia (Edzard, 1960). El alcance de

Liber

la red comercial y política a la que estaba conectada Babilonia quizá se vea reflejado también en los grandes sellos casitas de lapislázuli, de hermosa factura, descubiertos en Tebas de Grecia (Porada, 1981-1982; véase Morris, 1992, p. 104), y el lingote de cobre micénico, del tipo piel de buey, aparecido en Dur Kurigalzu.

No todo lo que llegaba a Babilonia procedente de Egipto eran metales preciosos: por ejemplo, cuando Kadashman-Enlil I acabó las obras de cierto palacio, Amenofis III le mandó una serie de muebles de ébano hermosamente labrados, chapados en oro, y algunos con incrustaciones de marfil; la lista de objetos enviados desde Egipto incluye una cama, una silla de manos, un sillón de grandes dimensiones, y otros nueve sillones y escabeles. Los reyes casitas apreciaban sobre todo las esculturas egipcias:

> Hay hábiles artesanos en el lugar en el que resides. Mándales que reproduzcan un animal salvaje, ya sea una criatura terrestre o acuática, tal como sea al natural, de modo que su piel sea exactamente como la del animal vivo. ¡Que me la traiga tu enviado! Y si hay ya alguna disponible, aunque sea antigua, haz que cuando Shindishugab, mi legado, llegue a tu corte, tome prestados inmediatamente unos carros (?) y que venga aquí a toda prisa. Y que construyan alguna nueva para ser entregada más tarde... (EA 10).

Pero ¿qué exportaba Babilonia, aparte de lapislázuli? Con las rutas que se internaban en los Zagros e Irán firmemente en su poder, los casitas probablemente estuvieran en condiciones de suministrar buenos caballos de las montañas de Irán, que tanto apreciarían más tarde los reyes asirios y persas. Entre los regalos protocolarios enviados por Babilonia a Egipto podemos incluir partidas de caballos, es decir, caballos ya adiestrados y listos para ser usados. Esta impresión se ve corroborada por el hecho de que iban acompañados de un número equivalente de carros. Este tipo de regalo era el equivalente antiguo de un avión de combate perfectamente equipado.

Las cartas de el-Amarna, en particular la correspondencia intercambiada entre Babilonia y Egipto, nos permiten ver con claridad las normas que regían las relaciones diplomáticas entre las grandes potencias. Era habitual el envío de varios legados, todos ellos claramente identificados por su nombre y a veces por la posición que ocupaban en la corte. Evidentemente eran personajes muy importantes que gozaban de una estrecha relación personal con el rey, además de ser hombres de su entera confianza. Parece que sólo uno de ellos era recibido realmente por el monarca en la sala de audiencias. En el curso de esta entrevista el faraón ordenaba que se pusiera a su disposición y a la de los demás embajadores oro, plata, aceite y otros artículos de valor; estos artículos estaban destinados exclusivamente a su uso personal. El trato dispensado a los embajadores reflejaba la estima en la que era tenido el país al que representaban; si se les daba un trato indigno o se les tenía durante demasiado tiempo inactivos antes de ser recibidos formalmente, se consideraba un ultraje infligido al rey al que representaban.

Liber

Da la impresión de que los embajadores viajaban a veces en compañía de mercaderes dedicados al comercio. Si la caravana era atacada, el soberano del territorio en el que había tenido lugar el incidente era considerado responsable del crimen y podían exigírsele compensaciones, como demuestra esta carta de el-Amarna:

> Ahora mis mercaderes que subieron con Ahutabu (es decir, el embajador de Babilonia en Egipto) se han quedado atrás, en Canaán, para realizar sus negocios. Cuando Ahutabu siguió su camino hacia mi hermano, en Hinnatuna de Canaán, Shumadda, hijo de Balumme, y Shutatna, hijo de Sharatum de Akko, enviaron a sus hombres, mataron a mis mercaderes y les arrebataron su dinero. Te enviaré [...] lo más rápidamente posible (?). Pregúntale, para que te lo cuente (todo). La tierra de Canaán es tuya y sus reyes [son tus siervos]. He sido robado en tus tierras. Haz que rindan cuentas y con respecto al dinero que se llevaron, resárceme tú. A los que mataron a mis servidores, mátalos y venga así su sangre. Si no los ejecutas, volverán a matar, lo mismo a algún miembro de mis caravanas que a cualquier embajador tuyo, de modo que el intercambio de embajadores entre nosotros quedará cortado (EA 8).

Los enviados reales tenían el deber de transmitir mensajes de buena voluntad y toda clase de peticiones; proporcionaban asimismo informaciones acerca de su propio soberano y su país, recogiendo al mismo tiempo el mayor número posible de noticias acerca de la corte que estuvieran visitando. Se suponía que los regalos que acompañaban a la embajada serían expuestos al público y que se daría las gracias al soberano que los enviaba. Estos regalos diplomáticos iban meticulosamente catalogados junto con el peso neto de los materiales de valor de que estuvieran compuestos; como garantía de su peso y su valor, llevaban el sello del donante. En el momento de la recepción, el inventario de objetos era cotejado y el peso aducido rigurosamente comprobado. Una divertida alusión a este procedimiento aparece en una carta de el-Amarna envida por Burna-Buriash a Akhenatón:

> Pero mi hermano no debe delegar (la manipulación del) oro que va a enviarme en nadie más; mi hermano deberá comprobarlo personalmente, sellarlo y luego enviármelo. Por cierto que mi hermano no comprobó el (envío) anterior de oro que me mandó mi hermano. Mi hermano permitió que otro pusiera el sello y lo enviara. Cuando puse en la balanza las cuarenta minas de oro que me trajeron, [juro que] resultaron ser (menos de) [diez] (EA 7; Oppenheim, 1967 [OI], n.° 58).

Durante la permanencia de la embajada en la corte se organizaba una recepción formal, en el transcurso de la cual se suponía que los legados debían ponerse en contacto con las hijas o hermanas de su rey (o con cualquier persona de su séquito) que hubieran contraído matrimonio con el soberano del país que estaban visitando. Esta circunstancia les daba la oportunidad de hacerles llegar mensajes y regalos de su país de origen y de llevar de vuelta los

Liber

saludos de la princesa a sus padres y a su familia. Podían comprobar asimismo que se encontraba bien y que recibía el trato que correspondía a su rango. La mayor parte de una de las cartas de el-Amarna (EA 1) está llena de sospechas acerca del trato que pueda estar recibiendo en la corte egipcia la hermana del rey de Babilonia, acerca de si sigue con vida y de por qué los embajadores no han podido verla.

La estricta observancia del protocolo permitía el mantenimiento de las relaciones por medio de las cuales se medía la igualdad de rango de un soberano y otro, encarnada en el término «hermano». Cuando un monarca accedía al trono, notificaba formalmente el hecho a «sus hermanos», expresando sus deseos de seguir manteniendo las buenas relaciones y enviando un regalo en prueba de su buena voluntad, como podemos apreciar en esta carta enviada por Burna-Buriash de Babilonia a Akhenatón:

> Del mismo modo que (mi) padre y tú fuisteis buenos amigos, también ahora tú y yo seamos amigos. Entre nosotros no se diga más. Cualquier cosa de mi país que desees, escríbeme y te será enviada. Y lo que yo desee de tu país, te escribiré para que me lo mandes ... Y a modo de regalo de salutación para ti [...] y un [...] ... te envío (EA 6).

Otro capítulo indispensable del protocolo internacional eran las preguntas acerca de la salud y el estado de otros soberanos y el envío de mensajes de simpatía cuando algún monarca se encontraba enfermo. Así nos lo muestra claramente una carta en la que el rey de Babilonia se lamenta de que su «hermano» de Egipto no lo haya hecho:

> No me encuentro bien desde que el mensajero de mi hermano llegó aquí, de modo que ningún mensajero ha comido o ha tomado cerveza en mi compañía. Puedes preguntarle tú mismo a tu mensajero [...] y te [dirá que] no me encontraba bien y que, por lo que se refiere a mi restablecimiento (?), [mi salud] todavía no se ha recobrado del todo. [Además], como no me encontraba bien y mi hermano no ha [mostrado el menor] interés [por mí], yo, por mi parte, me enfadé con mi hermano diciendo: «¿Es que mi hermano no se ha enterado de que estoy enfermo? ¿Por qué no ha mostrado interés por mí? ¿Por qué no ha enviado un mensajero a visitarme?». El legado de mi hermano se dirigió a mí en los siguientes términos: «Egipto no está lo bastante cerca para que tu hermano tenga noticias (de tu estado) y pregunte por tu salud. Es un país distante. ¿Quién iba a hablar con tu hermano para que te enviara inmediatamente sus saludos? ¿Cómo es posible que tu hermano tuviera conocimiento de tu estado y no te enviara un mensajero?». Yo, por mi parte, le hablé en los siguientes términos: «¿El país de mi hermano, el gran rey, está lejos o cerca?». Y me respondió lo siguiente: «Pregúntale a tu mensajero si está cerca o lejos. Por eso es por lo que tu hermano no ha tenido conocimiento (de tu estado) y no ha enviado (a nadie) a saludarte». Pues bien, tras preguntar a mi mensajero y enterarme por él de que el viaje era muy largo, dejé de sentirme enfadado y no dije más (EA 7; Oppenheim, 1967 [0I], n.° 58).

Pese a las grandes distancias que separaban sus estados, los reyes no dejaban de invitarse unos a otros con ocasión de las fiestas y ceremonias más importantes, señalándola con el envío de un regalo. Cuando Amenofis III no invitó a Kadashman-Enlil I en una de esas ocasiones (quizá la fiesta de uno de sus jubileos, véase el capítulo 4, apartado 5), el rey de Babilonia no tardó en expresar sus quejas e, intencionadamente, invitó al faraón a una ceremonia celebrada en Babilonia:

> Cuando celebraste una gran fiesta, no me enviaste ningún mensajero a decirme: «¡Ven a [comer y] beber!», ni me enviaste ningún regalo de saludo con ocasión de la fiesta ... He edificado una nueva [cas]a. En [mi casa] he construido un gran [...]. Tus mensajeros han visto [la casa y el ... y están felices]. Ahora voy a dar una (fiesta) de inauguración de la casa. Ven [personalmente] a [comer] y a beber conmigo. [No voy a hacer] lo que tú. Te envío [25 hombres y] 25 mujeres, en total 50 [personas que están a mi servicio, debido a la inauguración de mi casa] (EA 3).

Ningún documento muestra mejor que las cartas de el-Amarna el esmero con el que se cuidaban las relaciones entre las diversas cortes de la época. Naturalmente la mayor parte de la correspondencia se refiere a las relaciones con Egipto, pero las alusiones presentes en esta colección y en las cartas hititas ponen de manifiesto que todas las grandes cortes del Oriente Próximo mantenían contactos unas con otras. Las cartas hititas en particular demuestran que, además de los regalos en oro, piedras preciosas y caballos, se pedía el envío de una corte a otra de personal especializado. Los hititas solicitaron en varias ocasiones a Babilonia el envío de escultores, médicos y magos, solicitudes que fueron debidamente atendidas (Zaccagnini, 1983). Esta circunstancia ofrecía a este tipo de peritos altamente cualificados la oportunidad de enriquecerse, aunque a menudo encontraban serias dificultades a la hora de regresar a su país de origen, y sabemos de varios que hallaron la muerte en la corte de Hatti. Podían surgir así motivos de fricción y sospechas de malos tratos, como pone de manifiesto la siguiente carta descubierta en Boğazköy:

> Y yo (*sc.* Hattusili III) tengo algo más que decir a mi hermano (Kadashman-Enlil II) con respecto al médico que mi hermano ha enviado hasta aquí; la gente lo aceptó y realizó varias curas, pero una enfermedad lo atacó. Me tomé muchas molestias por él y realicé varias extispicias por él, pero cuando llegó su hora, murió. Ahora uno de mis mensajeros se llevará a los criados del médico de vuelta (a Babilonia) y mi hermano podrá preguntarles, y ellos le contarán las curas que solía realizar el médico. Sin embargo, los regalos que le di a su [amo] han desaparecido; están asustados por eso, de ahí que no harán la menor alusión a ellos ante mi hermano. Sepa mi hermano que existe una relación escrita del carro, la carreta, los caballos, la plata y el lino que di al médico [...] y he enviado la correspondiente tablilla directamente a mi hermano para que se la lean a mi hermano. Pero el médico falleció cuando le llegó el momento asignado. Nunca se me habría ocurrido detener al médico, teniendo

Liber

> en cuenta que cuando durante el reinado de mi hermano Muwatalli recibieron a un mago y a un médico (procedente de Babilonia) y los detuvieron, fui el único que discutió su decisión diciendo: «¿Por qué quieres detenerlos?», arguyendo que no va con la costumbre detener (a ese tipo de personas); ¿y se supone que ahora iba yo a detener a tu médico? De los demás expertos que fueron recibidos aquí [anteriormente], sólo murió el mago [...]. La mujer con la que se casó aquí pertenecía a mi familia y fue considerado ..., pero si hubiera dicho: «Deseo regresar a mi país natal», podría haberse marchado tranquilamente (*CTH*, 172; Oppenheim, 1967 [0I], n.º 84).

Salvo raras excepciones, la lengua empleada en la correspondencia internacional del Bronce Reciente era el acadio. Incluso en las cartas intercambiadas por los dinastas cananeos locales y sus señores egipcios se utilizaba el acadio, lo mismo que en las del rey de Alashiya, en Chipre, o en las de los soberanos hititas y mitannios. El acadio constituía la lengua franca del Asia occidental. En la Babilonia casita se produjo una intensa actividad literaria y erudita. Se copiaron numerosos textos antiguos, a algunos de los cuales se les dio una forma «clásica» destinada a perdurar. Las tradiciones y la especialización erudita fueron transmitidas a determinadas «familias», a las que tal vez debamos considerar grupos de profesionales y no meros grupos de parentesco. Durante los períodos tardobabilónico y helenístico muchos escribas se definían a sí mismos como miembros de alguna de esas familias, cuyos fundadores podemos demostrar en algunos casos que fueron sabios babilonios del período casita (Lambert, 1957). Pero la copia y la edición de documentos no fue la única aportación de los sabios casitas. Uno de los textos literarios babilónicos más notables, que se conoce con el nombre de su primer verso *ludlul bēl nēmeqi* («Alabaré al Señor de la Sabiduría»), fue compuesto en esta época. Se trata de un profundo poema de carácter filosófico, en el que se plantea el problema de por qué el hombre justo y piadoso debe ser víctima de la desgracia (el tema de «Job», bien conocido por el Antiguo Testamento). El texto expone y analiza las dudas que sobre los dioses plantea un «justo doliente» como ese, y concluye con una nota de resignación: nadie puede entender los caminos inescrutables de los dioses ni sus motivaciones; los dioses son sabios y todopoderosos, y están por encima de las dudas de los humanos (Lambert, 1960, pp. 21 y ss.). La descripción de los males que afligen a la víctima resulta particularmente conmovedora:

> Un demonio se puso sobre mi cuerpo a modo de vestido;
> como una red, el sueño se ha abatido sobre mí.
> Tengo los ojos abiertos, pero no veo;
> tengo las orejas bien abiertas, pero no oigo;
> el letargo se ha apoderado de todo mi cuerpo,
> la parálisis se ha adueñado de mi carne,
> la rigidez atenaza mis miembros,
> la debilidad se ha abatido sobre mis costados,

Liber

mis pies han olvidado cómo deben moverse.
...
Me metí en la cama, confinándome en ella; al abandonar (la casa), todo eran suspiros.
Mi casa se convirtió en una cárcel para mí.
Tengo los brazos trabados por los grilletes de mi carne,
los pies paralizados por el cepo de mi propia persona.
Los golpes que he recibido son muy dolorosos, mi herida es muy honda.
El látigo que me azota está lleno de espinas,
el rejo que me pincha está erizado de púas.
Durante todo el día me acosa un perseguidor,
por la noche no me deja respirar ni un solo instante.
Tengo los tendones rotos de tanto retorcerme,
mis miembros desparramados yacen de cualquier modo.
Pasaba las noches en mi yacija como un buey,
me revolvía entre mis excrementos como una oveja.
El exorcista se alejó aterrado al ver mis síntomas
y el arúspice confundió mis auspicios.
El augur no fue capaz de acertar con la naturaleza de mi mal
y el arúspice no pudo poner fin a mi enfermedad.
El dios no vino a ayudarme, no tomó mi mano;
la diosa no tuvo compasión de mí, no acudió a mi lado.
Abierta está mi tumba, las ofrendas fúnebres ya están listas;
antes de morir, mi velatorio ya había tenido lugar.
Todo mi país decía: «¡Qué lástima!».
El hombre que me quería mal se enteró de ello y su rostro se puso radiante,
llevaron la noticia a la mujer que me quería mal y se puso tan contenta.
El día se ha ensombrecido para toda mi familia,
para todos mis parientes el sol se ha nublado.

(Lambert, 1960, pp. 42 ss., II, 71-79 y 95-120; Reiner, 1985 [0J], pp. 115-116.)

Bastante menos seguro es el supuesto cambio de los sentimientos religiosos producido durante el período casita, concretamente el desarrollo de un concepto de dios personal, que simbolizaría la buena suerte del individuo y que actuaría como intermediario entre el ser humano y la esfera de los grandes dioses, más poderosos (en contra Jacobsen, 1976 [0L]). Pero los testimonios con los que contamos sugieren sin duda alguna que por esta época empezaron a formularse una serie de importantes discusiones y especulaciones en torno a las relaciones existentes entre los hombres y los dioses, y al lugar ocupado por el individuo en un mundo de confusión.

En el-Amarna se han encontrado tres textos literarios babilónicos (EA 356-358; Artzi, 1982) que, según han postulado algunos, fueron escritos en Egipto por un escriba babilonio que trabajaba en este país, quizá contratado por la corte del faraón (lo mismo que los médicos, magos y escultores de los que se tiene noticia), para ayudar a aprender la lengua babilónica a los funcionarios egipcios encargados de la correspondencia del faraón. Estos documentos, así como otras copias escolares de textos literarios babilónicos proce-

Liber

dentes de Levante y Anatolia (véase el poema descubierto en Emar, *supra*, pp. 354-355), constituirían un claro testimonio de la amplísima difusión en esta época no sólo de la lengua y la escritura de Babilonia, sino también de su cultura (Lambert, 1965).

Aunque sigue resultando bastante difícil hacernos una idea del marco político y socioeconómico de la Babilonia casita, y aunque buena parte de su historia continúa siendo para nosotros sumamente oscura, el archivo de el-Amarna, los descubrimientos realizados en el Golfo, y los testimonios procedentes de la propia Babilonia nos permiten ver con toda claridad que se trató de una fase importantísima para la historia de la región tanto en el terreno político como en el cultural. La dinastía casita fue uno de los regímenes más estables de los que se tiene noticia, y la unificación política del país que efectuó constituyó una obra grandiosa y permanente. Representa uno de los momentos más decisivos de la historia de Babilonia, y sin duda alguna los descubrimientos y trabajos ulteriores contribuirán a corroborar esta impresión y a completar la imagen fragmentaria que tenemos de esta época.

2. Asiria durante el período medioasirio (*c.* 1400-*c.* 1050)

Los años que separan el reinado de Ishme-Dagan (1781-1741, véase el capítulo 2, apartado 4) del de Ashur-uballit (1365-1330 [1353-1318]) están muy mal atestiguados en Asiria, y constituyen una especie de «edad oscura». A partir de este momento, la documentación (inscripciones reales y textos administrativos, jurídicos y económicos) empieza a aumentar incesantemente y de hecho es exhaustiva para los siglos XIII y XII. El principal yacimiento en el que se han encontrado esos textos es la antigua ciudad y capital del estado, Assur (Pedersen, 1985; Postgate, 1986). Pero poseemos también documentos procedentes de otros lugares, en especial de la Alta Mesopotamia, anexionada por los asirios durante el siglo XIII (Saggs y Wiseman, 1968; Postgate, 1986, n.° 4; Aynard *et al.*, 1980; Jas, 1990). En muchos sentidos, el estado medioasirio es uno de los períodos cuyo estudio resulta más atractivo en la actualidad, pues los descubrimientos realizados en la parte nororiental de Siria no han dejado de sacar a la luz nuevos materiales y han demostrado la intensidad de la dominación asiria en la zona. El término «medioasirio» responde a un concepto lingüístico y con él se designa una forma especial de dialecto asirio utilizado en los textos de esta época.

A raíz de la formación y la expansión del estado de Mitanni en la zona norte de Mesopotamia, Asiria no sólo vio mermado su territorio, sino que durante algún tiempo se vio incluso privada de su independencia (véase el capítulo 6, apartado 1). Teniendo en cuenta la gravedad de esta interrupción, resulta tanto más curiosa la continuidad de las instituciones locales. En primer lugar, la de la monarquía: la Lista de Reyes Asirios, de época posterior, insiste en que durante esta época, y pese a los desafíos a los que se vio sometida, logró sobrevivir una rama dinástica. Así pues, los reyes asirios posteriores

Liber

descendían en último término de un monarca por lo demás muy poco conocido, Adasi, que reinó en algún momento del siglo XVI. Este concepto de legitimidad genealógica pervivió durante toda la historia de Asiria, de modo que este período tan oscuro para nosotros tuvo una importancia ideológica enorme para el estado asirio hasta su desintegración a finales del siglo VII. En segundo lugar, el sistema de funcionarios anuales epónimos, los *limmu* (véase el capítulo 2, apartado 2), se mantuvo desde la época paleoasiria hasta la desaparición de Asiria, y por supuesto también durante la «época oscura». Por último, las historias de las actividades constructivas de época posterior aluden a actos realizados por reyes de este período, por lo demás tan mal documentado. Así pues, pese al carácter probablemente ficticio en muchas ocasiones de una continuidad política debilitada, sobrevivieron algunos elementos importantes típicos de la cultura política asiria. Sabemos que Ashur-nadin-ahhe I (*c.* 1440 [1430]) realizó algún que otro guiño diplomático a Tutmosis III, felicitándolo por sus campañas en Levante, como revelan los anales del propio Tutmosis (véase el capítulo 6, apartado 4) y una carta de el-Amarna (EA 16). La *Historia sincrónica* (*ABC*, n.º 21; véase el capítulo 7, apartado 1) alude a dos conflictos fronterizos con Babilonia en el sur, uno hacia 1500, y otro a finales del siglo XV (reinado de Ashur-bel-nisheshu: 1417-1409 [1407-1399]). Pero más o menos por esa misma época Asiria perdió su independencia debido a la extensión del poderío de Mitanni durante el reinado de Saushtatar, que llegó a incluir entre sus posesiones a Assur, de cuyo templo arrancó las puertas de oro y plata (véase el tratado de Shattiwaza, capítulo 6, apartado 1).

Ashur-uballit y sus sucesores (1365-1245 [1353-1234])

El esqueleto de la historia de Asiria durante el siglo XV hace que resulte muy difícil entender cómo y por qué la estrella de este país volvió a brillar repentinamente durante el reinado de Ashur-uballit (1365-1330 [1353-1318]). La explicación se encontraría en parte en su talento para explotar el caos político y dinástico creado en Mitanni tras la devastadora invasión organizada por el hitita Suppiluliuma I y el asesinato del rey mitannio Tushratta (véase el capítulo 6, apartado 1). Esta circunstancia permitió a Ashur-uballit afirmar su independencia y anexionarse parte de la zona oriental de Mitanni, incluidas las importantes comarcas cerealistas de Nínive, Kilizi y Arbelas, mientras que el hijo de Tushratta, Shattiwaza, se mantenía al frente de un estado mitannio mermado, bajo el férreo control de los hititas. Cierto cambio en la titulación oficial de los reyes asirios pone de manifiesto lo conseguido por Ashur-uballit: al simple nombre de «vicario del dios Assur» se añade ahora una larga genealogía. En un texto procedente de Assur (y perteneciente acaso originalmente a la inscripción de una estela) en el que se conmemoran las obras llevadas a cabo por un escriba real, se atribuye a Ashur-uballit el pomposo título de «rey del universo»:

Marduk-nadin-ahhe, escriba del rey, hijo de Marduk-uballit, hijo de Ushshur-ana-Marduk, bendito por dios y por el rey, el humilde, el obediente, el que agrada a su señor:

La casa que levanté a la sombra del templo del dios Marduk, mi señor, y dentro de la cual abrí un pozo de agua fresca, por la excelsa sabiduría del dios Marduk, mi señor, hice que el ... de la casa fuera ocupado de modo sobresaliente (??). Con sabio entendimiento y el máximo cuidado fabriqué los aposentos bajo ella, cosa que nadie sabía, con ladrillos de barro cocido. Construí (y) acabé la casa entera, sus almacenes y aposentos. Y no ...

Que el dios Marduk mi señor, vele por dicha casa y me premie (?) por mi esfuerzo. Permita que perdure en el futuro para mis hijos, mis nietos, mi descendencia y la descendencia de mi descendencia. Que mi familia y yo veneremos (?) al dios Marduk, mi señor, y a la diosa Sarpanitum (consorte de Marduk), mi señora, por siempre. (El estado de la frase siguiente es muy fragmentario.) Que [el dios Marduk], mi señor, conceda a Ashur-uballit, que tanto me ama, rey del universo, mi señor, largos días junto con una prosperidad abundante (E. Ebeling, B. Meissner, E. F. Weidner, *Die Inschriften der altassyrischen Könige* [Leipzig, 1926], XVII, 2; *ARAB*, I, §§ 62 s.; Grayson, 1972/1976, I, LXXIII, n.° 2*).

El poder y la importancia cada vez mayores de Asiria durante el reinado de Ashur-uballit quedan bien ilustrados en las dos cartas suyas encontradas en la correspondencia de el-Amarna. En la primera, es evidente que el monarca asirio procedía con mucha cautela:

Dile al rey de Egipto: Así (habla) Ashur-uballit, rey de Asiria. Que todo te vaya bien a ti, a tu casa, a tu país, a tus carros y a tus tropas. Te envío un mensajero para que te visite a ti y para que visite tu país. Hasta ahora, mis predecesores no te escribieron; (pero) ahora yo te escribo. Te envío de regalo un hermoso carro, dos caballos y una piedra-dátil (es decir, una cuenta) de auténtico lapislázuli, a modo de saludo. No entretengas demasiado al mensajero que he enviado a visitarte. Que haga su visita y se vuelva enseguida aquí conmigo. Que vea cómo estás y cómo está tu país y luego que vuelva aquí conmigo (EA 15; Grayson, 1972/1976, I, LXXIII, 10*).

En ningún momento se emplea el término «hermano», símbolo de la admisión en el exclusivo club de las grandes potencias; el título del soberano asirio es modesto, lo mismo que sus peticiones; envía un regalo valioso que nadie le ha pedido, para saludar y honrar al faraón de Egipto, pero no exige a cambio ningún regalo, como era habitual (véase el capítulo 7, apartado 1). De momento el rey de Asiria no hacía más que un pequeño guiño, con la esperanza de que su enviado fuera recibido, su regalo aceptado y su mensajero debidamente equipado y autorizado a realizar el viaje de regreso. En la época en la que fue escrita la segunda carta (EA 16), su cautela ya ha sido sustituida por la seguridad que dan los éxitos militares y el poder: en esta ocasión se dirige al faraón llamándolo «hermano», y se califica a sí mismo de «gran rey», al tiempo que solicita recibir unos regalos acordes con su rango:

Liber

CUADRO 22. *Imperio medioasirio: cronología*

	Convencional		Baja
Ashur-uballit I	1365-1330		1353-1318
Enlil-nirari	1329-1320		1317-1308
Arik-den-ili	1319-1308		1307-1296
Adad-nirari I	1307-1275		1295-1264
Salmanasar I	1274-1245		1263-1234
Tukulti-Ninurta I	1244-1208		1233-1197
Ashur-nadin-apli	1207-1204		1196-1194
Ashur-nirari III	1203-1198		1193-1188
Enlil-kudurri-usur	1197-1193		1187-1183
Ninurta-apil-Ekur	1192-1180		1182-1180
Ashur-dan I		1179-1134	
Ninurta-Tukulti-Ashur		1133	
Mutakkil-Nusku		1133	
Assur-resha-ishi I		1132-1115	
Tiglath-pileser I		1114-1076	
Ashared-apil-Ekur		1075-1074	
Ashur-bel-kala		1073-1056	
Eriba-Adad II		1055-1054	
Shamshi-Adad IV		1053-1050	
Ashur-nasir-pal I		1049-1031	

> Cuando el rey de Hanigalbat (término utilizado en Asiria para designar a Mitanni) escribió a tu padre a Egipto, le envió 20 talentos de oro. [Pues bien, ahora] yo soy [igual] que el rey de Hanigalbat y *tú sólo me has enviado* [...] de oro, y eso no basta ni para el viaje de ida y vuelta de mis mensajeros (EA 16; Grayson, 1972/1976, I, LXXIII, 11*).

El engrandecimiento de Asiria molestó, naturalmente, a su vecino del sur, Babilonia, como demuestra el aviso enviado por Burna-Buriash II a los egipcios. El soberano babilonio intenta echar por tierra las pretensiones de los asirios, que quieren ser considerados iguales en rango a los grandes monarcas de la época, llamándolos súbditos suyos y presentándolos como meros «negociantes» (Liverani, 1988 [0C], capítulo 20):

> Pues bien, por lo que se refiere a mis vasallos, los asirios, desde luego no fui yo quien te los envió. ¿Cómo pueden presentarse en tu país sin más credenciales que las suyas? Si me amas, no harán ningún negocio allí. Devuélvemelos con las manos vacías (EA 9).

Pese a las tensiones existentes durante esta época entre Babilonia y Asiria, ambos estados lograron un acercamiento, sellado por el matrimonio de Karaindash, hijo de Burna-Buriash II, y Muballitat-Sherua, hija de Ashur-

uballit. Pero cuando el hijo de ambos, Karahardash, se convirtió en rey de Babilonia, las «tropas casitas» se sublevaron, lo asesinaron y sentaron en el trono a Nazibugash, calificado de «un casita, hijo de un don nadie». No sabemos qué significa exactamente el hincapié que se hace en el carácter «casita» de la sublevación: ¿vino provocada en realidad por algún tipo de amenaza al dominio «casita»? ¿Se debió al miedo a una influencia asiria excesiva? ¿O tal vez Karahardash fue elevado al trono pasando por encima de otros pretendientes al mismo? Lo *único* que está claro es que la rebelión provocó un rápido escarmiento por parte de Ashur-uballit, a la sazón ya viejo, que invadió Babilonia, ejecutó a Nazibugash, y probablemente estableciera en el trono a su bisnieto, Kurigalzu II, todavía niño. Existen contradicciones insalvables entre la *Historia sincrónica* (*ABC*, n.º 21) y la *Crónica P* (*ABC*, n.º 22) en torno a los nombres y la genealogía de los reyes de Babilonia. Según la primera de estas obras, Kurigalzu II era hijo también de Burna-Buriash II. Este dato es bastante significativo, pues si Kurigalzu hubiera sido realmente un niño, nieto de Muballitat-Sherua (*Crónica P*), resultaría verosímil que durante su minoría de edad Babilonia hubiera sido gobernada efectivamente por su bisabuelo y su abuela, con toda probabilidad en interés de Asiria. Pero si Kurigalzu II no hubiera sido más que el cuñado de Muballitat-Sherua, lo más probable es que fuera ya lo bastante mayor y no hubiera tenido ningún problema en asumir el poder personalmente de inmediato. Esta circunstancia encajaría mejor con la noticia acerca de su enfrentamiento con el hijo de Ashur-uballit, Enlil-nirari, en Sugagi, donde al parecer los babilonios sufrieron una seria derrota. Indicaría asimismo que, fuera cual fuese el poder que intentara ejercer Asiria sobre Babilonia, éste habría sido sumamente pasajero. Independientemente de cómo valoremos estas noticias tan confusas, es seguro que a la muerte de Ashur-uballit (1330 [1318]) Asiria era una potencia de primer orden, igual de hecho que el imperio hitita, Babilonia o Egipto, aunque esa igualdad fuera reconocida a regañadientes.

La consolidación de los éxitos de Ashur-uballit no resultó fácil. Su sucesor inmediato, Enlil-nirari, logró defender su reino, pero las fortalezas fronterizas de Babilonia seguían estando peligrosamente cerca de la ciudad de Assur. El siguiente rey, Arik-den-ili, parece que combatió en las montañas del norte y del este del país y que intentó pactar con los turbulentos pastores de la zona. Probablemente estas guerras contribuyeran a fortalecer y proteger las fronteras de Asiria. Pero fue Adad-nirari I (1307-1275 [1295-1264]) quien logró hacer retroceder las fronteras de Babilonia hasta la zona del Diyala. Fue asimismo él quien dio comienzo al avance de Asiria por el oeste, conquistando Mitanni, estado vasallo de los hititas, y deteniéndose sólo a las puertas de Carchemish, a orillas del Éufrates. La causa de la no intervención de los hititas, señores de Mitanni (pese a haber sido solicitada su ayuda, como podemos apreciar en la inscripción citada *infra*), resulta muy enigmática, pero es posible que Adad-nirari se aprovechara de los problemas a los que hubo de hacer frente el soberano hitita en su país, con la pérdida de Hattusa, y en el extranjero, debido a las presiones que volvía a ejercer Egipto

Liber

sobre la frontera de Siria (véase el capítulo 5, apartado 4). Adad-nirari I proclamaba orgullosamente su victoria en la siguiente inscripción:

> Adad-nirari, rey del universo, rey fuerte, rey de Asiria, hijo de Arik-den-ili, rey de Asiria, hijo de Enlil-nirari, asimismo rey de Asiria. Cuando Shattuara, rey del país de Hanigalbat, se sublevó contra mí y rompió las hostilidades, por orden de Assur, mi señor y mi aliado, y de los grandes dioses que dictaminan a mi favor, lo tomé prisionero y lo llevé a mi ciudad de Assur. Le obligué a prestar juramento y luego le permití regresar a su país. Cada año, a lo largo de mi vida, recibí regularmente su tributo en mi ciudad de Assur.
>
> A su muerte, Wasashatta, su hijo, se sublevó, se rebeló contra mí y rompió las hostilidades. Acudió al país de Hatti en busca de socorro. Los hititas aceptaron sus sobornos, pero no le prestaron ayuda. Con las poderosas armas del dios Assur, mi señor, con el apoyo de los dioses An, Enlil y Ea, Sin, Shamash, Adad, Ishtar y Nergal, los más poderosos entre los dioses, los dioses terribles, mis señores, conquisté la ciudad de Taidu, su gran ciudad real, las ciudades de Amasaku, Kahat, Shuru, Nabula, Hurra, Shuduhu, y Washshukannu. Tomé y me llevé a mi ciudad, Assur, las posesiones de estas ciudades, la (riqueza) acumulada de sus padres, (y) el tesoro de su palacio. Capturé, incendié (y) destruí la ciudad [de Taidu] y sembré de sal (*kuddimmu*) sus campos. Los grandes dioses me concedieron reinar desde la ciudad de Taidu hasta la ciudad de Irridu, sobre la ciudad de Eluat y el monte Kashiyari en su totalidad, sobre la fortaleza de la ciudad de Sudu, y la fortaleza de la ciudad de Harranu, a orillas del Éufrates. En cuanto al resto de su pueblo, les impuse la azada, la pala y la cesta (es decir, la obligación de trabajar para mí). Pero en cuanto a él mismo (es decir, Wasashatta), me llevé de la ciudad de Irridu a su reina, a sus hijos, a sus hijas y a su pueblo. Me los llevé atados a mi ciudad de Assur, junto con sus propiedades. Capturé, incendié y destruí la ciudad de Irridu y las ciudades situadas en el término de la ciudad de Irridu.
>
> Cuando vi las zonas abandonadas y sin cultivar de ... la ciudad de Ta[idu...] ... Demarqué su territorio (y) en él construí un palacio. Lo edifiqué de arriba a abajo y erigí mis estelas.
>
> Que en el futuro otro príncipe lo restaure. Que restaure mi nombre escrito en él. (Entonces) Assur escuchará sus plegarias (E. Weidner, *AfO*, 5 [1928-1929], pp. 89-99; Grayson, 1972/1976, I, LXXVI, 3; 1987, A.O.76.3).

Asiria y el imperio hitita eran ahora vecinos directos. En un intento por reducir la tensión con los hititas, Adad-nirari I envió una carta a Muwatalli llamándolo hermano suyo y pidiéndole que le permitiera visitar los montes Amanus, situados en territorio dominado por los hititas. La respuesta fue increíblemente ofensiva. Muwatalli admitía que el soberano asirio tenía razón en calificarse a sí mismo de «gran rey», pues había conquistado Mitanni, pero

> por lo que se refiere a ser hermano mío y a tu visita a los montes Amanus, ¿por qué iba a escribirte hablando de hermandad? ¿Tú y yo acaso hemos nacido de la misma madre o del mismo padre? (*CTH*, 171).

Liber

Aunque los triunfos de Adad-nirari eran innegables, el soberano hitita no tenía la menor intención de fingir amistad con aquel nuevo vecino tan peligroso, que acababa de privar a su imperio de una importante franja de terreno valioso.

Aunque Adad-nirari I construyó un palacio en Taide[2] (véase *supra*, p. 394 y Grayson, 1972/1976, I, §§ 398-400), el dominio asirio sobre la Alta Mesopotamia no llegó a afirmarse definitivamente hasta el reinado de Salmanasar I (1274-1245 [1263-1234]), cuando el rey vasallo de Mitanni fue reemplazado por un funcionario palaciego asirio, el *sukkallu rabû* ('gran visir'), que recibió el título de «rey de Hanigalbat». Este hecho vino acompañado de una reestructuración administrativa, con el establecimiento de gobernadores asirios (*šaknu*) en una serie de mansiones fortificadas diseminadas por varias ciudades de la Alta Mesopotamia, al mando de varios distritos. Una de esas fortalezas (con muros de adobe de 2,5 m de espesor) ha sido excavada recientemente en Tell Sabi Abyad, en el alto valle del Balikh (Akkermans y Rossmeisl, 1990); han sido localizadas otras en Tell Fekheriye y Tell Sheikh Hamad (la antigua Dur-Katlimmu), a orillas del Khabur (Kühne, 1990). Parte de la población conquistada fue asentada de nuevo para que pusiera en explotación nuevas tierras hasta entonces improductivas, ampliándose así la base económica del estado. Resulta difícil de determinar el grado de densidad de los colonos asirios establecidos en la zona: casi la mitad de la onomástica de los archivos medio-asirios de Tell Fekheriye y «Amuda» (yacimientos situados cerca de la cabecera del Khabur) son asirios, pero este hecho podría reflejar sencillamente la concentración de asirios en la capital de la provincia. Las tablillas (hasta ahora sólo dos, que se sepa, véase Jas, 1990)[3] de Tell Sabi Abyad, en las que aparecen computados tanto hombres como mujeres, muestran un panorama bien distinto: la mitad de los nombres son hurritas, sólo ocho son asirios y uno posiblemente babilónico; pero, por lo demás, datan de una época no muy alejada de la reorganización de Salmanasar I. Durante los cien años siguientes más o menos, los asirios siguieron dominando la región: su política de colonización y deportación y la densidad de la red administrativa dieron lugar a un alto grado de asimilación cultural. Salmanasar I realizó una sola ganancia territorial, pequeña, pero significativa, cuando logró conquistar el estado de Nihriya, en el alto Éufrates, entre el reino de Hatti y el de Asiria, derrotando de paso definitivamente al ejército hitita. La victoria fue anunciada inmediatamente por carta a los estados clientes del norte de Siria (Lackenbacher, 1982).

El reinado de Tukulti-Ninurta I (1244-1208 [1233-1197])

Si los recelos hititas del poderío de Asiria necesitaban confirmación, la tuvieron durante el reinado de un gran monarca guerrero, Tukulti-Ninurta I, que reforzó la frontera del Éufrates con guarniciones asirias y libró una batalla en el noroeste en Pafos, controlada por los hititas, en el transcurso de la cual se jactaba de haber hecho 28.000 prisioneros. Los testimonios hititas

acerca de esta época demuestran que se produjo una gran movilización militar y que se intentó evitar que los estados del norte de Siria dominados por Hatti mantuvieran relaciones comerciales con los asirios. Otra empresa, menos espectacular, realizada por Tukulti-Ninurta I fue su amplia campaña en las regiones montañosas del norte y del este, destinada en parte a garantizar la seguridad frente a los belicosos pueblos pastores de la zona, en parte a la obtención de materias primas tales como el cobre (procedente del norte), y en parte también destinada a obligar a los pequeños estados de los valles del este a satisfacer las necesidades asirias de productos tales como el lapislázuli, el estaño o los caballos. Los pequeños centros comerciales del este dependían para su estabilidad del mantenimiento de los lazos económicos con los estados más grandes, que proporcionaban a los consumidores las materias a las que tenían acceso a través de sus redes comerciales establecidas en oriente. Pero Asiria no era el único estado que tenía esas necesidades; Babilonia y Elam eran serios competidores de los asirios en su afán por controlar este comercio tan importante. Aunque era físicamente imposible imponer el dominio asirio sobre la región, dada la naturaleza del terreno y de los asentamientos, el control por parte de Tukulti-Ninurta de las estribaciones de los montes y los puntos de llegada de algunas rutas comerciales de interés no supuso un éxito menor, ni mucho menos.

Pero los principales logros de Tukulti-Ninurta se produjeron en el sur. Durante casi dos siglos Asiria había venido intentando fijar una frontera ventajosa y defenderse de los abusos de Babilonia. Adad-nirari I había realizado algunos progresos, llegándose a firmar un pacto asiro-babilónico que no se rompió hasta el reinado de Tukulti-Ninurta. En ese momento parece que Kashtiliash IV aprovechó las dificultades que el soberano asirio tenía en el norte y en el este, y se internó en sus territorios, capturando algunas plazas en la ribera oriental del Tigris y en la cuenca media del Éufrates, zonas que llevaban casi cincuenta años formando parte de Asiria. El resultado de todo ello fue el choque frontal de ambas potencias. Las noticias de este hecho sólo se han conservado de forma fragmentaria en la *Historia sincrónica* y en la *Crónica P*, por lo cual no podemos sacar de ellas muchas conclusiones. La información más completa nos la proporcionan las inscripciones del propio Tukulti-Ninurta I, y lo que está fuera de duda es que el triunfo se decantó del lado de los asirios. La victoria final de Tukulti-Ninurta sobre Babilonia fue cantada en una extensa epopeya (de por lo menos 700 versos) (véase Machinist, 1976), que conmemoraba el hecho en tono pomposo, calificándolo de un triunfo importantísimo para Asiria:

> Glorioso es su poder, abr[asa] a los [ir]reverentes por delante y por detrás; deslumbrante es su ímpetu, quema a los desobedientes a izquierda y derecha; temible es su esplendor, eclipsa a todos sus enemigos.
> Él ... que ... los extremos de los cuatro vientos, todos los reyes sin excepción viven en el temor de él.
>
> (Liber Lambert, *AfO*, 18 [1957-1958], pp. 48-49.)

El poema fue leído y copiado en Asiria durante siglos. A finales del reinado de Tukulti-Ninurta, el poderío asirio se extendía desde el Éufrates hasta el noreste de Siria y la zona meridional de Irak.

Un texto publicado recientemente (Walker, 1982) y un nuevo análisis de la totalidad de los textos relativos a la conquista de Babilonia por Tukulti-Ninurta (Mayer, 1988) nos permiten hacernos una idea más clara del curso de los acontecimientos. Tras ser derrotado en el campo de batalla, el soberano babilonio fue llevado a Assur cargado de cadenas y Tukulti-Ninurta adoptó los títulos reales babilónicos. Pero el dominio directo de Babilonia por Asiria fue breve; a continuación fueron nombrados una serie de reyes títeres encargados de gobernar la zona norte (al menos) del estado babilónico en nombre de sus nuevos señores. Habitualmente se ha venido pensando que el período de dominación asiria de Babilonia duró siete años, pero ahora se sabe con seguridad que fueron treinta y dos. Curiosamente fue durante esta época cuando los elamitas realizaron su primer intento por afirmar su dominio de la zona situada al este del Tigris: la eliminación de Babilonia por los asirios supuso que Elam se viera en peligro de quedar relegada y de no poder sacar provecho de las ricas rutas comerciales transiranias que desembocaban al norte de Babilonia. La dominación asiria de esta región llegó a su fin debido al éxito que finalmente coronó los intentos de un monarca babilonio que se había establecido en el extremo sur del reino, Adad-shuma-usur (1216-1187). Éste logró derrotar y capturar en el campo de batalla al nuevo rey de Asiria, Enlil-kudurri-usur (1197-1193 [1187-1183]). Se desencadenó entonces en Asiria una crisis, durante la cual logró apoderarse del trono un nuevo soberano, que no estaba en la línea directa de sucesión (Ninurta-apil-Ekur: 1192-1180 [1182-1180]). El triunfo de Adad-shum-usur sobre los asirios y su liberación de Babilonia fueron celebrados a su vez en otro poema épico (Grayson, 1975, pp. 56-77), que destaca la magnitud de su hazaña.

Se ha supuesto que, en el curso de la guerra contra Babilonia, Tukulti-Ninurta I se llevó de esta ciudad la estatua de culto de Marduk, como harían más tarde los elamitas (*véase el capítulo 7, apartado 3*). Pero es posible que esta anécdota sea una invención babilónica de época muy posterior (siglo VII). Los textos contemporáneos de Tukulti-Ninurta I o más o menos próximos a su época no mencionan el robo de la imagen divina (hecho considerado siempre por los babilonios como un desastre espantoso); sólo un documento tardío alude a su devolución en una época que haría imposible su robo por los elamitas: y el expolio sacrílego de éstos está bien atestiguado (Mayer, 1988; véase el capítulo 7, apartado 4). *Hay una cosa* que, según dice la epopeya, se llevó Tukulti-Ninurta a Asiria aparte de un gran número de prisioneros y de un rico botín, a saber, varias colecciones de tablillas babilónicas. Curiosamente es justo por esta época cuando podemos apreciar en diversos textos asirios una fortísima influencia literaria babilónica. Un ejemplo de ese influjo nos lo muestra una soberbia oración de Tukulti-Ninurta, escrita en acadio y un hermoso sumerio literario (véase, asimismo, Lambert, 1976); otro lo tendríamos en el babilónico literario utilizado en la epopeya de Tukulti-Ni-

Liber

nurta. La cultura babilónica era más antigua y más refinada, mientras que Asiria quizá fuera considerada —y probablemente lo fuera de hecho— como un mero centro provincial. Pero tras la conquista de Babilonia por Tukulti-Ninurta cambió la situación, y el refinamiento cultural babilónico fue aprovechado para realzar y elaborar en un lenguaje literario muy rebuscado la imagen del soberano asirio.

La fundación de una nueva ciudad real (0,6 km^2) por parte de Tukulti-Ninurta se relaciona con la introducción de estas novedades en la ideología monárquica asiria. La ciudad fue establecida a orillas del Tigris, enfrente de Assur, a sólo 3 km de la capital asiria, en un terreno virgen. En su interior había palacios y templos decorados con planchas de cerámica vidriada de brillantes colores; la provisión de agua se realizaba a través de un nuevo canal y evidentemente se suponía que debía contar también con casas normales y corrientes (*RLA*, 5, pp. 456-458). Es muy significativo que recibiera el nombre de Kar-Tukulti-Ninurta («el puerto de Tukulti-Ninurta»), en honor del soberano. La fundación real es conmemorada en una serie de inscripciones sobre tablillas de alabastro (descubiertas en Assur y en la propia Kar-Tukulti-Ninurta):

> En aquel tiempo el dios Assur, mi señor, me pidió un centro de culto en la orilla opuesta a mi ciudad, objeto (?) del deseo de los dioses, y me ordenó que construyera su santuario. Por mandato del dios Assur, el dios que me ama, edifiqué ante mi ciudad de Assur una ciudad para el dios Assur en la orilla opuesta, junto al Tigris, sobre terrenos y prados no cultivados, en los que no había casas ni residencias, donde no se habían acumulado escombros ni materiales de derribo, ni se había puesto nunca un ladrillo. La llamé Kar-Tukulti-Ninurta. La corté como una cuerda en medio del terreno rocoso, abrí un camino entre las escarpadas montañas con escoplos de piedra, abrí una senda para que pasara una corriente capaz de sustentar la vida sobre la tierra (y) de asegurar la abundancia, y convertí los campos de mi ciudad en terrenos de regadío. Dispuse que se realizaran regularmente ofrendas al dios Assur y a los principales dioses, mis señores, a perpetuidad, con los productos del agua del canal.
>
> En aquel tiempo construí en mi ciudad, Kar-Tukulti-Ninurta, el centro de culto edificado por mí, un templo sacro, un santuario terrible para morada del dios Assur, mi señor. Lo llamé Ekurmesharra. En su interior levanté un gran zigurat como asiento de culto del dios Assur, mi señor, y deposité mis estelas (Weidner, 1959, n.° 16; Grayson, 1972/1976, I, LXXVIII, 16; Grayson, 1987, A.O.78.23).

El nombre de la ciudad y la inscripción subrayan el papel personal desempeñado por el rey en la construcción de la ciudad, en la que se emplearon los recursos del imperio, el botín y la mano de obra de los deportados en el curso de sus numerosas guerras. Parece, sin embargo, que no sobrevivió mucho tiempo como capital asiria.

Precisamente quizá fuera debido al éxito sobresaliente alcanzado por Tukulti-Ninurta a la hora de consolidar las conquistas asirias y de añadir a los

Liber

dominios de su país el rico premio de Babilonia, por lo que se desencadenó la lucha por la sucesión a tan poderoso puesto. Así lo demuestra en primer lugar el hecho de que Tukulti-Ninurta fuera asesinado por uno de sus hijos y, en segundo lugar, que después de él ocuparan el trono tres soberanos distintos, dos de ellos hijos suyos, en rápida sucesión, circunstancia que nos habla de la violenta rivalidad existente entre los diversos pretendientes al trono (la cronología es bastante confusa en este punto). No obstante, el imperio asirio no sucumbió inmediatamente. Es posible que algunas de las grandes conquistas obtenidas en la Alta Mesopotamia por los reyes asirios del siglo XIII fueran perdiéndose gradualmente, aparte de que se suscitaron serios problemas, entre ellos la pérdida de Babilonia quince años después de la muerte de Tukulti-Ninurta I (según la cronología convencional), que exacerbaron los conflictos dinásticos. Pero no tenemos ninguna seguridad respecto a las consecuencias precisas que tuvieron esas pérdidas, ni tampoco sabemos en qué medida se vio mermado el territorio del imperio. Cuando Tiglath-pileser I accedió al trono casi un siglo más tarde, afirmaba todavía dominar buena parte de la Alta Mesopotamia.

Tiglath-pileser I (1114-1076)

La situación política durante el período inmediatamente anterior al reinado de Tiglath-pileser I es bastante confusa. Una inscripción fundacional procedente del templo de Ishtar en Nínive demuestra que Ashur-resha-ishi (1132-1115), que se califica a sí mismo de «vengador de Asiria», realizó campañas triunfales al estilo de los grandes soberanos del siglo XIII contra los arameos, pueblo de pastores cada vez más levantisco, y posiblemente también contra algunos pueblos que habitaban en la zona de los Zagros. Una señal de su éxito la tendríamos, por lo demás, en el hecho de que llegó a fundar un nuevo centro real en Apku (la actual Abu Maryam), al noroeste de Mosul.

Con respecto a Tiglath-pileser I las fuentes son bastante abundantes para la primera parte de su reinado, y la cronología de los acontecimientos ocurridos en él puede fijarse con bastante facilidad debido a una importante novedad introducida en esta época, que afecta a las inscripciones reales asirias. Anteriormente los textos epigráficos de los soberanos asirios incluían referencias a algunas de sus hazañas militares junto con la conmemoración de las construcciones reales y una larga lista de títulos que venían a celebrar sus proezas. Pero no seguían un orden secuencial, limitándose a presentar un panorama general. Con Tiglath-pileser las campañas se presentan por primera vez en orden cronológico junto con las noticias de su labor constructiva. Este método se convirtió en la forma habitual de conmemorar las gestas de los soberanos asirios hasta el final del imperio neoasirio, es decir, durante los quinientos años siguientes. Este tipo de inscripciones reales constituyen los famosos «anales asirios». Por lo general comienzan con una larga serie de títulos y epítetos reales, que presentan la posición del soberano en relación con

Liber

los dioses asirios y sus súbditos; a continuación viene el relato de su primera campaña, seguido (en el caso de Tiglath-pileser) de un estribillo poético de alabanza antes de que comience la relación de su segunda campaña. La inscripción finaliza con la mención de su colección de plantas exóticas, de sus cacerías en la Alta Mesopotamia y, por último, de los detalles del edificio real que el documento pretendía celebrar y en el que debía ser depositada. El siguiente extracto de los anales de Tiglath-pileser nos ayudará a hacernos una idea de cuál era su estilo:

> En total conquisté 42 países y capturé a sus soberanos desde el otro lado del Bajo Zab, en las lejanas regiones de las montañas, hasta el otro lado del Éufrates, los hititas y el Mar Alto de occidente, desde mi ascensión al trono hasta el quinto año de mi reinado. Los sometí a una sola autoridad, los obligué a entregarme rehenes y a pagarme tributos e impuestos. (Esto) aparte de las numerosas campañas en el extranjero que no aparecen en la (relación de) mis victorias (y) durante las cuales perseguí a mis enemigos en carro, cuando el terreno era favorable, y a pie, cuando era escabroso. Impedí a los enemigos hollar mis tierras.
>
> Tiglath-pileser, el valiente, armado del arco sin rival, experto en cacerías: Los dioses Ninurta y Palil me dieron sus fieras armas y su excelso arco para que los usaran mis soberanos brazos. Por orden del dios Ninurta, que me ama, maté cuatro toros salvajes, extraordinariamente fuertes, en el desierto, en el país de Mitanni y en la ciudad de Araziqu, que está sitiada frente al país de Hatti; (los maté) con mis fuertes puntas de flecha de hierro y mis agudas saetas. Y me llevé sus pieles y sus cuernos a mi ciudad de Assur.
>
> Maté diez fortísimos machos de elefante en el país de Harrán y en la región del río Khabur (y) capturé cuatro elefantes vivos. Me llevé sus pieles y sus colmillos junto con los elefantes vivos a mi ciudad de Assur.
>
> Por orden del dios Ninurta, que me ama, maté a pie 120 leones con mi acometida impetuosa y feroz. Además derribé otros 800 leones desde lo alto de mi carro ligero. He abatido toda clase de fieras y de aves aladas de los cielos cada vez que disparaba una flecha.
>
> Cuando me hice con el dominio absoluto de los enemigos del dios Assur, reconstruí (y) acabé el templo ya arruinado de la Ishtar asiria, mi señora, el templo del dios Amurru, el templo del dios Bel-labira, el templo de los Diez Dioses, los templos de los dioses de mi ciudad de Assur. Dispuse las entradas de sus templos (y) metí en su interior a los grandes dioses, mis señores. Fui del agrado de su gran divinidad. Reconstruí y acabé los palacios, las residencias reales de los grandes centros de culto en las comarcas de mi país que desde los tiempos de mis antepasados, durante los años difíciles, habían sido abandonados y estaban hechos una ruina y en completa decadencia. Reparé las fortificaciones ya debilitadas de mi país. Hice que los arados fueran levantados por toda Asiria y (de ese modo) conseguí acumular más grano que mis antepasados. Formé manadas de caballos, bueyes (y) asnos con el botín que gané cuando me hice con el dominio de otros países gracias a la ayuda del dios Assur, mi señor. Además logré dominar manadas enteras de ciervos *nayalu*, ciervos *ayalu*, gacelas e íbices, que los dioses Assur y Ninurta, los dioses que me aman, me habían regalado en el curso de mis cacerías en las altas sierras. Los

Liber

conté como si fueran rebaños de ovejas. Sacrifiqué anualmente al dios Assur, mi señor, a sus crías, como ofrendas voluntarias, junto con mis sacrificios sin tacha.

Cogí cedros, arbustos de boj y robles de Kanish en los países de los que me había apoderado —árboles así no los había plantado nunca ninguno de los reyes anteriores, mis antepasados— y (los) planté en los huertos de mi país. Cogí frutos hortícolas raros que no se encuentran en mi país (y con ellos) llené los huertos de Asiria.

Conseguí para las tropas de mi país más carros y yuntas de caballos de los que había habido nunca. Añadí a Asiria más terreno y a su población añadí más población. Traje el contento para mi pueblo (y) le proporcioné una morada segura.

Tiglath-pileser, príncipe excelso, el único al que los dioses Assur y Ninurta han guiado continuamente doquiera se le antojara (ir), y que persiguió a todos los enemigos del dios Assur y abatió a todos los rebeldes... (etc., etc.) (L. W. King, *Annals of the Kings of Assyria* [1902], pp. 27-108; Grayson, 1972/1976, II, LXXXVII, 1; Grayson, 1991, A.O.87.1).

Los anales pasan revista a todas las cualidades consideradas esenciales en los reyes asirios y nos ofrecen un panorama sin igual de lo que era la imaginería monárquica y la ideología imperial. El rey es piadoso y cuenta con la bendición de los dioses, defiende a su pueblo, castiga a los que amenazan a su país y, por consiguiente, protege las disposiciones tomadas por los dioses. Es fuerte e infatigable en sus hazañas guerreras, cuyos frutos son utilizados para mejorar la vida de Asiria, de modo que el soberano es el dispensador de prosperidad, bienestar y estabilidad. Sus extraordinarias proezas en la caza son la manifestación de su fuerza, concedida por los dioses, gracias a la cual el país se ve libre de los animales salvajes que amenazan la vida del pueblo y de los ganados. Los enemigos de Asiria y los animales salvajes representan el caos que acecha en todo momento a la ordenada sociedad asiria, dispuesto a devorarla y destruirla.

Gracias a los anales y otras inscripciones, podemos seguir el rastro de las numerosas campañas de Tiglath-pileser I, sobre todo el de sus famosas expediciones a las montañas situadas directamente al norte de Asiria. La culminación de una de esas campañas fue conmemorada con una inscripción grabada en la roca, al norte del lago Van, en la cuenca alta del Éufrates. Lo mismo que las campañas de Tukulti-Ninurta en las montañas del norte y del este, la expedición de Tiglath-pileser tenía por objeto poner coto a las incursiones en las tierras bajas y garantizar el control de las rutas a través de las cuales llegaban a Asiria productos tan esenciales como el cobre, el hierro, cada vez más importantes, los caballos y la madera. Tiglath-pileser I emprendió además un viaje de prestigio hasta el litoral mediterráneo y, pese al tono militarista del relato, fue agasajado por los pequeños estados de la zona durante el camino y al llegar a la costa. Sus artesanías especializadas (tallas de madera y marfil, labores de metalurgia fina y productos textiles) y su experiencia comercial dependían de la existencia de un mercado de consumi-

Liber

dores a gran escala, como el que representaba en aquellos momentos el estado asirio, gracias al cual podían mantener el *statu quo*:

> Marché hasta el monte Líbano. Talé (y) transporté troncos de cedro para el templo de los dioses Anu y Adad, los grandes dioses, mis señores. Proseguí hasta el país de Amurru (y) conquisté todo el país de Amurru. Recibí tributo de los países de Biblos, Sidón y Arvad. Monté en barcos de la ciudad de Arvad, del país de Amurru, y viajé con buena fortuna una distancia de tres horas dobles desde la ciudad de Arvad, situada en una isla, hasta la ciudad de Samuru, que está en el país de Amurru. En el mar maté un *nāhiru*, al que llaman caballo de mar (V. Scheil, *Recueil des travaux*, 22 [1900], p. 157; *ARAB*, I, §§ 299-303; *ANET*, pp. 274-275; Grayson, 1972/1976, II, LXXXVII, 3; Grayson, *1991*, *A.O.87.3*).

Otro texto que alude a esta expedición añade que durante este mismo viaje Tiglath-pileser fue obsequiado con un cocodrilo y una hembra de mono, posiblemente regalo de Egipto. El mismo documento describe asimismo la escultura en basalto del *nāhiru* y su erección, junto con la efigie de otro animal exótico, a uno y otro lado de la entrada principal del nuevo palacio real de Assur.

En un campo, sin embargo, Tiglath-pileser no fue tan afortunado. Se trata de la frontera sur, donde libró una desdichada batalla contra Nabucodonosor I (1126-1105). En un momento determinado los babilonios lograron incluso conquistar la ciudad de Ekallate, cerca de Assur, y pasó bastante tiempo antes de que Tiglath-pileser pudiera expulsar a sus ocupantes y vengarse apoderándose de la zona septentrional del reino de Babilonia, incluidos centros tan importantes como la propia Babilonia, Opis y Dur Kurigalzu (reinado de Marduk-nadin-ahhe: 1098-1081).

Tiglath-pileser sufrió un revés más grave, aunque poco duradero, en su propio país, pues, pese a las frecuentes campañas contra los invasores arameos de las estepas de Siria, de las que tanto se jacta en sus anales, no pudo impedir que durante algún tiempo el corazón de Asiria fuera víctima de las incursiones arameas, que provocaron hambrunas y gran confusión. Las comunicaciones quedaron interrumpidas y los invasores penetraron hasta las aldeas asirias; la población rural se refugió en las montañas al este de Arbelas; los campos fueron arrasados; las cáfilas arameas avanzaron sobre Nínive y el propio Tiglath-pileser se vio obligado a retirarse a las montañas al norte de Mosul (Tadmor, 1958, pp. 133-134).

Al igual que la Babilonia de la época (véase el capítulo 7, apartado 4), Asiria hubo de enfrentarse a serios problemas provocados por las incursiones arameas. No sabemos si Tiglath-pileser logró o no salir airoso de sus intentos de frenar esta amenaza, pero pocos años más tarde Ashur-bel-kala (1073-1056) se vio una vez más en condiciones de emprender una expedición a las montañas del norte, de firmar un tratado con Babilonia, y de acomodar los asuntos de este país en interés de Asiria; el compromiso fue sellado por su

Liber

casamiento con la hija del soberano babilonio, Adad-apla-iddina (1069-1048), nombrado por él mismo. Logró también repeler a los arameos en las fronteras de Asiria, aunque algunos grupos siguieron organizando razzias en territorio asirio. Si el obsequio de un cocodrilo, una mona y una «bestia del río» (¿un búfalo acuático?) por parte del faraón de Egipto constituye un indicio de la posición ocupada por Asiria en la política internacional, demostraría que seguía siendo tan respetada en todo el mundo como en tiempos de Tiglath-pileser I.

Pero la aparente normalidad de las inscripciones reales no debería ofuscarnos e impedirnos ver las dificultades internas a las que veladamente aluden. Los arameos constituían en este momento una presencia constante y amenazadora dentro del imperio: pocas fueron las campañas de Ashur-belkala dirigidas contra otros pueblos. Tras el reinado de Ashur-nasir-pal I (1049-1031), si no antes, casi todo el territorio de la Alta Mesopotamia se perdió definitivamente. Asiria había quedado reducida a los alrededores inmediatos de Assur, Nínive, Arbelas y Kilizi, territorio no precisamente despreciable, a decir verdad, pero pequeñísimo en comparación con las dimensiones del gran reino de épocas anteriores. Ciertos testimonios dispersos, pero no por ello menos importantes, indican que algunos gobernadores asirios continuaron manteniendo las cosas atadas y bien atadas en sus centros administrativos, al menos por algún tiempo. Por desgracia, sin embargo, durante más de un siglo a partir más o menos del año 1050 (lo mismo que en Babilonia) la documentación es escasísima, de modo que los detalles de la situación se nos escapan.

La sociedad del período medioasirio

Durante el período medioasirio se produjeron una serie de cambios y desarrollos fundamentales que transformaron la sociedad de Asiria, la cual dejó de ser la ciudad-estado comercial limitada a los confines de Assur, propia del período paleoasirio (véase el capítulo 2, apartado 2). La más importante de esas novedades fue el hecho de que Ashur-uballit estableciera un dominio permanente sobre la totalidad del norte de Irak; además incorporó al estado las principales ciudades de la región y una importante porción de territorio por el norte y por el este, que Asiria no dejaría de controlar nunca más, ni siquiera en los días más aciagos de las incursiones arameas (véase, en el segundo volumen, el capítulo 8, apartado 2).

Un elemento fundamental dentro del sistema político era el rey, que encargaba magníficos y costosos artículos, producidos para su uso en la corte y en los templos, disponiendo además de inmensos recursos, materiales y humanos, que eran utilizados para crear nuevos sistemas de regadío, desarrollar la agricultura y construir edificios impresionantes. Los capítulos más importantes de las numerosas actividades constructivas de los soberanos fueron la creación de nuevos centros administrativos a lo largo de toda la Alta Meso-

Liber

potamia, la renovación de ciudades como Nínive, y la fundación de nuevas ciudades reales, como por ejemplo Kar-Tukulti-Ninurta o Apku. Puede que también Salmanasar I (1274-1245 [1263-1234]) fundara Kalhu (la actual Nimrud), aunque no es seguro del todo: en las excavaciones han aparecido algunos materiales del siglo XVIII (*RLA*, 5, p. 320), y la única alusión de época posterior (Ashur-nasir-pal II, pp. 883-859) que relaciona a Kalhu con el gran soberano del siglo XIII no atribuye a éste de un modo inequívoco su fundación (Grayson, 1972/1976, II, § 591).

La sociedad asiria estaba formada por campesinos, esclavos (aunque no sabemos qué proporción de la sociedad correspondía a cada una de estas clases) y una poderosa aristocracia, de la que procedían los principales funcionarios y comandantes del ejército. El sistema de datación de los años típico de Asiria por el nombre del funcionario epónimo, el *limmu*, escogido entre un grupo restringido de familias poderosas, demuestra la influencia política de la que gozaba la nobleza asiria. La importancia del cargo de *limmu* se ve ilustrada por las filas de estelas erigidas en Assur, cada una de las cuales lleva simplemente el nombre del funcionario en cuestión. Por desgracia sigue siendo dudoso el significado exacto de las estelas de los *limmu* (Canby, 1976; Miglus, 1984), pero en cualquier caso nos recuerdan la fuerza constante de la que gozó siempre en la política asiria este grupo aristocrático: eran ellos sobre todo los que se beneficiaban más directamente de las conquistas reales y es posible incluso que a sus familias pertenecieran las esposas de algunos reyes (si es que podemos aplicar a tiempos pretéritos los testimonios de épocas posteriores). La población en general estaba obligada a realizar para el rey una serie de servicios que adoptaban la forma de impuestos (pagados en cabezas de ganado, y cantidades de grano y plata) y de prestaciones personales (como mano de obra en las construcciones públicas y como soldados en el ejército).

La colección de leyes medioasirias nos proporcionan el mejor método de conocimiento de la sociedad asiria del que disponemos (Driver y Miles, 1935; *ANET*, pp. 180-186; Cardascia, 1969; *TUAT*, I, 80-91). En ellas aparece reflejada una sociedad estrictamente patriarcal, en la que la mujer se encuentra totalmente bajo el dominio del marido, el padre o el suegro, infligiéndose brutales castigos a los transgresores de la norma (Saporetti, 1979). Algunos de los durísimos y humillantes castigos tienen por objeto regular las relaciones entre las distintas familias y en el seno de cada una en particular: no todos respondían a penas previstas por la ley que el estado ejecutaba realmente, sino que eran simples intentos de determinar qué resarcimientos eran lícitos en la esfera privada. Un apartado de la ley, por ejemplo, dejaba abierta al marido la posibilidad de no castigar a la esposa adúltera ni a su amante si así lo deseaba; por otra parte, si prefería castigarlos, podía matarlos a los dos o bien cortar la nariz de su esposa y castrar al amante y mutilarle el rostro. Aparte de estos castigos tan horribles, las leyes revelan de manera incidental muchos detalles sobre lo que era la cotidianidad y el entramado de la sociedad asiria: nos permiten ver, por ejemplo, cómo se celebraban las bodas; que un indi-

Liber

viduo podía tener una esposa principal, otra secundaria e incluso una concubina; que, aunque las mujeres de alto rango vivían hasta cierto punto recluidas, podían andar por las calles y salir de compras, eso sí, cubiertas con un velo. Las leyes hacen alusión a menudo a rumores, lo que nos habla de una sociedad en la que las habladurías se encargaban de propalar los escándalos relacionados con los malos comportamientos sexuales y con la mujer. Las fiestas, que se celebraban con frecuencia, daban ocasión a que la muchedumbre del pueblo se congregara: precisamente era entonces cuando las jóvenes corrían mayor riesgo de perder la virginidad. Las tabernas públicas, donde los hombres se reunían y se enteraban de las últimas noticias, constituían parte integrante de la vida cotidiana, lo mismo que los dueños de burdeles y las prostitutas. Muchas mujeres permanecían encerradas en su casa durante años esperando que sus maridos regresaran de las campañas militares, de las misiones encargadas por el rey o de sus viajes comerciales. El aborto constituía un delito gravísimo; entre los vecinos eran habituales las sospechas de haberse causado desgracias unos a otros por arte de hechicería; el asesinato daba a la familia de la víctima la posibilidad de exigir en venganza la sangre del culpable. En algunos casos, la culpa sólo podía probarse sometiendo al acusado a la ordalía del río (véase el capítulo 2, apartado 4) u obligándolo a prestar un juramento por una estatua o símbolo divino (véase el capítulo 2, apartado 5). Si las familias de una aldea o de una población pequeña no lograban dirimir sus diferencias entre ellas, podían recurrir a un colegio de ancianos o al alcalde para solucionarlas; si el recurso fallaba o si así lo preferían los interesados, podían acudir a la puerta del palacio real y solicitar una sentencia del propio soberano o de sus jueces.

En su calidad de juez supremo, el monarca regulaba además estrictamente mediante edictos el protocolo y la etiqueta que debían regir en su palacio. Una colección de edictos cortesanos medioasirios, promulgados por diversos soberanos desde Ashur-uballit hasta Tiglath-pileser I, nos permiten ver hasta cierto punto cómo era la vida cortesana (Weidner, 1956). Por desgracia muchos de esos edictos son demasiado fragmentarios para poder entenderlos bien, aunque los que están mejor conservados demuestran que a través de ellos podría reconstruirse una imagen bastante justa de la compleja estructura de la corte. Dos ejemplos prácticamente completos nos ilustran acerca de su contenido y su tono:

> 1. Tiglath-pileser, rey del universo, rey de Asiria, hijo de Ashur-reshaishi, también rey de Asiria, ordena al oficial del palacio de la Ciudad Interior, al heraldo de palacio, al oficial del *zarīqu* del camino (función desconocida), al médico del harén, y al que está al cargo de los palacios de todo el resto del país:
>
> «Cualquier cortesano real (en potencia) o cualquier (posible) servidor del personal de palacio que desee entrar en palacio, no entrará en palacio sin previo examen. Si (alguno) no es idóneo (?), se le asignará una segunda oportunidad de preparación (?) como cortesano. Si el oficial del palacio de la Ciudad Interior, el heraldo de palacio, el oficial del *zarīqu* del camino, el médico del

Liber

harén, y el que está al cargo de los palacios de todo el resto del país permite a algún cortesano que no sea idóneo (?) entrar en palacio (y) después se descubre, se cortará un pie a cada uno de estos funcionarios».

2. Tiglath-pileser, rey del universo, rey de Asiria, hijo de Ashur-resha-ishi, también rey de Asiria, ordena a los hombres, los cortesanos:

«Si una mujer de palacio canta o riñe con otra de su misma condición, y cualquiera de los "eunucos" reales (traducción discutida), de los cortesanos o servidores se queda escuchando, dénsele cien golpes; y que le corten una oreja.

»Si alguna mujer de palacio provoca a un cortesano con las caderas desnudas, sin llevar una enagua que las cubra, diciendo: ["..."] te lo enviaré"; (si) el individuo se vuelve (y) habla con ella, dénsele cien golpes. El que lo descubra, quítele (es decir, al culpable) el manto, mientras que el individuo (culpable) llevará ceñido el *sāgu* (probablemente quiere decir que será destituido de su cargo y degradado).

»Si un cortesano quiere hablar con alguna mujer de palacio, no se acerque a ella más de siete pasos (?). Si alguien viola este precepto y el encargado del palacio se entera del caso y no castiga al culpable, el encargado del palacio será quien reciba el castigo. Si los oficiales del encargado del palacio no vigilan los recintos del palacio y no le informan de las faltas cometidas, (y) después el rey se entera de alguna falta, el encargado del palacio será responsable de todas las faltas.

»Si el *zarīqu* tiene que realizar alguna tarea en el interior del palacio y las mujeres de palacio (salen) a la puerta de sus aposentos, infórmese a[l encargado del palacio], para que las retire de la entrada de (sus) aposentos» (Weidner, 1956; Grayson, 1972/1976, II, §§ 185-192).

En palacio la palabra del soberano era la ley, del mismo modo que era el tribunal superior para sus súbditos más humildes. El rey desempeñaba además un papel crucial en los cultos del estado, pues se creía que era el responsable último del bienestar del país debido a la relación especial y superior que mantenía con los dioses, que le comunicaban su voluntad y a los cuales, a su vez, comunicaba él las necesidades del país por medio de la oración. La subordinación del soberano respecto a los dioses, y especialmente al dios nacional, Assur, se ve reflejada curiosamente en el texto de la ceremonia de la coronación que se nos ha conservado (Müller, 1937), y que data también del período medioasirio. Las insignias reales eran confiadas al soberano en el templo de Assur de la ciudad de Assur por los dioses, que iban dándole órdenes específicas uno a uno, como por ejemplo: «Con esta maza extiende las fronteras del país». Después era llevado por las calles de la ciudad al grito de «¡El dios Assur es el rey! ¡*X* (el nuevo rey) es su vicario!». Nada ilustra con más claridad que este documento la ideología fundamental que consideraba al soberano como el servidor humano del divino amo del país. A continuación, los funcionarios del país dimitían de sus cargos, reconociendo así formalmente su dependencia de la voluntad del rey. Asiria ya no era la pequeña ciudad-estado en la que el poder del monarca se veía contrarrestado por el de las grandes familias de Assur.

Liber

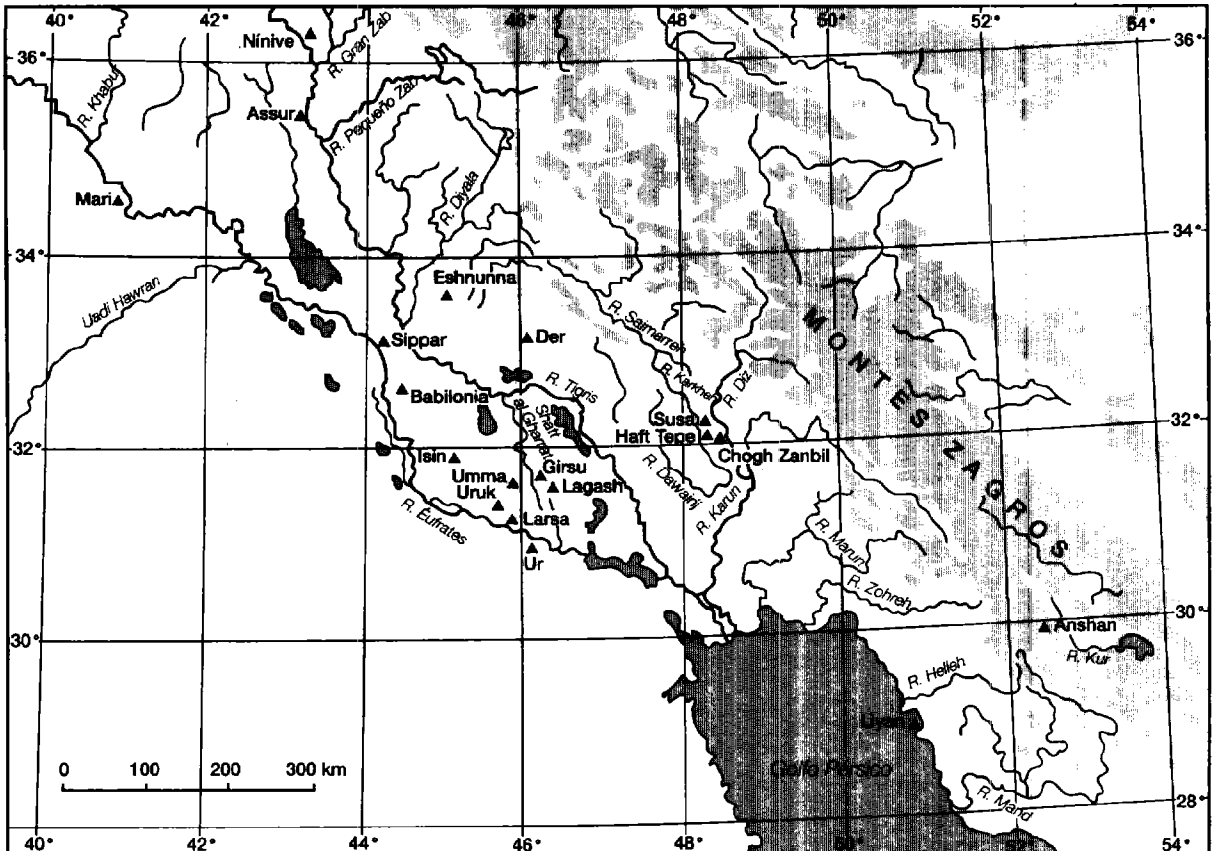
3. ELAM: EL PERÍODO CLÁSICO (*c.* 1450-*c.* 1100)

Definición y fuentes

«Elam» es el nombre utilizado por los especialistas modernos para designar la zona correspondiente al Khuzestán de hoy día (al suroeste de Irán), con capital en Susa, y llamada por los autores griegos, como por ejemplo Estrabón, «Elimaide». Pero hasta aproximadamente finales del siglo VIII el país de Elam incluía también por el este —cosa que no se ha sabido hasta hace relativamente poco— buena parte de la actual provincia de Fars (véase el mapa 10), si bien no conocemos con exactitud cuál era toda su extensión. La historia, la cultura y la lengua de Elam todavía son muy oscuras, aunque gracias a los testimonios escritos procedentes de Mesopotamia y a los descubrimientos arqueológicos, sabemos que era una entidad política poderosa, caracterizada por una cultura propia. Las investigaciones realizadas durante los últimos veinte o treinta años han contribuido en buena medida a aclarar numerosos aspectos de la historia de Elam, aunque son todavía muchos los detalles que nos resultan enigmáticos.

El elamita fue identificado como una lengua claramente definida cuando entre los años treinta y cuarenta del pasado siglo Henry Rawlinson logró hacerse con algunos fragmentos de la gran inscripción tallada en la roca por Darío I de Persia (521-486) en Behistun (véase, en el segundo volumen, el capítulo 13), en la ruta que desde el noreste de Babilonia se dirigía a Ecbatana (la actual Hamadan). El texto resultó que era trilingüe: una parte estaba escrita en antiguo persa, otra en acadio y otra en elamita. La inscripción de Behistun no sólo constituyó la principal base de trabajo para reconstruir el antiguo persa, sino que además proporcionó la clave necesaria para descifrar la escritura cuneiforme acadia. La versión elamita del texto resultó que estaba escrita en una lengua que utilizaba los signos cuneiformes del acadio, pero que, por lo demás, no tenía nada que ver con este idioma. Recibió el nombre de «elamita» porque coincidía con unas inscripciones muy breves procedentes de Susa, identificada habitualmente con la capital de Elam. No es una lengua semítica (como el acadio) ni indoeuropea (como el antiguo persa); y además no está claramente emparentada con ninguna lengua o grupo lingüístico conocido (Reiner, 1969; Grillot-Susini, 1987). En Persia fue utilizado por los reyes aqueménidas en determinados documentos administrativos de Fars durante los primeros tiempos de esta dinastía (hasta *c.* 450, véase, en el segundo volumen, el capítulo 13), aunque probablemente para entonces no fuera más que una convención arcaizante, al haberse dejado de hablar por completo el elamita (Gershevitch, en Hallock, 1971). La pervivencia del elamita y su utilización con carácter regular en las inscripciones reales de época aqueménida (escritas prácticamente en su totalidad en antiguo persa, acadio y elamita) vienen a demostrar la fortaleza de la cultura elamita, incluso mucho después de que Elam hubiera desaparecido como entidad política significativa.

Liber



MAPA 10. Elam.

Liber

Un obstáculo para la reconstrucción de la historia de Elam es que el número de textos en elamita que han sido publicados y se entienden plenamente es muy limitado. Existe una cantidad razonable de inscripciones reales sobre objetos votivos, monumentos, estatuas y ladrillos (König, 1965), pero la mayoría de ellas datan del período comprendido entre *c.* 1300 y *c.* 1100, de suerte que el lapso de tiempo que cubren es muy limitado. Además muchas de ellas contienen muy poca información sustanciosa, aparte del nombre y la filiación del soberano en honor del cual fueron escritas; una excepción sería el tratado bastante fragmentario (encontrado en Susa) entre Naram-Sin de Agade (2254-2218) y un monarca elamita desconocido (Hinz, 1967). Hacia 3400 se desarrolló en Elam un sistema de escritura local, el «protoelamita», contemporáneo de los primeros escritos mesopotámicos o incluso ligeramente anterior a ellos (Nissen, 1993). Pero los estrechos vínculos políticos y culturales existentes entre las dos regiones (que en ocasiones dieron lugar a la dominación directa de la parte occidental de Elam por los reyes de la Baja Mesopotamia), condujeron a la adopción de las tradiciones gráficas del acadio y al abandono de la escritura elamita. De hecho en la parte occidental de Elam muchos textos procedentes de Susa y de las comarcas adyacentes están escritos en acadio; así ocurre con los documentos legales de carácter privado e incluso ocasionalmente con algunas inscripciones oficiales. Al mismo tiempo, los testimonios descubiertos últimamente demuestran que el elamita era empleado de forma regular para las transacciones comerciales en Fars (Tall-i Malyan) (Stolper, 1984). Las principales colecciones de documentos proceden de Susa (en sumerio y en acadio: varios centenares; véase Carter y Stolper, 1984, p. 24 y n. 169 para las referencias), Chogha Zanbil (Paper, 1955; Stève, 1967; sobre todo en elamita, pero algunos en acadio: unos setenta), Haft Tepe (Herrero, 1976; Herrero y Glassner, 1990 y 1991: unas 500 tablillas en acadio), y Tall-i Malyan (Stolper, 1984: unas 200 tablillas en elamita). Chogha Zanbil y Haft Tepe están bastante cerca de Susa, pero Tall-i Malyan se encuentra en la región de lo que luego sería Persépolis, en Fars (*RLA*, 7, pp. 306-320). Los documentos de Susa datan de entre 1900 y 1500; los demás textos, al igual que muchas de las inscripciones, corresponden al período *c.* 1300-1100. Aparte de un pequeño archivo administrativo de Susa, que data de comienzos del siglo VI (MDP IX; Hinz, 1968; Miroschedji, 1982) y de los de la época aqueménida procedentes de Persépolis (Cameron, 1948; Hallock, 1969), estos son los únicos archivos elamitas existentes hasta la fecha.

La historia de Elam se divide, a grandes rasgos, en cuatro períodos, el «protoelamita» (contemporáneo más o menos de Uruk IV y III, y del PD I y II en Mesopotamia: *c.* 3400-2600), el «paleoelamita», que se extiende desde el PD III de Mesopotamia (*c.* 2600) hasta poco antes de 1500, el «medioelamita» (*c.* 1500-1000), y el «neoelamita» (desde *c.* 1000 hasta mediados del siglo VI) (Porada, 1965, pp. 45 y ss.). Dentro de todas estas fases existen enormes lagunas en nuestros conocimientos, pues en muchas ocasiones carecemos prácticamente de todo tipo de información documental: para los años

liber

c. 2600-2200, *c.* 1750-1450 y 1000-*c.* 800 nuestras fuentes son escasísimas. Pero los trabajos y estudios arqueológicos (Carter y Stolper, 1984) nos permiten distinguir muchos matices en este cuadro tan desolador: ahora, por ejemplo, el período correspondiente al siglo XIX y a los albores del XVIII está bastante bien atestiguado. Las complejidades de la vida de la región empiezan a hacerse cada vez más evidentes, en particular los estrechos vínculos que tenía Elam con las partes central y oriental de Irán, y con el Asia central, detalle que se nos escaparía si la historia de Elam se estudiara tan sólo, como a menudo no tenemos más remedio que hacer, a través de los textos mesopotámicos.

Perfil histórico c. *1100*

No obstante, la reconstrucción de la historia de Elam se basa en gran medida en fuentes mesopotámicas y su cronología depende del establecimiento de sincronías con la de sus vecinos, mucho mejor documentada. Partiendo de esta base, podemos apreciar que en PD III (*c.* 2600-2340) la imagen que tenemos es la de que existieron unos estrechos lazos comerciales y al mismo tiempo diversos conflictos militares entre las ciudades de la Baja Mesopotamia y Elam; durante la última fase del período de Agade (2340-2159), la política expansionista de los soberanos de esta ciudad hizo que Susa cayera en una especie de dominación, aunque siguió habiendo una dinastía independiente situada un poco más al este, en Fars. Durante la fase Ur III (2112-2004) Susa fue incluida en el distrito administrativo de los *sukkalmah*, que comandaban las tropas de Elam. La propia Ur llegó a ser destruida por los elamitas y el pueblo de Shimashki (en la comarca situada al norte de Susa), donde hacia 2200 se había formado un estado con una dinastía local (Henrickson, 1984; Steinkeller, 1988 y 1990), que dominó Elam, incluida Susa, hasta *c.* 1890. A esta dinastía quizá la sucediera la de los Eparti (pero véase Stolper, 1982), que siguieron ejerciendo el control de la zona hasta *c.* 1520. Entre los títulos que ostentaban los reyes estaba el de *sukkalmah*, derivado presumiblemente del de los regentes de Ur III (Carter y Stolper, 1984, p. 24). De esta época proceden bastantes textos legales de Susa, escritos en acadio, que arrojan alguna luz sobre la sociedad elamita (sistemas de herencia, posesión de la tierra, grupos sociales, estructuras administrativas). Lo que no es seguro es hasta qué punto podemos aplicar lo que nos revelan estos documentos a las regiones situadas más allá del territorio dominado por Susa o a otras épocas posteriores.

Cuando hacia 1450 se descorre el velo de oscuridad que envolvió a Elam a partir de *c.* 1750, la escena política elamita se ve dominada por una nueva dinastía cuyos vínculos se sitúan más al este y cuyos monarcas ostentan el título de «reyes de Susa y Anshan». El título de «rey de Anshan» había aparecido ya en el tercer milenio y durante décadas los especialistas habían venido discutiendo el espinoso problema de la localización de Anshan (Hans-

Liber

man, 1972).[4] Por último en 1972 se llegó a la conclusión de que Anshan coincide con el yacimiento de Tall-i Malyan, en Fars, demostrándose así que el territorio que ocupaba Elam era mucho más grande de lo que había venido pensándose tradicionalmente (Lambert, 1972; Reiner, 1973; Carter y Stolper, 1976; Vallat, 1980). El período que comienza en torno a 1450 y que se extiende hasta *c.* 1100 constituye un punto culminante de la historia elamita y a menudo ha sido denominado «época clásica» de Elam. A raíz de las excavaciones de los años sesenta y setenta, seguidas de cerca por un estudio más pormenorizado de los textos descubiertos en los diversos yacimientos elamitas, ha ido haciéndose visible una imagen cada vez más clara de esta importante fase de la historia de Elam.

Ciertos textos de carácter administrativo y una estela procedente de Haft Tepe demuestran que el soberano elamita Tepti-ahar (comienzos del siglo XIV, véase el cuadro 23) dominaba la región de Susa y Anshan, y que existía una administración bastante sofisticada. Era contemporáneo de Kadashman-Enlil I de Babilonia (1374-1360), y la documentación pone de manifiesto que, pese al intercambio de embajadores entre las cortes babilonia y elamita (debió incluso de producirse un casamiento dinástico durante el reinado de su antecesor, Kurigalzu I; Van Dijk, 1986), las relaciones entre ambos estados estaban deteriorándose. La estela de Haft Tepe refleja la participación del rey en la construcción de un templo (se han excavado los restos de una estructura de grandes dimensiones, probablemente sagrada; *RLA*, 4, pp. 39-40; Negahban, 1990), y en la reglamentación y aprovisionamiento del culto. Según estos testimonios, la impresión que produce el estado elamita es la de que era una entidad política poderosa y muy bien organizada. Según la *Crónica P* babilónica (*ABC*, n.° 22), Kurigalzu II (1332-1308) combatió contra un rey elamita, Hurbatila, por lo demás desconocido, al que derrotó, y, según sus inscripciones, llegó a conquistar Susa y el territorio circundante. La realidad de la victoria del soberano babilonio sobre Elam se ha visto confirmada por el hallazgo de unos textos votivos de Kurigalzu II en la propia Susa. Lo que no sabemos es cuánto duró esa ocupación de la parte occidental de Elam por los babilonios.

Más tarde, para los siglos XIII y XII, la información es mucho más amplia. Ello se debe directamente, en parte, al surgimiento de Elam como potencia política, de suerte que en el propio Elam disponemos de una documentación relativamente abundante en forma de inscripciones mucho más informativas. Debido a la política agresiva adoptada por Elam, ahora mucho más fuerte —actitud motivada quizá directamente por la invasión de Kurigalzu II—, los conflictos con Babilonia se repitieron una y otra vez, llegando incluso a dominarla durante un breve período. Las relaciones con Elam ocupan, por consiguiente, un lugar destacado en numerosos textos babilónicos de la época, que a su vez contribuyen a iluminar la historia de Elam.

Disponemos de información concreta en cantidades apreciables sólo a partir del reinado de Untash-napirisha (1275-1240). Para entonces había pasado a ser dominada directamente por el soberano elamita una zona muy am-

Liber

CUADRO 23. *Cronología de los reyes de Elam (todas las fechas son aproximadas)*

		Contemporáneos
c. 2500-*c.* 2200:	dinastía de Awan	
c. 2200-*c.* 1900:	dinastía de Shimashki	
c. 1900-*c.* 1500:	período de los *sukkalmah*	
c. 1500-*c.* 1450:	laguna en la documentación	
c. 1450?:	Inshushinak-shar-ilani Tan-Ruhuratire	
c. 1365:	Tepti-ahar	(=Kadashman Enlil I [1374-1360], Babilonia)
c. 1330:	Hurbatila	(=Kurigalzu II [1332-1308], Babilonia)
c. 1320:	Ige-halki Pahir-ishshan	
1310-1300:	Attar-kitah	
1300-1275:	Humban-numena	
1275-1240:	Untash-napirisha	
1240-1235:	Unpahash-napirisha	
1235-1210?:	Kiden-Hutran	(=Enlil-nadin-shumi [1224]; Adad-shum-iddina [1222-1217] en Babilonia; Tukulti-Ninurta I [1244-1208] en Asiria)
1205-1185:	Hallutush-Inshushinak	
1185-1155:	Shutruk-Nahhunte	(=Zababa-shum-iddina [1158]; Enlil-nadin-ahi [1157-1155] en Babilonia; Ashur-dan I [1179-1134] en Asiria)
1155-1150:	Kudur-Nahhunte	
1150-1120:	Shilhak-Inshushinak	
1120-1110:	Hutelutush-Inshushinak	(=Nabucodonosor I [1126-1105] en Babilonia)

plia, que se extendía desde Liyan, en el Golfo (lo cual supondría la existencia de intereses marítimos), hasta Anshan, en la provincia de Fars, incluidas las regiones montañosas del norte y la comarca de Susa. En Chogha Zanbil se fundaron un impresionante centro ceremonial real y una ciudad provista de un magnífico zigurat (Ghirshman, 1966-1970; véase la figura 26), llamada «Al Untash-napirisha» ('ciudad de Untash-napirisha'), en honor de este rey. Esta circunstancia quizá refleje un intento deliberado por parte de Untash-napirisha de establecer unos vínculos sociopolíticos más estrechos entre los diversos distritos controlados por él. Otro centro más pequeño, compuesto por un templo y un zigurat, fue desarrollado por el rey en Chogha Pahn Este (a 30 km al noreste de Susa) (Stolper y Wright, 1990). Existen indicios de que se produjo algún tipo de conflicto en la zona situada al este del Tigris (Der),

Liber

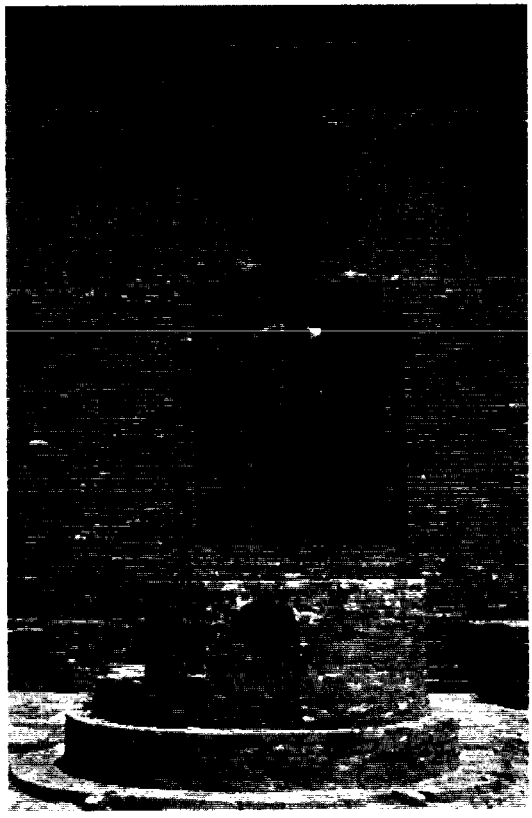


FIGURA 26. Zigurat de Chogha Zanbil (por cortesía de M. S. Drower).

región que a menudo se disputaron elamitas, babilonios y asirios, pues era el punto neurálgico de una ruta importantísima tanto desde el punto de vista estratégico como comercial.

Probablemente deberíamos situar en este período y en el sucesivo de modo más general, el desarrollo urbano apreciado por los excavadores, incluido el incremento de las ciudades en la región situada entre Khuzestán y Fars (Carter y Stolper, 1984, p. 180). Estas últimas eran casi con toda seguridad centros mercantiles enmarcados en una economía rural y pastoral. Pero otras se hallaban asociadas a intereses comerciales y los textos posteriores de Tall-i Malyan demuestran que uno de los rasgos característicos del período medioelamita fue el próspero comercio a gran escala de metales, que probablemente debamos poner en relación con la expansión de los reyes elamitas de esta época por las montañas del norte. En concomitancia con este nuevo desarrollo de la actividad comercial (y del militarismo), se produjo una

Liber

decadencia de la intensidad de los cultivos en los campos más ricos de Fars y Khuzestán (Carter y Stolper, 1984, pp. 180-181). ¿Debemos relacionar directamente ambos fenómenos? ¿Son iguales en las dos regiones los motivos que provocaron este cambio? La amplitud de las distintas fases arqueológicas y la ausencia de verdadera precisión que rodea la historia social y política de Elam hacen que resulte muy difícil extraer conclusiones definitivas de cualquier tipo.

Los dos reyes siguientes no están atestiguados en los documentos elamitas, pero el segundo de ellos, Kiden-Hutran (1235-1210?), es mencionado en los textos babilónicos, pues, a partir de este momento y durante casi un siglo, aunque no de forma continuada, Elam se vio envuelto cada vez más en los asuntos de Mesopotamia. Ello se debió en parte al menos a las repetidas campañas de Tukulti-Ninurta I en la región situada al este del Tigris, que culminaron con su eficaz reorganización de la situación babilónica en interés de Asiria al lograr el control del trono de Babilonia mediante el nombramiento de reyes títeres (véase el capítulo 7, apartado 2). Podemos calibrar hasta dónde llegaba el interés de Elam en los asuntos de Babilonia por el hecho de que Enlil-nadin-shumi (1224), el primero de los reyes vasallos de Tukulti-Ninurta I, fue derrocado violentamente por Kiden-Hutran en el curso de una campaña militar, durante la cual saqueó Der y sus templos y conquistó Nippur. Durante el reinado del tercero, Adad-shuma-iddina (1222-1217), el monarca elamita volvió a atacar Babilonia, apoderándose esta vez de Isin y Marad. El caos creado en Babilonia por la victoria elamita quizá fuera lo que allanó el camino para el derrocamiento del títere de los asirios.

En el fondo las implicaciones de la política babilónica de Elam siguen estando oscuras: en primer lugar, debido a la extraordinaria dificultad de la cronología; y en segundo lugar, porque tras el reinado de Kiden-Hutran vino un nuevo período para el que carecemos de documentación. Es posible que la laguna existente en nuestras fuentes tenga que ver con problemas dinásticos internos de Elam: suele darse por supuesto que el siguiente monarca documentado, Shutruk-Nahhunte (1185-1155), es el representante de una nueva familia real. Aparte de unas cuantas inscripciones reales (Grillot, 1988), el grueso de la información en torno a su persona y a la de su hijo, Kudur-Nahhunte (1155-1150), procede de Babilonia, donde, incluso mucho tiempo después, se recordaba con amargura en los textos poéticos la destrucción ocasionada por Shutruk-Nahhunte y Kudur-Nahhunte. Veamos un ejemplo:[5]

> [Shutruk-Nahhunte] expulsó a Zababa-shum-iddina, hizo desaparecer su imperio [entregando el reino] a su primogénito, Kudur-Nahhunte.
> [Este rey ...] cuyo crimen fue mayor aún que el de sus antepasados, la gravedad de cuya culpa superó (incluso) a la de éstos,
> [...] pensó cosas malvadas contra el país de Acad, conspiró con insolencia
> [puso en el trono ...] a Enlil-nadin-ahi, mi antecesor,
> [(rey) que trató a Elam] como a un país hostil, habló ...,
> [Kudur-Nahhunte se enfadó] y devastó a la población de Acad en su totalidad, como el diluvio;

Liber

[A Babilonia y a los demás] famosos centros de culto los redujo [a ruinas]
El gran señor, Marduk, hizo surgir del trono de su majestad
[...] al pueblo de Sumer y Acad se llevó cautivo [a Elam]
[...] se llevó a Enlil-nadin-ahi [a Elam]
[acabó] con su [reino], hizo desaparecer su imperio.
[Impuso un gobernador], de origen no babilónico, a un enemigo [de Marduk]

(Tadmor, 1958, pp. 137-138; Foster, 1993 [01], p. 294.)

La invasión de los elamitas quizá viniera provocada una vez más por la actuación de Asiria en Babilonia. Shutruk-Nahhunte organizó una invasión en toda regla de Babilonia, derrocó al soberano reinante y devastó el país. Parte del enorme botín obtenido lo formaban grandes monumentos de piedra, entre ellos la estela con el código de Hammurabi o la estela de la victoria de Naram-Sin, algunos de los cuales fueron dedicados de nuevo en Susa a los dioses elamitas, y provistos de nuevas inscripciones en la lengua del país. Su hijo, Kudur-Nahhunte, se quedó al mando de Babilonia y superó los ultrajes infligidos por su padre (a juicio de los babilonios) al llevarse a los dioses del país, incluida la importantísima imagen de culto de Marduk.

La destrucción de Babilonia marca el punto culminante del poderío político de Elam, al menos por lo que sabemos hasta el momento y teniendo presente siempre fundamentalmente la perspectiva babilónica. El sucesor de Kudur-Nahhunte, su hermano Shilhak-Inshushinak (1150-1120), dejó gran número de inscripciones, que demuestran que siguió dominando la zona situada al este del Tigris y que penetró por el norte hasta los montes Zagros y el corazón de Asiria. Otros testimonios indican que quizá intentara expandirse por el interior de Irán. El extenso reino que en aquellos momentos era Elam permaneció intacto, según parece, durante el reinado de su sucesor, Hutelutush-Inshushinak (1120-1100). Los textos administrativos elamitas correspondientes al reinado de Hutelutush-Inshushinak descubiertos en Tall-i Malyan reflejan la riqueza material y los recursos que poseía el rey. Ni Shilhak-Inshushinak ni Hutelutush-Inshushinak intentaron mantener un control político directo sobre Babilonia. Los motivos de este cambio de actitud son bastante oscuros. Durante el reinado de Shilhak-Inshushinak Asiria había empezado apenas a recuperarse de una fase de relativa debilidad y Babilonia seguía en un estado de confusión política considerable (véase el capítulo 7, apartado 4), de suerte que probablemente los reyes elamitas no vieran la necesidad de una interferencia militar por su parte. En tal caso, se habrían equivocado de medio a medio: la primera invasión (de Kudur-Nahhunte) provocó en último término la respuesta del valeroso rey de Babilonia, Nabucodonosor I (1126-1105). Después de varios intentos, organizó un ataque contra Elam más o menos a mediados del reinado de Hutelutush-Inshushinak y regresó triunfalmente a Babilonia con la estatua de Marduk (véase el capítulo 7, apartado 4).

En este momento las fuentes elamitas vuelven a guardar silencio durante los trescientos años siguientes. Por esta misma época o poco después fueron abandonadas numerosas ciudades de Khuzestán, mientras que Tall-i Malyan,

en Fars, ya había empezado a decaer con anterioridad y acabó siendo abandonada totalmente durante este mismo período. Los motivos de este repentino eclipse de la buena estrella política de Elam son desconocidos: normalmente suele culparse a la invasión de Nabucodonosor I de la decadencia de la parte occidental de Elam. Es posible que así sea, aunque no existen pruebas de ningún intento serio por parte del soberano babilonio de imponer su dominio; quizá sea más probable que se produjera una crisis general relacionada con las incursiones arameas (Carter y Stolper, 1984, p. 188; véase, en el segundo volumen, el capítulo 8, apartado 2). En Fars, la contracción y el abandono final del poblado de Malyan son asociados por muchos autores (por ejemplo, Miroschedji, 1985; Sumner, 1994) a la llegada de un pueblo de pastores que recibirían más tarde el nombre de persas, y que en último término provocaría la separación de esta zona de Elam. La única región que, al parecer, sufrió menos por lo que al sistema de asentamientos se refiere fue la zona oriental de Khuzestán, que, como han sugerido algunos autores, sirvió como una especie de refugio para los elamitas del este y del oeste (Carter y Stolper, 1984, p. 189). Susa y los llanos de Khuzestán no se recuperarían y no volverían a desempeñar un papel destacado en los conflictos con Asiria hasta finales del siglo VIII.

Estructura política y sociedad

Nuestro conocimiento de la estructura socioeconómica, política, cultural y religiosa de Elam está erizado de problemas y de discrepancias eruditas. No obstante, cabe afirmar que, aunque sea con gran dificultad y de un modo bastante parcial (como resulta evidente por la exposición que hemos presentado en la sección anterior), podemos reconstruir con cierta seguridad una mínima parte de la historia política de Elam durante la segunda mitad del segundo milenio. El período inmediatamente anterior (la época de los *sukkalmah*) está en muchos aspectos mejor documentado por lo que al sistema sociopolítico y económico se refiere, y empieza a ser entendido mucho mejor. El funcionamiento de las ciudades, la administración (real y local), las modalidades de la explotación agrícola, la organización social, la naturaleza de la monarquía y los detalles de la vida religiosa (aparte de los nombres de los dioses), siguen escapándosenos en gran medida. Se han propuesto algunas hipótesis, por ejemplo, que ven en Elam un «estado federal» (*RLA*, 2, pp. 325-326). Algunos autores han pensado que era habitual el matrimonio entre hermanos, con toda seguridad en el seno de la familia real; que la sucesión pasaba de un hermano a otro (o al hijo de la hermana), y no, según el modelo habitual, de padre a hijo, y que la sociedad elamita muestra indicios de la existencia de una especie de «matriarcado» (König, 1926; Hinz, 1972). Algunas de esas ideas se viene abajo después de un examen detallado (Grillot, 1988), aunque no cabe duda de que en algunos momentos de su historia el gobierno de Elam estuvo repartido entre diversos beneficiarios del poder.

Liber

Curiosamente tal es el caso durante los inicios del segundo milenio, época en la que el poder fue ejercido por los miembros de dos generaciones de la familia real en una especie de sistema de «tríadas» (Carter y Stolper, 1984, pp. 24 y ss.), que indica la existencia de un sistema de sucesión muy complejo, según un «escalafón» que iría ascendiendo del gobernante «menor» al «supremo». Es probable que existiera cierto grado de diferencia en los gobiernos, los modos de vida y los tipos de explotación de la tierra, dada la gran variedad de climas y paisajes de las regiones incluidas en el estado de Elam en las distintas épocas. Esas variantes regionales tuvieron también repercusiones culturales, de las cuales la cerámica (y hasta cierto punto los enterramientos) constituye hasta la fecha el único indicador claro (Carter y Stolper, 1984). *Existe* efectivamente una cultura elamita tangible, que podemos definir desde los primeros momentos de su historia, en los motivos utilizados en los sellos, en los estilos arquitectónicos, en la decoración de los edificios y en los relieves rupestres (Porada, 1965, pp. 45-74; Amiet, 1966 y 1988). Los relieves rupestres en particular muestran importantes indicios de las prácticas cultuales y de las ceremonias regias de los elamitas, aunque desgraciadamente los detalles siguen resultando oscuros (Seidl, 1986; De Waele, 1989). Hasta dónde llega nuestra ignorancia en lo relativo al país de Elam ha quedado demostrado sorprendentemente por la identificación de Anshan; hasta ahora no han empezado a ser publicados paulatinamente y sometidos a la consideración de los estudiosos los ricos materiales encontrados en este yacimiento (Stolper, 1984; Zeder, 1991). Pero lo que ya resulta claro gracias a las excavaciones de Tall-i Malyan es que la ciudad era mucho más grande (150 ha) a comienzos del segundo milenio que durante el período medioelamita, cuando su extensión se redujo en dos tercios a sólo 50 ha. A medida que las publicaciones y los estudios vayan progresando es posible que el término «elamita clásico» debamos aplicarlo a la época correspondiente en Mesopotamia al período paleobabilónico.

4. Babilonia: el fin de los casitas y las dinastías sucesivas (1158-*c.* 905)

Como ya hemos visto (capítulo 7, apartado 1), resulta muy difícil determinar en qué sentido se consideraba a los casitas una entidad étnica distinta de los «babilonios», aunque existen suficientes indicios para pensar que lo eran. Hacia el siglo XIII la mayoría de los soberanos incluidos en la dinastía casita por la Lista de Reyes de Babilonia A llevan nombres puramente babilónicos. Los signos de animosidad «nacionalista» contra los casitas tras la extinción de la dinastía son prácticamente inexistentes. Las epopeyas que cantaban las victorias de determinados reyes casitas sobre Elam permanecieron en el repertorio de la literatura babilónica durante siglos. Los dioses casitas asociados con la monarquía siguieron desempeñando un papel secundario en el panteón babilónico y aparecen entre los símbolos divinos grabados

Liber

en los *kudurru* (mojones fronterizos) de épocas posteriores. Muchos de los cambios administrativos y socioeconómicos que empezaron a producirse en tiempos de los casitas se mantuvieron y el territorio de Babilonia conservó en general su cohesión, sin desintegrarse en distintas ciudades-estado rivales.

Los testimonios para el estudio de la última fase de la dinastía casita y de los doscientos cincuenta años siguientes son muy escasos: durante todo este tiempo existen sólo unos veinte documentos administrativos de la época. Las inscripciones reales y sobre todo los *kudurru* aportan más información. El hilo conductor del bosquejo histórico se basa en las crónicas y listas de reyes, todas ellas de época posterior, a veces muy fragmentarias, y por lo general selectivas (por ejemplo, la *Historia sincrónica* [*ABC*, n.º 21]). Los materiales son insuficientes y no nos permiten seguir la pista de los acontecimientos más allá de la simple lista de los reyes (véase el cuadro 24). Al parecer, las décadas de conflicto, esencialmente entre Asiria y Elam, en suelo babilónico desestabilizaron la dinastía casita y precipitaron su caída. El poder real fue reclamado entonces por una dinastía establecida en Isin («segunda dinastía de Isin»: 1158-1027). Significativamente Isin se encuentra al sur de Babilonia, de suerte que la dinastía se hallaba situada a cierta distancia del principal escenario de la guerra y quizá se librara de la dominación de Elam. Nabucodonosor I (1126-1105) alcanzó un éxito considerable frente a los elamitas (véase el capítulo 7, apartado 3) y, en menor grado, también frente a Asiria (véase el capítulo 7, apartado 2). Pero parece que las incursiones de los arameos se hicieron más perniciosas a finales de su reinado y durante el de sus sucesores (véase, en el segundo volumen, el capítulo 8, apartado 2). Así pues, no es de extrañar que a la segunda dinastía de Isin la siguieran otras tres dinastías de corta duración, incluida, durante casi veinte años, una independiente en el «País del Mar» (*RLA*, 8, pp. 6-10; véase el cuadro 24), región siempre difícil de controlar. A partir de 1070, Babilonia sufrió una crisis muy seria. Las listas de reyes incluyen una sucesión de monarcas desde el año 979, pero no es seguro que constituyeran una dinastía coherente y la documentación al respecto es nula. Hasta el reinado de Shamash-mudammiq (*c.* 905), cuando los anales asirios empiezan a arrojar alguna luz sobre los acontecimientos de Babilonia, no podemos hacernos de nuevo una idea de lo ocurrido en la parte sur de Irak.

El principal acontecimiento de esta época que podemos reconstruir (aparte de las devastadoras invasiones elamitas, véase el capítulo 7, apartado 3), es el ataque contra Elam organizado por Nabucodonosor I (1126-1105). Los testimonios más firmes de este hecho nos los suministra un *kudurru* que conmemora una concesión de tierras realizada por el monarca a un noble casita, comandante del escuadrón de carros, Lahti-Shihu (o Lahti-Shipak, nombre leído a veces como Sh/Ritti-Marduk), por los servicios prestados durante la campaña contra Elam. El texto es muy extenso y narra una parte de la campaña; la descripción de la larga y trabajosa marcha hasta Susa en pleno verano resulta especialmente gráfica:

Liber

CUADRO 24. *Cronología de Babilonia, 1155-c. 905 (según Brinkman, 1968)*

Final de la dinastía casita	1155	
Segunda dinastía de Isin	(1155-1027)	
Marduk-kabit-ahheshu	1154-1141	
Itti-Marduk-balatu	1140-1133	
Ninurta-nadin-shumi	1132-1127	
Nabucodonosor I	1126-1105	Tiglath-pileser I de Asiria (1114-1076)
Enlil-nadin-apli	1104-1101	
Marduk-nadin-ahhe	1100-1083	
Marduk-shapik-zeri	1082-1070	
Adad-apla-iddina	1069-1048	
Marduk-ahhe-eriba	1047	
Marduk-zer-x	1046-1035	
Nabu-shum-libur	1034-1027	
Segunda dinastía del País del Mar	(1026-1006)	
Simbar-Shipak	1026-1009	
Ea-mukin-zeri	1009	
Kashshu-nadin-ahi	1008-1006	
Casa de Bazi	(1005-986)	
Eulmash-shakin-shumi	1005-989	
Ninurta-kudurri-usur I	988-986	
Shirikti-Shuqamuna	986	
Dinastía elamita		
Mar-biti-apla-usur	985-980	
Dinastía de E	(979-732)	
Nabu-mulkin-apli	979-944	
Ninurta-kudurri-usur II	944	
Mar-biti-ahhe-iddina	943-	
Shamash-mudammiq	*c.* 905	Adad-nirari II de Asiria (911-891)

En el mes de Dumuzu (junio/julio), emprendió la campaña ... Con los calores sofocando como el fuego, la superficie de los caminos ardían como llamas. Los pozos estaban secos; el suministro de agua quedó cortado. Los caballos más finos y poderosos flaquearon, las piernas de los hombres más fuertes claudicaron. Sigue adelante el eminente rey con los dioses de su parte, Nabucodonosor avanza, y no tiene rival. No teme las dificultades del terreno y fuerza la marcha de cada día (L. W. King, *Babylonian Boundary Stones and Memorial Tablets in the British Museum*, Londres, 1912, n.° 6; Foster, 1993 [0I], pp. 297-298; cf. Brinkman, 1968, p. 107).

Libertad

Este documento no sólo constituye un soberbio ejemplo de literatura babilónica, sino que además es una fuente importante para la historia administrativa y social de la Babilonia de esta época. El *kudurru* de Nabucodonosor y los escasos documentos conservados nos proporcionan el nombre de unos cuantos oficiales de la corte, como el «caballerizo», el heraldo o el copero, aunque sus funciones específicas siguen siendo oscuras. Babilonia estaba dividida en quince provincias, cada una de ellas al mando de un gobernador (*šaknu*) y de su asistente (*bēl pīḫāti*). Parece que al este del Tigris prevalecía una organización tribal, bajo el mando de diversos jefes de tribu (*bēl bīti*), formando una especie de enclaves dentro de las provincias más grandes sometidas al gobernador. En cuanto a las aldeas, el personaje más importante era, como antes, el alcalde (*ḫazannu*), responsable también ante el *šaknu*. Especialmente interesantes resultan los *maššû*, que eran asesores locales expertos en las asociaciones tradicionales de los diversos poblados, y en las circunstancias relativas a las antiguas donaciones y ventas de parcelas de tierra: evidentemente convenía consultarlos, por ejemplo a la hora de hacer concesiones de tierras, para que después las donaciones no fueran puestas en tela de juicio; quizá fueran comparables a los «recordadores», conocidos en otros lugares y momentos históricos (Thomas, 1992, pp. 69-71). No sabemos hasta qué punto las tierras concedidas por el rey a sus oficiales, como las que aparecen mencionadas en el *kudurru* de Nabucodonosor, eran posesiones libres de impuestos concedidas a perpetuidad y susceptibles de ser transmitidas en herencia. Pero desde luego las rentas producidas por ellas eran entregadas a su poseedor por orden del rey. Esas tierras incluían las aldeas y pequeñas ciudades situadas dentro del distrito concedido, aunque ello no significara necesariamente la entrega de sus habitantes al señor que ahora las poseía en calidad de «siervos». El texto nos permite deducir asimismo cuáles eran los impuestos recaudados habitualmente entre la población: como cabría esperar, consistían en un porcentaje de las cosechas y de los ganados, en el suministro de mano de obra para la realización de trabajos y servicios de carácter militar, y en proveer al gobernador provincial y a las guarniciones locales de los víveres necesarios.

Diversos textos literarios (conservados sólo en parte: Tadmor, 1958; Foster, 1993 [OI], capítulo III B 11 y 12; véase el texto citado *supra*, pp. 414-415) y este *kudurru* dan a entender que el sucesor de Kudur-Nahhunte, Shilhak-Inshushinak, permaneció como dueño indiscutible de toda la zona oriental de Mesopotamia, incluida la ruta del Diyala. Pero la resistencia babilónica fue feroz y permanente: el último rey casita, Enlil-nadin-ahi (1157-1155), encabezó una sublevación contra Kudur-Nahhunte, en el transcurso de la cual encontró la muerte el soberano babilonio, extinguiéndose así la dinastía casita. Los nuevos cabecillas de la resistencia provenían de Isin, situada más al sur, y crearon la nueva dinastía que reinaría en Babilonia (Isin II: 1158-1027). Hasta el reinado de Nabucodonosor I (1126-1105) no se logró un triunfo duradero contra la ocupación elamita. Su ofensiva contra Elam probablemente no se vio coronada por el éxito hasta el término de varias campañas y la vic-

Liber

toria llegó a su punto culminante con el regreso de la estatua de Marduk, a la sazón en Susa. La importancia de las hazañas de Nabucodonosor es destacada por una multitud de textos literarios, además del *kudurru* que acabamos de analizar. En primer lugar tenemos un texto poético (citado en parte *supra*, pp. 414-415), en el que Nabucodonosor humilla a los elamitas y enumera sus ultrajes; en segundo lugar, la «profecía de Marduk» (Borger, 1971; Foster, 1993 [0I], capítulo III B 13), que desde el punto de vista estilístico es una mezcla de himno e inscripción real, alude a una campaña elamita y al regreso de Marduk, y probablemente debamos relacionarla con las guerras de Nabucodonosor contra Elam; en tercer lugar, tenemos una epopeya de época posterior acerca de Nabucodonosor I, conservada sólo en forma fragmentaria, que también parece fijarse esencialmente en la derrota de Elam (CT 13, p. 48; Brinkman, 1968, pp. 328 s. v. 4.3.8; Grayson, 1975, pp. 42-43). Curiosamente las victorias de Nabucodonosor I pasaron a formar parte de la literatura profética (Weidner, 1928-1929, pp. 238-239): los signos asociados con su persona se convirtieron en presagios de éxito, como los del gran Sargón de Agade (véase el capítulo 1, apartado 3). El propio Nabucodonosor fomentó además deliberadamente la imagen de grandeza que alcanzó tras su victoria sobre Elam, adoptando viejos títulos reales al estilo de Sargón y Hammurabi. Resucitó asimismo una antigua expresión de piedad real al nombrar a su hija *ēntu* del dios de la luna de Ur (véase el capítulo 1, apartado 3).[6] Todos estos actos ilustran curiosamente una conciencia de lo que había sido la historia de la Mesopotamia primitiva y de cómo podía ser utilizada para resaltar la continuidad de un pasado más glorioso, que debió de encontrar una respuesta positiva entre la población. La victoria de Nabucodonosor I sobre Elam supuso el punto culminante de una época por lo demás poco definida desde el punto de vista político y militar, y, al parecer, se convirtió en un modelo de la resistencia babilónica para las generaciones futuras.

La tesis de que el «Poema de la Creación» babilónico (*Enūma Eliš*; véase Foster, 1993 [0I] capítulo III C 17) dataría del reinado de Nabucodonosor I es defendida a capa y espada por algunos autores, aunque otros la rechazan. El argumento esgrimido para defender su relación con Nabucodonosor I es que, lejos de ser un mito de la creación, la función del *Enūma Eliš* habría sido en realidad la de elevar a Marduk a la posición de jefe indiscutible y soberano omnipotente del panteón babilónico (Lambert, 1963; Roberts, 1976). Además del encumbramiento de la divinidad local de Babilonia, ésta se convertía ahora para los babilonios en «la ciudad eterna», «la ciudad santa». Se trataba de la capital real por excelencia, residencia del monarca babilonio, una de cuyas funciones cultuales más importantes era la realización regular de la fiesta de Año Nuevo, durante la cual todas las imágenes divinas de las demás ciudades se congregaban en Babilonia y se recitaba el *Enūma Eliš* (Black, 1981; Kuhrt, 1987). El regreso triunfal de Nabucodonosor I desde Susa trayendo la estatua de Marduk habría constituido por tanto una buena ocasión para que se introdujera esta innovación. No obstante, la teoría ha sido puesta en tela de juicio, y se ha defendido una tesis muy atractiva, según la cual

Liber

el gran poema épico se referiría a la dinastía casita y a su derrota de los reyes del País del Mar, y por lo tanto el encumbramiento de Babilonia y el triunfo definitivo de Marduk se relacionarían con esta época (véase el capítulo 7, apartado 1; Jacobsen, 1976 [0L], pp. 165-191). Esta interpretación encaja perfectamente con lo poco que sabemos sobre todo este asunto (aunque la lengua del *Enūma Eliš* hablaría de una datación a finales del segundo milenio), y las discrepancias nos recuerdan la fragilidad de la base en la que se sustenta nuestro conocimiento del contexto político de las obras literarias. Por el momento la cuestión deberá seguir abierta, aunque cada vez son más numerosos los testimonios en favor de una datación temprana (Dalley, 1989 [0I], pp. 228-230). Lo que es indiscutible es que la victoria de Nabucodonosor I sobre los elamitas y el regreso de Marduk marcaron un importante hito en la recuperación de la suerte de Babilonia, que sería recordado y celebrado durante mucho tiempo.

El otro acontecimiento importante de esta época es la invasión de un pueblo que recibe el nombre de arameo (véase, en el segundo volumen, el capítulo 8, apartado 2), asociado a veces con otro grupo, el de los suteos. La oscuridad que rodea la historia de Babilonia (lo mismo que la de Asiria y Elam) durante el período comprendido entre *c.* 1050 y *c.* 900 es muy probable que debamos atribuirla a la devastación y los estragos provocados por sus incursiones. Tiglath-pileser I de Asiria (1114-1076) combatió contra ellos en repetidas ocasiones (véase el capítulo 7, apartado 2), y Nabucodonosor I se enfrentó a ellos en la región de Mari y quizá incluso más al oeste. Pero, pese a las repetidas acciones militares llevadas a cabo contra ellos, es evidente que a finales de la dinastía de Isin II fueron cada vez más los arameos que penetraron en territorio babilónico, trasladándose de una ciudad a otra, asolando los campos y en ocasiones atacando incluso los centros urbanos. Particularmente catastróficas fueron las ofensivas durante el reinado de Adad-apla-iddina (1069-1048). Este soberano no estaba en la línea de sucesión directa al trono (Walker, 1982), hecho que quizá refleje el caos cada vez mayor en el que se vio inmerso el país. Durante su reinado los ataques arameos alcanzaron su punto culminante: la ciudad real casita y la fortaleza de Dur Kurigalzu, así como Der, Uruk y Nippur, fueron saqueadas, y los tempos de Sippar sufrieron una destrucción tan violenta que el culto cesó en ellos durante un período de casi cien años. La imagen de desorden religioso se ve reflejada en una crónica de época posterior (*Crónica religiosa* [*ABC*, n.º 17]), en la que vemos que hacia 960 durante nueve años consecutivos no pudo celebrarse la fiesta del Año Nuevo porque resultó imposible reunir en Babilonia las estatuas de los dioses: el rey ni siquiera pudo llevar a la capital la imagen del dios Nabu de Borsippa (ciudad situada muy cerca de Babilonia). Evidentemente las comunicaciones entre los diversos centros urbanos eran muy difíciles, casi con toda seguridad debido a la amenaza que suponían los arameos.

El caos y la anarquía general quizá contribuyeran hasta cierto punto a crear el ambiente en el que se inscribe el «Poema de Erra» (Cagni, 1977). Se trata de un texto insólito, que circuló ampliamente en varias versiones dis-

Liber

tintas, incluso probablemente en forma oral. Se han descubierto algunos fragmentos citados en inscripciones reales (asirias y babilónicas) de época posterior, y algunos extractos fueron copiados también en amuletos que pretendían proteger a su dueño de los poderes maléficos. Se describe en él una situación en la que Marduk abandona Babilonia de mal humor (para el estilo aparentemente «satírico» de algunos pasajes, véase Dalley, 1989 [OI], p. 283), dejando al cargo de ella al imprevisible Erra, dios de la peste y del infierno, ansioso por imponer su ley. El resultado de todo ello sería un período de desorden: guerras civiles, asesinatos, enfermedades, rebeliones, en una palabra el mundo al revés. Aunque no es posible fechar con precisión la situación descrita (de hecho sería inútil e inadecuado ni siquiera intentarlo), podríamos suponer que la situación reinante en Babilonia durante el período comprendido entre *c.* 1050 y las últimas décadas del siglo X debió de aproximarse bastante a la que se describe en esta obra, evidentemente bastante popular:

(Habla el consejero de Erra, Ishum, dios del fuego:) «Oh Erra, el guerrero, has dado muerte al justo
y has dado muerte al injusto.
Has dado muerte al hombre que pecó contra ti
y has dado muerte al hombre que no pecó contra ti.
Has dado muerte al sacerdote *ēn* que ofrecía los *taklīmu* con diligencia,
has dado muerte al cortesano que servía al rey,
has dado muerte a los ancianos en el pórtico,
has dado muerte a las muchachas en sus alcobas.
Pero no darás tregua,
sino que te dirás a ti mismo: "¡Me desprecian!".
Pues esto es lo que te dices a ti mismo, oh Erra, el Guerrero:
"Aplastaré al fuerte y espantaré al débil,
asesinaré al jefe del ejército y derrotaré a la armada,
arruinaré el santuario en el templo; las almenas de las murallas, el orgullo de la ciudad derribaré.
Arrancaré los amarraderos y dejaré que las barcas vayan a la deriva río abajo,
romperé el timón, para que no sea posible llegar a la orilla,
quebraré el mástil y arrancaré el aparejo.
Secaré los pechos de la madre para que el niño no pueda vivir,
cegaré los manantiales, para que las acequias no puedan llevar el agua de la fertilidad.
Haré temblar a Erkalla (es decir, el Infierno) y haré que los cielos vibren,
haré caer los rayos de Shulpae (dios sumerio identificado con Júpiter) y arrancaré las estrellas del firmamento;
las raíces de los árboles serán tronchadas para que los retoños no florezcan;
arruinaré la base del muro para que su parte superior se desmorone.
A la morada del rey de los dioses iré, para que no prevalezca el consejo."»
Erra, el Guerrero, lo escuchó
y las palabras que le dijo Ishtum le resultaron más agradables que el mejor de los aceites.

Liber

Y Erra, el Guerrero, habló así:

«El País del Mar no perdonará al País del Mar, ni el subarteo al subarteo, ni el asirio al asirio;
el elamita no perdonará al elamita ni el casita al casita,
ni el suteo al suteo, ni el guti al guti,
ni el lulubeo al lulubeo, ni el país al país, ni la ciudad a la ciudad,
ni la tribu perdonará a la tribu, ni el hombre al hombre, ni el hermano al hermano, sino que todos se matarán unos a otros».

(Cagni, 1977; Dalley, 1989 [01], pp. 282-315; Foster, 1993 [01], capítulo IV C 16.)

NOTAS

Introducción (pp. 15-29)

1. Para la definición de la región estratégica del Oriente Medio, véase H. V. F. Winstone, *Gertrude Bell*, Londres, 1978; para un breve análisis de la terminología, A. Gunter, Asian Art, I/2 (1988), pp. 3-5.

2. Recientemente, en 1988, todavía fue subastada por Christie's de Londres una importante colección particular de tablillas de arcilla, sellos e inscripciones, de los cuales sólo unos pocos eran conocidos por los especialistas (catálogo de Christie's: *Ancient Near Eastern Texts from the Erlenmeyer Collection*, martes, 13 de diciembre de 1988).

3. Para los textos hititas, véase la serie Studien zu den Boğazköy Texten, Texte der Hethiter; para los textos semíticos occidentales, Donner y Röllig, 1973-1979 [capítulo 8], y Gibson, 1971-1975 [capítulo 8]; para los textos neoasirios, la serie State Archives of Assyria; para diversas categorías de textos mesopotámicos, véanse las series Texts from Cuneiform Sources y Royal Inscriptions of Mesopotamia; para las inscripciones sumerias, véanse Cooper, 1986 [capítulo 1], Steible y Behrens, 1982 [capítulo 1] y Steible, 1991 [capítulo 1]; para los documentos e inscripciones egipcios, véanse los *Urkunden des ägyptischen Altertums*; para Mari, véanse los *Archives Royales de Mari*; para Ugarit, *Palais Royal d'Ugarit*.

4. Por ejemplo cincuenta y ocho textos neobabilónicos, parte de una gran colección particular, fueron publicados por H. G. Stigers en JCS, 28 (1976).

5. Por ejemplo, O. R. Gurney, «Three contracts from Babylon», en la Festchrift dedicada al asiriólogo ruso I. M. Diakonoff (1982) [0E].

6. Véanse, por ejemplo, S. B. Downey, *Mesopotamian Temple Architecture: Alexander through the Parthians*, Princeton, 1988; A. Kuhrt y S. Sherwin-White, eds., *Hellenism in the East*, Londres, 1987; D. J. Thompson, *Memphis under the Ptolemies*, Princeton, 1988; S. Sherwin-White y A. Kuhrt, *From Samarkhand to Sardis*, Londres, 1993. Los libros dedicados exclusivamente a la cultura e historia de Egipto a menudo llegan hasta el año 395 d.C.

7. La prospección de Menfis ha sido llevada a cabo bajo los auspicios de la Egypt Exploration Society; dio comienzo en 1981. Para los informes regulares, véase *JEA*, 69 (1983) y los volúmenes sucesivos.

8. Recientemente ha sido propuesta una cronología extremadamente baja por un grupo de autores dedicado a revisar la cronología absoluta del Asia mediterránea y occidental: P. James *et al.*, *Centuries of Darkness*, Londres, 1991; otro grupo de estudiosos sostiene una revisión análoga, aunque ligeramente distinta, publicada en parte en la revista *Ancient Chronology Forum*. El eje central para la datación de otras culturas es Egipto, y así buena parte de la labor de uno y otro grupo se basa fundamentalmente en testimonios egipcios. Muchos eruditos han mostrado su simpatía por las críticas lanzadas desde esos volúmenes contra la debilidad de los marcos cronológicos existentes, pero la mayoría de los arqueólogos y de los especialistas en historia antigua no están de momento convencidos de que estas nuevas cronologías radicales puedan superar un análisis detallado de sus propuestas (véanse la ponderada reseña de la obra de James *et al.*, publicada por A. Dodson en *PEQ*, 124 [1992], pp. 71-72, y las críticas pormenorizadas que han planteado un grupo de especialistas en el *Cambridge Archaeological Journal*, 1/2 [1991], pp. 227-253).

Liber

9. Existe un análisis detallado de toda una serie de problemas cronológicos concretos en Aström, 1987-1989 [0O]. Un panorama de los testimonios y lugares clave ha sido presentado regularmente por E. Porada en *AJA*, con el fin de mantener a los especialistas al corriente de las innovaciones fundamentales introducidas en el campo de la datación. En la actualidad existe una versión revisada del manual clásico de cronología (Ehrich, 1992 [0O]).

1. *Mesopotamia durante el tercer milenio a.C.* (pp. 33-93)

1. Los sellos cilíndricos constituyen un objeto típico de Mesopotamia (fueron utilizados también por las sociedades vecinas en épocas diversas). Son pequeños cilindros (por lo general de piedra o de pasta) tallados con escenas a menudo muy complicadas (a veces incluso con inscripciones). Cuando se pasaba el cilindro sobre la superficie húmeda de una tablilla de arcilla, la imagen grabada quedaba impresa sobre el documento en toda su extensión. Se han encontrado numerosos sellos cilíndricos, y son muchas más las improntas conocidas por las tablillas. Constituyen una de las fuentes más importante para el estudio de la iconografía y el desarrollo de los diversos estilos, así como de las costumbres sociales y las prácticas gubernamentales (para una buena introducción general, véase Collon, 1987 [0M]; para la costumbre de utilizar sellos, McG. Gibson y R. D. Biggs, eds., *Seals and Sealing in the Ancient Near East* [Bibliotheca Mesopotamica, 6], Malibu, Cal., 1977).

2. Para los problemas relacionados con la terminología de las distintas fases arqueológicas, véase Crawford, 1991; U. Finkbeiner, ed., *Gamdat Nasr: period or regional style?*, Wiesbaden, 1986; para una análisis general de Jemdet Nasr, R. J. Matthews, «Jemdet Nasr: the site and period», *BibArch*, 55 (1992), pp. 196-205.

3. Cf. asimismo el yacimiento de Tell Beydar, recientemente descubierto y más o menos contemporáneo (a unos 45 km al oeste de Tell Brak, en la cabecera del río Khabur), donde un equipo de arqueólogos belgas ha descubierto cerca de 65 documentos (noticia en el *Independent* del 23-11-1993). Todos los nombres propios atestiguados son semíticos; los textos guardan afinidades con la Mesopotamia meridional. (El número de textos conocidos asciende en la actualidad a más de 100.)

4. La estela en cuestión (cuyos fragmentos se conservan en el Museo del Louvre) es un monumento de piedra caliza, con decoración en relieve por ambos lados; se desconoce el emplazamiento exacto en que fue erigida originariamente.

5. Este nombre se leía originalmente «Urukagina», pero ahora suele transcribirse por «Uruinimgina», aunque a veces la inseguridad respecto a una u otra forma hace que aparezca transcrito UruKAgina.

6. Ahora se sabe que el gran poema literario sobre la destrucción de Agade durante el reinado de Naram-Sin existía ya en el período Ur III; Cooper, 1983a, p. 11.

7. Diversas corrientes de esos cuentos afloran en la Lista de Reyes Sumerios (Jacobsen, 1939, col. vi. 31-35), la «Crónica Weidner» (*ABC*, 19, pp. 46-48), de época posterior, y un texto literario sumerio (Cooper y Heimpel, 1983).

8. Los altísimos excedentes que necesitaba el estado indican que las noticias que daría mucho después Heródoto acerca de la productividad agrícola de Babilonia, a las cuales, según el propio autor, sus oyentes se negaban a dar crédito (Heródoto, 1.193), probablemente fueran ciertas. Los materiales de Ur III demuestran con toda seguridad que ese rendimiento tan maravilloso era perfectamente posible.

9. Las pruebas de la existencia de los himnos reales en el período de Ur III son: *a*) los tonos arcaicos utilizados en algunos pasajes (Klein, 1981a; 1981b); y *b*) la identificación de un fragmento de la versión Ur III de un himno (Civil, *Or.*, 54 [1985]).

10. Las cartas fueron copiadas más tarde una y otra vez en las escuelas paleobabilónicas y quizá elaboradas allí mismo (Michalowski, 1980a).

2. *Mesopotamia c. 2000-c. 1600: los períodos paleobabilónico y paleoasirio* (pp. 94-140)

1. En el presente capítulo he seleccionado sólo cinco temas que ilustran algunos aspectos destacados de este período de la historia de Mesopotamia; tenga por tanto presente el lector el carácter selectivo de los materiales.

2. Rim-Sin y su padre, Warad-Sin (1834-1823), pertenecían a la familia de Kudurmabuk, que controlaba el territorio tribal de Emutbal, situado al este del Tigris, del que probablemente formara parte Larsa (Stol, 1976).

3. El lugar especial que ocupaba el rey con respecto a la comunidad puede expresarse también por medio de otro término, utilizado de vez en cuando en los documentos, a saber, *waklum* = 'superintendente', 'capataz'; Larsen, 1976.

4. Es posible que las colonias situadas al norte de Siria o cerca de esta zona dependieran directamente de Assur y se saltaran el trámite del *kārum* de Kanesh.

5. Se ha discutido mucho cuál era la fuente del estaño importado por Assur hasta Anatolia, y no existe ninguna seguridad absoluta, excepto que procedía de alguna parte al este de Assur; para los correspondientes estudios, véase Muhly, 1973, 1985; Muhly y Wertime, 1973; Stech y Pigot, 1986 (y también *RLA*, VIII, pp. 131-132). Recientemente ha sido identificada una fuente de estaño en Anatolia (Puertas de Cilicia) que, según algunos, habría podido utilizarse como tal durante el cuarto y el tercer milenio (K. Ashiham Yener y Hadi Özbal, *Antiquity* [1987], pp. 220-226); pero la tesis ha sido rechazada por Belli (1991). Buena parte del *AJA*, 97/2 (1993), está dedicada al análisis de esta cuestión y contiene toda la bibliografía existente hasta la fecha.

6. Los famosos archivos de Mari son contemporáneos de los reinados de Yasmah-Addu y Zimri-Lim.

7. Jezira (literalmente 'la isla') es el nombre que se da a la zona situada entre el Tigris y el Éufrates (al noroeste de Irak, al norte de Siria y al sur de Turquía). Se trata de una zona estéril, pero que tiene un enorme potencial agrícola bajo un régimen de regadío.

8. La mayor parte del volumen editado por Archi contiene artículos críticos para con la tesis de Polanyi, excepto la extensa colaboración de J. Renger acerca del período paleobabilónico. Para una excelente reseña crítica, bastante desfavorable a la postura de Renger, véase P. Vargyas, «The problem of private economy in the Ancient Near East», *BiOr*, 44 (1987), pp. 376-385.

9. El *assinnum* era, al parecer, un homosexual afeminado que desempeñaba el papel de una especie de bufón en determinados ritos; se ha pensado que quizá se tratara de un eunuco, pero no es seguro (para un análisis más completo, véase Durand, 1988, p. 395).

10. Se creía que la *qammatum*, relacionada con el templo de Dagan en Terqa (otra ciudad del reino de Mari), era una especie de sibila o profetisa, pero recientemente se la considera una participante en los actos de culto, caracterizada por su peinado, que era lo que le confería el título que llevaba (Durand, 1988, p. 396).

11. La ordalía mesopotámica del río no era como la de la Europa medieval, en la que el acusado perdía la vida tanto si se hundía como si nadaba; en Mesopotamia, el culpable se hundía y se ahogaba, mientras que el inocente nadaba y se salvaba.

12. Sigo la traducción de la profesora Dalley (1984, p. 34), en particular su ingeniosa sugerencia de traducir el diminutivo *Addaya* del nombre de Shamshi-Adad por «Papá», que da una ligera idea de la forma cariñosa de dirigirse al soberano.

3. *Egipto desde la dinastía I hasta la dinastía XVII (c. 3100/3000-1552)* (pp. 141-211)

1. La lista de Ábidos omite asimismo los episodios ideológicamente inaceptables de los reinados de Hatshepsut y de los faraones de el-Amarna (véase el capítulo 4, apartados 2 y 3).

2. Las excavaciones de Hieracómpolis y Ábidos, todavía en curso, no cesan de añadir carne al esqueleto de nuestras informaciones, y la imagen del desarrollo de Egipto va rellenándose continuamente (Dreyer, 1993); para un análisis general y actualizado, véase Spencer, 1993.

Liber

3. Han surgido considerables discrepancias en este sentido con Emery, el excavador de las magníficas y complejas mastabas de Saqqara, quien sostenía que estas tumbas eran los «verdaderos» enterramientos de los faraones del período dinástico arcaico (Emery, 1961). Sin embargo, Kemp, en un importante artículo escrupulosamente razonado (Kemp, 1966), ha persuadido a muchos estudiosos de que los reyes de las dos primeras dinastías fueron enterrados en Ábidos, a pesar de las dimensiones aparentemente menores de las tumbas.

4. Algunos testimonios descubiertos recientemente en Ábidos quizá demuestren que la escritura egipcia empezó a desarrollarse antes de 3100 aproximadamente. La concisión de las primeras inscripciones conservadas y las pruebas del uso de abreviaturas llevan a pensar que probablemente las normas ortográficas fueran establecidas con anterioridad (Spencer, 1993, pp. 61-62).

5. Merece la pena señalar aquí una serie de documentos que datan de poco antes de la reunificación de Egipto. Entre ellos cabe citar dos cartas (fragmentarias) que, al parecer, fueron arrojadas después de ser leídas; fueron encontradas en la parte oeste de Tebas. Se conservan fragmentos suficientes para demostrar que formaban parte de la correspondencia de un labrador del Alto Egipto, Hekanakhte, que se encontraba ausente en el norte, pero que seguía enviando a su hijo mayor una marea de instrucciones relativas a la administración de su casa y sus tierras. Nos ofrece uno de los panoramas más vivos de lo que era una hacienda agrícola relativamente modesta, las pautas de la vida doméstica y la estructura familiar, e incluso algunos rastros de las tensiones y diferencias entre los miembros de la familia. De hecho tan vivas son las cartas que Agatha Christie las utilizó como inspiración para una de sus novelas policíacas (*Death Comes as the End*), situada en el Egipto de esta época. Para su publicación y un estudio exhaustivo, véase James, 1962.

6. Beckerath, 1984, confirma el total de 108 años para los faraones de la dinastía XV.

7. Durante el Imperio Nuevo (véase el capítulo 4) aparecen en Egipto varios objetos que no están atestiguados anteriormente, entre ellos el carro de dos ruedas tirado por caballos y el arco compuesto. La elaboración del bronce constituye también una novedad del Imperio Nuevo. Es posible que esas innovaciones fueran introducidas por los faraones hicsos, pero los detalles siguen estando oscuros.

4. *El Egipto imperial: el Imperio Nuevo (1552/1550-1069)* (pp. 215-258)

1. En palabras de Alan Gardiner, «ni siquiera en la actualidad existe en todo Egipto un monumento arquitectónico más noble» (Gardiner, 1961 [0D], p. 185).

2. Esta tesis me la sugirió J. Goody, ed., *Succession to High Office* (Cambridge Papers in Social Anthropology), Cambridge, 1966, pp. 10-12, quien demuestra que los personajes «extraños» y «neutros» (incluidas las mujeres) pueden actuar como depositarios encargados de proteger los intereses políticos durante los períodos de transición.

3. Para algunas cuestiones insólitas acerca de las relaciones familiares, véase Samson, 1977.

4. Han seguido realizándose prospecciones y excavaciones bajo la dirección de B. Kemp y G. T. Martin (el-Amarna), y J. Spencer (Hermópolis).

5. La Esfinge era una estatua sedente del Imperio Antiguo que representaba al faraón Quefrén (Khafra, dinastía IV) en forma de león con cabeza de hombre. Durante el Imperio Nuevo la Esfinge era venerada como manifestación del dios Harmakhis = 'Horus en el horizonte'.

6. La profesora Desroches-Noblecourt (1963) sostiene que las figuras atadas estaban colocadas en el extremo inferior del bastón, es decir, pretende dar la vuelta al objeto y ponerlo patas arriba. En mi opinión, esto resulta bastante difícil de imaginar, de modo que he preferido seguir la interpretación habitual, que lo considera un típico ejemplar de «bastón de paseo con cabeza humana».

5. *Los hititas* (pp. 259-317)

1. G. Steiner sostiene en la *Festschrift* dedicada a Nimet Özgüç (1993) que Zalpa estaría situada en el Gran Lago Salado, en la Turquía central.

2. Los tres ejemplares corresponden a un texto completo y dos versiones fragmentarias, una del período Paleohitita (1650-1500) y otra en acadio.

3. Últimamente ha quedado bien establecido que la forma hitita del nombre Kanesh era «Nesa» (cf. Otten, 1973). Parece que la «K» inicial era muda (o había pasado a serlo); cf. las «k» mudas de palabras inglesas como *knit*, *knee*, *knock*, etc.

4. Los textos denominados a menudo «Listas de los reyes hititas» no son listas cronológicas de los distintos monarcas, sino meras relaciones de los antepasados de los reyes a los que se realizaban ofrendas. Entre ellos aparecen determinados personajes que nunca ocuparon el trono (por ejemplo, las reinas).

5. Debido a las enormes dudas cronológicas que rodean la lista de reyes hititas, existe también bastante confusión en torno a la numeración de los monarcas. Por ejemplo, no está muy claro cuántos reyes se llamaron Mursili: están atestiguados sólo dos, Mursili I (1620-1590) y Mursili II (1330-1295/1321-1295); pero en otro tiempo se pensaba que hubo otro, de suerte que los libros más antiguos se refieren al soberano que en la actualidad suele llamarse Mursili II con el nombre de «Mursuli III». Problemas semejantes plantean los reyes llamados Tudhaliya y Muwatalli, y existen muchísimas discrepancias en torno al número de reyes llamados Hattusili. De momento es imposible llegar a ninguna certeza en este terreno.

6. Un grave problema es el que plantea la total ausencia de materiales micénicos en la Anatolia central; y cabría esperar encontrar alguno si los hititas hubieran estado en contacto con los centros micénicos. Además sólo puede atribuirse con algún grado de verosimilitud un origen anatólico central a ocho objetos descubiertos en el Egeo de la Edad del Bronce, cifra que constituiría apenas el 1 por 100 de los artefactos originarios del Oriente Próximo descubiertos en el Egeo de la Edad del Bronce (E. H. Clines, *AnSt*, 41 [1991], pp. 133 y ss.).

7. Todos los documentos citados, a menos que se avise de lo contrario, proceden de los grandes archivos encontrados en la ciudad de Hattusa, especialmente en el Gran Templo. Muchos se conservan en diversas copias, a veces de épocas distintas, de modo que constituyen versiones manipuladas. Para los detalles de los elementos constituyentes de los textos (hasta 1970), véanse las referencias citadas en *CTH*.

8. Existe una excepción muy concreta: el nuevo rey Muwatalli (I), del Reino Medio (véase *supra*, p. 265); y puede que hubiera más. No sabemos qué relación tenía con los monarcas del Imperio Arcaico, y tendremos que esperar a conocer mejor a los soberanos del Reino Medio.

6. *Siria y Levante* (pp. 318-370)

1. Debido a la polivalencia de muchos signos cuneiformes mesopotámicos, existen al menos tres posibilidades de leer el nombre de Shattiwaza, que han sido propuestas por los especialistas en distintos momentos: Kurtiwaza, Mattiwaza y Shattiwaza. Recientemente los especialistas en lengua hurrita han defendido la lectura «Shattiwaza». Los lectores deberían tener presente que este personaje es el mismo que el «Mattiwaza» y el «Kurtiwaza» que encontrarán en libros publicados antes de los años ochenta.

2. En los años setenta se realizó un intento de precisar un poco las posibilidades de localización de la capital del reino mitannio, Washshukanni, sometiendo las cartas de el-Amarna escritas por el soberano de Mitanni a un análisis de la arcilla, dando por supuesto que habían sido escritas en Washshukanni. El método comporta algunas dudas, pero ha demostrado que la tablilla EA 18, en la actualidad muy deteriorada, estaba hecha de un barro distinto al de las demás cartas mitannias; basándose en este hecho, Dobel *et al.*, 1977, han postulado que no formaría parte de la correspondencia mitannio-egipcia.

Liber

3. Los signos utilizados para escribir este nombre son «UD» y el sufijo hurrita «-hi». De momento no se sabe cuál es la pronunciación de «UD» y por eso hemos adoptado el método un tanto incómodo de dar sólo el signo del nombre («UD»); el hecho de escribirlo con mayúsculas indica que se trata de una forma insegura.

7. *Mesopotamia* c. *1600*-c. *900* (pp. 371-424)

1. «País del Mar» (*māt tamtim*) era el término utilizado habitualmente durante el primer milenio para designar la parte correspondiente al extremo sur de Irak, esto es, las tierras que bordean el golfo Pérsico. Para la idea según la cual se extendía también por el interior de Arabia, véase Dougherty, 1932.

2. Lo mismo que Washshukanni, Taide no ha sido localizada con seguridad todavía (véase el capítulo 6, apartado 1); se habla de algún lugar en la cabecera del Khabur, y se ha propuesto provisionalmente Tell Brak (pero véase *supra*, p. 320).

3. En la campaña de 1993, se encontraron en Tell Sabi Abyad otras cincuenta y tres tablillas medioasirias, casi la mitad de ellas en buen estado de conservación. Datan de finales del reinado de Salmanasar I o del de Ashur-nirari III (comunicación oral de F. Wiggerman en la Rencontre Assyriologique Internationale de Berlín, julio de 1994).

4. «Rey de Anshan» es también uno de los títulos ostentados por Ciro el Grande de Persia y sus predecesores del siglo VI.

5. Se desconoce la fecha exacta y el contexto de la composición de la obra (K 2660). Adopta la forma de una seudobiografía real en tono poético; su mal estado de conservación hace que la identidad del protagonista resulte incierta, pero es muy verosímil que se trate de Nabucodonosor I (Brinkman, 1968, p. 328, s. v. 4.3.9).

6. El nombramiento de una hija de Nabucodonosor I como *ēntu* de Ur se conoce sólo por un texto de Nabonido (556-539: YOS I, 45). Este autor alude a su descubrimiento de la descripción del vestido y el ritual que acompañaban la toma de posesión de la *ēntu* en un texto de Nabucodonosor I en el que se conmemoraba la ofrenda de su hija al dios. Por consiguiente es lícito poner en duda la historicidad de este acto de Nabucodonosor I (Weadock, 1975, p. 112), aunque la mayoría de los autores admiten su validez.

Liber

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN: BIBLIOGRAFÍA SELECTA Y OBRAS DE CONSULTA

A. Bibliografía general

Arnaud, D., 1970: *Le Proche-Orient Ancien de l'invention de l'écriture à l'hellénisation*, París.

Baines, J., Málek, J., 1980: *Cultural Atlas of Ancient Egypt*, Oxford.

Burney, C, 1977: *From Village To Empire: An Introduction to Near Eastern Archaeology*, Oxford.

David, A. R., 1975: *The Egyptian Kingdoms*, Oxford.

Hrouda, B. (Hrsg.), 1991: *Der alte Orient*, Munich (trad. franc.: París, 1991).

Moorey, P. R. S., 1975: *Biblical Lands*, Oxford.

Postgate, J. N., 1977: *The First Empires*, Oxford.

Roaf, M., 1990: *Cultural Atlas of Mesopotamia and the Ancient Near East*, Oxford.

Sasson, J. M. (ed.), 1995: *Civilisations of the Ancient Near East*, Nueva York.

Schmökel, H., 1961: *Kulturgeschichte des alten Orients*, Stuttgart.

Von Soden, W., 1993: *The Ancient Orient: An Introduction to the study of the ancient Near East* (trad. de ed. alemana, 1985), Leominster.

Wiseman, D. J. (ed.), 1973: *Peoples of Old Testament Times*, Oxford.

B. Manuales con aportaciones de distintos especialistas

Bottéro, J., Cassin, E., Vercoutter, J. (eds.), 1967a: *The Near East: The Early Civilisations* (trad. de la Fischer Weltgeschichte Band 2), Londres.

—, 1966: *Die altorientalischen Reiche II* (Fischer Weltgeschichte Band 3), Frankfurt del Main.

—, 1967b: *Die altorientalischen Reiche III: Die esrste Hälfte des 1. Jahrtausends* (Fischer Weltgeschichte Band 4), Frankfurt del Main (el contenido de los tres volúmenes llega hasta las conquistas de los persas).

Cambridge Ancient Histoy I, II, III/1, III/2, IV, VI (ed. rev.), 1972-1994, Cambridge.

C. Manuales acerca de la mayor parte de la región

Garelli, P., 1969: *Le Proche-Orient Asiatique* (Nouvelle Clio), París (estudio detallado desde *c.* 3000 hasta *c.* 1200, salvo Egipto).

Liber

Garelli, P., Nikiprowetzky, W., 1974: *Le Proche-Orient Asiatique: Israël II* (Nouvelle Clio), París (estudio detallado desde *c.* 1200 hasta 539, salvo Egipto).
Hallo, W. W., Simpson, W. K., 1971: *The Ancient Near East: A History*, Nueva York (desde *c.* 3000 hasta la conquista persa).
Klengel, H. *et al.*, 1989: *Kulturgeschichte des alten Vorderasien* (Veröffentlichungen des Zentralinstituts für alte Geschichte).
Knapp, B., 1988: *The Ancient History of Western Asia and Egypt*, Chicago (desde el Neolítico hasta Alejandro, incluido el Egeo).
Liverani, M., 1988: *Antico Oriente: storia, società, economia*, Roma (estudio detallado desde *c.* 3000 hasta Alejandro, a excepción de Egipto).
Schmökel, H., 1957: *Geschichte des alten Vorderasien* (HdO), Leyden (desde *c.* 3000 hasta 539, salvo Egipto).

D. Manuales de Historia de Egipto

Drioton, E., Vandier, J., 1984: *L'Égypte: Dès origines à la conquête d'Alexandre* (6.ª ed.), París.
Gardiner, A., 1961: *Egypt of the Pharaohs*, Oxford.
Grimal, N., 1992: *A History of Ancient Egypt* (trad.), Oxford.
Helck, W., 1968: *Geschichte des alten Ägypten* (HdO), Leyden.
Trigger, B., Kemp, B., O'Connor, D., Lloyd, A., 1983: *Ancient Egypt: A Social History*, Cambridge (los tres primeros artículos aparecieron originalmente como capítulos de la *Cambridge History of Africa I* [1982]).

E. Colecciones de artículos y volúmenes de homenaje (symoposia, Festschriften): selección de los más recientes o importantes

Alster, B. (ed.), 1980: *Death in Mesopotamia*, Copenhague (incluye estudios de los materiales hititas, ugaríticos y del Golfo Pérsico).
Archi, A. (ed.), 1984: *Circulation of Goods in Non-Palatial Contexts in the Ancient Near East* (Incunabula Graeca, 82), Roma.
Bounni, 1990 = *Resurrecting the Past: a joint tribute to Adnan Bounni* (eds. P. Matthiae, M. van Loon, H. Weiss), Leyden, 1990.
Cameron, A., Kuhrt, A. (eds.), 1983: *Images of Women in Antiquity* (ed. rev. 1993), Londres.
Campbell, E. F., Freedman, D. N. (eds.), 1983: *Biblical Archaeological Reader IV*. Sheffield.
Cassin, E., 1987: *Le Semblable et le différent: symbolismes du pouvoir dans le proche-orient ancien*, París.
Diakonoff, I. M. (ed.), 1969: *Ancient Mesopotamia: socio-economic History* (trad. de diversos artículos de especialistas soviéticos), Moscú.
Diakonoff, Studies = *Societies and Languages of the Ancient Near East: studies in honour of I. M. Diakonoff* (ed. M. Dandamaev *et al.*), Warminster, 1982.
Durand, J.-M. (ed.), 1987: *La femme dans le proche-orient antique*, París.
Finkelstein, Essays = *Essays on the Ancient Near East in Memory of J. J. Finkelstein* (ed. M. de Jong Ellis), Hamden, Conn., 1977.
Garelli, P. (ed.), 1974: *Le Palais et la Royauté*, París.

Liber

Garelli, Études = *Marchands, diplomates et Empereurs: études sur la civilisation mésopotamienne offertes à Paul Garelli* (eds. D. Charpin *et al.*), París, 1991.
Gibson, McG., Biggs, R. D. (eds.), 1987: *The Organization of Power: aspects of bureaucracy in the Ancient Near East*, Chicago.
Goedicke, H., Roberts, J. M. (eds.), 1975: *Unity and Diversity: essays in the history, literature, and religion of the ancient Near East* (John Hopkins Near Eastern Studies), Baltimore, MD.
Hallo, 1993 = *The Tablet and the Scroll: Near Eastern studies in honour of William W. Hallo*, Bethesda, MD.
Jacobsen, T., 1970: *Toward the Image of Tammuz and Other Essays on Mesopotamian History and Culture* (ed. W. Moran; Harvard Semitic Series 21), Cambridge, Mass.
Kraeling, C. H., Adams, R. McC. (eds.), 1960: *City invincible*, Chicago.
Kramer, Studies: *Studies in the Literature of the Ancient Near East dedicated to S. N. Kramer* (ed. J. M. Sasson = *JAOS* 103 [1983]:1-353).
Kraus, Festschrift = *Zikir šumim: Assyriological Studies presented to F. R. Kraus* (eds. G. van Driel *et al.*), Leyden, 1982.
Landsberger, Studies = *Studies in Honor of Benno Landsberger* (AS 16), Chicago, 1965.
Larsen, M. T. (ed.), 1979: *Power and Propaganda: a symposium on ancient empires*, Copenhague.
Lesko, B. S. (ed.), 1989: *Women's Earliest Records from Ancient Egypt and Western Asia* (Brown Judaic Studies 166), Atlanta, Ga.
Lipiński, E. (ed.), 1979: *State and Temple Economy in the Ancient Near East* (2 vols.), Lovaina.
Moran, Studies = *Lingering over Words: studies in ancient Near Eastern literature in honor of William L. Moran* (eds. T. Abusch *et al.*), Atlanta, Ga., 1990.
Nissen, H. Renger, J. (eds.), 1982: *Mesopotamien und seine Nachbarn* (2 vols.), Berlín.
Powell, M. A. (ed.), 1987: *Labor in the Ancient Near East* (AOS 68), New Haven, Conn.
Rowlands, M., Larsen, M., Kristiansen, K. (eds.), 1987: *Centre and Periphery in the Ancient World* (New Directions in Archaeology), Cambridge.
Stato Economia Lavoro nel Vicino Oriente Antico (Istituto Gramsci Toscano: Seminario di Orientalistica Antica), Milán, 1988.
Ucko, P. J., Tringham, R., Dimbleby, G. W. (eds.), 1972: *Man, Settlement and Urbanism*, Londres.
Veenhof, K. (ed.), 1986: *Cuneiform Archives and Libraries*, Leyden.

F. Tecnología básica

Barber, E. J. W., 1991: *Prehistoric Textiles: the development of cloth in the Neolithic and Bronze Ages with special reference to the Aegean*, Princeton, NJ.
Hodges, *H.*, 1970: *Technology in the Ancient World*, Harmondsworth.
—, 1976: *Artifacts: an introduction to early materials and technologies* (ed. rev.), Londres
Lucas, *A.*, 1962: *Ancient Egyptian Materials and Industries* (rev. de J. R. Harris), Londres.
Moorey, P. R. S., 1985: *Materials and Manufacture in Ancient Mesopotamia: the evidence of art and archaeology*, Oxford.

Liber

G. Trasfondo histórico-cultural de la región

a) *Egipto*

Harris, J. R. (ed.), 1971: *The Legacy of Egypt* (2.ª ed.), Oxford.
James, T. G. H., 1979: *An Introduction to Ancient Egypt*, Londres.
Kees, H., 1961: *Ancient Egypt: a cultural topography* (trad.), Chicago.
Kemp, B., 1989: *Ancient Egypt: anatomy of a civilization*, Londres.
Robins, G., 1993: *Women in Ancient Egypt*, Londres.
Smith, H. S., Hall, R., 1983: *Ancient Centres of Egyptian Civilization*, Londres.
Spencer, A. J., 1982: *Death in Ancient Egypt*, Harmondsworth.
Strouthal, E., 1992: *Life in Ancient Egypt* (trad.), Cambridge.
Watterson, B., 1991: *Women in Ancient Egypt*, Stroud.

b) *Mesopotamia*

Bottéro, J., 1992: *Mesopotamia: writing, reasoning and the gods* (trad.), Chicago.
Bottéro, J., *et al.*, 1992: *Initiation à l'Orient Ancien: de Sumer à la Bible*, París.
Bottéro, J., Stève, M.-J., 1993: *Il était une fois la Mésopotamie*, París.
Curtis, J. (ed.), 1982: *Fifty Years of Mesopotamian Discovery: the work of the British School of Archaeology in Iraq, 1932-1982*, Londres.
Oates, J., 1986: *Babylon*, (ed. rev.), Londres.
Oppenheim, A. L., 1974: *Ancient Mesopotamia: portrait of a dead civilization* (ed. rev.), Chicago.
Roux, G., 1980: *Ancient Iraq* (2.ª ed.), Harmondsworth.
Saggs, H. W. F., 1963: *The Greatness That Was Babylon*, Londres.

c) *Siria*

Chavalas, M. W., Hayes, J. L. (eds.), 1992: *New Horizons in the Study of Ancient Syria* (Bibliotheca Mesopotamica 25), Malibu, Cal.
Klengel, H., 1992: *Syria 3000 to 300 BC: a handbook of political history*, Berlín.
Land des Baals: Syrien -Forum der Völker und Kulturen (cat. de la exp., Museum für Vor-und Frühgeschichte, Berlín), Munich, 1982.
Weiss, H. (ed.), 1985: *Ebla to Damascus: art and archaeology of ancient Syria*, Washington.

d) *Palestina*

Aharoni, Y., 1979: *The Land of the Bible: a historical geography* (ed. rev.), Londres.
—, 1982: *The Archaeology of the Land of Israel: from the prehistoric beginnings to the end of the first temple period* (trad.), Londres.
Bienkowski, P. (ed.), *The Art of Ancient Jordan*, Liverpool.
Kenyon, K., 1979: *Archaeology in the Holy Land* (4.ª ed.; reimpr. 1985), Londres.
Mazar, A., 1990: *Archaeology of the Land of the Bible: 10000-586 BCE* (The Anchor Bible reference Library; ed. rev., 1992), Nueva York.
Moorey, P. R. S., 1981: *Excavation in Palestine*, Farnham.
Tubb, J., Chapman, R. (eds.), 1990: *Archaeology and the Bible*, Londres.
Weippert, H., 1988: *Palästina in vorhellenistischer Zeit* (Handbuch der Archäologie), Munich.

e) *Anatolia*

McQueen, J. G., 1986: *The Hittites and Their Contemporaries in Asia Minior* (ed. rev.), Londres.
Schatten uit Turkije (Treasures from Turkey) (texto en holandés y en turco, y algunos en inglés; cat. de la exp. ricamente ilustrado), Leyden, 1986.

f) *Golfo Pérsico*

al-Khalifa, S. H. A., Rice, M. (eds.), 1986: *Bahrain through the Ages: the Archaeology*, Londres.
Potts, D. T., 1990: *The Arabian Gulf in Antiquity* (2 vols.), Oxford.

g) *Nubia*

Adams, W. Y., 1975: *Nubia: Corridor to Africa*, Londres.
Africa in Antiquity: the arts of ancient Nubia and Sudan (Brooklyn Museum, Catálogo de la Exposición), Nueva York, 1978.
Davies, W. V. (ed.), 1991: *Egypt and Africa: Nubia from prehistory to Islam*, Londres.

h) *Asia Central*

Kohl, P. L. (ed.), 1981: *The Bronze Age Civilizations of Central Asia: recent Soviet discoveries*, Nueva York.
Masson, V. M., Sarianidi, V. I., 1972: *Central Asia: Turkmenia before the Achaemenids*, Londres.

i) *Irán*

Frye, R. N., 1964: *The Heritage of Iran*, Londres.
Huot, J.-L., 1970: *Persia I: From the Origins to the Achaemenids* (trad.), Londres.
Matheson, S., 1972: *Persia: an archaeological guide*, Londres.
Tucci, G. (ed.), 1978: *La Città Brucciata nel deserto salato*, Venecia.

j) *India*

Allchin, B., Allchin, R., 1982: *The Rise of Civilization in India and Pakistan*, Cambridge.
Fairservis, W. A., 1975: *The Roots of Ancient India: the archaeology of early Indian civilization* (2.ª ed.), Chicago.
Ratnagar, S., 1991: *Enquiries into the Political Organization of Harappan Society*, Puna.
Thapar, R., 1966: *A History of India* I, Harmondsworth.

k) *Primeros contactos e inicio de las relaciones comerciales entre el Asia Occidental y Oriente*

Curtis, J. (ed.), 1993: *Early Mesopotamia and Iran: contacts and conflict c. 3500-1600 BC* (Actas del seminario celebrado en memoria de V. G. Lukonin), Londres.
Herrmann, G., 1968: «Lapis-lazuli: the early phases of its trade», *Iraq* 30:21-57.

Liber

Kohl, P., 1975: «Carved chloride vessels: a trade in finished commodities in the mid-third millennium», *Expedition* 18/1:18-31.
Lamberg-Karlovsky, C. C., 1972: «Trade mechanisms in Indus-Mesopotamian interrelations», *JAOS* 92:222-229.

H. Sistemas de escritura

André, B., Ziegler, C., 1982: *Naissance de l'écriture: cunéiformes et hiéroglyphes*, París.
Diringer, D., 1948: *The Alphabet: a key to the history of mankind*, Londres.
Driver, G. R., 1976: *Semitic Writing from Pictograph to Alphabet* (3.ª ed. rev.), Londres.
Gelb, I. J., 1963: *A Study of Writing* (ed. rev.), Chicago.
Hooker, J. T. (ed.), 1991: *Reading the Past: ancient writings from cuneiform to the alphabet*, Londres.
Naveh, J., 1982: *The Early History of the Alphabet*, Jerusalén.
Powell, M. A. (ed.), 1981: *aspects of Cuneiform Writing* (= *Visible Langage* 15/4).
World Archaeology 17/3 (1986): Early Writing Systems.

I. Literatura y textos traducidos

Breasted, J. H., 1906: *Ancient Records of Egypt* (5 vols.), Chicago.
Dalley, S., 1989: *Myths from Mesopotamia: creation, the flood, Gilgamesh and others*, Oxford.
Erman, A., 1927: *The Literature of the Ancient Egyptians* (trad. inglesa del original), reeditado con el título *The Ancient Egyptians: a sourcebook of their writings*, Nueva York, 1966.
Foster, B. R., 1993: *Before the Muses: an anthology of Akkadian literature* (2 vols.), Bethesda, MD.
Kaiser, O. *et al.*, (Hrsg.), *Texte aus der Umwelt des Alten Testaments*, Gütersloh, 1982- (publicación en constante aparición).
Kovacs, M. G., 1989: *The Epic of Gilgamesh*, Stanford, Cal.
Lichtheim, M., 1973-1980: *Ancient Egyptian Literature: a book of readings* (3 vols.), Berkeley, Cal.
Oppenheim, A. L., 1967: *Letters from Mesopotamia*, Chicago.
Pritchard, J. B. (ed.), 1969: *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, Princeton, NJ.
Simpson, W. K. (ed.), 1972, *The Literature of Ancient Egypt: an anthology of stories, instructions and poetry*, New Haven, Conn.
Veenhof, K. (ed.), 1983: *Schrijvend Verleden*, Leyden.

J. Estudios sobre textos literarios

Brunner, H., 1966: *Grundzüge einer Geschichte der altägyptischen Literatur*, Darmstadt.
Farber, W., 1989: *Schlaf, Kindchen, schlaf! Mesopotamische Baby-Beschwörungen und-Rituale* (Mesopotamian Civilization 2), Winona Lake, IN.

Liber

Hecker, K., Sommerfeld, W., 1986: *Keilschriftliche Literaturen* (Berliner Beiträge zum Vorderen Orient 6), Berlín.
Mindlin, M., Geller, M. J., Wansbrough, J. E. (eds.), 1987: *Figurative Language in the Ancient Near East*, Londres.
Reiner, E., 1985: *«Your thwarts in pieces, your mooring rope cut»: poetry from Babylonia and Assyria*, Ann Arbor, Mich.
Röllig, W. (Hrsg.), 1978: *Altorientalische Literaturen* (Neues Handbuch der Literaturwissenschaft 1), Wiesbaden.
Vogelzang, M. E., Vanstiphout, H. L. J. (eds.), 1992: *Mesopotamian Epic Literature: oral or aural?*, Queenston, Ontario.

K. Historiografía

Albrektson, B., 1967: *History and the Gods: an essay on the idea of historical events as divine manifestations in the ancient Near East*, Lund.
Cancik, H., 1976: *Grundzüge der hethitischen und alttestamentlichen Geschichtschreibung*, Wiesbaden.
Dentan, R. C. (ed.), 1954: *The Idea of History in Ancient Near* East (reimpr. 1983), New Haven, Conn.
Glassner, J.-J., 1993: *Chroniques Mésopotamiennes* (La roue à livres), París.
Grayson, A. K., 1975: *Assyrian and Babylonian Chronicles* (TCS 5), Locust Valley, NY.
Orientalia 49/2 (1980): Historiography in the Ancient Near East.
Redford, D. B., 1986: *Pharaonic King-lists, Annals and Day-books: a contribution to the study of the Egyptian sense of history* (SSEA Publications IV), Mississauga, Ontario.
Tadmor, H., Weinfeld, M. (eds.), 1983: *Historiography and Interpretation: studies in biblical and cuneiform literatures*, Jerusalén.
Van Seters, J., 1983: *In Search of History*, New Haven, Conn.

L. Religión y mitología

Black, J., Green, A., 1992: *Gods, Demons and Symbols of Ancient Mesopotamia: an illustrated dictionary*, Londres.
Bottéro, J., Kramer, S. N., 1989: *Lorsque les dieux faisaient l'homme: mythologie mésopotamienne*, París.
Clark, R. T. Rundle, 1959: *Myth and Symbol in Ancient Egypt* (reimpr. 1978), Londres.
Frankfort, H., 1948: *Kingship and the Gods: a study of ancient Near Eastern religion as the integration of society and nature* (reimpr. 1978), Chicago.
Frymer-Kensky, T., 1992: *In the wake of the Goddesses: women, culture and the biblical transformation of pagan myth*, Nueva York.
Hornung, E., 1983: *Conceptions of God in Ancient Egypt* (trad. inglesa de la versión original), Londres.
Jacobsen, T., 1976: *The Treasures of Darkness: a history of Mesopotamian religion*, New Haven, Conn.
Leick, G., 1991: *A Dictionary of Ancient Near Eastern Mythology*, Londres.
Lurker, M., 1980: *The Gods and Symbols of Ancient Egypt*, Londres.
McCall, H., 1990: *Mesopotamian Myths*, Londres.
Thomas, A. P., 1986: *Egyptian Gods and Myths* (Shire Egyptology), Aylesbury.

Liber

M. Arte

Amiet, P., 1980: *Art of the Ancient Near East*, Nueva York.
Collon, D., 1987: *First Impressions: cylinder seals in the ancient Near East*, Londres.
Frankfort, H., 1954: *The Art and Architecture of the Ancient Orient* (ed. rev. 1975), Harmondsworth.
Gunter, A. (ed.), 1990: *Investigating Artistic Environments in the Ancient Near East*, Washington, DC.
Leick, G., 1988: *A Dictionary of Ancient Near eastern Architecture*, Londres.
Moortgat, A., 1984: *Die Kunst des alten Mesopotamien* (ed. rev., 2 vols.), Colonia.
Muscarella, O., 1988: *Bronze and Iron: ancient Near Eastern artefacts in the Metropolitan Museum of Art*, Nueva York.
Orthmann, W., 1975: *Der alte Orient* (Propyläen Kunstgeschichte 14; reimpr. 1988), Berlín.
Robins, G., 1986: *Egyptian Painting and Relief* (Shire Egyptology), Aylesbury.
Seton-Williams, V., 1981: *Babylonia: treasures from Mesopotamia*, Luxemburgo.
Stevenson Smith, W., 1958: *The Art and Architecture of Ancient Egypt* (ed. rev. 1965), Harmondsworth.
Strommenger, E., Hirmer, M., 1965: *The Art of Ancient Mesopotamia* (trad. ing. de la versión original), Londres.

N. Geografía y economía

Beaumont, P., Blake, G. H., Wagstaff, J. M., 1976: *The Middle East: a geographical study*, Chichester.
Bulletin on Sumerian Agriculture, Cambridge (1986-).
Bulliet, R., 1990: *The Camel and the Wheel* (ed. rev.), Nueva York.
Oates, J. (ed.), 1993: *Ancient Trade: New Perspectives* (= *World Archaeology* 24/3).
Silver, M. 1985: *Economic Structures of the Ancient Near East*, Londres.

O. Debates cronológicos

Aström, P. (ed.), 1987-1989: *High, Middle or Low? Acts of an International Colloquium on Absolute Chronology Held at the University of Gothenburg, 20th-22nd August, 1987*, Gothenburg.
Bietak, M. (ed.), 1992: *High, Middle or Low? Acts of the Second International Colloquium on Absolute Chronology: the Bronze Age in the Eastern Mediterranean*, Viena.
Ehrich, R. W. (ed.), 1992: *Chronologies in Old World Archaeology* (3.ª ed. rev., 2 vols.), Chicago.
Gates, M.-H. C., 1981: *Alalakh Levels VI and V: a chronological reassessment* (Syro-Mesopotamian Studies 4/2), Malibu, Cal.
Huber, P. J., 1982: «Astronomical dating of Babylon I and Ur III», *Occasional Papers on the Near East* 1/4, Malibu, Cal.:107-199.
Na'aman, N., 1984: «Statements of time spans by Babylonian and Assyrian kings and Mesopotamian chronology», *Iraq* 46:115-124.

Liber

P. Antecedentes neolíticos

Dixon, J. E., Cann, J. R., Renfrew, C., 1972: «Obsidian and the origins of trade», *Old World Archaeology: foundations of civilization* (Readings from the *Scientific American*), San Francisco:80-88.
Kenyon, K., 1972: «Ancient Jericho», *Old World Archaeology: foundations of civilization* (Readings from the *Scientific American*), San Francisco:89-94.
Mellaart, J., 1967: *Çatal Hüyük: a neolithic town in Anatolia* (New Aspects of Antiquity), Londres.
—, 1975: *The Neolithic of the Near East*, Londres.
McNairn, B., 1980: *The Method and Theory of V. Gordon Childe: economic, social, and cultural interpretations of prehistory*, Edimburgo.
Oates, D. y J., 1976: *The Rise of Civilization*, Oxford.
Unger-Hamilton, R. J. S., 1985: *Method and Micro-ware Analysis: sickles and other tools from Arjoune, Syria* (Londres, tesis).

Q. Enciclopedias especializadas

Encyclopaedia of Archaeological Excavations in the Holy Land (eds. M. Avi-Yonah y E. Stern; 4 vols.), Oxford, 1975-1978.
Lexikon der Ägyptologie (Hrsg. W. Helck *et al.*; 6 vols.), Wiesbaden, 1975-1986.
The New Encyclopaedia of Archaeological Excavations in the Holy Land (ed. E. Stern), Nueva York, 1993.
Reallexikon der Assyriologie (Hrsg. D. O. Edzard *et al.*), Berlín, 1928- (en publicación).

Para una lista completa de las abreviaturas y los convencionalismos habituales véase Borger, R., 1968-1975: *Handbuch der Keilschriftliteratur*, Berlín.
Chicago Assyrian Dictionary, Chicago, 1964- (en publicación).
Hornung, E., 1967: *Einführung in die Ägyptologie*, Darmstadt.
Lexikon der Ägyptologie, Wiesbaden, 1975-1986.

CAPÍTULO 1

Bibliografía general

Liverani, 1988 [0C], caps. 4-9; *CAH* I, caps. 12, 13, 16, 17, 19, 22; Bottéro *et al.*, 1967a [0B], caps. 1-4; Oates y Oates, 1976 [0P]; Oates, 1986 [0Gb], caps. 1-2; Klengel *et al.*, 1989 [0C]:36-143.

y (véase *infra* información detallada)
Crawford, 1991; Hauptman y Waetzoldt, 1988; Kramer, 1956; Liverani, 1993; Matthiae, 1989; Nissen, 1988; Postgate, 1992; Schmandt-Besserat, 1976.

Obras de consulta

Adams, R. McC., 1966: *The Evolution of Urban Society: early Mesopotamia and prehispanic Mexico*, Chicago.
Liber

—, 1981: *Heartland of Cities: surveys of ancient settlements and landuse in the central floodplain of the Euphrates*, Chicago.
Alberti, A., Pomponio, F., 1986: *Pre-Sargonic and Sargonic Texts from Ur edited in UET 2, Supplement* (Studia Pohl, Series Maior 13), Roma.
Al-Fouadi, A. H., 1976: «Bassekti statue with an Old Akkadian royal inscription of Naram-Sîn of Agade», *Sumer* 32:63-75.
Algaze, G., 1993: *The Uruk World System: the dynamics of expansion of early Mesopotamian civilization*, Chicago.
Akster, B., 1974: *The Instructions of Shuruppak to his son Ziusudra* (Mesopotamia 2), Copenhague.
Amiet, P., 1976: *Art d'Agadé au Musée du Louvre*, París.
—, 1980: «The mythological repertoire in cylinder seals of the Agade period», en Porada, E. (ed.), *Ancient Art in Seals*, Princeton, NJ:35-53.
Asher-Grève, J., 1985: *Frauen in altsumerischer Zeit*, Malibu, Cal.
Becker, A., 1985: «Neusumerische Renaissance? Wissenschaftgeschichtliche Untersuchungen zur Philologie und Archäologie», *BaM* 16:30-316.
Berlin, A., 1983: «Ethnopoetry and epics of the Enmerkar cycle», en Kramer, Studies [0E]:17-24.
Biggs, R. D., 1974: *Inscriptions from Tell Abu Salabikh* (OIP 99), Chicago.
Buccellati, G. G., 1966: *The Amorites of the Ur III Period*, Nápoles.
Carter y Stolper, 1984 [cap. 7].
Charvát, P., 1978: «The growth of Lugalzagesi's empire», en Hruška, B, Komoróczy, G. (eds.), *Festschrift für L. Matouš*, Budapest:43-49.
Civil, M., 1987: «Ur III bureaucracy: quantitative aspects», en Gibson y Biggs [0E]:35-44.
Cohen, S., 1973: *Enmerkar and the Lord of Aratta* (tesis de la Univ. de Penn.).
Cooper, J. S., 1973: «Sumerian and Akkadian in Sumer and Akkad», *Or.* 42:239-246.
—, 1980: «Apodotic Death and the historicity of 'historical' omens», en Alster [0E]:99-105.
—, 1983a: *The Curse of Agade*, Baltimore.
—, 1983b: *Reconstructing History from Ancient Inscriptions: the Lagash-Umma border conflict* (Sources from the Ancient Near East 2/1), Malibu, Cal.
—, 1986: *Sumerian and Akkadian Royal Inscriptions*, vol. I: *Pre-Sargonic Inscriptions* (AOS Translation Series I), Winona Lake, In.
Cooper, J., Heimpel, W., 1983: «The Sumerian Sargon Legend», *JAOS* 103:67-82.
Crawford, H. E. W., 1977: *The Architecture of Iraq in the Third Millennium BC*, Copenhague.
—, 1991: *Sumer and the Sumerians*, Cambridge.
Deimel, A., 1931: *Sumerische Tempelwirtschaft zur Zeit Urukaginas und seiner Vorgänger*, Roma.
Diakonoff, I. M., 1959: *Structure of Society and State in Early Dynastic Sumer* (trad. ing. de la versión original; Monographs on the Ancient Near East I/3, 1974), Malibu, Cal.
—, 1971: «On the structure of Old Babylonian society», en Klengel, H. (Hrsg.), *Beiträge zur sozialen Struktur des alten Vorderasien*, Berlín:15-31.
—, 1974: «Slaves, helots and serfs in early Antiquity», *AAASH* 22:45-78.
Edzard, D. O., 1968: *Sumerische Rechtsurkunden des III Jahrtausends aus der Zeit vor der III Dynastie von Ur*, Munich.
—, 1968-1969: «Die Inschriften der altakkadischen Rollsiegel», *AfO* 22:12-20.

—, 1974: «Zum sumerischen Eid», *Sumeriological Studies in Honor of Thorkild Jacobsen (AS 20)*, Chicago:63-98.
Falkenstein, A., 1936: *Archaische Texte aus Uruk 1: Archaische Texte aus Uruk* (ADFU 2), Berlín.
—, 1954: «La cité-temple sumérienne», *Cahiers d'histoire mondiale* 1:748-814 (trad. ing. *The Sumerian Temple City*; Monographs on the Ancient Near East I/1, Malibu, Cal.).
—, 1956-1957: *Die neusumerischen Gerichtsurkunden* (Abhandlungen der Bayerischen Akademie der Wissenschaften 39, 40, 44), Munich.
—, 1966: *Die Inschriften Gudeas von Lagash* (AnOr 30), Roma.
Farber, W., 1983: «Die Vergöttlichung Naram-Sins», *Or.* 62.67-72.
Finkelstein, J. J., 1963: «Mesopotamian Historiography», *PAPHS* 107:461-472.
—, 1968-1969: «The laws of Ur-Nammu», *JCS* 22:66-82.
Forest, D., 1983: *Les pratiques funéraires en Méspotamie du cinquième millénaire au début du troisième millénaire*, París.
Foster, B., 1980: «Notes on Sargonic royal progress», *JANES* 12:29-42.
—, 1981: «A new look at the Sumerian temple state», *JESHO* 24:225-234.
—, 1982a: *Administration and Use of Institutional Land in Sargonic Sumer* (Mesopotamia 9), Copenhague.
—, 1982b: *Umma in the Sargonic Period*, Hamden.
—, 1985: «The Sargonic victory stele from Telloh», *Iraq* 47:15-30.
—, 1986: «Archives and empire in Sargonic Mesopotamia», en Veenhof [0E]:46-52.
Foxvog, D., 1980: «Funerary furnishings in an early Sumerian text from Adab», en Alster [0E]:67-75
Galter, H., 1986: «Probleme historisch-lehrhafter Dichtung in Mesopotamien», en Hecker y Sommerfeld [0J]:71-80.
Gelb, I. J., 1961: *Old Akkadian Writing and Grammar* (MAD 2), Chicago.
—, 1965: «The ancient Mesopotamian ration system», *JNES* 24:230-243.
—, 1969: «On the alleged temple and state economies in ancient Mesopotamia», *Studi in Onore di Edoardo Volterra*, vol. 6, Roma:137-154.
—, 1977: *Thoughts about Ibla* (Syro-Mesopotamian Studies I/1), Malibu, Cal.
—, 1979a: «Definition and discussion of slavery and serfdom», *UF* 11:283-297.
—, 1979b: «Household and family in early Mesopotamia», en Lipiński [0E] I:1-97.
Gelb, I. J., Kienast, B., 1990: *Die altakkadischen Königsinschriften des dritten Jahrtausends v. Chr.* (FAOS 7), Friburgo de Brisgovia.
Glassner, J.-J., 1985: «Aspects du don de l'échange et formes d'appropriation du sol dans la Mésopotamie du IIIe millénaire avant de la fondation de l'empire d'Ur», *JA* 173:11-59.
—, 1986: *La chute d'Akkadé: l'événement et sa mémoire* (Beiträge zum Vorderen Orient 5), Berlín.
—, 1988: «Le récit autobiographique de Sargon», *RA*:1-11.
Goodnick-Westenholz, J., 1983: «Heroes of Akkad», *JAOS* 103:327-336.
Green, M. W., 1980: «Animal husbandry at Uruk in the archaic period», *JNES* 39:1-35.
Green, M. W., Nissen, H. J., 1987: *Archaische Texte aus Uruk 2: Zeichenliste der archaischen Texte aus Uruk* (ADFU 11), Berlín.
Güterbock, H. G., 1934/1938: «Die historische Tradition und ihre literarische Gestaltung bei Babyloniern und Hethitern», *ZA* 42:1-91; 44:45-119.
Hallo, W. W., 1960: «A Sumerian amphictyony», *JCS* 14:88-114.
—, 1963: «Royal hymns and Mesopotamian unity», *JCS* 17:112-118.

—, 1966: «The coronation of Ur-Nammu», *JCS* 20:133-141.
—, 1971: «Gutium», *RLA* 3:708-720.
—, 1974: «Toward a history of Sumerian literature», *Sumeriological Studies in Honor of Thorkild Jacobsen* (AS 20), Chicago:181-203.
—, 1976: «Women of Sumer», en Schmandt-Besserat, 1976:23-40.
—, 1983: «Sumerian historiography», en Tadmor y Weinfeld [0K]:9-20.
Hallo, W. W., Van Dijk, J. J., 1968: *The exaltation of Inanna* (YNER 3), New Haven, Conn.
Hansen, D. P., 1963: «New votive plaques from Nippur», *JNES* 22:145-166.
—, 1992: «Royal building activity at Sumerian Lagash in the Early Dynastic period», *BibArch* 55:206-211.
Hauptman, H., Waetzoldt, H. (Hrsg.), 1988: *Wirtschaft und Gesellschaft von Ebla*, Heidelberg.
Helbaek, K., 1972: «Samarran irrigation agriculture at Choga Mami in Iraq», *Iraq* 34:35-48.
Hirsch, H., 1963: «Die Inschriften der Könige von Agade», *AfO* 20:1-82.
Huot, J.-L., 1991: *'Oueili: travaux de 1985*, París.
—, 1992: «The first farmers at 'Oueili», *BibArch* 55:188-195.
Jacobsen, T., 1939a: «The assumed conflict between Semites and Sumerians», *JAOS* 59:485-495 (reimpr. en Jacobsen, 1970 [0E]:187-192).
—, 1939b: *The Sumerian King List* (AS 11), Chicago.
—, 1943: «Primitive democracy in ancient Mesopotamia», *JNES* 2:159-172 (reimpr. en Jacobsen, 1970 [0E]:157-172).
—, 1953: «The reign of Ibbi-Suen», *JCS* 7:36-47 (reimpr. en Jacobsen, 1970 [0E]:173-186).
—, 1957, «Early political development in Mesopotamia», *ZA* 52:91-140 (reimpr. en Jacobsen, 1970 [0E]:132-156).
—, 1982: *Salinity and Irrigation Agriculture in Antiquity* (Bibliotheca Mesopotamica 14), Malibu, Cal.
Johansen, F., 1978: *Statues of Gudea, Ancient and Modern* (Mesopotamia 6), Copenhague.
Jones, T. B. (ed.), 1969: *The Sumerian Problem*, Nueva York.
—, 1974: «Sumerian administrative documents. an essay», *Sumerological Studies in Honor of Thorkild Jacobsen* (AS 20), Chicago: 41-61.
Kang, S., 1972: *Sumerian Economic Texts from the Drehem Archive*, Urbana, Ill.
—, 1973: *Sumerian Economic Texts from the Umma Archive*, Urbana, Ill.
Kärki, I, 1986: *Die Königsinschriften der dritten Dynastie von Ur*, Helsinki.
Katz, D., 1987: «Gilgamesh and Akka: was Uruk ruled by two assemblies?», *RA* 81:105-114.
Keiser, C. E., 1971: *Neo Sumerian Account Texts from Drehem*, New Haven, Conn.
King, L. W., 1907: *chronicles Concerning Early Babylonian Kings*, Londres.
Klein, J., 1981a: *The Royal Hymns of Shulgi, King of Ur* (= *TAPhA* 71/VII).
—, 1981b: *Three Shulgi Hymns: Sumerian royal hymns glorifying King Shulgi of Ur*, Ramat Gan.
Kramer, S. N., 1940: *Lamentation over the Destruction of Ur*, Chicago.
—, 1956: *From the Tablets of Sumer* (= *History Begins at Sumer*) (nueva ed.), Filadelfia, Penn.
—, 1967: «The death of Ur-Nammu», *JCS* 21:104-122.
—, 1983a: *Le mariage sacré* (trad. franc. con añadidos), París.

Liber

—, 1983b: «The Ur-Nammu Law Code: who was its author?», *Or.* 52:453-456.
Kutscher, R., 1989: *The Brockman Tablets: royal inscriptions*, Haifa.
Lambert, M., 1953: «Textes commerciaux de Lagash (époque présargonique)», *RA* 47:57-69.
Lees, G. M., Falcon, N. L., 1952: «The geographical history of the Mesopotamian plain», *Geographical Journal* 118:24-39.
Lewis, B., 1980: *The Sargon Legend: a study of the Akkadian text and the tale of hero who was exposed at birth*, Cambridge, Mass.
Limet, H., 1960: *Le travail du métal au pays de Sumer*, París.
Liverani, M. (ed.), 1993: *Akkad, the First World Empire: structure, ideology, traditions* (History of the Ancient Near East/Studies 5), Padua.
Maisels, C., 1990: *The Emergence of Civilization: from hunting and gathering to agriculture, cities and the state in the Near East*, Londres.
Mallowan, M. E. L., 1946: «Excavations in the Balikh Valley», *Iraq* 8:111-159.
Malul, M., 1985: «The *bukannum*-clause – relinquishment of rights by previous right holder», *ZA* 75:66-77.
—, 1987: «To drive in the nail», *OA* 26:17-35.
Martin, H. P., 1988: *Fara: a reconstruction of the ancient Mesopotamian city of Shurruppak*, Birmingham.
Matthiae, P., 1989: *Ebla: un impero ritrovato dai primi scavi alle ultime scoperte* (ed. rev.), Turín.
Michalowski, P. 1975: «The bride of Simanum», *JAOS* 95:716-719.
—, 1980a: «Königsbriefe», *RLA* 6:57-59.
—, 1980b: «New sources concerning the reign of Naram-Sin», *JCS* 32:233-246.
—, 1983: «History as charter: more observations on the Sumerian King List», *JAOS* 103:237-248.
—, 1985: «Third millennium contacts: observations on the relationships between Mari and Ebla», *JAOS* 105:293-302.
—, 1987: «Charisma and control: on continuity and change in early Mesopotamian bureaucratic systems», en Gibson y Biggs [0E]:45-57.
—, 1989: *The Lamentation over the Destruction of Sumer and Ur* (Mesopotamian Civilization 1), Winona Lake, IN.
Moorey, P. R. S., 1977: «What do we know about the people buried in the Royal Cemetery?», *Expedition* 20/21:24-40.
—, 1984: «Where did they bury the kings of the Third Dynasty of Ur?», *Iraq* 46:1-18.
Muhly, 1983 [capítulo 2].
Nissen, H. J., 1988: *The Early History of the Ancient Near East 9000-2000 BC* (trad. ing. del original; ed. rev.), Chicago.
Oates, J., 1960: «Ur and Eridu, the prehistory», en Mallowan, M. E. L., Wiseman, D. J. (eds.), *Ur in Retrospect* (= *Iraq* 22), Londres:32-50.
Pollock, S., 1991: «Of priestesses, princes and poor relations: the dead in the royal cemetery of Ur», *Cambridge Archaeological Journal* 1/2:171-189.
Pomponio, F., 1983: «Archives and prosopography of Fara», *ActSum* 5:127-145.
—, 1984: «Urukagina 4 VII 11 and an administrative term from the Ebla texts», *JCS* 36:96-100.
Postgate, J. N., 1992: *Early Mesopotamia*, Londres.
Powell, M. A., 1977: «Sumerian merchants and the problem of profit», *Iraq* 39:23-29.
—, 1978: «A contribution to the history of money in Mesopotamia prior to the in-

Libef

vention of coinage», en Hruška, B., Komoróczy, G. (eds.), *Festschrift für L. Matouš*, Budapest, II:211-243.
—, 1985: «Salt, seed and yields in Sumerian agriculture: a critique of the theory of progressive salinisation», *ZA* 75:7-38.
Redman, C., 1978: *The Rise of Civilization: from early farmers to urban society in the ancient Near East*, San Francisco.
Römer, W. H. Ph., 1980: *Das sumerische Kurzepos «Bilgamesh und Akka»*, Neukirchen-Vluyn.
Sanlaville, P., 1989: «Considerations sur l'évolution de la basse Mésopotamie au cours des derniers millénaires», *Paléorient* 15/2:5-27.
Schmandt-Besserat, D. (ed.), 1976: *The Legacy of Sumer* (Bibliotheca Mesopotamica 4), Malibu, Cal.
—, 1977: «An archaic recording system and the origins of writing», *Syro-Mesopotamian Studies* I/2:1-32.
—, 1983: «Tokens and Counting», *BibArch* 46:117-120.
—, 1992: *Before Writing* I: *from counting to cuneiform*, Austin, Texas.
Sigrist, M., 1993: *Drehem*, Bethesda, MD.
Sjöberg, A., 1974: «The Old Babylonian Eduba», en *Sumerological Studies in Honor of Thorkild Jacobsen* (AS 20), Chicago:159-179.
Sjöberg, A., Bergman, E., 1969: *The Collection of Sumerian Temple Hymns*, y Gragg, G., *The Keš Temple Hymn* (ambos en TCS 3), Locust Valley, NY.
Sollberger, E, 1954-1956: «Sur la chronologie des rois d'Ur et quelques problèmes connexes», *AfO* 17:10-48.
Sollberger, E, Grayson, A. K., 1976: «L'insurrection générale contre Naram-Suen», *RA* 70:103-128.
Sollberger, E., Kupper, J. R., 1971: *Inscriptions royales sumériennes et akkadiennes* (LAPO 3), París.
Steible, H., 1991: *Die neusumerischen Bau- und Weihinschriften* (teil 2, FAOS 9/2), Stuttgart.
Steible, H., Behrens, H., 1982: *Die altsumerische Bau- und Weihinschriften* (2 Teile; FAOS 5), Wiesbaden.
Steinkeller, P., 1987a: «The administrative and economic organisation of the Ur III state: the core and the periphery», en Gibson y Biggs [0E]:19-42.
—, 1987b: «The foresters of Umma: toward a definition of Ur III labor», en Powell [0E]:73-115.
—, 1988: «On the identity of the toponym LÚ.SU(A)», *JAOS* 108:197-202.
—, 1989: *Sale Documents of the Ur III Period* (FAOS 17), Stuttgart.
Strommenger, E., 1960: «Das Menschenbild in der altmesopotamischen Rundplastik von Mesilim bis Hammurapi», *BaM* 1:1-103.
—, 1980: *Habuba Kabira: eine Stadt vor 5000 Jahren*, Maguncia.
Tunca, Ö., 1986: «Le problème des archives dans l'architecture religieuse proto-dynastique», en Veenhof [0E]:37-45.
Uchitel, A., 1984: «Daily work at Sagdana millhouse», *ActSum* 6:75-98.
Van de Mierop, M., 1989: «Women in the economy of Sumer», en Lesko [0E]:53-66.
Waetzold, H., 1972: *Untersuchungen zur neusumerischen textilienindustrie*, Roma.
—, 1987: «Compensation of craft workers and officials in the Ur III period», en Powell [0E]:117-142.
Weiss, H., Young, T. C., 1975: «The merchants of Susa: plateau-lowland relations in the late fourth millennium BC», *Iran* 13:1-18.

Libel

Westenholz, A., 1979: «The Old Akkadian empire in contemporary opinion», en Larsen [0E]:107-123.
Winter, I. J., 1985: «After the battle is over: the stele of the vultures and the beginning of pictorial narrative in the art of the ancient Near East», en Kessler, H. L., Simpson, M. S. (eds.), *Pictorial Narrative in Antiquity and the Middle Ages* (Studies in the History of Art 16), Washington:11-32.
—, 1986: «The king and the cup: iconography of the royal presentation scene on Ur III seals», en *Insight through Images: studies in honor of Edith Porada* (Bibliotheca Mesopotamica 21), Malibu, Cal.:253-268.
—, 1987a: «Legitimation and authority through image and legend: seals belonging to officials in the administrative bureaucracy of the Ur III state», en Gibson y Biggs [0E]:69-116.
—, 1987b: «Women in public: the disc of Enheduanna, the beginning of the office of *EN*-priestess and the weight of visual evidence», en Durand [0E]:189-201.
Woolley, C. L., 1934: *Ur Excavations 2: The Royal Cemetery* (2 vols.), Londres.
—, 1954: *Excavations at Ur* (2.ª ed.), Londres.
—, 1982: *Ur of the Chaldees: the final account* (ed. P. R. S. Moorey), Londres.
Yıldız, F., 1981: «A tablet of Codex Ur-Nammu from Sippar», *Or.* 50:87-97.
Zettler, R., 1984: «The genealogy of the House of Ur-me-me: a second look» (con ap. de M. T. Roth), *AfO* 31:1-14.

CAPÍTULO 2

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

CAH I, cap. 22; II, caps. 1, 2, 5, 7; Bottéro *et al.*, 1967a [0B], cap. 5; Liverani, 1988 [0C], caps. 10-14; Oates, 1986 [0Gb], caps. 2-3; Klengel *et al.*, 1989 [0C]:163-218; Klengel, 1992 [0Gc], cap. 2.

y (véase *infra* información detallada)

Charpin, 1992; Dalley, 1984; Edzard, 1957; Larsen, 1976; Malamat, 1992; Postgate, 1992.
(Los textos de Mari han sido editados [con transcripción, traducción, y un amplio comentario] en la serie ARM (= Archives Royales de Mari), publicación que aún está en curso. Los principales frutos de las investigaciones que están llevándose a cabo actualmente en torno a Mari han sido publicados en la revista *MARI* (= *Mari: Annales de Recherches Interdisciplinaires*). Para más detalles, véase J.-G. Hintz, 1990, *Bibliographie de Mari: archéologie et textes (1933-1988)*, Wiesbaden; Klengel, 1992 [0Gc]:46-47.)

OBRAS DE CONSULTA

Abdallah, F., 1985: *Les relations internationales entre le royaume d'Alep/Yamhad et les villes de Syrie du Nord, 1800 à1594 av. J.-C.*, París.
Alp, S., 1968: *Zylinder- und Stempelsiegel aus Karahüyük-Konya*, Ankara.
Anbar, M., 1991: *Les tribus ammorites de Mari* (OBO 108), Friburgo, Göttingen.
Andrae, W., 1938: *Das wiedererstandene Assur*, Leipzig (ed. corregida y aumentada por B. Hrouda, Munich, 1977).

Liber

Aynard, J., Spycket, A., 1989: «Mari B. Archäologisch», *RLA* 7:390-418.
Baqir, T., 1959: *Tell Harmal*, Bagdad.
Batto, B. F., 1974: *Studies on Women at Mari*, Baltimore, MD.
Belli, O., 1991: «The problem of tin deposits in Anatolia and its needs for tin according to the written sources», en Çilingiroğlu, A., French, D. H. (eds.), *Anatolian Iron Ages* (Proceedings of the Second Anatolian Iron Age Colloquium held Izmir, 4-8 May 1987: British School of Archaeology at Ankara Monographs 13), Oxford:1-9.
Bittel, 1970 [capítulo 5].
Bottéro, J., 1981: «L'ordalie en Mésopotamie ancienne», *ASNP* III/11:1005-1067.
Charpin, D., 1986: *Le clergé d'Ur au temps d'Hammurabi XIXe-XVIIIe siècle av. J.-C.*, Ginebra.
—, 1987: «Le rôle économique du palais en Babylonie sous Hammurabi et ses successeurs», en Lévy, E. (ed.), *Le système palatial en Orient, en Grèce et à Rome*, Estrasburgo:11-126.
—, 1992: «Mari entre l'est et l'ouest: politique, culture, religion»», *Akkadica* 78:1-10.
Charpin, D., Durand, J.-M., 1984: «La prise du pouvoir par Zimri-Lim», *MARI* 4:293-343.
Charpin, D., Joannès, F., Lackenbacher, S., Lafont, B., 1988: *Archives épistolaires de Mari* I/2 (ARM XXVI), París.
Dalley, S., 1984: *Mari and Karana: two Old Babylonian Cities*, Londres.
Dalley, D., Hawkins, J. D., Walker, C., 1976: *The Old Babylonian Tablets from Tell al-Rimah*, Londres.
Diakonoff, 1971 [capítulo 1].
Dossin, G., 1938: «Les archives épistolaires du palais de Mari», *Syria* 19:105-126.
—, 1970: «La route de l'étain en Mésopotamie au temps de Zimrilim», *RA* 64:97-106.
Durand, J.-M., 1987: «L'organisation de l'espace dans le palais de Mari: le témoignage des textes», en Lévy, E. (ed), *Le système palatial en Orient, en Grèce et à Rome*, Estrasburgo:39-110.
—, 1988: *Archives épistolaires de Mari* I/1 (ARM XXVI), París.
Edzard, D. O., 1957: *Die zweite Zwischenzeit Babyloniens*, Wiesbaden.
Eidem, J., 1985: «News from the eastern front: the evidence from Tell Shemshara», *Iraq* 47:83-107.
—, 1992: *The Shemshara Archives 2: The Administrative Texts*, Copenhague.
Finkelstein, J., 1961: «Ammisaduqa's edict and the Babylonian 'Law Codes'», *JCS* 15:91-104.
—, 1965: «Some new *misharum* material and its implications», *Landsberger Studies* [OE]:223-246.
—, 1966: «The genealogy of Hammurapi dynasty», *JCS* 20:95-118.
Frayne, D. R., 1990: *Old Babylonian Period (2003-1595 BC)* (RIM, Early Periods 4), Toronto.
Garelli, P., 1963: *Les Assyriens en Cappadoce*, París.
Gates, M.-H., 1984: «The palace of Zimrilim at Mari», *BibArch* 47:70-87.
Gelb, I. J., 1935: *Inscriptions from Alishar and Vicinity*, Chicago.
—, 1977 [capítulo 1].
Grayson, A. K., 1971: «The early development of the Assyrina monarchy», *UF* 3:311-319.
—, 1972: *Assyrian Royal Inscriptions*, vol. I, Wiesbaden.
—, 1976 [capítulo 7].

Liber

—, 1987: *Assyrian Rulers of the Third and Second Millennia BC* (RIM, Assyrian Periods 1), Toronto.
Greengus, A., 1966: «Old Babylonian marriage ceremonies and rites», *JCS* 20:55-72.
—, 1988: Reseña sobre Kraus, 1984, *JAOS* 108:153-157.
Hallo, W. W., 1964: «The road to Emar», *JCS* 18:57-88.
Harris, R., 1975: *Ancient Sippar*, Leyden.
—, 1989: «Independent women in ancient Mesopotamia?», en Leski [0E]:145-156.
Hecker, K., 1980: «Der Weg nach Kanis1», *ZA* 70:185-197.
Hrouda, 1977-1987: *Isin-Išan Bahriyat* I-III (*Ergebnisse der Ausgrabungen 1973-1978; 1983-4*) (Bayerische Akademie der Wissenschaften, phil.-hist. Kl. Abh. (NF) Heft 79, 87, 94), Munich.
Jeyes, U., 1980: «The act of extispicy in ancient Mesopotamia: an outline», *Assyriological Miscellanies* I:13-32.
—, 1983: «The *nadītu* women of Sippar», en Cameron y Kuhrt [0E]:260-272.
—, 1989: *Old Babylonian Extispicy: omen texts in the British Museum*, Estambul.
Kärki, I., 1984: «Die sumerischen und akkadischen Königsinschriften der altbabylonischen Zeit, II. Babylon», *Studia Orientalia* 55:37-94.
al-Khalesi, Y. M., 1978: *The Court of the Palms: a functional interpretation of the Mari palace* (Bibliotheca Mesopotamica 8), Malibu, Cal.
Klengel, H., 1965-1970: *Geschichte Syriens im 2. Jahrtausend v. u. Z.* (3 vols.), Berlín.
Kramer, 1940 [capítulo 1].
—, 1969: «Lamentation over the destruction of Nippur: a preliminary report», *EI* 9:89-93.
Kraus, F. R., 1951: *Nippur und Isin nach altbabylonischen Rechtsurkunden* (= *JCS* 3).
—, 1958: *Ein Edikt des Königs Ammisaduqa von Babylon*, Leyden.
—, 1979: «'Der Palast', Produzent und Unternehmer im Königreiche Babylon nach Hammurabi (ca. 1750-1600 v. Chr.)», en Lipiński [0E]:423-434.
—, 1984: *Königliche Verfügungen in altbabylonischer Zeit*, Leyden.
Kupper, J. R. (ed.), 1967: *La civilisation de Mari*, Lieja.
—, 1989: «Mari A. Philologisch», *RLA* 7:382-390.
Laessøe, J., 1959: *The Shemshara Tablets: a preliminary report*, Copenhague.
—, 1965: «IM 62100: a letter from Tell Shemshara», *Landsberger Studies* [0E]:189-196.
Landsberger, B., 1940: «Vier Urkunden von Kültepe», *TTAED* 4:7ss.
—, 1954: «Assyrische Königsliste und 'dunkles Zeitalter'», *JCS* 8:31-45; 47-73; 106-133.
—, 1965: «Tin and lead: the adventures of two vocables», *JNES* 24:285-296.
Landsberger, B., Balkan, K., 1950: «Die Inschriften des altassyrischen Königs Irishum, gefunden in Kültepe 1948», *Belleten* 14:219-268.
Larsen, M. T., 1967: *Old Assyrian Caravan Procedures*, Estambul.
—, 1976: *The Old Assyrian City State and Its Colonies* (Mesopotamia 4), Copenhague.
—, 1987: «Commercial networks in the ancient Near East», en Rowlands *et al.* [0E]:47-56.
Leemans, W. F., 1950: *The Old Babylonian Merchant: his business and social position*, Leyden.
—, 1960: *Foreign Trade in the Old Babylonian Period*, Leyden.
—, 1968: «Old Babylonian letters and economic history», *JESHO* 11:171-226.

Liber

Luke, J. T., 1965: *Pastoralism and Pastoralists in the Mari-Period: re-examination of the character and political significance of the major west-Semitic groups on the Middle Euphrates c. 1828-1758* (Chicago, tesis doctoral).
Malamat, A., 1983: «Silver, gold and precious stones from Hazor in a new Mari document», *BibArch* 46:169-174.
—, 1992: *Mari and the Early Israelite Experience* (Schweich Lectures 1984), Oxford.
Malul, M., 1989: «*Susapinnu*: the Mesopotamian paranymph and his role», *JESHO* 32:241-278.
Margueron, J. L., 1982: *Recherches sur les Palais Mésopotamiens de l'Age du Bronze*, París.
Matthews, V. H., 1978: *Pastoral Nomadism in the Mari Kingdom*, Filadelfia, Penn.
Matthiae, P., 1984: «New discoveries at Ebla: the excavations of the western palace and the royal necropoleis of the Amorite period», *BibArch* 47:18-32.
Mellaart, J., 1957: «Anatolian chronology: the Early and Middle Bronze Age», *AnSt* 7:55-88.
Michalowski, 1983 [capítulo 1].
—, 1989 [capítulo 1].
Moorey, P. R. S., 1986: «The emergence of the light, horse-drawn chariot in the Near East *c.* 2000-1500 BC», *World Archaeology* 18/2 (Weaponry and Warfare):196-215.
Morris, 1992 [capítulo 8].
Muhly, J. D., 1973: *Copper and Tin*, New Haven, Conn.
—, 1983: «Kupfer, Archäologisch», *RLA* 6:348-364.
—, 1985: «Sources of tin and the beginning of bronze metallurgy», *AJA* 89:275-291.
—, 1993: «Early Bronze Age tin and the Taurus», *AJA* 97:239-253.
Muhly, J. D., Wertime, T., 1973: «Evidence for the sources and use of tin during the Bronze Age of the Near East: a reply to J. E. Dayron», *World Archaeology* 5:111-122.
Munn-Rankin, M., 1956: «Diplomacy in western Asia in the early second millennium BC», *Iraq* 18:68-110.
Oppenheim, A. L., 1954: «The sea-faring merchants of Ur», *JAOS* 74:6-17.
Orlin, L. L., 1970: *Assyrian Colonies in Cappadocia*, La Haya.
Özgüç, N., 1968: *Seals and Seal Impressions of Level Ib from Karum Kanish*, Ankara.
—, 1980: «Seal impressions from the palace at Acemhöyük», en Porada, E. (ed.), *Ancient Art in Seals*, Princeton, NJ:61-100.
Özgüç, T., 1959: *Kültepe-Kanisl I: new researches at the center of Assyrian trade colonies*, Ankara.
—, 1963: «An Assyrian trading outpost», *Scientific American* (febrero; reeditado en *Old World Archaeology: Readings from Scientific American*, San Francisco:243-249).
—, 1986: *Kültepe-Kaniš II: new researches at the trading center of the ancient Near East*, Ankara.
Petschow, H., 1984: «Die §§45 und 46 des Codex Hammurapi», *ZA* 74:181-212.
Postgate, 1992 [capítulo 1].
Powell, M., 1977 [capítulo 1].
Ries, G., 1989: «Altbabylonische Beweisurteile», *ZSS* 106:56-80.
Römer, W., 1965: *Sumerische 'Königshymnen' der Isin-Zeit*, Leyden.

Liber

Rouault, O., 1984: *Terqa Final Reports n.° 1 - L'Archive de Puzurum* (Bibliotheca Mesopotamica 16), Malibu, Cal.
Sasson, J. M., 1969: *The Military Establishments at Mari*, Roma.
Sjöberg, 1974 [capítulo 1].
Stech, T., Pigot, V. C., 1986: «The metals trade in southwest Asia in the third millennium BC», *Iraq* 48:39-64.
Steele, F. R., 1948: *The Code of Lipit-Ishtar*, Filadelfia, Penn.
Steible, H., 1975: *Rimsîn, mein König: drei kultische Texte aus Ur mit der Schlussdoxologie (d)ri-im-(d)Sîn lugal-mu* (FAOS 1), Wiesbaden.
Stol, M., 1976: *Studies in Old Babylonian History*, Leyden.
Stone, E., 1977: «Economic crisis and social upheaval in Old Babylonian Nippur», en Young, T. C., Levine, L. D. (eds.), *Mountains and Lowlands: essays in the archaeology of Greater Mesopotamia* (Bibliotheca Mesoptamica 7), Malibu, Cal.:267-289.
—, 1982: «The social role of the *nadītu* women in Old Babylonian Nippur», *JESHO* 25:50-70.
—, 1987: *Nippur Neighborhoods* (SAOC 44), Chicago.
Stone, E., Zimansky, P., 1992: «Mashkan-shapir and the anatomy of an Old Babylonian city», *BibArch* 55:212-218.
Van de Mierop, M., 1987: *Crafts in the Early Isin Period: a study of the Isin craft archive from the reign of Išbi-Erra and Šu-Ilišu*, Lovaina.
Van Dijk, J., 1965: «Une insurrection générale au pays de Larsa avant l'avènement de Nuradad», *JCS* 19:1-25.
Vanstiphout, H. L. J., 1983: «Een sumerische Stadsklacht uit de oudbabylonische periode: Turmenuna, of de Nippursklacht», en Veenhof [0I]:330-341 (trad. inglesa basada en un texto inédito).
Veenhof, K. R., 1972: *Aspects of Old Assyrian Trade and Its Terminology*, Leyden.
—, 1985: «Limu of the later Old Assyrian period and Mari chronology», *MARI* 4:191-218.
—, 1987: «'Dying tablets' and 'hungry silver': elements of figurative language in Akkadian commercial terminology», en Mindlin, M. *et al.* [0E]:41-75.
Walters, S. D., 1970: *Water for Larsa: an Old Babylonian archiv dealing with irrigation* (YNER 4), New Haven, Conn.
—, 1970/71: «The sorceress and her apprentice», *JCS* 23:27-38.
Weadock, P. N., 1975: «The *giparu* at Ur», *Iraq* 37:101-128.
Weiss, H., 1985: «Tell Leilan on the Habur Plain of Syria», *BibArch* 48:5-34.
Westbrook, R., 1989: «Cuneiform law codes and the origins of legislation», *ZA* 79:201-222.
Woolley, L., 1953: *A Forgotten Kingdom*, Londres.
Yaron, R., 1969: *The Laws of Eshnunna*, Jerusalén.
Yoffee, N., 1977: *The Economic Role of the Crown in the Old Babylonian Period* (Bibliotheca Mesopotamica 5), Malibu, Cal.
Yuhong, W., Dalley, S., 1990: «The origins of the Manana dynasty at Kish, and the Assyrian king list», *Iraq* 16:159-165.
Zaccagnini, C., 1983: «On gift exchange in the Old Babylonian Period», en Carruba, O., Liverani, M., Zaccagnini, C. (eds.), *Studi Orientalistici in Ricordo di Franco Pintore* (Studia Mediterranea 4), Pavía:189-253.

CAPÍTULO 3

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Trigger en Trigger *et al.*, 1983 [0D]:1-70; Kemp en Trigger *et al.*, 1983 [0D]: 71-182; Kemp, 1989 [0Ga], partes I y II; *CAH* I, caps. 9a, 11, 14, 20; II, caps. 2, 3; Gardiner, 1961 [0D], caps. 1-8; Bottéro *et al.*, 1967a [0B], caps. 6-11; Grimal, 1992 [0D], partes 1-2.

y (véase *infra* información detallada)
Aldred, 1965; Bourriau, 1988; Hayes, 1953; Málek, 1986; Quirke, 1991; Redford, 1992, parte 1; Rice, 1990; Spencer, 1993; Trigger, 1976; Winlock, 1947.

OBRAS DE CONSULTA

Adams, B., 1988: *Predynastic Egypt* (Shire Egyptology), Aylesbury.
Aldred, C., 1950: *Middle Kingdom Art in Egypt 2300-1590 BC*, Londres.
—, 1965: *Egypt to the end of the Old Kingdom*, Londres.
Arnold, D., 1974: *Der Tempel des Königs Mentuhotep II von Deir el-Bahari* (2 vols.), Maguncia (trad. ing. Nueva York, 1979).
Baer, K., 1960: *Rank and Title in the Old Kingdom*, Chicago.
Baines, J., 1982: «Interpreting *Sinuhe*», *JEA* 68:31-44.
—, 1989: «Communication and display: the integration of early Egyptian art and writing», *Antiquity* 63:471-482.
Barta, W., 1970: *Das Selbstzeugniss eines ägyptischen Künstlers (Stèle Louvre C 14)* (Münchener Ägyptologische Studien 22), Berlín.
—, 1981: «Chronologie der 1. bis 5. Dynastie», *ZÄS* 108:11-23.
Baumgartel, E., 1955/1960: *The Cultures of Predynastic Egypt*, Oxford.
—, 1970: *Petrie's Naqada Excavations: a supplement*, Londres.
Beckerath, J. von, 1962: «The date of the end of the Old Kingdom», *JNES* 21:140-147.
—, 1966: «Die Dynastie der Herakleopoliten (9/10 Dynastie)», *ZÄS* 93:13-20.
—, 1984: *Untersuchungen zur politischen Geschichte der zweiten Zwischenzeit in Ägypten* (2.ª ed.), Glückstadt.
Bell, B., 1971: «The Dark Ages in ancient history: 1. The first dark age in Egypt», *AJA* 75:1-26.
Ben-Tor, A., 1992: «The Early Bronze Age», en *id.* (ed.), *The Archaeology of Ancient Israel* (trad. ing. de la versión original), New Haven, Conn.:81-125.
Bietak, M., 1975: *Tell el-Daba* II, Viena.
—, 1981: *Avaris and Piramesse: archaeological exploration in the eastern Nile Delta*, Londres (*Proceedings of the British Academy* 65 (1979):225-290; ed. rev. 1986).
—, 1987: «Canaanites in the Nile Delta», en Rainey, A. F. (ed.), *Egypt, Israel, Sinai: archaeological and historical relationship in the biblical period*, Tel Aviv:41-56.
—, 1992: «Minoan wall-paintings unearthed at ancient Avaris», *Egyptian Archaeology* 2:26-28.
Blackman, A. M., 1932: *The Story of Sinuhe* (Bibliotheca Aegypthiaca II), Bruselas.
Bourriau, J., 1988: *Pharaohs and Mortals: Egyptian art in the Middle Kingdom*, Cambridge.
—, en prensa: «Beyond Avaris: the Second Intermediate Period in Egypt outside the

Liber

Delta» (comunicación presentada en un seminario celebrado en el University Museum, Filadelfia, Penn., sobre el tema «*The Culture of the Hyksos Period*», organizado y publicado por E. Oren).

Brunner, H., 1937: *Die Texte aus den Gräbern der Herakleopolitenzeit von Siut* (Ägyptologische Forschungen 5), Glückstadt.

Brunner-Traut, E., 1940: «Die Lehre des Djedefre», *ZÄS* 76:3-9.

Butzer, K. W., 1976: *Early Hydraulic Civilization in Egypt: a study in cultural ecology* (Prehistoric Archaeology and Ecology Series), Chicago.

Dévaud, E., 1916: *Les maximes de Ptahhotep*, Friburgo.

Dever, W., 1985: «Relations between Syria and Egypt: redating the Hyksos at ed-Daba» en Tubb, J. (ed.), *Palestine in the Bronze and Iron Ages*, Londres:69-87.

Dreyer, G., 1993: «A hundred years at Abydos», *Egyptian Archaeology* 3:10-12.

Emery, W. B., 1961: *Archaic Egypt*, Harmondsworth.

—, 1965: *Egypt in Nubia*, Londres.

Erman, A., 1890: *Die Märchen des Papyrus Westcar* (Mitteilungen aus den Orientalischen Sammlungen 5-6), Berlín.

Eyre, C., 1987: «Work and organisation of work in the Old Kingdom», en Powell [0E]:5-47.

Fakhry, A., 1972: «The search for texts in the western desert», *Textes et Langages de l'Égypte pharaonique* II, El Cairo:207-222.

Faulkner, R. O., 1972: *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, Oxford.

Franke, D., 1985: «An important family from Abydos of the seventeenth dynasty», *JEA* 71:175-176.

—, 1991: «The career of Khnumhotpe III de Beni Hasan and the so-called 'Decline of the Nomarchs'», en Quirke, 1991:51-67.

Gardiner, A. H., 1909: *The Admonitions of an Egyptian Sage*, Leipzig.

—, 1932: *Late Egyptian Stories* (Bibliotheca Aegyptiaca I), Bruselas.

—, 1946a: «Davies' copy of the great Speos Artemidos inscription», *JEA* 32:43-56.

—, 1946b: «The instructions addressed to Kagemni and his brethren», *JEA* 32:71-74

—, 1957: *Egyptian Grammar* (3.ª ed. rev.), Oxford.

—, 1959: *The Royal Canon of Turin*, Oxford,

Gardiner, A. H., Peet, T. E., 1952-1955: *The Inscriptions of Sinai* (2 partes, rev. por J. Černy), Londres.

Gestermann, L., 1987: *Kontinuität und Wandel in Politik und Verwaltung des frühen Mittleren Reiches* (Göttinger Orientforschung IV Reihe: Ägypten), Wiesbaden.

Giddy, L. L., 1987: *Egyptian Oases: Bahariya, Dakhla, Farafra and Kharga during pharaonic times*, Warminster.

Gödecken, K., 1976: *Eine Betrachtung der Inschriften des Metlen im Rahmen der sozialen und rechtlichen Stellung von Privatleuten im ägyptischen Alten Reich* (ÄgAbh 29), Wiesbaden.

Goedicke, H., 1960: *Die Stellung des Königs im Alten Reich* (ÄgAbh 2), Wiesbaden.

—, 1967: *Königliche Dokumente aus dem Alten Reich*, Wiesbaden.

—, 1977: *The Prophecy of Neferty*, Baltimore, MD.

—, 1979: «Cult temple and 'state' in Old Kingdom Egypt», en Lipiński [0E] I:113-131.

Grapow, H., 1953: «Liederkranz», *MIO* 1:189-209.

Griffith, F. Ll., 1896: «The Millingen Papyrus», *ZÄS* 34:35-51.

—, 1898: *The Petrie Papyri: hieratic papyri from Kahun and Gurob*, Londres.

Habachi, L., 1972: *The Second Stela of Kamose and His Struggle against the Hyksos Ruler and His Capital*, Glückstadt.Liber

Hankey, V., 1993: «Egypt, the Aegean and the Levant», *Egyptian Archaeology* 3:27-29.
Hayes, W. C., 1947: «Horemkha'uef of Nekhen and his trip to It-towe», *JEA* 33:3-11.
—, 1953: *The Scepter of Egypt*, vol. I, Nueva York.
—, 1955: *A Papyrus of the Late Middle Kingdom in the Brooklyn Museum (Papyrus Brooklyn 35.1446)*, Brooklyn, NY.
Helck, W., 1977: *Die Lehre für König Merikare* (Kleine ägyptische Texte), Wiesbaden.
Hintze, 1964: «Das Kerma Problem», *ZÄS* 91:79-86.
Hoffman, M., 1980: *Egypt before the Pharaohs: the prehistoric foundations of Egyptian civilization*, Londres.
James, T. G. H., 1962: *The Hekanakhte Papers and Other Early Middle Kingdom Documents*, Nueva York.
Janssen, J. J., 1978: «The early state in Egypt», en Claessen, H. J. M., Skalník, P. (eds.), *The Early State*, La Haya.
Junge, F., 1973: «Zur Fehldatierung des sogenannten Denkmals memphitisches Theologie oder: Der Beitrag der ägyptischen Theologie zur Geistesgeschichte der Spätzeit», *MDAIK* 29:195-204.
Junker, H., 1941: *Die politische Lehre von Memphis* (APAW Phil.-hist Kl. 6), Berlín.
Kanawati, N., 1977: *Egyptian Administration in the Old Kingdom*, Warminster.
—, 1980: *Governmental Reforms in Old Kingdom Egypt*, Warminster.
Kemp, B., 1966: «Abydos and the royal tombs of the first dynasty», *JEA* 52:13-22.
Krauss, R., 1985: *Sothis- und Monddaten: Studien zur astronomischen und technischen Chronologie Altägyptens* (Hildesheimer Ägyptologische Beiträge 20), Hildesheim.
Lacovara, P., 1990: *Deir el-Ballas: preliminary report on the Deir el-Ballas: expedition 1980-1986*, Winona Lake, IN.
Lichtheim, M., 1988: *Ancient Egyptian Autobiographies Chiefly of the Middle Kingdom: a study and an anthology* (OBO 84), Friburgo.
Lloyd, A. B., 1992: «The great inscription of Khnumhotpe II at Beni Hasan», en *id.* (ed.), *Studies in Pharaonic Religion and Society in Honour of J. Gwyn Griffiths*, Londres:21-36.
Luft, U., 1992: *Das Archiv von Illahun, Briefe 1* (Hieratische Papyri aus den staatlichen Museen zu Berlin, Preussischer Kulturbesitz Lfg. 1), Berlín.
Luria, S., 1929: «Die ersten werden die Letzten sein», *Klio* 22:405-431.
Málek, J., 1982: «The original version of the royal canon of Turin», *JEA* 68:93-106.
—, 1986: *In the Shadow of the Pyramids: Egypt during the Old Kingdom*, Londres.
—, 1992: «The annals of Amenemhet II», *Egyptian Archaeology* 2:18.
Millet, N. B., 1990: «The Narmer macehead and related objects», *JARCE* 27:53-59.
Mills, A. J., 1980: «Dakhleh Oasis Project: report on the second season of survey, September-December 1979», *SSEA Journal* 10:251-282.
Montet, P., 1933: «La stèle de l'an 400 retrouvée», *Kêmi* 4:191-215.
Moorey, P. R. S., 1987: «On tracking cultural transfers in prehistory: the case of Egypt and lower Mesopotamia in the fourth millennium BC», en Rowlands *et al.* [0E]:36-46.
Newberry, P. E., 1893: *Beni Hasan* I, Londres.
Niemeier, W. D., 1991: «Minoan artisans travelling overseas: the Alalakh frescoes and the painted plaster floor at Tell Kabri (W. Galilee)», en Laffineur, R., Basch, L. (eds.), *Thalassa: L'Égée préhistorique et la mer*, Lieja:189-202.
Pardey, E. Martin, 1976: *Untersuchungen zur ägyptischen Provinzialverwaltung bis zum ende des Alten Reiches*, Hildesheim.

—, 1989: «Die Verwaltung im Alten Reich», *BiOr* 46:533-552.
Parker, R. A., 1950: *The Calendars of Ancient Egypt*, Chicago.
Parkinson, R. B., 1991: *Voices from Ancient Egypt: an anthology of Middle Kingdom writings*, Londres.
Petrie, W. M. F., 1901: *Diospolis Parva: the cemeteries of Abadiyeh and Hu: 1898-9* (Egypt Exploration Fund Memoirs 21), Londres (reimpr. 1973).
—, 1920/1921: *Predynastic Egypt* y *Corpus of Prehistoric Pottery and Palettes* (British School of Archaeology in Egypt), Londres (reimpr. en un solo volumen 1974).
Porada, E., 1982: «Remarks on the Tôd treasure from Egypt», en *Diakonoff Studies* [0E]:285-303.
Posener, G., 1940: *Princes et pays d'Asie et de Nubie*, Bruselas.
—, 1956: *Littérature et politique dans l'Égypte de la XIIe dynastie* (Bibliothèque de l'École des Hautes Études 307), París.
—, 1971: «Literature», en Harris [0Ga]:220-256.
Posener-Kriéger, P., 1976: *Les archives du temple funéraire de Néferirkare-Kakaï (les Papyrus d'Abousir)*, El Cairo.
—, 1983: «Les nouveaux papyrus d'Abousir», *SSEA Journal* 13:51-57.
Quark, J. F., 1989: «Die Datierungen der Siegelabdrücke von Tel 'En Basor'», *ZDPV* 105:18-26.
Quirke, S. (ed.), 1991: *Middle Kingdom Studies*, New Malden.
Redford, D. B., 1970: «The Hyksos invasion in history and tradition», *Or.* 39:1-51.
—, 1992: *Egypt, Canaan, and Israel in Ancient Times*, Princeton, NJ.
Reisner, G., 1923: *Excavations at Kerma*, Boston.
—, 1936: «The dog which was honored by the King of Upper and Lower Egypt», *BMFA* 34:96-99.
Rice, M., 1990: *Egypt's Making: the origins of ancient Egypt 5000-2000 BC*, Londres.
Robins, G., 1983 [capítulo 4].
Robins, G., Shute, C., 1990: *The Rhind Mathematical Papyrus*, Londres.
Roccati, A., 1968: «Una lettera inedita dell'Antico Regno», *JEA* 54:14-22.
—, 1982: *La littérature historique sous l'ancien empire égyptien* (LAPO 11), París.
Roth, A. M., 1987: «The organisation and functioning of the royal mortuary cults of the Old kingdoms in Egypt», en Gibson y Biggs [0E]:133-140.
Rothenberg, 1972 [capítulo 6].
Säve-Söderbergh, T., 1941: *Ägypten und Nubien*, Lund.
Scandone-Matthiae, G., 1979-1980: «Ebla et l'Égypte à l'ancien et au moyen empire», *AAAS* 29/30:189-199.
—, 1982: «Inscriptions royales égyptiennes de l'ancien empire à Ebla», en Nissen y Renger [0E]:125-130.
Scharff, A., 1920: «Ein Rechnungsbuch des königlichen Hofes aus der 13. Dynastie (Papyrus Boulaq nr. 18)», *ZÄS* 56:51-68.
Scharff, A., Moortgat, A., 1950: *Aegypten und Vorderasien*, Munich.
Schenkel, W., 1964: «Zum Feudalismus in der ersten Zwischenzeit Ägyptens», *Or.* 33:263-266.
—, 1965: *Memphis, Herakleopolis, Theben: Die ägyptischen Zeugnisse der 7.-11. Dynastie*, Wiesbaden.
Sethe, K. 1907: *Die altägyptischen Pyramidentexte*, Leipzig.
Simpson, W. K., 1956: «The single-date monuments of Sesostris I: an aspect of the institution of co-regency in the twelfth dynasty», *JNES* 15:214-219.

—, 1963: «Studies in the twelfth Egyptian dynasty I: the residence of Itj-towe», *JARCE* 2:53:59.
Smith, H. S., Smith, A., 1976: «A reconsideration of the Kamose text», *ZÄS* 103:48-76.
Smithers, P. C., 1942: «An Old Kingdom letter concerning the crimes of Count Sabni», *JEA* 28:16-19.
Spencer, A. J., 1993: *Early Egypt: the rise of civilisation in the Nile Valley*, Londres.
Stern, L., 1874: «Urkunde über den Bau des Sonnentempels zu On», *ZÄS* 12:85-96.
Stock, H., 1949: *Die erste Zwischenzeit Ägyptens* (Studia Aegyptiaca II), Roma.
Strudwick, N., 1985: *Administration in Egypt during the Old Kingdom*, Londres.
Théodoridés, A., 1971: «Les contrats d'Hâpidjefa», *RIDA* 18:109-251.
Trigger, B., 1976: *Nubia under the Pharaohs*, Londres.
Valbelle, D., 1990: *Les Neufs Arcs: l'égyptien et les étrangers de la préhistoire à la conquête d'Alexandre*, París.
Vandersleyen, C., 1971: *Les guerres d'Amosis*, Bruselas.
Vandier, J., 1950: *Mo'alla: la tombe d'Ankhtify et la tombe de Sebekhotep* (Bib. d'Études 18), El Cairo.
Van Seters, J., 1966: *The Hyksos: a new investigation*, New Haven, Conn.
Volten, A., 1945: *Zwei altägyptische politische Schriften* (Analecta Aegyptiaca 4), Copenhague.
Ward, W., 1983: «Reflections on some Egyptian terms presumed to mean 'harem', 'harem-woman', 'concubine'», *Berytus* 31:67-74.
Weill, R., 1912: *Les décrets royaux de l'ancien empire égyptien*, París.
Weinstein, 1981 [capítulo 6].
Wildung, D., 1969: *Die Rolle ägyptischer Könige im Bewusstsein ihrer Nachwelt* (Münchener Ägyptologische Studien 17), Munich, Berlín.
Wilson, J. A., 1951/1956: *The Culture of Ancient Egypt*, Chicago (publicado originalmente como *The Burden of Egypt*).
Winlock, H., 1924: «The tombs of the kings of the seventeenth dynasty at Thebes», *JEA* 10:217-277.
—, 1943: «The eleventh Egyptian dynasty», *JNES* 2:249-283.
—, 1947: *The Rise and Fall of the Middle Kingdom at Thebes*, Nueva York.
Wright, M., 1988: «Contacts between Egypt and Syro-Palestine during the Old Kingdom», *BibArch* 51:143-161.

CAPÍTULO 4

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Gardiner, 1961 [0D], caps. 8-11; Helck, 1968 [0D], caps. 12-14; O'Connor en Trigger *et al.*, 1983 [0D], cap. 3; *CAH* II, caps. 8-10, 19, 23, 35; Bottéro *et al.*, 1966 [0B], cap. 4; Drioton y Vandier, 1984 [0D], caps. 9-11; Kemp, 1989 [0Ga], parte III; Grimal, 1992 [0D], parte 3.

y (véase *infra* información detallada)

Aldred, 1968; 1973; *Aménophis III*, 1993; James, 1984; Kitchen, 1982; Redford, 1984; 1992 [capítulo 3], parte 2; Steindorff y Seele, 1955.

OBRAS DE CONSULTA

Aldred, C., 1968: *Akhenaten Pharaoh of Egypt* (New Directions in Archaeology; ed. rev. con el título: *Akhenaten King of Egypt*, 1988), Londres.
—, 1973: *Akhenaten and Nefertity*, Brooklyn, NY.
Aménophis III: le Pharaon-Soleil, 1993 (cat. de la exp. realizado por A. P. Kozloff, B. M. Bryan, E., Delange), París.
Baines, J., 1986: «The stela of Emhab», *JEA* 72:41-53.
Beckerath, J. von, 1951: *Tanis und Theben* (Ägyptologische Forschungen 16), Glückstadt.
—, 1984 [capítulo 3].
Bell, L., 1985: «Luxor temple and the cult of the royal KA», *JNES* 44:251-294.
Bennett, J., 1939: «The restoration inscription of Tut'ankhamun», *JEA* 25:8-15.
Bierbrier, M., 1982: *The Tomb Builders of the Pharaohs*, Londres.
Bietak, 1975 [capítulo 3].
—, 1981/1986 [capítulo 3].
Blankenberg-van Delden, C., 1969: *The Large Commemorative Scarabs of Amenophis III* (Documenta et Monumenta Orientis Antiqui 15), Leyden.
Brissaud, P., Bulté, J., von Känel, F., Thirion, M., Yoyotte, J., 1987: *Cahiers de Tanis* I, París.
Bryan, B., 1991: *The Reign of Thutmose IV*, Baltimore, MD.
Butzer, 1976 [capítulo 3].
Caminos, R., 1954: *Late Egyptian Miscellanies* (Brown Egyptological Studies 1), Londres.
Cooney, J. D., 1965: *Amarna Reliefs from Hermopolis*, Brooklyn, NY.
Cumming, B., 1982-1984: *Egyptian Historical Records of the Later Eighteenth Dynasty* (fascículos I-III), Warminster.
Davies, N. de G., 1903-1908: *The Rock Tombs of El Amarna*, Londres.
—, 1943: *The Tomb of Rekhmire*, Londres.
Davies, V., 1982: «The origin of the blue crown», *JEA* 23:152-164.
De Buck, A., 1927: «The judicial papyrus of Turin», *JEA* 23:152-164.
Desroches-Noblecourt, C., 1963: *Tutankhamen: life and death of a pharaoh* (trad. ing. de la versión original), Londres.
Edgerton, W. F., 1947: «The government and the governed in Egypt», *JNES* 6:152-160.
—, 1951: «The strikes in Ramses III's twenty-ninth year», *JNES* 10:137-145.
Edgerton, W. F., Wilson, J. A., 1936: *Historical Records of Ramesses III: the texts of Medinet Habu* (2 vols.), Chicago.
Gardiner, A. H., 1937: *Late Egyptian Miscellanies* (Bibliotheca Aegyptiaca VII), Bruselas.
Gardiner, A. H., Faulkner, R. O., 1941-1952: *The Wilbour Papyrus*, Brooklyn, NY.
Gentet, D., Maucourant, J., 1991: «Une étude critique de la hausse des prix à l'ère ramesside», *DHA* 17/1:13-31.
Gohary, J., 1992: *Akhenaten's Sed Festival at Karnak*, Londres.
Gonen, R., 1984 [capítulo 6].
—, 1992 [capítulo 6].
Griffith, F. Ll., 1927: «The Abydos decree of Seti I at Nauri», *JEA* 13:193-206.
Hachmann, R. (Hrsg.), 1983: *Frühe Phöniker im Libanon: 20 Jahre deutsche Ausgrabungen in Kämid el-Lōz*, Maguncia del Rin.

Liber

Helck, H. W., 1939: *Der Einfluss der Militärführer in der 18. ägyptischen Dynastie* (Untersuchungen zur Geschichte un Altertumskunde Ägyptens 14), Leipzig.
—, 1961-1970: *Materialien zur Wirtschaftgeschichte des Neuen Reiches* (6 partes), Wiesbaden.
—, 1971: *Die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jt. v. Chr.* (2.ª ed.), Wiesbaden.
James, T. G. H., 1984: *Pharaoh's People: scenes from life in imperial Egypt*, Londres.
Janssen, J., 1975: *Commodity Prices at the Ramesside Period*, Leyden.
Katawy, S. L. D., 1989: *Land Tenure in the Ramesside Period*, Londres.
Kemp, B. J., 1976: «The window of appearances at El-Amarna and the basic structure of the city», *JEA* 26:81-99.
—, 1977: «The city of el-Amarna as a source for the study of urban society in ancient Egypt», *World Archaeology* 9:123-139.
—, 1978: «The harîm-palace at Medinet el-Ghurab», *ZÄS* 105:122-133.
Kitchen, K. A., 1968-: *Ramesside Inscriptions, Historical and Biographical*, Oxford.
—, 1973: *The Third Intermediate Period in Egypt*, Warminster (2.ª ed. 1986).
—, 1982: *Pharaoh Triumphant: the life and times of Ramesses II*, Warminster.
Krauss, 1985 [capítulo 3].
Kruchten, J.-M., 1981: *Le décret d'Horemheb*, Bruselas.
Liverani, 1979 [capítulo 6].
—, 1987 [capítulo 8].
—, 1990: «A seasonal pattern for the Amarna letters», en Moran Studies [0E]:337-348.
Meyer, C., 1982: *Senenmut: eine prosopographische Untersuchung*, Hamburgo.
Montet, P., 1952: *Les Énigmes de Tanis*, París.
Moran, 1987/1992 [capítulo 6].
Morkot, R., 1986: «Violent images of queenship», *Wepwawet* 2:1-9.
Murnane, W. J., Van Siclen III, C. C., 1993: *The Boundary Stelae of Akhenaten*, Londres.
Peet, T. E., 1924: «A historical document of the Ramesside age», *JEA* 10:116-127.
—, 1930: *The Great Tomb Robberies of the 20th Egyptian Dynasty*, Londres.
Peet, T. E., Woolley, C. L., Frankfort, H., Pendlebury, J. D. S., *et al.*, 1923-1951: *The City of Akhenaten* (3 partes), Londres.
Petrie, W. M. F., 1894: *Tell el-Amarna*, Londres.
Redford, D. B., 1967: *History and Chronology of the Eighteenth Dynasty of Egypt: seven studies* (Near and Middle East Series 3), Toronto.
—, 1984: *Akhenaten the Heretic King*, Princeton, NJ.
—, (ed.), 1988: *The Akhenaten Temple Project*, vol. II: *Rwd-mnw, foreigners and inscriptions*, Toronto.
—, 1992 [capítulo 3].
Reeves, N. (ed.), 1992a: *After Tut'ankhamun: research and excavation in the royal necropolis at Thebes*, Londres.
—, 1992b: *The Complete Tutankhamun: the king, the tomb, the royal treasure*, Londres.
Robins, G., 1983: «The God's Wife of Amun in the 18th dynasty in Egypt», en Cameron y Kuhrt [0E]:65-78.
Samson, J., 1977: «Nefertiti's regality», *JEA* 63:88-97.
Säve-Söderbergh, T., 1946: *The Navy of the Eighteenth Egyptian Dynasty*, Uppsala.
Schulman, A. R., 1964: *Military Rank, Title and Organisation in the Egyptian New Kingdom*, Berlín.

Liber

—, 1979: «Diplomatic marriage in the Egyptian New Kingdom», *JNES* 38:177-193.
—, 1988: *Ceremonial executions and Public Rewards* (OBO 75), Friburgo.
Smith, R. W., Redford, D. B., 1977: *The Akhenaten Temple Project*, vol. I: *The initial discoveries*, Warminster.
Spencer, A. J., Bailey, D. M., 1983-1992: *Excavations at el-Ashmuneisn*, Londres.
Steindorff, G., Seele, K., 1955: *When Egypt Ruled the East*, Chicago.
Tanis, 1987 = *Tanis: L'or des Pharaons*, París, 1987.
Trigger, 1976 [capítulo 3].
Troy, L., 1986: *Patterns of Queenship in Ancient Egyptian Myth and History* (Boreas: Uppsala Studies in Ancient Mediterranean and Eastern Civilisations 14), Uppsala.
Uphill, E., 1968/1969: «Pithom and Raamses: their location and significance», *JNES* 27:291-316; 28:15-39.
—, 1984: *The Temples of Per-Ramesses*, Warminster.
Valbelle, 1990 [capítulo 3].
Von Känel, F., 1984: «Les courtisanes de Psousennes et leurs tombes à Tanis», *BSFE* 100:31-43.
Weinstein, 1981 [capítulo 6].

CAPÍTULO 5

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Liverani, 1988 [0C], caps. 15 y 18; *CAH* II, caps. 6, 15, 17, 21a, 24; Bottéro *et al.*, 1966 [oB], cap. 2; *RLA* 4:162-172; 371-389; Otten en Schmökel, 1961 [0A]:313-416; McQueen, 1986 [0Ge]; Gurney en Larsen, 1979 [0E]:151-166; Klengel *et al.*, 1989 [0C]:234-267.

y (véase *infra* información detallada)
Akurgal y Hirmer, 1962; Bittel, 1970; 1976; Cavaignac, 1950; Cornelius, 1973; Goetze, 1957; Gonnet, 1975; Gurney, 1990; Klengel y Klengel, 1970; Laroche, 1971; Lehmann, 1986; Neve, 1992; Walser, 1964.

OBRAS DE CONSULTA

Akurgal, E., Hirmer, M., 1962: *The Art of the Hittites* (trad. ing. de la versión original), Londres.
Alkım, U. B., Bilgi, Ö., Alkım, H., 1988: *Ikiztepe I: the first and second season (1974-1975)*, Ankara.
Alp, S., 1980: «Die hethitischen Tontafelentdeckungen auf dem Mas2at-Höyük: vorläufiger Bericht», *Belleten* 44:25-59.
Archi, S., 1971: «The propaganda of Hattusili III», *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici* 14:15-215.
Balkan, K., 1957: *Letter of King Anum-hirbi of Mama to King Warshama de Kanish* (Türk Tarih Kurumu Yayinlarindan 31a), Ankara.
—, 1973: *Eine Schenkungsurkunde aus Inandık*, Ankara.
Beal, R. H., 1986: «The history of Kizzuwatna and the date of the Sunassura treaty», *Or.* 55:424-445.
—, 1992: «The location of Cilician Ura», *AnSt* 42:65-73.

Liber

Beckman, G., 1982: «The Hittite assembly», *JAOS* 102:435-442.
Bin-Nun, S. R., 1975: *The Tawananna in the Hittite Kingdom*, Heidelberg.
Bittel, K., 1970: *Hattusha: the capital of the Hittites*, Oxford.
—, 1975: *Das hethitische Felsenheiligtum von Yazilikaya*, Berlín.
—, 1976: *Die Hethiter: die Kunst Anatoliens vom Ende des 3. bis zum Anfang des 1. Jt.*, Munich.
Blegen, C. W. *et al.*, 1953/1958: *Troy* III y IV, Princeton, NJ.
Bryce, T. R., 1974: «Some geographical and political aspects of Mursilis' Arzawan campaign», *AnSt* 24:103-116.
—, 1989: «The nature of Mycenean involvement in western Anatolia», *Historia* 38:1-21.
—, 1990: «The death of Niphururiya and its aftermath», *JEA* 76:97-105.
Carruba, O., 1974: «Tahurwaili von Hatti», en Bittel, K., *et al.* (ed.), *Anatolian Studies presented to H. G. Güterbock*, Estambul:73-93.
Cavaignac, E., 1950: *Les hittites* (L'Orient Ancien Illustré), París.
Cornelius, F., 1973: *Geschichte der Hethiter*, Darmstadt.
Daddi, F. Pecchioli, 1975: «Il *hazan(n)u* nei testi di Hattusa», *OA* 14:93-136.
Easton, D. F., 1981: «Hittite land donations and tabarna seals», *JCS* 33:3-43.
Forrer, E., 1924a: «Die Griechen in den Boghaz-köi Texten», *OLZ*:113-118.
—, 1924b: «Vorhomerische Griechen in den Keilscfhrifttexten aus Boghaz-köi», *MDOG* 63:1-22.
Friedrich, J., 1926/1930: *Staatsverträge des Hatti-Reiches in hethitischer Sprache* (MVAeG 31; 34), Leipzig.
—, 1959: *Die hethitischen Gesetze* (reimpr. 1971), Leyden.
Garelli, 1963 [capítulo 2].
Garstang, J., Gurney, O. R., 1959: *The Geography of the Hittite Empire* (British Institute of Archaeology at Ankara, Occasional Publications 5), Londres.
Goetze, A., 1925: *Hattušiliš. Der Bericht über seine Thronbesteigung nebst den Parallelltexten* (MVAeG 29/3), Leipizig (cf. MVAeG 34/2 (1930)).
—, 1933: *Die Annalen des Muršiliš* (MVAeG 38/Hethitische Texte 6), Leipzig (reimpr. Darmstadt, 1967).
—, 1957: *Kulturgeschichte Kleinasiens* (Handbuch der Altertumswissenschaft III/1 III; 2.ª ed.), Munich.
Goldman, H., 1956: *Excavations at Gözlü Kule, Tarsus* II, Princeton, NJ.
Gonnet, H., 1975: *Catalogue des documents royaux hittites du IIe millénaire avant J.-C.*, París.
Gunter, A., 1990: *Gordion Final Reports* III, Filadelfia, Penn.
Gurney, O., 1974: «The Hittite line of kings and chronology», en Bittel *et al.* (eds.), *Anatolian Studies presented to H. G. Güterbock*, Leyden:105-111.
—, 1977: *Some Aspects of Hittite Religion* (Schweich Lectures, 1976), Londres.
—, 1979: «The anointing of Tudhaliya», en Carruba, O. (ed.), *Studia Mediterranea Piero Meriggi Dicata*, Pavía, I:213-223.
—, 1990: *The Hittites* (ed. rev.), Harmondsworth.
Güterbock, H. G., 1938 [capítulo 1].
—, 1954: «Authority and Law in the Hittite Kingdom», *JAOS* 74 (Supp. 17):16-24.
—, 1956: «The Deeds of Suppiluliuma as told by his son Mursili II», *JCS* 10:41-68; 75-98; 107-130.
—, 1960: «An outline of the Hittite AN.TAH.SUM festival», *JNES* 19:80-89.
—, 1961: «The north central area of hittite Anatolia», *JNES* 20:85-97.
—, 1964: «Religion und Kultus der Hethiter», en Walser, 1964:54-73.

Liber

—, 1975: «Yazılıkaya: à propos a new interpretation», *JNES* 34:273-277.
—, 1982: *Les Hieroglyphes de Yazilikaya (à propos d'un travail récent)*, París.
—, 1983: «The Hittites and the Aegean World: Part 1. The Ahhiyawa Problem reconsidered» (véase asimismo: «Part 2. Archaelogical Comments on Ahhiyawa-Achaians in Western Anatolia» (de M. Mellink); y «Part 3. Response to Hans Güterbock» (de E. T. Vermeule)), *AJA* 87:133-143.
Güterbock, H. G., Van der Hout, T. P. J., *1991: The Hittite Instructions for the Royal Bodyguard* (AS 24), Chicago.
Haas, V., 1970: *Der Kult von Nerik* (Studia Pohl 4), Roma.
Haas, V., Wäfler, M., 1974: «Yazılıkaya und der grosse Tempel», *OA* 13.211-226.
Haase, R., 1979: *Die keilschriftlichen Rechtssammlungen in deutscher Fassung* (2.ª ed.), Wiesbaden.
—, 1984: *Texte zum hethitischen Recht: Eine Auswahl*, Wiesbaden.
Hawkins, J. D., 1987 [capítulo 8].
Heinhold-Krahmer, S., 1977: *Arzawa: Untersuchungen zu seiner Geschichte nach den hethitischen Quellen*, Heidelberg.
Hoffmann, I., 1984: *Der Erlass Telepinus* (Texte der Hethiter Heft 11), Heidelberg.
Hoffner, H. A., 1965: *The Hittite Laws* (Brandeis Univ., tesis doctoral).
—, 1974: *Alimenta Hethaeorum*, New Haven, Conn.
—, 1975: «Propaganda and political justification in Hittite historiography», en Goedicke y Roberts [0E]:49-62.
Houwink ten Cate, P., 1970: *The Records of the Early Hittite Empire (c. 1430-1370 BC)*, Leyden
—, 1983/4: «The history of warfare according to Hittite sources: the Annals of Hattusili I», *Anatolica* 10:91-109; 11:47-83.
—, 1992: «The bronze tablet of Tudhaliya IV and its geographical and historical relations», *ZA* 82:233-270.
Imparati, F., Saporetti, C., 1965: «L'autobiografia di Hattusili I», *SCO* 14:40-85.
Jakob-Rost, L., 1966: «Beiträge zum hethitischen Festzeremoniell (IBoT I 36)», *MIO* 11:165-225.
Klengel, E. y H., 1970: *Die Hethiter: Geschichte und Umwelt: eine Kulturgeschichte Kleinasiens vom Çatal Hüyük bis zu Alexander dem Grossen*, Viena.
Košak, S., 1982: *Hittite Inventories*, Heidelberg.
Koşay, H. Z., Akok, M, 1966: *Ausgrabungen von Alaca Hüyük 1940-1948*, Ankara.
Kümmel, H. M., 1967: *Ersatzrituale für den hethitischen König* (StBoT 3), Wiesbaden.
Laroche, E., 1971: *Catalogue des textes hittites*, París.
—, 1982: «Document hittites et hourrites», en Beyer, 1982 [capítulo 6]:53-60.
Lebrun, R., 1976: *Šamuha – foyer réligieux de l'empire hittite*, París.
—, 1992: «Traité de Tudhaliya IV avec Kurunta de Tarhuntassa», en Briend, J., Lebrun, R., Puéch, E., *Traités et serments dans le proche-orient ancien* (Sup. del Cahier Évangile, 18 de septiembre de 1992), n.º 8.
Lehmann, J., 1986: *Die Hethiter: Volk der tausend Götter*, Munich.
Liverani, 1987 [capítulo 8].
Lloyd, S., Mellaart, J., 1955: «Beycesultan excavations: first preliminary report», *AnSt* 5:39-93.
—, *1956: «Beycesultan excavations: second preliminary report», AnSt 6:101-135.*
McQueen, J. G., 1968: «Geography and history in western Asia Minor in the second millennium», *AnSt* 18:169-185.

Liber

Mellaart, J., 1968: «Anatolian trade with Europe and Anatolian geography and culture provinces in Late Bronze Age», *AnSt* 18:187-202.
Moran, 1987/1992 [capítulo 6].
Muhly, J. D. *et al.*, 1985: «Iron in Anatolia and the nature of the Hittite iron industry», *AnSt* 35:67-84.
Murnane, W. W., 1985: *The Road to Kadesh*, Chicago.
Neu, E., 1974: *Der Anitta-Text* (StBoT 18), Wiesbaden.
Neve, P., 1992: *Hattuša – Stadt der Götter und Tempel: Neue Ausgrabungen in der Hauptstadt der Hethiter (Antike Welt*/Sondernummer), Munich.
Oettinger, N., 1976: *Die militärischen Eide der Hethiter* (StBoT 22), Wiesbaden.
Orlin, 1970 [capítulo 2].
Otten, H., 1958: *Hethitische Totenrituale* (Deutsche Akademie der Wissenschaften zu Berlin: Institut für Orientforschung Veröffentlichungen Nr. 37), Berlín.
—, 1964: «Aufgaben eines Bürgermeisters in Hattusa», *BaM* 3:91-95.
—, 1973: *Eine althethitische Erzählung um die Stadt Zalpa* (StBoT 17), Wiesbaden.
—, 1981: *Die Apologie Hattusilis III: Das Bild der Überlieferung* (StBoT 24), Wiesbaden.
—, 1983: «Der Anfang der HAZANNU-Instruktion», *Or.* 62:133-142.
—, 1986: «Das hethiitische Königshaus im 15. Jahrhundert v. Chr.», *Anzeiger der Österreichischen Akademie der Wissenschaften* 123:21 ss.
—, 1988: *Die Bronzetafel aus Boğlazköy: ein Staatsvertrag Tudhaliyas IV* (StBoT Beiheft), Wiesbaden.
Otten, H., Souček, V., 1965: *Das Gelübde der Königin Puduhepa an die Göttin Lelwani* (StBoT 17), Wiesbaden.
Özgüç, T., 1957: «The Bitik Vase», *Anatolica* 2:57-78.
—, 1978: *Maşat Hüyük I: excavations at Maşat Hüyük and investigations in its vicinity*, Ankara.
—, 1982: *Maşat Hüyük II: a Hittite centre north-east of Boğazköy*, Ankara.
—, 1988: *Inandık: an important cult centre of the Old Hittite period*, Ankara.
Riemschneider, K. K., 1958: «Die hethitischen Landschenkungsurkunden», *MIO* 6:321-381.
Sandars, 1978 [capítulo 8].
Singer, I., 1983: «Western Anatolia in the thirteenth century BC according to Hittite sources», *AnSt* 33:205-218.
—, 1983-1984: *The Hittite KI.LAM festival,* (StBoT 27-28), Wiesbaden.
—, 1985: «The battle of Nihriya and the end of the Hittite empire», *ZA* 75:100-123.
Sturtevant, E., H., Bechtel, G., 1935: *A Hittite Chrestomathy* (William Dwight Whitney Linguistic Series), Filadelfia, Penn.
Süel, A., 1992: «Ortaköy: eine hethitische Stadt mit hethitischen und hurritischen Tontafelentdeckungen», en Otten, H., Ertem, H., Süel, A. (eds.), *Hittite and Other Anatolian and near Eastern Stuides in Honour of Sedat Alp*, Ankara:487-492.
Ünal, A., 1974: *Hattusili III* Teil I: *Hattusili bis zu seiner Thronbesteigung* Bd. 1: *Historischer Abriss* (Texte der Hethiter 3), Heidelberg.
—, 1978: *Ein Orakeltext über die Intrigen am hethitischen Hof (KUB XXII* 70 = *Bo2011)* (Texte der Hethiter 6), Heidelberg.
Von Schuler, E., 1957: *Hethitische Dienstanweisungen für höhere Hof-und Staatsbeamte* (AfO Beiheft 10), Graz.
—, 1959: «Hethitische Königslerlässe als Quellen der Rechtsfindung und ihr Verhält-

Liber

nis zum kodifizierten Recht», en Kienle, R. *et al.* (eds.), *Festschrift Friedrich*, Heidelberg:435-472.
—, 1965: *Die Kaškäer*, Berlín.
Walser, G. (ed.), 1964: *Neuere Hethiterforschung* (Historia Einzelschriften 7), Wiesbaden.
Weidner, E., 1923: *Politische Dokumente aus Kleinasien: die Staatsverträge in akkadischer Sprache aus dem Archiv von Boghazköi* (Boghazköi-Studien 8 und 9), Leipzig.
Werner, R., 1967: *Hethitische Gerichtsprotokolle*, Wiesbaden.
Wilhelm, 1982 [capítulo 6].

CAPÍTULO 6

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Liverani, 1988 [0C], caps. 17 y 19; *CAH* II, caps. 1, 10, 11, 20, 21b; Bottéro *et al.*, 1966 [0B], caps. 2 y 3; Klengel *et al.*, 1989 [0C]:267-295; Klengel, 1992 [0Gc], cap. 3.

y (véase *infra* información detallada)
Actes de la 24e Rencontre Assyriologique Internationale, 1977; Beyer, 1982; Curtius, 1985; Haas, 1988; Imparati, 1964; Klengel, 1965-1970; Liverani, 1962; O'Callaghan, 1948; Redford, 1992 [capítulo 3], parte 2; Saadé, 1977; Schaeffer, 1939-1970; *SDB* s. v. «Ras Shamra»; Wilhelm, 1982; Young, 1981.

OBRAS DE CONSULTA

Actes de la 24e Rencontre Assyriologique Internationale, París, 1977: *Les Hourrites* (= *Revue hittite et asianique* 36).
Albright, W. F., 1944: «A prince of Taanach in the fifteenth century BC», *BASOR* 94:12-27.
Arnaud, D., 1982: «Les textes suméro-accadiens: un florilège», en Beyer, 1982:43-51.
—, 1986: *Recherches au Pays d'Ashtata, Emar VI/4: textes de la bibliothèque: transcriptions et traductions*, París.
—, 1991: *textes syriens de l'Age du Bronze Récent* (Aula Orientalia Supp. 1), Barcelona.
Barrelet, M.-T., 1977: «Le 'cas' hourrite et la pratique archéologique», en *id.* (ed.), *Problèmes concernant les hourrites I: méthodologie et critique*, París:1-20.
Beal, 1992 [capítulo 5].
Beyer, D. (ed.), 1982: *Méskéne-Emar: dix ans de travaux, 1972-1982*, París.
Bordreuil, P., 1981: «Les récentes découvertes épigraphiques à Ras-Shamra et à Ras Ibn Hani», en Young, 1981:43-48.
Bottéro, J., 1949: «Les inventaires de Qatna», *RA* 43:1-40; 137-215.
Buccellati, G., Kelly, M., 1988: *Mozan I: the soundings of the first two seasons* (Bibliotheca Mesopotamica 20), Malibu, Cal.
Caquot, A., *et al.*, 1974: *Textes ougaritiques*, vol. 1: *Mythes et légendes* (LAPO 7), París.

—, 1989: *Textes ougaritiques*, vol. 2: *Textes religieux-rituels; correspondance* (LAPO 14), París.
Cassin, E., 1938: *L'adoption à Nuzi*, París.
—, 1969: «Pouvoirs de la femme et structures familiales», *RA* 3:121-148.
—, 1974: «Le palais de Nuzi et la royauté d'Arrapha», en Garelli [0E]:373-392.
Cumming, 1982 [capítulo 4].
Curtis, A., 1985: *Ugarit (Ras Shamra)* (Cities of the Biblical World), Cambridge.
Diakonoff, I. M., 1972: «Die Arier im Vorderen Orient: Ende eines Mythos», *Or.* 41:91-120 (reseña de Kammenhuber, 1968).
Dietrich, M., Loretz, O., 1969/70, 1970: «Die soziale Struktur von Alalakh und Ugarit», *UF* 1:37-64; *WO* 5:57-93; *ZA* 60:88-123.
—, 1978: «Das 'seefahrende Volk' von Šikila (RS 34.129)», *UF* 10:53-56.
Dobel, A., Asara, F., Michel, H. V., 1977: «Neutron activation analysis and the location of Waššukanni», *Or.* 46:375-382.
Dosch, G., 1987: «Non-slave labor in Nuzi», en Powell [0E]:223-235.
—, 1993: *Zur Struktur der Gesellschaft des Königreichs Arraphe* (Heidelberger Studien zum Alten Orient 5), Heidelberg.
Edzard, D. O., 1970: «Die Tontafeln aus Kamid el-Loz» en Edzard y Hachmann, 1970:50-62.
Edzard, D. O., Hachmann, R. *et al.*, 1970: *Kamid el-Loz -Kumidi* (Saarbrücker Beiträge zur Altertumskunde 7), Bonn.
Eichler, B., 1973: *Indenture at Nuzi: the personal tidennutu contracts and its Mesopotamian analogues* (YNER 5), New Haven, Conn.
Fleming, D., 1992: *The Installation of Baal's High Priestess at Emar: a window on ancient Syrian religion*, Atlanta, Ga.
Frandsen, P. J., 1979: «Egyptian Imperialism», en Larsen [0E]:167-190.
Fritz-Münche, S., 1984: «Steinzeug von Tell Huera: das früheste Beispiel für die Herstellung dichtgebrannter Keramik», *ZA* 14:123-132.
Garelli, 1963 [capítulo 2].
Gelb, I. J., 1944: *Hurrians and Subarians* (SAOC 22), Chicago.
Giles, F. J., 1970: *Ikhnaton: legend and history*, Londres.
Giveon, R., 1971: *Les Bédouins Shosu des documents égyptiens*, Leyden.
Goetze, 1957 [capítulo 5].
Golénischeff, W. (ed.), 1913: *Les Papyrus hiératiques n.° 1115, 1116A et 1116B de l'Ermitage Impériale à St. Petersbourg*, San Petersburgo.
Gonen, R., 1984: «Urban Canaan in the Late Bronze period», *BASOR* 253:61-74.
—, 1992: «The Late Bronze Age», en Ben-Tor, A. (ed.), *The Archaeology of Ancient Israel* (trad. ing. de la versión original), New Haven, Conn.:211-257.
Gordon, C. H., 1971: *Forgotten Scripts: the story of decipherment* (ed. rev.), Harmondsworth.
Grosz, K., 1983: «Bridewealth and dowry in Nuzi» en Cameron y Kuhrt [0E]:193-206.
—, 1987: «Daughters adopted as sons at Nuzi and Emar», en Durand [0E]:81-86.
—, 1989: «Some aspects of the position of women in Nuzi», en Lesko [0E]:167-180.
Güterbock, H., 1946: *Kumarbi, Mythen vom churritischen Kronos* (Istanbuler Schriften 16), Zurich.
—, 1948: «The Hittite version of the Hurrian Kumarbi myths: oriental forerunners of Hesiod», *AJA* 52:123-134.
—, 1951/1952: «The Song of Ullikummi», *JCS* 5:135-161; 6:8-42.

Liber

—, 1954: «The Hurrian element in the Hittite empire», *Cahiers d'histoire mondiale* 2:383-394.
Haas, V. (Hrsg.), 1988: *Hurriter und Hurritisch* (Konstanzer Altorientalisches Symposium v 2), Konstanz.
Haas, V., Thiel, J. P., 1978: *Die Beschwörungsrituale der Allaiturah(h)i und verwandte Texte* (Hurritologische Studien 2, AOAT 31), Kevelaer, Neukirchen-Vluyn.
Haas, V., Wegener, I., 1988: *Die Rituale der Beschwörerinnen SALŠI.UGI* (2 vols.) (Corpus der Hurritischen Sprachdenkmäler I Abt./Die Texte aus Bogazköy 5), Roma.
Haas, V., Wilhelm, G., 1974: *Hurritische und luwische Riten aus Kizzuwatna* (Hurritologische Studien 1, AOAT Sonderreihe 3), Kevelaer, Neukirchen-Vluyn.
Hachmann, R., 1970: «Kamid el-Loz – Kumidi» en Edzard y Hachmann, 1970:63-94.
Hallo, 1964 [capítulo 2].
Healey, J., 1990: *The Early Alphabet*, Londres (reimpr. en Hooker, 1991 [0H]).
Helck, H. W., 1971: *Die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v. u. Z.* (2.ª ed.; ÄgAbh 5), Wiesbaden.
Heltzer, M., 1976: *The Rural Community in Ugarit*, Wiesbaden.
—, 1978: *Goods, Prices and the Organization of Trade in Ugarit*, Wiesbaden.
—, 1982: *The Internal Organization of the Kingdom of Ugarit*, Wiesbaden.
Hrouda, B., 1985: «Zum Problem der Hurriter», *MARI* 4:595-613.
Imparati, F., 1964: *I Hurriti*, Florencia.
Kammenhuber, A., 1961: *Hippologia Hethitica*, Wiesbaden.
—, 1968: *Die Arier im Vorderen Orient*, Heidelberg.
Kempinski, A., 1974: «Tell el-'Ajjûl – Beth-Aglayim or Sharuhen?», *IEJ* 24:145-152.
Kitchen, K., 1977: «The king list of Ugarit», *UF* 9:131-142.
Klengel, H., 1965-1970: *Geschichte Syriens* (3 vols.), Berlín.
Kramer, C., 1977: «Pots and People», en Young, T. C., Levine, L. D. (eds.), *Mountains and Lowlands: essays in the archaeology of greater Mesopotamia* (Bibliotheca Mesopotamica 7), Malibu, Cal.
Kühne, H., 1973a: *Die Chronologie der internationalen Korrespondenz von el-Amarna* (AOAT 17), Kevelaer, Neukirchen-Vluyn.
—, 1973b: «Ammištamru und die Tochter der 'Grossen Dame'», *UF* 5:175-184.
Kupper, 1957 [capítulo 2].
Laessøe, 1959 [capítulo 2].
Laroche, E., 1979: «Les problèmes des Indo-Aryens occidentaux», *CRAIBL*: 677-685.
—, 1982 [capítulo 5].
Liverani, M., 1962: *Storia di Ugarit nell'età degli archivi politici*, Roma.
—, 1979: *Three Amarna Essays* (Monographs on the Ancient Near East I/5), Malibu, Cal.
Loretz, O., 1984: *Habiru-Hebräer: eine sozio-linguistische Studie über die Herkunft des Gentiliziums* 'ibrî *vom Apellativum* habiru (Beiheft ZAW 160), Berlín.
Maidman, M. P., 1976: *A Socio-economic Analysis of a Nuzi Family Archive* (Univ. de Penn., tesis doctoral).
Malamat, A., 1961: «Campaigns of Amenhotep II and Thutmosis IV to Canaan», *Scripta Hierosolymitana* 8:218-231.
Matthews, D., Eidem, J., 1993: «Tell Brak and Nagar», *Iraq* 55:201-207.
Merillees, R. S., 1968: *The Cypriot Bronze Age Pottery Found in Egypt* (Studies in Mediterranean Archaeology 18), Lund.

Liber

Millard, A. R., 1973: «The Canaanites», en Wiseman, 1973 [0A]:29-52.
Moorey, 1986 [capítulo 2].
Moran, W., 1987/1992: *Les lettres d'el-Amarna* (LAPO 13), París (ed. inglesa puesta al día, 1992, Baltimore, MD).
Morkot, R., 1988: «Studies in New Kingdom Nubia 1. Politics, economics and ideology: Egyptian imperailism in Nubia», *Wepwawet* 3:29-49.
Morris, 1992 [capítulo 8].
Morrison, M. A., 1983: «The Jacob and Laban narratives in the light of Near Eastern Sources», *BibArch* 46:155-164.
Morrison, M. A., Owen, D. I. (eds.), 1981: *Studies in the Civilization and Culture of Nuzi and the Hurrians*, Winona Lake, IN.
Oates, D., 1985: «Excavations at Tell Brak, 1983-84», *Iraq* 47:159-173.
O'Callaghan, R. T., 1948: *Aram Naharaim*, Roma.
Pardee, D., 1988: *Les textes paramythologiques de la 24e campagne (1961)* (Ras Shamra/Ougarit 4), París.
Parrot, A., Nougayrol, J., 1948: «Un document de fondation hourrite», *RA* 42:1-20.
Pfeiffer, R. H., 1932: *Excavations at Nuzi*, II: *The Archives of Shilwateshub, Son of the King*, Cambridge, Mass.
Pitard, W. T., 1987: *Ancient Damascus: a historical study of the Syrian city-state from earliest times until its falla to the Assyrians in 732 BCE*, Winona Lake, IN.
Pope, M., 1981: «The cult of the dead at Ugarit», en Young, 1981:159-179.
Redford, 1967 [capítulo 4].
—, 1992 [capítulo 3].
Rothenberg, B., 1972: *Timna: valley of the biblical copper mines* (New Aspects of antiquity), Londres.
Saadé, G., 1977: *Ougarit*, Damasco.
Sasson, J. M., 1974: «Hurrians and Hurrian names in the Mari texts», *UF* 6:353-400.
—, 1981: «On Idrimi and S1arruwa, the scribe», en Morrison y Owen, 1981:309-324.
Schaeffer, H., 1939-1970: *Ugaritica* (6 vols.), París.
Schulman, A., 1978: «Ankhosenamun, Nofretity and the Amka affair», *JARCE* 15:43-48.
—, 1988: «Hittites, helmets and Amarna: Akhenaten's first Hittite war», en Redford, 1988 [capítulo 4]:53-79.
Several, M., 1972: «Reconsidering the Egyptian empire in Palestine during the Amarna period», *PEQ* 104:123-133.
Singer, I., 1988: «Merneptah's campaign to Canaan and the Egyptian occupation of the southern coastal plain of Palestine in the Ramesside period», *BASOR* 269:1-10.
Smith, S., 1949: *The Statue of Idrimi*, Londres.
Speiser, E. A., 1929: «A letter of Saushshatar and the date of the Kirkuk tablets», *JAOS* 49:269 ss.
Stein, D., 1984: *Khabur ware and Nuzi ware* (Assur 4.1), Malibu, Cal.
—, 1989: «A Reappraisal of the 'Sauštatar Letter from Nuzi», *ZA* 79:36-60.
Stucky, R., 1983: *Ras-Shamra – Leukos Limen: die nach-ugaritische Besiedlung von Ras-Shamra* (Mission Archéologique de Ras Shamra 1), París.
Thureau-Dangin, F., 1939: «Tablettes hourrites provenant de Mari», *RA* 38:1-28.
Trigger, 1976 [capítulo 3].
Van Soldt, W. H., 1983: «Een koniklijke Echtscheidung ut Ugarit», en Veenhof *[0I]:150-159.*
—, 1991: *Studies in the Akkadian of Ugarit: Dating and Grammar* (AOAT 40), Neukirchen-Vluyn.

Liber

Vargyas, P., 1988: «Stratification sociale à Ugarit», en Heltzer, M., Lipiński, E. (eds.), *Society and Economy in the Eastern Mediterranean (c. 1500-1000 BC)* (OLA 23), Lovaina:111-123.
Wegner, I., 1981: *Gestalt und Kult der Ištar-šawuška in Kleinasien* (Hurrotologische Studien 3, AOAT 36), Kevelaer, Neukirchen-Vluyn.
Weidner, 1923 [capítulo 5].
Weinstein, J., 1981: «The Egyptian empire in Palestine: a reconsideration», *BASOR* 241:1-28.
Weippert, 1971 [capítulo 8].
Wilhelm, G., 1982: *Grundzüge der Geschichte und Kultur der Hurriter*, Darmstadt (trad. ing. con añadidos y la correspondiente actualización: *The Hurrians*, Warminster, 1989).
—, 1983: «Die Keilschrifttexte aus Kamid el-Loz», en Hachmann, 1983 [capítulo 4]:40-42.
—, 1991: «A Hurrian letter from Tell Brak», *Iraq* 53:159-169.
Wiseman, D. J., 1953: *The Alalakh Tablets* (British Institute of Archaeology in Ankara, Occasional Publications 2), Londres.
Woolley, 1953 [capítulo 2].
Yon, M., 1990: «Ougarit et ses dieux (travaux 1978-1988)», en Bounni, 1990 [0E]:325-343.
Young, G. D. (ed.), 1981: *Ugarit in Retrospect: 50 years of Ugarit and Ugaritic*, Winona Lake, IN.
Zaccagnini, C., 1977: «The merchant at Nuzi», *Iraq* 39:171-189.
—, 1979: *The Rural Landscape of the Land Arraphe* (Quaderni di Geografia Storica 1), Roma.

CAPÍTULO 7

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Liverani, 1988 [0C], caps. 20, 21, 27; Oates, 1986 [0Gb]:83-107; Bottéro *et al.*, 1966 [0B], cap. 1; *CAH* II, caps. 18, 25, 29, 31, 32; Garelli y Nikiprowetzky, 1971 [0C], cap. 1; Klengel *et al.* [0C]:295-334.

y (véase *infra* información detallada)
Brinkman, 1968 [capítulo 1], 1980; Carter y Stolper, 1984; Diakonoff, 1985; Harper, Aruz, Tallon, 1992; Hinz, 1972; Saggs, 1984 [capítulo 9], cap. 5.

OBRAS DE CONSULTA

Adams, 1981 [capítulo 1].
Adams, R. McC., Nissen, H. J., 1972: *The Uruk Countryside: the natural setting of urban societies*, Chicago.
Akkermans, P. M. M. G., Rossmeisl, I, 1990: «Excavations at Tell Sabi-Abyad, northern Syria: a regional centre on the Assyrian frontier», *Akkadica* 66:13-60.
Amiet, P., 1966: *Elam*, París.
—, 1988: *Suse: 6000 ans d'histoire* (Musée du Louvre), París.

Liber

Artzi, P., 1982: «"The King and the evil portending, ominous signs in his house" (EA 358)», en Nissen y Renger [0E]:317-320.
Astour, M., 1986: «The name of the 9. Kassite ruler», *JAOS* 106:327-331.
Aynard, M.-J., Durand, J.-M., Amiet, P., 1980: «Documents d'époque médio-assyrienne», *Assur* 3/1:1-54.
Balkan, K., 1954: *Kassitenstudien I: Die Sprache der Kassiten*, New Haven, Conn.
Baqir, T., 1942-1946: «Iraq Government excavations at Aqar Quf», *Iraq Suppl.* 1942-3; 1943-4; *Iraq* 8:73-93.
Black, 1981 [capítulo 11].
Borger, R., 1971: «Gott Marduk und Gott-König Šulgi als Propheten: zwei prophetische Texte», *BiOr* 28:3-24.
Brinkman, 1968 [capítulo 11].
—, 1974: «The monarchy of the kassite dynasty», en Garelli [0E]:409-415.
—, 1976: *Materials and Studies for Kassite History*, vol. I: *A Catalogue of Cuneiform Sources Pertaining to Specific Monarchs of the Kassite Dynasty*, Chicago.
—, 1980: «Die Kassiten», *RLA* 5:464-473.
—, 1993: «A Kassite seal mentioning a Babylonian governor of Dilmun», *NABU* nota 106.
Brinkman, J. A., Matthews, D., 1990: «A grandson of Kurigalzu», *NABU* nota 103.
Cameron, 1948 [capítulo 13].
Cagni, L., 1977: *The Poem of Erra* (Sources for the Ancient Near East), Malibu, Cal.
Canby, J. V., 1976: «The Stelenreihe in Assur, Tell Halaf, and Massebôt», *Iraq* 38:113-128.
Cardascia, G., 1969: *Les lois assyriennes* (LAPO 2), París.
Carter, E., Stolper, M. W., 1976: «Middle Elamite Malyan», *Expedition* 18/2:33-42.
—, 1984: *Elam: surveys of political history and archaeology* (University of California Near Eastern Studies 25), Berkeley, Cal.
De Waele, E., 1989: «Musicians and musical instruments on the rock reliefs in the Elamite sanctuary of Kul-e farah (Izeh)», *Iran* 27:29-37.
Diakonoff, I. M., 1985: «Elam», *CHI* II:1-24.
Dougherty, R. P., 1932: *The Sealand of Ancient Arabia* (YOSR 19), New Haven, Conn.
Driver, G. R., Miles, J. C., 1935: *The Assyrian Laws*, Oxford.
Edzard, D. O., 1960: «Die Beziehungen Babyloniens und Ägyptens in der neubabylonischen Zeit und das Gold», *JESHO* 3:38-55.
Ghirshman, R., 1963: *Persia from the Origins to Alexander the Great* (trad. ing. de la versión original), Londres.
—, 1966-1970: *Tchoga Zanbil* (4 vols.), París.
Goody, J., 1990: *The Oriental, the Ancient and the Primitive: systems of marriage and the family in the pre-industrial societies of Eurasia* (Studies in Literacy, Family, Culture and the State), Cambridge.
Grayson, A. K., 1972/1976: *Assyrian Royal Inscriptions* (2 vols.), Wiesbaden.
—, 1975: *Babylonian Historical-literary Texts* (Toronto Semitic Texts and Studies 3), Toronto.
—, 1987 [capítulo 2].
—, 1991: *Assyrian Rulers of the Early First Millennium BC (1114-859 BC)* (RIM Assyrian Periods 3), Toronto.
Grillot, F., 1988: «A propos d'un cas de 'levirat' elamite», *JA* 276:61-70.
Grillot-Susini, F. (con la col. de C. Roche), 1987: *Éléments de grammaire élamite*, París.

Libe

Gurney, O. R., 1983: *The Middle Babylonian Legal and economic Texts from Ur*, Londres.
Hallock, 1969 [capítulo 13].
—, 1971: [capítulo 13].
Hansman, J., 1972: «Elamites, Achaemenians and Anshan», *Iran* 10:101-125.
Harper, P., Aruz, J., Tallon, F. (eds.), 1992: *The Royal City of Susa: ancient Near Eastern treasures in the Louvre*, Nueva York (ed. franc. rev., París, 1994).
Henrickson, R. C., 1984: «Šimaški and central western Iran: the archaeological evidence», *ZA* 74:98-122.
Herrero, P., 1976: «Tablettes administratives de Haft Tépé», *CDAFI* 6:93-116.
Herrero, P., Glassner, J.-J., 1990: «Haft Tépé: choix de textes I», *IrAnt* 25:1-45.
—, 1991: «Haft Tépé: choix de textes II», *IrAnt* 26:39-80.
Hinz, W., 1967: «Elams Vertrag mit Naram-Sîn von Akkade», *ZA* 58:66-96.
—, 1968: «Zu den Zeughaustäfelchen aus Susa», en *Festschrift für W. Eilers*, Wiesbaden:35-42.
—, 1972: *The Lost World of Elam* (trad. ing. de la versión original), Londres.
Jas, R., 1990: «Two Midle-Assyrian lists of personal names from Sabi Abyad», *Akkadica* 67:3-39.
Kammenhuber, 1968 [capítulo 6].
König, W., 1926: *Mutterrecht und Thronfolge im alten Elam*, Viena.
—, 1965: *Die elamitischen Königsinschriften* (AfO Beiheft 16), Graz.
Kühne, H., 1990: «Gedanken zur historischen und städtebaulichen Entwicklung der assyrischen Stadt Dur-Katlimmu», en Bounni, 1990 [0E]:153-169.
Kuhrt, 1987 [capítulo 11].
Lackenbacher, S., 1982: «Nouveaux documents d'Ugarit I: une lettre royal», *RA* 76:141-156.
Lambert, M., 1972: «Hutéludush-Inshushinak et le pays d'Anzan», *RA* 66:61-76.
Lambert, W. G., 1957: «Ancestors, authors and canonicity», *JCS* 11:1-14; 112.
—, 1960: *Babylonian Wisdom Literature*, Oxford.
—, 1963: «The Reign of Nebuchadnezzar I: a turning point in the history of ancient Mesopotamian religion», en McCullough, W. S. (ed.), *The Seed of Wisdom: essays in honor of T. G. Meek*, Toronto:3-13.
—, 1965: «A new look at the Babylonian background of Genesis», *JTS* 16:287-300.
—, 1976: «Tukulti-Ninurta I and the Assyrian king list», *Iraq* 38:85-94.
Liverani, 1979 [capítulo 6].
Machinist, P., 1976: «Literature as politics: the Tukulti-Ninurta epic and the bible», *CBQ* 38:460-482.
Mayer, W., 1988: «Der babylonische Feldzug Tukulti-Ninurtas I von Assyrien», *Cananea Selecta: Festschrift Oswald Loretz*, Roma:143-161.
Mayrhofer, M., 1966: *Die Indo-Arier im Vorderen Orient*, Wiesbaden.
Miglus, P. A., 1984: «Anothe look at the 'Stelenreihen' in Assur», *ZA* 74:133-140.
Miroschedji, P. de, 1982: «Notes sur la glyptique de la fin de l'Elam», *RA* 76:51-63.
—, 1985 [capítulo 13].
Moorey, 1986 [capítulo 2].
Moran, 1987 [capítulo 6].
Morris, 1992 [capítulo 8].
Müller, K. F., 1937: *Das assyrische Ritual* Teil I: *Texte zum assyrischen Königsritual*, (MVAeG 41/3), Leipzig.
Liber

Negahban, E., 1990: *Excavations at Hafi Tepe. Iran* (University Museum Monographs 70), Filadelfia, Penn.
Nissen, H. J., 1993: «The context of the emergence of writing in Mesopotamia and Iran», en Curtis [0Gk]:54-76.
Oppenheim, A. L., 1970: *Glass and Glassmaking in Ancient Mesopotamia (An edition of the cuneiform texts which contain instructions for glassmakers. With a catalogue of surviving objects)*, Corning Museum, Nueva York.
Paper, H. H., 1955: «Elamite texts from Tchogha-Zambil», *JNES* 14:42-48.
Pedersen, O., 1985: *Archives and Libraries in the City of Assur: a survey of the material from the German excavations*, parte I, Uppsala.
Porada, E., 1965: *Ancient Iran: the art of pre-Islamic times*, Londres.
—, 1981-1982: «The cylinder seals found at Thebes in Boeotia», *AfO* 28:1-70.
Postgate, J. N., 1979: «On some Assyrian ladies», *Iraq* 41:89-103.
—, 1986: «Administrative archives from the city of Assur in the Middle Assyrian period», en Veenhof [0E]:168-183.
Reiner, E., 1969: «Das Elamische», *Die altkleinasiatischen Sprachen* (HdO), Leyden.
—, 1973: «The location of Anshan», *RA* 67:57-62.
Roberts, J. J. M., 1976: «Nebuchadnezzar I's Elamite crisis in theological perspective», Finkelstein, Essays [0E]:183-187.
Roth,1987 [capítulo 9].
Saggs, 1984 [capítulo 9].
Saggs, H. W. F., Wiseman, D. J., 1968: «The Tell al Rimah tablets, 1965 and 1966», *Iraq* 30:154-205.
Saporetti, C., 1979: *The Status of Women in the Middle Assyrian Period* (Sources and Monographs on the Ancient Near East 2/1), Malibu, Cal.
Seidl, U., 1968: «Die babylonischen Kudurru-reliefs: Symbole mesopotamischer Gottheiten», *BaM* 4:7-220 (ed. rev. Friburgo, 1989).
—, 1986: *Die elamischen Felsreliefs von Kurangun und Naqš-e Rustam*, Berlín.
Steinkeller, 1988 [capítulo 1].
—, 1990: «More on LÚ.SU.(A) = Šimaški», *NABU* nota 13.
Steinmetzer, F. X., 1922: *Die babylonischen Kudurru (Grenzsteine) als Urkundenform untersucht* (Studien zur Geschichte und Kultur es Altertums 11/IV-V), Paderborn.
Stève, M.-J., 1967: *Tchoga Zanbil (Dur Untash)* vol. III: *Textes élamites et accadiens de Tchoga Zanbil* (Mémoires de la Mission Archéologique en Iran 41), París.
Stolper, M. W., 1982: «On the dynasty of Šimaški and the early sukkalmahs», *ZA* 72:42-67.
—, 1984: *Texts from Tall-i Malyan* vol. I: *Elamite administrative texts (1972-4)*, Filadelfia, Penn.
Stolper, M. W., Wright, H. T., 1990: «Elamite brick fragments from Chogha Pahn East and related fragments», *Mélanges J. Perrot*, París:151-163.
Sumner, W., 1994: «Archaeological measures of cultural continuity and the arrival of the Persians in Fars», *AchHist* 8:97-105.
Tadmor, H., 1958: «Historical implications of the correct rendering of Akkadian *dakû*», *JNES* 17:129-141.
Thomas, R., 1992: *Literacy and Orality in Ancient Greece* (Key Themes in Ancient History), Cambridge.
Thureau-Dangin, F., 1935: «Une lettre assyrienne à Ras Shamra», *Syria* 16:188-193.
Tomabecchi, Y., 1983: «Wall paintings from Dur Kurigalzu», *JNES* 42:123-131.

Vallat, F., 1980: *Suse et Elam*, París.
Van Dijk, J., 1986: «Die dynastichen Heiraten zwischen Kassiten und Elamern: eine verhängnisvolle Politik», *Or.* 55:159-170.
Van Praag, A., 1945: *Droit matrimonial assyro-babylonien*, Amsterdam.
Walker, C. B. F., 1982: «Babylonian Chronicle 25: a chronicle of the Kassite and Isin II dynasties», Kraus, Festschriften [0E]:398-417.
Weadock, 1975 [capítulo 2].
Weidner, E. F., 1928-1929: «Historisches Material in der babylonischen Omina-Literatur», *MAOG* 4:226 ss.
—, 1956: «Hof und Haremserlasse assyrischer Könige aus dem 2. Jt. v. Chr.», *AfO* 17:257 ss.
—, 1959: *Die Inschriften Tukulti-Ninurtas I und seiner Nachfolger* (AfO Beiheft 12), Graz.
Zaccagnini, C., 1983: «Patterns of mobility among Near Eastern craftsmen», *JNES* 42:245-264.
Zeder, M. A., 1991: *Feeding Cities: specialised animal economy in the ancient Near East* (Smithsonian series in Archaeological Inquiry), Washington, DC.

Liber

ÍNDICE ALFABÉTICO

Abidos, 142, 146, 147, 152, 155, 158, 159, 169, 183, 185, 209, 427, 428
Abisare, 100
Abu Salabikh, 43, 44, 48
Abu Simbel, 170, 241; templo, 215, 218, 370
Abusir, 164
acadio, *véase* lenguas
Acemhüyük, 114, 115
Adab, 59, 84
Ada-apla-iddina, 403, 422
Adad-nirari I, 393-395, 396
Adad-shuma-usur, 387, 397
Adasi, 390
adivinación por el hígado, 66, 90, 128
adopción, 335, 376-377
Afganistán, 15, 18, 19, 381
Agade, 26-27, 45, 46, 62-79 *passim*, 95, 103, 134, 320, 409, 410; administración, 72; estructura política, 73-74
agricultura, 21, 28-29; *véase también en cada país*
agua, control del, 100, 101
Agum II, 378
Ahhiya(wa), 272, 273, 286, 287, 291, 292
Aka de Kish, 45, 46, 47
Akhenatón (Amenofis IV), 215-218 *passim*, 225-235, 329, 330, 367, 379, 380, 384, 385
Akhenatón, *véase* Tell el-Amarna
Akshak, 60
Al Untash-napitisha (Chogha Zanbil), *véase* Untash-napirisha
Alaca Hüyük, 271, 307
Alaksandu de Wilusa, 293
Alalah (Tell Atchana), 125, 288, 321, 322, 324, 325, 327, 329, 332-336 *passim*, 338, 344, 345
Alejandro de Macedonia, 23, 24, 146, 148
Aleppo, 26, 96, 122, 123, 133, 279, 283, 286, 288, 289, 293, 322-327 *passim*, 332, 371
alfabeto, 19-20, 340-341
alianzas, 95, 121-122, 123, 124, 132, 157, 195, 225, 286, 324, 344
alimentos: raciones, 74; suministros, 41, 186, 347, 362
Alishar, 114, 259
Alshe, 332
Amarna, *véase* Tell el-Amarna
Amenemes I, 188, 191-195, 200; II, 190
Amenemhab, 217, 362
Amenhotep, 242
Amenofis I, 221, 256, 359; II, 217, 224, 244, 246, 329, 363, 380; III, 218, 225, 226, 228, 246, 248-250 *passim*, 286, 288, 329, 330, 337, 343, 358, 363, 379, 381, 383, 386
Ammi-saduqa, 134
Ammishtamru I, 343, 344; II, 348-351 *passim*
'Ammurapi II, 343, 352
amorreos, 73, 84, 91, 92, 95, 99, 100, 101, 108, 131, 379
Amosis, faraón, 204, 209, 210, 219, 220-221, 358, 359
Amosis, hijo de Ebana, 204, 210, 217, 219, 220, 360
Amrah/amratiense, 156
Amurru, 288, 300, 303, 338, 344, 347, 348-350, 351
Anatolia, 15, 18, 25, 27, 59, 94, 108, 109, 111-118, 259-317, 321, 334; estructura política, 115, 259-263
Anedjib, 260-263
Anitta, 260-263
Ankhtify de Mo'alla, 185, 186
Anshan (Tall-i Mallyan), 26, 410-411, 412, 413, 416
Antiguo Testamento, 22, 253, 318, 431
Anum-hirbi de Mama, 321
años, nombres de, 65, 72, 83, 132, 374
'apiru, 358
Apku, 399, 404
Apofis, 204, 205, 208, 210
Aqar Quf, *véase* Dur Kurigalzu
Arabia, 15, 18, 371; Saudí, 37
arameos, 399, 402, 403, 416, 418, 422

Liber

Aratta, 47
Arbelas (Erbil), 26, 403
Arhalba, 346-347
Arik-den-ili, 394
aristocracia, 404
armas, 53-55, 58, 220; *véase también* carros de dos ruedas
Arnuwanda I, 285-287 *passim*, II, 289-290, 347; III, 266, 300
Arrapha (Kirkuk), 322, 324, 332, 335
Artashumara, 331
Artatama I, 225, 329; II, 331, 332
Arzawa, 272, 276, 278, 286, 287, 290-292 *passim*
asentamiento, 28-29, 36-37, 47-48, 155, 157
Ashtata, 352, 353
Ashur-bel-kala, 243, 402, 403
Ashur-nadin-ahhe I, 329, 390
Ashur-nasir-pal I, 403; II, 404
Ashur-resha-ishi, 399
Ashur-uballit, 389, 390-393, 403
Asia central, 15, 18, 25, 410
Asiria, 18, 94, 102, 118, 131, 132, 218, 225, 240, 241, 243, 259, 288, 300, 324, 331, 332, 348, 374, 376, 379, 381, 389-406, 415; anales, 399-402, 418; Babilonia y, 392-393, 396-399, 402, 418; colonización, 395; comercio, 108, 110-118, 259; Egipto y, 391-392; Elam y, 418; estructura social, 403-406; período medioasirio, 389-406; período paleoasirio, 102-118, 127, 259
Assur, 58, 69, 81, 95, 96, 101, 102-111, 112, 116, 117, 123, 259, 269, 329, 389, 394, 403, 406; administración, 110-111; agricultura, 102; estructura política, 111
Asuán, 141, 162, 209; presa, 145, 170
Asyut, 182, 183
Atalshen de Urkish, 320
Attarissiya de Ahhiya(wa), 286
auspicios, 66, 89-90, 128-129, 336, 421
Ávaris, 203, 204, 207-210 *passim*, 219, 239
Ay, 226, 234, 237
Azzi-Hayasa, 290, 303

Babilonia, 24, 26, 95, 101, 109, 122, 131-140, 218, 224, 241, 265, 279, 283, 289, 298, 308, 321, 334, 354, 363, 371, 372, 375, 377, 396-397, 402, 417-424; administración, 420; agricultura, 134, 426 n. 8; Asiria y, 390, 392-393, 396-399; crónicas, 265, 374, 393, 396, 411; Egipto y, 379-386; Elam y, 411-415 *passim*, 420-422; estructura política, 133-139; *Historia sincrónica*, 374, 390, 393, 396, 418; período casita, 371-389, 417-418; *véase también* Mesopotamia
Badari/badariense, 155-156
Bahrain, 18, 380
Bahriya, oasis de, 142, 170
barca funeraria, 166, 167
Barrelet, M. T., 26
Beckerat, J. von, 428 n. 6
Behistun, 407
Beni Hasan, 195, 199, 204
Bernal, M., 20
Beroso, 23
Beycesultan, 272
Biblos, 19, 123, 171, 199, 217, 227, 242, 337
B'ir (Ras Ibn Hani), 338
bodas dinásticas, 83, 122, 123, 137, 175-176, 225, 240, 250, 286-287, 298, *303-304*, 329-331, 350-351, 363, 381-382, 392, 411; levirato, 335-336
Boğazköy, 318, 319, 334, 379, 386; *véase también* Hattusa
Borsippa, 132
botín, 51, 74, 162, 239, 255, 307, 368
Brak, Tell (¿Nawar?), 41, 69, 73, 336
bronce, 24, 59, 80, 124, 209, 310, 339, 349, 365, 369, 428 n. 7; Edad del, 24, 355, 387
Buhen, 170, 210, 220
bullae, 18, 41
Burna-buriash II, 379-380, 385, 392
Buto 157
Butzer, K. W., 252

caballos, 21, 128, 368, 383, 396, 401
calendario, 72, 86
camellos, 21
Gamosis, 204, 205, 208-210, 219, 220-221
campesinos, 173, 176, 257
Canaán/cananeo, 210, 239, 242, 337, 340, 356-358, 363-370, 384
canales, 34; *véase también* agua, control de; regadío
Carchemish, 115, 123, 289, 299, 302, 332, 340, 347, 348, 351, 353, 393
Carnavon, tablilla, 204, 205
carros de dos ruedas, 128, 220, 244, *245*, 250, 333, 334, 383
casco de guerra, 220
casitas, 24, 318, 371-389, 417, 422
Çatal Hüyük, 29
centralización, 72, 73, 80, 133
cerámica, 28, 37, 43, 156, 209, 271, 367, 417
Chagar Bazar, 321
Childe, Gordon, 28

Chipre, 300, 301, 308, 340
Choga Zanbil (Al Untash-napirisha), 412, *413*
Cilicia, 271, 285, 340, 347
ciudades, 28, 169, 170, 219, 259, 307, 380, 412, 413, 416
ciudades-estado, 41-61, 95, 110, 115, 259, 260, 337-358, 377
clanes, 40, 127, 381
clero, 234, 242, 255; sumo sacerdote de Amón, 242
clima, 21, 28-29, 144-145, 187
cobre, 28, 37, 109, 117, 143, 156, 170, 286, 300, 368, 383, 396, 401
código de leyes, 84, 86-87, 97-98, 119, 129-130; asirio, 404-405; Hammurabi, 86, 131, 135-139; hitita, 308-310; Ur-Nammu, 83
comercio, 18, 28, 40, 42, 47, 80, 86, 97, 100, 106, 108-118, 123-124, 127, 132-133, 158-160 *passim*, 170, 176-177, 308, 339-340, 347, 351-352, 354, 382-383, 396, 413
Commagene, *véase* Kummuh
contrabando, 116
Coptos, 158, 205, 206, 209; decretos de, 162, 181
coronación, ceremonia de la, 175, 314-315, 406
corregencias, 192, 216, 226
corrupción, 257
corte real, 51-53, 124, 275, 276, 405-406; *véase también* séquito real
Creta, 123, 208
cronología, 27-28, 62-66, 83, 94, 99, 103, 107, 112-113, 118, 121, 147-148, 152, 155, 161, 181-182, 189-191, 202-207, 215-218, 238, 263-266, 326, 342, 274-275, 379, 399, 409, 419, 425 n. 8
cuentas, 38, 41
cuero, documentos de, 190
cultos, 20, 49-50, 68, 133, 164-165, 166, 168, 169, 173, 227, 228, 230-236, 239, 248, 255-256, 278, 307, 310-314, 336, 378, 411; Amón, 233, 242, 249, esposa del dios, 249; Assur, 406; Atón, 226, 228, 230-236, 239; Marduck, 378; *véase también* estatuas
cuneiforme, *véase* escritura, sistemas de

Dakhla, oasis de, 142, 170
Dalley, S., 427 n. 12
Damasco, 123, 228, 293, 361, 367
Darband-i-Gaur, 69
Darío I, 407
Deimel, A., 44
Deir el-Bahri, 189, 222
Deir el-Ballas, 209
Deir el-Medina, 218-219, 221, 239, 243, 254-257 *passim*
Deir Tasa, 155
deportados/deportación, 228, 278, 288, 363, 367, 395, 398
Der, 96, 109, 414, 422
Desroches-Noblecourt, C., 428 n. 6
deudas, 56, 97, 134, 347-348
Diakonoff, I. M., 44
Dilbat, 132
Diodoro, 372
dioses, 44, 98, 149, 171, 231-233, 378, 416, 417
divinización, 69, 84, 87, 248, 313
divorcio, 302, 348-351
Diyala, zona del, 42-43, 65, 71, 75, 84, 96, 101, 132, 381, 393, 420
Djehutihotep, 195
Drehem, *véase* Puzrish-Dagan
Dudu, 71
Dur Kurigalzu (Aqar Quf), 381, 383, 422; palacio, 381

Eanatum, 49, 53-55, 60
ébano, 144, 170, 369
Ebla (Tell Mardikh), 23, 44, 58, 59, 67, 69, 73, 96, 103, 171, 321-322, 355
Ecbatana (Hamadan), 26, 407
Edad del Bronce, 24; Reciente, 355, 387
Edfú, 169, 185-187 *passim*
edificación, 28, 50, 84, 105, 189, 236, 254, 368, 403, 417
Edom, 358
Egipto, 15, 20, 21, 24-29 *passim*, 141-258, 286, 293, 298, 308, 318, 329, 334, 343, 347, 355-370, 379-380; administración, 164, 195-196, 218, 253-254; agricultura, 142-145, 156, 160, 252; Amarna, período (din. XVIII), 225-236, 364, 367; armada, 251, 368; arte, 188-189; Babilonia y, 379-380, 381-385; dinastía de Xois (XIV), 206-207; dinastía saíta (XXVI), 148; dinastías tebanas (XIII y XVII), 205-206, 209-210; economía, 254; ejército, 144, 220, 250-253, 359-360; estructura política, 195-196; estructura social, 173-179, 257-258; hicsos, período de los (din. XV), 173, 203-205, 207-211, 219, 220, 359; hititas y, 239-242, 286, 288-289, 298, 367; Imperio Antiguo (dins. III-VIII), 147, 160-179; Imperio Medio (dins. XI-XIII), 147, 172, 181, 189-201, 211; Imperio Nuevo (dins. XVIII-XX), 148, 150, 151, 215-258, 428 n. 7; Levante y, 222, 224, 358-368, 379;

Mitanni y, 220-224-225, 286, 298, 329-331, 362-363, 379; Nubia y, 162, 170-171, 188, 196-199, 209-210, 220-221, 228, 242, 369-370; Palestina y, 199, 208, 210, 219-220, 224, 358, 369; persas y, 148; predinástico, período, 146, 148-157; Primer Período Intermedio (dins. VII-XI), 147, 179, 182-189; protodinástico (dins. XIII-XXVII), 148, 201-211; tardío, período (dins. XXVI-XXXI), 148; Tercer Período Intermedio (dins. XXI-XXV), 148, 238
Ekallate, 110, 402
Elam, 26, 41, 60, 71, 73, 81, 84, 91, 92, 96, 97, 109, 155, 374, 381, 396, 397, 407-418; administración, 410-411; agricultura, 414; Babilonia y, 411-415, 417, 418, 420-421; estructura política, 416-417; estructura social, 410
el-Amarna, *véase* Tell el-Amarna
el-Dab'a, Tell, 208
Elefantina, 164, 169, 185, 218
elites, 157, 158, 160, 172, 333, 334, 335
Emar (Tell Meskene), 57, 123, 302, 310, 322, 324, 327, 332, 336, 340, 352-355, 389
embajadores, 199, 224-225, 363, 380, 383-384, 411
Emery, W. B., 428 n. 3
Enheduanna, 68
Enlil-kudurri-usur, 397
Enlil-nadin-ahi, 420
Enlil-nadin-shumi, 414
Enlil-nirari, 393
Enmebaragesi de Kish, 45
Enmerkar, 45, 47
enterramientos, 40, 43, 61, 146-147, 156, 158, 159, 165-169 *passim*, 417
ēntum, 68, 69, 83, 421
Enūma Eliš, *véase* épica
épica, 46, 47, 78, 273, 336, 374, 378, 396, 397; «Poema de Erra», 422; «Poema de la Creación», 378, 421-422
Eridu, 33, 84; santuarios, 37
Erishti-Aya, 139
Erishum I, 105, 106, 109
Eritrea, 144, 222
esclavos, 57, 138, 139
Escorpión, maza del, 151
escritura, sistemas de, 18-20, 25, 27, 38, 41, 58, 153, 387, 388-389, 409; cuneiforme, 19, 38, 41, 112, 268, 319, 407; fenicia, 20; jeroglífica, 19, 159, 200, 269, 428 n. 4; *véase también* alfabeto
escultura, 190, 383; *véase también* relieves; estatuas
Esfinge, 246, 428 n. 5
Eshunna, 84, 95, 101, 119, 122, 131, 324
esposa, 137, 138; del dios Amón, *véase* cultos; real, 176, 249-250, 315-316, 404-405
estaño, 59, 109, 116-117, 123-124, 427 *n. 5*
estatuas, 38, 43, 58, 73, 77, 118, 162, 193, 194, 231, 256, 313, 330-331, 367; de Marduk, 372, 378, 397, 415, 421
estelas, 38, 53-55, *70*, 78, 162, 241, 367; Buitres, 53, *54*; Camosis, *205*, *208-210*; esfinge, 244-246; Haft Tepe, 411; Hammurabi, 125, *126*, 135, 415; Naram-Sin, *52*, 415; Piye, 359; Tutankhamón, 227; votivas, 255-256
Estrabón, 372, 407
Éufrates, *15*, 21, 33, 34, *41*, *110*, *118*, *121*, *142*, 222, 224, 251, 288, 354, 362, 372, 379, 395, 401
extispicia, 66

Fayum, El, 142, 155, 156, 189, 192, 193, 195, 242, 250
Falcon, N. L., 33
Fars, 26, 407, 409, 413, 414, 416
fenicios, 19-20
fiestas, 274, 312-313; Año Nuevo, 421, 422; boda sagrada, 90, 96; de Opet, 222, 248; de Sed, 175, 248-249; del Valle, 222; KI.LAM, 308, 313
Finkelstein, J. J., 135
Forest, D., 40
Forrer, E., 272
fortaleza, 73, 196, 199, 220, 240, 367
frescos, 118, *119*, 125, 208, 381, *382*
Freud, S., 20
funcionarios/oficiales, 97, 134, 162-165, 166, 178-179, 206, *231*, 248, *305-307*, *315*, *404*; *véase también* corte real

ganado, recuento del, 160, 161, 248
Gardiner, A. H., 187, 188, 428 n. *1*
Garstang, J., 272, 273
gasga, pueblo, 287, 292-293, 317
Gaza, 359, 360
Gebel Barkal, 360
gerzeense/el-Gerza, 155, 156, 158
Gilgamesh de Uruk, 45-48 *passim*, 78
Girsu (Tello), 44, 49, 56, *60*, 61, 69
Giza, 164, 246
gobernadores provinciales, 72, 80-81, 395, 420; *véase también* nomarcas
Goody, J., 428 n. 2
Gordio, *271*, 300, 307

Liber

graffiti, 170
Grecia/griegos, 15, 20, 172; micénica, 272, 273, 340, 429 n. 6
Gudea de Lagash, 77
Gungunum, 100
Gurney, O., 272, 273
guti, 71, 73, 75, 77, 79

habiru, *véase* *'apiru*
Habuba Kabira, 41
Haft Tepe, 411
Hahhum, 278
Hamadan, *véase* Ecbatana
hambre, 101, 241
Hammurabi, 26, 27, 28, 85, 118, 120, 122, *126*, 131-139, 371, 421; código de, 135-139
Hana, 140, 372
Hantili I, 279, 280-281, 283, 294; II, 265
Hardjedef, 172
harén, 175-176, 250
Harkhuf, 162-163, 170
Harmal, Tell, *véase* Shaduppum
Hashshu, 321
Hassuwa, 278
Hatshepsut, reina, 204, 215, 216, 222, 224, 358, 359, 369, 427 n. 1
Hatti, 115, 217, 240, 273-285, 363; agricultura, 308-309
Hattusa (Boğazköy), 114, 259, 261-271 *passim*, 276, 278, 287, 292, 294, 300, 306, 313, 318, 323, 328, 336; palacio, 269
Hattusili I, 265, 266, 273-279, 280, 288, 313, 322; anales, 276-277; testamento político, 273-276; III, 217, 240, 284, 292-299, 347, 386; «Apología de», 294-298, 302, 312, 313, 323
Hekanakhte, J. D., 428 n. 5
Heliópolis, templo, 169, 190
Hemamiya, 155
Heracleópolis, 180, 182-185, 187
herencia, 137, 410, 420
Herior, 242-243
Hermópolis, 210, 226, 228
Heródoto, 22, 141, 165, 172, 426 n. 8
Hesíoso, 20, 336
Hieracómpolis, 152, 157, 158, 169, 427 n. 2
hierro, 308, 401; Edad del, 24
himnos, 20, 48, 68, 78, 87, 88-90, 96, 193, 234-236, 239, 426 n. 9
hititas, 19, 20, 217, 220, 224, 225, 227, 240-241, 247, 259-317, 322, 327-328, 331, 337-338, 339, 344-356 *passim*, 367, 371, 379, 386, 393, 394, 395; administración, 305-308; Antiguo Reino, 265, 273-285, 322; ejército, 311, 316-317; estructura política, 279-285, 301-305, 309-310, 317; imperio, 266, 285-301, 323; jeroglíficos, 269; Reino Medio, 265; tratados de vasallaje, 288, 301-305, 327-329, 331-332
Horemheb, 215, 216, 226, 227, 234, 237, 346, 347, 358, 367
Horemkhauf, estela de, 206
Hrozny, B., 112
huelgas, 257-258
Hukkana, 303-304
Hurbatila de Elam, 411
hurritas, 278, 280, 318-324, 334, 340, 353
Hutelutush-Inshushinak, 415
Huzziya I, 283; II, 265

Ibbi-Sin, 83, 91, 96
Ibiranu de Ugarit, 352
ideología, 46, 73, 74, 77, 82-83, 88, 97, 98, 132, 136, 149, 179, 193, 240, 390, 398, 406
Idrini de Alalah, 322, 325-327
Ikiztepe, 271
Ila-kabkabu (Ilu-kabkabi), 107, 121
ilkum, 137
Iltani, reina, 120
Ilushuma, 108-109
Inandık, 268, 269
incienso, 144, 209, 222
India, 371
Indo, valle del, 18, 25, 72, 371
indoeuropeo, 19, 268
«instrucciones»: edictos medioasirios, 405-406; egipcias, 172, 178, 182-183, 194; hititas, 305-306, 309
Intefnakht, 188
Inyotef, 185; II, 185
Imhotep, 162
impuestos, 56, 81, 86, 111, 116, 127, 134, 160, 196, 253, 255, 404, 420
Ipuwer, Admoniciones de, 187-188
Irak, 33, 36, 37, 41, 44, 321, 324, 371, 380
Irán, 15, 18, 25, 27, 41, 67, 71, 84, 320, 321, 324, 334, 381, 383, 407, 410, 415
Ishan Mizyad, 61
Ishbi-Erra, 91, 96, 97
ishiul, 305
Ishme-Dagan: de Asiria, 110, 122, 124, 131, 389; de Isin, 98
Isin, dinastía de, 95-100, 132, 134, 414; segunda, 418, 420, 422
Israel, 19
Isuwa, 286, 298, 300

Liber

Itj-towy (Lisht), 192, 195, 199, 205
Itur-Asdu, carta de, 132

Jacobsen, T., 34, 45, 46
James, T. G. H., 428 n. 5
Jemdet Nasr, 41, 47
Jericó, 29
jeroglíficos, *véase* escritura, sistemas de
Jezira, 123, 132, 354, 427 n. 7
Jope, 364
Josefo, 203
Judá, 19
judaísmo, 20
juramento de lealtad, 73, 115, 256, 306

ka, 248, 249
Kadashman-Enlil I, 381-382, 383, 386, 411
Kadesh (Tell Nebi Mend), *199*, 217, 224, 293, 362-363, 367, 380; batalla de, 217, 239, 247, 293, 367
Kagemni, 172
Kalhu (Nimrud), 404
Kanesh (Kültepe), 94, 106, 110, 111-118, 259, 260, 262, 269; «reina de», 273
Karabel, 272
Karahar, 320
Karahardash, 393
Karahüyük-Konya, 114
Karana, 110, 120, 125
Karnak, *197*, 215, 216, 218, 221, 227, 229, 248; templo, 215, 216, 221, 229, 248, 355
Kar-Tukulti-Ninurta, 398, 404
kārum, 111-116 *passim*, 259, 260
Kashtiliash IV, 375, 396
Kemp, B., 428 n. 3 y 4
Kerma, 198, 209
Khabur, río, 69, 95, 110, 118, 285, 324, 395, 426 n. 3
Khafra, *véase* Quefrén
Kharga, oasis de, 142, 170
Kheruef, 248-249
Khufu, *véase* Queops
Kiden-Hutran, 414
Kilizi, 403
Kirta de Mitanni, 325
Kish, 46, 58-60 *passim*, 67, 68, 71, 75, 84, 132
Ki-Utu, 60
Kizzuwadna, 215, 288, 323, 329, 332
Kudur-Nahhunte, 414-415, 420
kudurru, 377, 418-420 *passim*
Kumarbi, ciclo de, 20, 336
Kumidi (Kamid el-Loz), 224
Kupantaradu, 302
Kurigalzu I, 381, 411; II, 374, 375, 378, 393, 411
Kurunta, 265, 266, 297-303 *passim*, 305, 309
Kush, 144, 209, 220, 221, 251, 369
Kussara, 259, 260, 262, 263, 276

Labarna (Tabarna), 273-275, 313
Lagash, 44, 49-50, 52, 53, 56, 59, 60, 65, 71, 75, 84, 100, *133*; *inscripciones*, *50*, *59-60*, *61*
Lahti-Shihu/Shipak, 418
lapislázuli, 18, 43, 156, 381, 383, 396
Laroche, E., 266
Larsa, 84, 95, 100-101, 120, 122, 131, 132, 140, 371; palacio, *101*
Lees, G. M., 33
lenguas, 18-20; 268-269; acadio, 19, 41, 64, 79, 94, 105, 268, 322, 378, 387; arameo, 19; casita, 372, 378; elamita, 407, 409; hattita, 268; hebreo, 19; hitita, 263, 266, 268; hurrita, *105*, 268, 318-324 *passim*, 334; indoiranio, 333-335; luvita, 268; nesita, 263, 268; palaico, 268; sumerio, 41, 78-79, 94, 268, 378; urarteo, 324
Levante, 15, 19, 25, 27, 97, 171, 199, 208, 210, 218, 221, 224-225, 227, 228, 234, 239, 293, 298, 318, 324, 334-370, 379; y Egipto, 222, 224, 358-368, 379
Lewy, J. y H., 105
Líbano, 215, 218, 355, 368
Libia, 142, 188, 239, 240, 241
Licia, *véase* Lukka/Licia
limmu, 111, 390, 404
literatura, 20, 48, 78-79, 94, 171-173, 193, 199-201, 321-322, 340-343, 387-389, 397-398; *véase también* épica; himnos
Lugalkiginedudu, 60
Lugalzagesi, 60, 61, 62, 68
Lukka/Licia, 19, 272, 273
Luria, S., 188

Ma'adi, 256
ma'at, 174, 188, 204, 224
Macedonia, 172
Madduwatta, 286, 287
madera, 171, 217, 242, 251, 268, 401
Magan, 72
Malkata, 248
Manapatarhunda, 302
Manetón de Sebennito, 23, 146-148, 150, 161, 181, 182, 202-207 *passim*
Liber Manishtushu, 68, 69, 72, 74
marfil, 170, 339, 368, 401

Mari (Tell Hariri), 23, 53, 54, 57-60 *passim*, 67, 68, 83, 95, 109, 110, 115, 118-131, 132, 134, 139, 321, 324, 422; archivos, 94, 106, 109, 118, 121, 123-124, 127-132 *passim*, 139; palacio, 118, 125
mariyannu/i, 333-334
Martin, G. T., 428 n. 4
maru, 230, 246
Maṣat Hüyük (Tappiga), 268, 271
Mashkan-Shapir, 23, 101
mazas, 151, 156, 257
McQueen, J. G., 272
médicos, 330, 344, 386-387
Medinet Habu, 215, 239
Megiddo, 360, 361, 368
Mellaart, J., 272
Meluhha, 72
Menes, 146, 149, 151, 158, 237
Menfis, 26, 141, 142, 158-161 *passim*, 169, 171, 175, 178, 180, 187, 218, 221
Menkaure, *véase* Micerino
Mentuhotep, 185; II, 182, 185, 188, 189; IV, 191
Merenre, 162
Merikare, 182-183
Merimde, 156
Merneptah, 217, 236, 237, 241, 367
Mesalim, 59-60
Mesanepada, 59
Mesopotamia, 15-18, 21, 22, 25, 28, 29, 33-140, 155, 318, 319, 322, 324, 354, 371-424; administración, 96-101; agricultura, 34, 40, 48, 72, 426 n. 8; dinastía del País del Mar, 140, 371, 377, 380, 418, 422, 430 n. 1; estructura política, 40, 47-57, 73, 74, 95, 111, 115, 133-139; estructura social, 42, 47-57, 82, 134; imperio de Agade, 62-74; período paleoasirio, 102-118; período paleobabilónico, 94-101, 318, 321, 372; período protodinástico, 27, 42-61; Ur III, 77-93; *véase también* Asiria; Babilonia; casitas
metalurgia, 28, 37, 80, 336
Metjen, 164
Micerino, 165, 172-173
Midas, 271
Mileto, 272
militar: organización, 47, 48, 53-55, 73-74, 81, 220, 251-252; servicio, 134, 199, 251, 304
minería/minerales, 143, 144, 158, 170, 171, 251, 369
Minet el-Beida, 338
minoica, influencia, 208, 240
mīšarum, 134
Mitanni, 24, 27, 218, 220, 224, 225, 240, 251, 278, 279, 286, 288, 289, 298, 318, 319, 322-337, 344, 359, 362, 363, 367, 379, 389-393; estructura política, 333-335; estructura social, 335-337
Moisés, 20
monarquía: asiria, 398-401; de Kish, 59-60; egipcia, 193-195, 244-249; hitita, 311-315; *véase también* ideología
montículos, 25, 26
Muballitat-Sherua, 392
Muhly, J. D., 427 n. 5
mujeres, 56-57, 117, 137-139, 168-169, 222, 303-304, 350-351, 353, 376-377, 404-405
Mukish, 344
Mursili I, 140, 265, 275, 279, 280, 283, 322, 371; II, 289-293, 302, 311, 346, 347; Anales, 290-293, 303, 307, 313; III, 293, 294
Muwatalli, 265, 293-298, 394, 429 n. 8

Nabucodonosor I, 402, 415, 418-422 *passim*
badūtum, 139
Nammahani de Lagash, 78
Napata, 224
Naqada, 152-155, 158, 169
Naram-Sin de Agade, 55, 65, 69-71, 72, 75, 79, 409
Narmer: paleta de, 151, *153*, 220; maza de, 141
Nauri, decreto de, 251, 255
Nawar (¿Tell Brak?), 320, 336
Nazibugash, 393
Neferefre, 164
Neferhotep, 207
Neferirkare, 22, 164
Neferkare, 163
Nefertiti, 215, 226, 228, 230, 234
Neferty, 191
Neferuru, 222
Nehesy, 207
Nenassa, 260, 280
Neolítico, 28-29
Nesa (Kanesh), 260-263 *passim*
Nihriya, 395
Nilo, 141-146 *passim*
nilómetro, 253
Nimrud, *véase* Kalhu
Nina, 60
Nínive, 20, 69, 95, 110, 320, 390, 402, 403
Ninsun, 78
Ninurta-apil-Ekur, 397
Nippur, 41, 43, 60, 65, 67, 75, 79, 84, 97, 98, 108, 132, 320, 376, 380, 414; *Lamento de*, 98; templo de Enlil, 65, 75
Niqmaddu II, 344-346; III, 341, 351

Liber

Niqmepa, 347-348
nomarcas/nomos, 178, 180-189 *passim*, 195
nombres, 73, 87, 150-151
Nubia, 18, 141, 144, 156, 158, 162, 170-171, 188, 191-199, 209-210, 220-221, 224, 228, 242, 251, 367, 369-370; agricultura, 368; grupo C, 170, 199; *véase también* Kush
Nuhashshe, 288, 294, 338, 344
Nur-Adad, 101
Nuzi (Yorghan Tepe), 322, 329, 335-336, 353, 376

oasis, 142, 170; *véanse también nombres propios*
Omán, 18, 72, 371
Omari, El, 156
Opis, 402
oraciones epistolares, 87-88
ordalía del río, 129-131, 137, 405, 427 n. 11
oro, 43, 58, 117, 144, 170, 339, 346, 368, 369, 382, 383, 384
Ortaköy, 268, 271
Özguç, Tashin, 112, 268

Pafos, batalla de, 395
pagos/dinero, 81, 254, 382
País del Mar, 380; dinastía del, 140, 371, 378, 380, 418, 422, 430 n. 1
palacios, 84, 101, 175, 259
Palestina, 156, 159, 199, 208, 210, 218, 219, 220, 222, 224, 355-369; sublevación, 224, 363
paletas, 151, 156, 157; Narmer, 151, *153*, 220
Palmira (Tadmor), 123
panku, 275, 284
papiros, 22, 145, 187; Anastasi, 218, 356, 367; Boulaq, 195-196; Brooklyn, 196; Harris, 218; Lansing, 252, Ramesseum, 171; Rhind, 210-211; Sallier I, 204-205; Turín, 218; Westcar, 173, 175, 211; Willbour, 218
Parrattarna de Mitanni, 325, 327
Parsatatar, 325
pastores, 91, 127, 142, 358 367, 396
Pepy I, 162; II, 160, 162, 164, 173
per'ao, 244
persas, 148, 416; imperio aqueménida, 19, 148, 172, 407
Persépolis, 26
Pérsico, golfo, 15, 18, 25, 33, 37, 97, 114, 115, 371, 380
Peruwa, 262
Petrie, W. M. F., 155
piedra, trabajo de la, 38, 156
Pilliya de Kizzuwadna, 327
Pir Huseyn, 69
pirámides, 165, 192, 222; Djdefre, 166; escalonadas, 175; Quefrén, 165; Queops, 165; «textos de las», 172
Pithana de Kussara, 260-263 *passim*
planchas, 43, 52, 65
plata, 43, 59, 117, 339
Plutarco, 20
Polanyi, K., 127
príncipe heredero, 237, 251, 259, 261, 262
prisioneros de guerra, 53-54, 162, 247, 251, 255, 320, 367
profecías, 129, 191-192, 427 n. 10; de Marduk, 421
propiedad privada, 44, 80, 82, 253
provincias, 81, 180, 186, 187
Ptahhotep, 172
Puduhepa, 296, 316, 323
Punt, 144, 222
Purushhattum/Purushanda, 114, 115, 2598-262 *passim*
Puzrish-Dagan (Drehem), 81

Qatara, 120
Qatna (Tell Mishrife), 96, 123, 124, 323
Quefrén (Khafre), 165, 172
Queops (Khufu), 165, 172, 173, 211

Ramsés I, 237; II, 151, 207, 215-217 *passim*, 226, 236, 237, 239, 240, 247, 250, 293, 298, 367; III, 217, 236, 237, 241, 367; IV, 145; VI, 242, 355, 359, 368; IX, 237; XI, 237, 242, 243
Ras al-'Amiya, 33
Ras Ibn Hani, 352
Ras Shamra, *véase* Ugarit
Rawer, 174
Rawlinson, Henry, 407
rebaños, 21, 134, 156, 171, 199, 309; *véase también* pastores
regadío, 21, 29, 33, 34, 40, 41, 50, 56, 79, 100, 102, 125, 133, 142, 144-145, 252, 403
regalía, 74, 174, 406
regalos diplomáticos, 58, 124, 127, 243, 320, 369, 381-385, 386, 402
reinas, 222, 224, 249-250, 315-316; Valle de las, 222
Rekhmire, 253
relieves, 38, 162, 168, 195, 269, 271, 356, 380, 417

Liber

religión, 40, 49-50, 171, 228, 230-233, 255-256, 378, 388; *véase también* cultos; dioses
Renger, J., 427 n. 8
Reyes, Listas de 27, 150, 418; Ábidos, 149, 150; Asiria, 27, 103, 107-108, 109-110, 389; Babilonia, 121-122, 374, 375, 417; Canon de Turín, 146, 149, 150, 161, 181, 182, 202-207; *passim*, 211; Egipto, 149, 151, 161, 237; Karnak, 149, 150, 185; piedra de Palermo, 151, 161, 190; sumerios, 44-46, 65, 77, 96, 98; tablilla de Saqqara, 151; Ugarot. 343-344
Rimah, Tell al (Qatara), 94, 106, 120, 124, 125, 321
Rim-Sin de Larsa, 100, 122, 132
Rimus, 68
rituales, 90, 248-249; de purificación, 310-312

Sabni, 170
Sahure, 162
Salatuwar, 262
Salitis, 203
Salmanasar I, 395, 404
Samarra, 36
Samson, J., 428 n. 3
Samsuditana, 265
Samuha, 288, 307
santuarios, 25, 84, 169, 227, 307; *véanse también nombres propios*
Saqqara, 152, 159, 162, 164, 165, 179, 215
Sargón de Agade, 20, 62, 65, 66-68, 71-74 *passim*, 98
Saussh tatar de Mitanni, 325, 327, 329, 332, 390
sellos, 18, 34, 38, 40, 43, 48, 65, 87, 88, 114, 159, 265, *314*, 417, 426 n. 1; escarabeos, 207-210 *passim*, 250, 359
Senenmut, 217
Sequenenre, 204-205
séquito real, 196; *véase también* corte real
Serapaseum, *véase* Saqqara
Sesostris, I, 190, 192, 194, 200; II, 189, 192; III, 189, 195, 198
Setnakht, 236
Sety I, 149, 217, 218, 236, 237, 239, 240, 251, 255, 359, 367
Shaduppum (Tell Harmal), 119
Shamsha-mudammiq, 418
Shanshi-Ada I, 95, 106-108 *passim*, 109, 1410, 120-123 *passim*, 131, 132
Shar-kali-sharri, 71, 77
Sharuhen (¿Tell el-Ajjül?), 210, 219
Shasu, 358
Shattiwaza, 288, 328, 331, 390, 429 n. 1
Shaushgamuwa, 349-351
Shemshara (Rowanduz), 94, 106, 110, 120, 321
Sheshi, 179
Shilhak-Inshushinak, 415, 420
Shimashki, 91, 92, 98, 410
Shiyannu, 344, 346
Shubat-Enlil, 95, 110
Shudurul, 71
Shulgi, 86, 89, 98
Shumuyamanum, 122
Shuruppak (Fara), 43, 47-48, 55
Shu-Sin, 91
Shutruk-Nahhunte, 414-415
Shuttarna de Mitanni, I, 325; II, 330, 331; III, 331
siervos, 82, 420
Sinaí, 19, 142-143, 156, 159, 162, 171, 188, 199, 220
Sin-iddinam, 101
Sinkashid, 101, 124
Sin-muballit, 131
«Sinhé, Historia de», 195, 199, 200
Sippar, 86, 109, 132, 133, 139, 422
Siria, 58, 114, 123, 221, 239, 337-352, 355, 361, 402; conquista egipcia de, 365-368 *passim*; conquista hitita de, 287-289, 293; norte de, 18, 26, 41, 115, 122, 278, 279, 285, 300, 308, 320, 322, 324, 362, 395
Smendes, 242, 243
Smenkhare, 216, 234
Smith, George, 20
Sobekhotep IV, 207
Sobeknefru, reina, 206
Soleb, 218 Spencer, A. J., 428 n. 4
sublevaciones, 71, 101, 140, 278; contra Egipto, 224, 363
sucesión real, 68, 100, 176, 192, 222-223, 236, 283-285, 294, 299-300, 304, 314
Sudán, 141, 144, 145, 215
sumerios, 37, 41, 77-93; «renacimiento», 77-79
Sumuabum, 131
Sumu-el, 100, 101
Suppiluliuma I, 263-265, 287-289, 302, 311, 313, 328, 332, 337, 344-346, 352, 367, 390; «Gestas de», 287-289; II, 300
Susa, 26, 41, 72, 96, 135, 407, 409-415 *passim*, 418

tablillas: capadocias, 112; de arcilla, 22, 23, 41, 43, 48, 80, 266, 268, *341*, 395, 397; de

madera, 269; *véase también* Tell el-Amarna, cartas
Tadmor, *véase* Palmira
Taduhepa, 329, 330, 337
Tahurwaili, 265, 282
Taide, 325, 336, 394, 395, 430 n. 2
Tanis, 243
Tapalazunauli de Arzawa, 291
Tarundaradu, 286-287
Tarhuntassa, 266, 293, 297-299 *passim*, 301, 303, 307
Tarso, 268, 269
Tebas, (Grecia), 383
Tebas (Egipto), 180, 183, 185, 188, 195-196, 205, 210, 217, 222, *223*, 224, 239, 243, 367; templo, 233, 359
tejidos, producción de, 80, 117, 125, 339, 401
Telepinu, 263, 265, 279-285, 289; Edicto de, 263, 275, 279-285, 312, 322
Tell Beydar, 426 n. 3
Tell Brak, *véase* Brak
Tell el-Amarna (Akhetatón), 215, 218, 225-236, 254, 364, 365, 367, 388; cartas, 218, 226, 227, 250, 288, 318, 329-331, 343, 356, 364-366, 369, 379, 384, 385, 386, 389, 390, 391-392; Gran Templo, 230; palacio, 230, 246
Tell el-Dab'a, *véase* el-Dab'a, Tell
Tell Fekheriye, 395
Tell Khuera, 58
Tell Leilan, 58, 95, 106, 110, 120
Tell 'Oueli, 36
Tell Sabi Abyad, 395
Tell Taya, 58
templos, 25, 40, 42, 44, 50, 77, 98, 165, 166, 248, 255; *véanse también nombres propios*
Tepti-ahar, 411
Tera, 208
Terqa, 110, 140
Thomsen C., 24
tierras, 74, 157, 160, 196, 252, 255; 377; concesión de, 74, 134, 268, 307, 339, 377, 420; desecación de, 142; propiedad, 42, 49, 52, 80, 215, 218, 335, 410
Tiglath-pileser I, 105, 399-403, 405-406, 422
Tigris, 21, 33, 34, 102, 109, 320, 396
Tiro, 19, 227, 337
Tishatal de Urkish, 320
Tiye, 249, 250
Tjanemi, 360
Tod, tesoro de, 200
trabajo, 40, 56, 81-82, 134, 196, 199, 304, 335, 368, 404
Tracia, 273
Transjordania, 355
Tratados, 288, 409; Asiria-Babilonia, 402-403; Egipto-Mitanni, 225; hititas, 266, 273, 288, 292, 299-300, 301-305, 309, 314, 316; *con* Egipto, 217, 240-241, 247-248, 289, 298, 367, con Ugarit, 339, 344-348, de vasallaje, 301-305, 327-329. Shattiwaza, 288, 327-329, 333-334 *passim*
tribus, 420
tributos, 210, 304, 345-346
Troya, 272
Tudhaliya I, 263, 265, 266, 285, 286, 288, 363; III, 268, 287; IV, 266, 299-300, 305, 313, 316, 348-351 *passim*
Tukrish, *110*
Tukulti-Ninurta I, 300, 395-399, 414
tumbas, 26, 43, 61, 152-153, 158, 160, 162-169 *passim*, 186, 222, 231, 356; autobiografías en, 163-164, 168-169, 170-171, 176, 180, 186, 195, 204, 215, 217, 250; de Horemheb, 215; de Tutankhamón, 215, 246; mastabas, 146, 428 n. 3; pirámides, 147, 165, 168
Turqupia, 15, 41, 272, 320, 324
Tushratta de Mitanni, 288, 318, 319, 323, 328-332 *passim*, 390
Tutankhamón, 215-217 *passim*, 226, 227, 234, 246, 367
Tutimeo, 203
Tutmosis I, 221, 325, 359; II, 322, 329, 359; III, 142, 149, 190, 215, 216, 222, 224, 251, 256, 286, 323, 325, 329, 255, 258-363, 368, 379-380, Anales, 216, 360-361, 368, 379, 390; IV, 217, 225, 246, 329, 358, 363, 367

'Ubaid, cultura de, 36-37
UD-hi, 331
Ugarit (Ras Shmra), 96, 123, 125, 288, 302, 307, 319, 323, 329, 332, 337-352; agricultura, 339; tratado hitita con, 337-338, 344-348
Ullikummi, Canción de, 336
Umma, 53, 55, 59, 60, 65, 82
Untash-napirisha, 412
'Uqair, 38
Ur, 25, 33, 38, 43, 44, 45, 59-61 *passim*, 68, 98, 100, 120, 376, 410; estandarte, *51*, 51-52, 53; *tumbas*, 61
Ur III, 75-93, 96, 97, 127, 133, 134, 320, 410; administración, 80-81; inscripciones, 84; «Lamentaciones», 92-93, 98; mausoleos, 84; zigurat, 84, 85
Ura, 340, 347
Urartu, 324

Liber

Urhi-Teshub (Mursili III), 284, 294-297
Ur-Nammu, 78, 83,84, 89; código de leyes, 84, 86
Urnanshe de Lagash, 50-52 *passim*, 84
Urshu, 273, 321
Uruinimgina, 56-57, 61; reformas de, 56-57
Uruk (Warka), 26, 27, 37, 45-47 *passim*, 50, 60, 68, 71, 75, 78, 84, 97, 101, 124, 132, 422; cultura de, 37-42; santuarios/templos, 38, 78, 380; vaso de, 38, *39*, 40
Urzabala, 67
Utuhegal de Uruk, 77-78

Valle de las Reinas, 222
Valle de los Reyes, 222, 239, 257
Van, lago, 324, 401
Vargyas, P., 427 n. 8
«ventana de las apariciones», *véase maru*
vidrio, 381
visir, 174, 178, 196, 253, 395

wabartum, 114, 115, 259
Washshushana, 115, 259
Washptah, visir, 174
Washshukanni, 27, 288, 325, 329, 331, 332, 336, 429 n. 2
Wenamón, Informe de, 217, 242
Weni, 164, 170, 176
Wheeler, Mortimer, 25
Wlihelm, G. 319
Wittfogel, K., 44
Woolley, Leonard, 25, 84

Xois, 206; dinastía de (XIV), 206-207

Yaggid-Lim de Mari, 121
Yahdun-Lim de Mari, 121-122
Yamhad (Aleppo), 122, 123, 125, 133, 140, 371
Yarim-Lim de Yamhad, 122
Yasmah-Addu, 110, 121, 122, 131
Yazılıkaya, 269, *271*, 301, 313, 323

Zabala, 60
Zagros, montes, 15, 69, 81, 84, 110, 132, 372, 383, 399, 415
Zalpa, 260, 261, 271, 276, 279, 429 n. 1
Zidanta I, 279, 280; II, 265
Zimri-Lim de Mari, 122, 123, 139
Zippasla, 286
Zóser, 161, 165

ÍNDICE DE FIGURAS

1a. Vaso de Uruk 39
1b. *Escena de un vaso de Uruk* 39
2. Escena de banquete perteneciente al estandarte de Ur . . . 51
3. Estela de los buitres de Girsu 54
4. Carro de guerra sumerio 55
5. Estela conmemorativa de una victoria de Naram-Sin procedente de Susa 70
6. Reconstrucción del zigurat de Ur 85
7. Impronta de un sello correspondiente a una tablilla de Ur III . 88
8. Plano de Assur 102
9. Fresco con escena de la investidura de un rey, Mari 119
10. León de terracota, parte de una pareja, procedente de Tell Harmal 120
11. Escena representada en la parte superior de la estela de Hammurabi (Susa) 126
12. *a*) Corona blanca; *b*) corona roja; *c*) doble corona; *d*) *serekh* (fachada de palacio rematada por el halcón Horus); *e*): las «dos señoras» (el buitre y la cobra); *f*) *nsw-bity* (junco y abeja); *g*) rótulo 150
13. Paleta de Narmer 153
14. Barca funeraria de la pirámide de la reina, Giza 167
15. Quiosco de Sesostris I en Karnak, Tebas 197
16. La corona azul 221
17. Plano de Tebas 223
18. Plano de el-Amarna 229
19. Akhenatón y su familia 232
20. Faraón egipcio en carro 245
21. Plano de Hattusa 270
22. Vista parcial del santuario al aire libre de Yazılıkaya 271
23. Impresión de un sello de Arnuwanda III, Hattusa 314
24. Tablilla con inscripción en alfabeto ugarítico descubierta en 1948 341
25. Pintura del palacio de Dur Kurigalzu 382

ÍNDICE DE MAPAS

1. Mapa general del Oriente Próximo 16-17
2. La Mesopotamia primitiva 35
3. El estado de la III dinastía de Ur 76
4. La Alta Mesopotamia y el norte de Siria 104
5. Egipto: mapa físico 143
6. Centros del Egipto predinástico 154
7. Nomos del Alto Egipto 184
8. Centros de la Anatolia hitita 267
9. Siria-Palestina durante el Bronce Reciente 357
10. Elam 408

ÍNDICE DE CUADROS

1. Mesopotamia primitiva: cronología de las principales fases arqueológicas 36
2. Las ciudades de Mesopotamia *c.* 2900-*c.* 2340. 43
3.1. Cronología de los reyes de Agade y sus sucesores 63
3.2. Cronología alternativa de los reyes de Agade 64
4. Cronología de la III dinastía de Ur 83
5. Cronología de la Baja Mesopotamia *c.* 2000-1750 99
6. Cronología de los reyes paleoasirios 103
7. Secuencia arqueológica de Kültepe durante el período correspondiente al *kārum* paleoasirio 113
8. Primera dinastía de Babilonia y los reyes contemporáneos . . 121
9. Egipto: cronología general 147
10. Cronología del Egipto predinástico y dinástico arcaico . . . 152
11. Cronología: Imperio Antiguo 161
12. Cronología: el Primer Período Intermedio 180
13. Cronología de la dinastía XII 190
14. Cronología del Segundo Período Intermedio 204
15. Comienzos de la dinastía XVIII: cronología 216
16. Finales de la dinastía XVIII: cronología 225
17. Cronología: dinastías XIX, XX y XXI 238
18. Cronología de los reyes hititas 264
19. Cronología de los reyes de Mitanni 326
20. Reyes de Ugarit 342
21. Los reyes casitas 375
22. Imperio medioasirio: cronología 392
23. Cronología de los reyes de Elam 412
24. Cronología de Babilonia, 1155-*c.* 905 419

ÍNDICE

Prólogo 7
Abreviaturas 9
Introducción 15
La región 15
Lenguas y escritura 18
El medio ambiente 21
Cómo entender la historia del Oriente Próximo 22
El problema de los testimonios 25
El marco cronológico 27
Antecedentes neolíticos 28

PRIMERA PARTE

EL DESARROLLO DE ESTADOS Y CIUDADES
(*c.* 3000-*c.* 1600)

1. MESOPOTAMIA DURANTE EL TERCER MILENIO A.C. 33
 1. *Antecedentes* (c. *6000*-c. *2900*) 33
 Medio ambiente 33
 Desarrollo de la vida sedentaria 36
 El período Uruk Tardío 38
 2. *Las ciudades* (c. *2900-2340*) 42
 Las fuentes y el problema de su uso 42
 Organización política y social 47
 Reyes y ciudades 49
 Cortes reales 51
 La guerra 53
 La sociedad 56
 Relaciones entre los estados 58
 3. *El imperio de Agade* 62
 Introducción a las fuentes y cronología 62
 Ascensión y caída de Agade 66
 El rey y el país 71

4. *La III dinastía de Ur (2112-2004)* 75
De la caída de Agade a la ascensión de Ur 75
Desarrollo del estado de Ur III 77
Reconstrucción del estado de Ur III 79
Monarquía e ideología del poder real 82
La caída de Ur III 91

2. MESOPOTAMIA *c.* 2000-*c.* 1600: LOS PERÍODOS PALEOBABILÓNICO Y PALEOASIRIO 94
Introducción 94
1. *La Baja Mesopotamia* c. *2000*-c.*1800* 96
2. *Assur durante el período paleoasirio* (c. *2000*-c. *1800)* . . 102
Emplazamiento y nombre 102
Fuentes de la historia de Assur 105
La entrada de Assur en la escena internacional 108
La ciudad-estado de Assur 110
3. *Los mercaderes paleoasirios en Anatolia* (c. *1900*-c. *1830)* . 111
Introducción 111
Organización del comercio asirio 114
4. *Mari y su mundo* (c. *1810*-c. *1760)* 118
Introducción 118
El escenario político 121
El reino de Mari 124
5. *Hammurabi y la primera dinastía de Babilonia (1894-1595)* . 131
Ascensión de Babilonia 131
El rey, el país y los súbditos 133
Decadencia de Babilonia 139

3. EGIPTO DESDE LA DINASTÍA I HASTA LA DINASTÍA XVII (*c.* 3100/3000-1552) 141
El país y el medio ambiente 141
Historia dinástica: las fuentes y sus problemas 146
1. *La formación del estado egipcio* 148
Tradición de unificación 148
Testimonios 150
Culturas predinásticas 155
Replanteamiento de la unificación de Egipto 157
El Egipto dinástico arcaico 159
2. *Egipto durante el Imperio Antiguo (dinastías III-VI:* c. *2686-2181)* 160
Testimonios de la época 162
Más allá del valle del Nilo 170

Literatura y fuentes literarias 171
Estado y sociedad 173

3. *Heracleópolis y la ascensión de Tebas (c. 2180-1991)* . . 179
Cronología y fuentes 181
La lucha entre Heracleópolis y Tebas 182
Egipto dominado por los disturbios y los nomarcas . . . 186
El fin del Imperio Antiguo 187
Egipto reunificado 188

4. *Egipto durante el Imperio Medio (c. 2040-c. 1730 [2023-1720])* 189
Cronología y fuentes 189
Fundación de la dinastía XII 191
La imagen del faraón 193
El gobierno de Egipto 195
Egipto en el extranjero 196
Literatura del Imperio Medio 200

5. *El Segundo Período Intermedio y el dominio de los hicsos en Egipto (c. 1720-c. 1550)* 201
Cronología 202
Las dinastías XIII y XVII 205
Dinastías XIV y XVI 206
Los hicsos y Egipto 207

SEGUNDA PARTE

LAS GRANDES POTENCIAS (*c.* 1600-*c.* 1050)

4. EL EGIPTO IMPERIAL: EL IMPERIO NUEVO (1552/1550-1069) . . 215

1. *Cronología y fuentes* 215

2. *La fundación del Egipto imperial: de Amosis a Tutmosis IV (dinastía XVIII: 1550-1403 [1390])* 219

3. *El período de el-Amarna: última fase de la dinastía XVIII (1403-1306 [1390-1295])* 225

4. *Última fase del Imperio Nuevo: dinastías XIX y XX (1306 [1295]-1069)* 236
Guerra y paz 237
Decadencia del Imperio Nuevo 241

5. *El estado del Imperio Nuevo* 243
El faraón y la monarquía 244
Las esposas reales 249
El ejército 250
Administración central y economía 253

Templos estatales y piedad popular 255
La caída del Imperio Nuevo: el problema de los testimonios 257

5. LOS HITITAS 259
1. *Anatolia desde el período paleoasirio hasta la aparición del reino hitit.a (c. 1800-c. 1650)* 259
2. *El problema de la cronología, las fuentes y la geografía* . 263
Fases históricas y cronología de los distintos reyes . . . 263
Las fuentes. 266
Geografía histórica 272
3. *El Reino Antiguo Hitita (c. 1650-c. 1500)* 273
El testamento político de Hattusili I 273
Las guerras de Hattusili I y Mursili I 276
El «Edicto de Telepinu» 279
4. *El Imperio Hitita (c. 1430 [1420]-c. 1200)* 285
El Imperio Arcaico 285
Las conquistas de Suppiluliuma I 287
El reinado de Mursili II 289
Muwatalli, Urhi-Teshub y Hattusili III 293
Los últimos reyes hititas 298
5. *El estado hitita* 301
El gran rey y los reyes vasallos 301
El gran rey y sus oficiales 305
El país de Hatti 307
Contaminación y purificación, culpa y penitencia 310
Rey, corte y ceremonial 312

6. SIRIA Y LEVANTE 318
1. *Mitanni y los hurritas* 318
¿Quiénes eran los hurritas? 318
El reino de Mitanni 325
Naturaleza del estado de Mitanni 332
Sociedad 335
2. *Ugarit* 337
El reino de Ugarit 338
Historia política de Ugarit 343
3. *Emar* 352
4. *El imperio egipcio en Siria-Palestina* 355
Fuentes y terminología 355
Las conquistas egipcias 358
Canaán bajo el poder de Egipto 364
Nota sobre el imperio egipcio en Nubia 369

7. MESOPOTAMIA *c.* 1600-*c.* 900 371
1. *La Babilonia casita (1595-1155)* 371
La llegada de los casitas 371
El impacto de los casitas sobre Babilonia 374
Babilonia entre las grandes potencias 379
2. *Asiria durante el período medioasirio* (c. *1400*-c. *1050)* . 389
Ashur-uballit y sus sucesores (1365-1245 [1353-1234]) . . 390
El reinado de Tukulti-Ninurta I (1244-1208 [1233-1197]) . 395
Tiglath-pileser I (1114-1076) 399
La sociedad del período medioasirio 403
3. *Elam: el período clásico* (c. *1450*-c. *1100)* 407
Definición y fuentes 407
Perfil histórico *c.* 1100 410
Estructura política y sociedad 416
4. *Babilonia: el fin de los casitas y las dinastías sucesivas (1158*-c. *905)* 417

Notas 425
Bibliografía 431
Índice alfabético 471
Índice de figuras 483
Índice de mapas 485
Índice de cuadros 487

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales

Esta obra, publicada por
EDITORIAL CRÍTICA,
se terminó de imprimir en los talleres
de Hurope, S. L., de Barcelona,
el día 2 de marzo de 2000